

LUNA DE PLUTÓN II
LA GUERRA DE
YSAAH
BY DROSS



Índice de contenido

Portadilla

Preludio

Parte I. El advenimiento de Pumo

1. Conversación con Pumo
2. Una oportunidad en el alba
3. El regalo
4. Ysaak se marcha
5. El llamado de Varuuna
6. En algún lugar innombrable del cosmos
7. La Sobek-Set sobrevuela Yóvedi
8. Encuentro en el páramo
9. En el otro lado...
10. El concilio por Yóvedi
11. Ysaak en la carretera
12. Revelación desalentadora
13. Seshat e Ysaak conversan
14. Preludio al combate
15. Feroz ataque: la Sobek-Set abre fuego

Parte II. Ayuda

1. Recordando el pasado (I)
2. Confrontación
3. La expiación
4. Nuevos arribos a Yóvedi
5. La Apollyon desciende sobre el Nyhm
6. Lo que mora tras el hoyo negro (I)

7. La resolución de Hathor

Parte III. El regreso

1. El nuevo viaje
2. Recordando el pasado (II)
3. Conversación privada
4. Encuentro en la tierra vieja
5. El nuevo viaje de Hathor
6. Conversación en el pasto
7. El Cónclave de Amaltea
8. La playa
9. El éxodo
10. Bajo las lunas
11. El último mensaje
12. Lo que mora tras el hoyo negro (II)
13. El propósito. Lo que mora tras el hoyo negro (III)
14. Pimpollo. Lo que mora tras el hoyo negro (IV)
15. Los días finales. Lo que mora tras el hoyo negro (Conclusión)
16. Tribulaciones
17. La decisión de Panék
18. El nuevo Concilio
19. La decisión
20. El dolor de Ysaak
21. El plan de ataque
22. El rey Vanadio
23. Seshat
24. Memoria
25. El llamado del rey
26. La Hermandad de Planetas

27. Los últimos preparativos

Parte final. La guerra de Ysaak

1. El regreso a Yóvedi
2. Pelea en la Turbanout
3. Reagrupación
4. Ysaak a Yóvedi
5. Guerra en el cielo
6. La hora final
7. Jaque mate
8. La pelea final
9. Armonía

Epílogo

Guía de personajes

Agradecimientos

La Guerra de Ysaak

Revilla, Ángel David

La guerra de Ysaak / Ángel David Revilla. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Temas de Hoy, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-730-164-3

1. Narrativa Juvenil. I. Título.

CDD 863.9283

© 2017, Ángel David Revilla

Diseño de cubierta: Juan Ventura

Ilustraciones de cubierta e interior: T-stray/Edheloth

<http://t-stray.tumblr.com/>

<http://edheloth.deviantart.com/>

Diseño de interior: Paul Vinueza

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Temas de Hoy®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-730-164-3

LA GUERRA DE YSAAK

BY DROSS

«Demostrémosles que no están aquí por nada. Demostrémosles que lo valemos. ¡No por nuestros hermanos, amigos o dolientes, sino porque no nos dejarernos arrastrar hacia la nada! ¡Demostrémosles que queremos vivir!»

PRELUDIO

Olvídate de la Tierra.

Esta es una historia que se desarrolla en un lugar lejano, en un planeta bautizado por sus habitantes como Yóvedi.

Yóvedi es más grande que la Tierra (considerablemente más, de hecho), pero tampoco importa, porque no tienen nada que ver uno con el otro, a excepción de una cosa: poseen vida inteligente.

Es un mundo morado y brillante en el que se pueden distinguir nubes blancas y naranjas cuando uno las mira aun desde lejos, y también se pueden ver las arrugas del agua cuando uno se acerca a la estratósfera... Si uno fuera un poco más allá, podría ver (además) algunos picos altísimos y oscuros. Desgraciadamente, eso no es prudente porque ya en ese punto, uno estaría en vías de desplomarse contra el suelo envuelto en una bola de fuego y pues vaya porquería...

Lo importante es lo siguiente: hay vida, y mucha. De todas clases, todos los tipos y gran variedad de colores. Si conviven en paz o no, todavía no lo sé...

Lo cierto es que escribo sobre Yóvedi porque ahí es donde se desarrolló una historia que vale la pena contar...

• • •

Todo empezó en un bosque muy grande. Tanto, que incluso desde la colina más alta el manto del valle puede escapársele de la vista a cualquiera. Hay lugares muy altos y montañas ariscas que, de lejos, parecen los dientes inferiores de una bestia. Los pinos se apiñan unos con otros, son de esos tan frondosos y verdes que parecen húmedos, con troncos milenarios y copas que tomadas de la mano lo coronan todo e impiden mirar el cielo. Los suelos son de una grama tan copiosa que se asemejan a un manto espeso.

Más allá se encuentra un cañón y, a lo largo de este cañón, hay una ciudad. A simple vista parece una versión infinitamente más compleja de los Jardines Colgantes de Babilonia. Es bella, de edificios modernos y enormes,

y regala una visión fantástica. Los lagos entre la ciudad no se preocupan de despilfarrar belleza, llenos de agua tan cristalina que a uno le cuesta pensar por momentos que no están en realidad vacíos.

Hay largos puentes y pasadizos entre áreas y edificios, sostenidos por columnas que derraman lianas y que al combinarse, dan esa apariencia tan anacrónica de lo tribal con lo moderno. Y un elemento que, de la mano con toda la exquisitez visual, pone la fresa: árboles rodeando cada avenida, cada calle, cortejando cada edificio y acompañando los palacios que se elevaban en muchos picos.

La ciudad nació con el nombre de Solaris (pero por sentir sus autoridades que de una u otra manera era muy cliché y poco original), pronto se lo cambiaron a Solares.

La brisa soplaba fresca sobre Solares, y un enorme sol anaranjado se ocultaba entre los picos de la lejanía, casi siempre enmascarado como una rosa entre las nubes.

Yóvedi tiene un clima muy clemente (he ahí uno de los factores fundamentales que lo diferencian de la Tierra, donde el calor no se conforma con ser calor, sino que además es un monstruo cruel).

Prosiguiendo: dos criaturas muy simpáticas, que provenían de Solares, estaban fuera de la ciudad, paseando...

Una cosilla: cuando digo «dos criaturas muy simpáticas» puedo dar la falsa impresión de que son dos ositos de peluche de cuarenta centímetros y pues no...

Empecemos porque uno de ellos medía un metro ochenta y ocho y el otro sobrepasaba el metro noventa. No eran humanos, sino animales. Y si a un hombre común y corriente le tocara describirlos, diría escuetamente que eran «de esos que caminan en dos patas y hablan».

Estos seres antropomorfos tienen la terrible característica de poseer casi cuarenta veces más fuerza o destreza que un hombre, y eso hace posible que puedan alejarse mucho de su ciudad, sin preocuparse demasiado por regresar a hacer lo que tienen que hacer, cuando para nosotros es comúnmente la hora de la cena.

En determinado momento, después de haber estado mucho tiempo hombro a hombro en silencio, el más alto le dijo al más bajo, mientras apartaba unas ramas:

—Por ahí hay un claro.

Y el más bajo, que no solo tenía apariencia de lince sino que además al

parecer era uno, se acomodó los anteojos transparentes y siguió con la mirada el lugar que indicaba el dedo de su amigo.

—Vamos.

No pasó mucho antes de que se sentaran sobre el cuerpo chamuscado de lo que hacía muchas noches debió haber sido una fogata.

Cuando se sentó, el tigre se sacó la camisa y la colgó en una rama que sobresalía por ahí. El sol estaba en su punto más alto, empezaba a hacer un poco de calor. El lince simplemente optó por quedarse sentado, con el brazo rodeando las rodillas. Sus cabellos, bien distribuidos alrededor de la cabeza, le llegaban por debajo del mentón, las orejas enormes permanecían alzadas como si estuviera esperando escuchar algo, y por momentos los anteojos que llevaba puestos hacían ver sus entrecerrados ojos amarillos más amarillos.

—Y... aquí estamos.

—Aquí estamos —repuso el felino menor.

—Bosque y más bosque y más bosque y más bosque... No hay nada más interesante que ver más allá...

—Ajá.

Hubo varios segundos de silencio.

—¿Trajiste los porros?

—Claro...

El lince hurgó en el bolsillo de su camiseta y extrajo varios cigarrillos alargados, algunos de ellos estaban tan mal enrollados que el menjunje verde intentaba salirse por el costado.

El tigre agarró uno como si fuera una papa frita y se lo colocó en la punta de la boca.

—¿Fuego? —preguntó, con esa voz típica de quien parece estar hablando con un papel entre los dientes.

Su compañero alargó un encendedor y esperó con paciencia a que el ojo de hierba que rodeaba el papel ardiera.

—¿No vas a fumar?

—Claro...

El joven se colocó el suyo en la boca y lo encendió, con esa pericia propia que resalta en quien entrecierra los ojos al mínimo y protege la llama haciendo barrera con la mano.

Su amigo suspiró, tomó el cigarrillo cuidadosamente entre los dedos y lo observó de cerca, con una especie de fascinación.

El otro dio una bocanada sin decir nada, observándolo.

—Y, bueno... —repuso entonces, pausadamente, dispuesto a no seguir yéndose más por las ramas—. ¿Vamos a hablar del tema?

—Cuando gustes.

Entonces el tigre desvió la mirada.

—Empezamos a hablar sobre esto hace dos días...

Se detuvo un segundo, a ver si el otro tenía algo que aportar. Al parecer, no. Solo se limitaba a observarlo...

—Y llegamos... Llegué a la conclusión de que no me gusta que quieras tener algo con Tabi.

Volvió a detenerse prudentemente a ver si esta vez el lince cambiaba de parecer, pero seguía en silencio.

—Y el pretexto para eso (y digo pretexto porque bien sé que es algo tonto de mi parte) es que jamás me sentiría cómodo al verlos juntos, porque tú sabes que ella y yo fuimos novios por dos años. Solo imagínate tener que salir los tres...

—...

—Eso por no decir —se apresuró a agregar— que el solo hecho de que sean novios ya de por sí es incómodo, sin muestras de afecto público de por medio. Además, no querría tener que ser un punto de incomodidad para ustedes dos tampoco...

El lince se quitó el cigarrillo de la boca.

—Así que la solución perfecta sería que no fuéramos novios...

El gato más grande giró la mirada por un momento.

—Sagitta, yo no te estoy diciendo que no seas novio de ella, no te lo estoy prohibiendo, y para los efectos, no puedo hacerlo, pero a mí en lo personal, pues, me... Me afectaría verlos juntos. Fuimos novios por dos años y tuvimos algo bastante serio...

—Pero ya no, ¿verdad?

—No —contestó con poco convencimiento.

—Y no has podido dejarlo atrás.

Sagitta pronunció esas últimas palabras en un tono en el que cada letra parecía balancearse afiladamente entre un golpe al mentón y un simple comentario.

—No es que no haya podido dejarlo atrás, es que es una cuestión que simplemente es como es. Cuando tú tienes una ex y ves que sale con otra persona, en cierto grado, en cierta medida, te afecta, aunque ya no sea tu novia.

—A mí no me pasa eso.

El tigre siseó, irritado. Sagitta, fumando, lo seguía observando sin inmutarse.

—Eres un mentiroso. Te pasó con Kasdeya.

—Kasdeya es otro asunto —contestó, soplando el humo.

—Llevabas con ella tres años cuando la relación colapsó y entonces no me digas que no te afectó verla con el pajarraco. Y ahora, yo estoy pasando por lo mismo que tú, solo que en vez del pajarraco, la voy a ver contigo.

—Lo que me afectó a mí no fue el pajarraco sino simplemente Kasdeya en sí, pero eso no importa... Ahora veo bien qué te molesta.

Dicho eso, sintió una mezcla de incomodidad con vergüenza. Hubo varios segundos de silencio.

Sagitta sostuvo la colilla con dos dedos, golpeó la punta con la yema, se deshizo de las cenizas, y preguntó:

—Entonces, ¿cómo te lo vas a tomar?

Se encogió de hombros y miró al suelo.

—Bueno, podría matarte ahora mismo.

—Hmm...

El lince arrojó la pequeña colilla oscurecida con un capirotazo, el silencio incómodo volvió a cundir.

—¿Tú crees que esto afecte nuestra amistad, Sagitta?

Este sonrió.

—No sé...

—Eres un bastardo. ¿Cómo te vas a reír?

—Me hacen gracia tus preguntas estúpidas.

La cabeza del tigre parecía un globo hinchado.

—Tan sensible y al mismo tiempo, tan bestial —repuso—. Me acuerdo hace un año, cuando Fibi... ¿Fibi, verdad? Sí, peleó contigo por Internet.

Antes de que Ysaak pudiera responder nada, su amigo continuó:

—Aquella noche, conectada, aprovechó para decirte todas las cosas que te merecías por el Mensajero, sin tener idea de que serías capaz de ir para allá...

Hace cuatro años

FibiBunny (l) dice:

...Y para que lo sepas, eres un egoísta y un imbécil.

FibiBunny (l) dice:
¡Imbécil!

FibiBunny (l) dice:
Vete a hacer gárgaras con lo peor que puedas encontrar.

FibiBunny (l) dice:
Me cansas. Tú y tu felinismo chauvinista.

Tiggon the Great dice:
...

FibiBunny (l) dice:
Tu soberbia y tu arrogancia.

FibiBunny (l) dice:
No sé ni qué te vi...

FibiBunny (l) dice:
¡Estúpido!

FibiBunny (l) dice:
¡Uff!

Fibibunny (l) dice:
**Ya era hora de que alguien te dijera tus verdades en la cara, y me
alegra**

que no vaya a volver a verte más. 

FibiBunny (l) dice:
¿Y sabes qué más? PRRRRRTZ.

FibiBunny (l) dice:
¡Ja!

FibiBunny (I) dice:
Idiota.

—Al día siguiente, por la tarde, cuando tocaste la puerta de su casa y ella te abrió, debió haber pegado un grito tal que me extraña que no la haya escuchado yo mismo, dos segundos antes de que le saltaras encima.

—Eh, espera un minuto, eso a ella le gustó.

—Claro que le gustó: de hecho, Tabi y yo tenemos la teoría de que en realidad sí sabía que tú ibas a hacer eso. Solo que ninguno lo dice. Son un par de pervertidos. Se complementan bien.

Ysaak no tardó en aislar la frase «*Tabi y yo*», que hizo que su estado anímico bajara un par de escalones. Lo resintió.

—Pero no te preocupes, no voy a ahondar más en mi teoría ni a decirte que Fibi sabía nada —propuso Sagitta—. Sé que eso le quitaría toda la gracia a la anécdota... Así de bestia eres.

«Me duele porque todavía estoy enamorado de Tabi, ¿verdad?», pensó.

Y no podía decírselo a Sagitta, no a estas alturas. Ahora, el tigre no podía hacer otra cosa más desesperanzadora que desear el imposible de tener una máquina del tiempo y retroceder seis meses.

Por lo pronto, todo lo que se le había ocurrido hacía días era camuflar sus sentimientos y tratar de jugar la carta de la amistad contra su amigo. Pero no... no le iba a funcionar, y se estaba dando cuenta de ello. Perdía la batalla, con el poco terreno que todavía le quedaba para pelearla...

—Bien.

Y se quedó callado, con el rostro ensombrecido.

Sagitta observó hacia arriba y cerró los ojos, disfrutando la poca brisa que le llegaba. Se quitó los cabellos de la cara y se quedó viendo cualquier cantidad de cosas sin ver realmente nada.

A Ysaak le molestaba eso, profundamente. El amigo que estaba a punto de robarle a la persona que nunca había dejado de gustarle, y que él había abandonado por aburrimiento, cometiendo así un error terrible, no le estaba prestando atención. Sagitta no le iba a preguntar absolutamente nada. No iba a propiciar siquiera un pedazo de plataforma para prolongar la charla y drenar una nueva esperanza de ella...

Lo peor era que Sagitta lo sabía (e Ysaak sabía que él lo sabía) y eso solo lo hacía sentir peor.

—Bueno, mira... —dijo, muy lentamente, casi como un murmullo, con las

orejas bajas—. Espero que los dos sean muy felices...

El lince sacó otro cigarro, y le cerró el costado con esas afiladas garras negras que tenía. Observaba al mismo tiempo a Ysaak, con los mismos ojos amarillos y párpados entrecerrados, luciendo en su rostro esa expresión que le confería bien una apariencia maligna, bien una actitud fría.

—Y yo... —continuó.

El chico torció la boca:

—...Yo te prometo que esto no va a afectar nuestra amistad y que no voy a interferir entre ustedes. Es decir, por mí no se preocupen, ninguno de los dos...

Sagitta encendió el cigarrillo.

—Y te agradecería en verdad —finalizó— que esto quedara solo entre tú y yo.

De pronto, imaginó nítidamente la escena: Sagitta y Tabi charlando en la intimidad sobre él... Diciéndose mutuamente cualquier cantidad de cosas y muchas de ellas quizá desagradables... Por eso, y por un montón de cosas que posiblemente sucederían, es que no podía evitar aferrarse a un pequeño y patético pedacito de esperanza:

—Y si decides no seguir adelante y no empezar una relación, pues, mira, yo no quiero que ustedes dos dejen de ser amigos, tan buenos amigos como lo son ahora...

—Ysaak, sí va a suceder.

Ysaak sintió un golpe en el pecho.

—Sí va a haber una relación. Y como sé que te lo preguntas siempre, que lo has intentando averiguar y que no tienes el valor de preguntármelo sí, ella y yo...

Y ahí fue cuando sucedió...

La explosión cundió con tanta fuerza, que vio negro y su mente se paralizó, de manera que aquello debió sentirse muy similar a estar muerto. La onda expansiva volteó a los dos felinos y los arrojó al suelo como muñecos de trapo. Un árbol fue arrancado de la tierra y se desplomó veinte metros más allá. Cientos de decenas de pájaros cayeron muertos como soldados de plomo con el cerebro hecho pasta.

Ysaak se cubrió las cabeza con las manos, no por el acto consciente de protegerse, sino porque le ardían los huesos. Y Sagitta debía estar en igual estado o peor... Permanecía tirado en el suelo, boca abajo.

La primera palabra que saltó de su boca no fue precisamente la más

decorosa para inaugurar el espectacular suceso:

—¡MIERDA!

El estruendo de los pinos cayendo lo asustaban, pensaba que alguno se les podía venir encima.

—¿Estás... estás bien? —gimoteó.

Ayudó a Sagitta a incorporarse, el lince movía sus enormes orejas de un lado a otro, involuntariamente. Se puso de pie y empezó a mirar a todos lados, como alguien que está siendo cazado y no sabe desde dónde le apuntan.

El aire estaba lleno de tierra y humo con un olor que nunca antes en su vida había sentido.

Otro estallido, pero al Gran Orión gracias, más lejano. Causó otro sismo limitado, seguido por un coro de crujidos similar al de ruedas rotas que producían otros árboles cayéndose.

Sagitta observó fugazmente la lejana silueta de Solares, pero aquello había sido un insulto a sus capacidades felinas. Él sabía muy bien que el bombazo no había venido de allá; por el contrario, aquello había venido de *acá*, pero su terror visceral pudo más que su instinto salvaje: tenía que ver si su hogar seguía en pie.

Hubo un tercer estallido más lejano, que a pesar de ello no hizo el temblor menos grotesco.

—¿Qué diablos está pasando? —masculló.

Sagitta se agarró la cabeza con ambas manos, furioso por el dolor. El cuarto impacto se escuchó un poco más cercano que el tercero, pero desde el noroeste.

«Se mueve rápido, cuidado, cuidado, cuidado», le advirtió su poderoso instinto, con esa onda sucesiva de pensamientos que no puede ser traducida a palabras.

Pero cuando, a juzgar por el tiempo que tomaron los cuatro primeros bombazos, ya iba siendo hora de que sonara el quinto, todo el gran pedazo de mundo que dominaban ambos felinos con sus sentidos quedó en un total y siniestro silencio.

La brisa parecía un aullido bíblico...

Los dos estaban de pie, viendo hacia la jungla. Solares era una radiante silueta detrás de ellos.

Sagitta, despeinado, ya no parecía un *hipster cute guy* intelectual, sino algo así como el gato de Chucky... Ysaak, por su parte, mantenía los dientes

apretados, varias venas resaltaban en sus hombros y pecho. Ahora, las ondas de choque eléctrico que manaban de ambos se comunicaron un mensaje tan pronto el uno puso la vista sobre el otro: *¿vamos a ver qué sucede o mejor nos marchamos de aquí?*

• • •

La curiosidad mató al gato, o algo parecido andaba pensando Ysaak sobre sí mismo cuando estaba subiendo por una colina que estaba a más de dos docenas de metros del claro donde charlaban.

No fue sino hasta que llegaron a la cima que, para su sorpresa, se percataron de que tenían que ver hacia abajo del mismo modo que una hormiga mira al suelo asomando las antenas desde el borde de una mesa. Del abismo emergía una extraña neblina blanca, que se estiraba mórbidamente hacia arriba y se desmaterializaba con la brisa. Los otros cráteres estaban distribuidos hasta donde los ojos alcanzaban a ver; desde arriba uno podía notar que formaban una figura con forma romboidal que agujereaba el panorama. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada.

Cuando los tímpanos del tigre se calmaron, pudo escuchar entonces el rumor del abismo, similar al que produce la concha del caracol cuando se la pone sobre el oído. Sus orejas se movieron de forma grácil, reaccionando a la brisa calurosa y comprimida que venía desde adentro. Era como abrir un horno encendido. El crujido de la arena cayendo al vacío desde la punta de sus botas le hizo considerar que estaba demasiado cerca del borde.

Sagitta le tocó el hombro. Ysaak lo observó. Sagitta miraba para arriba, hipnotizado, y cuando él entendió e hizo lo mismo, experimentó la sensación de sobrecogimiento más espantosa de toda su vida...

Un plato blanco, de apariencia líquida, como si estuviera derramado en el cielo y —a juzgar por el cálculo de Ysaak— del tamaño de varios campos de fútbol se hallaba sobre ellos.

—Gran Orión...

Era sin duda uno de esos momentos en que el cerebro baja la palanca al estado neutro. Lo mismo daba que los mataran en el sitio. Ellos, probablemente, hubieran sido los últimos en enterarse.

El círculo seguía allá en el cielo, con un desagradable zumbido suave que de vez en cuando expulsaba tonos agudos y fuera de este mundo.

Desde el interior del espectro, empezó a bajar una lluvia de cubos pálidos,

como si fuesen datos desde el monitor de una computadora. Y una vez abajo (en el fondo del precipicio), reunidos con y sobre otros, como si fueran parte de algún juego de mesa, se empezaron a transformar.



En un santiamén eran orugas y máquinas complejas, que no tardaron en convertir el lugar en una suerte de sitio en construcción.

Los cubos más grandes se abrían y, en formas geométricas imposibles de describir, espantosas, grotescas, vomitaban materiales para construir algo.

La forma en que operaban estos objetos, todos geoméricamente cúbicos, era inusitada para ellos: el fino ojo de Ysaak consiguió ver que cada uno se alumbraba y se oscurecía de forma intermitente, porque estaban llenos de un líquido que se calentaba terriblemente y podía fundir su envase. Al menos, eso es todo lo que sus mentes podían comprender de tan inusual proceso.

Si uno ve una cosa sorprendente, lo primero que quiere es compartirla con otra persona. No se sabe realmente si por el acto en sí de compartir o sencillamente para tener la oportunidad de afirmar que se ha visto algo interesantísimo y tener pruebas para demostrárselo a los demás.

Sagitta e Ysaak no. No pensaban en sacar *selfies*. Ellos eran presa de una sensación eternamente obnubilante que llevaba ya diez minutos. No eran mejor que un par de zombis sin piernas.

Fue entonces cuando, desde arriba, desde el gran plato que ya estaba casi completamente desfragmentado y no podía tener un aspecto más espeluznante, una especie de cápsula de forma esférica, en cuya cabeza había

un casco de vidrio, comenzó a descender suavemente.

«Mira, hay alguien dentro de esa nave», habría musitado Ysaak, de no estar tan asustado y sorprendido al mismo tiempo. «Lo veo», hubiera dicho Sagitta, por su parte.

Poco a poco, a medida que el objeto se acercaba supervisando las obras de abajo, pudo verse un rostro emerger desde dentro del cristal.

Era una cabeza.

Pero resulta ser que la cabeza era en realidad todo su cuerpo. De hecho, puede que ni siquiera fuera una cabeza, era más bien, una cara. Algo casi etéreo.

Aquella presencia era de una anatomía aterrorizadamente simple... Tenía dos ojos, y... unos bellos o una boca. Aunque en realidad probablemente ni siquiera fuera eso. Flotaba en el aire, dentro de su cápsula, y por la forma en que se movía, de forma oscilante y muy tenue, Sagitta sabía que aquello, de alguna manera, estaba vivo. Y a pesar de la grotesca simpleza de su rostro y de sus ojos negros, el felino tuvo otra certeza peor: era inteligente.

Tal vez, de hecho, sobradamente inteligente en comparación con ellos. El problema era que parecía un chiste de mal gusto.

Apenas la nave se acercó más al borde del precipicio, inclinada ligeramente para que la criatura de adentro pudiera ver hacia abajo, lo contemplaron en todo su esplendor:



—Sagitta...

La respuesta del lince vino tenue, como sacada de un sueño profundo (ninguno se daba cuenta de que hablaban instintivamente con el tono de voz más bajo posible).

—¿Sí?

—¿Qué... qué diablos... es eso?

Meneó la cabeza muy lentamente.

—Por el Gran Orión...

La graciosa cápsula espacial se movió hacia abajo y adelante, con la intención de pasar muy cerca de un «cubo» que al parecer no estaba haciendo

bien su trabajo... El problema fue aparentemente resuelto cuando la nave con la presencia «:3» se levantó nuevamente para supervisar la obra otra vez.

Ya había un caldero y un tobogán de un metal muy opaco por donde se deslizaba hierro fundido a una enorme piscina, para luego ser transportado dentro de una larga serie de cubos que habían adoptado formas de instrumentos sacados de una pesadilla. Se dejaban las piezas recién salidas del horno en una placa movable y, de ahí, cobraban vida.

Ysaak, quien jugaba en la brigada deportiva de su instituto académico (y era muy bien conocido por ello), fue quien, recuperándose ya de la profunda resaca mental, pudo sentir una admiración sincera por el trabajo en equipo que estaban haciendo todas las máquinas. Era, sin más, un grupo perfecto. Calculaba que todas ellas podían construir una ciudad tan grande como Solares en solo treinta días, o quizá menos.

Flotando a la mitad del abismo, el navegante ignoraba que estaba siendo observado desde atrás.

:3

—¿Tú crees que sea malo?

Ysaak giró la cabeza en dirección a Sagitta. Parpadeó dos veces y volvió a mirar al frente.

—La verdad, no tengo idea.

La navecilla se volvió a desplazar rápidamente hacia el fondo, esta vez en dirección a un «obrero mecánico» que se mantenía ocioso.

—Vamos a bajar.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad el tigre, poniendo su mejor cara de incredulidad.

Sagitta se puso en cuclillas, calculando que, desde la pendiente, la bajada no era tan empinada y por lo tanto podría deslizarse cuidadosamente hacia abajo.

—Vamos a hacer primer contacto.

«Son momentos como este en los que se demuestra quién es realmente el inteligente y quién es el estúpido», pensó con un creciente acceso de estupor.

—¡Quédate aquí! ¡No es una buena idea!

Pero Sagitta parecía incluso excitado.

—Ven conmigo.

Extrañamente, no fue sino hasta ese momento en que se dio cuenta de que

todo este tiempo había andado sin camisa. Observó hacia atrás. La jungla le telegrafió un mensaje: «Ni pienses que la vas a recuperar».

Miró a su amigo, que utilizaba las piernas y los brazos para descender, surfeando sobre la arena, moviendo la cola suavemente. Quizá fue lo que le hizo tomar la decisión casi automática de alcanzarlo, la ecuación invisible e infantil de: «Te vas a quedar con Tabi, pero aquí y ahora yo no seré menos que tú».

Pegó un salto y comenzó a descender rápidamente.

Sobre ellos, el cielo era oscuro. Los nubarrones, color plomo.

A pesar de que el camino era inmenso, los gatos tardaron relativamente poco tiempo en llegar abajo; les tomó diez minutos hacer lo que a un ser humano le hubiera llevado horas.

El piso se sentía terriblemente caliente. Sagitta estaba seguro de sentir una corriente de agua varios metros bajo él.

Vistos desde ahí, los cubos más pequeños resultaron ser del tamaño de Ysaak.

—No te pongas en su camino —siseó Sagitta.

La enorme «heladera espacial» (a falta de una mejor descripción) pasó de largo entre ellos, con un tenue y burbujeante sonido.

—Tengo el presentimiento de que son inofensivas —repuso—. Siempre y cuando NO interfieras con su trabajo.

Se oyó el ruido lejano de una cavadora, al otro extremo del valle.

—¿Quiere decir que no les importa si vemos?

—No.

Dicho esto, Sagitta corrió a través de una larga y ancha rampa que se levantaba del suelo muchos metros y que acababa recostada sobre una plataforma gigantesca, hecha de algún metal espacial azul-plateado terriblemente duro, manufacturado hacía poco por la máquina fundidora.

Ysaak lo siguió, solo para ver aparecer poco a poco, por encima del hombro del lince, nada menos que la cápsula del visitante, que observaba un trabajo de ensamblaje. Desde ahí, podía incluso escucharse el motor magnético de su nave.

—Está vigilando que todos trabajen, ¿lo has notado, no?

—Sí.

Sagitta colocó los pies justo al borde de la plataforma, para captar cualquier cosa adicional con alguno de sus sentidos felinos, sin darse cuenta de que, en el proceso, había empujado, con el zapato, una enorme tuerca al

vacío, que cayó lentamente sobre unas vigas apiladas allá al fondo.

El miniovni empezó a girar lentamente, como la cabeza de un zombi... Y en esos terribles instantes, Ysaak sintió algo que jamás en su vida había experimentado: en los tuétanos, en las venas, en la corteza de su cerebro, el pánico ya no a lo desconocido, sino más bien a estar ante el horror personificado, a hallarse ante el exponente de un egoísmo mortal e infinito. Miles de millones de veces más grande no solo que sus más bajos sentimientos, sino de lo que él creía posible que pudiera existir. De estar ante una maldad cósmica y horrida. Imposible de entender.

«Aquello» observó fijamente a los chicos y los chicos a él.

Y así se quedaron, por un rato silencioso...

El rostro del visitante no tardó en cambiar de:

:3

a

>:3

Ysaak sintió que las piernas se le aflojaban y el corazón le daba un tirón tal que, de haber tenido unos cien años más, su cuerpo lo hubiera traducido en un ataque al corazón que probablemente lo hubiera fulminado.

—¡Maldita sea, Sagitta!

El vilipendiado afecto que tenía por el lince, destinado ya desde antes a marchitarse, no pudo conformarse con un solo rugido:

—¿Por qué diablos no tienes más cuidado?!

Ni la sorpresa y el pavor de uno, ni la ira y el terror del otro alteraban el resultado final: no se atrevían a moverse. Los talones les temblaban.

El bicho los seguía mirando.

>:3

Entonces un agujero de considerable tamaño se abrió desde el fondo de su cápsula.

Y desde adentro de ella, una enorme bola de demolición, sujeta por una gruesa y larga cadena, descendió, poco a poco.

La navecilla procedió a moverse hacia adelante y luego giró y se alejó en

línea recta unos diez metros hacia el otro lado, balanceando su arma muy lentamente.

>:3

—¿Se... supone que pretende darnos con eso?

—Me parece que sí.

Lo único que se escuchaba, a lo largo y ancho, era el sonido ahorcado de la cadena moviéndose.

—Sabes, esto me recuerda a algo que jugué cuando era niño... pero no atino a recordar qué...

—Sea como sea, míralo por este lado: si de casualidad consigue darnos, nos podría hacer bosta.

—Sí, bueno, eso sí.

La cápsula iba y venía, bien despacito.

>:3

Los dos se mantuvieron en silencio por un rato, viendo a la cápsula ir y venir.

—Vamos a tirarle piedras.

—Dale.

Se bajaron corriendo por la rampa y, una vez en el suelo, tomaron, calentitas, piedra tras piedra.

Al rato convirtieron el vehículo espacial en su diana de tiro al blanco.

Los guijarros empezaron a rebotar.

La enorme mano de Ysaak podía albergar varias piedras y ninguna de ellas era precisamente pequeña. Sagitta no se quedaba atrás. Los dos las arrojaban con tal poder, que un humano solo habría podido igualarlos teniendo una gomera con una banda de caucho.

Así que finalmente, después de varios minutos de diversión estúpida, sucedió lo que en verdad representaba un verdadero peligro: la compuerta de donde salía la larga cadena se cerró, cortándola en seco y arrojando la bola al vacío.

El impacto al caer fue tal que Sagitta se echó a un lado.

—¡Mierda!

La esfera rodó en línea recta hasta quedar atorada entre dos enormes vigas

y la cápsula voló entonces lejos, retirándose hacia el horizonte.

—¡Se ha ido!

El lince, eufórico, se subió ágilmente a través de unas columnas, pero Ysaak, sin embargo, seguía abajo, examinando la esfera. Sagitta pensó que era porque estaba sorprendido de que fuera tan grande, pero el tigre, en realidad, lo hacía por otra cosa: en el pedazo cercenado de cadena que había quedado en el extremo, hundida dentro de una tuerca enorme pegada a ella, se hallaba una etiqueta plateada, cuidadosamente anudada a una de las argollas.

Ysaak la desató y la volvió a leer de cerca, una de las muchas veces que lo haría de ahora en más:

MADE BY PUMO

• • •

—Así que... Vieron una nave espacial.

El capitán de la policía los observaba con dos dedos apoyados sobre la sien, lo que ocasionaba que en su rostro se formara un concierto bastante interesante de arrugas.

Tenía los ojos enrojecidos, lo que posiblemente quería decir que se había levantado demasiado temprano, no había bebido café, no había comido su rosquilla y, tal vez, se hubiese encontrado con una nota de su mujer anunciando que lo dejaba y que se marchaba a casa de su madre. En pocas palabras: el capi no estaba de buen humor...

En estos casos, en tiempos antiguos frente a una profesora del cole o en el presente ante al jefe de la policía, Sagitta era siempre el más diplomático, pero también el más valiente:

—Está bien: piense usted lo que quiera, que su cara lo dice todo. No hace falta más. Lo único que nosotros le pedimos (y debería ser la prueba DE FUEGO) es que sencillamente nos acompañe hasta el lugar donde estábamos nosotros. Adelante: tráigase una buena cámara, a sus hombres y, si quiere, que nos acompañe un científico, le prometo que lo que va a ver cambiará su vida.

—De hecho, sería oportuno que también llevaran grúas y helicópteros —aportó Ysaak, tímidamente.

Cuando el tigre terminó de hablar, parpadeó instintivamente... En todo su

felino ser vibró el temor, la tensión y la visión de que el enorme perro se iba a abalanzar sobre su escritorio para pegarle un tortazo en la cara con la mano abierta.

El capitán, sin embargo, se limitó a sacar un saquito de té del escritorio, colocarlo dentro de la taza, echarle el agua recalentada que se hallaba en la tetera, poner tres cucharaditas de azúcar, revolver con la cucharita y llevarse la taza a los labios delicadamente... Todo eso sin quitarles la vista de encima.

Sorbió groseramente.

—Lo único que me gusta de esa —se mordió el labio inferior— «historia»... es la idea de tenerlos a los dos metidos en cápsulas de descontaminación mientras les toman muestras de sangre.

Sagitta sonrió cínicamente, como lo haría uno después del chiste malo de un niño.

El veterano se apoyó sobre el respaldo, ocasionando un pronunciado chirrido en los soportes; juntó las manos sobre el estómago y miró a los dos gatos por un tiempo estimado que se tradujo en algo así como el minuto más largo de sus vidas. Sagitta sentía que el tipo les estaba haciendo un escaneo mental de rayos X.

Tal cosa se hizo patente cuando les hizo la última pregunta que ellos hubieran querido jamás:

—¿Ustedes fuman...?

A Ysaak se le heló el corazón y bajó la cabeza. Sagitta hubiera sido partidario de mentir, pero si el jefe ordenaba que les hicieran la prueba (que estaría lista en cinco minutos), la campaña de ambos habría llegado rápidamente a su fin.

—Sí. Solo marihuana.

El monstruoso gesto triunfal emergió del rostro del capitán, a la vez que se acariciaba un colmillo con la lengua.

—Voy a mandar a un comando para que los acompañe y eso solo porque, del otro lado de este escritorio, existe cierta reputación que salvaguardar —declaró, observando a Ysaak agriamente—. Mi hijo te admira porque, epa, mírame a la cara, sí, mírame a la cara: mi hijo te admira porque eres un campeón en los deportes. Lo has hecho muy feliz durante las Olimpiadas Colegiales, lo que es un orgullo no solo para ti, sino para mucha gente que te rodea... Qué decepción saber que fumas y que, ligado a eso, casualmente, andas en malas compañías.

Sagitta tuvo que morderse la lengua tan duro que sintió el sabor dulce de

su propia sangre.

El capitán se apoyó en el escritorio y estiró su venoso cuello lo más que pudo:

—Como esto no sea más que una estúpida broma colegial, lo van a lamentar.

• • •

Sagitta estaba enojado... o tal vez furioso. A Ysaak lo asustaba mucho cada vez que se ponía así, a pesar de ser él el más grande.

Y con respecto a sí mismo, estaba tratando de dilucidar si aquel comentario lo hubiera enojado también de no ser porque Sagitta ya era novio de Tabi. Pero no podía deshacerse de la sombra sobre su cabeza, ni siquiera a pesar de haber visto un (usando palabras coloquiales) «jodido ovni». No tenía ganas de defender a Sagitta, o siquiera de demostrarle algo de solidaridad... Alguna oscura parte suya pensaba que el lince no había sido solidario con él en primer lugar.

Los vehículos todoterreno de la policía surcaban el camino, entrando ya en el área boscosa, más allá de las afueras de la urbe. Llegado cierto punto, sin embargo, en que centenares de troncos de árboles derribados impedían el paso y les hacían dar tumbos horribles, tuvieron que bajarse.

—Sigamos adelante —anunció Sagitta—. Por ahí se encuentra el primer cráter.

Ysaak guió a una porción de la infantería por el camino ascendente, el lince a otra. Así que finalmente, exhalando un suspiro, llegaron hasta el borde del barranco. Pero resulta que al ver hacia abajo, el lince tuvo, así de pronto, la sensación de que el hígado se le hacía de plomo, porque, aun cuando lo que estaba a punto de pasar era más trillado que una telenovela, ni él ni su amigo se lo habían esperado: no había absolutamente nada.

Las pruebas habían desaparecido por completo.

Todas las maquinarias, los cubos, la prematura infraestructura lograda tras el poco tiempo de trabajo, e inclusive la enorme bola de demolición se habían ido.

No quedaba ni un tornillo y, para sus efectos, ni siquiera huellas o rastros de que ahí hubiera pasado algo todavía más extraordinario que el evento que, ya de por sí, había convocado a toda la prensa al lugar de los hechos.

Un agudo balido de brisa desértica se dejó oír durante todo aquel ridículo

y terrible minuto de silencio que siguió.

El sargento del escuadrón se puso las manos en la cintura.

Ambos temas, los cráteres y el extraterrestre, estaban bastante lejos uno de otro y, en lo que a Solares y su cosmopolita entender respectaba, aquellos habían sido impactos de meteorito (anunciados ya en el noticiero más de tres horas antes de que Sagitta e Ysaak efectuaran la denuncia).

Mientras tanto, a lo lejos, se veía la humareda que levantaban las decenas de vehículos de la prensa y la TV de cada estación de Solares, que se aproximaban para cubrir el asunto de los «meteoros», y como eso sí que no le interesaba verlo en technicolor, el sargento, un lobo enorme, se volvió a bajar los lentes de sol.

—Chicos, la cosa es simple: me los llevo ahora mismo a la ciudad, los dejo en alguna calle, le digo al capi que ustedes sufrieron alucinaciones masivas por haberse golpeado la cabeza tras el impacto... O se quedan aquí, hablan con la prensa sobre el extraterrestre, salen en el noticiero de la tarde y hacen el ridículo de sus vidas. Tres segundos para decidirse: uno...

• • •

«Gracias», fue la única cosa que Ysaak dijo cuando la camioneta de la policía los dejó en la avenida.

Al momento de ponerse a caminar calle abajo, entre una inmensa autopista rodeada de rascacielos brillantes, que se conectaban unos a otros con puentes y jardines colgantes, lo primero que Ysaak hubiese hecho, por su naturaleza, habría sido empezar a escupir una multitud desordenada de comentarios que hubieran consistido en:

- A) extrañarse por la misteriosa desaparición de los cubos obreros,
- B) teorizar infinitamente sobre qué pudo haber sucedido al respecto, y
- C) lamentarse de todo lo dicho por el capitán.

Pero en cambio, decidió quedarse callado. Francamente, no sentía ánimos de consolar a Sagitta. Él ya era lo suficientemente fuerte a nivel moral (más que él, de hecho), para hacerlo por sí mismo.

«De aquí en más, cuando cada quien tome su camino, mi vida va a apestar mucho más que la tuya, así que arréglatelas solo».

El tigre alzó entonces su triste cara hacia una enorme pantalla virtual sostenida entre dos luminosas torres de cristal:

**EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA
EXTRA EXTRA EXTRA**

En vivo desde la zona del desastre

9:15 AM



**IMPACTO DE METEORITO EN LAS AFUERAS DE LA
CIUDAD... IMPACTO DE METEORITO EN LAS AFUERAS DE
LA CIUDAD, IMPAC...**

**¿QUÉ HUBIERA PASADO SI HUBIESEN CAÍDO EN
SOLARES? EN BREVE, CÁLCULO DE CATÁSTROFE
VIRTUAL.**

**EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA
EXTRA EXTRA EXTRA**

La imagen en video tomada desde un helicóptero permitía ver los cráteres más grandes de lo que incluso a él mismo le habían parecido.

El generador electrónico indicaba que era sumamente raro que los impactos no hubiesen producido grandes hongos de fuego al estrellarse contra la tierra y que ninguno de los potentes radares del planeta los hubieran visto venir. Eso al menos mantuvo a Ysaak a salvo de un ataque de nervios.

«Porque obviamente, no fueron meteoritos, panda de imbéciles». Aun así, pensó, ese tema se estaba volviendo cada vez menos asunto de ellos.

—¿Sabes qué, Sagitta? Olvidémonos de este asunto, o tal vez lo debieras hacer tú, yo sé que lo haré.

El lince movió las orejas y lo observó. Por razones que Sagitta no sospechaba (todavía), el tigre blanco no tenía ánimos para estar con él.

—Nos vemos. Estoy muy cansado y querría irme a casa.

Los ojos del lince se apagaron, entrecerrados, con las manos metidas en los grandes bolsillos de la sudadera. Su cabeza estaba haciendo millones de cálculos por segundo y no tardaría mucho en darse cuenta de que todo el problema de Ysaak era Tabi, y el otro, a su vez, que sabía lo afilado que podía llegar a ser su amigo, no quería estar ahí para ver qué tenía que decirle al respecto.

Así que, sintiéndose un poco ordinario en el medio de la calle con una camisa de dormir prestada que llevaba el logotipo de un águila con tres cabezas (1), hizo un saludo tímido con la cabeza y dio media vuelta.

La mañana tenía un opaco color gris. El área comercial de Solares, con sus millares de vitrinas y luces amarillas, anuncios holográficos de varios colores y docenas de dirigibles flotando suavemente entre los rascacielos, llenos de hermosas y abundantes lianas verdes colgando por todas partes, se haría fría al caer la tarde.

Aun después de caminar un rato, Ysaak tenía la desagradable sensación de que su amigo lo seguía mirando.

• • •

La vista desde su casa era sorprendente.

Se veía como un palacio salvaje ubicado en una de esas enormes torres.

El tigre hizo el menor ruido posible al cruzar la puerta, todo lo que quería era llegar a su cama y echarse a dormir. Si le hubieran preguntado qué «poder especial» querría en aquel momento, habría elegido el de la teletransportación en vez de ese de arrojar ondas de calor que producen explosiones atómicas, con el que siempre había soñado siendo un niño que todavía no había encontrado otra cosa más divertida en qué pensar cuando estaba de noche en la cama.

Tales cosas, sin embargo, eran una necedad por su parte, porque su *otosa* (2), que estaba en el balcón, lo hubiera escuchado así hubiese entrado

levitando.

Lo peor del asunto es que, además de ese fino oído, la pantera negra, que pintaba sobre un lienzo, sentado en una silla victoriana y echando uno que otro vistazo sobre sus anteojos de medialuna, estaba esperando que su protegido llegase. Y huelga decir que él conocía a Ysaak tan, pero tan bien, que sabía de antemano que intentaría entrar a hurtadillas, lo que para rematar acrecentaba su instintiva adrenalina de cazador furtivo.

El tigre iba por el pasillo, podía visualizar su cuarto como un triunfo lejano, igual a una película de suspenso donde la meta es llegar a la salvación que hay tras la puerta.

¿Qué diría cuando despertase después de ocho largas horas, con mucha hambre, y tuviera que abandonar su cama? Diría: «Llegué por la noche, pero estuve todo el tiempo durmiendo». El plan le iba a salir redondo.

Dio los últimos tres pasos, alargó la mano, saboreó el tacto frío del picaporte, y así sin más sintió un zumbido. Un pequeño frasco de tinta china vacío lo golpeó en la cabeza. Y es que además de ser un artista bien conocido en las galerías de arte de Solares, otro de los talentos de su otosa era tener una puntería perfecta.

—Ven aquí —lo llamó una voz profunda.

Ysaak tenía la frente pegada a la puerta, con resignación.

Se dio media vuelta pesadamente y caminó todo el trayecto sobándose la cabeza y arrastrando los pies.

Después de dar el primer paso en el balcón, no hizo falta que dijera nada. Solo bastó que se quedara de pie con cara de estreñimiento.

—A ver, qué tienes que decirme.

—¡Bueno! No creo que sea gran cosa llegar a esta hora. Tengo dieciocho años, es normal y...

—No lo digo por la hora, lo digo por esa camisa que llevas. ¿Dónde estuviste?

«En las afueras de Solares, teniendo contacto con alienígenas».

Ysaak se quedó súbitamente sin imaginación para mentir. Y tampoco es que quisiera hacerlo. Cha'chat no se merecía eso, además, su propia conciencia no lo dejaría en paz.

—¿Te lo puedo explicar cuando me despierte? Ahora no me siento de ánimos.

Cha'chat levantó los ojos de su pintura y lo observó.

—Está bien.

—Gracias.

Aliviado, dio media vuelta, pero antes de que pudiera dar medio paso, su guardián dijo, con dolor en la voz:

—Pero espero que puedas explicar por qué el capitán de la policía llamó diciendo cosas horribles de ti.

• • •

No dijo más. Tal vez en cualquier otra ocasión hubiese dado media vuelta y hubiera replicado inmediatamente que todo eso era una estupidez, a excepción de una cosa. Y al final, prevalecía un convencimiento propio que sostenía y reafirmaba: no iba a mentirle a su otosa. Lo quería demasiado como para siquiera reflexionar sobre lo innoble que era hacerlo. Por otro lado, aunque quisiera, también era muy difícil engañarlo.

Ahora, sin embargo, fue completamente distinto porque había una inmensa palanca interrumpiendo el engranaje: «Lo que pasa es que le dijimos al capitán que vimos a un extraterrestre... No precisamente una visión en el cielo: lo tuvimos cerca y hasta, je, te va a parecer gracioso: ¡le dimos pedradas!»

Un acceso terrible de ira le corrió por la cabeza, le dieron ganas de tomar el escritorio ubicado frente a la ventana panorámica de su cuarto y arrojarlo partiendo el vidrio. Ya no se sentía ingrátido, sobrecogido o abismado por haber visto de cerca lo impensable, ahora solo era rabia, impotencia...

Y entonces, en un momento de suprema ironía, le puso los ojos encima a la última cosa que hubiese querido dentro de su desordenada estantería de libros: *Los mitos de Morzat y otras grandes criaturas del horror*.

Desde afuera, pudo verse cómo el pequeño tomo salía disparado por su ventana y caía lentamente al vacío.

• • •

Despertó lentamente, sintiéndose como una persona que ha combatido sin descanso durante todos los asaltos, y además sediento y pegajoso como suele suceder cuando uno abusa de las siestas.

Ya había anochecido. Si fuese de mañana, acomodaría la almohada y se prepararía para seguir durmiendo, pero el hecho de que su sueño indiscriminado lo haría estar en vela toda la noche le quitó los ánimos... No

quería empeorarlo.

Se levantó con cansancio y se frotó el peludo rostro. Pestañeó varias veces, viendo con cara de pocos amigos alrededor. Sintió una brisa fría.

Se puso de pie y salió del cuarto. El resto del departamento también estaba a oscuras y lleno de silencio.

Caminando por el pasillo se estiró, su cola se arrastraba por el suelo. Las luces de la sala también se hallaban apagadas, así como las de la recámara posterior y la del balcón.

Era extraño...

Vio a su alrededor, buscando a Cha'chat... No había señales de él.

Caminó y salió al balcón. El taburete y el caballete todavía estaban ahí, la pintura del lienzo hacía horas se había secado. Hacía mucho frío, la brisa golpeaba las hojas de un bloc de dibujo que estaba en el suelo.

Entonces Ysaak vio al frente, en dirección a la brillante ciudad, y sintió que algo le golpeaba el corazón, muy, *muy* fuerte.

Abrió mucho los ojos y apretó los dientes.

La nave espacial.

Lechosa, como una presencia dibujada sobre la realidad más que un objeto físico, esa que él había visto hacía solo horas junto a Sagitta, ¡flotaba ahora encima de Solares!

Posicionada de forma espectral sobre los rascacielos más altos, justo en el epicentro de la metrópolis, pero ahora dilatada, varias veces más grande que la última vez que la habían visto. Parecía la horrible premonición de una venganza.

Algún lugar muy dentro de la psique del tigre se desmayó y su instinto más oscuro se despertó.

—Oh, por favor, no...

• • •

Tres horas antes

Laetitia era una chica bonita que se hallaba preparando el concierto más importante del año, que se llevaría a cabo bajo el cielo. Ella era la encargada del evento que durante doce largos (e inseguros) meses se había anunciado con frecuencia por radio y de vez en cuando en televisión.

El proyecto había nacido con cierto peligro de morir joven, pero ahora por

fin cuajaba: las bandas más importantes estaban agendadas y desde antes de ayer, cuando había empezado (desde bien tempranito en la mañana) a preparar la enorme tarima y a armar todo el decorado, las cosas habían estado saliendo sin problema.

El color del cielo era azul oscuro, como se pone cuando faltan pocas horas para que anochezca, manchado con una que otra nube color plomo que se paseaba lentamente...

El lugar estaba repleto de gente joven: todos se ocupaban de cargar utilería y complicados juegos de luces de un lado a otro. El staff trabajaba sin dificultades y Laetitia, meneando su colita y moviéndose a gatas mientras pasaba un utensilio bastante afilado sobre un cartón, se encontraba emocionada, como pocas veces lo había estado en su vida... Cuando de repente y sin que sus sentidos perrunos la alertaran, una presencia muy, muy grande y fría se puso detrás de ella, observándola...

Cuando ya estaba demasiado cerca como para no sentirla, la chica giró la cabeza, con la boca semiabierta.

>:3

La cápsula brillaba.

Observaba fijamente a Laetitia, quien poco a poco desfiguraba su rostro en un amasijo de confusión y espanto.

Mientras sus sesos seguían intentando amoldarse e identificar tan siquiera qué era el objeto que tenía delante suyo y que flotaba sobre lo que sería la futura tarima (del pronto frustrado) concierto, mientras su libro interno de cordura fallaba en encontrar el tomo, el episodio o la página que pudiera explicar qué diablos era «ESO» que la miraba desde detrás de un cristal (y que encima lo hacía con decidido mal humor cósmico), había un hecho que ella desconocía, y que todos en Yóvedi también desconocían, a excepción de dos personas: uno de ellos se llamaba Sagitta, quien por cierto tenía pensado asistir al concierto junto con otra felina de nombre Tabi, y el otro era Ysaak, quien en ese momento se hallaba durmiendo profundamente... Este «hecho» era que algo en la cápsula había cambiado: el lugar donde debía ir la bola de demolición había sido reemplazado por un artefacto cuadrado, mucho menos ortodoxo y de aspecto bastante siniestro.

Del susodicho artefacto salió un «algo» tubular, con un orificio en el extremo... Parecía un gusano enorme de color plateado...

• • •

Cetu, el segundo a cargo, estaba trabajando a casi un kilómetro de la tarima. Él también se hallaba muy contento de que los preparativos para el concierto estuvieran saliendo tan, pero es que tan rematadamente bien: habían vendido todas las entradas y tenían veinte patrocinadores, cosa que hacía solo dos años hubiera considerado imposible. Además, finalmente, su fetiche más grande se hallaba satisfecho: el evento que coproducía con su amiga Laetitia se llenaría con más de ciento noventa mil jóvenes (y eso solo contando la juventud de Solares). Sería un concierto *sonadísimo*, muy, muy, pero muy *sonado*. Tan sonado que...

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMM

Cuando cayó al suelo pesadamente, presa del dolor, identificó en alguna pequeña parte de su subconsciente que solo se había sentido así una vez: en la época en que hacía carreras clandestinas de autos y era un eminente piloto y; un día tuvo que pegar un frenazo que hizo que sintiera que el cerebro le rebotaba dentro del cráneo. Cosa harto desagradable, por cierto. La diferencia era que en ese momento, muchos años después, esa sensación era con creces peor.

Abrió los ojos como pudo, boca arriba, pegando la cabeza al suelo para poder ver más allá... Observó una escena surrealista: la tarima, el escenario completo, una monstruosidad de por lo menos veinte metros de largo por diez de ancho, había despegado como un helicóptero.

Para cuando llegó al punto máximo, allá en el cielo, no era más que un nubarrón de madera y tubos de hierro desbaratados.

No alcanzó a reflexionar sobre ello cuando empezaron a lloverle astillas, ni tampoco cuando observó la blanca cápsula espacial acercarse a él, ligeramente inclinada hacia delante, como un matón.

El horrible cañón lo apuntaba como si fuera una especie de dedo, acusándolo. Así que a Cetu no le quedaba otra que mirar, incapaz de moverse. El sismo producido por la explosión le había roto las costillas...

Tenía una oreja erecta y la otra repentinamente caída, defecto congénito que se manifestaba de vez en cuando. En sus treinta y tres años de vida, tenía la certeza de dos cosas: la primera es que nunca había visto nada tan raro y la segunda, que nunca antes había sentido tanto miedo, a pesar de que lo

demostraba de una forma extraordinariamente digna:

—Fuera de aquí —gimió.

No había caso... Los jóvenes se estaban arremolinando en torno a él, ora para ayudarlo a levantarse, ora para protegerlo y hacer patota frente al visitante, que ya estaba demasiado cerca como para que ellos hicieran lo que el lobo quería.

—Lárguense, maldita sea.

La cápsula se detuvo a pocos metros del concurrido grupo.

>:3

Todo el mundo miraba a la ceñuda criatura pandimensional con terror. Cetu, gimoteando, envuelto en un aura de abrasivo dolor, trató de tomar las riendas y dejar atrás el sopor. Echó mano de todo lo que había aprendido de las películas:

—Si puedes comunicarte con nosotros, por favor, solo dinos qué quieres y nosotros te vamos a escuchar.

Un joven del grupo, sin duda el más valiente, irguió un poco el cuerpo, con la mejor pose de pasividad que pudo adoptar para que el visitante tuviera alguna pista de qué le estaba intentando comunicar con su lenguaje corporal.

Eso no evitaba que uno que otro amigo tirara de su chaqueta negra desde atrás, intentando impedir que se acercara demasiado, pero él estaba decidido. Desprendió las pulseras de espinas de su muñeca y las echó al suelo, temiendo que pudiera verse como algo demasiado amenazante.

—¿Ves? Somos buenos, no queremos ser tus enemigos.

:3

El joven prosiguió:

—Me llamo Arthax —se presentó con suavidad, tocándose el pecho con las garras de la mano— y esta es mi gente. No te van a hacer daño. Queremos ser tus amigos.

:3

El pequeño vio a los suyos, lentamente, y ellos a su vez, se miraron entre sí, sin saber qué más hacer.

Miró de vuelta adelante y se quedó callado unos breves instantes, antes de preguntar:

—¿Qué quieres de nosotros?

>:3!!

El cañón se movió rápidamente, hasta localizar a todos.

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMM

• • •

De vuelta al tiempo actual

Ysaak no se molestó en utilizar el ascensor, sentía tanto frenesí, tanto miedo relampagueante...

«¿Dónde está otosa? ¿Adónde fue?»

... que sencillamente se puso un abrigo y se lanzó escaleras abajo.

Una vez en el estacionamiento, pegó un salto sobre su motocicleta y arrancó el motor.

Él no sabía qué era aquella cosa dentro de la cápsula espacial. Pero al mismo tiempo, él sabía, más que nadie en Yóvedi, qué era. Como el recuerdo insoportable de un terror nocturno, volvió a sentirlo: el egoísmo monstruoso, la maldad cósmica.

Saltó de la rampa del estacionamiento y de entre las llantas salió despedido un revoltijo de chispas. Esquivó un montón de vehículos, postes de luz y hasta personas de la forma que solo un atleta con sus reflejos podía hacerlo. En pocos minutos, utilizando las escaleras, esquivando a una multitud que se echaba a los lados y le gritaba, logró conectar con la autopista.

Al frente, sobre la gran metrópolis que se levantaba imperiosa ante su mirada lejana, estaba la nave espacial, más grande que nunca, coronando la altiva y poderosa Solares como una desgarradura de la realidad.

—¡Maldita sea!

Su desesperación lógicamente aumentó cuando escuchó aquel murmullo lejano. El de gritos de millones de voces...

• • •

Sin embargo, no había cundido el caos. La gente estaba asustada, desde luego, y había desorden, todos estaban en la calle, pero existía cierto nivel de organización y, por ello, la Central Militar de Solares podía trabajar un poco mejor. El ambiente, sin embargo, no era bueno.

El general (un león con una cicatriz en la frente), vestido con una elegante y compleja armadura y una capa, se hallaba sentado a la cabecera de la larga mesa transparente, observando el mapa electrónico que se dibujaba sobre la superficie de cristal.

—Fue avistado en seis áreas durante la tarde —explicó el puma, señalando con el apuntador los puntos rojos que aparecían automáticamente sobre la mesa holográfica al ser mencionados—. Como pueden ver, los seis marcan zonas limítrofes de Solares... Cinco de estas áreas se hallaban abandonadas, pero la última...

—El lugar del concierto —lo interrumpió el león, mientras observa sombríamente las fotos colgadas de la pizarra lateral de la sala, que mostraban un desastre de inusitadas proporciones.

—El visitante estaba haciendo un reconocimiento del área, sin dudas...

El silencio que vino a continuación, así como el que ya había cundido varias veces ese día entre análisis y comentarios, era parecido al de un hospital por la noche.

Deslizó uno de sus dedos por la diadema de guerrero que se hallaba posada en la mesa, entre sus enormes manos.

—¿Algún sobreviviente?

La respuesta tardó varios segundos en venir de algún lugar de la sala y fue tan terminante como oscura.

—No.

—¿Alguna idea de por qué atacó a la gente que se encontraba ahí?

—Eran jóvenes.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó al doberman, con lenta hostilidad.

—Lo que quiere decir, excelencia, es que es posible que hayan incurrido en un acto completamente inapropiado contra el visitante... Que hayan hecho alguna estupidez.

El general observó de vuelta los restos calcinados que aparecían en las fotografías.

—¿Alguna estupidez? ¿Estupidez de chicos, quieres decir? ¿Y una

criatura avanzada los mató por eso?

—Después vamos a arreglar esos detalles, Belfegor, pero ahora no.

Era un perro muy anciano, con orejas largas y un rostro tan arrugado que los ojos no se le podían ver.

El resto de la milicia se removió en los asientos, tal vez incómoda por esa desagradabilísima sensación que se tiene cuando uno presiente que puede haber trifulca. El viejo comandante de aviación no había utilizado el respetuoso término militar para referirse al superior. Pero el tipo estaba quieto y apuntaba con su hocico al león.

—Eras un cachorro cuando entraste a la milicia, y si yo te recuerdo a ti entonces tú me recuerdas a mí, porque fui tu profesor. Soy científico, ingeniero y gran maestro aeronáutico, las primeras dos desde hace cuarenta años, la última desde hace veintisiete. No soy un militar en el sentido estricto como el resto de ustedes, soy un hombre de ciencias.

Hubo silencio.

—He estado viendo esa cosa que flota encima de la ciudad con telescopios, bien de cerca, y me permito la vergüenza científica de referirme a eso como «cosa» porque no sé qué es. ¿Una nave espacial? Obviamente, pero no se mueve, no vibra, no hace ruidos, no emite vapor ni calor ni energía... y no lo detectamos al cruzar la atmósfera del planeta. Si fuera de metal, la entendería, pero francamente estoy en una situación de inferioridad científica porque no entiendo ni me explico cómo está haciendo para mantenerse en el aire. Pero está ahí y emite luces constantemente, y hace media hora uno de mis ingenieros descubrió que no es que haya decidido posarse sobre la ciudad y punto, sino que se encuentra sobre el punto matemáticamente exacto del centro de Solares.

Volvió a tomarse un tiempo para continuar, respirando con calma.

—Lo que te quiero decir es que los seres, o el ser, que habitan esa nave poseen, para decírtelo de una forma poco pomposa, tecnología superior a la nuestra. Por lo tanto y mientras aún sea posible explorar las opciones, te voy a dar mi opinión: no lo hagas enojar.

Al poco tiempo alguien tuvo algo que acotar, con vehemencia:

—¿Pero qué vamos a hacer si es hostil?

—No hagamos esa suposición todavía —intervino otro.

—¿Pero y si lo ES? ¿Faltan pruebas?

Se escuchó un fuerte manotazo contra la mesa, gesto que tal vez evitó que todos comenzaran a discutir al mismo tiempo.

—No podemos hacer nada ni decidir nada —exclamó otra enorme figura de ojos amarillos entre las sombras—. Lo que pase en treinta minutos exigirá decisiones que ahora no podemos prever. Hasta entonces, nuestro trabajo es esperar y pensar en todos los escenarios, y eso solo cruzando los dedos para ver si podemos adivinar lo que sigue. Es una nave espacial, señores, y si a los autores de nuestros cursos de estrategia para el combate se les hubiera ocurrido abrir un capítulo que versara sobre invasión extraterrestre, los hubieran echado de una patada en el trasero. Estamos ante lo impensado.

El león emitió un pequeño gruñido de aprobación.

—Que así sea. Vamos a esperar. Y Argos, no creas que voy a decidir atacar a la ligera un objeto que se encuentra justo encima de Solares —repuso, observando al perro anciano—. Solo sé que lleva pocas horas en este mundo y ya ha cometido treinta crímenes.

El león se levantó imperiosamente y miró el mapa, apoyando ambas manazas sobre los bordes de la mesa.

—¿Alguien tiene más datos?

Un zorro con unos lentes redondos levantó el brazo tímidamente.

La luz se reflejaba en sus anteojos. Su armadura era modesta en comparación a la de los demás.

—¿Teniente?

—Observando muy de cerca la... si tenemos en cuenta que de ella se desprende una cápsula, llamémosla «Nave Madre», vi que su superficie emite un esquema muy interesante de patrones que forman, a falta de otra palabra, algo parecido a letras, que desde luego, son muy extrañas...

Esperó varios segundos, como cerciorándose de que su teoría no ocasionara una inquietud general.

—...y estas letras no son coincidencia. Pues empecé a sospechar que los símbolos ERAN letras cuando varias de ellas empezaron a repetirse, la computadora ha procesado miles. En pocas palabras: creo que es un lenguaje, creo que se retroalimenta de información.

—¿Hay alguna forma de descifrar este lenguaje?

—Si mi teoría es cierta, entonces me temo que tiene más de trescientos millones de palabras (en comparación con el millón de palabras que tiene nuestro idioma). En definitiva: no, o al menos, no de un día para otro.

Un soplo de desaliento se dejó entrever.

—Es obvio —continuó— que esta criatura proviene de un universo de conocimientos y ciencia mucho más amplio que el nuestro en este plano o

realidad. Amigos, yo siempre creí en extraterrestres, pero... no supuse que la brecha iba a ser tan grande.

El teniente se sentó y se acomodó los anteojos, observando a sus superiores con las manos entrecruzadas.

—¿Y si enviamos un par de helicópteros con juegos de luces para que le hagan señales?

Todo el mundo lo vio con mala cara.

—No tenemos ningún indicio de que el visitante se comunique por luces o que tenga la voluntad de recibir un sencillo mensaje. Y si así fuera, no querría enviar dos aparatos allá arriba arriesgándome a que les dijeran «Saludos: ¿son estúpidos?» en algún lenguaje galáctico.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar —zanjó Belfegor, el león general—. Mientras tanto, y en vista a los terribles hechos de esta tarde, quiero que sigan evacuando a la gente del centro de la ciudad.

De pronto, un soldado raso apareció abriendo las puertas dobles de la sala, como un criminal del viejo oeste.

—¡General, señor! Alguien ha pedido hablar con usted de emergencia.

—¿Quién?

—El capitán de la policía de Solares. Dice... —echó una rápida ojeada al documento transcrito que llevaba entre las manos— que el visitante no fue avistado por primera vez hoy.

—¿Cómo?

—A decir verdad fue visto primero durante la mañana por dos jóvenes... Dicen que está relacionado con los meteoros que cayeron.

• • •

Ysaak ya estaba en el casco céntrico de la ciudad, pero su paso se había ralentizado enormemente.

Lo peor de todo es que estaba desesperado, y no le faltaba mucho para empezar a atropellar a la gente como siguieran sin hacer caso a la bocina de su motocicleta.

«SECTOR GALERÍA DE ARTE», rezaba el elegante cartel sujeto por dos postes.

Eso lo tranquilizó, si Cha'chat no estaba en casa, lo más probable es que se hallase ahí.

Más allá, cuando finalmente vio una oportunidad de acelerar, sucedió lo típico: un enorme camión se le atravesó por el medio. Le irritaba que todo el mundo estuviera conduciendo y al mismo tiempo mirando al cielo.

Hizo un amague, viró y consiguió rodear el camión por un borde. Pero ya justo dentro del sector de la galería (que no era muy ancho y, encima, estaba lleno de cientos de estudiantes de arte), su camino fue indefinidamente truncado. Bajó las piernas de los lados de la motocicleta y se puso en puntillas, buscando con la mirada.

La gente tenía opiniones encontradas respecto a la nave. Si bien la mayoría desechaba absolutamente la idea de que pudiera pasar algo malo, una minoría suponía que, de ser hostil, el visitante atacaría con alguna suerte de misil supersónico o con un rayo de esos que forman hongos nucleares.

Ysaak, sin embargo, tenía una idea mucho más acertada de qué podía llegar a pasar si... —tocó el bolsillo de su pantalón y palpó la etiqueta «MADE BY PUMO»— Pumo desencadenada un ataque a gran escala.

«Los cubos, los cubos obreros».

Se los imaginaba desprendiéndose de la nave, adoptando formas muy diferentes. Ya no serían obreros ni maquinaria de construcción: ¿robots asesinos, grúas gigantes? Quién sabe, tal vez en vez de molestarse, decidieran utilizar «aquello» que habían usado para abrir esos terribles cráteres en la selva, entreteniéndose al mismo tiempo en averiguar si era verdad que había petróleo cincuenta kilómetros debajo de Solares.

—¡CHA'CHAT! —llamó, con todas sus fuerzas.

Pero era como gritarle a una tormenta. Ni siquiera los superdotados oídos de una pantera lo iban a escuchar entre la fiesta, los gritos, las risas, el asombro y toda la hueste de reacciones inhóspitas de millones de voces clamando al mismo tiempo.

Lo último que Ysaak quería era imaginar a Cha'chat en algún lugar inaccesible, sentado junto a otros artistas y con una copa de vino en la mano, reflexionando filosóficamente acerca del impacto social que tendría el histórico evento, esperando estúpidamente a que lo fulminaran.

Lo peor era que podía estar en cualquiera de los palacios, edificios o templos llenos de columnas y arcos, algunos abrazados por millares de lianas verdes y árboles, y otros conectados por puentes sobre lagos artificiales y fuentes que relumbraban como cristal ante las luces.

Todos los museos de arte estaban distribuidos alrededor del área. Por ahí, había un laberinto con obras de grafiti, por allá un coliseo, y en el casco norte

había un campo de estatuas donde la gente se podía meter... Ysaak no podía más que sentirse aterrado.

Cuando ya había pasado demasiado tiempo buscando con la mirada de un lado a otro, resultó que lo habían encontrado a él.

—¡Ysaak!

La voz de Sagitta lo alertó, y para bien: lo acompañaban Cha'chat y Tabi.

Pasó una eternidad para que los cuatro llegaran a verse, aún separados por treinta metros de distancia y un millar de personas en medio.

—Me alegra verte aquí —dijo Cha'chat, colocando una mano sobre el tenso hombro de su protegido.

Tabi lo observaba fijamente, tal vez porque hasta ahora la había ignorado por completo. Sagitta se hallaba exaltado: sus ojos, que por lo general estaban entrecerrados y fríos, estaban encendidos, algo en él se encontraba prendido de emoción, lo que sucedía también con muchas almas en toda Solares.

La hermosa felina blanca, quen parecía esculpida en pos de complacer a alguna deidad faraónica, estaba vestida como si aquella fuera una noche para salir a un restaurante caro.

A Cha'chat, por su parte, no se le veía mayor emoción en su rostro cincelado por la experiencia y la vida, pero se le notaba que había estado pasando un buen rato, y sus ojos grandes y verdes estaban llenos de curiosidad. Desde luego, no tenía ninguna intención de salir corriendo.

—Tenemos que irnos de aquí —le siseó ferozmente.

La pantera lo observó con gravedad. Conocía ese tono de voz lo suficientemente bien como para saber que el cuerpo del chico no iba a ser lo tan fuerte como para contener el maremoto de salvajismo que tenía por dentro. Desafortunadamente, Sagitta no conocía a Ysaak tan bien:

—¿Pero para qué quieres irte? Cha'chat nos ha invitado a...

Todo sucedió muy rápido: Ysaak a veces le temía a Sagitta por el puro hecho de que él podía ser mucho más felino en la manera vil que los felinos pueden serlo, pero en aquel momento entraban en juego muchos factores que convertían a Ysaak en un ser asustado y agresivo, al punto que podía hacer valer la realidad de la vida: como levantar a Sagitta con una sola mano y arrojarlo contra el suelo.

Le acercó la cabeza y lo interrumpió de golpe, diciéndole en una voz lo suficientemente baja como para pretender que la cosa quedara entre los dos:

—Ayer le tiramos piedras hasta cansarnos, y ahora aparece aquí, encima de la ciudad, ¿qué te parece que ha venido a hacer, idiota?

Sagitta se quedó viéndolo, con el mentón tenso. Tabi, a su lado, había abandonado su semisonrisa y su mirada de «Oye tonto, salúdame».

Sería muy largo explicar qué opinaba Sagitta respecto a la reflexión de Ysaak, pues él se había hecho su propia versión de lo ocurrido. Para hacerlo corto, era algo así como que él creía que «el visitante» era en realidad uno de muchos otros «visitantes» que habitaban dentro de la nave madre, y él y su amigo no habían hecho otra cosa más que molestar a un simple patrullero que solo había querido «espantarlos» con una bola de demolición.

Desgraciadamente, poco sabía él (y todos) que era el tigre quien tenía razón.

—¿Qué te sucede?

Ysaak sabía que no tendría paciencia para explicarle, eso era lo de menos, lo que le preocupaba era el tiempo. Levantó la cabeza y observó de nuevo a la pantera.

—Vámonos de aquí, por favor.

Miró de nuevo a Sagitta, y a Tabi, de una forma en que parecía pedirles perdón.

—Y ustedes, lárguense también. Váyanse lejos, lo más lejos que puedan.

La cara de Cha'chat reflejaba al menos dos docenas de preguntas, cada una de ellas bastante largas, y fue por ello que el tiempo, finalmente, se les agotó a todos...

La nave espacial, o al menos el pedazo de disco que se alcanzaba a ver desde ahí, sobresaliendo entre dos altísimos museos, empezó a emitir destellos...

• • •

Para el joven gato hacker, que veía con ojos solemnes al cielo, sin hacer otra cosa que ocupar las manos para mantener cerrado su abrigo, aquello parecía una lluvia de datos gigante, pero blanca, en 3D y vista desde adentro.

Para el leopardo que lo había estado viendo todo desde la azotea, en solitario, recostado en una silla de playa, parecía una cascada de cristales.

Para la joven leona que veía el fenómeno desde la ventana de la agencia de modelaje, junto con las demás, la cosa era como si la nave nodriza se estuviera desintegrando. Por un segundo, pensó que el visitante había sufrido un accidente.

Para los militares y su larga noche de tribulaciones, significó el momento de la verdad y para Ysaak, el sufrimiento de una predicción cumplida y el

horror absoluto: los obreros volvían a descender y, a diferencia de la mañana anterior, esta vez eran miles...

• • •

La niña observó su propio reflejo a través del líquido lechoso de la superficie del cubo, que era tan grande como un armario. Su pequeño gorro de colores se reflejaba fantasmal frente a la superficie de lo que su infantil mente no tardó en apodar como «Aquella Cosa».

Luchó y perdió contra el impulso de levantar un brazo y extender un dedo para tocar a «Aquella Cosa»... Su guardián, ahí detrás, muy de cerca, la hacía sentirse cuidada, especialmente por la gran mano que cubría su hombro y que, con reservas, avalaba y daba sentido a la atmósfera de lo que parecía un pacífico encuentro presenciado por el mundo entero.

La gente hacía un círculo alrededor de ella, muchos rostros estaban iluminados en silencio por esa cautivante luz pulsante.

La punta de su pequeñísima garra apenas rozó a «Aquella Cosa». Su mente se hallaba plácida, pero pensaba que había algo en aquel líquido que parecía estar... Bueno, era difícil explicarlo, pero parecía estar... algo así como *vivo*.

Así que volvió a levantar el dedo, para hacer un segundo, tímido intento...

Tal cosa no hizo falta, puesto que una fuerza monstruosa la atrajo. La niña quedó atrapada como una mosca, en posición fetal, dentro del cubo.

El maremoto de gritos estalló, el rugido de guerra de su otosa fue acallado y él también se convirtió en víctima. Aquel oso hubiese sido capaz de voltear un camión, pero la fuerza contra la que pretendía luchar era sencillamente intransigente.

El agujero en expansión conformado por gente corriendo desde los cuatro costados volvió a ser un anillo fibroso y pequeño otra vez: era como una aspiradora atrapando hormigas. Más allá, al otro lado de la calle, un primo de «Aquella Cosa», que era todavía más grande, estaba haciendo exactamente lo mismo con su grupo de curiosos.

Cuando finalmente albergaron suficientes personas como para ser grotescos cubos hechos de grasa con gente adentro, la miel que quedaba entre los diminutos espacios entre los cuerpos perdió su solidez y, arrastrando a sus presas húmedas, como medusas, empezaron a escurrirse por la calle, hasta encontrarse unas con otras.

Una vez que el humor viscoso del obrero A con el del obrero B se mezclaron en un beso fatal, empezaron a levantarse, haciendo una escalera caracol viviente que exhibía, morbosa, su cosecha «humana».

Las paredes se estiraron mecánicamente, subiendo hacia lo alto, en dirección a la nave.

La niña veía alejarse la calle, desde su punto de vista todo se hacía cada vez más pequeñito, hasta el grado en el que, después de un rato, fue consciente de que estaba abandonando la ciudad.

Y vio también a miles de personas: como si Solares se estuviera soplando la nariz desde muchas partes... Muros de personas con sus extremidades extendidas que, junto con ella, habían sufrido la misma suerte y se levantaban por algún poderoso campo de gravedad, similar a una imagen de viscosidad cayendo del techo, pero al revés.

«Otosa», pensó, antes de perder la conciencia.

• • •

A partir de ese punto, todo se redujo a un espectáculo de horror. La gelatina de tres o más cubos se unía entre sí para formar una suerte de rodillo gigante y arrasar las calles más grandes. Las personas que se hallaban dentro de los vehículos procuraban, en el paroxismo del terror, cerrar las ventanas, pero la materia rompía el cristal y recogía lo que estaba adentro como un oso hormiguero. Al cabo de un rato la gente subía, capturada en cantidades descomunales. Vista desde arriba, Solares era un amasijo de gritos.

Los tropas, la guardia y los soldados no esperaron la señal de ninguno de sus superiores para disparar: ninguno estaba dispuesto a explicar por radio lo que estaba pasando. Perderían la paciencia si la voz del superior, nublada a través de las rendijas del aparato, les pidiese que repitieran de nuevo qué estaban viendo y si estaban «seguros de ello».

Levantaron sus enormes armas, preparados para disparar ráfagas explosivas que dejarían a cualquier AK 47 del planeta Tierra en ridículo. Sin embargo, antes de rozar siquiera el gatillo, la mayoría se detuvo ante la voz de un simple soldado:

—¡NI UNA BALA, MALDITA SEA!

No era para menos: todo a lo que había que dispararle no era al enemigo, sino a un montón de gente inmóvil.

Un valiente tiró su rifle y corrió al frente; su idea, en un principio, fue

excelente, por lo que muchos se le unieron.

Se subió sobre un auto y metió las manos en la lámina viscosa, intentando sacar de ella a una persona joven.

Decenas de mangas uniformadas se introdujeron dentro de la gelatina, haciendo lo mismo con otros cuerpos. La escena era deprimente, patética y, por sobre todas las cosas, horrorosa, bajo aquel cielo nocturno.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que las maldiciones cundieran...

Era demasiado resbalosa. No importaba qué tanto aferraran una muñeca, una mano o un tobillo (más de uno sintió que le rompía accidentalmente un hueso a alguien)... Al final, se deslizaban de sus manos y seguían su camino en pirámides planas y desiguales, hasta bien arriba, donde los primeros ya solo eran, vistos desde ahí, como miles de puntitos desapareciendo dentro de las luces de la Nave Madre.

Cuando ya llevaban mucho tiempo empeñándose en hacer lo que ya sabían que era imposible, sus ánimos se volvieron añicos, y todo ante la mirada de las pocas personas que habían tenido la fortuna, por mero azar, de no ser abducidas, allá, rezagados, abrazados, temblando de miedo en las esquinas.

Entonces un soldado observó que por allá, a un costado de la avenida, ocurría un raro fenómeno: un cubo ocioso. Estaba estacionado debajo de un farol, sin hacer nada.

El lobo tomó su arma del suelo y, con mirada asesina, se apoyó la culata al hombro.

El chorro de fuego que despidió el cañón fue magistral: la metralla parecía un jet terrestre. El ruido hizo que los otros uniformados se dieran vuelta.

Se vieron entre sí y no tardaron en saltar desde los autobuses y los vehículos para tomar sus rifles y unirse.

Para cuando todos decidieron que ya había sido suficiente y en consecuencia bajaron sus armas lentamente, se llevaron una sorpresa: el cubo, que estaba lleno de metralla (como si hubiesen acribillado una gigantesca olla de látex), empezó a pulsar. Y comenzó a tirar los proyectiles igual que un bebé que escupe la compota.

El obrero espacial no mostró ningún indicio de daño: se hallaba intacto y puro, otra vez... Pero ahora con una pequeña diferencia: habían tenido la amabilidad de darle el empujoncito que el visitante «:3» le hubiera dado (aunque de un modo más sofisticado) de haber estado ahí.

Lo que vino después no hace falta narrarlo: lucharon ferozmente, se defendieron lo mejor que pudieron, pero al final y al igual que los civiles, perdieron la batalla y fueron arrojados por el horrendo humor.

• • •

Ysaak se hallaba agachado tras la moto. Su otosa también, y cubría a Tabi y en parte a Sagitta.

El silencio que sobrevino después fue tan gélido, que todos, desesperanzados, supieron sin haberlo visto que la batalla había sido perdida.

Y a pesar de eso —pensaría Ysaak, en otro tiempo, recordando este terrible día— fue gracias al ruido de la metralla que, posiblemente, «Pumo» decidió bajar, para ver qué estaba pasando.

Desde la cabeza de la Nave Madre, la cápsula se desprendió y descendió rumbo a la urbe, con cuidado de no tocar la complicada y entretejida carretera de gelatina llena de seres vivos que subía hacia su nave.

:3

Yóvedi estaba lleno de seres inteligentes, por eso, algunos jóvenes artistas que se encontraban escondidos detrás de un banco, temblando, no necesitaron una presentación para saber que aquella cosa que se aproximaba era el jefe del show, y el horror que sintieron fue tal, que ni siquiera su subconsciente les ordenó echar una miradita de curiosidad para verlo y quién sabe, dibujarlo algún día, si salían de esa...

Ysaak apenas vio cruzar rápidamente la cápsula sobre un museo, pero eso fue suficiente como para sentir que algo en sus entrañas desvariaba del miedo.

No quería analizar qué estaba pasando, no quería pensarlo, no quería hablar con nadie: solo quería la oportunidad de escapar, de irse lejos.

—Vámonos —susurró.

—¡Ysaak, no!

El chico se levantó y observó a Cha'chat.

—Vámonos en la moto.

Pero Cha'chat tenía que pensar no solo en su protegido, sino además en Tabi y Sagitta. No iban a entrar todos en una moto.

—¡Vámonos, maldición! —rugió, desesperado.

—Quieto y obedece.

Cha'chat giró la cabeza y vio un callejón que se abría paso entre dos palacios de arte antiguo que estaban al oeste de la plaza, pero más arriba de las esculturas de los dragones, que parecían ángeles y que adornaban las azoteas, se veían, ni tan lejanas ni tan cercanas, láminas de gelatina espacial levantándose al cielo, como salidas de una pesadilla. No quería cruzar la plaza, ir al lugar más oscuro del sector y llegar a tiempo para caer en la trampa. Lo olía.

Cruzó un brazo sobre los hombros de Ysaak y lo aferró. Tenían suerte de estar ahí, al menos de momento.

Eso, hasta el instante en que la pantera sintió que el pavimento temblaba y vio a un convoy de camiones militares derrapar desde el norte de la plaza, girar hacia el este, detenerse en la entrada de la calle (desde donde habían venido los disparos), bajarse y empezar a dispararle todos al unísono a lo que seguramente sería la cápsula de Pumo.

Estaban por convertir la plaza en el principal campo de batalla.

—Dios, por favor, no —susurró Cha'chat.

El silencio se rompió, los estudiantes empezaron a gritar, salieron de todos los escondites para correr desesperados y obstruyeron todas las salidas contrarias a la rotonda. El tronar de los tiros y los cañonazos ahogó los gritos...

—¡Al suelo! —ordenó.

...pero no tanto como el cañón de la cápsula en acción.

Todo lo que Cha'chat vio fue que algo disparado desde detrás de los edificios, desde un lugar que no podía ver, voló hacia los militares como una centella.

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMM

Sus tímpanos se saturaron y el característico pitido llenó sus orejas. Un camión en llamas atravesó volando la fachada de un museo y rompió todas las ventanas, otro cayó dando vueltas sobre alguna azotea y el último, sencillamente, se desintegró en el aire.

—¡Rápido, rápido! —le gritó un zorro enardecido a un chacal que venía corriendo con un lanzacohetes en la espalda.

Se tiro al suelo y caló el artefacto en la vereda. El compañero preparaba una carga desde la portezuela de atrás.

—¡Fuego!

El cohete se disparó, la lluvia de chispas los bañó, luego, el estallido iluminó de rojo a todos.

Los soldados gritaron, eufóricos.

—¡Le hemos dado! ¡Le hemos dado!

Pero pronto, esa euforia se tornó en angustia adornada por sus gritos de confusión entrelazados.

—¿Pero cómo...!?

—¡No!

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMM

Sagitta apenas alcanzó a ver una descarga de luz, seguida por algo que no habría podido catalogar como otra cosa más que un pedazo de «no existencia». El zorro y el chacal desaparecieron como sombras, junto con un enorme trozo de la pared sobre la que habían estado intentando ocultarse, pared que le hacía falta a una enorme galería de arte que, crujiendo, empezaba a desmoronarse, cayéndose a pedazos, mostrando sus costuras de metal.

Para empeorar las cosas, un tanque salió a la vista, atravesando una nube blanca de escombros. De tan rápido que iba patinó por el suelo. La cápsula extraterrestre se aproximaba poco a poco, haciéndose visible para Ysaak.

Sagitta, por su parte, veía la escena con total incredulidad y cara de miedo.

Otro tanque había venido desde donde apareció el otro y a los pocos segundos un tercero saltó y se les unió, colocándose en un arco alrededor de la cápsula, este último muy cerca de Cha'chat y los chicos.

El visitante observaba los tres tanques y los sendos cañones de estos lo observaban a él, como en un duelo del oeste. No sabían que, al contrario de la dramática escena que para ellos representaba aquello, el extraño ser, por su parte, estaba pensando simplemente a cuál le iba a pegar primero.

:3

Por fortuna, la suerte le tocó al último del lado derecho.

El disparo hizo que el cerebro de todos se apagara por segundos, aunque la mayoría ya tenía las manos bien apretadas sobre las orejas.

La cabeza del blindado se despegó de sus soportes y, con cañón y todo,

salió volando convertida en una ciruela blanda y ardiente, a la vez que el cuerpo (las ruedas, los engranajes y la correa) se deshacía como llevado por una bomba atómica. La visión resultaba estrambótica.

La suerte se había acabado, o al menos eso fue lo que pensó Cha'chat, quien ya tenía en mente mandar todo al diablo, tomar de la muñeca a su protegido y correr.

El tanque más cercano a ellos disparó el cañón. Si el empuje hubiese sido un poco más fuerte y la máquina hubiera tenido que retroceder dos metros más, habría aplastado las piernas de Tabi.

La navecita, a pesar de haber sido impactada directamente, no se movió ni un milímetro de donde estaba.

:3

El miedo que tenía Ysaak, seguido del apretón que le dio su otosa en la muñeca, lo hizo creer que ya era hora de escapar y provocó que de golpe se pusiera de pie. Su rostro sobresalía a un costado del tanque.

:3

El tigre respiraba agitado, asustado, observando al extraterrestre.

:3

Y de pronto el extraterrestre quitó la vista de su objetivo para devolverle la mirada.

:3

Y en vez de volver a mirar el tanque, se lo quedó viendo.

:3

Pensativo, como cuando alguien observa algo que le es familiar...

>:3!!

La cápsula se echó a andar hacia él...

Ysaak era un chico que podía decir, a sus dieciocho años, que no había desperdiciado un solo momento de su vida. No era de esos que se quedaban frente a la computadora quejándose de que no podían tener amigos o pareja por más que lo intentaran. Él había nacido con la luz del carisma, había sido agraciado por él, y también con el don de la inteligencia y la reflexión. Él era un joven de esos «que pensaba».

Fue por eso que tomó (sin poder siquiera ver a Cha'chat), la primera decisión de hombre de su vida... Por aquellos a quienes quería.

Saltó a la moto, la encendió de una patada y aceleró.

La cápsula espacial pasó al lado del tanque, chocándolo y echándolo a un lado, y se puso a perseguir al chico.

• • •

Ysaak entró por un callejón y aceleró de tal forma que la rueda delantera de la moto se levantó. Al alcanzar la salida viró hacia la izquierda, pero justo antes giró la cabeza, solo para ver cómo el vehículo espacial se asomaba por el resquicio de la pared de atrás... Entró a una avenida muy amplia... Su corazón bombeaba, sentía que los ángeles tocaban flautas.

«No puedo estar en un lugar muy abierto porque, porque... le voy a hacer las cosas más fáciles y...» Su mente retumbó con el recuerdo grotesco de «baboommm».

Esquivó las ruinas de un centenar de vehículos volteados y se metió por otro callejón. Lo mismo de antes: cuando estaba llegando al otro extremo, vio con desesperación que la cápsula de Pumo seguía sus pasos rápidamente asomándose por donde él había cruzado.

Lo que más lo asustaba era que una parte de sí mismo recordaba su infancia, como una película. También lo asustaba imaginar qué estaría pensando su otosa en ese momento, qué estaría haciendo...

Hacia la derecha. Subió por el camino y se metió de vuelta a la izquierda por una nueva callejuela. La basura volaba tras el paso de sus ruedas. Ya no hacía falta que girase la cabeza: sentía que lo perseguían.

Otro giro. Veía las ventanas llenas de luz amarilla de los edificios a sus lados, parecían viñetas de un cómic. ¿Estarían llenos de gente? ¿Habrían sido atrapados ya?

Se dio cuenta de que no podía forzar más el manubrio, ya no podía hacer

que la moto anduviera más rápido. La aguja golpeaba el lado derecho del velocímetro.

Miró hacia delante y observó con pánico que más allá se hallaba una salida a la autopista. Luego no había otro camino para volver hacia los callejones excepto uno solo, cuya entrada estaba del otro lado de ambas calles. Demasiado tiempo en línea recta... Justo lo que su perseguidor quería.

Pero eso no quería decir que se iba a dejar matar. Si moría así, que así fuera.

Cuando la calleja se terminó y salió por la autopista, un colosal rodillo de gelatina venía rodando hacia él; era una marea obscena de gente atrapada, que amenazaba con venírsele encima.

El chico levantó medio cuerpo e inclinó su nariz hacia adelante. Consiguió completar su proeza: alcanzó el callejón del otro extremo y se puso a salvo. A continuación, la cápsula espacial imitó el trayecto de Ysaak, pero hubo una diferencia: el rodillo gelatinoso se detuvo al instante, como si una fuerza omnipresente le hubiese puesto pausa, mientras la cápsula de Pumo pasaba de largo. Acto seguido, el maremoto viscoso entró en acción de nuevo, siguiendo de largo.

Aunque el visitante hubiese querido dispararle en aquel instante no hubiera podido porque la moto ya no se hallaba delante de él. En la oscuridad la luz trasera (que estaba jugando más en contra de Ysaak que a su favor), había emitido un destello y cruzado a la derecha.

El tigre bajó sus ojos azules y eléctricos hacia el panel. Dicen que cuando los males vienen, vienen todos juntos: no le quedaba combustible. Además, el juego del gato y el ratón no podía durar mucho más.

El ovni cruzó finalmente la esquina, la motocicleta había virado hacia el norte y estaba por cruzar de vuelta a la derecha, haciendo una U, para desembocar otra vez en la autopista. A partir de ahí, habría un tramo demasiado largo como para que Ysaak consiguiera algún otro recoveco.

Finalmente (pensó el extraterrestre, en su extraña conciencia), el chico había cometido un error, su mente se había quebrado.

Apuntando su cañón hacia adelante, la nave siguió el mismo camino que la moto: el callejón era negro, más allá se veían las luces doradas de la autopista elevada. Se escuchaba el ruido de helicópteros aproximándose desde todas partes. Pero había un detalle: la moto no andaba corriendo a campo traviesa, lista para ser un blanco fácil... sino que estaba en el suelo,

echando chispas.



La cápsula espacial se le vino encima de forma amenazadora, la inspeccionó muy de cerca, esperaba ver un cuerpo tirado en algún lado.

Justo cuando estaba a punto de virar, no para ver el montón de camiones militares que se habían apostado a los lados y que le apuntaban con armas (para Pumo eso era lo de menos), sino para ver dónde diablos se había ido el tigre, el extraterrestre se llevó una sorpresa horrible: Ysaak vino corriendo desde atrás y le saltó encima. Se subió con manos y patas sobre el cañón.

La nave se levantó, giró varias veces, se echó a un lado y luego a otro, y después zigzagueó, pero Ysaak mostraba los colmillos y tenía todos los pelos de punta, se movía como una anguila endemoniada, pataleando y echando garra a todo su poder salvaje.

El sonido debió ser un himno de júbilo, pero la verdad es que fue horrible: como cuando nos sacan una muela... Un crujido rocoso y carnívoro.

CROOOOSHHHKKRANCHH

Ante la mirada atónita de los militares, Ysaak había arrancado de cuajo el cañón del soporte y daba vueltas en el pavimento con él.

La nave se inclinó un poco hacia delante para que su dueño pudiera ver la escena: el tigre albino en el suelo, viéndolo ferozmente. Rápidamente se dio media vuelta y se fue volando rumbo al cielo, como la primera vez.

El tigre no recobró la calma aun cuando los soldados empezaron a hablarle y tranquilizarlo.

Lo tomaron de los costados y lo ayudaron a ponerse de pie.

• • •

Fue llevado en uno de los camiones del convoy, le habían colocado una manta sobre la espalda. Cuando por fin sus ojos se apagaron un poco y volvió a ser él mismo, cubrieron las magulladuras de sus brazos con vendas.

Una mujer soldado le susurraba cosas que lo sonrojaban mientras que, con un hisopo húmedo en una solución esterilizante, le tocaba una herida en la oreja.

La brisa helada sacudía la ciudad y mientras la lona del camión se movía, podía ver de a ratos Solares, que en el silencio parecía muerta. Faltaban algunas torres aquí y allá. El desastre había sido impresionante.

Quería celebrar la proeza más grande de toda su vida, más que todas las anteriores juntas en el campo de juego, más que todas las que tendría de ahí en más a nivel profesional en cualquier estadio o en su vida.

Él lo sabía muy bien: las felicitaciones vendrían y quién sabe hasta dónde podrían llevarlo... Pero al final no había nada que celebrar. Y para qué sentirse tan feliz al fin y al cabo, si posiblemente el problema de la invasión hostil no había hecho más que comenzar, después de todo...

La nave nodriza había abandonado los cielos de Solares y consigo se

llevaba un buen pedazo de su población, quién sabe a qué rumbo...

Lo más importante para él, más allá de su jugada brillante, más allá de haber castrado la cápsula, más allá de haber detenido la invasión (como si todo eso no fuera mucho), era haber salvado a su otosa, al otro culpable de todo este desastre (Sagitta) y, desde luego, también a Tabi.

Si el visitante volvía a atacar... (acarició el bolsillo de su pantalón, la etiqueta MADE BY PUMO).

Al margen de la catástrofe, había un detalle que al menos a él le llenaba el corazón de calidez: ese día no morirían los suyos... Eso se sentía como haber aprobado todos los cursos y todas las materias y todos los semestres que había cursado, cursaba y cursaría, y haberse salido de todos los problemas de toda una vida.

No pudo evitar sentir satisfacción cuando escuchó al militar hablando por radio con el comando central, explicando lo que había sucedido, cómo un chico había hecho esto y aquello... Tenía ganas de contar la historia por sí mismo y era lo suficientemente suspicaz como para saber que lo haría hasta cansarse, en lugares que, en su secreta ambición juvenil, no esperaba aparecer sino hasta cuando fuera un atleta famoso. Hoy había hecho mucho más que ganarse sus quince minutos de fama.

—¿Dónde dices que está tu otosa, chico? —le gritó el conductor, con su voz apagada por el viento.

Y le contestó «en la Galería de Arte», Plaza de los Artistas.

Para allá iban. Cada vez que la lona se levantaba de a ratos, Ysaak veía partes que le resultaban familiares.

Cuando sintió detenerse el camión, le extrañó que el lugar estuviese en silencio.

Se bajó.

Los soldados bajaron tras él, desperdigándose, explorando el área.

Los dos tanques que había dejado atrás seguían ahí, pero con un detalle que lo asustó: estaban volteados, en posiciones raras. Las compuertas se hallaban abiertas. No había soldados dentro. Tampoco había estudiantes... Los recovecos que estaban llenos de gente escondiéndose ahora aparecían vacíos. Era fácil compararlo con un pueblo fantasma.

—¿Cha'chat? —llamó, en voz alta.

El suelo era un campo plagado de objetos personales, zapatos, pulseras, collares, relojes y otras cosas dejadas atrás.

Los soldados tras el chico ya tenían una idea bastante acertada de todo.

Uno de ellos decidió no contestar el llamado por radio de un helicóptero que los alumbraba con una luz desde arriba, solo para que Ysaak no tuviera que escucharlo, o al menos, no así... Buscó en el suelo, sabía dónde había estado Cha'chat al momento en que lo había dejado. Y gracias a ello, logró guiarse, finalmente: lo primero que vio fue un collar dorado de Tabi y más allá, algunas cosas que olían a Sagitta y al lado, los anteojos, rotos, de su otosa. Al final, Pumo sí se había vengado.

—Cielos, chico...

Ysaak cayó de rodillas y empezó a llorar.

Pensaba en el momento que lo vieron por primera vez: cuando bajaron por el cráter, le echaron piedras y lo hicieron molestar. Y a pesar de que las intenciones del visitante eran premeditadas y que sin dudas volvería a atacar muy pronto, Ysaak pensaba que todo aquello lo había causado él, que todo era por su culpa.

Sollozó desesperado, las lágrimas caían sobre sus manos lastimadas.

—Lo siento... —sollozaba—. Lo siento tanto, lo siento tanto...

Se hizo almohada con los brazos y apoyó la cabeza en el suelo.

La nave había desaparecido y ningún radar en Yóvedi fue capaz de localizarla... Aunque eso era no solo de esperarse, sino un tecnicismo: no la habían detectado al llegar y no la habían detectado al retirarse.

El poder militar no tenía demasiadas esperanzas de nada, ni tampoco una pista de adónde se había llevado el visitante a la gente.

A pesar de todas las promesas y las esperanzas que vendrían al día siguiente, Ysaak sabía, muy en el fondo, que Cha'Chat, Tabi y Sagitta no volverían nunca más.

Se habían ido para siempre. Y fue solo entonces, cuando tuvo ese pensamiento, que supo lo solo que se iba a sentir, con la brisa tocando su rostro y la silueta fantasmal de Solares sobre él.

1. Logotipo de la policía de Solares.

2. *Otosa* es «padre» en japonés. Pero en este caso, se trata de un padre que no es el biológico. Pero eso es algo muy largo de explicar con respecto a la forma de vida de Yóvedi que será abordado más adelante.

PARTE I

EL ADVENIMIENTO DE PUMO

El pánico y desconcierto en Yóvedi eran terribles. Extras televisivos, alertas, secuencias de cámaras temblorosas, noticias las 24 horas... Pero la gente no se había alborotado, la población no salía a las calles a desbaratar cuanto almacén o tiendas de comida encontrara. No hubo saqueos, tampoco reyertas. ¿Quién sabe por qué? ¿Tal vez porque en el fondo creían que habría una solución? ¿Porque se mantenían optimistas, a pesar de la desquiciada situación que se había suscitado hacía apenas tres días en aquella ciudad llamada Solares? ¿O quizá porque, a pesar de estar solo un puñado de años más avanzados tecnológicamente que un planeta que existió en otro tiempo y otro lugar llamado Tierra, este pueblo era más sensato?

La única verdad imperante en aquellos días, lo único que podía afirmarse a pie juntillas, era que todos estaban demasiado ocupados lidiando con sus temores como para distraerse con cualquier otra cosa, incluso los grandes problemas de siempre que, hasta aquel día, habían tenido en Yóvedi.

Con disgusto, la raza yovediana se dio cuenta de que su situación actual no era nada parecida a sus viejas películas de invasiones extraterrestres. O mejor dicho: ni sus producciones ni sus superproducciones habían logrado plasmar de cerca el pavor de ser invadidos por una fuerza superior.

Y, para los efectos, ninguno de los villanescos invasores de su ciencia ficción se parecía en lo absoluto a esta criatura de la que con lo único que contaban era un objeto de material extraño (parecido al papel), con forma de etiqueta, que rezaba:

MADE BY PUMO

Este objeto, por cierto, había sido entregado a la milicia por un chico que por un tiempo fue considerado insigne por quienes lo rodeaban.

Lo había recuperado en un acontecimiento que de aquí en más se denominaría «el primer encuentro».

Su nombre era Ysaak, protegido de Cha'chat.

En la escena, había estado también Sagitta, protegido de Maltazard; estos dos últimos desaparecidos en el incidente que pasó a la posteridad como «La noche del secuestro», dieciséis horas después del primer encuentro.

La primera persona con la que habló Ysaak al ser ingresado en la base fue el comandante Backlava, quien posteriormente aseguró a sus líderes que las tropas recuperaron un objeto denominado muy vulgarmente «cañón peneperro» (a falta de una mejor descripción) que había arrancado Ysaak de

la cápsula luego de una complicada persecución.

Lo que el chico no sabía (y no se lo habían dicho para no perturbarlo aún más) era un hecho que afectó mucho a todos los oficiales científicos presentes: el susodicho cañón había sido llevado a una base militar secreta, pero se había desmaterializado ante los ojos de todos en el corazón de esta, diecisiete pisos bajo el suelo, con una veintena de paredes blindadas interponiéndose.

Fue como un suspiro, un parpadeo, y de los cien militares que había en el área, solo dos pudieron verlo: se desintegró, el metal se transformó en un nubarrón sin color, como si fuesen datos por computadora que sin hacer caso a los muros, se largaron al espacio, al infinito, como siguiendo a su dueño. Esto generó la sospecha de que el invasor era, de algún modo, capaz de manipular la materia, o que había alcanzado el grado tecnológico para ser capaz de hacerlo.

Durante los siguientes días, nadie del alto mando del planeta (emperadores, presidentes, líderes) durmió ni reposó.

La hipótesis a la que llegaron (o como decía el general león Belfegor con cinismo: «La esperanza a la que todos quisieron aferrarse») fue que el visitante solo había hecho una misión de reconocimiento en el planeta, un stop, una exploración sencilla que no salió bien y que, después de recolectar «cierta información científica» (forma inexcusablemente fría de referirse a las millones de almas que abdujo de Solares), había proseguido su camino, por lo que a esas horas probablemente estaría en algún lugar del cosmos viajando a una velocidad inexplicable.

Todo, claro, hasta que, en un descorazonador descubrimiento, detectaron que el problema no era que el invasor volviese al planeta, sino que nunca lo había abandonado en primer lugar.

Simplemente salió de la atmósfera y se colocó en órbita, en algún punto cercano al polo norte, donde reposaba una gran nave espacial con forma de anillo, indetectable por radares pero visible en la bóveda celeste desde los países polares.

Así que el líder de la primera potencia mundial consiguió, por medio de una misiva enviada a través de nada menos que doce mil frecuencias, hacerle llegar un mensaje de paz y una invitación a dialogar. Y aun a pesar del enorme esfuerzo que habían puesto en ello, nadie, desde el Centro Principal de Comando, salió de su infinito asombro cuando al paso de las horas, en algún momento de la fría madrugada, el gran monitor principal señaló que

había llegado una contestación desde arriba... No solo aceptaba el visitante ponerse en contacto con el líder, sino además, con los otros jefes de Estado en el gran Domo de las Naciones. Y, tal como se le había solicitado, el contacto se establecería en el día y la hora indicados.

Esta historia continúa a partir de ese día...

CONVERSACIÓN CON PUMO

Ysaak se sentó sobre la cama y se frotó los ojos con el pulpejo de las manos. Las largas rayas que abrazaban su cuerpo brillaron como oro negro a la luz. La sensación le era familiar, porque así se había sentido en los últimos días: como si estuviera en un escenario, con un foco encima.

Quizá eso era todo lo que necesitaba para satisfacer su ego, pero el destino había decidido no solo quitarle toda la alegría, sino además hacer que aquello que había ocasionado su fama se llevara a cambio las cosas más importantes en su vida: a Cha'chat, su otosa; a su mejor amigo, Sagitta, y a un amor perdido, Tabi.

Todos tragados por la oscuridad.

Cuando se arrodilló en la calle a llorar, pensó, en lo más profundo de sí (esa parte de la cabeza que uno no puede controlar), si algún día volvería a reír, si alguna vez volvería a dormir, si podría resumir su vida a partir de ese momento.

Otra parte se empeñaba en imaginarse cómo había sido el momento final de su otosa. Cómo había sido antes que un charco de humor espacial lo redujera a un ovillo y se lo llevara. Qué habría pensado en ese momento. Cuántos minutos pasaron entre que tomó su motocicleta y el invasor se empeñó en perseguirlo mientras ellos eran llevados a la nave nodriza (que para muchos no fue más que un anillo de luz fantasmal que podría ahorcar a la ciudad de encogerse sobre sí).

Al final no la ahorcó, pero sí la desangró; había muchos niños y adolescentes en situación de abandono, así como también adultos que perdieron a sus chicos. Solo el 15% de la población de Solares se había salvado.

Se frotó las orejas, luego cruzó los brazos y se rascó los hombros. Ysaak tenía muchos momentos así; se pasaba horas cavilando, a veces tardes enteras. Los ojos del tigre se perdían en el aire, su mirada se volvía fija, igual

a la de muchos otros jóvenes. Eran como estatuas erosionadas por el tiempo.

Esos largos silencios traían muchas preguntas, muchas preguntas cuyas respuestas no existían. *¿Por qué sucedió esto? ¿Qué va a pasar ahora?*

Su larga cola se movía lentamente, de un lado a otro.

Para pudrirlo más, hoy era un día «oscuramente» especial: Pumo se comunicaría con los más altos líderes de Yóvedi.

Era una noticia ultrasecreta, o por lo menos debía serlo, pero mucha gente lo sabía de todas maneras. Ysaak había tenido el privilegio de enterarse por un cabo que se sentaba todas las tardes a comer con él.

• • •

El joven guepardo lo había estado viendo por largo rato. Ysaak sabía que algo pasaba, pero no se animaba a preguntarle qué. En otra época, y más acorde a su personalidad, lo hubiera hecho...

—Si te cuento un secreto, ¿prometes guardarlo?

El tigre levantó sus grandes ojos verdes y lo observó un rato, mientras se llevaba un pedazo de pan a la boca.

Masticó, luego miró la bandeja y contestó:

—Lo prometo.

El otro se quitó su gorra militar y se frotó la cabeza, entre confundido y convencido de que tenía el deber de hacer lo que estaba a punto de hacer...

—El presidente Boltar envió un mensaje al extraterrestre.

—¿A Pumo?

—Sí.

Ysaak pronunciaba ese nombre cada vez que la gente hablaba de «el visitante», y tenía la costumbre de hacerlo a secas. Para Vaayu, la voz del tigre tenía un eco mortal, un odio incontenible llevado de la mano con una tranquilidad fría y sosegada, lo asustaba, era como si él y el extraterrestre fueran conocidos de mucho tiempo.

Giró sus grandes ojos, vio el verde oliva de sus pantalones, y entonces prosiguió:

—Pumo contestó el mensaje.

Ysaak clavó la mirada en la suya. El soldado no necesitó ningún incentivo para continuar. Pero no pudo sostener la mirada, así que se limitó a seguir viendo el suelo.

—La Federación de Naciones se ha reunido íntegramente, fue una

convocatoria de emergencia, quieren negociar con Pumo. Tienen la esperanza de llegar a un arreglo...

• • •

No tenía caso seguir rumiando los recuerdos de ayer y él lo sabía. Pero al menos eso era más alentador que pensar en qué podía pasar después. Era más alentador porque, en algún momento, se imaginó que, en medio de la asamblea extraordinaria, Pumo diría algo más o menos como esto:

«Ok, I will retreat the invazion, but in exchange, I want that fastidiozo tiger kid >:3»

Y lo triste es que, de ser ese el caso, de tener que ser entregado, Ysaak no solo no se hubiese opuesto, sino que no hubiese querido hacerlo.

Por cierto, la milicia de Yóvedi e Ysaak estaban al tanto de ese extraño lenguaje desfigurado que Pumo usaba gracias a la respuesta que había enviado al Comando Central, detalle que Vaayu también había mencionado.

Todo indicaba que se comunicaba utilizando una mezcla (realmente terrible) de dos idiomas importantes.

Por lo pronto, el hecho era el siguiente: la reunión se estaba llevando a cabo justo en ese momento.

Ysaak levantó la vista hacia el reloj que estaba colgado sobre la pared. La hora y el minuterero señalaban, en una conjunción perfecta, la hora más alta sobre el aro: 12:00 AM.

• • •

Boltar se hallaba sentado sobre una silla que parecía más bien un trono. Con la mano derecha se tapaba los ojos.

Era un lobo muy grande, pero no de contextura enorme. Su altura iba de la mano con la fina elegancia que destilaba. Las afiladas orejas se mantenían bajas y acechantes, y su morro a veces se retraía, pero el personal sabía que el líder del país más poderoso de Yóvedi no estaba enojado, simplemente agotado.

En su juventud, cuando era un sobreviviente en la parte más salvaje de su propia tierra, había sido un guerrero.

Lo había sido desde los doce años, su vida y su tribu lo obligaban a ello y, en su larga historia de luchas, victorias y logros, le había tocado permanecer, durante una muy dura ocasión, toda una semana sin pegar los ojos, contando además (y como buena historia de lobos) con escasa comida.

Aquellos días habían sido más agotadores físicamente que los de ahora, eso seguro... Pero nada, absolutamente nada en su vida podía compararse al cansancio mental de los últimos tres días. La conmoción y la fatiga empezaban a asomar en sus verdes pero gentiles ojos.

Y, aunque Boltar era un ser poderoso, sabio y justo, se encontraba con que la vida le había puesto delante un reto arbitrario.

Cuando tenía diecisiete (y ya era considerado, sorprendentemente, uno de los líderes de la tribu), tuvo que vérselas con el terrible señor de la Tierra del Oeste, un shogun al que no le agradó para nada el hecho de que alguien de la manada del clan del lobo matara a un cordero que estaba en su territorio.

Tigre temible e inmenso, quizá no un tirano, pero sí carente de flexibilidad, tenía el poder de causar un daño irreparable, por lo que hacer caso omiso de su furia o combatirlo directamente no era una opción. Podían acabar con ellos en una semana, dos si luchaban extraordinariamente bien (y bajo el mando de Boltar, lo harían), pero la sola idea era un sinsentido.

Y, para él, también era un sinsentido el castigo que le imponían a Dynn, el ladrón: debía ser esclavo por un año. Y solo El Gran Arión sabía lo que le podía pasar en ese tiempo...

«Entrega al guerrero o encontraré la manera de castigarlos», había enviado a decir el shogun con un mensajero de máscara blanca, montado sobre un enorme caballo negro.

Para empeorar la situación (porque siempre hay algo que lo puede empeorar todo) la mujer de Dynn tendría a sus cachorros en cualquier momento. Se hallaba en la fase final del embarazo y, sin su hombre, no podría mantener bien a los bebés, porque su pueblo no se hallaba en la época más feliz (situación que había propiciado la tentación de robarse un cordero, en primer lugar).

Así que, a los ojos de Boltar, la cuestión era simple: la tribu podía ayudar a la mujer a mantener a los chicos y causar un desajuste (tal vez desbarajuste) en el ya ajustado presupuesto del clan o, simplemente, alguien podía sacrificarse y mantener el esquema intacto.

Así que él, y nadie más que él, se presentó al palacio del shogun con un enorme saco. Y caminó a través de las taimadas miradas de desprecio de los

gatunos cortesanos apostados a cada lado de la larga sala, soportando sus humillantes aires de superioridad.

En silencio ascendió hasta el trono del shogun. Rindió el saco en el suelo, la sal se derramó por los costados: era el cordero. Boltar se puso de rodillas.

—Me entrego en su lugar —declaró.

La situación fascinó tanto al amo, que se olvidó de la afrenta y del deudor. Ahora tenía algo más interesante entre garras.

Durante los siguientes dos meses, probó el temple de Boltar de todas las maneras que se le ocurrió, y eso incluyó terribles tareas, someterlo a la más dura disciplina y dejarle caer mucha agua fría por las noches. Pero no hubo caso, nunca se quejó y eso al shogun le produjo una inmensa fascinación y un sentimiento de indulgencia raros en él. Por lo que, al cabo de tres meses, lo dejó ir. Y no solo eso sino que además tomó el té con él en la torre del palacio, donde le dio la noticia de que se había ganado no solo su libertad, sino también su respeto. Y ganarse semejante cosa del shogun en aquellas tierras era sin dudarle el honor más grande que podía haber.

Así que Boltar abandonó el palacio y, mientras lo hacía, los gatos alrededor de él, quienes lo habían visto entrar aquella vez, se limitaron a mirarlo de nuevo... Por supuesto, ahora con incredulidad y mil veces más odio y rencor que cuando entró. Y no se puede decir que el resto fue historia, porque eso sería faltar el respeto a una leyenda.

Ese año fue nombrado líder de la tribu, pero más tarde decidió revolucionar su vida y renunció para partir. Luego, cuando viajó mucho y trabajó en cientos de lugares, se puso a estudiar, y cuando estudió destacó, y cuando salió de ahí entró a los estudios mayores, y en los estudios mayores también sobresalió, y llegó más lejos, y al cabo de los años fue líder de Estado.

El Estado comprendía a cuatro loores, lo que quiere decir que él estaba ahora a la cabeza de cuatro señores (entre los que estaba el shogun, quien, además, fue gran artífice del ascenso de Boltar), y si para entonces su poder no era lo suficientemente grande, eso no fue nada con lo que alcanzó años después, porque su carisma le ganó el amor de un pueblo entero, quienes alfombraron su ascenso a la cima.

Aquí estaba entonces el líder supremo en los tiempos modernos, cuando las tribus y los feudos eran una cosa muy diferente, creyendo erróneamente haber conducido a su nación a una era de prosperidad sin precedentes, sin imaginar el bizarro destino que les esperaba. ¿Quién sabe? Se dice que la

historia es cíclica, pero el lobo comprobó que la vida también lo era...

Boltar no se las tenía que ver en las siguientes horas con un enorme amo feudal de mirada gélida, sino con una criatura semitransparente que no debía medir más de doce centímetros.

El shogun provenía de los páramos, que comenzaban después de la Gran Meseta. Este ser, en cambio, venía de otro mundo. El Amo tenía el poder de devastar una tribu. El visitante tenía el poder de arrasar con el planeta. Y ahora, como cuando era un cachorro de diecisiete, él iba a cruzar esa puerta e iba a negociar con esa fuerza superior.

Ysaak, ese chico héroe que consiguió hacerlo huir aquella noche sabía, por supuesto, quién era el líder de su país, y a su vez Boltar, desde hacía poco más de setenta y cuatro horas, sabía quién era Ysaak.

No se conocían de nada, pero quizá ambos estaban en sintonía, porque a él también se le ocurrió que Pumo podría estar interesado en el muchacho.

Boltar tenía una percepción madura e infinitamente más sabia del mundo que Ysaak. El chico pensaba que Pumo podría querer venganza; el lobo, en cambio, suponía que el visitante sentía una morbosa curiosidad hacia él, que podría desembocar en una serie de experimentos innombrables. Y, si ese fuera el caso, entonces ya había tomado una determinación. Una de la que no había informado a nadie por temor a que sus propios ministros se lo impidieran de todas las formas posibles: iba a ofrecerse en lugar de Ysaak.

Boltar estaba al frente de su tierra e Ysaak era parte de ella. Eso quería decir una cosa: el joven era su tribu. Lo demás estaba echado. A sus ojos era correcto hacerlo. Sin embargo, también sabía (y con mucha razón) que a partir de ese punto el paralelismo con su propia juventud tomaría un giro diferente. Cuando llegara ese momento las similitudes se desintegrarían; el lobo no regresaría al cabo de tres meses a su mundo, perdonado por el invasor. De hecho, no regresaría nunca más...

Sintió una mano temblorosa sobre su hombro. La felina lo observaba asustada, con ojos brillantes. Boltar subió su oscura mano y frotó los dedos de ella, suavemente. Antes de que surgieran las palabras, un lince irrumpió en la escena, de una forma que, como siempre, no podía dejar de ser tormentosa.

—Señor, todo está listo. Puede salir.

Boltar suspiró, sin dejar de mirar a Zabari a la cara.

Le guiñó un ojo, se levantó de la silla y frotó su mejilla, sin decirle absolutamente nada.

Dos coroneles le abrieron la puerta, que dio paso a una estancia con una

gigantesca cúpula que cubría buena parte de todo aquello que dominaba la vista: pisos rodeados de columnas y un larguísimo camino descendente en el medio llevaba hasta un set de filmación.

El lugar se hallaba rodeado de miles de palcos ubicados en las alturas, desde donde los líderes del planeta, acompañados por sus ministros y hombres de confianza observaban a Boltar, atentos.

Caminó hasta el fondo. Ahí lo esperaba un gran escritorio con un micrófono.

En medio de la palestra, una gigantesca pantalla se hallaba sujeta a un soporte. En ella se leían dos palabras: «EN ESPERA».

El líder tomó asiento y sintió que varias manos con grandes garras tocaban sus brazos izquierdo y derecho. Eran otros líderes, amigos cercanos, todos de otros países, que con ese gesto depositaban en él su fe y su confianza.

La pantalla cambió de color y se transformó en un pozo, de ella emergió un recuadro rectangular. En el domo todos enmudecieron.

—Señor presidente —anunció un militar de voz temblorosa por micrófono—, el visitante está en línea. Cuando usted hable, sus palabras serán enviadas por texto y así le llegarán al visitante.

Boltar observó al soldado y después giró la cabeza, mirando el enorme monitor. El rectángulo verdoso pulsaba pálido, vivo... Bajó la cabeza y suspiró en silencio.

—Saludos, Pumo. Le habla Boltar. Presidente de El Nyhm. Comandante supremo de la Fuerza Guerrera del Nyhm. Protegido por Zephar, protector de Xaphan y Zagan.

El generador de caracteres comenzó formar un mensaje...

—**Hallo thar.**

El silencio cundió en todo el domo. Boltar miró el mensaje fijamente por un largo rato, antes de acercar la cabeza al micrófono y volver a hablar.

—Es un placer comunicarse con usted. Espero que la transmisión le llegue bien.

—**Yez yez, it iz a pleazure for me too mr prezident, I'm receiving you from the Hilalaya mountains.**

Muchos se vieron las caras, desconcertados.

—Es un lugar remoto, hermoso y difícil de acceder debido a su geografía, pero lo conocí una vez. ¿Qué le ha parecido hasta ahora?

—**Well, Pumo haz very interezting ideas on the tophography, the**

architecture iz very nice too, it haz a lot of scientific value indeed. Pumo was rezently investigating on Yóvedis history and he found out some interesting information on your nice culture and costumbres antiguaz.

Boltar giró la cabeza para verle la cara a Argos, el anciano perro de largas orejas y cuencas húmedas que ocultaban sus ojos, gran maestro y comandante de la aviación. El perro apuntaba su hocico en dirección a él, sin decir nada.

—Es un honor que encuentre interesante nuestro planeta.

Guardó un prudencial silencio antes de proseguir.

—Para Yóvedi y su gente, poco habría más fascinante que un encuentro con alguien como usted. Pero, supongo que entenderá que, en este caso, estamos muy preocupados...

—**Yez, I can suppose that.**

—Para nosotros supone un inmenso dolor lo que hizo hace tres días. Usted... —hizo una pausa, para meditar bien sus palabras— abdujo a una gran parte de nuestra gente.

—**Oh yez, I have them here.**

Una tormenta de rumores y murmullos resonó en todas partes. La pregunta de Boltar fue inmediata:

—¿En qué condiciones están?

—**They are dreaming.**

El moderador, desde su palco, martilló furiosamente la tabla, exigiendo el silencio de todos los presentes.

—**Pumo haz been analyzing their dreamz and found out interezting things. Pumo likes what he sees, and spent quite zome time rezearching them. Zome are dreaming with another world, zome are kind of conscious even in dreamz, zome miss their beloved ones. Pumo thinkz it’z overall very fascinating.**

A partir de ese momento, pasó un largo minuto de silencio.

Con la cabeza gacha, el lobo miró hacia sus consejeros, que estaban sentados en una mesa contigua observándolo de vuelta, todos con expresiones aterradas. Meneó la cabeza muy lentamente. Nada de lo que le habían aconsejado la noche anterior servía para nada. De ahora en más iba a proseguir a su modo...

—Pumo... usted...

Se quedó en silencio, mirando a un costado, pensando.

—Usted viene de otro mundo. Usted debe saber que también hemos

conseguido salir de nuestro planeta. Hemos visitado el satélite principal de Yóvedi y hemos llegado un poco más lejos en naves tripuladas. Hemos mandado sondas hasta más allá de nuestro sistema solar. Todo eso para usted no debe ser más que una pequeña caminata fuera de la cuna. Pero yo creo que nuestra raza a través de su historia no ha podido dar grandes pasos sin primero caminar en casa. Por ello hemos alcanzado una era de éxito. Desde hace cincuenta años, en Yóvedi ya no existen naciones del tercer mundo, hemos hecho esfuerzos por superar la hambruna y la enfermedad. Esa fue nuestra clave para progresar y apelo al mismo principio con usted. No creo que haya llegado adonde ha llegado sin seguir el mismo camino... Quiero pensar que la base de nuestro desarrollo es un principio universal. Usted sabe por qué lo hemos llamado, usted sabe por qué está aquí. No quiero que perdamos el tiempo, Pumo. ¿Qué quiere? ¿Por qué ha hecho esto? ¿Podemos llegar a un acuerdo?

La contestación a la última pregunta llegó rápidamente:

—**Well Pumo findz that very difficult...**

Se oyeron miles de suspiros unidos a murmullos de desaliento, desagrado y horror.

Los martillazos del árbitro volvieron a resonar, desesperadamente.

Boltar hizo caso omiso del desorden y acercó su boca al micrófono:

—¿Por qué?

—**Becauze I have to destroy thiz planet.**

• • •

Vaayu ascendía por un muro rocoso y empinado sin ninguna dificultad. Extendía sus ágiles brazos, su pelaje amarillo brillaba bajo el sol y las manchas negras se estiraban, con la compleja musculatura fibrosa bajo ellas estimulándose con cada esfuerzo. Aun para un yovediano, Vaayu era extraordinariamente ágil. Un humano (y no cualquier humano) tardaría gran cantidad de tiempo en ascender a través de aquel descortés valle, que poseía demasiadas áreas verticales. Para Vaayu, en cambio, llegar arriba era cuestión de minutos y no necesitaba ni arneses ni cuerdas. Su instinto era mejor que una soga de seguridad.

El guepardo puso la mano pesadamente sobre el canto de la cima y, con un salto, se subió. Asomó la cabeza, el manto azul y verde del mundo dominaban el panorama. También se observaba un tigre blanco que

difícilmente ascendía.

—Un par de minutos y estarás aquí. Apúrate.

Ysaak miró con incomodidad hacia arriba. Vaayu le llevaba un par de años, pero eso no justificaba su falta de forma. Él era de contextura atlética y, en la Secundaria del Norte (lugar en el que estudió y llevó una vida normal hasta hacía solo cuatro días), era una estrella del equipo.

Vaayu le ofreció una mano, Ysaak la tomó y golpeó la pared con un corto trote despachando así lo que le faltaba. Se puso a jadear de rodillas.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Y el otro?

Giró la cabeza para ver al vacío.

—Calculo que en quince estará aquí.

—Va.

Desajustó la correa que llevaba alrededor de la cintura y extrajo su cantimplora, la tendió a Ysaak, pero él la rechazó con un suave gesto de la mano.

—No estarías ahí tirado como un enorme moco si no hubieras fumado marihuana, ¿lo sabes, verdad?

El tigre lo miró con una especie de odio infantil.

—Para qué diablos te lo conté.

—Sí, francamente, para qué...

Se sentó y cruzó las piernas. La vida se había vuelto compleja en muchos niveles. Hacía con naturalidad cosas a las que antes no estaba acostumbrado, cometía errores que en su vida jamás había cometido, como no hablar abiertamente con la gente.

Un ejemplo claro surgía ahora: a Ysaak le dolió el comentario de Vaayu, pero no por sus palabras (que en otro tiempo le habrían hecho gracia), sino porque fumar le recordó a Sagitta. Y esa era solo una muestra de cómo se sentía eso de perderlo todo.

Recordó cuando estaban en el prado, ocultos, fumando. Ysaak hacía lo posible por averiguar cuáles eran las novedades de su relación con Tabi, si su mejor amigo y ella serían novios formales, si habían... pasado juntos una noche. Estaba celosísimo y el mundo se le venía encima (o por lo menos, eso pensaba cuando todavía se tomaba a la ligera esas últimas seis palabras puestas juntas), hasta que entonces había ocurrido la explosión que por poco los había matado. Y había llegado él... Él, o «eso», porque tal vez ni siquiera mereciese un término que diera fe de su integridad como ser, integridad que,

a sus ojos, el visitante no tenía.

Giró la cabeza y permitió que la brisa le acariciara la cara.

—Vaayu.

El guepardo lo miró mientras tomaba agua de la cantimplora.

—¿Qué pasó ayer?

Miró hacia abajo, como un preámbulo para evadir su pregunta. Ysaak lo notó.

—Lamento si ahora te hago pensar que fue una mala idea que me contaras lo de la reunión con Pumo.

—No hay problema, Ysaak.

—Es en serio.

—No hay problema.

Vaayu asomó la cabeza por el borde del acantilado. Al tercero todavía le faltaba un buen tramo para alcanzarlos.

—No está escuchando.

—Confío en ti, pero no creo que quieras saberlo.

El tigre frunció el seño.

Vaayu era un joven inteligente y, como Ysaak, podía ver ciertas cosas que los demás no. No tenía reparos en hablar, no tenía peros en decir las cosas y poseía una agudeza excepcional.

—Si lo que te preocupa es que hayan llegado a un trato con Pumo, pues descuida, porque no sucedió.

E Ysaak, aunque era solo un resquicio de lo que alguna vez fue, se daba cuenta del significado que había tras esas palabras. Estaba consciente de lo mucho que se enfurecería si, así como así, Boltar y los otros líderes consiguieran un acuerdo amistoso con «él», después de destruir Solares, después de llevarse a Cha'chat. No lo toleraría.

—Agradezco tu franqueza —contestó secamente.

Vaayu lo observó con hosquedad.

—Ojalá hubieran llegado a un trato razonable con Pumo, maldita sea, Ysaak. Ojalá todo hubiera terminado bien.

—¿Así piensas?

—Así pienso. ¿Y sabes por qué? Porque dijo que va a destruir Yóvedi.

Entonces, el silencio lo arrebató. Ysaak sintió un vuelco violento en el pecho.

—¿Va a destruir el planeta?

—Dijo que «necesitaba» hacerlo.

El tigre observó entonces todo el panorama: las montañas, el valle, los ríos, los árboles, el cielo...

—No puedes decirle esto a nadie.

—No lo haré.

—Es en serio, Ysaak. Sé que puedo confiar en ti, pero es preciso recalcartelo. La gente no tiene por qué sufrir.

—¿Y qué pasó después?

—¿Después?

• • •

Boltar no estaba seguro de cómo contestar a aquello. Las letras seguían brillando en el monitor, así habían permanecido por varios minutos, mientras todos los líderes del mundo vociferaban.

Well Pumo findz that very difficult...

¿Por qué?

Becaue I have to destroy this planet.

Había leído esas tres últimas líneas al menos una docena de veces. Entonces se puso de pie y dio media vuelta, encarando a los demás.

Levantó un brazo, intentando calmar a la gente.

Poco a poco la cantidad de líderes que exigían cordura fue en aumento.

Cuando por fin hubo una especie de tenso silencio, giró, observó nuevamente la gran pantalla y apoyó ambas manos sobre el escritorio.

—¿Por qué va a hacer esto?

—Well Pumo needz zomething very important from this planet.

—¿Algo importante? ¿Acaso no se lo podemos dar?

El lobo meneó la cabeza varias veces, con hastío.

—¿Piensa que vamos a impedir que se lo lleve? Si ese es el caso, está en un error. Se lo daremos.

—Unfortunately Pumo needz to deztroy it to have what he wantz.

Boltar lo observó con odio, mientras el caos y los gritos volvían a cundir.

• • •

—¿Qué va a suceder ahora?

—Una guerra masiva. Todas las potencias están preparadas. Ysaak, van a darle con todo. En cuarenta y ocho horas utilizarán proyectiles nucleares.

Las orejas del tigre se replegaron y su mirada se hizo vidriosa.

—Los van a arrojar contra su nave espacial.

—¡Vaayu, eso apenas está encima de la atmósfera del planeta!

—¡Shhhhh! ¡Chitón, maldita sea!

El guepardo asomó rápidamente la cabeza por el borde del acantilado.

Afortunadamente, el joven zorro se había detenido a descansar.

—Están trabajando para reducir la radiación lo más posible —informó, en voz baja— pero no estoy seguro de que eso ayude mucho y el general Argos tampoco.

—Son proyectiles nucleares —recalcó, tratando de susurrar—. Arrojarlos sobre la atmósfera es una locura. La temperatura alcanzará cien mil grados en un segundo, ¡la luz atómica es más potente que la del sol incluso vista a cien kilómetros de distancia!

—Ysaak, no te lo he contado todo.

—¿Qué más hay que contar?

—Hubo algo más...

• • •

El rostro del león general Belfegor era indescriptible, la cicatriz que surcaba su frente era más visible que nunca. Se levantó de tal forma que por poco arrojó la mesa frente a sí. Los demás se apartaron de su camino.

Golpeó el escritorio, abollando el borde metálico. Fue como un estallido.

—¡Pumo! —rugió.

Sus palabras alcanzaban el micrófono de la mesa y se enviaban a través de él.

Boltar se llevó una mano a la frente y cerró los ojos.

—¡Podrá usted tener mejor tecnología que nosotros, pero al final no es más que un miserable infeliz! ¡Somos una raza de fuego Y TENEMOS VOLUNTAD DE LUCHAR! ¡No va a lograr su cometido, aun si para ello tenemos que usar nuestro arsenal nuclear!

—:3

—¿Sabe usted lo que son las bombas atómicas? ¿Lo que pueden hacer?

—**Yez I do know. Az a matter of fact I waz inveztigating that the other day.**

—¿Y acaso no les teme, infeliz!?

—**Lol, no.**

• • •

Ysaak levantó las rodillas y las rodeó con sus brazos, apoyando el mentón sobre ellas.

—Pero eso no ha sido suficiente para convencerlos, ¿verdad?

—No —contestó Vaayu—, claro que no.

En ese momento dejó caer su estoicismo y empezó a temblar, viendo al horizonte.

—Ysaak, en cuarenta y ocho horas van a arrojar diez mil ojivas al cielo.

• • •

Crí se preguntaba por qué los gatos estaban tan callados.

Había dedicado una buena parte de su vida a tratar de entenderlos. Él era un zorro joven pero atento, y el barranco de diferencia que había entre la familia de los cánidos y la del reino de los felinos le resultaba tan grande que sus experimentos le habían causado a menudo dificultades en la escuela, pero eso no quería decir que se diera por vencido. Investigaba de la mejor forma que sabía: curioseando.

Sin embargo, esta escena representaba todo un enigma para él, porque ambos, Ysaak y Vaayu, estaban de buen talante al salir de la base. El guepardo siempre le dedicaba una sonrisa y hoy, como se lo había prometido, lo llevó a escalar (para distraer la mente). En cuanto a Ysaak, pues Crí nunca conoció al verdadero Ysaak, de otro modo hubiese tenido una impresión de él tan buena como la que tenía del cabo. Todo lo que veía en cambio era a un tigre blanco, taciturno y de personalidad oscura, que tenía la suficiente cortesía como para saludar y ayudarlo cuando tenía problemas con su equipo, y eso estaba bien para él, estaba acostumbrado a esa personalidad.

Pero ahora iba detrás de ambos, en silencio, y con una expresión compleja. Vaayu estaba extraño, él lo sentía. Era como si estuviera escondiendo algo, como si ni siquiera quisiera que le viera la cara.

El niño conseguía dormir en la noche gracias a un par de píldoras que bajo ningún concepto alguien de su edad debería usar, pero resulta que en este caso urgían, sobre todo cuando era hora de apagar las luces. Crí había perdido

a su otosa cuando este había salido a observar «la gran luz anillada», prohibiéndole a él abandonar la casa.

El enojadísimo zorro poco sabía que la última orden de su mentor le salvaría la vida.

El chico presentaba un cuadro traumático severo y lo único que lo ayudaba, si es que algo podía ayudarlo, era Vaayu, lo más parecido a otro otosa a sus ojos, demasiado joven para ello, pero que al menos estaba supliendo el rol.

Bajando por esa empinada cuesta que bordeaba la montaña, el joven zorro, con todo lo que cargaba sobre los hombros, no necesitaba saber qué poco faltaba para el fin del mundo.

Ysaak iba cabizbajo, la única actividad motora que trabajaba en su cabeza, ajena a toda la dedicación que le daba a sus terribles pensamientos, era mantenerse hombro a hombro con Vaayu, y tenía como responsabilidad no quebrarse, no ponerse las manos en la cabeza y GRITAR, porque había un chico presente, uno que necesitaba más de la paz que él. A los dos adolescentes que iban delante se les estaba demandando no solo guardar la calma, sino ser hombres en presencia de Crí.

La carga era demasiado pesada. La carga tal vez podría reventar varios tornillos en la caja superior, la sesera, pero no lo hacía. Y era en momentos como esos que una pequeñísima parte de Ysaak se daba cuenta de que él mismo era más fuerte de lo que creía.

«Diez mil bombas nucleares», pensó.

¿Podría el planeta resistir eso?

Nadie ahí sabía, por razones obvias, que aquel lugar extinto llamado Tierra medía mucho menos de la mitad que Yóvedi, pero eso no importaba por dos razones: la primera era que nadie conocía semejante lugar, y la segunda y más importante, era que el tamaño no cambiaba nada: diez mil bombas nucleares (y sobre todo bombas nucleares de Yóvedi) eran la destrucción absoluta, el todo por el todo, y un plan a todas luces desesperado.

¿Acaso el costo sería vivir en el subterráneo de ahora en más, hasta el fin de los tiempos? ¿Acaso no era irónico intercambiar una hecatombe por otra?

La atmósfera no lo resistiría, no lo resistiría jamás. La capa morada se desharía como la espuma. Iban a transformar el planeta en un infierno y Pumo, probablemente, se llevaría una gran sorpresa.

Pero...

Ysaak sintió que un rayo le cruzaba el cráneo, su mirada se volvió

fantasmal y vaga.

«I have them here, they are sleeping».

Él jamás había insinuado que los había destruido ¡su otosa podría estar vivo! ¡El plan de defensa contemplaba matarlos a ellos también, si aun estaban en el interior de la nave nodriza que se los había llevado de Solares y que ahora flotaba sobre el mundo!

Apretó las manos con fuerza monstruosa.

Vaayu giró la cabeza hacia él, al notar que su respiración se aceleraba.

«No hagas que piense que cometí un error al confiar en ti», leyó Ysaak en su mirada.

Crí se mantenía en silencio para no preocuparlos, para no dar molestias, pero a esa altura, sabía que algo andaba muy mal entre ellos.

Era un niño, pero no tan niño como para no saber lo que significaba la guerra, y tenía la suficiente conciencia como para entender qué diferencia había entre verlo por la televisión y vivirlo. El chico sabía mucho más de lo que Vaayu sospechaba.

Vio el paisaje que lo rodeaba. Levantó sus ojos dorados hacia el firmamento, como intentando buscar, desde ahí, la nave espectral que a menudo se le aparecía por la noche, cuando apagaban las luces del cuartel.

«Me quitaste un hogar, y ahora me vas a quitar el otro», pensó.

En ese momento Vaayu se sobresaltó al observar un vehículo militar que se acercaba a toda velocidad al pie de la montaña, levantando una larga humareda tras él.

—Vamos rápido —balbuceó, antes de empezar a correr ferozmente camino abajo.

Ysaak trató de ponerse hombro a hombro con él, pero al poco rato tuvo que apelar a su fuerza de voluntad y mirar para atrás. Crí estaba agotado, no daba más. Los miraba asustado.

—Ven, súbete a mi espalda.

Lo escaló hábilmente y colocó sus delgados brazos alrededor del cuello del tigre.

—Agárrate bien.

—Sí.

El felino se embolsó por la bajada y corrió más de lo que él mismo creía posible.

Cada vez que el camino serpenteaba, Crí podía ver que Vaayu derrapaba por la pendiente sin ningún cuidado.

Una vez abajo corrió y tuvo que poner las manos sobre la portezuela del vehículo para detenerse. Aun desde arriba se podía apreciar que hablaba con los dos ocupantes con preocupación.

El jovencito recostó su cabeza en la espalda de Ysaak y dejó perder su mirada en el paisaje, con el corazón encogido.

Cuando finalmente alcanzaron la base de la montaña, Vaayu ya estaba sentado en la parte trasera del vehículo. Ysaak ayudó al zorro a subirse antes de saltar.

—¿Qué pasa?

—Es tu ciudad.

—Solares.

—Sí.

—Maldita sea, ¿qué pasó, Vaayu?

El guepardo lo observó, mientras la brisa peinaba sus rostros y el rugido del motor en marcha difuminaba sus voces.

—Es el cráter donde estuviste con tu amigo, ¿lo recuerdas? La primera vez que hicieron contacto.

—¡Claro que lo recuerdo!

—Han reiniciado la construcción hace pocas horas unas máquinas extrañas, y no solo ahí, sino también en los otros cuatro hoyos que hicieron en la circunferencia de la provincia. El invasor está construyendo un lugar enorme.

• • •

El alto mando de la milicia estaba reunido alrededor de una larga mesa en forma de arco. Una pantalla ultraplana, que despedía una fantasmagórica luz azul, les ofrecía una foto satélite donde, claramente, se veía una desolada Solares y al lado, a poca distancia, una edificación de hormigón.

—¿Hace cuánto empezó?

—Horas, comandante Backlava —confirmó el ocelote, meneando la cabeza—. No puedo decirle exactamente cuándo.

—¿No puede? ¿Acaso los satélites no debían estar apuntando, de entre todos los lugares, a esa área en particular? —acusó un enorme cánido.

—Coronel, lo siento mucho, pero ya lo he explicado: las cámaras espaciales no alcanzaron a ver que algo salía de los agujeros hasta hace treinta minutos. Inteligencia asegura que empezaron después de que salió el

sol.

El coronel Backlava se mantenía de espaldas entre las sombras.

Su silla, la del medio, la más alta, estaba vacía. Él se hallaba detrás, viendo una pared de vidrio con varias líneas brillantes dentro, que delineaban un mapa.

Su expresión solemne y calma solo conseguía empeorar los nervios de los demás.

Sin quitar la vista de donde la tenía, respiró lentamente.

—Básicamente se dieron cuenta de que había actividad en los cráteres, porque encontraron que donde antes no había nada, ahora hay algo, ¿no es así?

El ocelote se quitó su tiara guerrera en señal de respeto y la sostuvo como un sombrero, con sus manos.

—Sí.

—¿A qué velocidad piensan usted y su equipo que está trabajando el invasor?

—Señor. No puedo contestar esa pregunta porque...

Giró la cabeza hacia la imagen congelada para verla una vez más.

—...porque no vemos funcionar las máquinas, pero hicimos un acercamiento bastante grande, lo suficiente como para notar que la velocidad a la que trabajan es... Es irreal.

—¿Irreal? Explique ese término —ordenó el cánido.

—Poniéndolo en palabras simples, coronel, si asumimos que empezaron bien después de entrado el amanecer, supongamos que a las ocho de la mañana, y quando nos percatamos de su presencia habían pasado tres horas y media (por la hora que era en ese momento, doce menos treinta minutos), la edificación del visitante tiene, a juzgar por las imágenes agrandadas...

Hizo una pausa y miró hacia abajo, quitando la vista de sus superiores.

—Más masa y volumen que seis Solares juntas.

Primero hubo un silencio lapidario, pero después, como si estuvieran despertando, empezaron los murmullos nerviosos.

—Suficiente —ordenó Backlava, con voz imperativa.

Los demás oficiales se callaron y giraron sus sillas para mirarlo.

El lobo emergió de las sombras, firme como una vara. La larga capa negra que llevaba a sus espaldas se movía convulsivamente.

—Siga con su labor, teniente.

—Gracias, comandante Backlava.

El ocelote le agradeció con la mirada y se inclinó.

Oportunamente, un pitido suave sonó varias veces.

—Comandante —informó una voz gélida que vino del altoparlante—, el general Argos ha llegado.

Intercambió una mirada de disgusto con los oficiales en la mesa y se movió a la puerta, sin mediar más palabras.

Ascendió por el largo pasillo subterráneo de cromo hacia el enorme ascensor. Las complejas hombreras doradas de su armadura rasgaban el aire y, si bien a cada lado había soldados de guardia que le ofrecían respetuosamente el saludo militar, visto desde arriba la única presencia que parecía importar era la suya.

Su rostro no reflejaba emociones, pero Backlava estaba preocupado. Él era un lobo guerrero y solo el universo sabe que hay pocas cosas más terribles que eso. Sin embargo, ahora estaba elucubrando cómo detener los ataques atómicos pues; a su modo, pensaba que lo que acababa de ver en el Salón de Situaciones era otra prueba de que el arsenal no iba a funcionar. Aún había mucha tela que cortar, y el general Belfegor, quien estaba por encima suyo, se hallaba determinado a cometer un error.

¿Pero en dónde entra la parte que demuestra el peligro intrínseco de Backlava? En que no usar bombas nucleares no lo detendría. Prescindir de ellas no era óbice para nada; él pelearía como la fiera más vil de la creación (y por eso estaba interesado en el ejemplo de Ysaak), pero primero, había que zanjar, fríamente, los problemas que su propia gente ponía en medio.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron lentamente, dejando escapar una nube de vapor, y de ella emergió el anciano perro de mirada triste y orejas largas, alumbrado todo él por esas patéticas luces azules y rojas de las garrafas de vidrio que brillaban a los lados de la puerta, el coronel vio a uno de las poquísimas personas que respetaba.

—Argos —saludó, inclinándose.

El anciano colocó su lacerada mano sobre su hombro.

—Te saludo. Y ya basta. ¿Qué sucede?

—Sucede que lo que está pasando minuto a minuto te da la razón en todo lo que has dicho. Camina conmigo.

• • •

El perro general se hallaba ahora en una silla de descanso, viendo a través de

la vidriera el vehículo militar que se aproximaba rápidamente a la base.

Backlava, con las manos detrás de su cintura, justo encima de su larga cola inmóvil, miraba en la misma dirección.

—Lamento mucho que te la estén haciendo difícil —murmuró el anciano, con su agrietada voz—. La ciencia no vale nada cuando la gente está asustada, ¿no es así? Sobre todo con la milicia dedicada a pensar dónde nos vamos a esconder cuando arruinen la capa de ozono.

—El reloj juega contra nosotros, pero Boltar nos escuchará, sé que lo hará. Backlava bajó la cabeza.

—Estás esperando que te dé una mala noticia, ¿verdad? —preguntó el anciano, intentando sonreír.

—Sí.

—He venido a darte una noticia, pero no es ni buena ni mala, no sé cómo tomarla. Por eso quiero conversarlo contigo, porque yo he hecho mi parte de ciencia, ahora tú... Tú tienes que hacer tu parte de sociología y descifrarlo.

El lobo se dio media vuelta, atento.

—Estuve estudiando al visitante, a Pumo. No podría empezar a decirte el número de veces que leí el mensaje que envió a la base, el mensaje aceptando conversar con el Domo de las Naciones. He debido repasarlo más veces que los tres principios básicos de la física de Bewnterns. Es una carta escrita por un ser que viene de otro mundo, ¿sabes? De alguien completamente ajeno a la vida tal como la conocemos. He estudiado el ataque a Solares y he estudiado su encuentro con ese chico que ya bien conoces. ¿Sabes qué tienen en común?

Blackaba se acercó lentamente, sin dejar de mirarlo.

—En los dos estaba él ahí. ¿Comprendes? En ambas ocasiones, y una más, si contamos el foro, estaba Pumo. Es la variable constante en todos los hechos. Nunca has visto que mande o utilice a un capitán, a un comandante, un vocero o un subalterno. Él se ha hecho cargo de todo, aun en una operación de tamaño envergadura. Cuenta con soporte *técnico*, si lo quieres llamar así, pero no son otros seres vivos como él, sino esbirros, máquinas avanzadas que no comprendemos, que lo obedecen. Esa criatura no ha manifestado en ningún momento venir en representación de un imperio o una federación; ha venido solo, ha venido por cuenta propia. Pumo no es un rango ni un título nobiliario, Pumo es el nombre de un ser, un ser que no es emperador ni rey, sino simplemente *alguien*. *Alguien* que tiene una casa en sabe Dios qué rincón del universo y de vez en cuando sale de ahí para hacer

este tipo de cosas, sea cual sea su misión, interés o ambición.

Argos se detuvo, pensando, con su ciega mirada dirigida a la oscuridad.

—Si me lo preguntas, Pumo es un científico. Un científico que viene de otro lado y ese otro lado responde solo al límite de tu imaginación, no me atrevo a conjeturar más.

Hubo silencio por un rato.

—Qué admiración me produce —musitó el anciano, meciéndose suavemente.

El lobo giró lentamente la cabeza, viéndolo con tristeza.

UNA OPORTUNIDAD EN EL ALBA

Ysaak se hallaba en la posición más incómoda posible, parecía que hubiese estado haciendo malabares con las sábanas, complejamente entrelazadas entre sus piernas. Con la cabeza recostada en la almohada, veía la luna. Una luna de canela blanca, enorme, que alumbraba fríamente el cielo.

Quizá era la última vez que la vería. Quizá de hecho eran las últimas horas en las que cualquier habitante de Yóvedi vería su luna. El tigre se preguntaba cuál de sus antepasados hubiera dicho que aquel cuadro no duraría eternamente, que le estaría vedado a la gente del futuro. Que esa luna se quedaría sin nadie que la viera, o quizá, ya de plano, sin un planeta alrededor del cual girar.

En el universo nada de eso tenía importancia, pensó. Yóvedi era solo una luz más en el firmamento de la galaxia, ¿y qué diferencia había si una se extinguía? Para él había una diferencia, para su otosa, y para sus amigos también. Pero para el universo no.

Se dio media vuelta, mirando la pared. Y ahí vio un escarabajo rojo, brillante, grácil y elegante, posado sin hacer nada, como si estuviera refrescándose, sobando sus patas.

Quién iba a decir que un ser grande y poderoso como él le tendría envidia a un bicho. Al fin y al cabo, el insecto no tenía idea de nada. Sería devorado por las llamas (vinieran del bando que vinieran). No sabría nada hasta el momento final, no tenía por qué sentirse en la sala de los condenados, y aunque muriera, no sufriría la peor parte: la espera. Mientras tanto, lo que el resto pensara y sintiera durante esa espera tampoco tenía importancia.

No, no para el universo...

• • •

BASE PRINCIPAL DEL COMANDO DE LAS

FUERZAS UNIDAS

Veintidós horas antes del lanzamiento nuclear

Kuruk veía a través de la ventana. Tanto color cromo, tantos monitores de computadora, tantos hologramas, lo estaban enloqueciendo. Ni un yovediano ni ningún ser de carne y hueso estaba hecho para aguantar más de tres días metido en un lugar así. Pero esos eran días en los que Kuruk no estaba trabajando por el país que había jurado proteger junto a su promoción; en esos días, Kuruk estaba trabajando por su planeta. Y maldición, lo estaba haciendo bien, El Gran Arión sabía que así era.

Su recreo era mirar a través de la ventana. El valle montañoso se hallaba impregnado de luz roja, delineada por otra azul, como un neón celestial, que enmarcaba el complejo juego de colmillos gigantes que eran las montañas.

Estaba amaneciendo y el toro desde hacía poco lo podía sentir (la llegada del día, con una afinidad hacia su propio planeta que nunca antes había calado tanto en su corazón). Se quitó el gorro de los ojos y, con la espalda apoyada y las piernas colocadas sobre el tablero, observó el amanecer a través del vitral empañado. Se incorporó y le echó una mirada a la humeante taza que tenía enfrente. Tomó otro sorbo y vio su computadora.

Su responsabilidad no era la de cualquiera, y el general Belfegor lo había elegido a dedo para cumplirla. No por su rango (Kuruk no era ni viejo ni muy joven), sino porque era uno de esos que tenía una mente de acero. La mente que se necesitaba en la persona que presionaría el botón que arrojaría los misiles.

No era el autor intelectual, pero sí el material. Su dedo destruiría el mundo o quizá lo salvaría. Eso se discutiría mucho (o tal vez nunca).

Él no se hallaba de ánimos para hablar sobre semejantes cosas, pero esos ánimos eran lo de menos, porque tenía una mente de acero.

Todavía le quedaban cuarenta minutos de descanso, sabía que aún podía dormir, de hecho, Kuruk tenía la obligación de hacerlo. Pero no podía, porque aun cuando no demostraba emociones, un ser como él todavía se conmovía profundamente por lo que estaba pasando. En ese momento todos tenían juegos peligrosos en mente, pero su mérito era que su mente no jugaba dentro de los cánones normales.

Echó otra ojeada a la ventana. El cielo ahora estaba dorado. Resopló suavemente y se frotó los ojos.

Se hallaba en la parte derecha de un enorme cuadrado que, visto desde arriba, estaba rodeado de paneles y sillas, vigiladas de cerca por militares. Cada panel mostraba una imagen tomada por complejas cámaras satelitales que orbitaban alrededor de Yóvedi. Por fuera de ese cuadro había otro cuadro más, y luego otro, hasta formar doce. Visto desde arriba, parecía un gran pentágono, y en cada parte había mayor cantidad de gente, y con sus complejas computadoras y sistemas biónicos vigilaban atentamente el planeta.

Kuruk era el jefe de todo ese meollo. Él se hallaba en el anillo 1. Se preguntaba si la luz del amanecer les haría algún bien a los demás. Creía que sí, pero no había tiempo de pensar en eso...

Lo valoraban también por eso, por no caer en el error de divagar tras mucho tiempo de hacer la misma tarea. Era lamentable que, aun en esos momentos tan difíciles, pocos supieran que Kuruk también tenía otros talentos valiosos. Como por ejemplo, ser un líder nato; pues tenía la capacidad de detectar si algo fallaba en su rebaño. Sabía cuando la armonía era interrumpida, sabía cuando había mal agüero en el ambiente y, de un segundo para acá, vaya que lo había, y lo que era peor, crecía. Podía sentirlo como si alguien tirara ferozmente una fina cuerda amarrada sobre uno de sus cuernos.

Giró la silla y miró al joven chacal que, temblando, veía el monitor con ojos que parecían querer abandonar sus órbitas.

—Soldado Karin.

No hubo respuesta.

—Soldado Karin —llamó otra vez.

Y no hubo respuesta.

Los demás operadores levantaron las cabezas sobre sus consolas, con rostros ensombrecidos por luces azules.

El compañero de mesa de Karin giró un poco su silla para ver lo que él estaba viendo y, cuando lo hizo, su reacción no se hizo esperar:

—Dios mío.

• • •

El general Belfegor caminaba apresurado a través del largo túnel, con una mirada que parecía de todo menos afable. El doberman que iba tras él se veía asustado.

—Maldita sea —le espetó, ignorando la cortesía militar—, hay que esperar la autorización del presidente. ¡Tú no puedes arrojar un maldito misil nuclear así como así!

No hubo respuesta.

—¡Belfegor!

El león giró y fue como si el mundo entero hubiera girado con él. Ensombreció al perro.

—Esta es una oportunidad perfecta —le siseó, a un centímetro— y no la voy a perder por un maldito formalismo. Si quieres reportarme, hazlo. Hazlo ya. No me partirá el corazón, te lo aseguro.

—El presidente ya ha sido llamado.

—Perfecto. Quítate de en medio.

Cuando ya se había alejado varios pasos, el perro alzó la voz:

—¿Cómo quieres ser recordado? ¿Como la persona que salvó a Yóvedi o como la que lo destruyó?

No hubo contestación.

• • •

El pelaje del presidente Boltar brillaba por la luz dorada que venía del velador. Los músculos esféricos se acumulaban en su espalda.

—¿Quién lo reportó?

—Capitán Kuruk, división del general Belfegor —informó la apocada y eléctrica voz a través del auricular.

Zabari, la gata blanca, cubrió sus pechos con la sábana.

Sus orejitas se hallaban replegadas y le dedicó una mirada llena de angustia. Una vez más lo sacaban de su descanso, una vez más requerían su presencia y no tenían reparos en romperle los tendones, las cuerdas, los cables. Acudían a él como si fuera una máquina, una que ella, más que nadie en el mundo, sabía que estaba desgastada.

Pero él pensaba a su vez que ella era demasiado joven para entender que su función era precisamente esa, aun si los cables, los circuitos y los tendones se hacían pedazos. Mientras el cuerpo durase, aquella era su obligación.

—Manden un helicóptero inmediatamente. Informe a la mesa de generales que pronto estaré allá.

• • •

BASE PRINCIPAL DEL COMANDO DE LAS FUERZAS UNIDAS

Veintiún horas y cuarenta minutos antes del lanzamiento nuclear

Belfegor cruzó el único camino abierto entre cada complejo geométrico, hasta que estuvo cara a cara con Kuruk, que se hallaba de pie, firme, esperándolo.

La presencia guerrera del león arruinaba el sabor del jugo de naranja combinado con el cielo azul tras el vitral, quizá lo único natural que había ahí dentro. La comitiva de militares de alto rango que lo seguía tampoco era muy tranquilizadora.

—El soldado Karin lo avistó —alcanzaron a oír con mucho esfuerzo desde las sillas que se ubicaban en los cuadriláteros inferiores.

Belfegor levantó el brazo y lo acercó al monitor del joven chacal. Luego bajó la cara y lo miró directamente, en silencio, con los colmillos apretados entre sí.

La cápsula espacial de Pumo se hallaba en un campo enorme y verde, flotando lentamente cerca del suelo.

—¿Qué demonios hace ahí?

El soldado Karin se encogió de hombros, todavía asustado.

—Es como si hubiera salido a pasear, señor.

El ovni, que parecía una esfera aplanada con un cristal de forma comba encima, se inclinó cerca de una flor con una mariposa a la que Pumo veía con interés.

—La precisión del misil sería del 100% —declaró un puma observando de manera sombría al león.

El general miró hacia arriba.

—Eso quiere decir —acotó otro comandante— que caería exactamente sobre la cápsula. Cero errores. Es una oportunidad perfecta y sería un pecado mortal no aprovecharla. Una irresponsabilidad, un desatino, un...

—Basta.

—Señor, con todo respeto —contraatacó el puma—, este es un regalo del dios Arión. ¡ÉL nos los ha enviado! Mañana el visitante podría volver a la nave nodriza, refugiarse en la seguridad de una fortaleza enorme, ¡y nada garantiza lo que suceda después! ¿Por qué ser cabeza dura y esperar por un

plan que tiene 50% de posibilidades, cuando aquí y ahora tenemos el 100%?

—He dicho que basta.

—¡Pues maldita sea!

—Zemynon, basta —sugirió el doberman.

—No me des órdenes —le gruñó.

—¿En qué mundo han vivido ustedes? —espetó otro felino con un parche en el ojo—. ¿Qué se creen? ¿Qué vamos a permitir que se tire a la basura esto porque son unos malditos idiotas que no saben ver una chance aunque les esté tocando la cola?

—¡Necesitamos la autorización presidencial!

—¡A la mierda con la autorización! —siseó el puma.

—¡Cállense! —rugió el león.

—¡A la mierda con usted también!

Antes de darse cuenta, el comandante Zemynon tenía una enorme mano enlazada alrededor de la garganta, y la apretaba con una fuerza tan monstruosa que podía sentir sus cuerdas vocales chocando unas con otras. Un gemido largo y patético salió de su boca. Poco a poco los operadores se levantaron de sus sillas, asustados.

—¡El presidente está en la sala!

El resto se puso de pie, firmes.

—General Belfegor, por favor, suéltelo —pidió Boltar, con una mirada tan directa que aun desde el otro extremo de la sala era penetrante.

El comandante Zemynon encorvó la espalda al ser liberado, y se frotó el cuello mientras respiraba con dificultad.

El servicio secreto se quedó alrededor de las puertas y el lobo se acercó a paso firme al centro del complejo.

—Señor, el visitante está...

—Lo sé —interrumpió al doberman—. Me han informado de ello durante el viaje.

Observó la pantalla, que reflejaba a Pumo andando erráticamente por el campo.

—Se hace preciso adelantar el ataque, señor. La oportunidad es única.

Levantó la mirada y clavó los ojos en los del león.

—Lo comprendo.

—Si no lo aprovechamos —acotó el puma, tocándose el cuello, con el rostro surcado de odio—, será un error mortal. Usted no es militar, pero sé que sabe de sobra por qué.

—Lo sé.

Kuruk miraba a Pumo a través de un monitor distinto (todas las pantallas principales de la sala lo enfocaban ahora). Aunó fuerzas para decirle al presidente lo mismo que le había dicho al general Belfegor hacía solo minutos:

—Esto es lo más cerca que estaremos de encontrar al visitante en una posición vulnerable, señor.

Boltar caminó, mirando el gran mapa electrónico que se alzaba sobre el podio.

—¿Qué población hay cerca de ahí?

—Una ciudad que se encuentra a cuatrocientas millas y está rodeada por un aro montañoso. Van a sentir una explosión de ciento cincuenta megatones, eso seguro, pero no serán afectados por ella. La radiación, sin embargo, es otra cosa, pero con los arreglos que hemos hecho será... mínima.

El león observó entonces al presidente, expectante, así como también el resto del alto mando militar, en un gélido silencio.

El lobo asintió.

—Liquídenlo.

• • •

La alarma se disparó, los bombillos de sirena se encendieron y empezaron a girar, escupiendo luces azules y rojas. Los soldados se pusieron de pie al mismo tiempo y abandonaron sus puestos mientras los secretarios corrían aquí y allá. Todos los monitores de la base se apagaron simultáneamente y se reiniciaron; mostraron infinidad de imágenes en distintas perspectivas y lentes de cámara pasados por rayos X, gamma, o beta del campo verde con la cápsula de Pumo en medio. El monitor padre encandiló el comando principal con una luz roja y empezó el conteo regresivo.



«Listo, listo, listo, Armado Silo 1, Armado Silo 2».

Las computadoras mostraban secuencias que activaban engranajes y abrían portones subterráneos y compuertas en la pista.

El can dejó caer su gorro al suelo y miró a través de la pantalla, tomó la mano de la joven felina y la apretó. Los anillos de ambos se acariciaron suavemente.

Otro se persignó ante Arión y juntó las manos como alguien que reza.

—Compuerta 1 retirada.

—¡Retirada!

—Compuerta 2 retirada.

—¡Retirada!

Boltar giró la cabeza hacia Kuruk y enunció la palabra que más había esperado decir:

—Fuego.

Los misiles salieron disparados de la base como dos cometas, dejando una difusa estela de gas tras de sí.

El gráfico mostraba una línea curva que representaba la atmósfera de Yóvedi. Los proyectiles no tardaron en besarla, envueltos en una falda de fuego. Y ante la presencia de las estrellas, desprendieron el primer anillo, que quedó flotando vagamente, mientras los proyectiles brillaban de nuevo, candentes, y comenzaban a caer en barrena.

9,
8,
7,
6...

Boltar giró para observar nuevamente la cápsula del visitante.

5,
4,
3,
2...

Al principio, la imagen desapareció violentamente y el cristal del monitor se transformó simplemente en luz etérea, brillante y absoluta. Todo quedó en silencio por un minuto. Cada uno de los presentes estaba hipnotizado por el resplandor. Entonces, la crisálida partió y el horror se reveló.

Las pantallas comenzaron a vomitar una mezcla roja y amarilla, que no tardaba en transformarse en un hongo colosal. Y bajo ella todo se deshacía en un negativo eterno que no perdonaba nada. Lo que antes era un árbol era ahora una silueta negra, lo que había sido una roca era un bulto que se alargaba y desaparecía. Lo que había sido el pasto, ahora era un mar brillante y expansivo.

—¡Impacto directo!

—¡ATENCIÓN! —bramó Kuruk— ¡Segundo impacto!

—¡Segundo impacto va!

5,
4,
3,
2...

Los monitores volvieron a resplandecer. El cristal no hacía otra cosa más que proteger los ojos de quienes lo veían, ya que sus miradas no habrían tardado en derretirse.

La pantalla principal quedó a oscuras y varias líneas de interferencia empezaron a cruzarse repetidamente.

—El satélite AB1 342 y AB2 342 están estropeados. No puedo creerlo.

—Son los más cercanos a la atmósfera y los habíamos puesto a navegar sobre el área de impacto. No me extraña que haya ocurrido. Activen el satélite G32X y el AB3 342 ahora —comandó Kuruk—. ¡Pronto! ¡Ya dejen de mirar los malditos televisores! ¡Necesitamos ver de inmediato!

—¡Señor presidente!

Boltar observó al felino, que lo miraba expectante, tapando un extremo del teléfono con la mano.

—Expresa mis disculpas por no informar a los líderes de las otras potencias, deben estar preocupados. Ponlos al tanto de lo que sucede ahora mismo.

—¡Señor! —exclamó, como gesto afirmativo, y poco después ya hablaba por el teléfono.

Las imágenes dañadas se comenzaban a restablecer y mostraban con dificultad al monstruo nuclear.

El G32X se acercó a la atmósfera... Sus largas orejas parabólicas se movían atentas. Alargó su complejo lente en dirección a la pequeña esfera blanca que se asomaba de la superficie como un botón.

El zorro leía con una velocidad increíble la compleja pared de datos que el satélite le mostraba. A su lado, su compañero hacía lo mismo pero con los datos recién enviados de la computadora alterna que se hallaba dentro de ambas cabezas nucleares que, antes de desintegrarse, habían enviado una última señal al sistema.

Kuruk apoyó sus amplias manos en el respaldo del asiento, observando ambas pantallas.

Los soldados miraron a su líder y asintieron con la cabeza, con sendas sonrisas sobre sus rostros.

El toro se irguió.

Nunca en su vida había sentido que su «mente de acero» cedía tanto bajo la furiosa alegría.

—Lanzamiento exitoso. Acierto del 100%.

El huracán de vítores y el clamor que salió de los pulmones de todos fueron ensordecedores.

Las altas cabecillas que rodeaban al león aplaudieron. Él miró hacia abajo, suspirando mientras cerraba los ojos. Boltar se inclinó e hizo lo mismo.

El doberman apretó los puños y acompañó en su júbilo a todos, mientras que Zemynon se apartaba del grupo, viendo en dirección opuesta, ocultando sus emociones.

Entre la multitud, muchos se sentaron en el suelo con los brazos alrededor de las piernas, respirando profundamente, otros se abrazaron.

Empezaron los cánticos, mientras se pasaban los brazos por los hombros.

Boltar se irguió cuando alguien colocó una mano sobre su espalda. Era un agente del servicio secreto.

El lobo lo observó apesadumbrado. En ese momento no sabía si se había quedado dormido, ahí, de pie, o si simplemente estaba dejando supurar el dolor en un pequeño y temporal delirio.

—Dios, estoy muy cansado.

Se giró para hacer un gesto con la mano. Los otros miembros del servicio se pusieron al tanto de inmediato y lo rodearon para escoltarlo fuera de la sala.

Boltar, sin embargo, se quedó parado antes de salir del primer cuadrilátero y se dio media vuelta, cuando todos entonaron el himno: *El Canto al Guerrero*. Barrió con su mirada el lugar, de un lado a otro, emocionado. Y ahí de pie, los escuchó.

El león se hallaba firme. Miró al doberman y asintió, con una sonrisa afilada.

—Así que así nacen los días patrios, ¿no es así?

—Agradezco haber vivido para ver el nacimiento de uno.

—A pesar de todo...

—Sí, a pesar de todo.

El presidente sintió una mano sobre el brazo.

Los gritos estallaron nuevamente después del himno, con otras canciones. Pero en medio de las estrofas, cuando todos observaban que el líder se retiraba lentamente de la sala, decidieron, después de todo, no hacérsela fácil.

—¡Discurso! —gritó uno.

Y al segundo, docenas de voces lo siguieron.

—¡Discurso, discurso!

El lobo bajó la cabeza, resignado, y rio.

—Basta ya.

Pero la gente quería escucharlo.

Kuruk decidió desprender el micrófono que se hallaba sobre el panel de control de su puesto y lo activó. La interferencia se escuchó de golpe por toda la sala. Pasó el objeto a un soldado, y el soldado lo pasó a otro, y este a otro, y así sucesivamente hasta que llegó a los hombres del servicio secreto, quienes prontamente se lo dieron al líder.

Boltar lo tomó, pero ni bien se lo llevó hasta la boca, una voz temblorosa interrumpió la escena, utilizando un megáfono.

—Por favor, cálmense todos.

Los gritos fueron cesando uno a uno. Belfegor y los militares veían a un zorro de pie penosamente, con las piernas temblando.

—Yo...

Levantó un brazo, pero sus nervios eran tales que se quedó varios segundos en silencio, antes de decir:

—Acabo de leer en la pantalla... en el infrarrojo...

Suspiró, atribulado, apretando los dientes.

—Por favor, mírenlo.

Una barrera de gente se aproximó.

El único que también sabía leer el gráfico en rojo (su compañero de mesa) abrió los ojos en una expresión hórrida y se giró, para ver el monitor principal.

El fuego y el humo nuclear se difuminaban lentamente. El cielo rojo, como lleno de sangre, aún estaba alborotado en espirales sobre él. Pero lo importante no era el cielo. Lo importante no era que no había árboles, ni lagunas, ni pasto, ni madre naturaleza donde antes había existido. Lo importante tampoco era el nivel de desolación o la olla negra y grasienta en la que se había convertido todo lo que los ojos podían ver. Lo importante era esa silueta circular y plana que poco a poco aparecía en la pantalla. Un silencio glacial e infinitamente cruel se apoderó de la sala. La cápsula de Pumo estaba intacta.

El cristal de la nave brillaba, resplandeciente y limpio, como si fuera una broma de mal gusto. No salía humo del extraño y pulido metal blanco. Lo peor era que Pumo, de alguna manera, veía directamente a la pantalla, como si aquellos inexpresivos (pero mórbidamente vivos) ojos negros estuvieran devolviéndole la mirada a todas las personas que, desde la distancia, lo contemplaban en el paroxismo del horror.



Hasta que entonces su cabeza (o cuerpo completo, que era lo mismo) se inclinó ligeramente hacia el tablero que tenía enfrente. Un pitido, parecido al llamado de un *beeper*, atravesó la sala como un cuchillo.

«Beep beep, beep beep, beep beep, beep beep»

Los soldados vieron con horror que la computadora principal estaba

recibiendo un llamado a larga distancia... Boltar apartó a los hombres del servicio secreto con angustia. Lentamente, el soldado Karin se acercó arrastrando los pies y presionó un botón.

El bramido de Kuruk no se hizo esperar:

—¿Qué está pasando?

El chacal se giró lentamente:

—Estamos recibiendo una llamada para el general Belfegor, señor.

Todos miraron al león con un miedo patético.

En ese momento, Belfegor se había convertido en una rata, y los demás, en unos ratones pequeños y atemorizados, como si estuvieran viendo una mano enorme que se lo llevaba agarrado en una pinza por el lomo.

—¿Cómo es posible? —gritó alguien, exasperado—. ¿Cómo hace eso?

Karin miró hacia atrás, angustiado.

—¿¡Y cómo diablos voy a saberlo!? ¡Ha hackeado el sistema! ¡Qué sé yo! ¡Está llamando a la línea privada del general Belfegor!

El león miraba hipnotizado a Pumo, que a su vez parecía, de entre todas las personas, *mirarlo especialmente a él*.

Muchos soldados, por el resto de su vida, incluso en el lecho de muerte, lamentarían con el mayor de los dolores haberse alejado del general en aquel momento, formando un anillo de soledad en torno suyo.

El doberman lo miraba aterrorizado. Todo lo pasaba por su mente, en su cálida inteligencia, era el recuerdo, las piezas que encajaban: «Belfegor fue quien lo amenazó con proyectiles atómicos en el Domo de las Naciones y Pumo lo recuerda».

El león miró con dignidad al frente.

—Comuníquelo.

Llegó entonces un mensaje escrito.

Las letras empezaron a aparecer en la pantalla. Fueron solo tres:

«**Lol**».

EL REGALO

Por primera vez, Ysaak recibió las noticias de una fuente que no era Vaayu.

Los acontecimientos estaban ampliamente difundidos en la base. Dos bombas atómicas eran demasiado grandes como para guardar las apariencias.

Se canceló el plan que había de llevarse a cabo al alba de esa misma fecha, el ataque masivo que podía costarle al planeta su capacidad para resguardar la vida.

Ysaak recibió la noticia con mucho alivio, pero no hizo falta que pusiera a funcionar los engranajes para darse cuenta de que, lamentablemente, esa noticia llevaba algo siniestro detrás... Ya se habían acabado por completo las defensas contra Pumo. Era entonces oficial: no había nada sobre la faz de Yóvedi que pudiera detenerlo.

Sus habitantes no lo sabían, pero Yóvedi compartía una característica con la Tierra: si alguna fuerza exterior era capaz de reírse ante el impacto de una bomba atómica, a los habitantes no les quedaba otra posibilidad más que declararse oficialmente derrotados.

Bajar la bandera de guerra y esperar lo peor de la forma más austera. Las bombas, para ellos, eran la última línea de defensa, porque cualquier cosa que fuera más allá excedía, por mucho, sus capacidades, y sentarse a cruzar los dedos para ver si de milagrosa casualidad a Pumo le llegaba a afectar el remanente de radiación era algo que no se le ocurriría ni al más desesperado. Entonces el planeta amaneció con las buenas nuevas de que la vida no desaparecería por mano de sus propios habitantes. Por otro lado, eso no cambiaba el hecho de que en ¿horas? ¿días? ¿semanas?, todo quedaría arrasado por una fuerza superior. De hecho, tal vez no «arrasado», quizá desintegrado, como una nube de polvo con un epicentro brillante. ¿Para qué explicar entonces el ánimo de todos los refugiados en la base militar? ¿O la zozobra que sentían las gentes de los otros pueblos del mundo? En eso pensaba Ysaak.

Los canales de noticias colaboraban con los gobiernos para no transmitir información que ocasionara más dolor. Ni siquiera los militares tenían información que ofrecer. Las fuerzas armadas de todo el mundo se hallaban en coma.

Una mano sacó al chico de su mundo de cavilaciones cuando tocaron varias veces su puerta. El viejo calendario que estaba clavado sobre la madera se meneó.

Ysaak levantó la mirada. «¿Y si detrás de la puerta estuviera Cha'chat?» Su imaginación a veces proponía ilusiones dolorosas.

—Pase.

Un soldado cruzó el umbral e inmediatamente se hizo a un lado.

Detrás de él, se hallaba un lobo gris que lo miraba con interés.

—Hola, Ysaak.

El comandante Blackaba ya no era ningún extraño para él.

—Por favor, déjanos solos —indicó, sin apartar su mirada de la del muchacho.

Ysaak, sentado en su cama, lo miraba en silencio.

—¿Recibiste las noticias?

—Sí.

—Triste, ¿verdad?

—Diría que son mucho más que tristes.

—Infinitamente. Pero yo jamás creí en ese plan (si quieres saber mi opinión), así que al menos, no me tomó por sorpresa, ni a mí ni el general Argos. No lo conoces, pero él a ti, sí.

Backlava sacó una silla de la mesa y la puso en el medio de la pieza. Se quitó la capa con un par de movimientos elegantes.

—Aunque la verdad sea dicha, chico, no pensé que... ¿Pumo?

—Así es.

—Que Pumo saliera tan bien parado de eso. Eso solo demuestra lo tecnológicamente avanzado que es. Me excuso porque parezco tener problemas para recordar su nombre; cuando pienso en él, lo hago nombrándolo de otras maneras, y de todas ellas la que más me agrada es culo con ojos.

Ysaak no sentía la necesidad de sonreír siquiera por cortesía, cosa que en otro tiempo hubiera hecho. Pero le agradó saber que Backlava no había hablado con esa intención.

—He venido hasta aquí porque quiero decirte dos cosas: la primera es que

no todo está acabado, yo tengo un plan.

—¿De qué se trata?

—De ti.

Ysaak levantó las orejas, mirándolo con interés.

—No sé qué fuerza imperó para que pudieras arrancar aquel objeto de aspecto desagradable cuando no una, sino dos bombas atómicas que le dieron directamente no fueron suficientes para hacerlo vapor.

—¿Impactaron directamente?

—Sí, contra su cápsula, pero calma, quiero decirte primero todo lo que tengo en mente, después puedes hacer las preguntas que quieras. Por ti, tengo el plan de llevar la confrontación cuerpo a cuerpo si es necesario.

—¿Qué desean de mí?

—Inspiración.

—¿Qué quiere decir?

—No te sonará en lo absoluto como un plan militar, pero tan pronto como la oportunidad se presente, y si Pumo quiere destruir este planeta (y sé que sabes que quiere hacerlo, porque ya descubrí de dónde se filtra la información), tendrá que volver a bajar con su nave nodriza y estará al alcance de nosotros.

—Por favor, no castigue a Vaayu.

—No lo haré.

—¿Piensa que podrá hacer daño a la fortaleza desde adentro?

—En lo absoluto, pero pienso que podremos ver qué ha pasado con la gente que está adentro, al menos.

El rostro de Ysaak se iluminó.

—¿Piensa que es posible?

—Estoy esperando el veredicto del general Argos. Él está metido en esto tanto como yo. Estamos trabajando separados del resto de la milicia y fue una buena idea, porque sus cerebros no ven más allá del plutonio.

—¿Usted quiere que yo me infiltre en una fortaleza espacial?

—¿Lo harías?

—Sí.

Backlava sonrió.

—No —replicó finalmente—, sería una locura. Y semejante misión suicida querría hacerla yo, aun cuando aquí el único que tiene méritos eres tú.

Ysaak lo miró, desolado.

—Sé que mi «plan» no es más que un tiro en la oscuridad. Pero está en mi

naturaleza: no nos vamos a dar por vencidos jamás. Si entro, como tú sugieres, lo más probable es que sea prisionero de algún cubo obrero, y eso solo contando lo que hemos visto, pues solo el Gran Arión sabe qué más podría haber.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Ya te dije que no está en mi naturaleza rendirme. No lo vas a entender en un día, y si te soy sincero, puede que nunca lo hagas. Pero en pelear está mi alivio y mi orgullo, por el tiempo largo (o excepcionalmente corto) que me quede de vida. Nadie nos puede quitar eso, Ysaak.

El joven lo observó, en silencio.

—Ahora bien, ¿qué deseas preguntarme?

—¿La milicia tiene alguna información sobre si la gente que secuestró Pumo está viva?

—Ninguna. Y si fuera tú, no preguntaría por la milicia, sino directamente por el general Argos. La milicia tiene hombres brillantes, y todos están trabajando en encontrar una solución, pero ninguno como el anciano. Le hice exactamente la misma pregunta y él supone que están en un tipo de suspensión avanzada. Pumo confirmó que están vivos y que duermen, pero nadie sabe para qué los quiere, sobre todo si pretende destruir el planeta.

—Estuve pensando en algo, y quisiera que él me escuchara, ¿no podrían hacer explotar las naves desde adentro, después de extraer a la gente que se llevó? ¿No es posible que alguien se deje capturar para infiltrarse y que esta persona lleve una bomba de tiempo oculta o algo así? Si me lo pidieran, yo...

—Ese plan funcionaría en una película, pero aquí no. Argos ha informado que las naves están construidas de materia, no de metal. Si entendieras un poco más el concepto, estarías deslumbrado, y te confieso que también más preocupado. El nivel de avance que posee Pumo es irreal. Y la sola idea de volarlas desde adentro es imposible, ya sea porque el espacio/tiempo allí dentro podría ser distinto o porque una explosión ni siquiera desde adentro le haría daño. No es como si quisieras destruir una lata de acero poniéndole un petardo adentro. No funcionará, o como dice Argos: «Nuestros métodos no aplican». Pero aun si ese fuera el caso, solo bastaría una célula, u otra nave cerca, para volver a armar a la otra de vuelta. Sus naves pueden hacerse infinitas, o convertirse en un grano de arena. Tu otosa está dormido dentro de ese anillo de luz que ahora mide novecientos sesenta kilómetros y que flota sobre la atmósfera en el polo norte, y podría también estarlo si la nave se transformara en una aguja gigante de no más de un milímetro de ancho... Él

no lo sentiría y, de un modo que no podemos entender, su cuerpo tampoco se reduciría de tamaño. Juegan demasiados trucos de la ciencia que no están a nuestro alcance.

Ysaak bajó la cabeza.

—Mi esperanza —dijo— es darle una sorpresa como tú se la diste en Solares. Y tengo ideas para fastidiarlo y retrasar el fin. No suena alentador, pero a mí me gusta, y se nos ha demostrado que a estas alturas no hay nada que perder.

—Cuando impactaron contra él las bombas atómicas, ¿estaba en la misma cápsula que me persiguió por Solares?

—En la misma.

—¿No le pasó nada?

—Nada. Quizá se movió de lugar por la fuerza del impacto, pero no es más que lo que habrá logrado algún tanque de guerra durante aquella noche.

—¿Su cápsula está hecha de materia?

—No, porque si no, tú no estarías aquí en primer lugar. Hubiese transformado su cápsula en una bola de espinas o algo peor tan pronto te le hubieras subido. Su nave está construida de un metal que, obviamente, desconocemos, y que es mucho más resistente que cualquier otra materia conocida.

—¿Qué hizo después del impacto?

—Lo que pasó en la base fue un poco patético, y por respeto a alguien, no te lo puedo decir. Pero si quieres saber qué pasó afuera, pues la cápsula se retiró a un sitio lejano, parece ser que una playa, y según fuentes oficiales, Pumo se distrajo viendo los animales que salen de la arena... No me preguntes.

Ysaak cruzó las piernas en el desorden de sábanas y apoyó los codos sobre los muslos mientras se rascaba la nuca, pensando. Antes de que pasara mucho tiempo, Backlava lo sacó de sus cavilaciones y lo puso en la realidad.

—He dicho que he venido a decirte dos cosas y ya dije una. La segunda es que tengo una sorpresa para ti.

El chico lo miró.

—Me causas simpatía y tengo formas extrañas de demostrarlo: una es ser franco. Pero aun cuando no sé si debería hablarte como a un igual, te diré una cosa: la vida es corta, especialmente ahora. Si se te ocurre un plan para ayudarnos, eres libre de hacérmelo saber.

Backlava se dio media vuelta y observó a través de la ventana.

—Chico, la cuestión es así: puedes quedarte aquí pensando que te vas a morir y eventualmente morirte, o puedes salir allá afuera, ir a lugares, disfrutar del sol o de la noche, manejarte por ti mismo y pensar en algo que pueda funcionar. ¿Funcionará? Seguro que no, tú lo sabes y yo lo sé, pero ¿sabes algo? Eso no me va a dejar postrado en una cama.

• • •

Ysaak no había tomado una decisión (de hecho, en el presente tiempo, no sabía ni siquiera si quería tomarla), pero lo cierto es que se vistió y siguió al comandante a las largas pistas desérticas.

El aullido del viento imperaba, se podía ver a los poderosos aviones de caza alineados uno al lado del otro hasta perderse de vista, como detenidos por el tiempo.

El viento golpeaba el rostro del tigre con tanta fuerza que tenía que achicar los ojos. Miró para arriba, en dirección al cielo pálido, al sol. Verlo en aquellos días se sentía extraño. Como si supiera que el astro padre se estaba despidiendo con tristeza de ellos.

La capa del lobo bailaba tras su espalda. Se movía siempre esbelto, siempre con la frente en alto. Ysaak lo miraba y pensaba en Cha'chat. Lo comparaba con Backlava. Hacía pocos días estaba con su otosa en la tranquilidad de un hogar hermoso, a cientos de metros sobre el suelo, en una torre sobre una ciudad perfecta, viéndolo pintar cada vez que regresaba de la escuela. Ahora se hallaba en una base en donde el viento hacía crujir las ventanas y agitaba con sus ropas holgadas.

—Aquí está.

Una lona pesada cubría algo alargado que reposaba sobre el pavimento. El viento sacudía sus costuras.

—Anda, destápalo.

El muchacho tomó las partes sueltas con ambas manos y levantó la lona, descubriéndola lentamente.

Lo que emergió era similar al exoesqueleto de una moto de agua, pero mucho más aerodinámico, mucho más afilado, como hecho de un vidrio negro, que en realidad era un metal que reflejaba los destellos más vivos del sol.

El volante se alzaba imperioso y terminaba en dos manubrios brillantes. El asiento era ancho y largo.

—Supe que tenías una moto. En Solares, ¿verdad? Era tu medio de transporte.

Backlava ladeó un poco la cabeza y pasó la mano por la goma del asiento.



—Si la capitana que te psicoanalizó el otro día se entera de que te he dado esto, creo que se va a olvidar de los rangos y me tratará de disparar en el trasero. Conozco a esa mujer tanto como a esta moto. Es más rápida que la que tenías, eso seguro.

Ysaak estaba impresionado, lo que fue una sorpresa porque no eran muchas las ocasiones en que se olvidaba por completo de todo.

—El país está militarizado y tú tienes un permiso especial. Podrás recargar gasolina donde quieras si se trata de un puesto militar. Si no, entonces tómalala de donde te convenga... No habrá nadie para quejarse.

El comandante Backlava le dio una palmada en el hombro antes de dar

media vuelta y marcharse.

—Vete de aquí, Ysaak, y haz tu vida, lo que quede de ella.

YSAAK SE MARCHA

El tigre estaba de pie frente a la puerta, observando su cuarto. Ahí había vivido casi una semana y ahí había tenido también los momentos más largos de su vida. No lo iba a extrañar. Al final comenzaba a comprender las palabras de Backlava, aunque a su modo.

Una de las pocas cosas fáciles era que no había que empacar demasiado, solo unas prendas de ropa... De las que solo un par eran suyas (las que llevaba puestas aquella noche).

La motocicleta nueva tenía un portaequipajes en el costado trasero, al que se podía acceder levantando el asiento, y era lo suficientemente espacioso para eso y más. Ysaak había llevado el vehículo hasta afuera sujetándolo por los manubrios; todavía no lo había encendido, ese momento debía ser especial. La primera vez que lo pusiera en marcha tendría que ser para emprender un viaje largo. Y lo único que lo distraía (en el fondo lo emocionaba) era no saber adónde ir.

—Espero que al menos se haya cruzado por tu cabezota despedirte.

Vaayu estaba apoyado en el marco de la puerta, con una mochila tras su espalda. Ysaak se dio media vuelta, sorprendido.

—¿El comandante Backlava te hizo algo?

—Salí bien. Me dejó ir con una advertencia.

—Lo siento mucho, Vaayu.

—No, no te preocupes —repuso—. Advertencia es una palabra muy fuerte. Además, no volveré a hacerlo la próxima vez.

—Entonces tuve la suerte de ser la última persona que te tuvo como informante.

—Tuviste la suerte de ser el primero. Con el siguiente tendré más cuidado.

Ysaak rio.

Cuando lo hizo, fue como si una fuerza dormida, un latido salvaje, le suplicara acelerar el viaje, salir, sentir el viento sobre su cara. Correr a más

no dar todo el tiempo que pudiera sin preocuparse por ninguna barrera y disfrutar lo más posible el cielo naranja.

—Te deseo mucha suerte, Vaayu.

El guepardo lo miró y asintió, sonriendo.

Esas últimas palabras, como todas las cosas que se referían de algún modo al «futuro» en aquellos días, tenían una carga de dolor. Ambos lo pensaron, pero ninguno se atrevió a decir nada.

—Toma esto.

El chico se quitó la mochila, la apoyó sobre el piso y la abrió. De ella extrajo un abrigo enorme.

—Era de mi otosa, una de las pocas cosas que me quedan de él. No me importa dártelo porque lo más importante, que es su recuerdo, está conmigo, aquí adentro —afirmó, señalándole el corazón—. A mí me queda enorme, pero a ti no. Hasta donde sé, ambos comparten una característica: las rayas sobre el cuerpo. Lo que garantiza que te quedará al pelo y como me parece que no tienes abrigo, me gustaría dártelo.

Ysaak lo palpó.

Sin pensárselo mucho se lo colocó y tuvo la sorpresa de ver, en el reflejo de la ventana, que le quedaba perfecto. Le daba pinta y lo hacía ver más grande, más malvado. Eso le gustaba.

El abrigo tenía un cuello amplio y alargado, rodeado de una esponjosa pelusa negra, del mismo color del resto de la vestimenta, que caía hasta bien debajo de su cintura.

—Si de casualidad vas al norte (y cabalgando en esa bestia no dudo que te tome muy poco), necesitarás llevarlo.

—Siempre lo tendré puesto. Muchas gracias, Vaayu.

Se estrecharon la mano y juntaron el hombro derecho.

—Cuídate mucho, ¿sí?

—Y tú también, Ysaak. Espero saber de ti.

No pasaron muchos minutos antes de que el guepardo, de pie junto a un enorme tanque de guerra, viera alejarse a su amigo hasta perderlo de vista.

• • •

Era una convergencia de emociones. Ysaak se sentía extraño porque, para empezar, no estaba en su moto de siempre y segundo, eso de escapar y dejarlo todo atrás no dejaba de tener sabor a vacío de estómago. El abrigo ya

no era una satisfacción estética, sino una necesidad, y se dio cuenta de que tarde o temprano (pensamiento olvidadizo, porque no existiría algo como un «tarde» en el tiempo lejano) debería conseguirse unos anteojos de motociclista. Pero si achinaba los ojos lo suficiente, le bastaría.

Su prudencia era como una línea roja que crecía y decrecía constantemente en un termómetro, como es costumbre en todos los buenos conductores. La autopista se perdía bajo el cielo.

Como pasa con las mejores cosas de la vida, Ysaak no se dio cuenta de inmediato de que se estaba enamorando de su regalo. Se animó a ir más rápido y más rápido, hasta que tuvo que bajar la cabeza.

Una vez que cruzó la autopista privada de la base, se detuvo despacio, poniendo un pie sobre el asfalto, viendo atrás. El complejo de torres y silos del ejército era enorme y sus luces, muchas. No lo había apreciado el otro día por razones obvias, pero tenía tiempo de contemplarlas en ese instante.

Se propuso que el día de hoy haría una diferencia: no se dejaría atrapar por la cavilación, no divagaría pensando en todo y en nada al mismo tiempo. No se lamentaría por sí mismo ni por nadie. Hizo todo su fardo a un lado y miró al frente. Y así supo exactamente adónde quería ir...

Al cabo de pocos minutos, el chico, envuelto en una centella, pasó por una gran carretera solitaria con limpios faros de luces a los lados y un enorme cartel que informaba que faltaban cincuenta kilómetros para llegar a la ciudad de Solares.

• • •

Varuuna estaba de rodillas en el pico más alto de la colina, rezando, con las manos juntas en dirección a las estrellas. Y su otosa, desde abajo, lo veía preocupado.

La caravana se había detenido, llevaban tres días viajando. Estaban pasando cosas, Yóvedi se estaba agitando, y la historia se escribía sobre un libro completamente distinto. Pocos sobre el planeta tenían conciencia de que no eran solo los militares los que estaban tratando de hacer algo al respecto; a los viejos magiares también se les iba la vida en ello. Pero Varuuna, a sus catorce años, era de lejos el más valioso, y el resto de la tribu lo sabía. Una semana antes de que Pumo llegara al planeta, Varuuna, sin dar explicaciones, ya había empezado a rezar.

Tal cosa hizo que su abuelo se pusiera sobre aviso. Fue él quien más tarde

fraguó un ritual a solas, en una cueva, dentro de un círculo de fuego.

Era poderoso, pero no podía ver las cosas tan bien como las veía el niño. El anciano dragón veía una gigantesca nube de oscuridad, que no sabía interpretar más que para vaticinar que se aproximaban tiempos cruciales.

Varuuna, en cambio, no solo era capaz de ver a través de la cortina de humo, sino además, de pensar la única solución.

—Varuuna, ¿qué ves?

Pero el niño no sabía describirlo, solo miró a su otosa y al abuelo de la tribu y les dijo: «Es una presencia».

—¿Un espíritu malo?

—No —contestó—. Es una inteligencia.

Los adultos se miraron a la cara. Y, a falta de una mejor descripción, el confundido y asustado chico lo dibujó en la arena, como un rostro viendo desde el otro lado de un túnel:



El abuelo, que era el magiar más poderoso, sintió un escalofrío en la piel, que más tarde se transformó en una sólida amalgama de corriente, miedo y vacío. Las pupilas de sus ojos dorados se hicieron tan pequeñas, que por momentos, el otosa del niño pensó que se iba a desvanecer.

La conducta de Varuuna no era un capricho; el chico en verdad había visto

algo.

—Varuuna —gimió el anciano dragón.

Y él lo vio emocionado, con la boca entreabierta.

—Está en camino, abuelito. Se ha enterado de que existimos y está en camino.

—¿De dónde, Varuuna? —preguntó su otosa tomándolo de los hombros—
¿Del continente antiguo? ¿De las grandes montañas?

—No, mucho, mucho más allá.

¿Para qué perder tiempo explicando que, conforme pasaban los días, el chico se mostraba progresivamente perturbado? ¿Para qué tomarse la molestia de decir que la noche antes de la llegada de Pumo, no pudo pegar los ojos y enfermó? ¿Y para qué mencionar que mientras dos adolescentes llamados Ysaak y Sagitta conversaban en un claro sobre esas cosas de la juventud, sin tener idea de lo que verían poco después, Varuuna ya había tomado la determinación de jugarse su última carta?

Una última carta que era mucho más poderosa que la de su otosa y los otros sacerdotes de la tribu, quienes habían quedado tan mal haciendo sus rituales como los militares arrojando sus estúpidas bombas.

El primer ritual no funcionó. Cosa que no sorprendió al abuelo.

Le tocaba el turno a la espada de la tribu, al shogun Bermion, otosa de Varuuna.

Bermion pertenecía a un clan tan antiguo como orgulloso. Tan orgulloso, que esta guerra era tan suya como la de su hermano. No solo porque se jugaban un mundo, sino porque su hermano también estaba en ella, encabezándola, y para Bermion, ese detalle importaba más que cualquier otra cosa.

Bermion había subido a la cabeza del clan como shogun antes de apadrinar a Varuuna y ser su otosa. El antiguo maestro le había cedido su lugar. Pero ese antiguo maestro tenía a otro protegido que no había llegado a él cuando era un cachorro (como lo había hecho Bermion), sino a los diecisiete años de edad, cuando pertenecía a una tribu pequeña en el valle. Y a pesar de que estaba prohibidísimo ayudarlo durante los tres primeros meses, y Bermion lo sabía, le daba una mano de todos modos cada vez que podía. El shogun en aquel entonces sabía muy bien lo que el chico hacía, y lo que más lo mortificaba era que no podía impedirselo. Así, el tigre no tardó en estrechar amistad con un lobo que, como él, estaba destinado a grandes cosas.

Cuando Boltar se retiró del palacio, estaba claro que esa no iba a ser la

última vez que el próximo presidente y el futuro shogun se vieran: ya eran hermanos. Boltar había regresado al palacio de los felinos al final de sus viajes.

Por ello, aquí y ahora, en la actualidad, el presidente no dudó en atender el llamado de su hermano, aun si ese era el peor día, el más confuso.

Cuando Bermion hizo la petición que hizo, Boltar supo inmediatamente que, aun en su posición, sería difícilísimo complacerlo. Pero el lobo también sabía exactamente de qué se trataba...

MADE BY PUMO

Al principio, pensó en enviarle el cañón que se había desprendido de la cápsula, pero se había desvanecido de la planta más baja y segura de una base militar secreta. Eso no importaba, porque el chico que obtuvo aquello también se había quedado con otra cosa de una de las maquinarias de Pumo: la etiqueta, que mandó a despachar inmediatamente al shogun.

Esa misma noche, los otros shogunes se reunieron alrededor del patriarca. El anciano dragón, vestido en sus largas túnicas ceremoniales, observaba la extraña y alargada etiqueta extraterrestre fijamente, .

Levantaron los brazos, rezaron, invocaron a los espíritus y dioses más letales, conjuraron maldiciones, levantaron su ira, su poder y las siete plagas contra Pumo. Jugaron con su destino y lo sellaron con las doce tormentas.

Aquel ritual había desplomado imperios seis mil años antes. Solo se había practicado tres veces y las situaciones que lo requerían debían ser extraordinarias. Era el Tribunal del Infierno. Pero Varuuna, que le tenía un miedo y un respeto infinito a los dioses, hizo caso omiso al ritual y siguió rezando.

El anciano dragón, al salir de su carpa, cansado, supo por qué.

La magia no había afectado en lo absoluto al invasor. Ni a él ni a sus máquinas. Era como si todos aquellos sacerdotes se hubieran puesto de pie en la cima de una montaña y se hubiesen entregado a la inocua tarea de lanzar maldiciones al vacío del universo.

El dragón bajó la cabeza, dolido, y preocupado. Caminó lentamente hacia su tribu, apoyándose en el cayado y detuvo a Bermion cuando fue a reprender a Varuuna por no estar en la cama.

—El destino de este planeta depende de ese chico. Él ahora está haciendo algo mucho más útil que nosotros.

Bermion sentía un respeto infinito por el patriarca, a la vez que un amor infinito por Varuuna, y estaba seguro de que el niño no solo sería shogun en el futuro, sino además patriarca, seguramente el más poderoso en mil años. Pero no entendía cómo era posible que los recursos de un chiquillo tuvieran mayor alcance que los suyos.

—El chico no está arrojando una maldición —le aclaró el patriarca entonces—. Está invocando a alguien.

• • •

Ysaak sintió, al ver la silueta fantasmal de la ciudad, cuyos rascacielos más altos eran visibles como una sombra tenebrosa bajo la luz de la luna, que seguir adelante iba a ser un reto para su corazón.

Era un cuadro abismal. La carretera se transformaba en un puente enorme, los faros de luz alumbraban hasta la carretera, pero la monstruosa metrópolis permanecía a oscuras.

Antes de que el puente lo llevara a cruzar sobre el lago, el chico se encontró con que el camino estaba atravesado por varios vehículos enormes.

El soldado levantó el escáner y una luz roja brilló sobre sus ojos. Los datos del adolescente empezaron a emerger en el monitor de la computadora.

—Chico, te aviso que no podemos dejarte pasar.

Ysaak los observó con desilusión.

—Es por tu seguridad. Está terminantemente prohibido para cualquiera.

Dos veloces aviones silbaron en el firmamento, sobrevolando sobre el conjunto de rascacielos.

Por el sonido y la velocidad, Ysaak sabía que eran drones (aviones no tripulados). Vaayu le había hablado sobre ellos.

—¿Sucedo algo? Creí que estaba completamente vacía.

—Y lo está —repuso el oso—, el problema no es ese. El problema es lo que está al lado de Solares. Si eres quien creo que eres, tú mejor que nadie deberías saberlo, has sido de los pocos que lo vio desde que empezó.

Cuando Ysaak lo observó, confundido, el tipo levantó una mano y señaló con el pulgar en dirección al este, procurando no ver hacia allá.

Los ojos del tigre se abrieron, como hipnotizados.

Era un maremágnum cósmico: huracanes de luces moviéndose precipitadamente a un lado y a otro, dejaban tras su paso torres de luz que se perdían en el cielo y que después se venían abajo multiplicándose y

transformándose. Desde adentro de ellas salían líneas serpenteantes que hacían figuras geométricas imposibles y que abrían pasajes dimensionales por los que entraban objetos grotescos que luego se transformaban en algo más y se dividían en miles de millones de cosas que a su vez se ponían a trabajar por su cuenta dividiéndose también, confundiendo su mente con un espejismo infinito y enrarecido.

Ysaak se puso el brazo sobre los ojos y giró la cabeza, molesto.

—Ahora entiendes. No dejaremos que te acerques más. Ayer era un cráter, pero hoy es «eso» que acabas de ver. Y cada noche que pasa, se hace tres veces más grande.

—Mañana la fuerza aérea lo va a arrasar con balas —añadió el otro, con tono de voz desdichado—. Las bombas no funcionaron, pero al menos las balas, donde peguen, harán más daño. Puedes ser pesimista y decir lo que quieras, como muchos gañanes de aquí, pero la esperanza es lo último que quiero perder...

Ysaak se frotaba los ojos.

—Lamento haber tenido que darte el ejemplo por las malas —se disculpó el oso—, pero es algo que uno tiene que ver por sí mismo. Afortunadamente venimos preparados. Dame un minuto, que voy a buscarte una pastilla. No te asustes, es simplemente para la migraña, hemos traído muchas. La primera vez que lo vimos creímos que nos había envenenado la cabeza. En cinco minutos estarás como nuevo.

EL LLAMADO DE VARUUNA

Bermion observaba confundido al patriarca, que a su vez miraba a Varuuna, que estaba arrodillado en la colina. Podía contemplar al chico cada vez que el aullante viento levantaba la lona de la tienda de campaña.

Él era increíblemente respetuoso. Aun entre los shogunes (que son los más cercanos a un patriarca) había códigos de comunicación, pero ni eso era tan importante cuando su chico estaba de por medio.

Las tazas humeaban en la pequeña mesa oriental colocada entre ambos.

—No te entiendo —gruñó, ofuscado—. ¿A quién está invocando Varuuna?

El patriarca, que entendía muy bien los sentimientos del tigre, lo miraba con compasión y aprecio.

—No sé a quién está invocando. Pero está fuera de este mundo, porque no lo está buscando aquí.

La respuesta originaba otras dos dudas. Pero esta vez el dragón se adelantó:

—Sé tan poco como tú, Bermion. No le he preguntado nada a Varuuna y tú tampoco debes hacerlo.

—¿Y por qué no? —espetó, frunciendo el ceño.

El patriarca meneó la cabeza suavemente.

—Porque a un hechicero más poderoso no se lo estorba con cuestiones inútiles; ni siquiera tú, que eres su otosa. La magia es sabia y el cosmos también. Si Varuuna tiene ese poder, lo tiene porque está preparado para usarlo. Bien sabes que un don no puede ser usado con frivolidad. No podrías utilizarlo con una mente floja; sería como intentar entrar a un cuarto a través de una pared de ladrillos. Tu chico sabe qué hacer, sabe lo que está haciendo.

El viento volvió a levantar la lona que cubría la entrada, el aire helado apagó las velas que se hallaban colocadas sobre una alfombrilla.

—En cuanto a lo que te preocupa más, descuida. Varuuna no está en

peligro. Te lo garantizo con mi vida. Hoy aprendí eso.

Extendió su anciana y calluda garra sobre las velas apagadas, que se volvieron a encender mágicamente.

—Puedes incluso llamar a tu hermano y comunicarle algo que sus científicos no saben, pero que yo, a raíz de nuestra propia experiencia, sí...

Bermion levantó la cabeza y lo miró.

—Pumo no pertenece a este universo. Es ajeno a nuestras leyes, nuestra física y la realidad de nuestro cosmos. Por eso es que la magia no lo ha afectado en lo más mínimo.

• • •

Varuuna se concentraba. El frío castigaba su cuerpo; aun así, su frente estaba perlada de sudor. Sus párpados temblaban y la pequeña nariz a veces se contraía. Subía y bajaba el mentón, el viento se partía entre los cuernos de su cabeza y las espigas de hueso que adornaban el puente de su nariz. Pero él era incapaz de sentirlo, porque su mente se hallaba ajena, y cada centímetro de su psique se proyectaba al universo. Su cuerpo terrenal jugaba un papel completamente secundario.

El pequeño dragón se concentraba como nunca antes en su vida. Él era excelente proyectándose, lo hacía desde que era un infante en los brazos de Bermion, pero hacía ya muchas horas que le exigía demasiado a sus fuerzas y se agotaba rápidamente.

La parte creativa de su mente se empeñaba en distraerlo, pero Varuuna sabía controlarla muy bien. La dejaba relegada en un pozo oscuro, del que él nada quería saber. Pero no había caso... Cuando uno trasciende las fronteras de la carne, hace una regresión de todos los eventos que ha vivido a través de ella. Es una sensación igual a morir y Varuuna hacía años había superado eso.

Había trascendido a Bermion y, eventualmente, al patriarca. Había trascendido a muchos otros antepasados. Y ahora, se había fijado la meta de trascenderse a sí mismo porque, ¡Arion no lo quiera!, la mala suerte podía jugar un papel fundamental y echar sus esfuerzos al trasto.

Cuando aprendía a leer, Varuuna se olvidaba del libro y ejercitaba, por distracción, sus talentos. Podía proyectarse para ver a su otosa, pero lo hacía con una eficacia tal, que ver a alguien que no estuviera a mucha distancia era como intentar discernir el rostro completo de una persona usando un telescopio enfocado a un centímetro de su nariz. En el caso de Varuuna la

cuestión no era aprender nuevos poderes, la cuestión era cómo usar los que ya tenía.

Entonces, cuando tuvo una idea más o menos formada de qué estaba haciendo mal, intentó proyectarse ante personas que estaban lejos de él, porque las podía ver mejor con la mente. Tal vez si no trataba de ver el rostro de quien tenía enfrente, sino que asomaba el «telescopio» por la ventana y proyectaba su mente al azar, tendría más éxito. Y cuando descubrió que así era, sintió un frenesí de alegría.

Un frenesí tal que, sin quererlo, potenció mil veces el «telescopio» y descubrió entonces que hasta la luna le quedaba pequeña.

Entonces ya no intentó proyectarse con otras personas que estaban del otro lado de la montaña (hurgar, tomar un poco prestado con motivos experimentales y no entrometerse en sus pensamientos), sino con alguien de otro país, y más tarde de otro continente. Y cuando lo consiguió, ahí, sentado en el jardín del palacio, la sorpresa fue enorme. Se sentía como arrojar un anzuelo a un lago. Al principio había oscuridad, pero se ponía la yema del dedo sobre el nailon, uno podía sentir perfectamente que, al cabo de un rato, había actividad bajo el agua. Así era para Varuuna, sentía la actividad (y esa fue otra cosa que lo ayudó a abarcar un espacio digno de sus poderes), podía ver varias mentes al mismo tiempo y así distribuir más sabiamente su colosal poder.

Pero la práctica, dominada con el paso de los años, le hizo descubrir que sus poderes seguían creciendo y que ver a personas en otros continentes volvía a sentirse, una vez más, como enfocar un telescopio sobre la nariz de alguien.

Fue entonces como Varuuna, con esa viva inteligencia que siempre lo caracterizó, supo que lo estaba haciendo todo mal y que lo que tenía que hacer no era buscar gente más y más lejos, sino simplemente aprender a proyectar su poder, a dilatar el ojo psíquico.

Bermion jugó un papel muy importante. Abismado por las capacidades de Varuuna (al punto de temer que el chico pudiera estar poseído por una presencia), lo llevó ante el patriarca y le importó muy poco tirar a los guardias de la entrada que quisieron impedirle el paso e interrumpir así cien días de meditación. Y el dragón, como un padre, lo miró con paciencia y le explicó lo que sucedía, y como un padre también, ocultó, para no afectar la tranquilidad del contrariado shogun, su propia sorpresa.

Entonces, cuando se sentó a solas con Varuuna para explicarle que era

especial, y que estaba destinado a grandes cosas, sujeto indefectiblemente a una responsabilidad enorme que sería su fiel compañera hasta el final de sus días, el amor de Bermion por el chico creció (si tal cosa era posible). Varuuna lo tomó con una madurez tal que ni el mismo Bermion había mostrado el día que había recibido el shogunato. Y eso hizo que el chico, emocionado, se propusiera jamás fallarle.

Pero de ahí en más, un joven tan solitario como él, sin amigos, necesitaba algo más que un libro o un juego de video para entretenerse.

Por eso se echaba en la cama, miraba la luna por la venta... y proyectaba su mente. Era como sonarse los dedos, le causaba placer el sosiego del universo. Porque ahora sabía que podía trascender el planeta e ir más allá, y más allá.

¿Cómo explicar esa sensación? Era como ser una araña en el centro de su telaraña. Eran sensaciones nítidas. Y el pequeño dragón no solo experimentaba con esas sensaciones, sino que a menudo se imponía retos, porque cada vez conseguía llegar más lejos.

Era como descubrir algo nuevo todos los días: primero se asombró por una presencia descomunal en el vacío (un planeta en el sistema solar).

A veces sentía algo así como estar al lado de las vías del tren con los ojos cerrados y de pronto sentirse arrebatado por la descomunal fuerza de la locomotora pasándole enfrente (cometas). Los había sentido antes de lejos pero nunca de cerca, a Varuuna le hizo gracia el hecho de que, si había vencido la escasa probabilidad de encontrarse tan cerca de algo así en el vacío gigantesco del universo, era porque ya se había pasado demasiados viernes y sábados por la noche dedicándose enteramente a eso.

Podía sentir la gravedad del sol, como una olla de agua hirviendo. Podía sentir las lunas de otros planetas, los asteroides, todas las cosas. Y luego fue todavía más allá, encontrando siempre cuerpos celestes parecidos. Hasta que un día, pasó algo extraordinario...

Fue demasiado rápido como para reaccionar, pero la sensación era igual a tener la mente dentro de una pelota de golf y que se sentía atraída hacia otra:

«Hola... ¿quién eres?»

Varuuna abrió los ojos, aterrado, y echó un grito.

Se le puso la piel de gallina y cuando se calmó un poco, todo lo que pedía era que ni su otosa ni los sirvientes lo hubieran escuchado... Habría sido imposible explicarles qué había pasado.

Cerró las ventanas de golpe y encendió el televisor y el velador para no

estar a oscuras; no fue sino cinco horas después que por fin logró quedarse dormido.

El hallazgo fue lo primero que recordó cuando su otosa, molesto, lo sacó de la cama al mediodía del día siguiente. Día en que decidió volver a probar suerte proyectándose (pero mientras fuera de día).

Varuuna era un niño, pero hasta un niño se daba cuenta de las dimensiones formidables del hallazgo que había hecho. Hallazgo que sería su pequeño secreto, porque si se lo contaba a su otosa o al patriarca, él sabía que al final le creerían, pero de todos modos no quería hacerlo, porque de todas maneras era muy difícil de digerir.

Sentía como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros. Había algo «allá arriba», muy lejos de Yóvedi, y lo había saludado. Y ese «algo» debía pensar que Varuuna era el provinciano más grande del universo (supuso, con pesar).

Chequeó, con una gracia infantil que se tiene pocas veces en la vida, que la luz del sol fuera fuerte y que su otosa estuviera a solo cuatro paredes de distancia. Y se proyectó otra vez, con miedo pero inigualable eficacia. Y viajó lo más que pudo, más lejos y más lejos, hasta llegar solo Arión sabía dónde, cerca de planetas que no salían en ningún mapa estelar.

Al principio estuvo alrededor de una hora buscando, echando su «anzuelo», y su desaliento crecía (en contraste con el susto que se había dado el otro día) cuando se daba cuenta de que estaba lejos de volver a comunicarse con «él». Pero entonces, lo sintió.

Era como una interferencia mental, seguida de un calor diferente al de los planetas o los soles... Y el corazón le empezó a latir más rápido, y la emoción hizo temblar la estabilidad de sus ondas psíquicas, cosa que lo obligó a calmarse.

Varuuna jamás lo había intentado, pero entonces el mensaje salió expandido de su mente, acompañado por esa sensación extraña, que lo estremecía:

«¿Hola?»

Echó mano a toda su valentía cuando, nuevamente, sintió que se le acercaban, que «algo» lo abordaba.

«Hola, lamento haberte asustado».

Un lado muy chiquitito de él se preguntó si aquella presencia podía sentir lo emocionado que estaba.

«Hola», envió nuevamente, a falta de algo mejor.

La presencia se movía, se movía rápidamente, y de no ser porque era mucho, pero mucho más poderosa que él, Varuuna lo habría perdido.

«Hola, Varuuna».

Y sintió en algún lado de su alma que «él» le sonreía.

Era una presencia cálida.

Aquel suceso le daba un total, nuevo y gran significado a eso de «no hablar con extraños». Y sabía su nombre, y si lo sabía, era porque «él» era capaz de hurgar dentro de su mente. Pero lo hizo como una pequeña caricia, no lo invadió, del mismo modo —para su gratísima sorpresa— que él no lo hacía con los demás.

Varuuna no alcanzaba siquiera a aproximarse a Él tanto como Él se le podía aproximar. El cordón astral se estiraba hasta el infinito, sea quien fuera, se movía a una velocidad sorprendente, pero no lo perdía.

«Lamento haberme asustado, no... no pensaba, cielos».

«No te preocupes, te entiendo perfectamente. Yo a tu edad también me sorprendía mucho de estas cosas».

Aquello le causaba espasmos de enardecimiento entre las sienes. Era increíble.

«Gracias».

Seguido de:

«¿Quién eres?»

«¿Yo? Un extraterrestre».

Y sentía cómo le sonreía con picardía.

«Yo también lo soy, supongo», contestó, con gracia, lo que también equivalía a una sonrisa.

Se alejaba todavía mucho más pero la conexión se mantenía perfecta.

«Te mueves muy rápido».

«Sí, estamos viajando ahora».

«¿Estamos?»

Varuuna se sintió apenado porque le pareció que hacía una pregunta muy entrometida, muy grosera. Pero como el lenguaje de la mente era único, y cada emoción contaba, Él le contestó en consecuencia:

«No te preocupes».

Seguido de:

«Mi tripulación trabaja ahora».

Varuuna no pudo contenerse, era demasiado emocionante:

«¿Tu tripulación?»

«Estamos en una nave espacial», le contestó con un guiño.

El vacío en su pecho fue demasiado grande. No podía creérselo. Era obvio que en algún lugar del universo también tendría que haber vida pero... ¡Por el Gran Arión! ¡Existían las naves espaciales, en verdad!

Él volvió a sonreír.

«Me da vergüenza admitirlo, pero pensé que... Eras una especie de dios».

Él se echó a reír.

«¿Y tú? ¿A qué se debe tu presencia por aquí?»

Las emociones que envió Varuuna eran similares a encogerse de hombros:

«Soy parte de una raza que puede hacer estas cosas, solo que yo he logrado llegar un poco más lejos, ¿y tú?»

«Pues, mi caso es muy parecido al tuyo...»

Varuuna pensó que por eso solo lo había captado a él y no a otras presencias que debían ser parte de la tripulación.

«¿A dónde vas?»

«Somos exploradores, bueno, algo más que exploradores, pero ahora vamos de vuelta a casa».

Sintió que aquella criatura le hablaba con cierto desaliento. No le gustaba su hogar...

«¿Te gusta viajar?»

«Mucho. Prefiero estar con mis amigos por acá».

«Ya veo».

«Y tú, ¿tienes amigos por allá?»

«No muchos...».

«Lamento saberlo. Supongo que no te hallas, ¿no?»

«Algo así, me cuesta mucho socializar, y me entretengo demasiado con esto. Pero ahora considero que ha valido cada segundo».

«Hmmm».

El «hmmm» llevaba algo parecido a lo que hubiera pronunciado su otosa en lugar de Él.

«Sé que no es la idea pasármela en esto siempre... Pero en verdad siento que no sé hacer otra cosa».

«Te entiendo. Al final, se trata de lo que en el fondo quieras en tu vida, pero eso solo lo puede saber quien ha probado todo».

«¿Tú tienes amigos?»

«Sí, mi tripulación. Son mis mejores amigos».

«¿Y tienen los mismos poderes que tú?»

«No».

Varuuna ya no tenía indicios de la presencia de Él por ninguna parte, sin embargo la conexión que este mantenía entre ambos seguía igual de fuerte y clara. Pensó fugazmente que si cortara la comunicación, Él podría ser capaz de encontrarlo de vuelta sin problemas... Aun si tuviera que «ir» hasta Yóvedi para hacerlo.

«Eres muy poderoso».

«Gracias, pero si pudiera regalárselo a alguien, lo haría... Aun si eso significara no tener el placer de hablar con alguien tan agradable como tú».

«¿Te trae problemas?»

«Sí».

Expresó una enorme tristeza.

«Lo siento mucho».

«Hey, no te preocupes».

«Gracias».

«Tú también eres muy poderoso».

«Sí, tanto que me sobreprotegen, ¿no es irónico?»

Notó que «Él» sonreía otra vez.

«Pero puedo sentir que estás bien. Me alegra. A mí en cambio intentaron ocultármelo, hasta que un día salió por sí mismo».

«¿De veras? Tiene que ser increíble, no solo eres casi un dios, sino además tu tecnología debe ser muchísimo más avanzada. ¡Cielos!»

«Lo es, pero el universo trabaja en formas misteriosas».

«¿Cómo?»

«A una persona de tus condiciones la han educado mucho mejor de lo que los míos creyeron conveniente para mí... Aun con tanta tecnología y cachivaches».

«Cielos... ¿fue repentino? ¿Lo descubriste un día sin más?»

«Sí. Fue salvando a alguien».

«¡Rayos! ¡Pero eso quiere decir que no solo eres telépata, también tienes otros poderes!»

«Sí».

«Increíble».

«No los uso en lo más mínimo», contestó, riendo. «La última vez que lo hice tenía aproximadamente tu edad».

«¿Intentas evitar tus poderes?»

«Los he sellado, sí».

Varuuna se sentía contrariado.

«Espero que no te cause muchos problemas».

«He puesto mucho esfuerzo en ello, así que por ahora, todo está bien».

Nuevamente, volvió a sentir el guiño.

Hizo toda clase de preguntas y «Él» se las contestó, así como también Varuuna le habló mucho sobre su propia cultura, sobre Yóvedi, sobre su gente. Y, cuando la conversación terminó, el pequeño, sintiendo como si hubiera salido de un sueño, al sentarse sobre la cama, se dio cuenta de que ya había anochecido. Pero aquella no fue la última vez que hablaron.

A la semana, Él lo volvió a interceptar.

«¿Nuevamente por aquí?»

Si Varuuna estaba nuevamente ahí, era únicamente por él. Todos los días a partir de la última conversación lo había vuelto a intentar con insistencia.

Su imaginación no paraba de retroalimentarse: Él debía haber llegado a casa (que en realidad era una cadena de mundos, cada uno con diferentes especies, según le había dicho), pasar una semana ahí, hacer su bulto nuevamente, y marcharse con sus amigos, a bordo de una nave.

Las conversaciones se hacían tan largas como la primera, e incluso más, y hablaron sobre cualquier cantidad de temas. Una vez, incluso, el chico intentó pasarle una imagen mental de sí mismo, «para que veas cómo soy, cómo somos aquí», pero no pudo. Él también hubiera querido hacer lo mismo, pero eso significaría abrir un poco más el caudal de sus formidables poderes y desatar algo incontrolable.

Pero eso no evitó que se conformaran con descripciones detalladas. Varuuna le explicó que él solo pertenecía a una de muchas otras especies que convivían en Yóvedi.

La gente de Él era muy parecida entre sí, pero había algo que maravilló al chico y le llegó hasta el corazón: tenían contacto con otras razas de extraterrestres, contacto estrecho (y de hecho, un par de los tripulantes de su nave, de sus amigos, eran de otras especies).

Entre conversación y conversación, una sólida amistad se estrechó.

«Sabes, me daría mucha vergüenza pedírtelo, pero ese no es problema, porque, a fin de cuentas, sé muy bien que no podrías hacerlo. Sé que sería imposible que te aparecieras por acá, porque no deben permitirte. No deben permitirles aparecerse por un planeta menos avanzado, entiendo por qué, pero si ese no fuera el caso, lo primero que te pediría sería que un día me llevaras contigo, aunque sea por un viaje».

«Gracias por entenderlo, Varuuna. A mí también me hubiera gustado mucho conocerte y a veces cuando navegamos por la galaxia, pienso que sería genial que estuvieras aquí. Pienso en ti y lo mucho que te gustaría ver algunas cosas».

Varuuna era un chico que, a su edad, era tan maduro que muchas veces su otosa, el shogun Bermion, se lamentaba, porque no podía evitar sentir que se estaba perdiendo las cosas más bellas de la niñez.

Varuuna entendía mucho, demasiado, tal vez. Y es por ello que ahí, de rodillas en la noche, aterrado, sabía mejor que nadie, mejor incluso que cualquier filósofo, escritor, o científico de Yóvedi, las dimensiones de lo que iba a pedir. Se estaba levantando, extendiendo sus poderes más allá de sus capacidades, ensanchando su mente hasta sentir un dolor resonante que abarcaba sus huesos, y dispersaba su súplica por todo el cosmos. Finalmente lo consiguió, su luz era tenue, como una estrella fugaz. Él estaba ahí, estaba navegando, velozmente. Al fin lo había conseguido, pero se hallaba inactivo, debía estar durmiendo. Varuuna se sentía como si estuviera al otro extremo de un inmenso lago, desesperado, asustado, levantando los brazos, intentando hacerse oír. Así que de un modo simbólico, el niño puso las manos alrededor de la boca y gritó al universo:

«¡AUXILIO!»



EN ALGÚN LUGAR INNOMBRABLE DEL COSMOS

Él despertó y se sentó sobre la cama, con los ojos bien abiertos.

• • •

—Probando probando... pro... Oh, ¡maldita sea!

—Te he dicho como mil veces que te consigas uno nuevo, pero tú nada. Si te gusta el romanticismo clásico de tener un diario pues bien, pero no esperes que esa mamada de ochenta y nueve años te...

—Tú cállate.

—«SSHDS900: NO PUEDO GRABAR – PORQUE – LA ENERGÍA – ES – INSUFICIENTE. FAVOR – RECARGAR – CON – LUZ – SOLAR – O – EN – SU DEFECTO...

El vampiro arrojó la plaqueta al suelo sin darle tiempo a decir más.

—Y no es un diario, es una bitácora —aclaró, de mal humor.

Seshat, la joven elfa que estaba sentada al lado suyo, y que con sendos guantes encasquetados tenía agarrados unos manubrios que estaban ubicados en medio de un intrincadísimo panel de control, lo miró con el ceño fruncido. Sus tupidas cejas doradas coronaban hermosos ojos rasgados y azules, pero estos parecían hacerse redondos en un gesto de caricatura que causaba gracia.

—Si no hubiese alerta de asteroides, ya sabes el gesto que te haría con la mano, ¿eh?

—Si llegamos a chocar contra uno, te pateo ahí donde no te entra la luz de aquí hasta la próxima estrella.

—Y yo te corto las...

Sonó la alarma temporal, Seshat vio rápidamente al frente y esquivó un pedrusco montañoso de aspecto romo que se les venía encima.

—Además —repuso, volviéndose para ver el rostro del vampiro—, todo esto es culpa tuya. No has arreglado el piloto automático.

—Si el piloto automático no está arreglado es porque no tenemos el instrumento para hacerlo. Yo diagnosticué y di el parte, así que básicamente hice mi trabajo.

La autopista espacial, con uno que otro esteroide a un costado que venía rodando como por una pendiente, se veía en todo su esplendor a través de un gigantesco cristal que reflejaba la infinidad del cosmos delante de ellos, donde la elfa y su acompañante (este último con las piernas extendidas sobre el tablero) charlaban.

—Bueno, pero eso no quita que seas el ingeniero más mongo de la galaxia. Y eso es mucho decir considerando al cerdo parlante que vimos el domingo pasado.

—Nena...

Cuando Bastet pronunciaba la palabra *nena* seguida por unos puntitos suspensivos que tan bien sabía expresar, con su mano haciendo círculos en el aire y sus expresiones pulcras y teatrales en acción, la chica sabía que se venía un discurso de esos que la haría querer ponerse las manos en la cabeza y gritar.

—Yo estaba reparando artefactos muchos, pero muchos años antes que tú y cualquiera en esta nave fuera siquiera un proyecto en el libro de audiciones del universo. Yo soy lo más viejo que está viajando aquí a doscientos setenta y siete mil kilómetros por segundo, y lo digo literalmente pues tengo más años que la nave. Y cuando pases el cinturón de asteroides (con suerte sin abollar el casco de la nave o hacer algo malo, cosa que no creo, viendo que eres una cucaracha amarilla fastidiosa, molesta y estúpida) y entres a la velocidad de la luz, y de la velocidad de la luz tomes Impulso 1 y vayamos a un millón cuarenta mil km/s, seguiré siendo por mucho lo más antiguo que veas a tu alrededor, exceptuando las estrellas y los planetas. Así que deberías respetarme, pero como no puedes ni aunque lo intentes, entonces mejor shhh.

—Shhhh tú.

—Shhhh...

—Sshhhhhh.

—¡¡Shhhhhhh!!

—¡¡Shhhhhhh!!

No bien se escuchó el sonido de aire comprimido, un hombre calvo, alto y delgado apareció en la puerta y los mandó callar, sin dejar de ver un periódico holográfico cuyas imágenes se movían tan pronto él les ponía la vista encima. Sus ojos estaban celosamente guardados tras unos anteojos

redondos y negros.

Seshat le mostró el puño en gesto de hostilidad, viendo seriamente al vampiro, mientras que este giraba los ojos y veía otra vez hacia delante, haciendo como si se limpiara la frente de saliva.

El calvo cruzó la plataforma alargada que estaba sobre ambos y se sentó en la silla más alta, la de comando.

—¿Todavía no hemos pasado el cinturón?

—No.

El tipo se rascó la barbilla, dudoso.

—Se debe a un planeta anillado que explotó. El núcleo colapsó y el contenido de los anillos se desperdigó por todo el camino. Me temo que tendremos desechos por delante unos treinta minutos más —repuso, con voz cansada.

—¿Revisaste si los radares indican radiación?

Esta vez fue el vampiro quien contestó.

—No la indican. El planeta estaba impoluto, Meinkherdt.

—Pues más vale que así sea —repuso, con severa voz—. El droide médico está trabajando al 40%, y si bien todavía nos va a proteger de los efectos inmediatos de cualquier porquería flotante que atravesemos, no será así con los efectos secundarios de la radiación, ¿y ustedes saben cuáles son los efectos secundarios, no?

Los jóvenes se quedaron callados y quietos, viendo el universo.

—Diarrea. Significa diarrea. Absoluta, descomunal e indetenible. Y si tú, Seshat, vuelves a ser responsable de algo así, voy a desconectar el robot de limpieza, voy a encontrarle uso a esa energía extra, y vas a hacer tú las labores de aseo. Me voy a ir y, cuando vuelva en dos horas, no los quiero ver peleando.

El ruidito de aire comprimido volvió a escucharse.

Hubo un minuto de silencio.

—Me debes una.

—Gracias —contestó Seshat, suspirando.

• • •

Neftis se hallaba sentada frente a una mesa circular. En medio había una cúpula negra que sobresalía y, en ella, se mostraban cantidad de estrellas y sistemas planetarios que se alejaban o alargaban conforme su mano iba y

venía. A un costado, una pantalla virtual mostraba cómo la esfera recogía información en ese sector del universo y la incorporaba a un enorme mapa espacial.

La puerta anunció el pitido que ya era característico de la presencia del hombre calvo, que se sentó del otro lado de la mesa. A través de sus anteojos negros se veía el reflejo de las estrellas alargadas en la esfera.

—¿Cuánta memoria le queda?

—La suficiente —informó la elfa—. Esta última ruta es ideal para completar el círculo y cerrar el programa. Lo podemos vender a un excelente precio no bien lleguemos a casa. Tenemos dos clientes pujando.

—¿Gente que cree que ver los planetas y las estrellas sentados en una sala de realidad virtual es lo mismo que hacerlo en persona?

—Reconozco que la raza élfica ha perdido un poco ese instinto explorador, Meinkherdt, pero debes reconocer que es una tecnología maravillosa, y la tecnología te acerca a ser un dios... sobre todo cuando tienes más dinero que otros.

—La eterna disputa.

—Y una de nuestras mejores fuentes de ingreso. ¿Cuánto hielo recogimos de aquel planeta azul, por cierto?

—Seis contenedores. Me parece increíble que también nos paguen por eso.

—Te parece increíble porque no tienes instinto comercial —repuso Neftis, sonriendo—. Te apuesto a que más de uno va a fabricar un vino costoso con eso.

—Eso claro si no tenemos la cortesía de informarle al pobre infeliz que lo que está comprando es simple agua congelada al precio de un elixir.

—Hey, nos haces quedar mal. Además, la cuestión no es que sea agua, la cuestión es que el tipo tendrá el placer de beberse un vaso o lavarse la cara con un pedacito de planeta desconocido.

—Imagínate...

Neftis levantó la mirada para sonreírle de nuevo, pero no bien volvió a mirar abajo, como una hechicera que con ambas manos alrededor de una esfera, puso cara de horror. Su hermoso y joven rostro élfico se transformó en una mala nota musical.

—¡Demonios!

Apagó inmediatamente la esfera.

—¡Oh, cielos! ¡Cielos! —gimió.

—¿Qué sucedió?

—Hemos cambiado de rumbo, ¡el mapa ha quedado arruinado! Sistema, enlace con puente.

—Enlazando con puente —dijo la voz suave y electrónica que emergía de las paredes.

—Seshat, ¿por qué has cambiado de rumbo?

—Lo siento, Neftis, pero lo ha ordenado el shah.

—¿El shah? ¿No estaba durmiendo?

—Ha despertado y lo primero que ha hecho es enviarme un mensaje diciéndome que me abriera camino hacia un sistema solar que pasamos hace dos días, y no solo eso, despídete también de la comida caliente...

—¿Por qué?

Esta vez fue Bastet, el vampiro, quien le contestó con una voz malhumorada:

—Nos ha ordenado que abriésemos un agujero de gusanos para llegar hasta allá. Eso va a chupar una cantidad enorme de energía.

Meinkherdt y Neftis se miraron.

Se escuchó un leve y agradable zumbido, que era la forma en que la computadora omnisciente informaba que la comunicación entre la sala y el oyente se había cruzado. La voz modulada y elegante del shah se dejó oír.

—Hay reunión en el comedor en tres minutos. Estén todos ahí.

• • •

Seshat se hallaba sentada como un vaquero, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla, descansando su barbilla sobre los dedos, mientras que Bastet tenía las piernas cruzadas encima de la mesa y los brazos tras la cabeza.

Neftis se hallaba en una posición formal, con los dedos ansiosamente entrelazados, y Meinkherdt estaba viendo pasar el universo a través de la ventana.

Se dio media vuelta cuando la puerta se abrió y apareció el shah. Seis ojos se posaron sobre él.

Antes de decir nada o de excusarse por su apariencia (llevaba un pantalón y el torso desnudo, lo que daba la correcta impresión de que acababa de saltar fuera de la cama), se detuvo y miró a su tripulación. Hizo un gesto de disculpas, sabiendo que no sería fácil explicarles la situación. Ni siquiera a

Seshat, que a veces podía ser tan loca como salvaje, y mucho menos a Bastet, que a pesar de tener la suerte de haber sido convertido joven, seguía teniendo uno que otro siglo de experiencia más que su propio capitán.

Más allá de eso, sería imposible medir las reacciones que tendrían Neftis y, sobre todo, Meinkherdt. Pero lo averiguaría pronto.

Se rascó primero un hombro y apartó un poco la mata de cabello dorado que caía sobre su frente.

—Vamos a visitar un planeta.

No hubo respuesta.

—Sé que estábamos de regreso a casa pero esto es importante.

—¿Qué hay en ese planeta?

—Está habitado —contestó, pausadamente.

Todos se vieron entre sí.

—Bien, está habitado —repuso Neftis—. Por lo que sé, fuera de nuestro sistema solar hay otros tres mundos habitados que conocemos y con los que hemos establecido contacto. ¿Acaso este es uno nuevo? Y de ser así: ¿cómo es posible que vayamos nosotros? Hay todo un protocolo que no podemos pasar por encima...

—En este caso tenemos que ignorar los protocolos, de hecho, y lo siento mucho Bastet, pero me he tomado la libertad de apagar la bitácora de la nave.

Esta vez el silencio fue mortuario.

—Es un planeta con tecnología... primitiva. Ochocientos u ochocientos cincuenta años por debajo de nosotros, tal vez más...

El revuelo que hubo fue similar al que se produce en las grandes cortes.

—¿Qué? ¿¿Qué?? Pero, pero... ¿qué? Eso es... ¡imposible!

Meinkherdt puso una mano en el hombro de Neftis, intentando calmarla.

—Hathor, tú eres mi amigo, y un buen shah, y por ello doy por descontado que jamás harías algo estúpido. Confío en ti con mi vida, pero exijo que me digas qué te traes entre manos.

Hathor se rascó la cabeza y luego se puso una mano sobre la boca, contrariado.

—Gracias —se limitó a decirle.

El silencio cundió nuevamente, todos lo miraban ansiosos.

—Es largo de explicar y no pretendo hacer contacto con nadie. Será muy fácil esquivar sus radares. Simplemente, necesito ver algo.

—¿Qué necesitas ver?

—Necesito ver qué está pasando en ese mundo.

Seshat irguió sus puntiagudas orejas y se miró con Bastet.

—Pero Hathor, ¿a qué viene esto? —preguntó—. Si es por desafiar a la autoridad está descontado que cuentas conmigo, en eso y en cualquier cosa, pero lo que vamos a hacer es muy, muy gordo, está en las páginas más rojas y más antiguas del libro de cosas prohibidas por el convenio de la Hermandad Federal de Planetas, ignorar eso es...

—Uno diría que no tiene diferencia con ser un terrorista —completó Bastet.

Hathor asintió y se rascó suavemente la barbilla, pensativo.

—El gran plan es que no nos descubran y, haciéndolo bien, saben ustedes de sobra que no lo harán. Todos los que puedan manejar una nave y que salgan del sistema solar tienen la sensatez de cumplir esa ley y las autoridades lo saben..

El ceño de Neftis se frunció el triple de lo que ya estaba, Meinkherdt cruzó los brazos.

—Pero si algo llegara a pasar, la orden y la decisión fueron mías. Y asumo total responsabilidad por ello —declaró, firme—. Será como todas las cosas peligrosas que hemos hecho juntos. No cambia nada.

—No hace falta que digas eso...

—Lo digo igual. La responsabilidad será mía.

—Pero queremos saber por qué vamos a hacer esto —interpeló Neftis.

—Tengo un amigo ahí.

Todo el mundo reaccionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Un qué?

El shah de la nave meneó la cabeza, lamentándose.

—Sabía que esto sería un problema. Es alguien con quien me he estado comunicando telepáticamente.

Neftis lo miró pasmada.

—Él también tiene poderes telepáticos —la tranquilizó—. No te creas que un buen día irrumpí en una mente extraterrestre. Es un caso extraordinario para su raza y único en todos los mundos que he visto hasta ahora.

—¿Y qué sucede con esta criatura?

—Emitió un llamado de ayuda. Y antes de que saquen una conclusión, les informo que confío plenamente en él. El chico no lo hubiera hecho aun si su propia vida corriera peligro, puedo poner las manos en el fuego por él. Y aunque es joven, entiende bien el significado de esto. Lo puedo escuchar, incluso ahora. Simplemente quiero saber qué está ocurriendo en su mundo.

Hubo un instante de silencio.

Bastet bajó las piernas de la mesa y se sacudió las manos.

—¿Las coordenadas están en la computadora, capi?

—Solo escribe «Yóvedi». Aparecerá al instante.

—¿Debo abrir el agujero de gusanos ahora mismo?

—Ahora mismo. Gracias, Bastet.

• • •

La nave espacial Sobek-Set describió un complejo ángulo en forma de arco, sus enormes turbinas resplandecieron hasta hacerse blancas y se fue en barrena hasta desaparecer en un haz de luz.

Hathor se hallaba sentado en la silla de comando, mientras que el resto se encargaba de monitorear la información. Seshat miraba el túnel espectral e infinito tras el cristal. Bastet vigilaba de cerca la computadora, leyendo complejos datos y vigilando de cerca el punto de acceso más cercano al planeta.

—Estamos llegando, ajusten sus cinturones. La extracción del agujero de gusanos será algo brusca.

Todos alargaron las correas plateadas a los lados de sus asientos, los «clac» metálicos se escucharon uno tras otro.

—Ahora.

La nave dio un tirón, la melena de Hathor se agitó suavemente y las luces alrededor de la sala parpadearon.

El túnel se desintegró y, como si emergieran desde un nubarrón, el paisaje majestuoso del universo, perlado de estrellas, se hizo visible.



Ahí estaba, muy cerca. Un planeta morado, cubierto de nubes.

Neftis observó a Hathor, que no dejaba de ver hacia adelante con una expresión de piedra y las orejas puntiagudas atentas. Bastet se dio media vuelta en su silla giratoria y miró hacia arriba, al puesto de su shah.

—Yóvedi —anunció.

Seshat bajó cuatro palanquitas frente a su tablero y presionó hábilmente una compleja secuencia de botones.

—Escanea su superficie —ordenó Meinkherdt, poniéndose de pie, con las manos tras la espalda.

Neftis se puso manos a la obra, los datos no tardaron en aparecer en la pared holográfica que tenía al frente.

—Han superado la edad industrial, se encuentran en etapa posnuclear. Tienen una sociedad avanzada. Pero a nivel espacial han logrado poco más que visitar su satélite y lanzar sondas. Existen ocho mil millones de habitantes.

El planeta ahora se veía considerablemente más grande a través del vitral. Hathor no decía ni una sola palabra, pero su expresión se hizo más oscura y hosca a medida que la cara de Neftis se transformaba en una expresión de horror, al leer la nueva información que salía a través de las pantallas.

—Dios mío.

En ese momento se disparó una alarma escandalosa y varias luces rojas se encendieron en el techo. Bastet y Seshat empezaron a manipular instrumentos

sobre sus tableros con una velocidad mucho mayor que antes.

—¿Qué sucede? —exclamó Meinkherdt.

—Nos han detectado.

—¿Cómo dices?

Neftis se puso de pie y se aproximó a la silla de Hathor.

—Eso es imposible, ¡esta gente no podría desentrañar el sistema de camuflaje de la Sobek-Set así nos estacionáramos encima de sus cabezas!

—No han sido ellos, ha... Ha sido otra cosa.

Hathor cerró los ojos, pensativo.

—Alto total —exclamó.

—Alto total —repitió Seshat, bajando el manubrio y tomando control de la nave ella misma.

Cuando Bastet se puso de pie y arqueó la cabeza, supo instintivamente que Hathor había hecho el mismo descubrimiento antes que él.

—¿Lo ve, capi?

—¿Qué cosa? —preguntó Seshat, asustada.

Y entonces el vampiro lo señaló con el dedo.

—Mira el polo norte del planeta.

La elfa entonces lo vio, claramente.

Un aro fantasmal, con una luz helada, profunda y pulsante, llena de ecos y sombras, como una rasgadura en la piel del universo, flotaba sobre el mundo.

—Sin dudas... Esa cosa no es producto de ellos.

—Bastet, actualízame sobre la alarma.

—Sí, capi —contestó el vampiro, viendo el radar—. La Sobek-Set sencillamente nos ha dicho que hemos sido detectados, pero nada más. Como es fácil suponer, la señal vino de ese anillo espacial.

—¿Estamos siendo revisados?

—No. La computadora no dice que nos estén mirando. Nos ignoran, pero saben que estamos aquí.

Hathor miró a Meinkherdt. Gracias a un delicado nexo telepático, no necesitó mirar a otro lado para saber lo que su shah esperaba de él.

—Tiene sus riesgos —empezó a decir—. Pero no podemos hacer nada hasta que no lo veamos de cerca.

Dicho esto, el hombre observó a Neftis.

—Pásale el escáner para que nos diga qué es.

Neftis se opuso rotundamente.

—Solo hazlo. Dudo que lo tomen como un acto hostil.

La elfa se dio media vuelta y, tras un tecleo rápido, puso a trabajar los complejos sistemas de la Sobek-Set.

Sus orejas se levantaron y su sorpresa fue mayúscula cuando, en lugar de la acostumbrada pared de datos, emergió un párrafo de escaso contenido. Sacudió la cabeza, incrédula. Se dispuso a repetir la operación. Tecleó una nueva secuencia y fijó varios parámetros de refuerzo.

El escaso volumen de información que la nave ofrecía fue idéntico al de antes. Reapareció como si estuviera echándole en cara que no podía esperar más de ella.

—Hathor...

Todo el mundo la miraba.

—La computadora dice que no es capaz de leer información alguna sobre ese objeto espacial.

Meinkherdt había aprendido a ser un maestro de la diplomacia entre los elfos, pero la sorpresa lo enfrentó a Neftis.

—¿Estás segura de que lo has hecho bien?

Se aproximó a su puesto y repitió exactamente la misma maniobra que ella.

Hathor era el único que no demostraba estar asombrado.

—Maldita sea, Hathor.

—Dime.

—Es como si la computadora no pudiera hacer su trabajo. No es capaz de hacerse un juicio sobre qué está viendo ni consigue encontrar similitudes entre esa fortaleza espacial y algo de lo que hay en su banco de datos.

—Pero... ¿Cuántos datos existen en la computadora? —cuestionó Seshat—. ¿Tan grande es como para que resulte tan sorprendente que no nos diga nada?

—Contiene información de ciento ochenta mil mundos distintos. Y no logra compararlo con ninguno. Esta computadora cubre la información de toda la galaxia.

Bastet se cruzó de brazos y miró a Meinkherdt, serio.

—Eso quiere decir que esa nave viene de lejos... De REALMENTE lejos.

—Y hay algo más...

—¿Qué es?

—Su interior.

—¿Qué hay con ello?

Meinkherdt miró nuevamente la pantalla, para corroborar que lo que había

leído era cierto.

—Dentro hay nueve millones de seres vivos.

—¿Tripulantes?

—No, están en estado de suspensión y son nativos del planeta.

Hubo un silencio repentino y la atención de todos se centró en los rostros de Hathor y Meinkherdt.

—Dios mío... Están siendo víctimas de una invasión.

—Y si no es una invasión, entonces es algo muy parecido.

—Meinkherdt, ¿estás seguro de que la computadora no es capaz de establecer la procedencia de esa nave?

—Completamente seguro, Seshat.

—Sea lo que sea —repuso Bastet, acariciándose el mentón—, no me cabe duda de que no son de «por aquí». Nunca dicho en términos tan precisos.

Hathor se puso de pie.

—Seshat, acércate.

—Aye.

La elfa colocó una mano sobre cada palanca y las empujó hacia adelante. La Sobek-Set entró en movimiento, las estrellas empezaron a moverse encima de ellos.

Podían ver los continentes y la inmensidad de Yóvedi. Sin embargo, tan pronto las válvulas de luces rojas empezaron a girar, la alarma se activó nuevamente y Seshat detuvo el avance en seco. Por un costado del ventanal emergió un cuadro holográfico con unas letras que no tardaron en tomar forma:

DECLARE SUS INTENCIONES.

Hathor se puso de pie.

—Deseo hablar con su líder.

EN ESTOS MOMENTOS ESTÁ OCUPADO.

—¿Quién eres tú? ¿Con quién estoy hablando?

YO SOY LA NAVE.

—¿Me puede informar de sus actividades en este planeta? ¿Qué han

venido a hacer aquí?

LO SIENTO. NO PUEDO AUTORIZAR ESA INFORMACIÓN.

—Queremos explorar.

Esta vez la respuesta tardó bastante en llegar.

Neftis observaba con temor, sus brillantes ojos violeta se movían rápidamente. Colocó una mano sobre el hombro de Meinkherdt. Este asintió, confirmando que estaba pensando lo mismo...

—¿Y bien? —insistió Hathor, con voz más firme.

**PROCEDAN. PERO NO INTERRUMPAN SU TRABAJO O
HABRÁ PROBLEMAS.**

NO INTERRUMPAN SU TRABAJO.

—Bastet.

Bastet miró a Hathor, nervioso.

—Cierra todas las vías de comunicación ahora mismo. No quiero que nos vean.

—Sí, capi.

El vampiro acercó su boca al holograma:

—Código 33. La Sobek-Set se convirtió en una fortaleza. Los radares se ocultaron, los canales de comunicación murieron al instante y el vitral panorámico se volvió completamente negro.

Aislados del universo, todos se miraron.

—¿Tú sabías que nos íbamos a encontrar con esto, Hathor?

—Tenía una vaga idea —contestó—. ¿Meinkherdt? ¿Tienes algo que decir?

—Te tengo una buena noticia y una noticia terrible.

Hathor suspiró.

—Dame la buena.

—La buena es que en ningún momento se nos ha prohibido mirar. Me pareció increíble, sin embargo, que después de hablar perfectamente en nuestra lengua (y no entiendo cómo ha hecho para procesarla tan rápido si es la primera vez que hacemos contacto; sé que no se te escapó ese detalle) se

viera en la necesidad de recalcarlos sus palabras: no interrumpamos. Y lo que me preocupa más aún, no interrumpamos «su» trabajo. Sentí algo que no me gustó...

—¿Qué?

—Sentí miedo en el mensaje, Hathor. Sé que suena ilógico viniendo de una computadora, pero supongo que un sistema ultracomplejo puede emular el sentimiento de temor de un ser vivo. Esa nave «sintió» temor cuando se refirió a «él».

Hathor asintió, y se cruzó de brazos.

—Ahora la noticia horrible.

—Tú eres mi amigo...

El elfo lo miró con una expresión divertida. Meinkherdt meneó la cabeza.

—Tú eres mi amigo, no la criatura que está dentro de ese planeta. Mis intereses velan por ti, no por él. Por ello, quiero pedirte que des media vuelta y te olvides de esto.

—¿Por qué?

—Porque su tecnología es más avanzada que la nuestra.

LA SOBEK-SET SOBREVUELA YÓVEDI

Neftis meneaba la cabeza constantemente, no podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero no era capaz de darse media vuelta y enfrentar a Hathor, porque aquel no era el mejor momento. Revisaba una serie de parámetros en la pantalla, mientras la nave temblaba, envuelta en una bola de fuego por su paso a través de la atmósfera.

Bastet miraba al frente, serio. Su cara pálida reflejaba el rojo amarillento que fulguraba allá afuera. Su piel se tornó luego azul al cruzar la nave la mesósfera y entrar en la estratósfera, desde donde podía verse el brillo del mar y el enorme terruño continental.

Seshat tenía los dos brazos extendidos aferrando el volante en forma de U. Miraba al frente fijamente, con ojos grandes, mordiéndose el labio inferior.

Una vez que lo único que golpeaba el casco de la Sobek-Set era una barrera de viento, cuyo gemido se podía escuchar incluso ahí dentro, la elfa se reclinó hacia atrás e intentó enderezar la nave.

—Es hermoso.

Las nubes se disiparon y el verdor brillante de los trópicos resplandeció.

—Pero algo me dice que sus habitantes van a estar fritos en pocos días —repuso su compañero, con desgano.

Hathor giró la cabeza hacia Neftis.

—¿Qué te indican los censores? ¿La nave del extraterrestre nos sigue viendo?

—Cada paso que damos.

—Tranquila, no esperaba menos. Sigamos adelante. ¿Meinkherdt?

—Sí, sí —dijo el hombre, sacando la vista de un monitor que mostraba gráficos con rayas—. Seshat, te estoy dando las coordenadas. Existe un lugar que seguramente nos interesará visitar. Hay acción ahora mismo.

—¿No sería prudente que levantáramos el escudo de invisibilidad?

—¿Para qué gastar energía en eso? —contestó a la elfa, meneando la

cabeza y agarrándose de los apoyabrazos de su asiento por la turbulencia—. Los habitantes ya deben estar acostumbrados a ver cosas raras. Una más o una menos no hará mucha diferencia.

—Meinkherdt.

—¿Sí, Bastet?

—Mira la secuencia de contaminación que acabo de mandar a tu pantalla, ¿lo has visto tú también, Hathor?

A Hathor no le había enviado absolutamente nada, pero el vampiro sabía de sobra que su shah no lo necesitaba.

—No, no lo he visto —contestó, sin quitar la mirada del frente—, pero lo supongo.

—¿Ya han arrojado bombas atómicas? —exclamó Seshat, leyendo los gráficos en la pantalla de su compañero, como una alumna copiándose en el examen— No había escuchado de ellas desde...

La elfa cerró la boca, como si se hubiese tragado un veneno.

Giró un poco la cabeza para ver a Meinkherdt, atemorizada.

El hombre simplemente se limitaba a mirar su monitor, mientras que el shah hacía de cuenta que no había escuchado nada.

—Lanzaron bombas atómicas —repuso Bastet, dedicándole una mirada seca—, y vaya fiasco que se habrán llevado.

Hathor asintió.

—Si una de esas no haría daño a la Sobek-Set, imagínate a estos tipos. Deben estar desesperados.

Todo lo que se veía a través del vidrio con forma de domo era un horizonte delineado a través de una raya difusa y brillante. La nave pasaba ahora por el polo sur del planeta; los picos montañosos y la nieve se veían al fondo.

—Meinkherdt, ¿dónde está ese sitio del que nos hablaste hace rato?

—Del otro lado del globo, Hathor.

—Seshat, ¿en cuánto tiempo llegaremos?

—Al otro lado del planeta en diez minutos, shah.

—No —repuso, meneando la cabeza—. Enciende los propulsores, quiero estar ahí ahora mismo.

—Sí.

Las turbinas fulguraron y acto seguido, la Sobek-Set desapareció.

• • •

La nave se materializó en su destino y poco a poco la estela blanca de oxígeno quemado apareció tras ella.

—¿Escuchan eso?

—¡Disparos!

Los potentes aviones de guerra volaron como saetas a seis veces la velocidad del sonido debajo de la Sobek-Set. Un batallón se dirigió hacia lo que parecía ser, a lo lejos, la silueta solitaria de la ciudad de Solares.

Se veía un montón de naves de combate plateadas sobrevolar en círculos alrededor de una ciudadela futurista, que sobresalía como un domo gigante y caótico sobre Solares. Las ametralladoras yovedianas disparaban inacabables tornados de proyectiles, que golpeaban el casco de los cubos obreros de Pumo y las enormes maquinarias sin hacerles ningún daño. Los proyectiles que caían en tierra dejaban agujeros enormes con un aro que parecía roca fundida alrededor. Un avión cayó envuelto en una esfera de humo, producto de una bala que rebotó contra la materia espectral.

—Parece que la caballería lo está intentando una vez más —se mofó Bastet, mirando por el vidrio.

—Qué otra cosa podrían hacer.

Los remolinos de balas desaparecían sobre la edificación creciente. Una descarga rebotó de vuelta al cielo. Otra le abrió un hueco enorme a un cubo obrero. El gel viviente y pálido, como hecho de un fantasma, se volvió a cerrar en el acto.

—¿Están notándolo, no? El invasor no usa un escudo de fuerza. Está parando las balas con el pecho, básicamente.

—Eso es algo nuevo —gruñó el vampiro—. Y, sin dudas, más malas noticias.

Neftis se había permitido abandonar su puesto para ver a través de una ventanilla cercana.

—Una cosa es que esta gente esté atrasada respecto de nosotros «no-sé-cuántos» siglos, pero otra es que estén usando balas del tamaño de mi brazo y que el enemigo las pueda tolerar así como así.

—Neftis —llamó Bastet—, ¿estás segura de que la Sobek-Set no logró comparar al invasor con alguna raza extraterrestre particular en el banco de datos?

—Segura —aseveró—. El banco de datos desconoce totalmente su origen.

Hubo un silencio precario, que solo se atenuaba con la violenta metralla que se oía desde afuera.

La elfa no pudo resistir más:

—Hathor... ¿Tú sabes quién es?

El shah no dejaba de mirar al frente. Al ras de la cúpula podía verse la superficie curva del domo que se levantaba desde abajo y crecía lentamente aun con la embestida aérea. Los aviones de combate empezaban a contraatacar con misiles.

—Lo sé a fuerza de no tener idea de nada.

Cada vez que Hathor hablaba así, a Neftis le recordaba al padre del elfo.

—Quiero decir que lo siento muy fuera del universo. Lo siento ajeno a todo lo que existe. Lo suficiente como para darle la razón a Bastet; no es de por aquí.

—¿No «es»?

Hathor salió como de un trance y miró a la elfa.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá es un detalle tonto pero si lo traigo a colación es porque tú, de entre todas las personas, no te vas por las ramas. Dijiste «no es» de por aquí, como si el invasor fuera uno y no una especie entera.

—Pero la misma nave nos lo confirmó, ¿no es así?

—Es diferente —aclaró Meinkherdt—, podríamos especular que nos hablaron únicamente de un líder. Por lo demás, nunca esperé sentirme igual de confundido al ver esa... «cosa» que construye allá abajo. Esperé encontrarme con un abusador espacial al que podríamos darle una patada en el trasero. Por ello, Hathor, me permito hacerte la misma pregunta que Neftis: ¿qué sabes?

—Sé que es uno.

Hubo silencio.

—¿Te refieres a que es un individuo que un día se subió a una nave espacial y vino él solito a invadir un planeta?

—Sí.

La nave se echó un sacudón que hizo que todos se agarraran con fuerza de las esquinas; una que otra grosería en idioma distinto salió disparada al aire.

—¿Qué ha sucedido?

—Lanzaron una bomba realmente grande —gruñó Seshat—. Los jet de combate se retiran.

—¿Cuál es el estatus de la edificación enemiga?

—Creciendo sin problemas. El fuego y el humo ya se están despejando.

—No tiene ningún caso quedarnos aquí... Seshat, te he pasado nuevas

coordinadas.

—Aye, Shah.

Hathor se puso de pie y miró a Neftis.

—Lo siento.

—Lo vas a hacer en verdad, ¿no es así?

—Cuando lleguemos a casa haré todo lo necesario para asegurarme de que no los involucren.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Puedo decir que los obligué, que fue a la fuerza, y eso sería fácil de creer.

—No lo preguntaba por eso, lo preguntaba por el después, ¿es este el fin?

Bastet giró su silla. Seshat lamentó inmensamente no poder hacer lo mismo mientras maniobraba la nave.

—Ella tiene razón, Hathor. Es como si de una hora para otra te lo estuvieras jugando todo. Los viajes, las exploraciones, las conquistas de planetas baldíos, las fiestas y a nosotros. Si haces esto, el tribunal no te dejará abordar una nave nunca más.

Hathor meneó la cabeza, cansado.

—No quiero dar explicaciones. Sé que esto les parece mal, pero estoy haciendo lo mismo que haría por cualquiera de ustedes. Ahora no necesito tener al Tribunal de la Hermandad en mi cabeza. Necesito retirarme un rato. Nuestra introducción ante esta gente no será fácil.

Hubo un silencio sepulcral.

—Seshat —llamó Hathor, antes de cruzar la puerta.

—¿Shah?

—Cuando llegues, busca el terreno más cercano y aterriza la nave.

ENCUENTRO EN EL PÁRAMO

La Sobek-Set cruzaba una enorme meseta. En la falda se extendía una inmensa planicie verde, enmarañada con ríos que brillaban bajo el sol, y un arco de cumbres que sobrepasaban las nubes y desde las que caían cascadas. Más allá de las cumbres, encasquetado en una montaña, colgaba el gran palacio del shogun, con sus columnas, torres y escalinatas. Luego, se abría un gran paisaje verde y pálido, y por allá, apenas visible, un caserío de tiendas de campaña muy altas, de colores y franjas variadas, rodeada de carrozas empujadas por caballos enormes y peludos, cuyas crines cubrían sus ojos. Por ahí se podía ver una colina empinada, mientras la nave espacial cruzaba encima y describía un arco en el cielo. Hathor supo que aquel lugar era el sitio desde donde Varuuna lo había estado llamando.

De la Sobek-Set emergieron unas patas. La nave aterrizó suavemente sobre el pasto. Vista desde lejos, parecía un animal alado.

Seshat quitó las manos de los manubrios, suspiró y miró hacia atrás.

—Aquí estamos. Que Dios nos ayude cuando lleguemos al sistema solar.

Neftis se ajustó los anteojos y se levantó apresurada.

—Hathor, la gente va a estar aterrada, pueden que confundan esta nave con la del invasor y...

—No sucederá —la tranquilizó—. Bastet, adelántate y abre la escotilla. Los demás prepárense para salir. Quiero que nos vean a todos.

Lo único que faltó eran signos de interrogación sobre sus cabezas.

—Tengo que hablar con mi amigo. Y sé que sabrá quién soy yo tan pronto me vea. Pero ustedes vendrán para que los demás sepan que esto es un equipo, que somos una tripulación y que, hasta cierto punto, somos como ellos.

—Bien. ¿Hace frío afuera?

—Algo —contestó el vampiro, viendo el medidor en la pantalla—, pero no es nada comparado con una noche en el Jumbo Jumbo. Vas a estar bien,

tonta.

Las luces alrededor de la cabina se fueron apagando en secciones.

Meinkherdt descolgó un auricular de la pared y presionó una secuencia en una serie de botones holográficos.

—Lo ideal sería dejar los nanochips recogiendo más información antes de instalárnoslos —repuso, insatisfecho—. De todos modos van a seguir haciendo el trabajo de recolección de datos aun después de colocados. Comenzarán a entender lo que los yovedianos digan poco a poco y, a su vez, ellos nos van a escuchar en su propio idioma.

Seshat se puso de perfil. Meinkherdt levantó lo que parecía un lector de códigos de barra y la acarició en la sien con él.

—Lista.

Lo mismo hizo con el resto y, finalmente, consigo mismo.

—En cuanto a ti, Bastet, esto va a tardar mucho más que los chips, pero tu decisión es tu decisión, toma.

Le alargó una pulsera plomiza. El vampiro se la colocó en la muñeca y la pulsera se cerró como una trampa.

—Prefiero el viejo método antes que ponerme un chip inteligente. Eso es casi como dejar que te metan a un enano en la cabeza. No, gracias...

—No te preocupes —repuso Seshat—. Me entretendré hablándoles de ti mientras esa porquería del medioevo se tarda horas en hacerte hablar como ellos.

Caminaron por la rampa posterior a la cabina entre una maraña de cables, garrafas con combustibles extraños en las paredes y luces que corrían en el suelo como animales diminutos. Neftis interrumpió una conversación entre Hathor y Meinkherdt para preguntarle a este último si ya sabía cómo hacer para borrar el grabador de eventos de la caja negra de la Sobek-Set y eliminar así las pruebas que los comprometían en uno de los mayores delitos tipificados por la Hermandad de Planetas.

El ascensor automático los llevó a la planta baja y, desde ahí, solo tuvieron que caminar pocos metros en la oscuridad, sintiéndose cercanos unos a otros.

La voz de Hathor hizo la pregunta final:

—¿Preparados?

—Sí.

El elfo presionó un enorme botón en la pared. Sistemas de luces doradas comenzaron a dar vueltas, un vapor caliente los envolvió y varias explosiones de aire comprimido se hicieron notar aquí y allá, a la vez que la compuerta

trasera de la nave espacial empezaba a abrirse, lentamente, como una pala mecánica, descubriéndolos poco a poco. No tardaron en ver que, en pleno páramo, había dos figuras de pie, mirándolos.

Las túnicas del anciano dragón se movían con el viento. Estaba erguido, con las manos juntas sobre el abdomen. La tranquilidad en su mirada resultaba impresionante.

Bermion, a su lado, veía a los tripulantes que bajaban por la rampa como un niño que contempla fuegos artificiales por primera vez.

Hathor iba al frente y los demás formaban un triángulo tras él.

Se detuvieron a pocos metros unos de otros y hubo un tenso silencio.

El patriarca, que era el más alto de todos, se inclinó lentamente. Hathor no tardó en hacer exactamente lo mismo.

El dragón giró entonces su brazo hacia las tiendas de campaña allá a lo lejos, cuyos banderines se agitaban al viento. Luego se puso en marcha. El mensaje estaba claro.

Mientras caminaban en esa dirección, Bermion vio la cara del dragón. Detrás, la tripulación de la Sobek-Set se limitaba a seguirlos en silencio, pero Seshat y Bastet también intercambiaban miradas a menudo. No era difícil saber lo que estaban pensando.

Los demás shogunes y sus comitivas estaban afuera, mirando atentamente a los visitantes. Los sirvientes se hallaban estupefactos, con sus colas inmóviles, distribuyendo las miradas entre ellos y la impresionante nave espacial que parecía un animal agazapado.

El patriarca finalmente los condujo a la carpa más grande de todas: la que estaba al final del camino. Retiró un pliegue y, con el otro brazo, los invitó a pasar adentro.

Hathor se dio media vuelta.

—Espérenme aquí.

Seshat no pudo evitar hacer una pregunta nerviosa.

—¿A dónde te está llevando, Hathor?

—A ver a Varuuna.

Dicho esto, el elfo giró y entró.

Los demás (con la excepción de Meinkherdt) se quedaron con rostros confusos y dolidos.

—Creí que ese señor era EL amigo de Hathor —murmuró Bastet.

—Yo también.

Neftis puso una mano sobre el hombro de Meinkherdt. Su capacidad para

entender al elfo era a veces limitada, y eso la frustraba y la hería en el alma.

Hathor era un misterio para ella. Sin embargo, a esta altura había tenido que aceptarlo, pero eso no quería decir que no hiciera ciertos esfuerzos para llegar más allá.

Es por ello que recurría a Meinkherdt quien, de todos, era el que (junto a ese extraño ser llamado Varuuna) formaba parte del reducido club que, acaso por su condición de telepatía, podía entender mejor a Hathor.

—Tranquila —dijo, sereno—. Ellos están tan confundidos como tú, pero el que parece ser el jefe sabe quiénes somos, o tiene una idea aproximada. Me parece, Neftis, que nos han estado esperando. Varuuna ha llamado a Hathor y Hathor le ha respondido.

—¿Él también es telépata?

Meinkherdt observó al patriarca, que desapareció tras la tienda, junto con Hathor.

—Lo es —contestó—, pero Varuuna es mucho más fuerte.

—¿Más que tú? —preguntó, visiblemente afectada.

—No. Sin embargo, quisiera verlo más de cerca. Por cierto, Neftis...

—Sí, ya lo sé. Lo siento.

—Así es, si seguimos hablando en voz alta, esta gente va a entender perfectamente lo que estás diciendo. Si quieres desactivar el chip, solo date un golpecito en la sien y luego otro para reactivarlo. Lo notarás porque incluso tu propia lengua se te hará extraña por segundos.

Un leopardo y un puma miraban sombríamente a Bastet y a Seshat.

—¿Crees que piensan que venimos con el extraterrestre que los ataca?

—Estoy seguro de que no —siseó Bastet, cerca de su oído—. Pero por las cosas que han pasado, también estoy seguro de que han perdido el gusto por las visitas «de afuera».

La mirada de la elfa se paseaba sobre cada persona que se acercaba silenciosamente para mirarlos. La brisa acariciaba sus largas túnicas.

—Son... Son mucho más altos que nosotros —repuso, con voz algo temblorosa.

—Es como si la estatura media aquí fuera la de una persona alta en Titán. Aquí el más bajito se echa fácil un metro ochenta.

—Al menos Hathor y Meinkherdt miden más que eso. Gracias a eso supongo que no nos verán del todo, como si fuéramos unos enanos.

—Lamentablemente así será. Y será porque, como siempre, tú lo jodes todo, pigmea.

—Un metro setenta y siete y con mucho orgullo, infeliz. Además, después de todo, hasta los yovedianos siguen siendo enanos al lado de los ogros.

Un conejo con orejas larguísimas, que parecían un par de tijeras, miraba a Seshat con el ceño fruncido y la frente baja.

—Te lo juro que si no fuera porque Hathor está aquí, yo ya me habría ido.

—Hathor reprime sus poderes. Si no fuera porque Meinkherdt está aquí, yo ya me habría ido antes que tú.

—Hablaba solo por mí, Bastet. Me sorprende, teniendo en cuenta que puedes levantar un auto volador averiado y arrojarlo contra un muro.

—Esto no es Titán, Sinope, ni cualquiera de las lunas del sistema solar. Te aseguro que varios aquí dan mi talla y posiblemente más.

Seshat giró la cabeza, preocupada, para ver hacia la entradilla por donde había desaparecido Hathor.

• • •

Varuuna dormía profundamente. Su pequeña frente estaba perlada por gotas de sudor, que se detenían al llegar a los pequeños cuernos del puente de su nariz. El patriarca se colocó frente a la cama y miró a Hathor. Bermion lo observaba con recelo. Hathor decidió probar la eficacia del nanochip:

—El niño, ¿está enfermo?

El patriarca y el shogun se miraron las caras por un momento, fascinados.

—Sí. Puso todas sus fuerzas en llamarte.

El elfo asintió.

—¿Lo puedo despertar? —preguntó al tigre, cautelosamente.

Este asintió y se hizo a un lado, conmovido por el hecho de que en algún momento, Varuuna debió haberle hablado de él, de su otosa.

Hathor se puso en cuclillas frente a la cama y tocó la frente del chico.

«Varuuna». Lo llamó mentalmente, capturando su esencia entre el océano de los sueños, llevándolo a la conciencia con cuidado.

«Estoy aquí».

Varuuna abrió los ojos y lo contempló. Los ojos verdes del chico se movían buscando los de Hathor. Poco a poco, empezaron a llenarse de lágrimas. Se sentó sobre la cama y lo abrazó con fuerza.

El patriarca se giró hacia Bermion.

—Llama a Boltar y dile que venga inmediatamente.



• • •

Cuando el coronel Backlava escuchó noticias sobre el avistamiento de un «extraño objeto volador» flotando sobre su batallón de naves en el desesperanzador informe de resultados (dos mil millones de balas no habían hecho mella en el casco de la fortaleza enemiga; si es que se le podía llamar «casco» a una superficie que nadie sabía si era sólida, holográfica, dimensional, cuántica o alucinatoria), sopesó la noticia como lo haría cualquier persona sensata que está en medio de una situación caótica: se encogió de hombros y lo tomó como una mala noticia más, ocultando sus

emociones ante los otros.

Pero cuando recibió las fotos satelitales, supo que había algo extraño con ese objeto de color negro, que debía tener el mismo tamaño que una aeronave comercial y que maniobraba con mayor agilidad que cualquiera de sus aviones de combate.

Backlava no era científico y, para los efectos, no le interesaba serlo, pero ciertamente no hacía falta un diploma para darse cuenta de que había algo extraño (más allá de ver vehículos galácticos en un tiempo que no les correspondía), pues ese objeto volador no se parecía en lo absoluto a nada que hubieran visto hasta ese momento.

El lobo pensó, de hecho, que era una nave bastante cercana a lo que ellos mismos, los yovedianos, construirían siglos en el futuro. Era más familiar que cualquier cosa hecha por Pumo.

¿A dónde se había ido? No lo sabían... Nadie pudo seguirle el ritmo porque, si bien los soldados que habían avistado el fenómeno pusieron mayor empeño en cumplir su misión, no fue posible mantenerle un ojo encima porque la nave simplemente desapareció, dejando (mucho después de haberse esfumado) una línea blanca que surcaba el horizonte, como una huella tardía.

Backlava supo que solo había una cosa lógica que hacer: enviarle la información al general Argos.

Cuando el anciano abrió la puerta de su escotilla (cada representante del alto mando militar se había visto obligado a residir en bases subterráneas), lo recibió con un camisón blanco y echó un vistazo a las imágenes, finalmente, sacó una conclusión que quitó el polvo y las telarañas a los pensamientos del resto de la unidad científica:

—Esto no pertenece al invasor. Esto proviene de un mundo distinto.

La tranquilidad con la que lo dijo sorprendió al coronel.

—Espero que estés pensando lo mismo que yo.

El perro asintió suavemente y se dio media vuelta, camino a una silla, con las fotografías en la mano.

—Puedes apostar que sí.

—¿Acaso seremos ahora el lugar de reunión de todo el gremio extraterrestre?

El anciano no tenía respuesta.

• • •

El shogun Bermion era una criatura de valores firmes. Y, al igual que su antecesor, no sonreía con frecuencia. En esto último se diferenciaba del presidente Boltar. También se diferenciaban en que para Bermion demasiadas cosas en la vida iban revestidas siempre de una seriedad de vida o muerte.

Fue por ello que cuando envió su mensaje a través de uno de los sirvientes de la embajada del shogunato ante el Nyhm, el lobo supo que algo muy serio había pasado y que, aunque fuera muy extraño, el tigre no había mandado un mensaje urgente de dos palabras solo por capricho:

«Ven inmediatamente».

Boltar enrolló el pergamino. Sabía reconocer a millas la caligrafía de su hermano espiritual.

Está de más decir que ponía las manos en el fuego por Bermion. Sabía que nunca hablaba a la ligera. Sin embargo, esta vez sus previsiones se quedaron cortas, porque cuando se enteró de la noticia de la aparición de un nuevo objeto espacial no identificado que según el general no estaba relacionado con Pumo, supo, de algún modo, que el llamado que le hacían estaba relacionado con ello.

EN EL OTRO LADO...

En una realidad paralela donde todo está hecho de sombras y la vida no es más que un resplandor lejano, se envió un mensaje que cruzó la realidad cuántica como si fuera una pared de píxeles extendiéndose.

Las noticias tenían color púrpura y su apariencia era de deformes telarañas, que se propagaban explotando en lenguajes inexplicables. No viajaban rápidamente sino que llegaban en el microespacio exacto en que se producían en la «otra» dimensión (que cualquier físico ignorante y abismado llamaría vulgarmente «el mundo real»).

Todo ese sistema era como un túnel infinito en el interior de un árbol viejo, monstruoso y negro, por el que viajaban todo tipo de datos a través de un número infinito de cables entrelazándose en espasmos violáceos. Un sistema de intestinos delgadísimos e inacabables colgaba de formas que gritaban que no podía estar destinado a nada bueno.

A diferencia de cualquier otra realidad alterna, ahí no podía entrar absolutamente nadie, salvo una sola criatura: la que lo había creado.

La misma que había hecho una cicatriz en el plano real como una incisión cerca de los riñones del planeta; la misma que abrió cuidadosamente un túnel y de ahí arrancó un cable, un cable inherente a la realidad espacial de Yóvedi, y en su lugar conectó otro fabricado por él, que había diseñado cuidadosamente para ese mundo.

Uno que hacía que las pequeñas luces viajaran desfragmentadas por el universo de ramas negras y laberínticas, conteniendo en su interior cada palabra, cada sueño y cada sensación de cada habitante. Porque los sueños y los pensamientos (aunque la gente no lo sepa) tienen volumen y no desaparecen. En algún lugar, el universo toma nota de que han existido.

Pumo también había desconectado el «cable» de la madre naturaleza en Yóvedi y, en su lugar, se entrometió con el sistema y conectó otro de su morbosa caja de herramientas. Computadoras etéreas en todas partes leían

cualquier tipo de información con absoluta eficacia.

Era parte de su propio sistema de seguridad, de su complejísimo «por si acaso».

Todo el maremoto de información se hacía polvo cuando era administrado, procesado y desechado a la velocidad de la luz. Se hacían a un lado los sueños y los pensamientos básicos de los animales. Se daba especial importancia a la raza dominante, a la criatura predilecta: en la excepcional naturaleza yovediana había tres especies capaces de razonar, dos eran animales, la tercera (y principal) era la yovediana. Sobre ella estaba enfocada toda la atención de los vigilantes invisibles.

Se filtraban los pensamientos menos importantes (los de los niños y los adolescentes) y se daba prioridad a lo que sucedía en la mente de los que eran líderes o aquellos que tenían el potencial para serlo (entre otros que ni siquiera sabían que poseían tales dotes).

Eso era, por decirlo así, el «software» espía de Pumo.

Pero el problema real, yendo directamente al grano y dejando a un lado los tecnicismos, no era todo lo que se ha explicado hasta ahora...

El problema era que el «programa» le acababa de informar lo que estaban diciendo y haciendo los nuevos visitantes...

EL CONCILIO POR YÓVEDI

Las aspas biónicas del helicóptero poco hacían para interrumpir el silbido del viento. El pasto lechoso se mecía suavemente mientras el enorme aparato con turbinas y alerones, resguardado por dos aviones de caza, que apenas eran visibles en el firmamento, llevaba al líder de la primera potencia mundial a su destino.

Boltar miraba a través de la ventanilla. Las cuencas de los ojos estaban cada vez más oscuras, más doloridas. El lobo no aprovechó siquiera el tiempo que duró el viaje para dormir. Sabía que entonces le costaría mucho más despertar. Las medicinas apenas lograban opacar la migraña y ya había abusado lo suficiente de ellas como para considerar que estaba jugando con su salud.

Sin embargo, la situación lo ameritaba. Boltar era extraordinariamente poderoso en todo sentido: tanto por la colosal fuerza militar que comandaba como por los aspectos físicos y anímicos.

Zabari, la joven gata blanca que estaba siempre a su lado, y que lo observaba con creciente miedo, siempre consideró extraordinario el lazo que unía a Boltar con el shogunato. Ella conocía la historia, pero había matices que no lograba comprender bien: ¿cómo el presidente se había movilizado sin mediar palabra ante el llamado de una sola persona? El lobo se había abstenido de darle explicaciones (y Zabari solía ser delicada pidiéndoselas a él, en especial), pero no hacía falta mucho para darse cuenta de que se trataba de algo terriblemente importante.

Extendió su mano sobre la de él. Casi dos de sus palmas podían llenar una de Boltar. El lobo giró lentamente la cabeza, mirándola con sus cálidos ojos verdes. Levantó un brazo y acarició suavemente su mejilla. Era víctima de circunstancias que se salían de su control, como por ejemplo, no saber exactamente con qué rostro estaba viéndola. No había perdido el temple pero ya se sentía tan mal que no se animaba a mirarse al espejo. Lo lamentaba

mucho por Zabari.

Ser la amante de un tipo que no estaba casado ni comprometido con nadie, (pues las uniones civiles no existen en la cultura de Yóvedi) pero que era el líder supremo del Nyhm no era un fardo fácil para una hembra tan joven.

Un fardo que, de hecho, había llevado muy bien pero que ahora, por el mundo, su pueblo y su raza, debía resistir más que nunca, aun cuando el mañana fuera incierto.

—¡Por el amor del Gran Arión! —masculló el piloto.

Boltar rompió el contacto visual con Zabari y giró la cabeza hacia el cristal.

El oso veía a través de la ventanilla sin ningún cuidado y, cuando lo observó también, sintió un gran vacío en el estómago. Estaban cruzando el valle desde donde se podía ver la enorme nave espacial. La Sobek-Set parecía una bestia que vigilaba el valle.

• • •

Hathor se hallaba sentado a un costado de la cama de Varuuna, mirando al chico fijamente. Así habían estado por un rato bastante largo, excluyendo al mundo de sus asuntos.

El patriarca sabía que se estaban comunicando de la forma que a ambos les resultaba más cómoda: telepáticamente. Se sentía tranquilo con la idea de que el chico fuera el embajador temporal, quien sabría adelantar la información que el nuevo visitante necesitaba saber hasta que Boltar se reuniera con ellos.

Aun cuando el anciano se sentía emocionado, intimado ante el talento de Varuuna. El patriarca podía escuchar los siseos, podía escuchar palabras en un volumen muy bajo, entrecortadas, de la conversación telepática que sostenían él y el extraterrestre.

Meinkherdt, que había sido invitado a pasar por el propio Hathor, se hallaba de brazos cruzados a un costado de la tienda, mirando en dirección a su shah y al pequeño. El sabio dragón sospechaba que, de algún modo, él mismo no ocupaba el tercer lugar en destreza telepática sino el cuarto, pues intuía que aquel tipo también era capaz de escuchar la charla con total tranquilidad.

Apartaron los pliegues de la tienda. Bermion reapareció, con Boltar tras él. Hathor giró la cabeza para mirarlos, en silencio.

Sintió que había una hermandad ahí. Un círculo. Él, Meinkherdt y los demás tripulantes de la Sobek-Set estaban unidos, eran una pandilla cohesionada. Sintió que ellos eran parte de otra.

El patriarca abrazó a Boltar e intercambiaron una reverencia casi ritual, antes de empezar a charlar en voz baja.

Hathor se puso de pie, mirando a Varuuna le hizo un guiño. El chico se quitó las sábanas de encima y saltó de la cama.

El patriarca se hizo a un lado y Boltar se adelantó.

Cuando el lobo empezó a hablar, el elfo se puso el dedo índice sobre los labios.

—Shhh.

Y meneó la cabeza lentamente, mirándolo fijamente a él y luego a Bermion.

Boltar giró la cabeza para ver perplejo a los demás, quienes a su vez lo miraron con igual sorpresa. El tigre se hallaba a medio camino entre el desconcierto y la indignación.

Hathor puso una mano sobre el hombro de Varuuna y se dirigieron fuera de la tienda.

Meinkherdt fue el tercero en salir, no sin antes darse media vuelta y hacerles una seña con la mano.

Los tres líderes volvieron a intercambiar una mirada de sorpresa.

Caminaron por la ruta principal de la pequeña aldea improvisada. Seshat, Bastet y Neftis los seguían.

El grupo se hizo pronto una caravana. Fueron al valle, lentamente, en dirección a la nave espacial.

Pasaron de largo el helicóptero, desde donde Zabari, resguardada por dos soldados, miraba lo inusitado: a Boltar siguiendo a un puñado de extraterrestres.

El lobo la miró y le guiñó el ojo.

Bermion miraba las espaldas de su protegido. Lo asustaba que la mano de Hathor estuviera sobre su pequeño, no le gustaba que estuvieran tan cerca, ni le agradaba que, lentamente, los estuvieran conduciendo a la nave espacial. Finalmente se detuvieron todos, con la excepción de Bastet, que se adelantó y, con una secuencia casi invisible en la manga de su uniforme, hizo que el portal trasero de la Sobek-Set se abriera.

Los guardaespaldas se movieron incómodos; todos sentían cierto nivel de desconfianza, excepto Varuuna, que miraba fascinado a su amigo.

Seshat y Bastet empezaron a subir por las escaleras y, antes de que Hathor los siguiera, el niño se dio media vuelta, mirando a Bermion, Boltar y al patriarca.

El chico asintió varias veces.

—Él desea hablar con nosotros.

Acto seguido, siguió a Hathor hacia la oscuridad.

Bermion estuvo a punto de llamarlo, pero se quedó con las ganas, estirando su brazo instintivamente.

El lobo, resignado, encaró a sus guardaespaldas sabiendo que les iba a pedir algo que no resultaría sencillo con la misma desfachatez que el elfo les había pedido semejante voto de confianza:

—Quédense aquí.

Dio un paso al frente, sin escuchar sus quejas.

—Vamos —musitó a Bermion.

Cuando puso el primer pie sobre la escalera, se detuvo en seco y miró hacia abajo.

Por el Gran Arión... aquello era una nave espacial.

• • •

El silencio era absoluto. El patriarca levantó su cayado y lo puso suavemente a un costado de la mesa holográfica, que mostraba un mapa en tiempo real del sistema solar de Yóvedi, con el movimiento y la rotación lenta de sus planetas.

Varuuna estaba en la silla más próxima a la de Hathor, que lideraba la mesa circular con el respaldo más alto. Meinkherdt se hallaba del otro lado.

—Puerta cerrada —ordenó Bastet.

Automáticamente, una plancha metálica se hundió a través del pasadizo, aislándolos del exterior.

Se puso de espaldas, tecleando un comando sobre botones invisibles en una pared que reaccionaba al tacto con diferentes luces.

Poco a poco, y con horror, Boltar observó cómo el vampiro se hacía cada vez más borroso, pues una extraña cúpula transparente los aisló del resto de la sala.

Hathor supo leer la sorpresa de sus invitados y se adelantó.

—Por favor, no se asusten.

El vampiro, que solo era una figura humanoide tras un muro de

interferencia, levantó el pulgar, dando así una señal a su shah.

—Están ustedes dentro de una paradoja artificial —prosiguió—. La delgada pared de la bóveda que está alrededor de nosotros nos separa unos escasos centímetros del exterior; en medio hay ondas viajando varias veces a la velocidad de la luz, chocando en todas las direcciones. Eso crea una pequeña incisión en la corteza de esta realidad que nos aísla por completo de Yóvedi, aun cuando, en teoría, seguimos en el planeta. Tal experiencia no les va a hacer daño ni provocará efectos negativos de ningún tipo. Pueden sentirse extraños, pueden tal vez experimentar síntomas, pero les garantizo que no son otra cosa más que experiencias falsas provocadas por ustedes mismos.

El elfo hizo una breve pausa para que pudieran digerir la información.

—El motivo de reunirnos aquí y hacer esto es sencillo —prosiguió, observando a Boltar—. Pumo nos estaba escuchando.

Se vieron las caras y se removieron en sus asientos visiblemente perturbados, distrayéndose por primera vez de los haces de luz cósmica alrededor.

—¿Quiere decir que nos escucha desde que empezó todo esto? ¿Desde el primer día?

—Así es —intervino Meinkherdt—. Lo ha hecho en sus bases, en sus casas, en los palacios, incluso podría hacerlo dentro de un submarino. Pumo puede escucharlo todo.

—Por eso hablaban telepáticamente —acotó el patriarca, como si se estuviera respondiendo una pregunta a sí mismo.

Meinkherdt, sin embargo, negó con la cabeza.

—No. Hablaban porque la conversación en ese momento era inevitable. Pero estoy completamente seguro... —afirmó, mirando entonces a Hathor— de que el tal Pumo también es capaz de leer toda información telepática o extrasensorial. Incluso las ondas beta, gamma, alfa y theta producidas por el cerebro. Nada se le escapa.

—¿Quiere decir que es telépata, como nosotros? —preguntó Varuuna.

—No, pequeño. Simplemente tiene tecnología que le permite hacerlo —acotó Neftis.

Los yovedianos miraron a la elfa con profundo desaliento.

—Entonces todo fue una pérdida de tiempo —musitó Boltar, mirándose las manos.

Sin que ninguno de los dos se lo esperara, Hathor dijo algo que impactó y

desagradó profundamente a Meinkherdt y a Neftis:

—Estamos aquí para ayudarlos en la medida de lo posible.

Boltar y Bermion abrieron los ojos, con una emoción casi patética.

—¿Pueden hacerlo?

—Creo que podemos.

No se tomó más de dos segundos antes de agregar:

—Disculpe si parte de mi tripulación piensa que ustedes son tontos.

—¡Hathor! —exclamó la elfa.

—Ellos creen que ustedes no se han dado cuenta de que no deberíamos estar aquí, así como también creen que ustedes no son capaces de deducirlo sin necesidad de explicarlo.

Boltar asintió.

—Lo entiendo muy bien. Sé que ustedes no son una delegación oficial. Una intervención así es muy peligrosa. Por lo que también me atrevo a agregar que sé lo que ponen en juego al hacer esto.

Meinkherdt permanecía callado, viendo al cansado lobo. Neftis tenía la boca entreabierta.

—Ahora mismo me faltan las energías y las palabras para expresar mi infinito agradecimiento, si tan solo fuera posible...

Boltar se forzó a sí mismo a no decir más, en sus ojos brillaba un resplandor casi húmedo. Hathor lo miraba fijamente, ensimismado.

Meinkherdt giró la cabeza para observar a su shah y luego bajó la mirada, sobando su frente con enojo.

—Si bien haremos lo que esté en nuestras manos, la utilidad de nuestro aporte es incierto. Mi segundo al mando ha dicho que su atacante tiene una tecnología superior a la nuestra y eso podría significar una traba definitiva. ¿Qué saben ustedes de él?

—Sencillamente sabemos que un buen día vino con la intención de destruirnos. Eso es lo primordial. Y que está creando una base en una de las grandes ciudades del Nyhm (nuestro país). Pondré a su disposición las infinitas documentaciones que hemos reunido en el trayecto. Tal vez no sea muy útil, pero los orientará en lo básico.

—Háblale de Ysaak.

La tripulación de la nave giró la cabeza hacia Bermion.

—Ysaak, sí —asintió, como si estuviera saliendo de un sueño.

—¿Qué hay con él?

—Fue la primera persona que lo vio —repuso el tigre—. Y la primera

persona en enfrentarlo directamente, de una forma muy temeraria, pero excepcional. De más está decir que es la única persona que ha conseguido acercársele lo suficiente como para verlo cara a cara. Aunque ese último término tal vez no aplique.

—¿Qué quiere decir?

Esta vez fue Boltar quien respondió:

—No es como ustedes ni como nosotros.

El lobo paseó su mirada por las caras de Meinkherdt y Neftis.

—Es muy extraño. Emite una luminiscencia muy tenue y es pequeño.

Es... Estoy seguro de que si traen lápiz y papel puedo hacerles una representación exacta. No tiene boca, ni brazos, ni cuerpo, y flota en el aire. Eso fue lo que nos dijo Ysaak.

Hathor miró a Meinkherdt.

—Al menos sabíamos que era muy extraño —repuso Neftis—. Me da vergüenza admitirlo y en parte esto refuerza lo que les ha dicho el shah hace unos minutos: no sabemos qué tanto podemos aportar porque nosotros mismos sabemos poco. Nuestra computadora no conoce a Pumo ni a nada que se le parezca. Es un completo extraño cósmico.

Hubo un rato de silencio.

—Se vea por donde se vea —reflexionó Meinkherdt—, aquí nos enfrentamos con el equivalente de las profundidades marinas del universo. Y no me gusta nada, Hathor.

El elfo lo miró.

—Pero no sabemos mucho todavía, salvo que no es una raza que está invadiendo este planeta, sino más bien un solo ser. Eso puede ser una ventaja.

—Eso puede ser incluso peor —fustigó—. Sabemos que posee una tecnología que no logramos entender nosotros mismos. Si creías que la ciencia de los fuegos fatuos era extraña antes de que se los inhabilitara después del incidente de Cadamaren, entonces esto es veinte veces peor.

—Tú sabes bien que yo no haría nada para ponernos en peligro.

—Hathor, lo sé, pero no te das cuenta de que YA estamos en peligro.

Los yovedianos los escuchaban en el más sepulcral silencio.

—¿No te das cuenta de que hemos empezado mal, que todo esto es una metedura de pata? Nosotros estamos aquí y él ya lo sabe. Sabe también que su presidente y sus líderes —reprochó, señalando a Boltar, Bermion y el patriarca despectivamente— están aquí charlando contigo. ¿Y qué crees que está pasando justo ahora? Me apuesto a que está tratando de escuchar la

conversación y, como no puede escuchar, piensa que algo malo está pasando, piensa que algo traman y como en efecto tiene razón, entonces lo estás haciendo enojar, de hecho, YA lo has hecho enojar.

Hathor reflexionó por unos segundos y entonces miró a Boltar.

—Quiero hablar con Ysaak.

Neftis intervino con un profundo suspiro de rabia ante semejante demostración de necedad.

—¿No estarás subestimando al enemigo porque no es psíquico, verdad?

—Te garantizo que ese no es el caso. Lo único que espero es que él sí nos subestime a nosotros.

—Tú no sabes ni siquiera si él tiene las mismas emociones o los mismos defectos que nosotros. Tú no sabes si para él existe la palabra *subestimar*. Si quieres mi análisis, es más probable que ahora esté calculando la manera más efectiva de borrar tu trasero del universo.

El lobo y el tigre miraban a Meinkherdt con gélido silencio. El patriarca en cambio lo hacía con un dejo de lamento.

—¿Entonces qué es lo que sugieres?

Meinkherdt se lo quedó viendo por unos segundos, como si la pregunta lo ofendiera.

Varuuna le tenía miedo. En su frágil escala de horrores, el niño temía como a ninguna otra cosa a un extraterrestre no humanoide y pequeño de origen desconocido, pero Meinkherdt empezaba a ocupar un segundo lugar no demasiado lejano. Había algo en él, algo raro, que le hacía estar seguro de que era completamente diferente a los elfos y a Bastet. Lo miraba directamente a sus oscuros anteojos negros que parecían estar diseñados exclusivamente para proteger al resto del mundo de su mirada.

—Sugiero que abandonemos este planeta, de inmediato.

—Fuera de lugar. Eso no va a suceder.

—¿Puedo responder?

—Sí.

—Bien: no tienes que probarle nada a nadie. ¿Lo sabías, no?

—Sí.

—¿Estás seguro de que lo sabes?

—Sí.

—¿Estás seguro de que haces esto porque no tienes absolutamente nada que probarle a nadie, vivo o incluso muerto, verdad?

—Sí. Y de paso quisiera decirte que yo espero que tú también lo sepas.

—No estoy seguro. Y si hay algo más detrás de todo esto, necesito que me lo digas.

—Debes estar seguro. No hay nada más que decir, Meinkherdt. No estás obligado a ayudarme si no lo deseas, esa es la única concesión que tú puedes hacer y los demás no. Y quiero dejarlo en claro ahora: si me vas a ayudar quiero que sea porque lo quieres hacer y no porque crees que tienes viejas deudas pendientes conmigo o con los elfos. Pero si no puedes evitar pensarlo así, si piensas que todo esto es una obligación moral, entonces me obligarás a darte de baja en este instante.

Hubo un corto intercambio de miradas. Seshat los miraba visiblemente nerviosa.

Meinkherdt movió las mandíbulas despacio y emitió un gruñido.

—Pues sí —lo atajó Hathor—. A ese punto me haces llegar para probarte que soy sincero.

—Está bien.

—¿Y lo harás porque lo deseas, no? —lo interrogó, como si fuera un viejo cuestionario.

—Sí. Aunque si no fuera así, igual quedaría atrapado en este planeta condenado.

—Pero sería distinto, ¿ves? A eso se le llama karma.

Giró la mano en dirección al elfo, como si estuviera espantando un murciélago.

—¿Quiénes podrían decirnos más acerca de Pumo? —preguntó entonces, dirigiendo la mirada a Boltar.

—Hay dos sujetos —contestó el lobo, reflexivo—. Ysaak y Argos, general de la aviación. Un alto oficial de nuestra armada.

—Quiero hablar con él —interrumpió—. Y que el shah, mientras tanto, hable con quien usted llama Ysaak.

Neftis suspiró profundamente.

—Y supongo que yo voy a tener que desviar la atención de Titán, ¿no es así?

Hathor negó vehementemente.

—Te he dicho que no voy a meterte a ti ni a nadie en problemas. No vas a mentir por mí.

—¿Y entonces?

—Sencillamente dirán que los obligué a permanecer aquí por mi testarudez —respondió—. Tú también eres libre de hacer lo que consideres

justo, si quieres tener también ese derecho. El único inconveniente es que la Sobek-Set es mía y yo decido qué hago con ella, lo que incluye adónde va.

—¿Qué es Titán? —preguntó Bermion.

—Es el planeta de donde ellos vienen —contestó Varuuna, con entusiasmo—. Bah, a decir verdad, es una luna, te lo explicaré todo después, otosa.

—¿Pero y qué si se comunican, Hathor? Para cuando debamos estar de vuelta (quizá incluso antes), van a lanzarnos un llamado.

—Entonces no contestes.

Los ojos de Neftis eran cada vez más grandes.

—Y si después de que no les contestes deciden venir, que lo hagan, querida —la tranquilizó Meinkherdt—. Después de todo, quizá no sería mala idea que vinieran con una flota. Y tratándose de Hathor, posiblemente desplieguen al Pegaso. Soñar no cuesta nada. Eso es mejor que pensar en el tribunal.

Neftis lo miró con agradecimiento y a Hathor con reproche.

El patriarca se revolvió en su silla.

—¿Y si hicieran eso mismo? ¿Si los llamaran y nos permitieran dialogar con ellos y explicarles? ¿No podríamos suplicar su ayuda?

Hathor negó con la cabeza.

—Lamentablemente, no. Nos ordenarían salir de aquí y eso sería todo.

—¿Aun en una situación como esta? —cuestionó Bermion—. ¿Aun si es una potencia extraterrestre atacando a una raza más débil? Tampoco es como si los pudieran condenar a ustedes por tan noble acto.

—No van a interferir en ningún asunto que suceda fuera de nuestro hogar, el sistema solar —lamentó Seshat—. Menos si se trata de una raza que todavía no ha entrado de lleno en la era espacial, y para entrar en la era espacial se necesita algo (bastante más) —agregó— que haber visitado la luna o incluso el planeta más próximo. Se supone que no deberían vernos. Esto es una alteración del formidable curso de su historia.

—Pero ya ha sido alterada.

—Aun así. Aun si son víctimas del ataque de una raza o «alguien» con tecnología considerablemente superior. Fuera de nuestro límite (el sistema solar), las leyes de convivencia no aplican. Lamentablemente, el universo en sí mismo sigue siendo una selva.

—Y lo será por siempre. En él, el fin justifica los medios —gruñó Meinkherdt.

—Y por eso mismo es que nosotros, o por lo menos yo —dijo Hathor, mirándolos— puedo hacer lo que quiera.

La elfa le dedicó una mirada agria, mientras que Boltar hizo una inclinación respetuosa.

—Lo agradecemos mucho.

Hathor imitó el gesto lo mejor que pudo.

—Esto quiere decir que voy a tener que desempolvar a un viejo amigo, con todo el pesar de mi alma.

Varuuna giró la cabeza hacia el elfo, como si por primera vez dijera algo de lo que no estaba enterado.

—Concuerdo —asintió Meinkherdt—. DIO es lo único que puede ayudarnos a conseguir más información.

Hathor asintió también.

—De esa forma, creo que sabremos mejor cómo empezar a atacarlo. Pero incluso DIO puede tomarse su tiempo.

—¿Quién es DIO? —preguntó el patriarca.

Hathor lo miró, sonriendo.

—Llámelo una supercomputadora, si tiene a bien, yo mismo no le sabría decir.

—«Super», incluso en la escala de ustedes —reflexionó Varuuna, como si estuviera hablando dormido.

—Pertenece a mi padre.

Mientras miraba a Hathor, Neftis supo lo importante que se estaba tornando esta misión, teniendo en cuenta lo que significaba desempolvar a DIO. Pedirle explicaciones —nuevamente— solo para que él replicara con excusas escuetas y oscuras —otra vez— no iba a ayudar más que a precipitar que volviera a mandarlo al demonio, solo para volver con él a la semana siguiente, como ya había ocurrido más de una vez. Momentos como esos eran los que la convencían, con mayor fuerza que nunca, de que el amor era para estúpidos.

Por otro lado, el padre de Hathor, quizá el ser del que más había oído hablar desde que era niña (envuelto siempre en un fascinante halo de misterio, incluso para aquellos que no solo conocen la historia sino que la vivieron) era la razón por la que en gran medida los superhéroes se habían vuelto obsoletos durante su infancia y Hathor era quien era. Era conocido en el primer y último planeta del sistema solar, y uno de los doce personajes principales que aparecían en lo que Meinkherdt había llamado el «incidente

de Cadamaren». Un suceso que casi culmina en una guerra, y que hubiera podido cambiar el curso de la historia de sus razas bajo la merced de un megalómano colosal.

Ahí estaba él, su amante, su shah, y la criatura más necia y tonta que había conocido en su vida, impulsado a jugar (estando consciente de ello o no) a ser un héroe. ¿Estaba intentando imitar a su padre? No. Todos los que conocieron la historia a fondo, todos los que supieron realmente «qué pasó» (pues todas las grandes historias llevan otra adentro, mucho más oscura) sabía, perfectamente, que aquel tipo no fue un héroe. Hathor en cambio, jugaba a ser uno... O por lo menos esa era la versión simple, la versión que parecía destinar al resto del mundo, porque de sus motivos reales, él no le hablaba a nadie. Quizá, al final, era mucho más simple y menos doloroso pensar que lo estaba haciendo por eso, por la ridiculez de creer que el universo funcionaba a su modo.

—¿Qué sucederá una vez que recaben más información sobre el enemigo? —preguntó Boltar.

—Veré si es factible negociar con él —contestó Hathor.

—¿Y si no lo es? —atajó Bermion.

—Entonces el enfrentamiento será inevitable.

Aquellas palabras condenaron la sala a varios segundos de silencio.

El elfo sonrió, paseando su mirada por los yovedianos.

—Les garantizo que esta vez no se va a quedar tan pancho cuando reciba un ataque. Le vamos a dar con toda la artillería pesada que tenemos a bordo.

La sonrisa de Bermion fue tan grande que por un momento pareció terrorífica. Meinkherdt, por su parte, se frotó los ojos.

—Tenemos que escoger un lugar para ellos, Boltar —repuso el patriarca —. A menos que los señores deseen permanecer a bordo de la nave.

—Estaremos contentos si nos ubican en un lugar.

—No tendré inconvenientes si desean dejarla dentro del palacio —repuso Bermion—. Tenemos un sótano gigante en el lecho de la montaña.

Hathor vetó la idea.

—No quiero que destruyan su palacio y su montaña por la nave, pues es lo único que no podemos ocultar del enemigo, aun si la introdujéramos en el fondo del planeta. Alguien estará siempre aquí en caso de emergencia. La Sobek-Set puede moverse velozmente y pelear. Quiero que sea ella la que proteja su hogar, no al revés.

—Por otro lado, todo tipo de ondas imaginables (e inimaginables) deben

estar cayendo sobre ella ahora —informó Meinkherdt.

Todos se lo quedaron viendo en agitado silencio.

—Tú bien lo has dicho —prosiguió, levantando los brazos—. «Esto» es lo único que no se le puede ocultar a Pumo, porque es demasiado grande. Es casi seguro que, al ver que no ha podido escuchar nuestra conversación, haya analizado todo el caso hasta el cansancio y puede que tenga un perfil de cada uno de nosotros, cotejado con la información que consiguió sacarnos su nave nodriza allá arriba. Ese sería el primer paso; tú ya sabes cuál es el segundo.

—El segundo es atacar directamente.

—Pero tengo una pregunta.

Todos miraron a Seshat con atención. Boltar permanecía con las manos juntas.

—¿Por qué si Pumo quiere destruir este mundo no lo ha hecho todavía?

El lobo asintió, dispuesto a responder, pero Varuuna se le adelantó:

—Porque quiere obtener algo de aquí.

Hathor y Meinkherdt se miraron las caras.

—Es impresionante.

—¿Acaso un recurso que necesita para su propio mundo? —intentó adivinar Bermion—. ¿Algo que nosotros tengamos que él no?

Meinkherdt sacudió la cabeza.

—Nosotros podemos duplicar cualquier recurso natural con nuestra tecnología, date una idea entonces de lo que puede hacer Pumo. Es inverosímil que ataque porque necesita algo de aquí. El hidrógeno compone el 75% de la materia del universo y, a decir verdad, es muy fácil de recrear.

—Eso echa al traste el argumento del 90% de nuestras películas de ciencia ficción sobre invasiones extraterrestres —acotó el chico, bajo la mirada confusa de los elfos y Meinkherdt.

—Yo estuve ahí... —dijo Boltar— el día que Pumo declaró sus intenciones. Lo recuerdo como si fuera ayer, nunca se me va a olvidar, él dijo exactamente: «Necesito destruir este planeta».

Meinkherdt parecía estar incluso irritado ante su propia incapacidad de desentrañar el secreto.

—Conecta a DIO cuanto antes, por favor.

—¿Hace cuánto dijo Pumo eso, shah?

Boltar miró a Hathor por un segundo, casi confundido, pero supo poner su palabra en el contexto adecuado. El elfo lo había llamado shah como si fuera lo más natural.

—Antes de ayer.

—Entonces es un proceso. Pumo lo va a destruir poco a poco.

Neftis miró hacia el costado, intentando distinguir la sombra desfigurada de Bastet, que los esperaba del otro lado de la fisura dimensional. El vampiro parecía estar tecleando furiosamente sobre la pared.

—Entonces debemos concluir que, contra todo pronóstico, Pumo ambiciona algo de este planeta —puntualizó Meinkherdt—. Yóvedi tiene algo excepcional que él no puede reproducir con tecnología.

—Varuuna, ¿tú no has intentado comunicarte con Pumo mentalmente, verdad?

El chico miró a Hathor casi ofendido, como si lo hubiera subestimado. Bermion lo miró con terror.

—¡Ni jodiendo! —exclamó, olvidando por un momento que estaba ante la presencia de su otosa.

—Excelente. Perdona, pero quiero reiterar que jamás debe pasársete por la cabeza semejante cosa.

El chico asintió rápidamente.

—Para él —explicó, viendo entonces a los demás—, ustedes y también nosotros no somos más que ondas, líneas en un gran y complejo electrocardiograma, energía medible. Debe saber que Varuuna tiene poderes excepcionales, pero es posible y espero que tú me des la razón, Meinkherdt, que ninguno de nosotros resulte especialmente interesante para él. Varuuna es muy inteligente, como ya lo ha probado, pero si alguien más tuviera poderes, e intentara establecer un nexa con Pumo para amedrentarlo o simplemente insultarlo en un ataque de estupidez inusitado, eso lo podría atraer, lo podría atraer como se atrae a los seres dimensionales cuando encuentran una entrada a este plano, sería como un farol brillando en la oscuridad.

Cuando Hathor, un extraterrestre, un ser prodigio de un mundo tecnológicamente superior, un sabio pisando un planeta con siglos de atraso en comparación con su pueblo, pronunció la frase «seres dimensionales», abrió una puerta al horror en el corazón de Varuuna. El patriarca cerró los ojos con dolor y miedo. Las pesadillas más monstruosas de los escritores yovedianos no estaban muy alejadas de la realidad, después de todo, y para consternación de los escépticos, sí había algo «más allá». Esas cosas que deambulaban en los rincones más oscuros de la mente existían, en algún lugar del universo.

—Pumo les ha podido hablar directamente. Varuuna me lo ha dicho.

Ustedes establecieron comunicación con él, ¿no es así, shah?

Boltar asintió.

—No se deje engañar —afirmó el elfo entonces, tajante—. No sé por qué Pumo habrá accedido, pero no se me ocurre otra cosa más que quizá algún tipo de morboso experimento. Meinkherdt se enfadaría conmigo porque estoy usando términos muy llanos, pero yo diría incluso que puede que también lo haya hecho por maldad. Pumo no tiene nada que hacer hablando ni razonando con ustedes más que perder el tiempo. Varuuna me lo explicó todo mientras conversamos en la aldea, y créame que si habló con ustedes, no fue más que para hacer una serie de asquerosos ensayos, como cuando alguien intenta mover un pez cambiando las paredes de cristal que hay dentro de un acuario, para ver qué reacción consigue del animal. Él no tiene voluntad de entablar una conversación real ni razonar ni tampoco es una criatura que vea el universo de la misma forma que nosotros, que somos de sangre caliente. En él no hay misticismo ni amor racional o primitivo y eso le confiere un cuadro de nosotros y del mundo igual que el que tendría una araña, solo que, si se quiere, mucho más frío y gris. ¿Meinkherdt?

El misterioso hombre asintió, suavemente.

—Hay que verlo y, sobre todo, hay que ver cómo reacciona de ahora en más nuestra presencia. Pero sí, de lo poco que sabe Hathor, lo que ha dicho es acertado (y crucemos los dedos para que no sea un ser pandimensional real). Todavía hay muchas preguntas y eso solo hace que quiera entrevistarme con ese muchacho, que llaman Ysaak. Pero...

La elfa estaba absorta, ya alejada desde hacía varios minutos de la conversación, mirando para afuera, a la sombra difusa del vampiro, que ahora se hallaba en la pared del frente.

—Sobre todo, quiero tener unas palabras con su general Argos, si les parece bien.

—Hablará con él en menos de una hora.

—¿Saben qué es eso que está construyendo fuera de Solares? —preguntó Boltar y luego se interrumpió a sí mismo, para corregirse—. La ciudad enorme que vieron, a menos que no hayan sido ustedes allá arriba.

—Fuimos nosotros —afirmó Hathor—. Lamentablemente no tenemos idea de qué es exactamente y me inquieta tanto como a usted.

El elfo se sorprendió por la agudeza del shah de los yovedianos, detalle que nunca olvidaría. Varuuna tenía un lugar privilegiado en su corazón no solo por ser su amigo (y la persona por la que, por ahora, estaba haciendo

esto, al fin y al cabo). Reconocía que lo consideraba en un puesto más alto porque era telépata. Sin embargo, se daba cuenta rápidamente de que para todo lo demás, él y su tripulación eran casi idénticos a los yovedianos, y eso incluía a Meinkherdt y a Bastet, por más vampiro que fuera. Tenían la misma inteligencia, la misma capacidad para razonar, la misma astucia, el mismo criterio para crear, tenían la misma capacidad de misticismo e incluso de otras especies en la misma era tecnológica que los yovedianos no habían alcanzado aún. Aquel misticismo que demasiada falta le había hecho a otros mundos que se extinguieron en el paroxismo de la estupidez.

Neftis seguía viendo hacia afuera, con un dejo de preocupación entre ceja y ceja.

—Entonces es hora de dar por terminado el concilio. ¿Algo más que decir?

—Sí.

Varuuna miró con atención y sorpresa a su otosa. El tigre se aclaró la garganta.

—No soy capaz de expresar la gratitud que siento por lo que están dispuestos a hacer. Millones de cosas se dirán más adelante, pero nada podría servir para demostrar nuestro agradecimiento. Solo les quiero decir en nombre mío y de nuestra raza: muchas gracias, muchas, muchísimas gracias.

El chico se miró las manos, intentando no llorar.

Hathor asintió respetuosamente.

—Meinkherdt, ¿tú tienes algo que decir?

El hombre arrugó los labios, pensativo.

—Por lo poco que he visto, nuestro enemigo es capaz de manipular la materia a su antojo. Esa es una tecnología que nosotros no hemos sido capaces de controlar, ni los elfos, ni los ogros, ni en el Imperio de Io ni en el Triunvirato de Porcia. Se han hecho avances, pero todavía queda mucho por descubrir. Se dice que los únicos que lograron eso a la perfección fueron los antiguos, es decir, tu gente y la gente de tu padre, Hathor. Ya por ese motivo, la sola idea de una pelea contra este enemigo es horrible. También hemos visto que tiene computadoras y robots, nada sorprendente para nosotros que hemos domesticado los secretos de la inteligencia artificial, y con ello trastocado, por medio de la ciencia, la creación de nuevas formas de vida. Pero cuando supimos que Pumo nos escuchaba, fue porque tú y yo lo presentimos; si no fuéramos telépatas, no habríamos tomado esta precaución, y eso solo me dice que posee robots, computadoras que no podemos ver, no

porque sean invisibles (en cuyo caso podríamos tocarlas) sino porque están hechas de agua, viento y otros elementos. Insisto: su tecnología es más avanzada que la élfica y eso me asusta. Por encima de todo eso, mi fidelidad contigo es absoluta. Estoy a tu lado, sea lo que sea en lo que nos estemos metiendo.

Hathor volvió a asentir.

—Entonces...

En ese instante el elfo fue interrumpido. El campo de fuerza alrededor de ellos se esfumó como una nube.

Bastet se hallaba molesto, respirando agitado.

—Lamento interrumpir, shah —gimió—. El enemigo ha conseguido sintonizar el canal espacio-tiempo de la cúpula. No... No esperé que pudiera hacer algo como eso. Lo siento mucho, muchísimo. No lo detecté a tiempo ¡maldita sea!

Hathor se puso de pie, Meinkherdt dio un manotazo a la mesa, irritado.

—¿Cuánto ha conseguido escuchar, Bastet?

—Solo los últimos cinco minutos —dijo, mirando hacia abajo, con una expresión entre la rabia y la pena— y les recuerdo que cuenta también lo que digan ahora.

Hathor miró hacia arriba y, en ese momento, su rostro se transformó. A Varuuna se le puso la piel de gallina, sentía un hormigueo terrible en todo el cuerpo. ¡Si llegaba a hacerse tan solo un poco más fuerte su aura podría llegar a despedazarlos por completo! ¡Era Hathor! Como si su presencia estuviera haciéndose más grande cada vez y su sombra fuera capaz de cubrir no solo el páramo, sino el mundo entero en una vorágine de llamas más terribles que el mismo infierno. Se preguntó si los otros podían sentirlo, se preguntó si a los otros también les crepitaba la sangre. Y supo que sí. El mismísimo patriarca lo miraba con una expresión que el chico jamás pensó que contemplaría en el anciano: con miedo. Y cuando habló, el alma de todos se enardeció.

—Intenta lo que quieras —exclamó en lengua élfica antigua— pero si tus inútiles máquinas te han dicho la verdad, entonces sabrás quién soy yo, y después sabrás que tus esfuerzos no valdrán, que has viajado del rincón oscuro del que vienes para nada. Conóceme y lo sabrás bien.

Poco a poco, como si las vibraciones en el aire se apagaran con el simple girar de una manija, todo volvió a la normalidad. El oxígeno ya no quemaba, ya no sentían espinas alrededor del corazón.

Hathor volvía lentamente a su cascarón, uno que —comprendía ahora

Varuuna como nunca antes— se cuidaba de no romper.

Boltar no comprendía cómo lo había conseguido entender, pero lo había hecho. Bermion, que tenía los ojos bien abiertos y las orejas replegadas hacia atrás, tampoco, y no era una alucinación: lo habían entendido como si él hubiera hablado directamente a sus almas. Hathor había declamado en una lengua que no conocían pero lo habían entendido de todos modos, desde la primera hasta la última palabra.

Se sorprendieron a sí mismos descubriendo que sus espaldas estaban haciendo presión contra el respaldo de las sillas. Sus miradas eran como las de aquellos que observan a un gigante.

La situación fue interrumpida por un sonido agudo, que parecía venir de la pared. Todos giraron sus cabezas.

Era una serie de pitidos continuos que la nave les enviaba.

Bastet se acercó a la consola, mirando las imágenes holográficas sobre el tablero. Presionó un sector de la mesa que pronto se encendió.

—Acaba de llegar un mensaje.

El vampiro entonces se dio media vuelta, mirando a Hathor.

—Es... Es para ti.

—Colócalo en pantalla.

PARA: «HATHOR».

REMITENTE: (desconocido, irrastreable)

NO ME HAGAS ENOJAR.

YSAAK EN LA CARRETERA

Después de varias horas de manejar en moto, cuando se habituó a una velocidad que pensó sería imposible acostumbrarse, todo lo que quería Ysaak —si dejamos a un lado lo obvio— eran unos anteojos de motociclista, incluso más que un vaso de agua bien fría para su garganta seca. Cambiaría un lingote de oro por ambas cosas. Al fin y al cabo, ¿qué iba a hacer con un pedazo de metal precioso en ese mundo, a punto de ser destrozado? Aferrarse a los bienes materiales era el colmo de la estupidez. La ventaja no la tendría quien tuviera más posesiones, sino el que encontrara un buen lugar para esconderse y darse tiempo a despedirse en paz, hasta que fuera la hora de apagar las luces. Y el último que cierre la puerta, por siempre jamás.

El país del Nyhm tenía cada vez más pinta de ser un sitio deshabitado, con una huella depresiva en sus calles y edificios. Y era seguro que si Nyhm estaba así, el resto del planeta también lo estaba. La gente había sido evacuada a bases militares. Parte de la población del planeta residía en búnkeres o enormes campamentos cercanos a los ríos. Ysaak era uno de los pocos que hacía su vida.

Este era el tercer pueblo abandonado que pasaba. Algunas estructuras seguían intactas, las casas estaban bonitas como siempre, como a los pobladores del Nyhm les gustaba mantenerlas, siempre con ese aspecto del primer mundo y ese olorcito a nuevo. Los edificios empresariales se levantaban como colosos, las antenas parabólicas apuntaban aquí y allá como siempre, algunas luces seguían brillando, pero nada escapaba al aire de destierro que le daba a todo ese aspecto tan lúgubre, tan derrotado. Ausencia del ruido del comercio, de desagradables motores de los automóviles, carencia de voces, pisadas, olor a gente, niños, jóvenes, vida.

Ysaak sopesó lo serio que había sido Backlava cuando le sugirió que viviera su vida (lo que quedara de ella) y comprendió el regalo tan grande (pero agrio) que el coronel le había otorgado.

Contempló, nuevamente lo... lo mal que estaba todo. No había otra palabra para describirlo.

El mundo estaba mal.

Se preguntó: ¿era algo que pasaba a menudo en el universo? No. Podía sentir que no. Aquello simplemente era el destino que le había tocado a Yóvedi, y que revelaba que allá arriba no existía algo como un Gran Arión, pero sí presencias siniestras y extrañas vagando. No era justo...

A Yóvedi le había tocado el turno de ser uno de esos mundos donde pasaba lo que no debería pasar jamás.

¿Y qué quedaba?

Quedaba pensar lo siguiente:

¿Habría vida en el más allá? Cuando todos murieran, ¿habría algo más?

Ah, porque además, eso era decirlo muy fácilmente, pues otra preocupación (la preocupación de moda, oh, Dios mío, ¡qué triste! ¡Qué patético!) era el «cómo se iban a morir». ¿Duraría mucho? ¿Sería doloroso? ¿Pasarían días, tal vez semanas en agonía? ¿El suelo se abriría y todos tendrían que apiñarse más y más, hasta que todo se acabara en los brazos del prójimo? ¿Vería ese túnel de luz, con una estrella al final? ¿Ascendería lentamente como un ángel hasta la luminiscencia y ahí lo estaría esperando Sagitta con cara de pícaro y Cha'chat, su otosa, al lado suyo? ¿Lo estarían esperando también sus otros tantos amigos? ¿Los de la Secundaria del Norte? ¿Y los de toda la vida? ¿Shan-Ha, la novia con quien se hizo hombre? ¿Fibi, con quien compartió tantas intimidades? ¿Tabi, la que más intensamente amó? ¿Vería a su equipo deportivo ahí, formado, esperándolo?

Era lindo imaginar los temas de conversación. Habría mucho de qué hablar en el otro lado, más por la nostalgia que por ponerse al día con los temas perdidos; se imaginaba con Sagitta, después de largas horas de charlar en privado (¿sobre alguna nube, tal vez? ¿En un bar cerca de alguna estrella del cosmos?) «Bueh, ese bastardo no nos va a alcanzar aquí, ya nos mató, ¿pero sabes qué? Que se vaya al diablo, algún día pagará por lo que hizo».

Ahí estaba Ysaak, solo, furioso, triste y confundido al mismo tiempo. Convencido de que el Gran Arión podía irse al mismísimo carajo y que la fe podía también irse a hacer otro tanto. El karma no existía, el destino tampoco, la acción y la reacción no eran más que inventos de los seres mortales, creencias sin sentido, «haz el bien para que te pasen cosas buenas», mitos que muchos estúpidamente habían creído: no importaba cómo se lo viera, de nada servía cómo girara la excusa para tratar de buscarle lógica al asunto: en el

mundo nunca hubo leyes, nunca hubo un sistema y en todo el universo tampoco.

No era justo que a la raza le pasara esto. No. Esa no era manera de terminar, por Dios (por el Gran Arión). ¿Cómo era posible?

Allá afuera era como si el planeta estuviera somatizando su situación. Las nubes anaranjadas se arremolinaban en torno a un solo foco y se movían alborotadamente bajo el cielo, como si alguien estuviera agitando con violencia las sábanas. El viento siempre iba en contra y gemía, arrastrando todas las papeletas que habían quedado en el suelo.

Era la verdadera visión del Apocalipsis.

• • •

El chico se detuvo en una enorme plaza adoquinada, con una fuente en el centro. La gran estatua de una figura felina sostenía dos cántaros de agua. Todavía funcionaba, el sonido del agua que caía era al menos novedoso. El tigre pensó que era patético que eso le diera ánimos, que lo pusiera alegre. Se bajó de su moto y se acercó al borde, recogió agua entre sus manos y bebió. Entonces sintió hambre. Miró alrededor, con los ojos entrecerrados, la brisa lo peinaba. Comer iba a ser fácil, ¿le importaría a alguien si rompía una vitrina y buscaba alimento? Su chiste no le hizo gracia.

Alrededor había casas, como si cada una reposara en el hombro de la otra, tenían techos elevados y triangulares y tejados recargados. Las ventanas eran arcos muy pronunciados con cruces de madera en medio. En una de las más elevadas alguien había dejado la luz prendida. El color dorado todavía brillaba en el interior.

Si supiera que esa luz daba cobijo a alguien, se habría animado a subir las escaleras y tocar su puerta. Lo que se consideraba normal ya no lo era, el hecho de que abrieran la puerta y desde el dintel se presentara alguien con un plácido «Buenas tardes, ¿qué desea?» estaba infelizmente descartado. Las personas que, como él, estuvieran solas en la superficie estarían no solo muy interesadas en encontrar a otras, sino además hambrientas de información. Por ese último motivo fue que a Ysaak, que a diferencia del resto sí sabía lo que iba a pasar, qué destino correrían todos, le agradó saber con su instinto felino que en realidad no había nadie tras esos muros.

Pateó una lata vacía, sentado junto al borde de la fuente, con un pie apoyado sobre el canto del concreto. Tenía los brazos alrededor de las

rodillas.

En otro orden de cosas —para refrescar un poco la mente— recordó que, cuando era un cachorro, se había hecho muchas veces la misma pregunta: ¿qué se sentiría amanecer un día y encontrarse con que uno está solo en el mundo? Fue un niño que había madurado muy rápido, pero ni eso hacía falta para darse cuenta de que ni en sus sueños más salvajes hubiera imaginado que algún día conocería la respuesta a esa idea, ahí mismo, en el mundo real, sin estar soñando.

Divagó mucho rato, hasta que un sonido lo arrancó de sus fantasías.

Un pitido incesante que venía de su motocicleta le llamó la atención. Era tenue, pero lo habría podido escuchar a millas de distancia en ese mundo solitario.

Posó sus ojos sobre el tablero, una lucecita verde titilaba al ritmo de su contraparte auditiva.

La primera sensación fue el susto de pensar que algo le había pasado a la motocicleta. Que le estaba dando la última indicación (casi a modo de carcajada electrónica): «Hasta aquí nos trajo el camino, te dejo y chau. Me echaré una siesta por siempre jamás».

Cuando saltó de la fuente y puso su afilada garra sobre la pequeña pantalla de cristal, supo que la moto no iba a traicionarlo, sino que había recibido un e-mail mediante alguna frecuencia militar que todavía funcionaba.

No tardó mucho en descubrir que el cristal era sensible al tacto; presionó la palabra «ENTRADA».

Rápidamente se abrió una ventana con un mensaje:

**YSAAK, TE NECESITAMOS CON URGENCIA.
VAN A IR A BUSCARTE EN UN MINUTO.**

—BACKLAVA—

PD: ME PIDIERON QUE TE DIJERA QUE NO TE ASUSTARAS.

Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño. Era obvio que lo habían localizado gracias al sistema de radar de la moto, ¿eso era, no? Claro que sí. Pero con respecto a lo demás, ¿qué lo podía asustar...? Y fue entonces cuando escuchó aquel ensordecedor ruido de turbinas que interrumpió sus pensamientos. Su mente quedó en blanco. El tigre miró hacia arriba, boquiabierto.

La Sobek-Set cruzó por encima del tejado de las casas, dio una vuelta con asombrosa agilidad y se detuvo sobre él. La luz blanca que venía de dentro de los reactores espaciales se apagó lentamente.

El agua de la fuente comenzó a crear ondas cada vez más pronunciadas que producían ruido cuando chocaban contra los bordes de concreto. El cristalino líquido que salía de los cántaros se hizo una llovizna que se esfumaba a los cuatro vientos. La compuerta trasera comenzó a abrirse en pleno aire, dejando salir una luz furiosa que se transformó rápidamente en una amplia boca.

Agarrada de una baranda del techo, con una bota colocada al borde del suelo y la otra colgando al aire, Seshat miraba hacia abajo, directo a sus ojos.

Ysaak no daba crédito a lo que estaba viendo. Su cerebro intentaba acostumbrarse al aspecto de la elfa.

La Sobek-Set descendió suavemente. Estaba claro que Bastet no quería destrozar la estatua de la fuente (o quizá alguien le había advertido que no lo hiciera); la plaza era demasiado pequeña para la nave y por ello tuvo que quedar suspendida. Seshat miró hacia abajo, inconforme con las habilidades de pilotaje de su compañero.

Una extraña fuerza mantenía la nave en el aire, ajena a todo lo que le habían enseñado en las clases de física.

La chica se puso en cuclillas, casi cara a cara con él, explorándolo con la mirada, como si fuera una cazadora. Ysaak la miraba de vuelta, desconcertado. Las letras del coronel Backlava aun seguían brillando sobre la pequeña computadora de la motocicleta. En ese momento, Seshat extendió el brazo y sonrió.

Ysaak la miró con mayor atención (si tal cosa era posible). Pronto reunió coraje, extendió el brazo y tomó su mano.

Ella le dio un tirón y lo ayudó a subir a la nave. Ysaak no lo hubiera necesitado ni estando la compuerta cuatro metros sobre él, pero obviamente lo reconoció como un buen gesto. Tomó el mismo barandal que ella y se apoyó sobre la plataforma. Entonces hizo como si despertara de un sueño y vio hacia abajo.

—No te preocupes —lo atajó la elfa—. Teletransportaremos tu vehículo adentro.

La miró, sorprendido.

Esa era su lengua, y ella la hablaba, y lo hacía bien. Pero su voz, el sonido que salía de su garganta era distinto. Diferente al de cualquier hembra que

hubiera escuchado jamás en su vida. Por un momento temió hablar, pensando que ella no lo iba a entender.

—¿Qué está pasando?

Seshat tomó el barandal con más fuerza al sentir que la nave ganaba altitud. Abandonaban la plaza con rapidez. La boca de la compuerta se les acercó y se selló tras ellos lentamente.

—Necesitan hablar contigo.

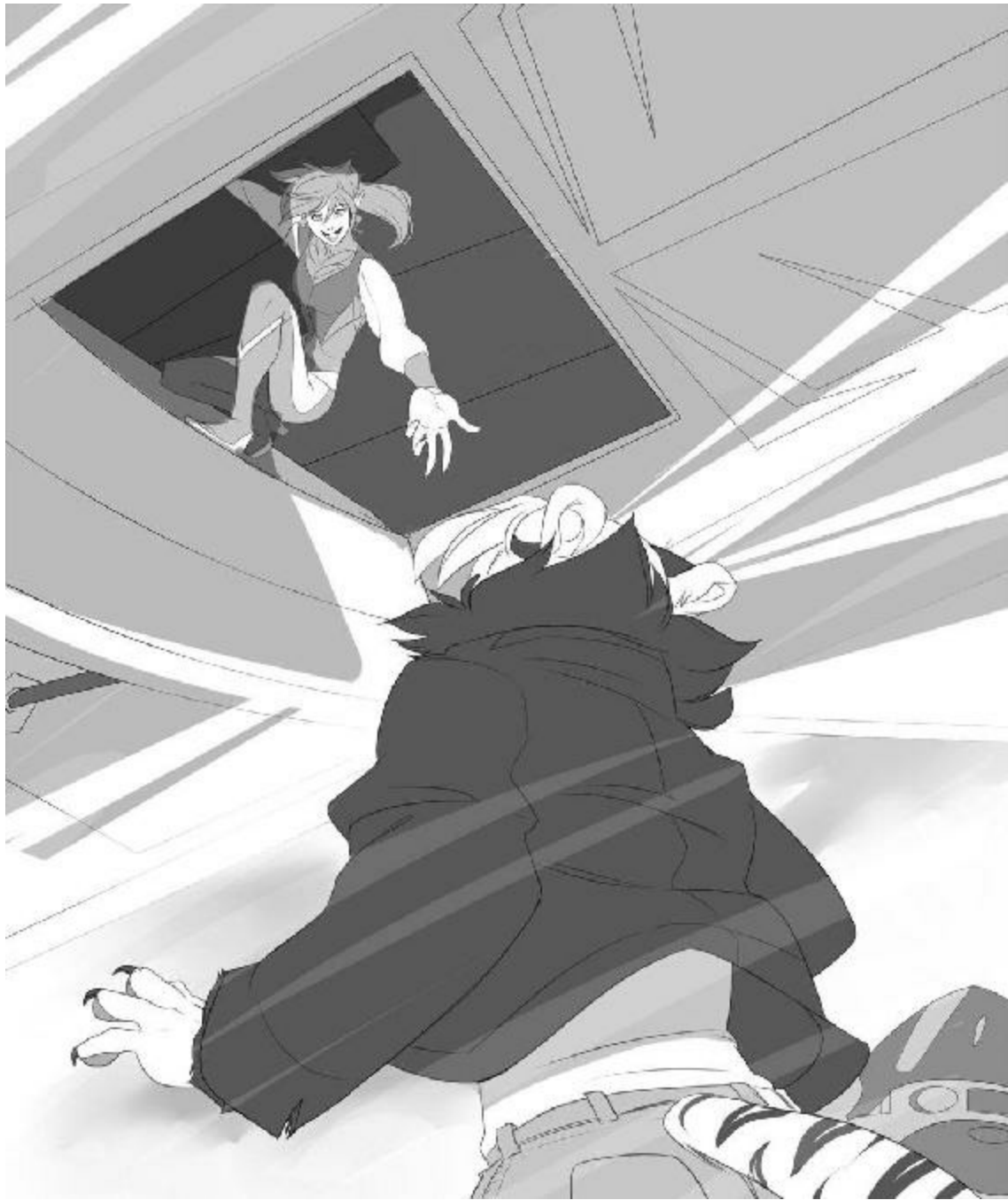
Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, pues habría tenido que ponerse de puntillas para poder mirar al chico cara a cara. Sonrió con picardía.

—No te preocupes. No has hecho nada malo. Solo necesitamos tu información, el shah la necesita.

Como si hiciera falta aclararlo, apuntó con el pulgar hacia arriba.

—Venimos de afuera. Y estamos aquí para darles una mano.

La Sobek-Set se convirtió en una bola de fuego y se disparó rumbo al cielo.



REVELACIÓN DESALENTADORA

Quizá lo único que mantenía la tranquilidad de Ysaak era que todo aquello lo consentía el coronel Backlava. Aun cuando era evidente, su mente tenía problemas para aceptar que estaba entre extraterrestres. Aunque no era una persona prejuiciosa, tenía que admitir que este tema últimamente le generaba reparos. Sin embargo, Varuuna pronto se les unió para recordarle que la presencia de los nuevos visitantes era nada menos que la mejor noticia que habían tenido desde el primer incidente. El pequeño dragón abrazó a Ysaak, los brazos del niño apenas le llegaban por encima de la cintura.

—¡Te estábamos esperando! —exclamó, con su verde rostro casi rojo por la emoción—. He oído mucho, muchísimo sobre ti.

Perdiéndose entre los pasillos iluminados por una luz fosforescente y llenos de datos holográficos que surcaban las paredes, Varuuna parecía estar en su casa. Ysaak tenía miedo incluso de dónde pisaba. Seshat se mantenía tras él todo el tiempo.

Echó mano del tono de voz más sereno que pudo.

—¿De dónde vienen?

—De un sitio muy lejano... No es que te esté contestando con desgano ni nada, pero la verdad, no sabría de qué otro modo responderte.

—¿De otra galaxia?

—No tanto. De otro sistema solar muy diferente al de ustedes. Aquí ni siquiera tienen planetas gaseosos.

—¿Ustedes ya estuvieron antes aquí? ¿Nos visitan desde hace mucho?

Seshat se encogió de hombros.

—La verdad es que no. No supimos de la existencia de este planeta hasta hoy por la mañana, aunque no puedo hablar por todos, porque nuestro shah sí sabía de ustedes. Es por él que estamos aquí. Varuuna lo ha invocado.

—¿Quién?

—El chico.

El pequeño ya los estaba esperando en un ascensor biónico que parecía un barril de cromo con luces.

Una vez que estuvieron todos adentro, Seshat no tuvo más que emitir una orden para que el aparato se pusiera en marcha. Durante el ascenso, observó lo que pasaba afuera. Su mundo, la realidad tal cual sus ojos la percibían, no parecía más que un dibujo largo y desfigurado. Eso quería decir que la velocidad a la que estaban viajando era increíble.

—¿Adónde vamos?

Varuuna levantó la cabeza para ver a Ysaak. Él hubiera querido contestar, pero tampoco sabía la respuesta.

—Vamos a salir de tu planeta.

El tigre se la quedó viendo. Varuuna abrió mucho los ojos, asustado. El ascensor se detuvo suavemente.

—Y hasta entonces, te ruego que no digas nada más —pidió la elfa—. Lo siento, pero es que «la cosa» que los está atacando nos puede oír.

• • •

Ysaak se había sentido perturbado cuando Seshat mencionó a «la cosa» (que de momento él conocía mejor que nadie). No había proferido palabra alguna desde entonces, ni siquiera cuando llegó a la cabina de la Sobek-Set y vio al resto de la tripulación, mientras Hathor le extendía un saludo.

Por las cosas que ocurrirían más adelante, Ysaak supo que el elfo los había mandado a traer ahí como un regalo, puesto que el resto del tiempo él y Varuuna estarían en otro sector de la nave.

Nunca antes en su vida había sentido la tentación de agarrarse de algo como cuando observó la curvatura de su planeta aparecer ante el vitral panorámico. Aquella primera vez fue para Ysaak otro de esos contadísimos momentos en los que se olvidó de todo.

Neftis veía al chico desde una sección más baja de la sala, desviando la mirada de un radar con complejas órbitas en una holo-imagen. La elfa le hizo entonces un gesto suave a Bastet, quien sujetaba el mando de la nave, para que tuviera cuidado de que la «fortaleza espectro» (nombre con el que habían bautizado la nave de Pumo) no apareciera a la vista, porque suponía que eso le haría recordar a su otosa. Ysaak no sabía que en ese momento estaría lo más cercano a él de lo que había estado en casi una semana.

—Reactores encendidos, aumentando velocidad en las turbinas. ¿Shah?

¿Hacia dónde?

—Hacia donde sea que estés seguro de haber salido de su perímetro y no nos pueda escuchar ni ver.

—Concédame entonces Cosmo 2.

—Y 3 y 4 si quieres. Solo asegúrate de que se cumpla lo que te pido.

Ysaak sintió unos codazos, Varuuna se puso de puntillas para decirle al oído que eso significaba que iban a ir «más rápido que la luz».

—Yo que tú, abriría un agujero de gusanos y mataría a esa serpiente por la cabeza —aportó Seshat, levantando un dedo.

—¿Y nuestra escasez de energía qué, genio? —replicó Bastet, venenosamente— ¿No te acuerdas de eso? Por cierto, ¿cómo está ese tema, shah?

Fue Meinkherdt quien contestó:

—Obviamente, los yovedianos no tienen problema en que repostemos en su planeta. Vamos a usar sus recursos y los vamos a transformar en energía.

La fascinación de estar en el espacio podía durarle a Ysaak horas, no podía creer que estaba ahí, de pie, en ese momento, y no lo estaba mirando por un documental en la televisión. También tenía largo rato para observar a los tripulantes de la nave espacial.

Le agradaban los elfos, lo digería bastante bien. Estar cerca de ellos no le molestaba, a pesar de que Seshat hacía un gesto con el dedo (que indudablemente debía ser grosero) en dirección a uno de los paneles del tablero de Bastet para que él desviara los ojos y viera su reflejo.

Ysaak separó acertadamente a la tripulación en tres razas. Bastet tampoco era desagradable a la vista, y aunque era bastante parecido a lo que sin dudas debía ser la concepción masculina de un ente élfico (salvo por las orejas) notaba una clara diferencia entre él y los demás con su afinado olfato y su formidable sexto sentido. Fue por ello que inmediatamente, supo que debía temerle a alguien: Meinkherdt.

Sabía que, al menos para los suyos, era de confianza, que no era malo, o que no caía en la concepción específica de maldad prejuiciosa y/o predeterminada que tenía, pero había algo en él que le producía desconfianza. Supo, sin dudas, que no era por dentro absolutamente nada parecido a lo que sus ojos veían por fuera. Pudo detectar que incluso Varuuna le temía sin saber tampoco por qué.

Aun así, se reafirmó a sí mismo que no debía haber nada en Meinkherdt que los tripulantes de su propia nave no supieran y, si ellos le tenían

confianza, él entonces no tenía por qué tener miedo. Consolarse con eso lo tranquilizó.

Escuchó al gigantesco reactor sideral hacer un sonido similar al de unos pulmones llenándose de aire. De un segundo a otro, el rosario de estrellas que rodeaba el vitral se convirtió en delgados alambres brillantes.

Hathor se puso de pie lo suficientemente cerca de la puerta para que esta se abriera. Meinkherdt estaba de pie al lado suyo. El shah observó a Ysaak y a Varuuna.

—Vengan con nosotros, por favor. Y Seshat, acompáñanos tú también.

• • •

La luz proveniente de afuera bañó el oscuro camarote. Extrañamente, en vez de emitir una orden con su voz, tanteó la pared cercana a la puerta, en busca del interruptor de luz.

—Se lo he colocado yo mismo —se disculpó—. La luz de la nave es demasiado brillante, y esto me ayuda cuando medito. Ah, ya está.

Se prendió un pequeño foco color miel que les permitió ver la cama, la mesa y las sillas. La distante luz del universo detrás del ventanal también iluminaba un poco.

—Bienvenidos a mi cueva, muchachos.

El elfo se adelantó, contando las sillas y comparándolas con el número de invitados, cosa que lo hizo sentarse sobre la cama.

Toda su ropa estaba desordenada alrededor del suelo, había un revoltijo de zapatos a un costado, una revista arrugada en un rincón, calcetines, e incluso un aparato que parecía un secador de pelo.

—Fue desde esta cama que me llegó tu señal de auxilio, Varuuna. Me despertó.

El chiquillo arrastraba una silla para estar cerca de él.

—Lo siento mucho.

—Ni lo menciones. Fue todo un reto no abrir más la mente y ver el problema yo mismo, preferí desviar la ruta de la nave.

Ysaak los observaba, con fascinación.

Hathor alzó la cabeza lentamente y apartó sus largos cabellos de entre los hombros. Su silueta tenue y afilada le daba la apariencia de un príncipe.

—Bastet —invocó—, ¿te parece que ya...?

—Sí —contestó una voz que provenía de las paredes—. El radar de la

Sobek-Set no indica que Pumo haya enviado ninguna cápsula para espiarnos.

—Y si lo ha hecho, pues mala suerte, tenemos que proseguir como sea.

Meinkherdt hizo un gesto de aprobación.

—Ysaak —dijo—, toma una silla y acércate también.

Era la primera vez que el elfo le hablaba directamente. El tigre se sintió importante de un modo extraño.

—Me contaron mucho sobre ti. De más está decir que la hiciste buena.

Meinkherdt no lo demuestra, pero él está todavía más asombrado. La primera vez que le causaste problemas en el cráter, con tu amigo, ocasionó que se fuera a la nave nodriza corriendo a pegar con goma de mascar la primera cosa que encontrara en su caja de lego —repuso—. Obviamente, los subestimó más de la cuenta, o mejor dicho, no los subestimó porque hay que admitir que tuvo éxito en un principio. Lo que hizo fue subestimarte a ti. Jamás se imaginó que le ibas a voltear el esquema de ese modo. Si todo ocurrió como me lo han contado, entonces te felicito.

Varuuna intervino en ese momento, sin darse cuenta de lo desagradable que sería su pregunta:

—Pero entonces ¿por qué en todo este tiempo Pumo no regresó para matarlo?

El elfo y el hombre misterioso se quedaron callados, y la respuesta vino de quien menos se esperaba:

—Creo que lo hubiera hecho eventualmente...

Varuuna miró a Ysaak, asombrado.

—Además, quién sabe —prosiguió, con languidez—. Quizá estaba ocupado con otra cosa. Quizá sabía que iba a morir de un modo o de otro y ya no le importaba.

—Entonces es bueno que nosotros hayamos llegado —repuso Seshat—. Pensar que te pudimos haber salvado por los pelos... Aunque quizá no hubiera podido contigo ni siquiera la segunda vez.

Ysaak no pudo contener una pequeña sonrisa.

—Eres amable, pero lo dudo mucho.

—Me parece que esta vez iba a aparecerse en un «mecha» gigante con navajas, cañones y turbinas por todos los costados, yendo sobre ruedas de tractor —masculló Varuuna—. Lo soñé así una noche y era más grande que una montaña... Imaginé que así era como acabaría todo.

Hathor abrió una gaveta del mueble, extrajo una libreta en espiral y una pluma.

—Dudo mucho que sea así —opinó—, pero de todos no le des ideas, que no sabemos si todavía nos puede escuchar.

Hathor extendió entonces la libreta y la pluma a Ysaak.

—Dibújame a Pumo.

Seshat tomó su silla y se sentó al lado del tigre.

—Shah, ¿Varuuna no te pasó la imagen mental de él?

—No, porque debo cuidarme ahora más que nunca. Si sucede lo que temo, no estoy seguro de poder revertir el efecto.

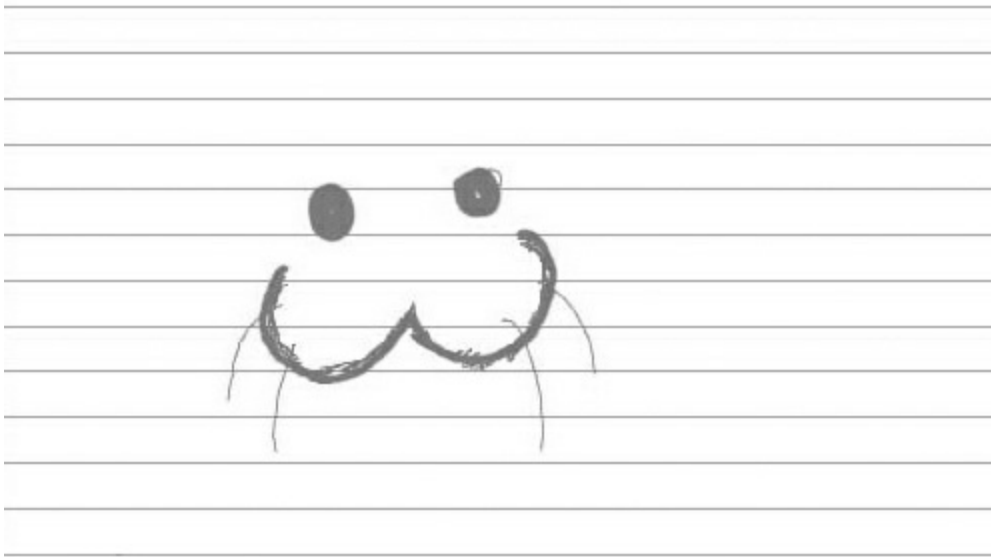
El elfo observó de nuevo ese desconcierto nervioso en el rostro del tigre.

—Seshat aclarará todas tus dudas más tarde, si así lo deseas.

Ysaak extendió sus grandes manos y tomó la libreta. Giró la tapa. Hathor tenía llenas muchas páginas con su letra delgada, prolija y hermosa, en un lenguaje que, obviamente, él no era capaz de leer. Se preguntó si, como solía escribir él en las últimas hojas de su cuaderno de clases, aquellas eran letras de canciones, o incluso ilustraciones que parecían tatuajes y que a menudo les regalaba a las chicas.

Llegó hasta una hoja en blanco y tomó la pluma.

La tarea no le tomó ni diez segundos:



Ysaak apretó la pluma contra la libreta y se la devolvió a Hathor.

No bien el elfo le dio la vuelta y observó la superficie del papel, profirió un gruñido.

—Maldita sea.

Meinkherdt, de brazos cruzados, miraba el dibujo.

—Yo también me lo temía, Hathor. Ahora está confirmado.

—¿Saben quién es? —preguntó Varuuna, nervioso.

Hathor meneó la cabeza, visiblemente afectado.

—No, no sabemos «quién», pero sabemos «qué» es. No lo juzgues como un individuo, porque sencillamente no funciona así. Es un ser pandimensional. ¡Pero maldita sea! ¿Qué hace esa cosa aquí y qué quiere?

—Hathor, yo estoy tan confundido o más que tú, pero todo lo que podemos hacer ahora es confiar en DIO y a partir de ahí, sacar una hipótesis —explicó Meinkherdt, con voz tranquilizadora—. Ni siquiera el Palacio de las Razas en la luna Prometeo te podría informar de nada porque ni ellos saben más que nosotros sobre los trandimensionales.

El niño escuchaba la conversación con terror creciente, perplejo ante aquella información que era incapaz de entender. Sus brazos empezaron a temblar.

Ysaak no pudo contenerse más.

—¿Qué sucede? ¿Qué quiere decir todo esto?

A Meinkherdt no le gustaba nada la ofuscación de Hathor, por lo que se sintió obligado a ser el nuevo anfitrión de la reunión:

—La información que poseemos de las formas de... No, no es realmente una forma de vida, de este «ser», de esta «fuerza», es muy escasa. Tú mismo te debes dar cuenta por mis tropiezos al tratar de explicarlo. Hay muchos tipos de criaturas que pueden venir de una dimensión alterna o sencillamente de otro plano. Hay, por ejemplo, seres astrales. En nuestro sistema solar tenemos una raza así: los fuegos fatuos o incluso los ángeles. Hay otras que vienen de planos más bajos (fantasmas, poltergeist). También existen entes formados de energía pura, como los gatos de Neptuno. Pero más allá de todo ello, mucho más allá, en los rincones de la nada, hundidos entre los abismos de los planos y las dimensiones, están los sinsentido cósmico: los seres pandimensionales. Sitios donde el tiempo no existe, ni tampoco los elementos, ni las leyes de la física o la energía. Es un... ¿Plano? ¿Dimensión? No es ninguna de esas cosas, porque ahí nada existe; la negrura no es negrura, lo negro no es negro, sino otra cosa... Es el color de la más absoluta nada, ni siquiera la materia oscura tiene cabida ahí. No existen los átomos o el vigor cósmico. Es lo único que (se supone) está más allá de la onda expansiva del gran Big Bang. Es... no puedo. ¡Nadie puede explicártelo pues es la contradicción absoluta! Pumo viene de ahí. De alguna forma ha viajado y de alguna forma está aquí, entre nosotros, y algo quiere de ustedes. Por

Dios...

—Un minuto —reclamó Seshat.

La chica se dirigió a Meinkherdt.

—Si lo que has dicho es cierto, ¿cómo es posible que tenga naves espaciales y que se haya procurado vehículos para sí mismo? ¿Cómo es que puede hablar y hacerse oír en este lugar? —cuestionó, golpeando la mesa con los nudillos.

—Lo único que se me ocurre —contestó, frotando su amplia frente— es que todo lo empezó a construir cuando cruzó el maldito túnel que ha conseguido abrir desde su «—» hasta el universo.

Hathor volvió a mirar el dibujo, pensativo.

—Eso también indicaría que ha creado su propia tecnología en el otro lado (este lado). Lo siento, Meinkherdt, pero me tengo que arriesgar, tengo que informar de esto a otras personas y varias de ellas están en el sistema solar.

—Haz lo que quieras, Hathor. Obviamente esto será un tema fascinante para más de uno.

—No voy a dar la gran voz, porque lo último que quiero es que la reacción inicial sea hacernos regresar a casa. Varuuna, lo siento mucho, no quería asustarte.

Hathor se levantó de la cama y se puso de rodillas frente a la silla del chico, que estaba temblando sin ningún disimulo, con la mirada más expresiva que el elfo jamás había visto.

Ysaak se portaba a la altura de las circunstancias, pero él sentía, con odio, que sus manos temblaban también.

—Si la hipótesis de Meinkherdt es cierta, entonces sus naves pueden destruirse. ¡Podrán estar hechas por «ese ser» todo lo que tú quieras, shah, pero están fabricadas aquí! Están «hechas en casa» —replicó Seshat, haciendo un círculo entre sus dedos, para representar del universo—. Podemos hacerlas volar en pedazos.

—Así es, Seshat, pero a Pumo no se lo puede matar por medios convencionales, sus naves fabricadas de este lado son una cosa, pero él sigue siendo él, ¿me explico? Por no decir que en este caso la palabra *matar* ni siquiera aplica, es una falacia científica. Eso será un problema gravísimo.

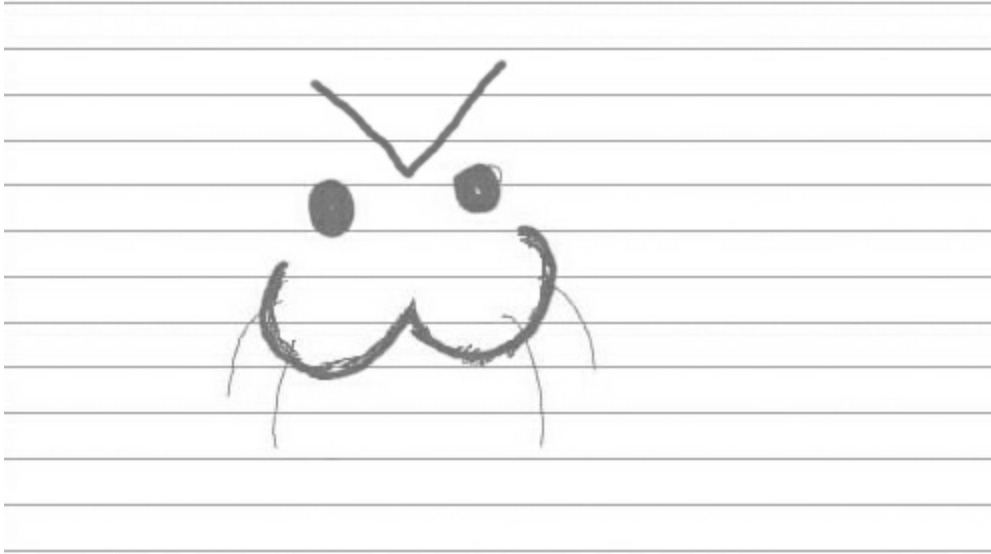
Como si intentara salir en defensa de la línea de pensamiento de la elfa, Ysaak interrumpió, con el tono de voz más moderado del que fue capaz:

—Él es más parecido a nosotros de lo que ustedes creen.

Las miradas se posaron sobre él.

—¿Qué quieres decir?

El tigre tomó la libreta y la pluma de las manos de Hathor, la abrió, buscó rápidamente su propio dibujo e hizo una pequeña modificación:



Sostuvo la libreta ante la vista de todos.

—Se enoja.

—Igual que nosotros —repuso Seshat.

—Sí. No quiero que suene gracioso, pero de algún modo, es sensible a las porquerías que hace la gente.

Por el modo en que Hathor y Meinkherdt lo observaron, Ysaak sintió que en vez de colaborar, lo que había hecho era poner la gota que rebalsa el vaso en cuanto a la mala noticia del día. Hathor frotó la cabeza de Varuuna y se puso de pie.

—Tenemos mucho de que hablar y mucho que resolver. Chicos, nos tendrán que disculpar.

Como si la avanzada computadora de la nave pudiera descifrar sus designios, la puerta del camarote se abrió de par en par.

—Seshat, acompáñalos y cenén juntos.

SESHAT E YSAAK CONVERSAN

Consolar a Ysaak y a Varuuna era algo que la elfa no hacía por diplomacia sino porque era su naturaleza. Tal vez fuera una cuestión de madurez (o más bien de falta de...), pero su modo de inyectar ánimos al tigre y al pequeño dragón era decirles que «patearle el culo al invasor» era muy factible y que podían hacerlo.

—Van a pensar en algo, que de eso no les quepan dudas.

Ysaak era lo suficientemente listo como para no mostrarse tonto ni irascible y por ello asentía y le devolvía sonrisas a Seshat cada vez que percibía que decía lo que decía por él y por Varuuna, quien en cambio la escuchaba con renovadas esperanzas que, al felino, lo deprimían.

Había algo en toda esa situación que conseguía acallar la vertiginosa sensación de estar ahí y haber hecho lo que jamás nadie en la historia de su mundo había siquiera soñado con hacer, por lo menos durante los siguientes cien años (por el Gran Arión, ¡estoy en el espacio, fuera de mi sistema solar!), como por ejemplo, que Hathor les hubiera devuelto las esperanzas.

Aquella terrible resignación se esfumaba y en su lugar regresaban los nervios, la incertidumbre de si se iba a lograr algo o no.

Seshat apartó una silla para Ysaak y otra para Varuuna, a su lado.

—Por favor...

La chica se colocó frente a ellos.

—Este es un momento delicado —repuso, intentando sonreír—. Vamos a comer y, como somos parecidos (dentro de lo que cabe), estoy segura de que a ustedes les gustará lo mismo que a nosotros. Al menos somos de carne y hueso, a diferencia de otros, ¿no?

Se percató de que haber dicho algo que les recordaba a Pumo no había sido lo más conveniente antes de la comida, pero ambos le sonrieron.

La chica se rascó la cabeza, un poco nerviosa. Si aún no había metido la pata procuraría que no se repitiera la oportunidad más adelante, dado que

solía pasarle a menudo.

Tocó la superficie pulida de la mesa y el metal se transformó en un monitor en el que apareció un recuadro negro con varios ítems escritos en letra élfica. Seshat ni siquiera tuvo que volver a tocarla, simplemente dijo con voz clara «carne con papas». Una melodía salió de las paredes.

—En cinco minutos va a estar la comida, aunque no va a estar tan buena como la de su planeta —advirtió—. Es comida duplicada. Siempre falta algo con la comida clonada.

Varuuna e Ysaak cruzaron una mirada.

—Supongo que es el equivalente a nuestra comida instantánea de microondas.

—¿De qué?

—Olvidalo —se excusó, negando con la cabeza—. Es algo que ustedes dejaron de usar hace quinientos años, seguramente.

Varuuna se rio mientras que Seshat se sonrojaba.

Al cabo de un rato y varias preguntas (entre las que destacaron «¿Hay turbulencia en el espacio?» de Varuuna y «¿Estamos almorzando o cenando?» de Ysaak) terminaron la comida.

La porción de carne fue, obviamente, suficiente para Seshat y para Varuuna, que era pequeño, pero ni por asomo para Ysaak, pero le daba vergüenza decírselo a la elfa. Pensó que a Tabi le hubiera dado risa verlo comer ese plato.

Lo peor fue tener que maniobrar con toda la delicadeza que pudo para sostener ese tenedor tan pequeño y ese cuchillo que le parecía un juguete.

Más tarde, Varuuna le pidió permiso a Seshat para ir al centro de mando de la nave (lo que vendría a ser, en su vocabulario, «la cabina»). La elfa no se lo negó.



Cuando el chico se marchó (al parecer conocía bien su camino por la nave y si no, no demostraba que le importara perderse) se quedaron a solas con Ysaak, sentados frente a frente, sin decir nada.

El tigre de vez en cuando la inspeccionaba sin que ella lo viera, pero a veces sus miradas se encontraban y entonces ambos veían a otro lado. Había situaciones que, a pesar de la distancia, eran iguales entre mundos distintos.

Sin embargo, ya sentía que se estaba acostumbrando a la visión. Seshat no era desagradable a la vista, no era en absoluto un bicho verde, cabezón y de dedos largos que da miedo mirar, pero se sentía extraño, y le fascinaba el hecho de que la elfa, en cambio, no sintiera lo mismo hacia él. Ella lo observaba con curiosidad, pero no con la tensa expectativa con que la miraba Isaak. Dedujo que era porque estaba acostumbrada a ver otras especies.

Entre comentarios breves y respuestas triviales, el silencio se estaba haciendo prolongado otra vez y una fiera social como Ysaak no iba a caer tan bajo, aun ante una acompañante extraterrestre.

—¿Dónde vives? Algo que escuché me sugirió que viven en lunas...
¿Cómo es eso?

Seshat sonrió, le gustaba esa pregunta.

—Venimos de un lugar que se llama Titán. Es grande, pero es una luna que pertenece a un planeta gaseoso enorme al que se llama de muchas maneras, pero nosotros le decimos Saturno.

—Impresionante.

La exclamación del felino era completamente sincera.

—Es parecido a tu mundo, pero tiene muchas diferencias. La flora es íntegramente verde... Ustedes en cambio, tienen una variedad más... digamos más grande.

—Si dices «rara», no me ofenderías.

—No, no —replicó, sonrojándose—. Es que en mi vida había visto un árbol con hojas azules. Flora hay en muchos mundos. Existe cuando las condiciones químicas se dan para ello, solo que hay variaciones muy pequeñas que hacen que sea distinta en algunos planetas.

—Lo imaginaba, pero aplicado al agua.

—¿Al agua?

—Que en los mundos donde hay agua en estado líquido hay una probabilidad inmensa de que haya vida. Eso lo dicen mucho en Yóvedi.

Seshat asintió.

—Exactamente.

—¿A cuántos mundos están unidos ustedes?

—¿Cómo?

—¿Son como una cadena de lunas, no?

—Oh, nos limitamos a los mundos de nuestro sistema solar.

—¿Y cuántas razas hay?

La elfa juntó las cejas, con vergüenza.

—A ver... Están los elfos, los ogros, los de Io, los de Porcia, están los zellas, están los, hmm... —observó de vuelta a Ysaak, con curiosidad, y luego volvió a verse los dedos—. Creo que somos muchos.

Para minimizar el vergonzoso hecho de que el chico creería que, tecnología de por medio, ella era una ignorante total, remató con una afirmación para intentar salvarse: «somos unas ocho o nueve especies».

—Y cada quien vive en su luna...

—O planeta, pero de estos últimos hay pocos que estén habitados. Eso me recuerda que olvidé mencionar a los fuegos fatuos de Urano, que es un mundo que parece gaseoso pero no lo es.

Ysaak asintió, mirándola. Seshat decidió devolver la pregunta:

—¿Y ustedes?

—Somos doce especies en Yóvedi. Están las razas primarias (que dividimos en dos grupos: felinos y caninos) y el resto, para hacerlo más fácil.

—Es impresionante, no venimos de contextos tan distintos. ¡Ah! No te lo he mencionado, ¿sabías que hay mundos donde existe solo una especie?

—¿Una especie?

—Sí, masculina y femenina, pero ambos son de la misma especie. Qué raro, ¿no? Es decir, en mi raza hay elfos y elfas, sí, pero gracias a las otras lunas nunca he crecido en un ambiente tan... restrictivo, ni tampoco me lo imagino ¿puedes creerlo? Para ellos todo es igual.

Ysaak asentía, sorprendido.

—Hay elfos oscuros y elfos albinos, y también otras variaciones. Pero físicamente conservamos los mismos rasgos.

—Es lo que sucede con nosotros... —repuso el chico, sonriendo.

—¿Cómo?

—Hay una variedad inmensa en Yóvedi —afirmó—. Puedes encontrar chicos que son exactamente como yo, pero amarillos.

—¿Quieres decir que en tu especie no son todos blancos con rayas negras, como tú?

—No, hay amarillos con rayas negras. También puedes conseguir blancos sin rayas, pero hay pocos. Esos serían los albinos.

—Es... —hizo una pausa, mordiendo suavemente su dedo índice—. Impresionante. Cielos, cuánta variedad.

«Y todo... Todo eso está a punto de desaparecer» pensó ella, viendo su propio reflejo en los ojos de Ysaak.

Hubo un rato de silencio reflexivo.

Al cabo de un rato fue Ysaak quien volvió a romper el hielo. Seshat se sorprendió a sí misma jugando con los pulgares.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—C...claro —afirmó, levantando la cabeza.

—¿Quién es ese sujeto de negro que acompaña a Hathor?

—¿Sujeto? ¡Meinkherdt! Meinkherdt Hallyfax. El segundo al mando de la Sobek, es mi jefe, y de Bastet y Neftis también.

—Él no es un elfo...

—¡Para nada!

—¿Te importaría decirme qué es? No quiero ofender a nadie, pero no deja de llamarme la atención. Me parece muy... peculiar.

Seshat se lo quedó viendo...

—¿Qué es lo que te llama la atención de Meinkherdt?

—No lo sabría describir.

—Te inquieta, ¿verdad?

—¿Quieres una respuesta honesta? Lo hace. No me agrada.

La chica asintió y se quedó en silencio por un rato. Cuando comprendió que le tocaba replicar, se apresuró a hablar como si hubiera salido de un sueño momentáneo:

—Lo que pasa es que Meinkherdt es un hapalokiano.

Y hubo otro momento de silencio, como si aquello hubiera sido lo más elemental del universo.

—Oh, y claro, uno más de la lista de especies del sistema solar... Están los hapalokianos. Sorprendente que me haya olvidado de ellos. No es raro que te entren «vibras» cuando los ves; tienen un poder terrible, son capaces de... fundir tu mente.

La elfa se puso un dedo sobre la sien, e imitó el sonido del aceite hirviendo.

—Y no solo eso, pueden hipnotizarte, pueden ponerte visiones en la cabeza, pueden hacerte cosas muy malas. Vienen de las lunas Adrastea y Amaltea, ambas de un planeta llamado Júpiter. Son lugares mineros y con sistemas de túneles intrincados y profundos, sin nada en la superficie. No iría para allá ni aunque me pagaran el peso de la nave en oro, amigo...

—Y... Meinkherdt viene de ahí...

Seshat levantó las dos manos, al darse cuenta de lo que le había dado a entender a Ysaak.

—Pero «Meinkhie» es «Meinkhie», no te hagas problemas, no haría nada. Hathor pondría las manos en el fuego por él, y si él pone las manos en el fuego, entonces yo también. Verás, Meinkherdt es un pionero, y ha hecho más por los hapalokianos de lo que ellos han hecho por sí mismos como especie. Pero son necios... No los tenemos como a unos parias (como los fuegos fatuos, con quien hemos roto relaciones por... acontecimientos pasados), pero son muy reservados. Son muy... Muy tradicionalistas, van, muy a lo suyo, por decirlo de algún modo. Sin embargo, Meinkherdt ha desmitificado mucho a los hapalokianos ante Titán, ha hecho un gran trabajo, y ha sanado mucho el daño que causó uno de ellos en el pasado. Sin embargo falta demasiado, la gente los ve mal y les teme... Y esto último admito que con razón.

—Entonces él es bueno.

—¡Es muy bueno! —afirmó con vehemencia—. Solo tienes que acostumbrarte, porque sé que se siente como estar cerca de un tiburón. A mí me costó bastante, porque además yo venía con un prejuicio formado, pero eso ha acabado. Yo pongo las manos en el fuego por Meinkherdt también.

—Te confieso que me alivia saberlo.

Seshat asintió.

—Él... no es como parece, ¿no? Espero que entiendas mi pregunta...

La chica bajó las comisuras de la boca y le dio la razón con la cabeza.

—Sí. Su cara no es la que tú ves... Está usando una máscara.

—¿Cómo es debajo?

—Quizá... no quieras saberlo, pero digamos que es, bueno, es color malva, y tiene unos ojos muy raros, como unos huevos estrellados de color púrpura brillante. Y en vez de boca tiene tentáculos. Los hapalokianos son muy... —hizo una pausa y torció la boca— particulares.

Al ver la cara de Ysaak, Seshat prosiguió con rapidez:

—Puedes oírlo hablar porque utiliza un dispositivo de voz. Pero ellos se comunican mentalmente. Soy completamente franca si te digo que a mí no me importaría ver la cara de Meinkherdt todos los días ni que me regañara por... ondas mentales. De veras, no a estas alturas. Pero él mismo ha elegido lo que ha elegido. Además, aun sin quererlo, podría lastimar a cualquiera que no fuera Hathor si se le va la mano, y conociendo a Meinkherdt, primero querría atravesarse el corazón antes que hacer algo así... Él es muy pesado con ese tema, muy, muy delicado, y por lo general nosotros mismos lo tratamos con mucho cuidado, aunque a veces es imposible evitarlo. Es un asunto entre Hathor y él por el que incluso han tenido peleas.

Ysaak sintió una curiosidad imperiosa de preguntar por qué, incluso se sorprendió a sí mismo a punto de hacerlo, pero se contuvo. No quería parecer entrometido ni poner a la elfa en la situación de decirle que eso era un asunto privado.

—Ya veo... —musitó.

—De lo que puedes estar seguro, Ysaak...

Se sorprendió de su profunda mirada y el aplomo con que empezó a marcar sus palabras:

—Es que ellos van a hacer absolutamente todo por resolver este problema. Hathor y Meinkherdt son un dúo tremendo. Y el resto no nos quedamos atrás. Vamos a dar pelea hasta el cansancio. Aquí el sorprendido va a ser otro, te lo

aseguro.

Ysaak meneó la cabeza lentamente.

—Creo que jamás sabré cómo se lo podemos agradecer, logren salvarnos o no. El gesto de ustedes me llena mucho, es francamente más de lo que puedo expresar...

—No digas eso, dará resultado.

A pesar de que el chico no dijo más nada, Seshat pudo leer en él que no se mantenía optimista... La conversación en el camarote de Hathor seguramente había contribuido bastante a ello.

—Ustedes son impresionantes —dijo, como si no quisiera que su desesperanza se confundiera con subestimación—. Son todo aquello que nosotros aspiramos ser.

—Y dentro de poco, nos verás atacando. Vamos a darle su merecido al derecho y al revés.

Hubo un nuevo rato de silencio, pero esta vez cargado con la animada electricidad de los comentarios anteriores.

—¿A qué te dedicas tú?

—¿Hm?

—¿Cuál es tu rol en esta nave?

—Yo soy la piloto.

Ysaak abrió los ojos de par en par, sorprendido. Seshat lo notó e infló el pecho de orgullo.

—Y también hago labores de ingeniería, aunque el ingeniero oficial sea Bastet y, oh, me lleva el diablo, otra raza que se me olvidó mencionar: los vampiros, si fuera un poco más tonta, se me habría olvidado mencionar también a los elfos, fíjate tú.

—Son casi idénticos a ustedes... ¿no?

—¿A los elfos? Depende. Físicamente, sí. Un elfo puede ser un vampiro también. Pero hasta ahí llegan las similitudes.

—¿Por ejemplo?

—Pues, ellos beben sangre y son eternos. A menos, claro, que los maten, pero eso no es nada fácil.

Ysaak se quedó de piedra.

—¿Son eternos?

La elfa asintió.

—Bastet tiene más de doscientos años, aunque en tiempo de vampiro eso no es nada. Los elfos podemos vivir doscientos también sin muchos

problemas.

Para Ysaak, el ciclo de años tenía un nombre y una equivalencia distintos a los de Seshat, el traductor se encargaba de calcular matemáticamente en su lenguaje. Sin embargo, la idea de que hubiera seres que podían optar por la inmortalidad iba más allá de su capacidad para sorprenderse.

—¿Cuál es tu promedio de vida?

—Nosotros podemos vivir doscientos años, también.

—¡Genial! No es por nada, pero me parece un tiempo bastante decente, ¿no crees? Aunque en el sistema solar hay especies que viven mucho menos que eso, los ogros son los primeros que se me vienen a la cabeza.

—En Yóvedi hay diferentes períodos de vida también, pero por lo general casi todos tenemos una esperanza de ciento cincuenta a doscientos años (a excepción de los cánidos, que viven un poco más de cien). Sin embargo, la expectativa de vida ha aumentado bastante durante el último siglo. Por cierto, ¿me dijiste que Bastet bebe sangre?

La elfa sopesó lo siniestro que podía ser tal detalle para él, pero continuó sin darle mucha importancia.

—Sí, pero la tecnología provee. Los vampiros forman varias de las sociedades más respetadas del sistema solar y algunos ocupan puestos clave en la política. Son seres muy finos, muy aristocráticos.

Finalmente, y tras una breve pausa, no se pudo resistir...

—Si te dijera de qué se alimentan los hapalokianos...

—¿De qué?

Seshat miró a los lados disimuladamente.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Seguro.

Acercó su cabeza despacio, con los ojos bien abiertos.

—Cerebro.

—¿Eh?

—Se alimentan de cerebros.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Eso es lo que come Meinkherdt todos los días?

—Sí. Aunque como te dije antes, la tecnología provee. Si no, hace tiempo que habríamos tenido un problema.

Giró los ojos, miró hacia abajo y agregó:

—Aunque eso hace que Meinkherdt nunca coma con nosotros, por razones obvias. Es un poco triste, si me lo preguntas.

A Ysaak le gustaban las historias de terror, sobre todo las de terror psicológico. Pero en ese momento decidió que no quería saber nada más al respecto.

—Entonces, eres la piloto...

—En efecto.

—¿Alguna vez te has metido en problemas?

La elfa enarcó una ceja.

—¿Te refieres a que si he volado borracha?

A Ysaak le provocó un acceso de risa que apenas pudo controlar. El traductor de la elfa obraba maravillas, pero si las palabras habían sido traducidas correctamente, eso quería decir que en Titán también conocían el licor. Al parecer, el alcohol era también una presencia poderosa en el universo.

—Me refiero a que si casi chocas con un... meteorito, o si has perdido una... hmm, ¿turbina? ¿Usan eso? Lo pregunto porque yo he pasado buena parte de mi vida conduciendo una motocicleta y, eh, no es que esté comparando ni mucho menos —admitió—, pero he estado a punto de estrellarme una que otra vez y el choque me habría dejado en el hospital un par de semanas.

Seshat juntó las dos manos y se puso a pensar.

—He tenido problemas, un par de veces —reflexionó—, pero creo que fueron muy diferentes a los que has podido tener tú. Digamos que lo más horroroso que te puede pasar a bordo de una nave espacial es que te atrape un agujero negro, pero eso es imposible. El sistema de la nave apagaría los motores varios años luz antes incluso de acercarse accidentalmente a uno y, para proseguir a partir de ese punto, habría que desactivar todas las computadoras. Lo mismo sucede si me pierdo, la Sobek avisaría que estoy extraviando el rumbo.

—Supongo que es a prueba de todo, ¿no?

—A prueba de todo, sí.

Hubo varios segundos de silencio, como si ambos estuvieran reflexionando.

—Oye, Seshat.

—¿Sí?

—Alguna vez... ¿Has entrado en combate? Con la nave...

La pregunta la tomó por sorpresa, en especial porque sintió que el chico estaba buscando algo con sus palabras.

—Sí, pero pocas veces —contestó, sin ningún orgullo—. Una vez pusimos en su lugar a unos piratas que, obviamente, no sabían quién es el shah, ni tampoco Meinkherdt.

—¿Te encargaste tú del problema o se encargaron ellos?

—Me encargué yo, pero Bastet estaba conmigo. Destruí sus motores y los dejamos varados. Hathor los remolcó después, pero les quitamos todo lo que tenían de valor. Si todavía no lo sabes, es hora de que te enteres: nosotros somos piratas también. Así que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. En este caso, ellos eran ladrones muy tontos, pues empezaron el problema.

—¿A tu... gobierno no le importa?

—En el sistema solar recibimos un nombre más diplomático, «cazatesoros». Claro que el hecho de que el shah de la nave sea Hathor ayuda enormemente a nuestro prestigio. Él es muy famoso allá. ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿A qué vino tu pregunta?

—Es que, cuando estábamos hablando allá atrás, en el camarote de Hathor, tus palabras me dieron mucho más ánimo que las de ellos.

La elfa se sintió orgullosa. Quiso decir algo, pero dejó que el tigre prosiguiera:

—Y eso me ha llevado a pensar que quizá estemos más seguros contigo. Dicho esto, Ysaak sonrió.

—Puede parecer tonto pero por eso te pregunté si sabías lo que era estar en combate. Yo personalmente no tengo idea y no quiero sonar como un mocoso que no sabe lo que dice, pero quiero intentarlo, y si para sonar razonable tengo que agregar algo más, diría que yo también quiero ayudar.

Seshat miraba a Ysaak con la contrariedad de quien intenta esconder un intenso rubor. Afortunadamente, ella no tuvo que decir nada, pues él se lo facilitó:

—También lo digo por otra cosa...

—¿Qué es? —preguntó, con voz vacilante.

—Es mi otosa.

El traductor funcionó a su modo. A Seshat le llegó la palabra *otosa* tal vez como padre, tal vez como cuidador.

—Fue secuestrado por Pumo.

En ese momento y sin siquiera proponérselo, la elfa recordó. Las cosas

encajaban. Volvió a escuchar a Bastet diciendo: «*Hay nueve millones de seres*», y después la exclamación de Neftis, horrorizada: «*Dios mío, están siendo víctimas de una invasión*».

—Lo sé —contestó entonces la elfa, suavemente.

Ysaak subió las orejas y la miró con renovado interés.

—Están en una nave espacial con forma de anillo.

—¡Sí! ¡Exacto! ¡La misma que estaba sobre Yóvedi aquella noche!

Por alguna razón, le encantaba tener la confianza de Ysaak. Y fue por ello que no dejó que las cosas llegaran más lejos de lo que debían:

—Quisiera decirte que podemos hacerlo, yo misma me ofrecería a conducir la nave en una misión así, y te aseguro que me encargaré de que los otros lo tengan en cuenta, pero no sé si será posible, Ysaak.

No quiso ver su rostro, así que bajó la cabeza.

—Yo que tú, le preguntaría a Meinkherdt. Él te puede decir si es factible.

Afortunadamente, no tuvo que escuchar decepción en la voz de Ysaak (una simple palabra hubiera sido suficiente para poner su ego por el suelo), porque se escuchó un pitido, seguido de la voz de Bastet.

—Necia, te esperan en la cabina, Hathor y Meinkherdt están acá. Trae a Ysaak contigo.

PRELUDIO AL COMBATE

Seshat e Ysaak entraron uno tras el otro a la cabina; el silencio era tal que fue evidente que los estaban esperando para comenzar.

La sorpresa al ver lo que estaba flotando cerca de Hathor no fue solo de un confundido Ysaak, sino sobre todo de la elfa.

—¿Ese es DIO!? —exclamó, con pálido rostro.

Una enorme esfera negra, dividida horizontalmente en el centro por una franja que despedía luces extrañas y titilantes. Estaba llena de monitores holográficos dividiéndose, multiplicándose, desapareciendo y reapareciendo, cada uno enfocando no solo el rostro de cada persona presente, sino de varias partes de la nave, flotaba justo detrás de Hathor, era como la extraña visión de un sirviente futurista. En una de las pantallas aparecieron los rostros de Seshat e Ysaak.

—Sí —contestó Hathor, tranquilamente—. Los hemos llamado porque tomamos una resolución. Empecemos por las cosas en orden de importancia, ¿están preparados?

—Sí.

—La primera es que Bastet ha hallado una forma de crear un campo dimensional que cambia de frecuencia cada trece segundos.

El elfo giró la cabeza y miró al ingeniero. Este entendió el gesto y tomó el banderín:

—Lo más complicado fue programar la computadora para que enlazara frecuencias al azar en vez de hacerlo una por una, cosa que me llevaría meses y no sería práctico. Algo me dice que el enemigo tiene más paciencia que yo. No voy a decirles que es imposible que los escuche, pero sí va a ser endemoniadamente difícil; no bien logre desbloquear una señal, otra ocupará su lugar.

Guardó silencio, satisfecho de sí mismo.

—Te felicitamos. Ahora tú, Neftis.

La elfa se puso de pie.

—Hemos puesto a funcionar a DIO después de veinte años de haberlo desconectado. Los que sean parte de la tripulación entenderán lo que significa; los que no lo sean, lo sabrán a su debido momento. Lo cierto es que Meinkherdt estuvo de acuerdo y yo le doy la razón: las circunstancias lo justifican y el shah lo ha aprobado. No tenemos información alguna sobre el enemigo más que cierta teoría, y es una teoría antigua para ser francos. DIO está recabando información ahora mismo, mientras hablamos, y su tecnología tecnotelepática es capaz de alcanzar fronteras que quizá al mismísimo Hathor le estén vedadas. Es nuestra última esperanza para saber más sobre quién es realmente Pumo, de dónde viene y qué quiere del planeta Yóvedi.

Dicho esto se sentó y miró de vuelta a Hathor.

—Ahora yo.

Levantó una mano para rascarse tras la cabeza y cruzó los brazos.

—Ni bien acabe esta conversación, regresaremos a Yóvedi con un plan de ataque que presentaré al shah Boltar. DIO va a tardar cuatro o cinco días en recabar la información necesaria. Sé que parece mucho, pero si bien todos los rumores que han escuchado son ciertos, el hecho es que por más que sea una computadora creada por los antiguos, no es cuestión de apretar un botón y pedir cualquier cosa. Normalmente, y por sentido común, Meinkherdt y yo (y Meinkherdt mucho más que yo) aguardaríamos primero el diagnóstico de DIO antes de emprender cualquier ataque, pero desconocemos de cuánto tiempo disponemos puesto que la cuenta regresiva para el fin de Yóvedi está en marcha. No sabemos cuándo Pumo se decidirá a destruir el planeta. Un general yovediano muy brillante llamado Argos, al servicio del shah Boltar, dice que todo acabará ni bien finalice una edificación extraña que se lleva a cabo al lado de una ciudad conocida como Solares. Ysaak, creo que aquí entras tú, pues me parece que bien sabes de qué se trata.

El chico levantó la cabeza, con dignidad.

—Sé de lo que habla pero no sabría decirle qué es exactamente. Parece una fortaleza y crece a cada segundo.

Hathor asintió.

—Nosotros la vimos también. Pero tú estabas ahí el día que Pumo abrió los cráteres donde se inició la construcción. Meinkherdt, que hablará con Argos ni bien arribemos a Yóvedi, está de acuerdo en que esto, sea lo que sea, es un punto clave en toda esta historia. Y como bien has dicho, el hecho de que esté creciendo segundo a segundo no tranquiliza a nadie. Por eso

vamos a atacar sin ninguna estrategia preventiva. ¿Meinkherdt?

El hapalokiano se tomó unos segundos antes de hablar.

—Le presenté al shah un plan de asalto rápido y lo ha aprobado. Él discutirá con los líderes yovedianos al respecto. Recargaremos la energía de la Sobek-Set utilizando minerales. Después, atacaremos la fortaleza utilizando láseres con fuerza de arrojo 9. El arma más poderosa de la que dispone la Sobek-Set.

Guardó silencio esperando que los demás digirieran la información.

—No sabemos cuál va a ser la reacción de Pumo cuando hagamos esto. Cualquier cosa puede pasar, obviamente. Lo que deseamos es amedrentarlo y que se marche del planeta. ¿Bastet?

El vampiro intervino nuevamente, como si supiera la parte del diálogo que le tocaba. Bajó las piernas del tablero y miró a todos fijamente.

—Cuando Meinkherdt me habló de su plan, le pedí que me incluyera en la cita con este general Argos —explicó, viendo a Ysaak—. De científico a científico. Yo también quiero hablar con él para que me dé información que nos ayude a trazar una estrategia, que servirá en caso de que suceda lo que creo que puede suceder. Aquí también entras tú, Seshat.

—¿Qué tengo que hacer?

—Neftis va a maniobrar la Sobek-Set, porque a ti te voy a necesitar en las baterías. Vamos a hacer un poco de tiro al blanco contra unos objetos que los yovedianos han bautizado como los «cubos obreros» de Pumo, que pueden ser peligrosos si dejas que se acerquen lo suficiente. Vamos a tener que destruir unos cuantos, que bien podrían salir a cazarlos ni bien carguemos contra sea lo que sea que están construyendo en las afueras de Solares.

Seshat asintió con firmeza. Hathor, también.

—Si todo está dicho, entonces marchemos rumbo a Yóvedi nuevamente.

—Un minuto.

—¿Sí, Seshat?

La elfa miró a Ysaak y luego al frente.

—Tengo una duda que necesito exponer. Es con respecto a la gente que ha secuestrado Pumo, que está en la nave con forma de anillo que vimos sobre el polo norte.

El tigre levantó la cabeza.

—Ahí permanecen nueve millones de yovedianos. Shah, ¿hay forma de rescatarlos? Meinkherdt...

Fue más que suficiente pronunciar aquel nombre para formular una

pregunta que no necesitaba ser dicha.

Como el líder que era, Hathor estaba a punto de contestar, pero el hapalokiano, tanto por estrategia como por ser su amigo, lo interrumpió justo a tiempo ya que, después de todo, a él era al que mejor se le daban esas situaciones y podía decir lo que tenía que decir mejor de lo que lo haría Hathor.

—A menos que se presente una situación excepcional, la respuesta es no. Seshat apretó los puños, bajando la cabeza.

—Tú misma lo has visto. No es una nave convencional, como la Sobek-Set, y has oído también lo que se habló en el camarote del shah. La computadora los detectó porque sus avatares están ahí, pero nadie puede afirmar con seguridad dónde están realmente estas personas.

—Bien...

Cuando la elfa empezaba a reunir valor para mirar atrás, Hathor volvió a hablar:

—Hay algo que se me olvidó decirles.

—¿Shah?

—Recuerden ahora y siempre: yo los he obligado a hacerlo y los amenacé incluso con hacerles daño si no obedecían. Eso es lo único que van a declarar cuando volvamos al sistema solar. Lo que pase conmigo es mi problema. ¿Ha quedado claro?

—Sí —contestaron varias voces al unísono.

—Seshat, si tienes a bien pon rumbo a Yóvedi.

• • •

Backlava observaba el globo terráqueo en la semioscuridad, girándolo lentamente con los dedos. El objeto estaba apoyado sobre una mesa, el gemido de los tornillos oxidados lo acompañaba.

El general Argos se encontraba de espaldas a él, frente a la ventana, viendo en dirección a la bruma que rodeaba las montañas. La luz lunar creaba una compleja orquesta de sombras en su arrugado rostro. Su respiración era casi inaudible y su viejo cuerpo estaba enfundado en una larga gabardina militar llena de insignias.

El coronel suspiró suavemente, mirando su reloj, casi al mismo tiempo que tocaron con delicadeza la puerta.

Sin esperar confirmación, una gata color gris, cargando una bandeja con

dos tazas humeantes, cruzó el umbral. Colgando alrededor de su cuello llevaba un cordón en el que llevaba sujeta una libreta y, adherido a ella por la espiral, un bolígrafo. Colocó la bandeja sobre la mesa y se inclinó, haciendo una reverencia respetuosa ante el lobo. La félida tomó la libreta y escribió ávidamente sobre ella.

¿DESEA ALGO MÁS?

Backlava meneó la cabeza, e hizo un gesto circular con la mano.

Ni bien atravesó el marco de la puerta cuando otro sujeto se abrió paso. Un perro uniformado que caminó firmemente. Sus pisadas fueron quizá el único sonido con cuerpo que se había escuchado desde hacía horas.

Se irguió, hizo una seña elegante y, con una libreta idéntica a la que usaba la gata, giró una hoja y empezó a escribir.

Tardó lo suyo, pero finalmente la dio media vuelta y la mostró:

Las estaciones están cerradas, coronel. Las luces en el silo de refugiados se apagarán en diez minutos.

Todo en orden.

—¿Para qué pierden el tiempo? —musitó Argos.

El perro levantó la cabeza para observarlo de manera acusadora. Backlava no se inmutó.

—Si él tiene la capacidad de escuchar cualquier cosa que digas, las probabilidades apuntan a que también tiene los medios para leer lo que escribes —suspiró, con su cálida voz temblorosa—. Están perdiendo el tiempo y no solo eso, sino que hacen las cosas más difíciles para nosotros.

—Puede retirarse, sargento.

El militar repitió el saludo marcial ante el anciano y se marchó.

—Sabes que están haciendo lo mejor que pueden, ¿verdad?

—Pero no están siendo inteligentes.

Backlava soltó un gruñido de resignación.

—¿Tú crees que pueda leernos también?

—Sí. ¿Cómo dicen ustedes, los jóvenes hoy? «Yo apostaría» que puede hacerlo. ¿Y tú qué opinas?

—¿Esa es una indirecta para desdeñar mi inteligencia?

Las arrugas alrededor del hocico del anciano se retrajeron, tal vez era una sonrisa.

—No —contestó, con candidez—. Pero aprecio tu opinión porque representas «el otro» modo de ver las cosas. Me da curiosidad saberlo.

—Yo también apostaría que sí puede vernos.

El general dejó salir una pequeña exhalación, tomó su bastón, que estaba apoyado sobre el marco de la ventana, y dio media vuelta, lentamente.

Backlava lo observaba.

—Me preocupa un poco que no hayas dormido, ¿por qué no descansas?

—¿Estás loco? —reprochó el general, con carácter—. Es la primera vez en mi vida que estoy tan emocionado. Haría falta un guionista para imaginar todo lo que ha pasado en este planeta. ¿No estás emocionado tú también?

—Sí.

El lobo meditó la frase pero no quería decir algo imprudente dado el ente omnisciente que los acechaba:

—Tal vez más de lo que debiera.

• • •

Boltar acariciaba el rostro de Xaphan, su protegido. Apoyado en la pared del otro lado de la puerta (escuchando atentamente lo que sucedía adentro) se hallaba Zagan, un lince, también su protegido. El chico tenía una gélida expresión marcada en los ojos.

En Yóvedi, el sistema familiar funcionaba de un modo muy distinto, por ejemplo, al de los habitantes de ese mundo del que hemos hablado ya, que existió en otro lugar y otro tiempo, llamado la Tierra.

Las familias no estaban integradas por miembros que compartían lazos de sangre, sino por adopción. Eran pequeñas manadas, donde en la mayoría de los casos, el líder era alguien que desempeñaba el rol de padre.

La mano grande de Boltar pasaba sobre la cabeza mullida de Xaphan, sus orejas volvieron a levantarse. A pesar de su juventud, el chico lo superaba ya en estatura. Sin embargo, se podía ver, por los ángulos de su rostro, que seguía siendo un cachorro.

Se hallaba aterrado, aterrado porque su otosa, su protector, se iba a ir, y algo en su instinto lobuno le decía que pasaría tiempo antes de que lo volviera a ver (¿y lo volvería a ver? Nadie sabía). Lo único que se olía es que venía algo muy grande con la llegada de los nuevos extraterrestres, una

esperanza, pero también la proximidad de una guerra de proporciones insospechadas.

Las palabras sobraban por dos motivos: primero, porque no sabía qué decir, y segundo porque sabía que sus preguntas iban a obtener la misma respuesta que olía tanto a mentira: «Todo va a estar bien».

—Zagan, sé que estás ahí atrás, ven.

El felino se asomó con notable desgano.

Boltar los amaba por igual. Dos responsabilidades que no eran fáciles para ningún ser de carne y hueso en esta ni en la próxima galaxia. Sus chicos y la nación lo eran todo y le quedaban enormes a cualquiera que no tuviera el mismo sentido del honor que él.

Xaphan y Zagan eran excelentes hermanos, a pesar de ser ambos tan dispares. Xaphan aceptaba las decisiones del otosa con muchísimas preguntas y resignación; Zagan, por su parte, lo hacía pero con muchísimas dudas y enfrentamientos, se rebelaba contra el juicio de su otosa en cada oportunidad. No podía aceptar que se pusiera en peligro a sí mismo. No entendía ni quería entender eso de tener que morir primero antes que cualquier otro. Pero no había otra más que aceptarlo a regañadientes. Quizá por eso ocultó el rostro cuando, al acercarse, fue abarcado por el brazo de su otosa que lo atrajo hacia sí y los abrazó a ambos.

—Quiero que me oigan muy bien. Ustedes van a ir con el coronel Backlava al amanecer y se van a quedar donde él les diga. Van a obedecerle.

Alrededor de los tres, había un montón de cajas de cartón, llenas cada una con ropa, aparatos electrónicos, libros, pósteres, aparatos de música y papeles de recuerdo que todavía guardaban de amigos y amigas de la escuela.

—Van a mudarlos a la base, a un lugar más seguro. Yo voy a estar bien y voy a volver tan pronto me sea posible, pero a pesar de todas las personas que van a estar ahí para ustedes, ahora más que nunca van a tener que estar unidos ¿bien? Ustedes me tuvieron siempre, pero ya es hora de que se tengan a sí mismos. Cuiden mucho a Zabari, que los quiere mucho, y que va a estar con ustedes un tiempo.

Los apretó más, cerrando los ojos.

Boltar era alguien que había luchado como pocos en su propia estirpe, y viniendo de la raza de los lobos, eso era mucho decir. Pero nunca antes había tenido que librar una batalla moral tan grande. Las peleas hasta ese entonces se le habían hecho fáciles. ¿Cómo no planificar un trato preferencial para ambos? ¿Cómo no pensar en suplicarle a ese tal Hathor que los aceptara en su

nave espacial, y que si algo salía mal, se los llevara y los salvara? Darles la oportunidad que ningún otro en Yóvedi tendría.

Sí, Boltar había tenido que sufrir la batalla moral más difícil. Y sí, Boltar era un ser signado por lo extraordinario. Extraordinario líder, extraordinario otosa. Al final, no le pediría nada a nadie, salvo lo que ya estaba establecido: luchar por el mundo.

La misión era salvar a Yóvedi y si perecían en el intento, pues que así fuera.

Los chicos lloraban en silencio.

FEROZ ATAQUE: LA SOBEK-SET ABRE FUEGO

—¡Abran las compuertas! —gritó una voz desde abajo.

Las alarmas sonaron, las válvulas comenzaron a humear y las luces rojiazules giraron. Las planchas de acero se dividieron con lentitud, dejaron entrar la imperiosa luz del sol. Desde abajo, todos los soldados y los ingenieros que operaban desde sus torres, computadoras y vehículos veían, hacia arriba, mientras una sombra alargada los abarcaba: la Sobek-Set empezó a descender lentamente.

Había un círculo de generales y científicos vestidos con sus batas blancas alrededor de Bastet, quien ponía a prueba la destreza de la piloto para aterrizar la nave sobre una plataforma circular pintada con rayas amarillas y negras.

El descenso fue tan grácil como el de un helicóptero, los uniformados no salían de su asombro; no sabían cómo repartir sus miradas entre el vampiro y el vehículo interplanetario que lo precedía.

Finalmente la compuerta trasera se desplazó y la elfa Neftis pegó un salto y aterrizó de rodillas con elegante agilidad. Iba a ser difícil explicarle a los yovedianos el funcionamiento de la Sobek-Set (y cada vez que pensaba en las consecuencias que eso tendrría en el sistema solar, palidecía).

La tarea no solo sería difícil porque la responsabilidad recaía en los yovedianos (se sorprendió por lo brillantes que eran) sino también porque sabían que Pumo estaba escuchando todo lo que decían.

Meinkherdt fue el que proveyó la solución y, para ello, sin miramientos diplomáticos ni cortesía, lo primero que hizo fue señalar a Boltar, Backlava y a los líderes mayores del ejército del Nyhm, y hacerles una seña con el dedo.

Subieron por la plataforma de la nave, pasaron a la sala de situaciones, y fueron envueltos por el campo dimensional.

—La cuestión es así, caballeros: cada general tomará a sus hombres y se administrarán turnos. El líder de cada unidad volverá aquí en los intervalos

que sean necesarios. Esta cápsula evita que Pumo escuche lo que decimos. Las órdenes y las tareas se darán en este lugar, y cuando salgan de la nave obrarán en silencio. Lo esencial es abastecer de energía a la Sobek-Set. Neftis les explicará cómo y los instruirá al respecto, el capitán encargado del grupo de ingeniería que la siga. Lo segundo, es que el general Argos deberá poner a disposición de Bastet a todos los oficiales científicos necesarios en pos a ayudarlo a duplicar la tecnología del campo dimensional y así establecer esferas en tantos puntos como sea necesario en esta base y, con tiempo, en otras alrededor del mundo. Obviamente, esto nos devolverá la privacidad que necesitamos y evitará que tengamos que volver aquí cada vez que surja un problema o se asigne una nueva tarea. Una vez que alcancemos la segunda meta, se entrenará a los soldados sobre el funcionamiento y la manutención de la Sobek-Set para otras labores.

Todos hicieron un gesto de aprobación.

—A trabajar entonces. Y recuerden: ni una palabra fuera de lugar. Lo que se dice aquí queda aquí hasta que dupliquemos la tecnología.

Los generales volvieron a asentir con firmeza.

—Verlos me hace pensar en el sistema solar como mi «tierra natal», modo en el que jamás pensé llamarlo. Ahí he visto razas que no harían por sus propios ojos lo que hacen ustedes por su planeta. Soy pesimista por naturaleza, pero sigan así y les garantizo que habrá buenas noticias con la puesta del sol.

Hubo un fuerte clamor de aprobación. Backlava levantó el pulgar, asintió con la cabeza.

—Vamos todos.

El hapalokiano dio dos fuertes pisotones y el campo de fuerza se disolvió cuando Seshat, que esperaba esa señal, presionó el botón en el marco de la puerta.

El grupo se deshizo rápidamente.

—Shah Boltar.

Boltar se dio media vuelta.

—El shah Hathor necesita hablar con usted, debe contar con su aprobación para efectuar nuestro plan de ataque.

Boltar giró la cabeza e hizo un gesto a los generales, que asintieron y se marcharon sin él.

—Sígame, por favor.

Al cruzar por el marco de la puerta, el lobo observó a Seshat, que estaba

firme como un soldado. La elfa se sorprendió cuando le sonrió cálidamente.

—¿Ysaak?

El tigre se hallaba justo tras ella.

—Señor.

—Ya me dijeron que estuviste «afuera» —dijo, dándole una palmada en el hombro—. Me encargaré de que quede para la historia. Te estás haciendo famoso.

La respuesta del chico fue un pequeño gesto afectado.

Boltar notó su languidez y lo miró dignamente a los ojos. En contra de sus deseos, no podía quedarse a charlar con él. Cruzó al alargado pasillo, donde la puerta se abrió, y dejó escapar una luz brillante.

Solos nuevamente, Seshat lo miró con cautela.

—Oye, Ysaak.

—¿Sí?

—¿Te interesaría, hmm, pasar más tiempo aquí?

—¿Qué?

—Viendo solamente, por supuesto —explicó.

El tigre la miraba con los ojos bien abiertos.

Seshat tocó la pared cromada, que se convirtió automáticamente en una pantalla holográfica. «Mapa», ordenó, y rápidamente apareció una radiografía de la nave, con diferentes puntos brillantes. Se encontró a sí misma y a Ysaak como dos puntitos cercanos en el pasillo y, con el dedo, dibujó un círculo alrededor, dijo: «Activar campo».

El campo de fuerza los envolvió rápidamente.

—No sé si deba decirlo, pero he estado pensando en pedirle permiso a Hathor para que te incluya en esta misión. Al menos para que estés con nosotros, mirando. ¿Te interesaría?

No había una sola fibra en su cuerpo que quisiera decir que no.

• • •

—Apruebo el plan... —sentenció Boltar.

Hathor bajó la cabeza, dándole a entender que comprendía sus deseos.

—...aun a sabiendas de que cualquier cosa podría pasar —continuó.

—Gracias, shah.

—Por favor, resérvate esa palabra. Gracias a ustedes, por y para siempre.

El elfo cerró los ojos e inclinó la cabeza de nuevo.

—El ataque se llevará a cabo ni bien la Sobek-Set haya repostado. Me molesta mucho que no sepamos nada del enemigo, pero como se dijo la primera vez, trabajamos también en eso.

El lobo levantó la mirada para ver la esfera oscura que se hallaba girando detrás del elfo, iluminando su cabeza.

El campo de fuerza alrededor de la mesa cambiaba de matiz, oscilaba entre un color plomizo y otro grisáceo.

—Quiero enfatizar que sé que esto te traerá problemas con tu gente, en tu hogar. No soy tonto. Y hubiera preferido que eso no sucediera.

—Shah, si consigo salvar su mundo, los problemas ulteriores serán lo de menos. De donde yo vengo no hay nada para mí —sentenció—, excepto un montón de recuerdos mediocres y gente que no tengo deseos de volver a ver, salvo contadas excepciones.

Boltar lo miró, pensativo.

—Me causa dolor escuchar eso.

—No tiene por qué —repuso Hathor, sonriendo—. Viví muy poco tiempo como una persona normal y a partir de entonces yo he tenido que encontrar mi camino.

—Tu viaje ha sido muy largo porque no hay una casa a la que puedas regresar, ¿verdad?

El elfo asintió.

—Te entiendo. En mi caso, cuando era joven y vagaba, pasaron las mejores cosas de mi vida, y las que la definieron, también.

—En cierto modo, en la mía también —explicó Hathor—. He conocido a las personas más importantes así.

—Espero que esta etapa no sea una excepción.

—Sea. Ya está pasando y, si todo sale bien, será lo más gratificante que he hecho nunca.

—Un honor ser parte de esta obra, shah de los elfos. Tanto por lo que significa para ti, como por lo que significa para nosotros.

Alrededor de los monitores de DIO se iluminó el rostro de Neftis. Hathor giró la cabeza hacia un costado y pisoteó dos veces el suelo. Tal como la supercomputadora lo había anunciado, la elfa apareció ante ellos.

—La nave está repostando, Hathor.

Al lobo le causó cierto placer ver su cara de sorpresa.

—Impresionante que lo hayan solucionado tan rápido. ¿Qué hicieron? ¿No usaron minerales?

—Nos suministraron cantidades inmensas de un tipo de energía que los yovedianos llaman «electricidad». A Meinkherdt se le ocurrió una idea y el resultado es que podemos transformar la electricidad a poder quantum. Sin embargo, la cantidad de electricidad que necesitamos para llenar dos tanques de quantum es suficiente como para alumbrar un continente entero por dos meses.

—Es una energía renovable —acotó Boltar—. Usen la que sea necesaria. Contamos con torres que la producen. Colocar diez o veinte (o las que se necesiten) a su disposición será un placer.

—¿En cuánto tiempo podemos partir rumbo a Solares?

—Dada la buena disposición de los yovedianos, diría que en un par de horas.

—Entonces en un par de horas tendremos el primer encontronazo con Pumo.

La elfa palideció. No comprendía cómo Hathor era capaz de abrazar tal situación sin dudarle siquiera. Dos horas eran demasiado poco, al menos, para ella. Se sonrojó al ver, con timidez, que Boltar parecía entender sus sentimientos con solo mirarla.

—Neftis...

—¿H... Hathor?

—Encuentra a Bastet y ponlo al tanto de lo que Meinkherdt ha logrado. Pregúntale de mi parte qué diablos ha estado haciendo con su vida los últimos sesenta minutos. Eso lo va a poner loco y ganará tiempo, yo lo conozco.

—S... Sí.

Se inclinó con respeto ante Boltar y se marchó.

—Vuelva a colocar el campo de fuerza, shah.

Hathor trazó el círculo en la mesa holográfica.

—Tú y esa hembra...

El elfo lo miró con sorpresa.

—¿Están unidos?

Una de las lecciones más importantes que había aprendido cuando era adolescente era que no se necesitaba ser un telépata, ni pequeño ni mediano, para dilucidar detalles importantes. Una cosa era la telepatía y otra la intuición. Una parece más atractiva que la otra, pero ambas son armas poderosas y, después de todo, el sexto sentido exige cierta sabiduría ante las cosas más elementales mientras que la telepatía no.

—¿Es muy obvio?

—Permíteme que comience con responderte que me alegra que no pierdas el tiempo preguntando cómo lo supe. No es obvio, pero sé leer las señales. Ella está molesta contigo, ¿lo sabías?

Hathor miró hacia abajo.

—Sí.

—Pero te apoya lo suficiente para no demostrarlo, o al menos, no es su intención hacerlo.

—Tiene instrucciones directas de decir que yo la amenacé para colaborar conmigo en esta campaña. La he metido en esto a la fuerza, pero no sería capaz de dejar que asumiera un ápice de mi culpa.

—Lo sé —repuso—. Verte me ha demostrado que el individuo dominante actúa protegiendo a su pareja del mismo modo aquí que en otros mundos. El amor y el celo parecen ser solo otras constantes universales. Por ello es mi deber advertirte que, si crees que va a abandonarte cuando lleguen a tu mundo, estás equivocado: asumirá tanta culpa como tú ante sus líderes.

Hathor lo observó con la expresión más juvenil que había tenido en mucho tiempo.

—No sé por qué está enojada conmigo.

—¿Estás seguro?

El elfo meneó la cabeza y el lobo lo interpretó no como una negativa a secas, sino como un simple encogimiento de hombros.

—Yo te podría decir por qué está enojada pero no sería correcto.

—Asumo que es porque no aprendería nada, ¿verdad?

—Puede ser.

—¿Usted está unido a alguien?

—Sí.

—¿Es su pareja? ¿Una esposa?

—Es mi amante.

Hathor no pudo evitar sonreír.

—Pero los eventos actuales lo han arruinado todo —se adelantó—. Esto es algo que ninguna jovencita debería vivir y menos estando unida a mí. Los sucesos le afectan, si es posible —y lo es—, mucho más que a cualquier otra persona.

—¿Es más joven que usted, shah?

—Tiene veinticinco años. Es una niña.

Con diferencia de meses, era exactamente la misma edad de Neftis.

—Lo comprendo.

El elfo levantó la mirada y observó que una imagen distorsionada se hallaba fuera del campo de fuerza. No podía contar con su propio interruptor para comunicarse electrónicamente con ninguno de los miembros de la tripulación puesto que, evidentemente, el casquete dimensional haría que se perdiera cualquier tipo de señal en el abismo invisible. Pisó dos veces en el suelo.

—¿Seshat?

—Shah, no era mi intención interrumpir, solo vine a ver si la reunión continuaba.

La chica se sintió apenada.

—¿Motivo?

—Necesitaba hablar con usted.

La elfa respetaba el protocolo debido a que una figura importante se hallaba en el lugar, sin embargo, hacía tiempo se tomaba la libertad de tutear a Hathor. Su postura le causaba gracia al elfo.

—¿Qué pasa? Puedes decirlo ahora.

—Quería pedir permiso para entrenar a Ysaak en... artes de combate.

Hubo una breve pausa. Hathor miró en dirección al marco de la puerta. Ysaak no se hallaba con ella.

—¿Qué motivo tienes para eso?

—Creo que sería un excelente ayudante, shah.

—¿Por cuál razón?

—Está motivado a pelear.

—Voy a jugarle una carta «Meinkherdt»...

La elfa levantó la mirada y lo miró a los ojos, nerviosa.

—¿Sería un excelente soldado porque te has hecho amiga de él, o por el asunto de su padre? Su otosa —se corrigió a sí mismo.

—Reconozco que hay algo de eso pero sé que sería un excelente soldado.

—Sabes que hay una élite maravillosa de guerreros en este planeta que los hace mucho más meritorios de recibir semejante atención que Ysaak, ¿verdad?

—Lo sé —contestó, — pero mi idea es tenerlo como refuerzo personal.

Hathor miró al lobo con complicidad.

—¿Qué opina, shah?

—Opino que está bien.

—Concedido entonces. Llévalo contigo, Seshat. Y cuídalo.

La conversación fue interrumpida por una alarma. La voz de Neftis se

escuchó atravesando las paredes de la sala:

—Shah. Lo llama Bastet. Pide que baje de la nave y acuda.

• • •

Bastet se secó la frente con un trapo viejo. Los científicos yovedianos intentaban ignorar que el sudor del vampiro era nada menos que sangre.



—Si bien el sol de este... —se detuvo, midiendo sus palabras— «mundo» no me va a calcinar como lo haría el del sistema solar (pues se trata de una estrella azul), el hecho es que el calor todavía me jode bastante, shah. Pero a pesar de sus asquerosos recados, le cuento que hemos hecho avances interesantes.

—Lo ha hecho —recalcó Neftis, tratando de no reírse.

—Me he saltado todo eso de explicarle a los yovedianos cómo funciona nuestra tecnología y dibujé en cambio un mapa con pasitos de bebé que les indica cómo copiarla. Eso acelerará un poco las cosas. Una mala noticia es que necesitamos algunas piezas; la otra mala noticia para mí —e indudablemente placentera para usted— es que esas piezas no son de la nave sino mías. Voy a sacrificar mi equipo por la causa. ¿Le parece?

—Me parece. Muchas gracias, Bastet.

Todos se hallaban alrededor de una mesa gigantesca. Sobre el techo había un revoltijo de cables que sostenían focos de luz que apuntaban hacia abajo. Parecía una camilla de cirugía extraterrestre. Una pequeña multitud de yovedianos estudiaba de cerca una fotocopia agrandada de los esquemas dibujados por el vampiro.

—No nos tomará mucho —explicó— pero lleva su trabajo. Y, aunque tardarán en entender los principios básicos de nuestra ciencia, son buenos científicos.

El coronel Backlava intervino:

—Lo son. Y estoy seguro de que encontrará fascinante conversar con Argos. Me interesa personalmente estar en esa entrevista.

—¿Por qué no está aquí?

—Es un anciano —repuso el lobo—. Vendrá, no lo dude. Pero su agilidad es limitada.

Vistos desde arriba, parecían un grupo apretado de personas envuelto en una cúpula dimensional.

Bastet observó el generador de energía que, tras el campo, se veía distorsionado.

—Obviamente nos tenemos que hacer a la idea de que esta noche nadie va a ir a la cama. Tuve que desarmar mi propio generador para tener la comodidad de contar con un segundo campo, aunque todavía nos quedamos cortos. Trabajar sin poder decir absolutamente nada va a ser una porquería, no les miento, pero de sacrificios está hecha esta misión. Shah, me quiero alimentar antes de partir al combate.

Hathor asintió.

—Lo necesitas, te veo cansado. Por favor, hazlo cuando gustes.

—Solo antes del combate. Que alguien le diga a Seshat que no se pierda. Su asunto no será tan fácil como el mío. ¿Dónde está Meinkherdt?

—Allá afuera —contestó Neftis—. Vigila que los tanques de quantum se

estén llenando. Vamos a salir con las pilas cargadas.

—Sea. Vamos a darle un susto al bastardo. Veremos qué cara pone. ¿Qué fue lo que le arrojaron la primera vez?

—Dos artefactos nucleares —contestó Backlava.

—Tal como lo detectó la computadora de la Sobek-Set —dijo Neftis.

—No son tontos, pero ni por asomo da la talla comparado con lo que vamos a usar.

—¿Ocasionará una explosión muy grande?

Todos observaron a Boltar, quien por primera vez se mostraba preocupado.

—Todo lo contrario, shah —repuso—. Es fuerza de arrojo 9. Abre un agujero de diez centímetros de lado a lado, pero el hoyo podría llegar hasta el centro del planeta.

—Suenan fantástico —se regocijó el coronel Backlava.

La maquinaria pesada se movía de acá para allá, colocando enormes placas de hierro cuadriculadas en la bóveda del techo. Motosierras gigantes cortaban láminas entre lluvias de chispas.

La Sobek-Set permanecía posada sobre una plataforma en lo alto de una torre de acero con escalinatas a su alrededor.

—Al paso que estamos trabajando, la base que estamos construyendo para este evento estará lista dentro de poco. Si tenemos que producir tecnología, entonces también estará preparada. Todo está sucediendo más rápido de lo que debería, pero las circunstancias lo exigen.

—Podemos mantener este ritmo de trabajo —aseguró Backlava.

—A mí me han sorprendido mucho —admitió Neftis.

—Pase lo que pase, espero tener la primera réplica de la tecnología para mañana por la noche. Mientras tanto, dejo el segundo prototipo aquí. Con respecto a lo demás, y solo para asegurarnos de que ha valido la pena, estamos creando un campo capaz de cubrir un perímetro mucho más grande que los dos anteriores, sin contar con otro que nos permitirá usar artefactos de comunicación de un campo a otro. Usaremos uno así para la misión.

—Excelente.

—Se aprecia.

—Bastet...

—¿Sí?

—Tira el campo de fuerza. Meinkherdt está afuera, nos trata de decir algo. El vampiro presionó los botones sobre una suerte de teclado plegable que

no dejaba de resultarle terriblemente primitivo.

El campo se difuminó, el hapalokiano dio un paso al frente.

—Shah, la carga ha terminado. La Sobek-Set está preparada. Podemos partir.

Hathor asintió, con firmeza.

—Ha llegado la hora.

• • •

Mientras ascendía por la rampa de la nave, Neftis creía que el corazón se le iba a desbordar. Miraba al suelo, perdida en sí misma.

Había entrado en combate antes, siempre en compañía de Hathor y los demás. La asustaba ser, de todos, la única tripulante que jamás había tenido experiencia en situaciones bélicas previas a los viajes de la Sobek-Set.

Se sentía como una estudiante que está por entrar al examen final, pero multiplicado por cien.

Levantó la mirada. Qué envidia ver a Bastet tan decidido, deshaciéndose de un largo abrigo para quedar en camiseta blanca, preparándose para una misión rutinaria. ¡Incluso Seshat! Una niña de dieciocho años. Neftis tenía veinticinco, la diferencia no era demasiado grande, pero sí importante, siete años clave entre dos tipos de juventud muy diferentes.

En ese momento todo cambiaba: no había absolutamente nada en el mundo que pudiera objetivizar crudamente el balance de la vida tanto como el preludio a un combate. No hay cuchillo tan capaz de hacer mella la inocencia. La elfa era joven, pero no una niña. Sin embargo, en momentos así, no podía menos que sentirse una, y no sabía explicar muy bien por qué. ¿Porque se sentía indefensa? ¿Porque necesitaba mucho del apoyo de su novio y sus amigos? Esas dos cosas eran normales, ¿lo eran? ¿O eran lujos? Neftis era la tercera al mando en la nave y tenía una responsabilidad. No podía permitirse ser una tonta. No podía no estar a la altura. Y no podía permitirse aceptar con los brazos abiertos lo que realmente era: ¿una *nerd* que se esforzaba demasiado en no serlo, tanto por dentro como, sobre todo, por fuera? Sí, lo era, pero lo tenía reprimido, bien hondo dentro de sí, mejor de lo que Hathor suprimía sus extraños poderes por Dios sabe cuál razón, y hacía un trabajo tan bueno en ello que a veces se le olvidaba lo que no podía cambiar: quién era realmente. Para prueba estaba el presente. Esos vertiginosos minutos que eran todavía peores que el fin mismo. Tanto como

cuando enfrentaron a una nave con unos seres reptiloides que los querían volar en pleno hiperespacio, como por los piratas que deseaban abordarlos para saquear hasta el cromado de las paredes, o como ahora, a punto de enfrentarse a algo completamente desconocido. «¿Por qué no podemos arreglar nuestros problemas pacíficamente?» Porque en el universo, la mayoría de las veces esa no es una opción.

Seshat se acercó lo suficiente a Hathor como para tocar su espalda. El elfo giró la cabeza, y apenas le vio los ojos, supo lo que le iba a pedir. Ysaak se hallaba justo detrás de la rampa, viendo hacia arriba, expectante.

—Dile que suba también.

La elfa se dio media vuelta, emocionada, haciéndole señas al tigre.

Neftis volvió a bajar la cabeza, impresionada. ¿Acaso esa niña SABE lo que estamos a punto de hacer? ¿Y acaso lo sabe también el chico?

De hecho, el chico sí que lo sabía, y no solo eso, sino que lo estaba esperando.

La elfa tomó todo el aire que pudo, apretando y liberando los dedos de las manos. ¿Acaso el enemigo sabía también que estaban a punto de ir por él?

• • •

En ese momento, cuando descubrieron que eran escuchados, tuvieron que mandar al diablo la discreción a. Lo único más poderoso que las turbinas cósmicas de la Sobek-Set era el fuego y la esperanza de todos los soldados que, desde abajo, la contemplaban.

—¡Despejen el área! —ordenó una voz por altoparlante.

La nave espacial se levantó, envuelta en una esfera luminosa. El acero reforzado de la plataforma se derritió como malvavisco.

Luego se desplazó con sutileza. El personal, que sentía la terrible luz de los motores aun con los ojos cerrados, vio, apenas pudo, cómo la Sobek-Set ascendía sobre la montaña y se transformaba en una estrella sobre el firmamento oscuro del atardecer.

Desapareció en el aire precedida por una larga línea azul que dividió las nubes, convertida en un cometa con un sombrero alargado, azul y refulgente.

No había pasado ni un minuto cuando, ensimismado, como si fuera una experiencia íntima, Ysaak observó que la silueta de Solares abarcaba el cristal. Multitud de torres y edificios pasaban ante sus ojos con una velocidad espeluznante. Nunca había sentido el estómago tan pequeño.

—Se encuentra al este de la ciudad.

Neftis no contestó, pero corrigió el rumbo instantáneamente. Se veían los rascacielos correr a través del cristal.

—¡Dios mío!

La fortaleza parecía un dedo saliendo del planeta. Era una meseta gigante, del tamaño de Solares, cubierta por dos casquetes violeta a los lados y una franja púrpura en medio.

—¿Pero qué demonios es? —exclamó Bastet, perturbado.

El cielo, que estaba cada vez más oscuro, hacía que aquello se viera como un enorme foco de luz venenosa.

—No tengo idea, pero no va a durar. Prepara el láser.

Las últimas tres palabras del shah fueron lo único que pudo sacar a Ysaak de su hermetismo hipnótico. «Yo estuve ahí, cuando “eso” empezó a construirse».

Súbitamente, el fantasma de Sagitta quedó impreso en su visión. Podía verlo como una aparición tras el cristal.

La nave atravesó la ciudad y dio una larga vuelta alrededor de la caprichosa fortaleza. La tierra estaba abultada alrededor de su base. Sus dos casquetes purpúreos parecían parodiar unos enormes ojos de pulpo. Sobre la superficie, se hallaban copiosas hileras con puntos brillantes que formaban una V alargada.

La Sobek-Set era apenas un punto orbitando en un círculo perfecto. El horizonte rojo tras las montañas hacía ver a la nave como la única cosa viva en relieve sobre Solares.

—Bastet, ¿estás preparado?

—Preparado, shah.

—¿Seshat?

—Aye, shah.

La elfa quitó por un segundo la vista de su tablero, para observar a Ysaak.

—Neftis, faltas tú.

—Estoy preparada.

—Meinkherdt, ¿lo ves tú también, no es así?

—Lo veo —contestó— pero no con la nitidez que hubiera querido. No pido más, los radares de los yovedianos son eficientes, las imágenes me llegan en tiempo real. Algo es algo.

El hapalokiano se hallaba sentado en un centro de comando viendo con atención numerosos monitores que mostraban a la Sobek-Set desde arriba en

imágenes repetidas. Detrás suyo, Backlava, Boltar y el general Argos contemplaban también en silencio, todos dentro del campo dimensional.

—Debiste haber dejado que fuera, tú tendrías que haberte quedado. Además, DIO te sigue a todas partes y lo necesitan intacto.

—Olvidalo —ahora era la voz del elfo la que salía filtrada por un interruptor—. Si nos vuelan a todos en el aire, alguien tiene que quedar vivo, y es preferible que seas tú.

—Tienes las prioridades distorsionadas.

—Capitán que se hunde con su barco es un capitán que se respeta, amigo. Pídele ayuda a los yovedianos si es necesario, porque me imagino que si el monitor cubre la fortaleza enemiga, entonces la imagen que estás viendo debe ser enorme.

—Lo es. Si los radares de las Sobek-Set no captan nada, como ya pasó con la fortaleza del espacio, entonces te avisaré si al menos podemos ver algo en vivo. Los yovedianos vigilan también.

—Extraoficialmente: ¿ven algo especial?

—Solo la fortaleza. Tienes línea limpia para disparar. Ahora o nunca, Hathor, antes de que escuche lo que estamos diciendo.

—Bien.

El elfo levantó la mirada.

—Bastet, carga la fuerza de arrojo 9.

El vampiro bajó una pesada palanca del complejo panel que estaba sobre su cabeza.

Un bramido de energía se escuchó con mucha intensidad dentro de la cabina. Neftis se sobresaltó. La última vez que lo habían utilizado no había escuchado nada. Pero ahora estaban en un planeta y no en la vacuidad silenciosa del espacio.

—«FA-9» cargada, shah.

Presionó un botón rojo en el apoyabrazos de su silla y el campo dimensional que cubría la cabina se difuminó.

El elfo se puso de pie.

—Fuego.

• • •

De haber sobrevivido a la fuerza de arrojo 9, muchos enemigos habrían reflexionado que se trataba de una luminiscencia incandescente que ningún

ser de «carne y hueso» aquí o allá, en alguna estrella lejana, habría podido ver con los ojos desnudos.

La razón era simple: sería igual a recibir un carbón ardiendo en las retinas. Parecía como si un gigante estuviera alumbrando el suelo con una gran linterna; el panorama se bañó de una luz oscura, en cuyo centro brillaba un láser rojo.

La Sobek-Set dio una vuelta rápidamente alrededor de la torre y no tardó mucho en volver al ataque. El sonido que producía era muy agudo. Las sombras que se formaban sobre la enorme silueta de Solares parecían un manto sangriento.

—Neftis, ¡apresura la marcha! Da vuelta rápido y desacelera cuando llegues a sus doce. Quiero ver qué le hemos hecho. ¿Bastet?

—El impacto fue directo, shah.

Ysaak estiraba medio cuerpo intentando ver más de cerca de través del ventanal, desafiando la fuerza del cinturón de seguridad que cruzaba su pecho.

Neftis sudaba frío, súbitamente todo lo que veía a través del cristal se convirtió en un cordón alargado de imágenes mientras giraba el mando vertiginosamente. Desaceleró al llegar al punto indicado, bajando el manubrio con torpeza. Sintió vergüenza, pero los demás no lo notaron o fingieron no hacerlo.

—Por el amor de Dios.

—Maldita sea —coincidió Hathor, meneando la cabeza lentamente—. ¿No hemos penetrado en su casco, verdad?

—No, pero le hemos hecho una cicatriz. ¿La ve?

Seshat se tomó la libertad de participar en la conversación:

—Yo la veo. Es muy larga, pero...

—Pero no sabemos qué tan profunda. Sin embargo, ha sido un fiasco.

—A la mierda con eso —exclamó Hathor—. Bastet, dispara en alguno de los cascos de cristal. Vamos a ver qué pasa.

El vampiro se levantó de su silla para volver a accionar (esta vez con adicional fuerza) la palanca que se hallaba en el techo contiguo.

—FA9 cargada, shah.

—¡Fuego!

El ventanal se convirtió en una placa oscura, la inteligente nave protegía a su tripulación polarizando el cristal, pero ni eso pudo impedir que el intenso color rojizo atravesara las ventanas. Ysaak se sorprendió al ver que Bastet

disparaba mirando una computadora.

Se escuchó una intensa explosión.

—¡La hemos hecho buena, señores! —gritó Bastet, con júbilo.

—¿Crees que eso lo haya despertado?

—Me gustaría más pensar que lo hemos sorprendido en el baño leyendo una revista, y ahora está al aire libre con cara de sorpresa y un montón de cristales cayéndole sobre la cabeza. ¿Tú qué opinas, Ysaak?

Al tigre no le salían palabras, pero de haberlo hecho, la voz de Meinkherdt bañada en interferencia lo habría interrumpido:

—Hathor...

—Los vi. DIO los acaba de enfocar también. Neftis, larguémonos de aquí. Seshat, entras tú. Están detrás de nosotros.

La elfa vio con renovada preocupación el radar.

Ysaak no podía ver lo mismo desde donde estaba, pero lo sabía, lo sentía; era un viejo conocido, no solo de él, sino de su amigo Sagitta. Aquello que también se había llevado a su otosa...

Las formas cúbicas giraban sobre su eje, volando en línea recta tras la nave.

La Sobek-Set volvió a dar otra vuelta alrededor de la fortaleza, cosa que les dio el suficiente tiempo para que todos presenciaran algo increíble: la torre comenzaba a descender, recogándose sobre sí misma, como la antena de un auto. Luego desaparecía debajo de la tierra, dejando solo un cráter hinchado tras de sí.

La nariz de la nave se levantó, escapando de la escena.

Los cubos eran transparentes, pero gracias a su exoesqueleto geométrico se los podía distinguir girando a una velocidad tal que parecían espinas superpuestas. Marchaban contra la nave y ganaban terreno.

—¡Nos alcanzan! —gimió la elfa.

—¡Gira, Neftis! —gritó Seshat— ¡Date la vuelta! ¡Sube y baja!

Cuanta más velocidad tomaba la Sobek-Set (hasta envolverse en un óvalo de fuego), mayor velocidad tomaban los cubos, que parecían enfurecerse ante la trepa y giraban cada vez más rápido.

—¡Por Dios! —chilló Neftis, viendo el radar.

Seshat mantenía un ojo abierto y el otro cerrado. Aguantaba la respiración mientras que con su pulso de cirujano movía las enormes agarraderas que hacían girar unas torretas.

—¡Va! —exclamó.

Los cañones expulsaron sendos proyectiles brillantes, que salieron disparados casi a la velocidad de la luz, distorsionando la realidad a su alrededor con espejismos.

Algunos cubos consiguieron abrir un sinfín de hoyos dentro de su liquen cristalino para dejar pasar los disparos, otros simplemente se transformaban a tiempo en saetas, para luego volver a tomar la forma de cubos.

—¡No me jodas! —gritó Seshat.

Habían ganado terreno y estaban a escasos metros de la cola de la nave.

Por un momento Seshat se imaginó exactamente qué dirían los cubos si pudieran hablar. Sin previo aviso volvió a presionar los manubrios disparando erráticamente y moviendo los cañones de tal forma que la nueva marea de proyectiles describiera la forma de una S.

Un chorro de chispas salió disparado de uno de los cubos, ocasionando una pequeña explosión. El artilugio se fue quedando progresivamente atrás hasta perderse. Otro arrojó una menor cantidad de fuego, no desaceleró, pero sí dejó de girar, colocándose detrás de sus compañeros. Pero mientras una cosa se ganaba, otra se perdía: el tercer cubo se alzó sobre la nave y consiguió tocarla.

El resultado fue que hubo una explosión en la cabina, cuatro monitores holográficos desaparecieron, sonó una alarma de emergencia, las luces parpadearon, y la silla de Ysaak se desatornilló y cayó al suelo.

Un enorme pedazo de metal se desprendió de la Sobek-Set como si fuera una máquina cortando jamón. La columna vertebral de la nave quedó al descubierto.

Neftis comenzó a gritar y, en su desesperación, hundió el manubrio, haciendo que la Sobek-Set cayera en picada. Los cubos se precipitaron, cada vez a menor distancia.

—¡Neftis! —rugió Hathor, levantándose de la silla.

Ysaak se hallaba en el suelo, mareado. No se había golpeado la cabeza, sin embargo, sabía por qué sentía que sus huesos vibraban: Hathor despedía una energía monumental. ¿Era un sueño? Lo veía brillar como si fuera... como si fuera una divinidad. ¿Era un dios, acaso?

—¡No! —gritó Seshat— ¡Hathor, detente! ¡Bastet! ¡Tienes que dispararles por los bordes! ¿Me oyes? ¡A los exoesqueletos! ¡Los malditos exoesqueletos!

—¡Aye aye!

—¿Estás preparado, maldito vampiro?

—¡Lo estoy, cariño! ¡Bendita tu alma y tu sangre!

—¡Va!

La chica salió de su puesto y cargó contra Neftis, tirándola de la silla de un empujón y tomando el mando de la nave.

Al mismo tiempo, Bastet desapareció de su puesto y reapareció en las baterías, como si se hubiera teletransportado.

Seshat tiró del manubrio y le dio la vuelta. La Sobek-Set reconoció a su ama.

La nave sideral empezó a girar haciendo un zigzag de fuego en el cielo, navegando de cabeza, ascendiendo y desapareciendo entre una cadena de montañas para luego volver a subir como un dragón marino y precipitarse otra vez en el acantilado.

Los cubos obreros no tardaron mucho en quedar atrás, perplejos. La distancia facilitaba el trabajo del vampiro, que los despachaba uno a uno con su hábil puntería. El último explotó con tal violencia que pareció un volcán.

Hathor se hallaba de rodillas, con una mano sobre el pecho, sudando, intentando contenerse. El cuello y la frente estaban surcados por venas.

Neftis lloraba en el piso, mirándolo con expresión de culpa.

—Me... Me...

—Cállate —le ordenó la voz detrás del interruptor—. ¡Contente primero, maldita sea! ¡Bastet!

—¿Qué? —gritó el vampiro con suficiente fuerza para que Meinkherdt pudiera escucharlo.

—¿Qué tan cerca estuvo Hathor?

—¡Demasiado!

Giró la cabeza para verlo.

—Pero se va a reponer. Puede contenerlo.

—¡Por Dios!

Ysaak se había puesto de pie, apoyándose en otra silla que temblaba. El ruido del viento y la turbulencia se sentían alrededor de ellos, gracias a la boca abierta que tenía la nave espacial sobre su lomo.

Trastabilló hasta Hathor y cubrió su espalda con los brazos. El elfo permanecía con la frente pegada al suelo y los ojos bien cerrados.

—¿Estás bien?

El elfo asintió suavemente, sin verlo.

• • •

Volaban con lentitud. Seshat había decidido que el daño era severo y no quería forzar más los controles, por temor a que algo realmente importante acabara desbarajustado. El cuidado con que trataba a la Sobek-Set de ahí hasta el momento del aterrizaje definiría si la nave tendría que estar tres días o tres semanas en reparación.

Cuando se hubo repuesto, Neftis se puso de pie y ofreció su ayuda a Hathor. La elfa aún temblaba y en su rostro se notaba la vergüenza como una bofetada. Hathor se había recuperado, aunque parecía somnoliento y agotado, mientras que Ysaak se sentía perplejo y confundido.

—Sin la velocidad inicial, tardaremos treinta minutos en llegar a la base —anunció Bastet a través del intercomunicador.

El coronel Backlava recibió el mensaje por Meinkherdt.

La nave espacial se hallaba a oscuras, con sus faros destruidos o inhabilitados. El impacto recibido había desecho casi todo el sistema de energía.

Bastet había ayudado a Hathor a tomar asiento. El elfo estaba con los codos apoyados sobre las piernas, haciendo puños con las manos.

Seshat colocó el piloto automático, caminó y se puso en cuclillas frente a él.

—¿Estás seguro de que estás bien?

El elfo asintió, tragando saliva.

—Voy a tardar un poco, lo siento.

—Solo descansa. ¿Sabes dónde está Neftis?

Volvió a menear la cabeza.

—Quiero pedirle disculpas —se lamentó—. Creo que le hice daño y que estaba llorando por eso. Me gustaría que viera a un doctor cuando nos bajemos.

—La tecnología médica seguro no será la misma, pero estoy seguro de que si la necesita, le darán todos los auxilios —puntualizó Ysaak.

Hathor se tomó su tiempo para mirarlos a ambos y no pudo evitar reírse en voz baja.

—Vayan.

Los chicos desaparecieron tras la puerta.

El vampiro revisaba ahora el radar. Le costaba quitar sus manos de las torretas.

—No van a venir más —lo tranquilizó el elfo—. Lo he visto.

Levantó la mirada y vio a su shah.

—Es la lumbrera que queda chismando. Desaparece, pero la aproveché para ver más allá. No nos siguen, descuida.

En el vitral veían ya el panorama luminoso que, como una ciudad, abarcaba al complejo de torres, pistas y silos de la base militar.

• • •

Evaluaba el daño. A su alrededor había negrura, pero sobre sí se levantaba una cúpula infinita encumbrada por millones de ramas negras que cruzaban galaxias entre fondos dimensionales amarillentos y rojizos y se mezclaban entre sí. Giró un poco; veía versiones de Yóvedi a través de algo inexplicable que le mostraba gráficos del planeta. Algunas imágenes parecían dibujos de los músculos de un cuerpo. Una mostraba un círculo cruzado por millares de cables filamentosos y delgados, parecido a una bola de estambre. Pumo accionó una extraña secuencia...

Átomos: desacelerados.

Escogiendo electrones. Electrones: desfasados.

Disminuyendo electrones. Electrones disminuidos.

Escogiendo estructura molecular. Debilitando estructura molecular.

Estructura molecular debilitada.

ELECTRICIDAD CANCELADA.

• • •

Miles de tormentas alrededor del planeta empezaron a apagarse, lentamente. Los cúmulos dejaron de brillar, las luminiscencias se extinguieron como una bombilla rendida. Los truenos y los relámpagos cesaron de existir.

La tripulación alcanzó a ver (Bastet primero) cómo todas las luces alrededor de la base empezaban a apagarse, sector por sector, hasta que todo quedó completamente a oscuras.

—¿Qué pasa? —preguntó Hathor.

El vampiro no fue capaz de articular una respuesta.

Desde el lomo desgarrado de la Sobek-Set, Seshat e Ysaak, asomados a un costado, con la brisa acariciando sus rostros, observaban impresionados el

mismo espectáculo: la ciudadela en sombras.

En el país del Nyhm la electricidad fue desapareciendo. Todos los sectores militares, todos los campamentos, los hospitales y las bases subterráneas quedaron en penumbras.

Y más allá y más allá también... En el Continente del Norte, en el del Sur y en las Tierras del Oeste. El mundo entero se apagó progresivamente.

Meinkherdt veía hacia arriba, en la más inescrutable oscuridad. Boltar tenía mejor vista que él, los felinos aún más. Pero lo único que alcanzaban a ver eran sus propias expresiones de sorpresa.

La energía de emergencia se había ido al mismo tiempo. La alarma apenas pudo proyectar un par de alaridos antes de echar un gemido patético y apagarse.

—¿Qué diablos está sucediendo?

• • •

Pumo obtuvo el resultado que esperaba. A continuación, tiró de un cable lentamente... hasta desconectarlo.

Debilitando: Ozono. Ozono debilitado.

Masa molecular: dividida. Química: interrumpida.

Ciclo: desfasado.

O₂: interrumpido.

OXÍGENO CANCELADO.

• • •

El rostro de Boltar estaba alumbrado por linternas de pila.

—Creo que el señor la necesita más que nosotros.

Meinkherdt, sin duda, estaba de acuerdo. Tomó una lámpara y la utilizó para iluminar las computadoras muertas frente a él. Sin embargo, un pensamiento súbito lo puso en alerta. Levantó la linterna y observó el rostro del lobo, que se desajustaba la corbata y estiraba el cuello.

—Me... Me siento sofocado —jadeó.

El hapalokiano jamás olvidaría el terrible concierto de quejas y gemidos que sobrevino a continuación...

• • •

La pequeña Levinna estaba a punto de cometer un error mortal: si gritaba, gastaría su último aliento.

—¡OTOSA! —lloró— ¡OTO...!

El zorro abrió la puerta aterrorizado, viendo a todas partes. Su mirada estaba nublada, y por una buena razón: se sujetó el pecho, mientras que caía de rodillas y gateaba cerca de los chicos.

Levinna no podía evitar llorar, sellando así su destino. La niña se sujetaba el cuello, mientras se recostaba cerca del gatito en pijamas que se agitaba sin control, con los ojos en blanco.

Lo mismo pero con diferentes rostros sucedía no solo en aquel silo, sino en todas las bases de refugiados del Nyhm y del mundo.

En la calle, los rezagados se arrastraban.

Un conejo se precipitó sobre una bolsa plástica, vació todos los recuerdos que llevaba dentro y cerró la envoltura alrededor de su boca, intentando conseguir un último retazo de oxígeno.

Algunos se precipitaban, golpeándose contra las paredes. Otros tiraban todo lo que tenían frente a sí y algunos se acurrucaban en el suelo, en vano.

Un león salió de la ducha, la melena mojada se movía pesadamente. Se precipitó al cuarto donde se hallaba la cuna. No le hacía falta luz, el instinto lo había llevado hasta donde quería ir.

Estaba ahora de rodillas en el suelo, con el bebé en brazos, meciéndolo.

En el océano, la pantera que había decidido que el mejor refugio sería el mar, salió tambaleando del camarote rumbo a la popa, intentando no tropezar con las cajas de provisiones colocadas ordenadamente a los lados. Se desplomó cerca de las barandillas. Lo último que observó fue el cementerio de ballenas flotando, moribundas, en el horizonte marino. Sus últimos cánticos lo arroparon, hasta el fin.

• • •

Ysaak se hallaba perplejo, de rodillas, sujetando a Seshat por los hombros.

La elfa intentó decir algo, pero no pudo. Comprendió que a ella se le agotaba el aire mucho más rápidamente que a él. Físicamente, era inferior. La cargó en brazos y, tomando una decisión que probó ser acertada, la sacó del compartimento de carga, expuesto al aire libre, y la llevó al interior de la

nave.

Por su parte, lo primero que hizo Hathor fue gritar por Neftis.

Lo segundo fue imaginarse horrorizado qué debía estar sucediendo allá abajo. Por un momento, el elfo no supo cómo reaccionar y evaluó por segunda vez «liberarse», pero esta vez, aunque lo hiciera, no ayudaría en lo absoluto. No había forma de combatir lo que estaba sucediendo.

Accionó un par de comandos. Bastet se hallaba detrás de él, con su piel enrojecida. El vampiro era el que menos sufría, pero observaba a Hathor con impaciencia.

Finalmente, el elfo presionó el botón más grande y con ello activó la voz de la nave:

ADVERTENCIA: LA SOBEK-SET NO HA CRUZADO LA ATMÓSFERA DEL PLANETA.

Presionó otra vez el botón.

ACCEDIDO. SE ACTIVA EL SISTEMA DE SOPORTE DE VIDA. GRACIAS.

Suspiró ávidamente, gimiendo.

La compuerta se abrió, Ysaak tosía con evidente alivio. Llevaba en brazos a Seshat, que se había desmayado. Detrás de él, Neftis, que respiraba a duras penas, se sujetaba de las paredes.

—¿Qué... Qué ha pasado, Hathor?

El elfo no contestó a su pregunta.

Se sentó torpemente en la silla, presionando el botón de la rendija.

—Meinkherdt... ¡Meinkherdt! ¡Contesta, por favor!

• • •

Meinkherdt gateaba sobre una infinidad de cuerpos que alfombraban el piso. Escuchaba las alarmas a uno y otro lado, sin embargo cada una se apagaba al segundo. Le resultó gratificante saber que los yovedianos luchaban por su supervivencia, aun en la desesperación: estaban liberando el oxígeno disponible en los niveles inferiores de la base, que quedaban más de cien metros bajo tierra, con la esperanza de que la nube de O₂ subiera por el abismo de los ascensores y los inundara. Pero había un problema: la falta de energía había inhabilitado las compuertas y él mismo podía ver el cielo oscuro a través de la boca por la cual había salido la Sobek-Set. El preciado elemento se escaparía en segundos si eso permanecía abierto.

Ahí a oscuras, su cabeza estaba envuelta por un montón de gritos y gemidos, sentía a la gente removiéndose en el suelo, intentando tomarse de la mano. El hapalokiano lamentó profundamente lo que estaba a punto de hacer, pero las cosas eran como eran. Sabía que Hathor lo haría, pero esperó en silencio que Boltar también lo pudiera perdonar. Se quitó los anteojos...

• • •

La Sobek-Set volaba envuelta en una centella. El vampiro piloteaba. Seshat estaba tendida en el suelo, respirando plácidamente. El tigre se hallaba sentado frente a ella, cuidándola. Hathor permanecía en su puesto, con los largos cabellos dorados cayendo alrededor de su frente. Entre sus dedos caían hilos de sangre. Sus uñas estaban cortas, pero había conseguido presionarlas lo suficiente como para abrirse surcos en las palmas de las manos. Tenía la mirada más oscura que Ysaak había visto en toda su vida...

• • •

Los yovedianos que se hallaban en las últimas, entregados a la negrura y el piadoso sueño frío, tenían ahora otra cosa de qué quejarse... Sentían que la cabeza les dolía. Había un aura enérgica apoderándose de sus cerebros.

Uno abrió los ojos y miró hacia arriba, en dirección a la figura erguida de Meinkherdt.

Poco después una horda de zombis caminaba siniestramente hacia adelante, con los ojos en blanco.

El grupo giró las cabezas en dirección al hapalokiano, como robots esperando una orden. Meinkherdt se hallaba erguido sobre una plataforma, viéndolos a oscuras.

De la nada, los soldados comenzaron a trabajar. Ninguno se quejaba.

Una línea húmeda surcaba el rostro de uno de ellos; lágrimas derramadas hacía minutos cuando suponían que todo había acabado, pero ahora era diferente, ahora no lloraba, simplemente era un autómata.

Agotando sus últimas energías de vida, empezaron a cerrar manualmente el enorme portal girando un gigantesco volante. Cada uno tomaba una parte del manubrio y se empeñaban en tirar de él. Cuando uno caía desplomado, otro se levantaba del suelo y lo reemplazaba, haciendo caso omiso del cuerpo.

Lentamente, la luminiscencia lunar que entraba como un rayo plateado se fue cubriendo por un eclipse, hasta que el agujero quedó tapado.

A cien metros de profundidad, un lobo inconsciente abrió los ojos. Se puso de pie. Miró hacia arriba.

Como si una línea invisible se lo hubiera comandado, se puso manos a la obra: se acercó al vitral de emergencia. Ni siquiera golpeó el vidrio, solo hundió y retiró su mano rasguñada y sangrienta empuñando un hacha. Observó los cilindros que corrían sobre el techo cavernoso y arrojó el instrumento, cortando la tubería de cuajo.

El oxígeno empezó a liberarse en la forma de un piadoso gas azul.

El lobo cayó al suelo, muerto, mientras que arriba los militares que habían dejado a un lado el inmenso volante y se mantenían en filas mirando a Meinkherdt también se desplomaban, como marionetas. La gravedad de sus esfuerzos había sido la estocada final.

La gente comenzaba a toser otra vez. Pero ahora era bueno, el hapalokiano podía escucharlos gemir: estaban respirando.

Se sentó en el borde de la plataforma, con sus piernas colgando en el vacío. Apoyó los codos sobre las rodillas y se cubrió el rostro con las manos, irguiendo la espalda, cabizbajo.

• • •

Pumo miraba en dirección a una enorme esfera transparente, tan llena de lucecitas como estrellas tiene el firmamento. Muchas se apagaban, rápidamente. Tras la esfera se observaban túneles infinitos, abismos deformes que destellaban con espasmos amarillos y violáceos, por donde cruzaban telarañas cósmicas marchitas, conductos delgados y blandos...

El sistema espectral le dio una indicación que para cualquier ser vivo hubiera resultado invisible, pero que para él era clara.

Le decía que las condiciones físicas del planeta estaban alterándose. La atmósfera comenzaba a cambiar su color morado por uno amarillento.

Pumo no podía permitir que eso sucediera.

Si el planeta cambiaba, si Yóvedi sufría una cicatriz, su realidad física se alteraría y eso acabaría para siempre con su objetivo. Ya era hora de devolver las cosas a la normalidad.

Él no sabía mucho sobre nosotros, los que estábamos de este lado, pero algo había investigado... Y tenía ideas muy acertadas de cómo

amedrentarnos.

Conectó el pálido filamento que se retorció de vuelta a su órgano.

Rehabilitando: Ozono.

Ozono: volviendo a su función normal.

Masa molecular: completa.

Química: ¿0?

Química: ciclo restaurándose.

Ciclo: corre.

O₂: corre

OXÍGENO RESTAURADO.

• • •

De más está decir que los yovedianos se dieron cuenta de que las cosas habían vuelto a su cauce normal apenas horas después del terrible suceso. La tripulación de la Sobek-Set, por su lado, se enteró mucho antes gracias no solo al eficiente DIO, sino a la computadora central de la nave, que indicaba que el planeta era «Clase beta» de nuevo (respirable, apto para la vida).

Pero no se habían animado a presentarse aún ante los yovedianos.

Si había una emoción que embargaba más que ninguna otra a la tripulación de la Sobek-Set, era la vergüenza.

Hathor se mantuvo alejado durante horas, no tenía el valor de ver a nadie. Mucho menos a Boltar, que había sobrevivido, al igual que el coronel Backlava e, incluso, milagrosamente, el sabio general Argos. Y salvo una que otra excepción, la suerte llegaba únicamente hasta ahí.

Cuando descubrieron que la electricidad había sido restaurada junto con el oxígeno, el ejército del Nyhm se puso manos a la obra: los primeros reportes no tardaron en llegar, fueron recibidos desde varios puntos del planeta, sumados para preparar un último documento que, al mediodía (como mejor pudieron porque casi no quedaba personal) estaba sobre la mesa del presidente, explicaba con detalle todo aquello que había pasado durante los quince minutos que Yóvedi había quedado sin oxígeno, en un día que quedaría para siempre marcado por la infamia...

Había perecido el 80% de la vida en el planeta.

PARTE II

AYUDA

RECORDANDO EL PASADO (I)

La Sobek-Set permanecía estacionada en medio de un campo verde. Si uno se sentaba sobre el techo de la nave, podía ver, a lo lejos, la silueta de la base militar asomándose entre la arboleda lejana.

La razón para estar ahí era simple: Hathor había pensado que, de seguir contraatacando, el siguiente paso lógico de Pumo sería destruir la nave, y sea lo que fuera que enviara tras ellos, no quería que la batalla ocurriera cerca de los yovedianos. Pero hacía más de veinticuatro horas que todo se mantenía en calma.

Bastet y Seshat reparaban la nave lo más rápidamente que podían, y la ayuda de Ysaak, que había preferido quedarse con ellos en vez de regresar con su gente, era una bendición. Al vampiro le impresionaba cada vez más la destreza física del chico.

Sin embargo, las relaciones bilaterales se habían mantenido congeladas desde el desastre y no por acuerdo mutuo, sino porque después de recuperar a Meinkherdt en la base y alejarse, Hathor todavía no se había entrevistado con Boltar o el alto mando del Nyhm. Todavía no sabían cuál sería su reacción ante lo que había sucedido.

De más está decir que, gracias a las avanzadas computadoras de la Sobek-Set, y a los adecuados análisis de Neftis (quien, para sumar problemas, se mantenía distanciada del grupo) a Hathor antes que a Boltar le había llegado la noticia de que la vida en el planeta había sido diezmada.

La cara del mundo había cambiado por completo y el curso de su naturaleza había sido alterado por siempre.

Cada habitante, sin importar quién, había sufrido la pérdida de un ser querido. De hecho, no solo «un» ser querido, sino muchos.

Y eso era solo el principio...

Meinkherdt teorizó que la fauna salvaje debía haber sufrido daños todavía mayores. El planeta amaneció con más de seis mil especies extintas (y eso

solo por hablar de los mamíferos).

Aunque los yovedianos no lo sabrían durante un tiempo, comprendían con solo verlo, que el mar era diferente. Ya no parecía lo mismo de antes, nunca el dulce sonido de las olas se había sentido tan árido, nunca el agua había sabido tanto a soledad.

La especie más afortunada fue la raza dominante, pero cuando se veían los números esa no resultaba en lo absoluto una estadística afortunada.

Mientras tanto, Hathor estaba en su camarote, echado en la cama.

Varuuna había perdido a su abuelo, el patriarca. Para empeorar las cosas Bermion, su otosa, estaba en estado grave. El chico no había intentado comunicarse telepáticamente con él desde entonces.

Neftis tampoco le hablaba y el elfo todavía no tenía interés en saber por qué.

Bastet daba lo mejor de sí. El vampiro se valía de su intelecto, ingenio y talento para reparar la nave lo más rápidamente que podía, pero aun así, realistamente, se quedaba atrás. La Sobek-Set tenía un sistema holográfico sumamente avanzado y eso por no hablar del enorme hueco que le habían hecho. Mientras más conseguían él y Seshat reproducir la aleación del metal faltante sacrificando objetos secundarios a bordo, más se reducía el campo holográfico y menos era la cantidad de energía gastada (al menos), pero trece horas de trabajo continuo no los había salvado de superar los números rojos, y trece horas de trabajo por delante tampoco lo harían. Necesitarían ayuda.

Hathor tampoco tenía ganas de ver a Ysaak. Temía hacerlo. No quería mirarlo a los ojos. Les había fallado.

A todos ellos.

• • •

Seshat estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un ala de la nave, viendo con atención el enorme vaso con malteada que tenía entre las manos. Si había algo que le hacía olvidar que su estómago rugía, era el aspecto pastoso y para nada invitador del menjunje.

—¿Te estás tomando un minuto para pedirle perdón antes de comértelo?

Al margen de todo, le sorprendía que el sentido del humor del tigre, que comía de su propio vaso utilizando una cuchara que parecía demasiado pequeña para sus dedos, estuviera casi intacto.

—¿Esta comida te recuerda a ti lo mismo que me recuerda a mí?

—Seguramente... pero prefiero pensar que es chocolate.

—Hablando de cosas asquerosas, no deja de sorprenderme que ustedes tengan alimentos parecidos a los nuestros.

—Y a mí —repuso, raspando el fondo del vaso con la cuchara—. El universo no posee una diversidad infinita, como pensaba.

—Eso es bueno. Créeme. Hay palmeras en Titán que por el bien de tus huesos no querrías conocer...

—¿Hmm?

—Se encabritan.

El chico se la quedó mirando.

—Ojalá algún día las puedas ver —suspiró la elfa, encogiéndose de hombros.

Hubo un rato de silencio.

Había algo en ese último comentario, que le hizo lamentar haberlo dicho. El cansancio no le dejaba muchos ánimos para meditar exactamente qué, pero sin darse cuenta, sus pensamientos posteriores revelaron que lo sabía perfectamente: ¿habría «algún día» para Ysaak?

Había decidido que lo primero que haría sería preguntarle al shah si se lo podían llevar al sistema solar, pero eso tendría consecuencias tenebrosas. Además, eso significaba darse por derrotada, y eso hería su orgullo ante Ysaak, relegándola a ella y a sus palabrerías a la nada.

Frente a la posibilidad de semejante humillación, la idea tan solo platónica de la reacción de sus padres al ver que llegaría a casa con el ejemplar de una civilización ochocientos años atrasada respecto de la suya sería, por ponerlo en términos suaves, colosal. Sin embargo, por ello Hathor la hacía sentirse segura, aunque cada vez lo necesitaba menos. Cada vez le gustaba más depender solo de sí misma. Sin darse cuenta, Seshat se estaba convirtiendo en una verdadera pirata del espacio. Y ante todo ese cúmulo de razones había algo mucho más importante que recordó súbitamente, y lo hizo sin poder evitar mirar el rostro de Ysaak: ¿él querría venir con nosotros si nuestro trabajo fracasaba? ¿Dejaría todo atrás?

Era una excelente pregunta, pero no se atrevía a hacérsela.

Se sorprendió cuando, coincidentemente, Ysaak, por su parte, sí había tenido el valor de resolver sus propias incógnitas:

—Seshat...

—¿Sí?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

La chica asintió.

—Cuando estábamos arriba, viajando, me explicaste que Meinkherdt es lo que ustedes llaman, un...

—Un hapalokiano.

—Exacto. Me dijiste que tiene un pasado, que ese pasado está ligado de alguna manera a Hathor, y que hay una historia delicada que prefieren evitar. Quisiera saber cuál es, quisiera saber si puedes contármela.

Después de verlo brevemente, la elfa clavó la cuchara en la pasta y entrelazó los dedos.

—¿De verdad deseas saberlo?

—Sí, y además, quiero mantener la mente lo más alejada de aquí.

Seshat asintió. La brisa movió su cabello.

—Hathor no tenía más de siete años en aquel entonces...

• • •

Una de las cosas que más me sorprendió cuando llegué a tu planeta y te conocí a ti y a tu gente es que ustedes parecen una raza profundamente espiritual, habiendo dejado atrás, pero bien bien atrás, el fanatismo religioso y las guerras, que ha arruinado otros mundos que yo conozco. De hecho, nadie sabe con certeza si no fue el fanatismo religioso lo que hizo pedazos a un planeta que existió en otro tiempo dentro del sistema solar, y que desde hace milenios es una nube de agua, rocas y metal flotando tristemente sobre un eje.

El hecho es que ustedes son una raza «madura», y son cosas como esas las que nos dan vergüenza a la hora de contar lo que pasó en el sistema solar durante los días en que Hathor era un chico mucho más pequeño que tú y yo.

Hoy es un paraíso en comparación a esos días... Puede decirse que a raíz de eso las cosas han mejorado mucho. Quizá era algo que tenía que suceder. Y Hathor fue parte de ello, pero si quieres que te sea sincera, a pesar de que lo tengo muy en alto, él fue apenas un elemento secundario, importante, sí, pero secundario. Te voy a contar...

Había un señor llamado Osmehel Cadamaren... Era un millonario, el magnate más grande que jamás ha existido en el Sistema Solar...

• • •

En ese momento, Ysaak empezó a hacer asociaciones.

—¿Algo así como Segam? El tipo es (o quizá es mejor decir que era) dueño de la empresa de computación más grande de Yóvedi... y el más rico de entre los ricos.

Seshat sonrió cándidamente...

—¿Quién es el segundo tipo más rico?

—Creo que es un príncipe...

—Bueno: toma a ese tal Segam, fúndelo en una olla con el príncipe, y a la receta, échale los otros cinco tipos más ricos que han existido en la historia de tu planeta. Cuando estén fusionados en uno solo, multiplica su fortuna mil veces y lo que saldrá será un señor que tal vez pueda servir la bandeja de los bocados en una fiesta de Osmehel Cadamaren. No te harías una idea, ni siquiera proponiéndote a exagerar. Cadamaren compraba lunas, y si no se quedó con todos los planetas del sistema solar, fue porque la Hermandad Federal se lo impidió.

• • •

Aunque a decir verdad, Cadamaren sí consiguió comprar un planeta: Plutón. En él, fundó un parque de diversiones gigantesco. Imagínate un lugar así, pero del tamaño de un país. Eso es exactamente el Jumbo Jumbo. Knaach dice que todo empezó ahí...

Es una de esas cosas que tienes que ver por lo menos una vez en la vida: si viajas en una nave espacial cerca de Plutón, podrías ver las luces del Jumbo Jumbo desde mucha distancia. Y aún hoy, si bien el nombre de Cadamaren está casi prohibido, irónicamente el parque no se ha arruinado, porque la gente sigue yendo y sigue consumiendo los productos que todavía se fabrican en las empresas de Cadamaren, aun después de muerto.

Osmehel Cadamaren fue frenado a tiempo por la Hermandad, o al menos eso creyeron ellos (estúpidamente, si me permites agregar). Lo cierto es que él había fraguado un plan para destruir por completo la hegemonía no solo de la Hermandad, sino de las otras potencias lunares.

Para conseguirlo, primero se embolsó a todos aquellos que estuvieran dispuestos a ayudarlo. El emperador Gargajo, de la luna de Io, fue uno de ellos. Aunque al final, simplemente resultó ser un títere... Luego consiguió a alguien todavía peor: un ogro llamado Calizzo Popstone, un traidor que estaba al servicio de quien entonces era el rey de los ogros, el rey Metallus.

Los rumores cuentan que Cadamaren no consiguió el apoyo de ningún elfo, lo que desde luego, fue un orgullo nacional en su momento.

Cadamaren compró a alguien más: un general que, hasta esos días, había estado al servicio del Imperio de Io, un hapalokiano muy poderoso: Meinhardt Hallyfax. Meinhardt conocía bien los planes de Cadamaren, y junto con Popstone, conformarían un triunvirato que gobernaría el sistema solar con él a la cabeza.

• • •

—Un minuto.

Si lo que quería era sacar al joven tigre de su mundo, Seshat había tenido éxito.

—¿Qué sucede?

—Ese tipo, ¿su nombre es Meinhardt?

—Sí.

—¿Un hapalokiano?

—¡Claro!

—¿Usaba disfraz también?

—El origen del disfraz de Meinkherdt es oscuro, porque Meinhardt, que fue el que empezó con eso, lo usaba para que la gente no supiera qué era. El único que sabía su secreto era Cadamaren, y más adelante, Popstone. Y sí, como te podrás imaginar, Meinkherdt y Meinhardt tenían un lazo: eran hermanos.

—¿Y dónde estaba Meinkherdt en ese entonces? ¿Qué estaba haciendo?

—En ese momento Meinkherdt se hallaba en Amaltea, con la tribu hapalokiana. Su familia estaba atravesando una situación delicada porque en las sociedades hapalokianas el más poderoso es quien gobierna, y Meinhardt era el más fuerte, el que mayores poderes tenía. Pero él se había marchado y eso no está en lo absoluto bien visto entre hapalokianos...

Seshat se tomó un momento para mirar al horizonte.

—No —reiteró, meneando la cabeza—, no estaba en lo absoluto bien visto...

• • •

Para hacer las cosas peores, se había llevado a varios miembros de la tribu

consigo. Los había convencido de seguirlo.

Meinhardt fue un visionario, supongo... Él creía que a su raza le deparaba un futuro más brillante si salían de esas malditas lunas. Él creía que era el sistema solar quien debía temerle a los hapalokianos, no los hapalokianos al sistema solar. No veía la reclusión como una ventaja, sino como una estupidez.

No me atrevería a decir esto en público pero quitando su megalomanía enferma, tenía razón... Pero ya sabes cómo son las diferentes culturas... no trates de entenderlas, simplemente acéptalas.

Cadamaren acabó integrando a Meinhardt al plan más rápido que al mismísimo emperador Gargajo, que se suponía era dueño del ejército. De hecho, hasta cierto punto, conspiraron en su contra. La muerte de Gargajo fue accidental, pero no me cabe la menor duda de que lo habrían eliminado tarde o temprano. De hecho, según Knaach, la nave espacial en la que viajaban aquella noche, la Herschel Magnatino, iba a explotar de todos modos, sin la intervención de Amén... Diablos, perdona que vaya tan rápido. Debes estar confundido, mira: básicamente, lo que tienes que saber es que, sin que nadie lo supiera, Cadamaren se agenció otra «mano derecha», y esto atestigua la estupidez e ingenuidad de la Hermandad de Planetas durante aquellos días, los fuegos fatuos de Urano, otro de los mundos del sistema solar.

Los fuegos fatuos no son como tú y como yo, de hecho, para poder trabajar, necesitan trajes especiales, porque no son de carne y hueso. Pero tampoco son parecidos a Pumo (no pensé que podría decir nunca algo así, pero Pumo es todavía mucho más raro que ellos). Confórmate con saber que son una especie numerosa y todavía mucho más misteriosa, xenófoba y reclusiva que los hapalokianos. Cadamaren les debió haber prometido algo a la altura de sus ambiciones: aislar por completo a Urano del resto de los planetas. Es lo que ellos siempre habían anhelado, o por lo menos, esas son las teorías. Lo cierto es que los fuegos fatuos construyeron una nave espacial que, con morbosa imaginación, Cadamaren llamó «La Parca Imperial».

Si intentara describírtela, no te harías una idea... Medía más de siete kilómetros (sea como sea que esa distancia se traduzca a tu lengua) y tenía la capacidad de destruir planetas. De hecho, alcanzó a destruir una luna... o más bien, «la frió»: Elara, donde estaba la central de la Hermandad de Planetas Unidos.

El capitán de la nave era Meinhardt Hallyfax.

¿Comprendes lo que te estoy diciendo? Una nave como la Parca Imperial,

y al mando de ella, un hapalokiano: una combinación invencible. Si alguna patrulla espacial se acercaba lo suficiente a la Parca, podían pasar dos cosas: que la destruyeran sus armas, o que los alcanzara el radio mental de Meinhardt. Y créeme que hasta hoy es debatible cuál de las dos cosas era peor.

¿Recuerdas que te dije que Meinhardt se había llevado a varios hapalokianos consigo? Pues bueno, además del grupo, estaba su hermano menor...

Meinkherdt.

Él estaba a bordo de la Parca. Junto con los demás hapalokianos, era parte del grupo que atendía a Meinhardt, ayudándolo cuando debía quitarse su máscara o acicalándolo cuando tenía que salir de su camarote.

Osmehel Cadamaren tenía un secretario bien idiota, un petiso llamado Mojo Bond. Cuando todo el asunto acabó, encontraron su diario personal entre las cosas que quedaron de quienes desertaron de la nave a tiempo durante la pelea final. Alguien se llevó su diario por accidente.

Recuerdo que algunos extractos fueron publicados en la prensa. Mi padre todavía tiene esos ejemplares... Había un episodio en el que Bond contaba que tuvo que avisarle al capitán (Meinhardt) que algo estaba por ocurrir. Cuando se internó en el fondo de la Parca Imperial y llegó a sus aposentos, se llevó un susto horrible cuando vio a los hapalokianos atendiendo a Meinhardt alrededor de su silla. El maldito imbécil hubiera sido un excelente escritor... Al menos para un oficio tan inútil como ese. Hizo una descripción excelente de cómo ve una persona común a un hapalokiano.

Entre ellos, como ya te dije, estaba Meinkherdt... ayudando a su hermano.

En resumidas cuentas, un líder élfico, Panek, luchó contra la Parca Imperial con la ayuda de Metallus, el rey de los ogros. Antes de eso, los ogros y los elfos éramos enemigos jurados. Afortunadamente, yo no viví esa época.

La gente a veces no lo entiende pero todo lo que sucedió, a pesar de las vidas que se perdieron, a pesar de los amigos de los que se tuvo que despedir Hathor en el camino, trajo cosas buenas...

Si de mí dependiera, no borraría nada de esa historia. Me alegra que haya sucedido.

• • •

Seshat miraba hacia el hueco que había entre sus piernas cruzadas, pensativa.

—Si hay algo que no entiendas, no dudes en avisarme.

—¿Qué sucedió después?

• • •

Panek, líder élfico y capitán de la Anubis, nuestra mejor nave en aquellos días, y el rey Metallus, máximo regente de Iapetus, luna de los ogros, lucharon hombro a hombro contra la Parca Imperial.

Por supuesto, recibieron una paliza, pero pelearon fieramente y no fueron destruidos. De hecho, si no fuera por la intervención del padre de Hathor, creo que ninguno hubiera vivido para contar la historia (incluyendo a Hathor). Ese era Amén.

¿Cómo hacer para resumir semejante historia en pocas palabras?

Amén era un ser solitario, que vagó por el sistema solar durante mucho tiempo.

Es curioso, ¿sabes? Por amor fue que pasó tantos años en el lugar equivocado, en un tiempo que no era el suyo. Un lugar que los dioses no le habían destinado. Y si Amén retó a los dioses, es porque ellos, a decir verdad, eran sus iguales...

Por amar demasiado... Por amor a quien nunca debería haber amado.

• • •

—¡Eh! ¡¡Eeeh!!

Ysaak y Seshat giraron sus cabezas.

—Qué lindos verlos de espaldas, una de culo pelado y otro de culo peludo, haciendo pareja de lo más panchos, mientras yo ando aquí trabajando con aceite, grasa y porquería cayéndome en chorros parejos. ¡Bajen y denme una mano!

El vampiro tenía aspecto de vagabundo.

Ysaak se puso de pie y tendió una mano a Seshat.

—Te contaré el resto después, te lo prometo.

CONFRONTACIÓN

Si Meinkherdt había logrado acceder al camarote de Hathor era porque el sistema de seguridad había sido desactivado, pero también cabe decir que él era la única persona que podía permitirse ese lujo sin tocar la puerta.

La máscara que utilizaba, y que en ningún momento había perdido su aspecto humano, mostraba por fuera la realidad que llevaba por dentro: él era mucho mayor que Hathor.

—Los yovedianos llaman...

El elfo levantó la cabeza en la semioscuridad y luego volvió a bajarla, sin decir nada.

—Esto no es un anuncio. Me tienes que decir algo, no quiero volver con las manos vacías.

—¿Qué les voy a decir, Meinkherdt?

—Les vas a decir lo que les tengas que decir. Y será mejor que se te ocurra pronto, porque están en camino.

—¿Qué has dicho?

—Boltar quiere hablar contigo, así que permití que vinieran.

—¿Por qué demonios te tomaste esa libertad?

—Enójate si quieres, pero no me voy a quedar sentado a esperar que crean que somos un chiste. Y te pediría que no me asustaras en cuanto a negarte a recibirlos.

—¿Y qué esperas que les diga? ¿Por qué no me has dejado pensar?

—Porque ya tuviste tiempo para hacerlo. Y antes de que lo preguntes: sí, puedo juzgar cuánto tiempo necesitas, porque te conozco y sé que no estás pensando, sino rumiando. En un caso como el que tenemos entre manos, hacer eso está prohibido, por más shah que seas.

—Entonces resuélvelo tú. Yo no voy a hablar hasta que no sepa cómo ganar esta pelea. No voy a ir a decirles cualquier estupidez, yo tengo una responsabilidad. Anda y ocupa mi puesto si quieres. No estoy huyendo, no

me conoces tan bien.

—Puedo probar que no es así.

—¿Quieres llegar tan lejos, Meinkherdt? Piénsalo bien.

—Vamos a empezar: lo que más te duele es que te hayan dado una paliza, ¿verdad? Y junto contigo, a nosotros también, en fila. Pero mencionar al resto de la tripulación está de más, porque básicamente estamos por ti y para ti, lo que te hagan a ti nos lo hacen a todos. Y ahora no quieres enfrentar a los yovedianos y decirles que te derrotaron, y que el efecto colateral de esa derrota fue que quienes salieron más lastimados (más que tu inmenso ego) fueron ellos. Como lo que sucedió ha sido gravísimo, te aterra haber cometido lo que sin dudas es el peor error de tu vida y te remuerde la conciencia.

—Cállate.

—Pero aun así eso no es lo peor. Lo peor está mucho más adentro: asumiste una responsabilidad con esta gente y para ello te has soplado la nariz con todas y cada una de las reglas, a lo macho, siempre con una respuesta para todo. ¿Quieres que te diga lo que realmente te preocupa, Hathor? ¿Lo que te asusta más? Te asusta que como no vas a huir, tendrás que llevar esta pelea (en la que no tenías responsabilidad alguna) hasta el final. Eso es... Te preocupa que llegue el momento en que nos acorralen y tengas que liberar todo tu poder, y que cuando lo hagas, no haya vuelta atrás, porque ya no estarás entre nosotros. Si bien naciste con mucho más poder que él, careces del mayor don de Amén: lograr permanecer de «este lado».

DIO flotaba del otro lado del cuarto. De él escapaba un suave zumbido. Los monitores holográficos mostraban los rostros de Hathor y Meinkherdt, pero en el centro, sobre la pantalla más grande, apareció un rostro élfico de cabellos plateados y frente ancha. Sus ojos grises parecían lo suficientemente despiertos como para que cualquiera creyera que era una persona viva del otro lado del marco de la pantalla.

Hathor lo veía fijamente.

—Déjame en paz, Meinkherdt. No quiero hablar sobre esto. Quiero estar solo. Entiéndelo.

El hapalokiano se ajustó los anteojos y torció la boca.

—Si quieres saber algo más, Boltar no está enojado contigo. Simplemente desea saber qué tienes pensado hacer. Quieren que les digas cuál es el paso a seguir. Incluso Bastet se está preparando para volver a la base y mirar los avances en la réplica del campo dimensional; Seshat lo acompañará para

ayudarlo y yo también iré. Y en cuanto a ti, francamente, no sé qué les voy a decir.

• • •

El anciano general Argos iba sobre un helicóptero ultrasónico (parte de la maravillosa tecnología de Solares, hasta los tiempos que les había tocado vivir). Lo acompañaba el coronel Backlava.

El anciano se cubría con una manta gruesa. Su gorra militar se hallaba colgando de la empuñadura de su bastón.

El presidente Boltar examinaba los informes una y otra vez.

—Estoy seguro de que cada vez que lo lee, lo alivia que sus protegidos hayan sobrevivido, ¿verdad? Fueron muy afortunados. La cámara presidencial tiene oxígeno en caso de ataques químicos, ni yo mismo hubiera imaginado que al final no los protegería contra un veneno, sino contra la falta del preciado elemento. Dudo que el mismo Terrós lo hubiera sospechado... Él solía tomar café conmigo mientras dirigía el diseño, hace tantos años... Cuando el mundo era distinto.

El anciano se frotó las rodillas.

El lobo encontró la mirada del anciano, quien apuntaba su envejecido hocico en su dirección. Sus ojos eran un misterio detrás de aquellas pesadas arrugas.

—Agradezco que sigan con vida cada segundo que pasa, pero lamento que los civiles no hayan tenido la misma suerte.

Lo observó un momento más antes de seguir leyendo.

Sin embargo, el anciano no tardó en replicar:

—Me pregunto qué diría Belfegor. Él siempre fue un patriota, uno de los más valiosos. Quizá esto le hubiera enfriado la sangre un poco.

—¿Disculpe usted?

—El león general Belfegor, excelencia —intervino Backlava—. Murió anoche.

—Recuerdo al general.

Boltar desvió la mirada para volver a mirar al anciano.

—Usted también es afortunado por haber sobrevivido. Y a pesar de los elfos, sepa que también esperamos mucho de sus talentos.

Las arrugas en el rostro del general se contrajeron. Pasaron unos segundos antes de que pudiera Boltar dilucidar que en ellas se dibujaba una extraña

sonrisa.

El piloto golpeó dos veces la lámina metálica que tenía tras la cabeza.

—Señor, hemos llegado. Vamos a descender.

• • •

Meinkherdt esperaba de pie sobre el muelle de la Sobek-Set. Notó que por la colina se acercaban tres personas. El hapalokiano supo quiénes eran por la familiaridad de sus ondas mentales. Ya había conocido (aunque brevemente) al general Argos, quien iba un poco más atrás que el resto. Finalmente, todos se adentraron a la sombra de la nave.

—Bienvenidos una vez más —los saludó—. Los estaba esperando. Por favor, suban a bordo.

Notó que el anciano utilizaba su bastón para golpearle el zapato, como si estuviera intentando comprobar algo interesante, a la vez que levantaba la cabeza y le sonreía, saludándolo:

—Hola.

Meinkherdt lo miró brevemente antes de devolverle el gesto:

—Me alegra su presencia —anunció—. Tengo muchas cosas que decirles. Sin embargo, antes de proseguir, quiero resolver un asunto. ¿Shah?

Boltar lo miró.

—¿Podemos volver a pooner a la Sobek-Set en la base? Estoy seguro de que ha pasado el tiempo suficiente.

—¿A qué se refiere?

—Se refiere a que ellos pensaban que el otro extraterrestre trataría de destruir su nave —intervino Argos, palpando ahora los escalones—. Yo, por mi parte, estaba seguro de que no lo haría, que hubieran podido estacionar dentro a su Sobek-Set anoche y ganar tiempo.

Meinkherdt observó al anciano atentamente.

—Creo que lo que Pumo quiere es que se marchen —continuó, levantando la cabeza para ver la cara del hapalokiano—. Si algo sabe de nosotros y de ustedes, es que somos seres sociales. No quiere que vengan más elfos buscando a sus compañeros.

—Y entonces, ¿qué significa eso?

Argos arrugó la boca, meditabundo.

—Significa dos cosas: la primera es que aún está un poco lejos de terminar su trabajo, la segunda es que solo los quiso amedrentar... Podría

haberlos matado si hubiera querido.

Meinkherdt asintió.

—Suban, por favor.

No pasó mucho tiempo antes de que todos se hallaran en la sala de situaciones.

Al hapalokiano le hubiera gustado ofrecerle una visita por la Sobek-Set al general, que se mostraba maravillado y miraba a todos lados como un niño (parecía Varuuna). Sin embargo no lo hizo. El anciano entendía que la situación exigía dejar de lado la curiosidad científica.

—Antes de comenzar, les aviso que activaremos el campo dimensional para mantener esta conversación en privado. Sírvanse tomar asiento.

—Espero no haberle dado ninguna idea allá abajo —bromeó el anciano, colocando el bastón sobre la mesa.

—Espere un minuto.

Meinkherdt detuvo la operación para mirar a Boltar.

—¿Shah?

—¿Dónde se encuentra Hathor? ¿Por qué no ha venido?

—Aquí estoy.

El elfo cruzó el marco de la puerta. Su aspecto era desaliñado. Tras él, diligentemente, se hallaba DIO, levitando.

—Disculpen la demora. Dibuja espacio para uno más, Meinkherdt, y ven a sentarte con nosotros.

La boca de Meinkherdt dejó de hacer un rictus y se ablandó un poco.

Hathor tomó el mismo puesto de aquella última vez y quedó frente a Boltar. El elfo no esperó a que iniciara la conversación:

—¿Cómo está Varuuna?

—Devastado. No ha salido de su cuarto y tampoco ha comido. Elevo mis gracias al Gran Arión, sin embargo, pues su otosa, mi otsune (3), el shogun Bermion, sobrevivió también. Varuuna y yo estamos más unidos que nunca y lo cuido en su lugar. Elevo mis gracias también por el hecho de que el chico haya estado en la base, porque su otosa lo había mandado. Se encuentra con mis protegidos.

—¿Bermion se halla bien?

—Mi otsune sufrió daño cerebral, shah.

El lobo hizo una corta pausa que al elfo le resultó como una cuchillada.

—Es otro de los temas que vengo a tratar también. Su medicina.

Hathor luchó, contra todos los músculos del cuello y las malas ansias que

tenían residuo en su espíritu, para no girar la cabeza e implorar la intervención del hapalokiano con la mirada.

«¿Y ahora qué? ¿Qué hago, Meinkherdt? ¿Cómo hago si no puedo reparar el daño?»

El elfo entrelazó los dedos.

—Quiero que traigan a Bermion a la base. Desmontaremos todo el equipo médico del que dispone la Sobek-Set. Traigan también a todos los sobrevivientes que hayan sufrido daños colaterales.

Backlava asintió con firmeza.

—Me alegra ver que el shah de los elfos piensa en todos.

Hathor lo miró entristecido.

—Está más que claro —declaró— que hemos fallado. Lamento mucho no haber estado a la altura de las circunstancias, shah, y por ello, le pido perdón. A usted y a su pueblo.

Hathor apoyó ambas manos sobre la mesa y bajó la cabeza, a modo de reverencia.

Sus cabellos dorados caían cuan largos eran a los lados de su frente.

Boltar lo miraba fijamente, sopesándolo.

—Levanta la cabeza, Hathor.

El elfo le obedeció, lentamente, y encontró su mirada.

—No te culpo por lo que sucedió. Tampoco lo hace nadie. Somos mejores que eso.

La sorpresa cruzó su rostro, sus ojos estaban grandes y temblorosos.

—Si hubiéramos tenido mayor éxito con nuestra propia ofensiva, habríamos encontrado exactamente el mismo destino. El tiempo corre, y aunque ha sido una tragedia de proporciones bíblicas, que jamás será olvidada, a usted no es a quien culpamos del pecado. No lo hacemos responsable de ninguna muerte. Yóvedi es mejor que eso, shah de los elfos.

Hathor volvió a bajar la cabeza, como una reverencia, y cerró los ojos. Meinkherdt sabía que intentaba no llorar.

—Gracias, Boltar. La tripulación de la Sobek-Set jamás los abandonará.

Hubo un momento de silencio. Hathor decidió que lo mejor era sincerarse no solo con ellos, sino consigo mismo:

—Cuando llegamos, uno de nuestros diagnósticos (que ha probado ser acertado) es que Pumo no viene en representación de ninguna raza, sino por cuenta propia. Eso me hizo suponer que no nos encontraríamos con un ejército. Pero cometí un error clave: lo juzgué a él como nos juzgaríamos a

nosotros, que por más alejados que estén nuestros mundos, compartimos similitudes, como la carne y la sangre. Pumo parece ser un ingeniero con muchos trucos y está más que preparado para enfrentar cualquier eventualidad.

Meinkherdt esperaba algún comentario de Argos pero el anciano parecía estar fascinado por DIO; miraba la rotante esfera y se mantenía completamente fuera de la conversación. La esfera parecía corresponder a su fascinación, porque reflejaba el rostro de Argos en la mayor parte de sus monitores.

—Voy a pedir ayuda.

Las orejas de Backlava se alzaron en ese momento, Boltar lo miró con mayor atención.

—Tengo amigos y los voy a llamar. Necesito que estén aquí. Sé que si los convoco, vendrán, a pesar de las prohibiciones.

—¿Desea trasladar la nave a la base para repostar?

—No —repuso, meneando la cabeza—, no será necesario, shah. No los llamaré con la nave, sino del mismo modo que Varuuna me llamó a mí. En sus tripulaciones también hay psíquicos, me comunicaré con ellos.

—A mi okichi (4) le agrada saber eso. Creo que usted le ha hablado de esos amigos, ¿no?

Hathor no pudo evitar sonreír, con un dejo de pesar en su mirada.

—Sí. Le he hablado de ellos. Y en lo que nos concierne, serán una ayuda formidable.

—Lamento mucho tener que hacer esta pregunta, shah, pero, debido a las circunstancias, es vital —interrumpió Backlava, con voz pesada—. ¿Cuánto van a tardar?

—Poco, le doy mi palabra.

—Pero la velocidad de la luz no es una opción...

Todos observaron al anciano, que parecía un niño recién despierto.

—Su sistema solar está a un millón de pársecs, eso equivale a tres millones de años luz. Yo diría que va a pasar bastante tiempo.

Argos giró la cabeza lentamente hacia Boltar y a Backlava.

—Me lo dijo Varuuna. El otro día le invité un helado y aproveché para hacerle algunas preguntas.

Boltar entrecerró los ojos, Hathor intuía que tal cosa no le había gustado al lobo.

—¿Debo asumir entonces que sus amigos están por el espacio, más cerca

de aquí, shah? —prosiguió el general, apretando el bastón.

—Son dos naves, maestro —contestó, asintiendo otra vez—. Estarán aquí más rápidamente de lo que cree, gracias a un descubrimiento científico que probablemente a usted le suene familiar, si es que Varuuna le habló también de eso.

—¿El agujero de gusanos?

—Exactamente.

—Entonces van a tardar un día en llegar, a lo sumo —calculó Meinkherdt—. Contando los preparativos del viaje (reunir a su tripulación y engañar a la patrulla de la Hermandad de Planetas Unidos), habrá que sumar diez horas extra. ¿Cuándo los llamarás, Hathor?

—Ya los he llamado.

Hathor miró entonces a Boltar.

—Y les he pedido que traigan equipos médicos más apropiados, shah, lo que incluye también personal.

—No será fácil, ¿no es así? Todos harán algo prohibido.

El elfo meneó la cabeza.

—Lamento tener que decírselo así, pero son piratas del espacio, como nosotros. Lo prohibido es lo de menos. Aun a pesar de ello, tengo una amiga que cuenta con un excelente personal médico a bordo.

—Suená bien para mí —afirmó Backlava.

—Lo que me preocupa es la reacción de Pumo cuando se entere de que varias naves estarán llegando al planeta —admitió Meinkherdt.

El anciano perro dejó de lado su nueva distracción (el campo de fuerza que los rodeaba) y volvió a meterse en la conversación.

—No va a hacer nada.

Fue la segunda vez que todos se lo quedaron viendo, en un silencio frío.

—Esperará a ver lo que ustedes hacen. Pero hasta que ustedes no actúen, él no hará nada. Guíense por ese principio. Él solo está concentrado en terminar lo suyo.

Todos digirieron la información en silencio. Meinkherdt lo observaba fijamente. El general a su vez lo miraba de vuelta entre esas arrugas que escondían sus verdaderos ojos, tan indescifrables como los anteojos negros del hapalokiano.

—Entonces, si eso es todo —repuso Boltar—, pueden llevar a la Sobek-Set hasta la base.

—Un minuto, shah, hay un plan más.

Los yovedianos observaron a Meinkherdt fijamente, pero solo Hathor lo hizo con sorpresa.

—Lo que ha dicho mi shah termina por decidirme a intentar una idea que tuve ayer y que he meditado cuidadosamente. Se trata de otro plan de ataque.

—¿Meinkherdt?

El hapalokiano miró fijamente a Hathor.

—Si has llamado a quienes creo que has llamado, entonces no hay nada que perder. Si algo pasara, puedes reemplazarme.

El elfo intentó no responderle con una mala palabra, su mirada lo decía todo.

—Quiero atacar personalmente a Pumo.

3. Hermano en la lengua yovediana.

4. «Sobrino» en yovediano.

LA EXPIACIÓN

Hathor decidió no decir absolutamente nada por una serie de pensamientos que privaron su mente. El primero era no querer saber absolutamente nada de lo que ya se había acostumbrado a llamar «las tonterías de Meinkherdt».

Tonterías que cada vez se transformaban en palabras más agrias porque, en opinión del elfo, el hapalokiano no entendía que él no era la misma persona que su hermano, el general Hallyfax. No era esa figura oscura del pasado. Meinkherdt, por su parte, aseguraba entenderlo (el elfo no estaba tan seguro), y a la vez afirmaba algo que lo desesperaba por su aparente falta de voluntad en sostener una conversación con frases más claras que «las cosas no son tan fáciles, Hathor».

Meinkherdt era Meinkherdt, su segundo al mando, pero más que su segundo al mando, su mano derecha, y más que su mano derecha, su consejero, y lo más parecido a un papá que había.

Si Meinkherdt tenía una idea, es porque estaba bien, ¿verdad? Es porque las cosas tenían que salir bien, ¿no es cierto?

Podía hacerle sentir que todo marchaba sobre ruedas. Si él no se inmutaba ante la presencia de un problema, entonces no había nada de qué preocuparse, porque él sabría qué hacer...

Meinkherdt era Meinkherdt, claro que sí...

Por otro lado, Hathor no iba a interrogar a su número uno delante de los yovedianos, no del modo que lo tenía que hacer. No exponiendo asuntos del pasado que los demás no tenían por qué enterarse. No preguntándole delante de todo el mundo si estaba loco.

Y, mientras la reunión proseguía (y el elfo aguardaba con ansias a que terminara), la idea del hapalokiano, sin embargo, comenzó a ganar terreno.

Ciertamente, si Meinkherdt atacaba a Pumo, ¿qué pasaría?

¿Acaso habían hecho todo para nada? ¿Acaso su estúpido error había sacrificado en vano al 80% del planeta habiendo podido resolver las cosas sin

una sola muerte? ¿Sin siquiera colocar el primer pie en Yóvedi?

Los hapalokianos tenían un poder mental formidable y eran la raza más temida del sistema solar. Hathor mejor que nadie lo sabía. El poder que tenían era algo que no se debía tomar en broma ni haciendo un chiste osado.

Pero aun así, aun con ese imperio de mitos (mitos que tenían más de real que de mito, por desgracia) nadie sabía mejor que él de lo que un hapalokiano era capaz.

Y la razón era sencilla: Hathor conocía muy bien hasta qué punto él mismo podía hacerle daño a una persona con su tormenta psíquica. Y la sola idea de que en el sistema solar hubiera una raza capaz de hacer cosas «parecidas» era más que suficiente para justificar no solo el pavor, sino en lo personal, callarse historias que solo él conocía y que podían elevar el terror hasta niveles insospechados.

Así que, ¿qué pasaría si Meinkherdt atacaba a Pumo?

Pumo carecía de poder psíquico, no podía enviar una onda mental en represalia. No podía atacar a Meinkherdt de vuelta jugando el mismo juego. Lo peor que podría pasar es que no pasara nada. Que la mente de Pumo no fuera compatible y todo llegara hasta ahí.

Pero una mente es una mente y aunque las ideas no se puedan ver, existen, y está demostrado que ellas se almacenan en algún lado y algún cuando. Y Pumo creaba, y no solo creaba sino que tenía un plan, y no solo tenía un plan sino que además, era consciente. Pumo podía ser todo lo raro e inusitado que la mente más retorcida pudiera imaginar jamás, pero tenía una mente. De eso no había dudas.

Y así como todas las cosas que sangran son mortales, una ley insondable del universo también dictaba que si Pumo tenía una mente, Meinkherdt podía llegar hasta él.

Hathor volvió a la realidad, una realidad que lo ubicaba en la Sobek-Set con Boltar, Backlava, y un ilusionado general Argos explorando sin timidez alguna la mesa holográfica que tenía frente a sí.

Presionó el interruptor.

—Bastet —llamó.

—¿Shah?

—Eres capitán. Llama a Seshat y lleven a la Sobek-Set a donde el coronel Backlava te pida.

—Entendido.

El elfo tomó por los hombros al lobo e hizo una reverencia.

—Excúseme unos minutos, shah, tengo que atender unas cosas.

Boltar hizo un asentimiento.

Abrió la puerta de cristal del ascensor y dio media vuelta, encarando a Meinkherdt.

—A mi camarote, ahora.

• • •

—¿¡Tienes siquiera una mínima idea de la cantidad de leyes que estamos violando!?

—¿Leyes? Bah, yo diría que solo una —contestó el enorme elfo oscuro, con los brazos cruzados, mirando a la pequeña criatura de cabellos andrajosos que le hablaba, y que lo veía de vuelta con la boca cada vez más abierta.

—Solo una pero es TAN grande —chilló, haciendo mímica con los brazos — ¡que vale por todas juntas!

—Escucha, si no estás de acuerdo con las decisiones de tu shah, haz las maletas, dirígete a la bahía número siete y bájate.

Pronto, el bicho se quedaría solo en la sala, con la boca más abierta todavía y un dedo levantado.

Viajaban a muchas veces la velocidad de la luz, a través de un agujero de gusanos...

• • •

Hathor le apartó una silla a Meinkherdt y luego se sentó sobre su cama, mirándolo. La escena no era nueva: ahí se tomaban las decisiones más importantes de la Sobek-Set.

—Es poco lo que puedo decirte, porque ya lo sabes. Quiero atacar directamente a Pumo. Es rápido, fácil, y sin dudas una posibilidad que hay que explotar. Si no funciona, no funciona, pero al menos lo habremos intentado.

—Para alguien que tanto cree saber lo que estoy pensando, te has equivocado. Lo que quiero tener claro es si esto es una estupidez kamikaze.

—¿Acaso no sabes tú tanto como yo sobre los seres pandimensionales? Si algo ha quedado claro es que Pumo no tiene poderes psíquicos. Toda su maquinaria bélica y todo su poder los puede usar para imponerse ante quien sea, pero psíquicamente, no es capaz de hacerle daño a nadie.

Hathor asintió. Entrelazó los dedos y usó las manos para apoyar su mentón sobre ellos.

—¿Y si tiene un programa que le permite fundir mentes? ¿Eso se te ocurrió?

—Se me ocurrió, pero de haber sido así, pienso que al menos Varuuna habría muerto antes de llamarte.

El elfo bajó la mirada, pensativo.

Meinkherdt era Meinkherdt, sin dudas. Él no hubiera explicado su plan si no se hubiese encargado de que fuera tan circular como para ponerlo a rodar sobre una pendiente.

—¿Y si lo hacemos enojar?

—Antes que siquiera le alcance el tiempo, ya habré arrojado su conciencia a un abismo, y Pumo, tal como lo conoces, quedará en coma, por siempre.

—Y si el plan falla y no puedes hacerle daño, ¿no se va a enojar?

—Hathor, tú mejor que yo sabes que un ataque psíquico no es nada parecido a arrojar bolas de fuego. Si la mente de Pumo no trabaja en este espacio temporal y/o dimensión y está fuera de mi alcance, él no sabrá lo que quise hacer.

—Solo sabrá que intentaste mantener un nexo con él...

—Exacto. Solo recibiré un timbre molesto y un mensaje onírico que dirá algo en la línea de «Pumo ha decidido no aceptarlo en su libreta de recuerdos. Gracias y hasta pronto».

Muy rara vez Meinkherdt hacía chistes... Incluso si eran tan secos.

—Lo siento, pero prefiero esperar a que lleguen mis amigos antes de poner esto en marcha.

El hapalokiano meneó la cabeza varias veces.

—Hathor, es el momento ideal para intentarlo. Si esto funciona, podrás comunicarte con ellos y decirles que paren la máquina, que metan retroceso y se marchen. Te lo van a agradecer hasta el fondo del alma, por más que sean capaces de sacar las castañas del fuego por ti.

Observó sus oscuros anteojos con atención, hasta verse reflejado en ellos.

El elfo se levantó de la cama, le dio la espalda y caminó hasta el otro extremo del camarote, con la frente baja.

—Maldita sea...

—Nuestro error más grande fue no intentarlo antes. MI error más grande.

—Cállate, Meinkherdt. Solo dime, ¿estás seguro de que nada va a suceder?

—Estoy seguro. Quiero hacerlo.

Hathor era un creyente en la todopoderosa habilidad de su raza para construir vehículos espaciales. De entre todos los diseños del sistema solar, las naves élficas eran de lejos sus favoritas. También pensaba que un elfo y su nave podían llegar a ser uno. Pero en ese momento su mente estaba tan lejos de la Sobek-Set que no la sentía descender por el túnel ni aun mirando a través del ventanal.

—¿Lo puedes alcanzar cómodamente?

—Sí. Lo puedo sentir.

El elfo estaba a punto de meditarlo nuevamente pero Meinkherdt lo interrumpió:

—Es ahora, Hathor. Pumo está aquí. En cualquier momento va a desaparecer en alguno de sus planos artificiales y no lo podré alcanzar. Aprovechemos el momento, lo puedo hacer.

—¿Qué quieres que disponga para ti?

—Privacidad y tu presencia. No quiero que me vea otra persona sin la máscara.

• • •

Ysaak no se había dado cuenta del nivel de devastación hasta la primera vez que se separó de la Sobek-Set. Entonces sintió ganas de estar solo y se alejó de Seshat. La chica quedó perpleja y, en su pesar, atribuyó la situación a una diferencia de culturas. Se estaba llevando tan bien con él y de pronto esa actitud esquiva. No lo podía entender del todo. No estaba Bastet, o Hathor, o Meinkherdt o Neftis para explicarle lo que ella misma no podía ver.

Mencionando a Neftis, esta resintió que Hathor no hubiera tratado de hablar con ella aún.

La elfa se encargaba de tomar anticipadamente todos esos trabajos que la alejaban del grupo. Es lo que quería, mantenerse lejos. Estar aparte. Hathor no la buscaba, parecía tener cosas más importantes que hacer, y era comprensible. Pero eso no quiere decir que no doliera de todas maneras, ¿verdad?

El hecho es que cada vez se estaba haciendo más palpable una idea: no le era útil a la tripulación.

Y si no servía, no debía seguir ahí.

Simpatizaba mucho con la causa de Yóvedi. Primero, porque sabía

ponerse en el lugar de esa gente, segundo, porque tenía un corazón. Uno más grande de lo que muchos sospechaban. A diferencia de Hathor y Seshat, no había hecho amistad con nadie, pero para Neftis eso no quería decir mucho... No quería ver a Yóvedi arrasada, a su estrella fuera del firmamento.

Pero eso no cambiaba el hecho de que nunca debió haber estado ahí, no porque estaba prohibido (razón que tenía mucho peso) sino porque no tenía sentido. Ella nunca debió haber sido parte de la tripulación.

No era lo suyo. Era como una niña de casa metida en asuntos de los chicos de la calle. Estaba fuera de su pecera.

De hecho, estaba ahí solo porque estaba enamorada.

Y ahora tenía el corazón destrozado, se sentía disminuida, sola, y además, con una carrera arruinada, porque a estas alturas, el tribunal de la Hermandad se plantearía, como mínimo, desterrarla de cualquier trabajo científico en el sistema solar.

Había hecho una jugada, había establecido una apuesta. Y había perdido.

Se secó las lágrimas con los dobleces del traje.

Observó a través del ventanal las complejas grúas, plataformas y vehículos, y a los yovedianos trabajando en ellas. También vio a Ysaak sentado sobre una viga sobresaliente, allá arriba.

El chico puso la boca sobre la rodilla, desde ahí lo observaba todo sin ver nada.

La gente tenía miedo, él lo olía.

Estaban asustados y no le tomó mucho tiempo enterarse por qué: ¿Pumo volvería a cerrar el oxígeno?

Sabía que todos los habitantes vivos del planeta, en algún momento, aun en la amargura y la tristeza, habían pensado en eso. La siniestra expectativa de volver a sentir algo como tener un trapo apretado sobre la cara. No podían velar a sus seres amados en paz. No podían lamentarse porque al fin y al cabo, ellos mismos morirían, ¿no? Lo más probable es que acabara así, después de todo.

Entrecerró sus grandes ojos.

Su sentimiento estaba más allá del odio.

• • •

Seshat apartó su atención de Ysaak para mirar a Hathor, Meinkherdt y Bastet juntos en una plataforma que estaba una treintena de metros por encima del

plato de hierro en el que se hallaba posada la Sobek-Set.

La elfa pensó rápidamente que si Bastet no estaba liderando la reparación, entonces no lo estaba haciendo nadie, y si bien los yovedianos podían ser tan brillantes como ellos, estaban a años luz de entender semejante tecnología. Algo estaba pasando.

Bastet asintió varias veces, su expresión no era cínica, como la mayoría de las veces, ni malhumorada, como el resto de las otras. Se veía tenso. Hathor le estaba explicando algo mientras DIO orbitaba suavemente detrás de él. El ruido de las maquinarias, las grúas y los soldados vencieron la formidable agilidad de sus oídos élficos.

Cuando finalmente miró al vampiro que bajaba por la rampa, de vuelta a la nave, y a Hathor y Meinkherdt que desaparecían tras el orificio de una puerta, la elfa creyó que era su mejor oportunidad para enterarse de todo.

Trotó por las escaleras de caracol y salió allá arriba, bajo la nave.

—¿Qué sucede, Bastet?

El vampiro no le habló sino hasta que tomó sendas herramientas de una enorme caja colocada al pie de las escaleras. Giró la cabeza para cerciorarse de que nadie husmeaba y la miró fijamente, con sus brillantes ojos supernaturales.

—Meinkherdt va a atacar a Pumo.

• • •

El jeep militar los estaba conduciendo a través de un enorme túnel conectado con muchos canales alrededor, era como la espina dorsal de un laberinto.

—He dispuesto un helicóptero para ustedes —afirmó Boltar—. Shah, les deseo toda la suerte. Meinkherdt, que el Gran Arión lo acompañe.

El hapalokiano lo observó e hizo un asentimiento vago.

—Gracias, shah.

—El palacio de Bermion está a unos cuarenta y cinco minutos de viaje aéreo, sobre una gran montaña. Creo que la han visto. Encontrarán la misma disponibilidad allí que acá. ¿Lo han elegido porque está más cerca del lugar donde Pumo se encuentra, verdad?

—Y porque el sosiego y la quietud son infinitamente superiores a los del presente lugar, haciéndolo más favorable para la concentración. Meinkherdt puede llegar hasta Pumo donde sea, pero queremos usar todas las ventajas posibles —afirmó Hathor.

—Es lo justo.

La luz dorada que se hallaba alrededor de la abismal caverna de concreto y hierro iluminaba sus caras segundo por medio. DIO se hallaba posado como un pasajero más.

Hathor estiró el brazo para levantar un pequeño maletín que tenía sujeto entre los tobillos y lo puso entre sus piernas.

—Si todo sale bien, no conocerá más que a la Naberius y su tripulación, shah, pues serán los que traigan el equipo médico pertinente. Sin embargo, y mientras tanto, quiero dejar algo para su hermano, el shogun.

La mirada de Boltar se hizo más grande.

—No lo va a sacar de su principal problema, pero va a aumentar su salud considerablemente, lo que ayudará a su recuperación cuando atacemos el mal real.

—Lo agradezco enormemente.

Hathor bajó la cabeza e hizo un asentimiento.

No pasó mucho antes de que la claridad los bañara, difusa entre un firmamento arropado con un manto indeleble y grisáceo. El retumbar de un trueno se dejó escuchar tras la cadena de montañas que interrumpían la línea del horizonte.

El enorme helicóptero yovediano se hallaba solitario en el medio de la pista, sus hélices estaban todas levantadas tocándose entre sí, formando algo parecido a una jaula. Bajaron mecánicamente y una vez derechas, empezaron a girar.

—Por el Gran Arión. Que los cuide a ustedes y que su plan salga bien.

Hathor juntó las manos e hizo una reverencia.

—Le damos gracias.

Meinkherdt apenas hizo una mueca con los labios.

El lobo entendía mejor a los elfos que al hapalokiano, pero eso no le impidió ver con claridad que estaba asustado.

• • •

—¿Que va a hacer QUÉ?

Seshat parecía una especie de serpiente colándose entre los tubos y luego deslizándose debajo de las intrincadas baterías que sobresalían de la pared.

—Lo que has oído. Meinkherdt piensa que puede funcionar y Hathor también.

Bastet flotaba en el aire gracias a sus bondades vampíricas, concentrado en destornillar algo de la pared.

—¿Pero estás seguro de que lo han pensado bien? —lo interrogó—. ¿Qué les dijiste?

—Yo no dije nada. Pensar las cosas bien es algo que me diría Meinkherdt a mí, no yo a él.

—Pero ¿acaso la mente de Pumo no es «invisible»? Nada de esto cierra. ¿Qué van a hacer si no funciona? Y a fin de cuentas, ¿no lo harán enojar, no? ¿Hemos tomado medidas en caso de que eso suceda? —cuestionó, tirándole de los pies— ¿Has puesto a los demás sobre aviso?

Bastet miró hacia abajo.

—Escucha, todos los detalles los han cubierto, y el shah tiene un plan alternativo. Te informo que vamos a tener visitas aquí, en el planeta, y son caras conocidas. Necesitamos ayuda, toda la que podamos tener. En cuanto a Meinkherdt, más te vale que cruces los dedos para que sea lo que sea que se le haya ocurrido funcione, porque si así es, entonces todo este problema se acaba hoy mismo.

Esa última frase puso una expresión de sorpresa en el rostro de la elfa. La primera reacción que le pasó por la cabeza fue darse media vuelta y buscar a Ysaak.

—No le digas nada.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendida y sonrojada, mirando nuevamente hacia arriba, recordando súbitamente que un vampiro podía leer la mente.

—No le digas nada —volvió a decir, con la mirada de vuelta en su tarea—. Hay una probabilidad de que el poder de Meinkherdt no sea precisamente concordante con la mente de Pumo. De ser así, no pasará nada y le habrás dado falsas esperanzas. Ese chico no necesita falsas esperanzas. Pero si funciona, serás la primera en decírselo. Ten paciencia.

• • •

El helicóptero dio un largo giro alrededor del palacio. Las luces del helipuerto eran distinguibles aun entre la bruma.

Hathor no necesitó concentrarse para sentir que Varuuna estaba allá abajo, en alguna habitación. Podía sentir también a Bermion. Supo entonces que su cerebro estaba muy dañado y se preocupó por ello.

Pero entonces consideró a Meinkherdt y giró la cabeza para verlo. Tal vez

era porque su mente siempre estaba en extraña armonía con la del hapalokiano que sintió que su compañero estaba nervioso, más allá de las expresiones estoicas que reflejaba su máscara.

No le dijo nada.

Cuando el helicóptero aterrizó, una comitiva de Bermion los recibió de pie ante una puerta inmensa con forma de arco, que había presenciado en muchas ocasiones la llegada del shogun en tiempos más felices.

A los felinos que los observaban con miradas altivas y llenas de dignidad se los notaba demacrados, aun si se los podía considerar gente con una suerte extraordinaria, pues habían sobrevivido el ataque de Pumo.

El valle que se abría espectacularmente como respuesta a la imponentia del palacio estaba adornado por un manto verde y húmedo, impregnado de niebla. La visión era apropiada para reflejar lo que había tras ella, entre el bosque, los árboles y los lagos: muerte.

Los felinos se apartaron revelando a un conejo vestido con complejas túnicas blancas, y sus largas orejas caídas tras su cabeza. Se inclinó ante ellos y se dio media vuelta. Ninguno pareció siquiera inmutarse ni desprenderse de su rol ante la presencia de DIO, que en cambio los reflejaba en sus monitores con una especie de vivo interés.

Recorrieron el interior del palacio. Hathor pensó que a muchas personas del sistema solar les hubiera encantado estar en Yóvedi, conocer su cultura y, sobre todo, echar un vistazo a lugares como ese. Los pasillos eran largos y enormes, cargados de detalles espectaculares en sus paredes, columnas, alfombras, ventanas e incluso espejos. Todo tenía un motivo, todo llevaba un mensaje, y la última vez que recordaba haber visto tanta sensibilidad en todas y cada una de las pinturas que se encontró de pared en pared y que, sospechaba, databan de épocas tanto recientes como remotas, era en la raza élfica. Pero incluso, en algunas oportunidades, Hathor sabía que el arte yovediano lo superaba.

Recordó entonces escucharle decir a Seshat que el otosa de Ysaak era precisamente un artista. Uno famoso, que se llamaba Cha'chat. El elfo pensó con extraña candidez en ese personaje y en todas esas cosas que se cristalizaban y se rompían como efigies, tragadas por la noche, tragadas por el desierto menguante, el horror que acechaba a ese mundo, cada vez en mayor proporción, como una serpiente cuando come.

Sentía que esa era una razón más para salvar el planeta, para salvar esa raza, a los creadores de esas pinturas, de esas ilustraciones tan

extraordinarias, a los artesanos de esos colores que tal vez unos ojos extranjeros que no fueran otros que los del mismo Bastet pudieran contemplar en todo su esplendor. Era un motivo más para darle una mano a Yóvedi, incluso por detrás de esa presencia triste y apocada que sentía detrás de las paredes, acurrucada en su cama, y que no salía a saludarlo... El pequeño dragón llamado Varuuna, que estaba de vuelta en el palacio, para estar al lado de su convaleciente otosa.

Y Meinkherdt...

Miró a su mejor amigo. Hathor estaba seguro de que en cambio él no pensaba nada y sin embargo lo pensaba todo a la vez. Como una persona que intenta lidiar con el preludio al gran problema, esa intensidad que solo pueden dar los minutos antes de la hora de la verdad.

El hapalokiano caminaba recto, como una vara. Era el único ser que podía hacer frente a la extraordinaria frialdad de los felinos que los escoltaban. Eso le causó gracia... Solo entonces recordó el gran afecto que sentía por él.

Y así, no pasó mucho tiempo, luego de un corredor especialmente estrecho y oscuro, iluminado apenas por velas que desprendían fuerte olor a pétalos, que llegaron a una adornada y recargada puerta.

El conejo hizo otra inclinación y se marchó junto con la comitiva, con tal suavidad que la llama de las velas no bailó ni un poco a su paso.

Hathor giró el picaporte. La habitación estaba preparada, era amplia y estaba iluminada por cirios.

En medio, se hallaba una cama para una sola persona.

Cerró la puerta tras el paso de su amigo, quien ahí, de pie, comenzó a desabotonarse su ajustado abrigo negro.

Cuando abrió los dobleces con las manos y empezó a retirar la prenda, quedó en evidencia un traje mucho más ajustado. Era orgánico y de aspecto cruel, con hombros anchos y puntiagudos.

—Nada mejor que el uniforme hapalokiano para cuestiones de hapalokianos, Hathor —dijo, ante la mirada sorprendida del elfo.

Sus estrechas caderas estaban rodeadas por un cinturón cuyo centro llevaba tallada una cabeza ancha de hendiduras sórdidas, con aspecto de ojos y relieves suaves y ondulantes, que tenían la forma de ávidos tentáculos. Debajo de sus muslos se abrían dos pliegues que llegaban al suelo. Ni siquiera en este punto el traje parecía ser flexible.

Meinkherdt se sentó en una silla que se hallaba como conversando silenciosamente con la cama. La luz de las velas creaba sombras largas en el

cuarto.

Hathor se colocó frente a él y puso las manos a cada lado de su cuello. Meinkherdt levantó los brazos y puso sus manos sobre la nuca.

Detrás de la conjunción de dedos empezó a oírse una serie de crujidos húmedos y gomosos. La máscara empezaba a retraerse, dejando en evidencia una piel violácea y manchada.

En pocos segundos, el elfo tenía la cara destajada de su mejor amigo entre las manos. Meinkherdt dobló los anteojos y los dejó sobre su rostro ficticio, que Hathor ofrecía a modo de bandeja.

Los tentáculos empezaron a asomarse suavemente.

Esos ojos cósmicos, negros como la brea, con pupilas estrelladas de color morado refulgente echaron vistazos rápidos al frente, estudiando el rostro de Hathor con renovada atención. El interés era justificado: casi nunca lo había visto con sus propios ojos.

Para la tierra élfica y todo el sistema solar, aquella mirada era la viva imagen de la maldad. Y nada molestaba más a Hathor que ese pensamiento, que con mucha vehemencia atribuía a una ignorancia estúpida. Para él no había perversidad en esos ojos, no había nada de malo en ellos.

Le cedió paso y Meinkherdt se puso de pie.

Era una figura imponente, más alto incluso que Hathor (que ya era mucho decir). Se quitó sus guantes, revelando unos dedos puntiagudos y especialmente largos.



El elfo reflexionó que podía ser incluso divertido el simple hecho de no pensarlo dos veces antes de poner su vida en las manos de semejante sujeto.

Saber que podía hacerlo teniendo la certeza absoluta de que jamás le fallaría y que a la vez inspiraría un temor tan grande en los demás. Le hubiera gustado saber qué pasaría si llamaba de vuelta a los sirvientes, a esos enormes felinos, a ver si podían seguir sosteniendo esas terribles miradas tan soberbias, frías, altaneras. A ver si sus rostros no se transformarían en una oda al olvido de la clase y la hechura para dar paso a un horror patético, y no era tanto su rostro lo que temerían, sino su mirada.

Ahí donde estaba, su amigo podía arrojar una onda y acabar con todas y cada una de las vidas que se hallaban dentro del palacio, o peor aun, hacerlos suyos, riéndose en la cara de la voluntad más acérrima, derribando el muro más hostil o la tenacidad más grande, solo con un toque.

Meinkherdt caminó hasta la cama, se sentó en el borde, y luego se recostó. Relajó los brazos a cada lado de su cintura y miró a los ojos de Hathor.

«¿Vas a empezar a buscar a Pumo?»

«Sí».

«Bien, voy a estar aquí, contigo».

«Hathor...»

«¿Sí?».

«¿Debería sentirme culpable por desear que mi hermano estuviera aquí, acompañándome también?»

El elfo sonrió.

«No. Yo desearía que Amén estuviera aquí también».

«Gracias».

Meinkherdt cerró los ojos y empezó a concentrarse, en silencio.

«El chico está pensando en ti».

«¿Me culpa por lo que sucedió?»

«Está decepcionado, su mente se encuentra muy cargada».

«¿Te puede sentir?»

«Sí, pero lo puse a dormir antes de que empezara a preguntarse qué pasaba. Ahora está descansando».

Cerró los ojos de nuevo y el movimiento de su pecho se hizo más lento. Sus párpados temblaban, los ojos se movían debajo y se notaba, Hathor lo veía con atención, sintiendo cómo la mente de su amigo se alejaba rápidamente, más allá de lo que su vista podría alcanzar viendo al horizonte.

El perfil de su sombras bailaba pausadamente, toda la luz disponible se concentraba tímidamente sobre la cama.

Los tentáculos de color malva y aspecto suave se deslizaron con mayor

lentitud, como apagándose poco a poco, serpenteando sobre su pecho.

Los oídos del elfo estaban provistos con la capacidad de escuchar las gotas de cera deslizándose a través de las velas y el azote del viento afuera. Podía sentir incluso la temperatura, el frío. Y en el más absoluto silencio, escuchaba mucho más: su propia sangre corriendo, caliente, rápida, y la de su amigo también. Los pasos lejanos de los sirvientes. Podía escuchar incluso cosas que le traían recuerdos de la infancia, cuando cierto visitante que había venido de lejos a bordo de una cápsula le había preguntado, durante una noche en la que sus hermanastros dormían, si podía escuchar lo que decía la gente del lejano pueblo...

Meinkherdt abrió los ojos impulsivamente.

«Lo encontré».

«¿Se ha percatado de tu presencia?»

«No, pero lo va a hacer. Voy a establecer un nexo, y luego arrojaré el arponazo...»

Pasó un rato largo...

Hathor lo miraba ansiosamente.

«Es...»

«¿Meinkherdt?»

«...».

◁ **HALLO THAR** ▷

«Ya estoy enlazado a él».

«¿Es psíquico?»

«No, pero sabe que “hay algo” en el aire. Me acaba de saludar».

Meinkherdt volvió a cerrar los ojos, la voz de su pensamiento se hacía más rápida, sus globos oculares se movían más velozmente.

«O aprende rápido, o sabe lo que significa una entidad psíquica... Sabe que puede comunicarse conmigo simplemente pensando, yo... Lo siento, Hathor, no funciona, no puedo hacerle daño, no daña su mente, no daña su presencia, es como si yo intentara golpear un hoyo. No logro definir en qué plano se encuentra su conciencia, pero aun si lo hiciera, o está “demasiado lejos” (aunque esté en el planeta) o simplemente no hay ningún tipo de compatibilidad».

«Dios... Cuando enlazo con cualquier otra mente, se siente como hablar dentro de una cabina, pero con él... Él se siente como... como si estuviera

hablando ante un abismo».

Hubo silencio. Hathor arqueó la espalda, viendo más de cerca a su amigo, esperando con impaciencia.

«Él ha aprendido a comunicarse con nosotros no solo con el lenguaje, sino a un nivel completamente distinto. Pues de donde él es, las palabras no existen, ¡y el pensamiento tampoco! Santo cielo, es tan diferente, es otra forma de existir».

«Pero él ha aprendido “lo nuestro” para hablar con nosotros. Ha aprendido el sistema, “nuestro” sistema. Ha aprendido a pensar. Dios, él se vale de imaginar o suponer cómo son las cosas desde nuestro punto de vista, Hathor... El punto de vista de los seres del universo. Investiga frecuentemente cómo son las cosas con todo lo que habita dentro de lo que para nosotros significa el cuadro de existencia absoluta. Para ti y para mí hay diferencias inimaginables con seres que viven en otras galaxias que harían que los elfos y los hapalokianos parecieran hermanos, pero para él, algo tan básico como el pensamiento es un detalle en común entre todos nosotros... Oh, Hathor, esta criatura viene de lejos, de muy, muy lejos».

«¿Qué más ves?»

«He llamado su atención. Se está comunicando conmigo. Tiene curiosidad. Dios, por lo menos eso, por lo menos un sentimiento en común con nosotros, al menos siente “curiosidad”».

«Meinkherdt, no me gusta nada».

«Hathor, no, espera».

«Vuelve, por favor».

«No, espera...»

«Meinkherdt, no me gusta, creo que puedo ver algo que tú no, vuelve por favor».

«Le acabo de preguntar por qué está haciendo esto. Él... oh... oh... No».

«Meinkherdt, BASTA».

«Hathor, él me quiere contar, espera... Dios».

«¿Qué diablos sucede? ¿Qué tanto te está diciendo?»

«Dios... santo. Se está comunicando, me lo está diciendo en un lenguaje muy complejo... Demasiado. Lo traduce matemática y verbalmente, pero es muy rápido, muy vasto, me está enseñando muchas cosas, es... Dios. ¡DIOS!»

Hathor se puso de pie, tiró la silla y tomó a Meinkherdt por los hombros.

«VUELVE YA».

«Eres terriblemente egoísta, no puedes hacer eso. ¡No tiene importancia!, ¡no puedes hacer eso! ¡No por ese motivo! ¡NO! ¡NO PUEDES HACER ESO, LO SABES! ¡TIENES QUE SABERLO! ¡NO PUEDES SER TAN DISTINTO COMO PARA NO ENTENDERLO! ¡BASTA! ¡NO TIENES IDEA!».

Hathor empezó a sacudir al hapalokiano, pero no había manera de cortar su lazo, no sin abrir más su mente. Meinkherdt no era cualquier persona.

«¡ESCÚCHAME!»

—¡Meinkherdt, suficiente! ¡Ven ahora! ¡Déjalo ya!

«PUMO, ESCÚCHAME, SOLO ESCÚCHAME».

El elfo rodeó sus hombros y lo inclinó en la cama.

«MEINKHERDT, VEN ACÁ AHORA, NO VOY A ACEPTARLO».

«NO, NO... BASTA, NO, ¡AAAHHH! ¡HATHOR! ¡DIOS MÍO, DIOS MÍO! ¡MEINHARDT, MEINHARDT! ¡AYÚDAME! ¡AYÚDAME!»

—¡Meinkherdt, por favor! ¡Vuelve ya! —aulló.

El hapalokiano abrió los ojos y lo tomó por los hombros, con tanta fuerza que lo hubiera podido levantar. Se apoyó en él y se intentó incorporar, sus tentáculos se movían enloquecidos, sus ojos eran tan grandes como podían ser, tenía una fuerza animal.

«¡HATHOR, CUIDADO. CUÍDATE MUCHO. CUIDADO, HATHOR. POR FAVOR, CUIDADO, CUIDADO!»

Los dos cayeron al suelo aparatosamente.

—¡Meinkherdt! ¡Basta!

Hathor intentó inmovilizarlo en vano, todo lo que logró fue mantenerse abrazado a él. El hapalokiano gemía, intentaba hablar con cuerdas vocales que no poseía.

—¡Meinkherdt vuelve! ¡Por favor, te lo ruego! ¡Ya basta, ya basta!

«¡CUÍDATE, HATHOR. CUIDADO, POR FAVOR. CUIDADO, CUIDADO. TE QUIERO BASTANTE. CUÍDATE MUCHO».

DIO empezó a girar con más fuerza, sus luces se encendieron, todos sus monitores reflejaban el terrible rostro de terror en los ojos enloquecidos de Meinkherdt.

Finalmente dejó de moverse y golpeó la cabeza violentamente contra el piso, inerte.

Hathor empezó a llorar.

NUEVOS ARRIBOS A YÓVEDI

El oso abrió los ojos lentamente. Se había quedado dormido sobre la fotografía de su protegido, otra vez... Se frotó los párpados con su manaza. Era impresionante cómo los yovedianos podían tener garras y ser capaces, al mismo tiempo, de semejante delicadeza.

Se acomodó las solapas de su uniforme, que estaban arrugadas. La exigente pulcritud militar era algo que había quedado relegado hacía días por cosas más importantes, sobre todo en esos momentos de pesadilla e ingravidez espiritual. Como uno de los sobrevivientes de la tragedia, no había nadie que lo pudiera reemplazar, por lo que había tenido que ocupar el puesto por más de treinta horas seguidas.

Su primer impulso fue tomar la foto y mirarla. Aquella cara joven y felina tras la delgada lámina de vidrio le devolvía la mirada. Ese era el momento en que el pecho le dolía más que nunca.

Le dolía porque todo se podía acabar en el momento menos esperado y él no estaría donde tenía que estar. Con «él» y para «él».

Le dolía porque «él» podía morir solo. Por el Gran Arión, no...

También le dolía porque, ¿qué demonios? ¿Cómo vamos a terminar así? ¿Qué está pasando? ¿Qué ESTÁ pasando?

Pronto se acabó la aletargada rutina de su vigilia y comenzaron las novedades del día; como el momento en el que no miró la foto sino que, por una razón que nunca llegó a comprender, prefirió echar un vistazo al radar.

Se dice que el conejo salta en el momento menos esperado: el enorme ojo electrónico tenía, para variar, algo que mostrarle...

Tomó rápidamente la radio, poco le faltó para arrancarla de la pared.

—Comuníquense con el coronel Backlava, ¡ahora mismo! ¡Hay un objeto orbitando el planeta! ¡Repito! ¡Otro objeto no identificado está orbitando el planeta!

• • •

Nave espacial élfica Apollyon

El pequeño humanoide de aspecto delicado y cabellos desprolijos operaba con afán la compleja consola con forma de U.

Miraba los hologramas con el ceño fruncido, escribía una serie de comandos en una suerte de teclado invisible cuyas teclas se iluminaban como cristales al pasar sus frágiles dedos; detallaba de vuelta los cambios que se producían en el gráfico tridimensional y entonces arremetía con otra sucesión de tecleos rápidos.

A través de la inmensa cabina espacial titilaban aros de luz azul que venían corriendo desde atrás y terminaban en el ventanal panorámico. Al tope de unas largas escaleras, una altísima y majestuosa silla coronaba el lugar. No había nadie sentado en ella.

El chico miraba con preocupación el mapa orbital. Cualquiera que no estuviera familiarizado con la tecnología solo habría podido reconocer una cosa: el globo celeste que representaba a Yóvedi, con sus bellas nubes espesas rodeándolo.

Se echó bruscamente hacia atrás y giró la silla, viendo en dirección a la puerta ovalada del fondo. Lo mortificaba haber enviado un mensaje de emergencia hacía nada menos que dos (¡DOS!) minutos (¡ENTEROS!) y que no hubiera movimiento. El shah, más que su capitán, era también su amo, pero esta vez lo iba a oír...

Frunció de mala gana su delicada nariz, que era apenas una tersa protuberancia con dos hoyitos debajo y volvió a ver su mapa.

Decidió detener la Apollyon en seco. Proseguir a partir de ese punto podía ser peligroso.

El hecho de que la todopoderosa computadora no pudiera reconocer qué diablos tenían delante le preocupaba desde que habían salido del agujero de gusanos. Sin embargo ahora (que era perfectamente visible desde el ventanal) el sentimiento amargo había sido reemplazado por otro mucho más desagradable: el temor.

Y mientras más lo miraba, más podía distinguir sus silenciosas pulsaciones en el vacío del universo, como un extraño halo angelical.

Las cosas que no le había dicho aún el shah empezaban a encajar, a esclarecerse. El pequeño no podía evitar medirlo todo por números y

porcentajes, así que juzgó que ahora se hallaba más enterado de las cosas.

De no ser porque él tenía un carácter bien recio y una personalidad que tampoco se quedaba atrás, con los pantalones y el cinturón bien ajustados por la vida, habría descartado por completo la idea de autonominarse como el tonto de la tripulación al pensar, por un momento, que esa cosa, ese objeto enorme de allá afuera, parecía (cielos...) mirar a la Apollyon.

Lucía viva, consciente de su presencia, era como estar solo y sentir que una persona invisible entraba a la pieza.

Se estaba preparando para activar la alarma manual y mantener su pequeña pero decidida mano (¡Ay de quien la subestimara!) sobre el botón rojo, para ponerla a chillar hasta que el shah hiciera acto de presencia, pero escuchó el sonido de aire comprimido que ya identificaba con una compuerta abriéndose.

Giró la silla, con un dedo de la mano levantada, dispuesto a que su regaño se sintiera como el martillo de Dios, pero su rostro se convirtió en frustración al ver que quien estaba ahí no era el que esperaba.

Un elfo joven, con los cabellos muy largos y dorados, lo miraba con desdén. Iba acompañado por una criatura pequeña, peluda y de aspecto felinoide con ojos enormes. Llevaba un collar bastante suelto que caía sobre sus pequeños hombritos.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está el shah?

El joven elfo miró al pequeño piloto con cara de pocos amigos. Arrugó las cejas, en un gesto que, a pesar de su próxima adultez, le confería todavía esa melosa cara de matón de escuela.

—El shah vendrá cuando esté listo, no seas maleducado y responde la pregunta que te he hecho.

El pequeño arrugó la cara y le levantó el mentón.

—He encontrado un objeto espacial no identificado flotando sobre el planeta primitivo.

«Objeto volador no identificado» eran cuatro palabras que no eran nada comunes en el vocabulario de una raza que había conquistado el cosmos hacía más de un siglo.

—¿No identificado? ¿Estás seguro, Ipos?

Ipos hubiera puesto cara de fastidio si hubiera tenido que repetir sus palabras, en especial si no era ante su shah. Pero en este caso, hizo una excepción que, a su criterio, era perfectamente entendible:

—Seguro. Ni la Apollyon ni yo mismo sabemos qué es. No me gusta nada.

Ipos señaló delante con la cabeza. La boca del elfo se transformó en un rictus al ver la fortaleza espectral estacionada encima del polo norte de Yóvedi.

La pequeña criatura de aspecto fétido colocó ambas manos sobre su hocico, ahogando un gemido, y se escondió tras las piernas de su amo.

La compuerta volvió a abrirse. Esta vez seis pares de ojos miraron hacia atrás.

—¡Pues ya era hora! —chilló Ipos.

El elfo oscuro se rascaba su sutil barba, mirando con indiferencia al frente. Movía su cabeza a uno y otro lado intentando sonarse el cuello, su melena negra y leonina se sacudía entre sus largas orejas.

Abrió bien los ojos. Su mirada era intensa y verde. Parecía un animal.

—¿Eres mi brownie o mi esposa? Me estaba despertando.

Ipos tenía un color bastante saludable, pero su cara comenzó a ponerse toda roja de indignación.

—¡Pues mira!

Y señaló hacia el aro.

Apoyando la severidad de su reclamo, el otro elfo dirigió su mirada al shah e hizo un gesto con la cabeza.

—La Apollyon no le encuentra similitud con nada. No consigue identificar la procedencia de esa nave. ¿Alguna vez ha pasado esto?

Degauss dedicó apenas una mirada de desdén y se sentó en su silla.

—Esas son noticias viejas.

Ipos y el joven Lucius se miraron las caras.

—Hathor ya me lo había dicho —explicó—. Paciencia, chicos, que las respuestas llegarán a su momento. Meinkherdt sabrá decirlo mejor que yo.

La sola mención de Meinkherdt hizo que el gato humanoide ahogara un gemido entre dientes.

—Tranqui, Farouk —dijo Degauss, viéndolo asomar su cabeza tras la cintura de Lucius—. Meinkherdt es amigo y lo sabes.

—Me temo que mi zellas nunca se va a acostumbrar a la idea de un hapalokiano amistoso —se lamentó el chico—. ¿Puedo comunicarme con mi hermana? Quisiera decirle que ya llegamos.

La fina barba de Degauss, poco más que una línea que surcaba impecablemente los lados de su cara, era casi invisible bajo la luz opaca del

puede de la Apollyon.

—Si lo haces por formalidad, adelante, pero de otro modo, te aseguro que todo el mundo allá abajo sabe que hemos llegado.

—Además, nos reuniremos en minutos con ellos.

—No —corrigió Degauss—. Primero vamos a efectuar una pequeña misión.

El silencio fue absoluto...

—Hathor no nos mandó a llamar para que hagamos coreografía, nenes, sino para ayudar.

—¡Pero la Apollyon es dos veces más grande que la Sobek-Set! —se quejó Ipos—. Es decir, si hemos venido a lo que yo creo que hemos venido, para ellos será una bendición nuestra presencia.

—No quiero asustarte, pero me temo que el tamaño y el poderío de la Apollyon te serán indiferentes cuando sepas lo que yo sé. Y vamos a ayudar proveyendo algo que la tripulación de la Sobek-Set no está en condiciones de ofrecer: información. Luego Meinkherdt se encargará de hacer la ciencia.

Lucius se sonó los dedos.

—¿Cuándo nos pondremos manos a la obra?

Degauss se puso de pie y colocó una mano sobre el hombro del chico.

—Tu trabajo aquí será un poco más sutil. Para esto voy a necesitar un calibre más robusto...

Ipos y Lucius pronunciaron el mismo nombre al unísono:

—Esthelmaría.

• • •

La niña se hallaba sentada en el pabellón de carga, masticando un muslo de pollo. Tenía una linda falda rosada de varias capas y unos zapatitos de charol.

Era blanca, casi pálida, y sus pelos hacían un extraño montículo con dos rodetes de cabello erectos a cada lado, muy oriental.

Se mostró casi indiferente al escuchar que el turboascensor se movía, disparando cantidad de luces a través de la compleja red de cilindros compuesta de metales extraordinarios.

La compuerta finalmente se retiró, dejando escapar una nube de vapor. De ella, emergió Degauss. La escena era bastante pantallera, bastante *western*.

—Tenemos que hablar —articuló el shah, severamente.



La niña apenas levantó la mirada y lo vio con sus pequeños ojitos negros.

—Te escucho.

El elfo se aclaró la garganta.

—Hay una misión para ti.

Esthelmaría echó el hueso en un elaborado montículo de restos de comida que se hallaba a un costado.

—Las misiones tienen un precio.

Tenía una cinta anudada alrededor de su regordete brazo que decía, en un idioma extraño, algo que se podía traducir a algo así como: «IN FAT I

TRUST», y el logotipo de un pollo revolucionario con barba y boina.

—Sé que tienes un precio, tahúr de la gula. Por eso vamos a negociar...

La nena entrecerró sus ojitos y lo miró con mala cara.

—Me matas de hambre —le espetó—. Las porciones que das son raquílicas y egoístas. La hambruna y la inanición parecen tus aliadas y el ruido de un estómago vacío, tu amante. Hagas lo que hagas te diré una verdad tan grande como el sol: así no se puede progresar.

Degauss cruzó sus brazos.

—Tu padre te mandó aquí para que te entrenes rigurosamente, no para que te consienta. Tienes un compromiso muy grande y bien afortunada que eres de haber caído entre mercenarios, que te van a enseñar mucho más que a todos los otros niños de Ogroroland, que son parte del intercambio con Titán. Así que a trabajar.

Sobre la tensa escena que sobrevino a continuación, haría falta decir un par de cosas...

La primera es que Degauss y Esthelmaría entraron en una competencia de miradas fijas. Con los ojos brillantes y la mirada salvaje que tenía, cualquiera diría que el elfo silvestre llevaba las de ganar, pero los que conocieran de vista a aquella señorita no solo lo habrían pensado dos veces antes de hacer apuestas, sino que tal vez hubieran inclinado la balanza a su favor...

Lo segundo realmente está de más. ¿Para qué decir que la chica sostenía los muslos de pollo como si fueran palillos de dientes, y que aun sentada, Degauss, un elfazo moreno y leonino, tenía que levantar ligeramente la cabeza para verla a la cara?

Se veía como un adolescente lánguido al lado de una heladera.

—Negociemos —desafió la niña ogro, pegando un puñetazo al suelo.

Todo el pabellón tembló.

—¿Te atreves a negociar a tu shah?

—Aprendo el estilo de vida y la filosofía sensual de los mercenarios.

—Qué bueno —gruñó—. Este es el trato: después de la misión, bajaremos a un planeta, un planeta inmenso. Ahí hay carne y todo tipo de manjares, podrás comer hasta hartarte.

—Hmmmmmm...

—Y después de que salvemos el día y Hathor y su tripulación se marchen, te dejaré quedarte secretamente un par de noches para que extingas tú misma la vida en el mundo comiéndote todo lo que consigas a tu paso. Pero por ahora, ayúdame a complacer a Hathor, quiero ayudarlo. ¿Tenemos trato?

La niña ogro se frotó la barbilla suavemente.
—Una cosa más...
—¿Qué?
—¿Habrás globos?
Degauss suspiró.
—Sí, Esthelmaría.
—Trato hecho.
—Bien. Colócate el traje. Harás rapel en diez minutos.

• • •

Aquella mujer parecía una elfa, pero no lo era. Sus cabellos rojos eran tan largos que le llegaban a la retaguardia (y vaya retaguardia). Cubría sus bellos senos con una sábana que llevaba enrollada alrededor del cuerpo. Por sus brazos y muslos (que parecían delicados, pero creer que en verdad lo eran sería incurrir en un grave error) se podía deducir que no solo era ágil, sino que además, podía contornearse muy a su gusto.

El problema es que ahora mismo no estaba dispuesta a proyectar esa apariencia sensual (aunque no podía evitarlo). Estaba recién despierta y si había salido en paños menores a la sala de situaciones de la Apollyon era porque no quería perderse ni un solo detalle de lo que sucedía.

Sus ojos eran brillantes y demoníacos, pero su desmesurada hermosura no desentonaba ni un poco. Lo único que sin embargo sí desentonaba era la frágil y chillona voz de Ipos, quien la miraba con desagrado.

—Deberías taparte con algo que no llamara tanto la atención. No estamos para eso ahora. ¿Acaso no sabes la situación que hay afuera?

—Lo sé mejor que tú, cosita —le contestó, con una voz que tampoco pretendía ser sensual, pero igual lo era sin remedio—. Además, quiero saber qué está pasando.

—Pues que hemos llegado al planeta.

—¿Yóvedi?

—Yóvedi.

—A ver si ahora Degauss se deja de misterios.

Se abrió la puerta automática y Lucius pasó a la sala.

Cada vez que la miraba, no podía evitar sonrojarse y degradar su rostro con una sonrisa estúpida que concordaba más de lo que hubiera querido con su aspecto adolescente.

—Buen día, Mahasiah.

—Buen día, Lucius. Buen día, Farouk.

El zellas se inclinó, haciendo una reverencia.

—Degauss está en la zona de carga, preparando a Esthelfmaría —comentó el chico, como si tuviera ganas de buscar conversación más que de informar—. Hará rapel espacial.

—¿De veras? ¿Para qué?

Nada más pensarlo, a Ipos se le ponía la piel de gallina, pero fue él quien explicó:

—Porque va a tomar registro en video gamma de un objeto no identificado que se halla justo sobre Yóvedi.

—¿Tiene forma de anillo?

—¿Cómo lo sabes, Mahasiah?

—Porque lo vi en el oráculo. Está tripulada por mucha gente, mucha más que la Apollyon.

—Tiene sentido —intervino Lucius, asintiendo pesadamente— por lo grande que es.

—Pero no se ve como un objeto que pueda estar tripulado —debatía Ipos, haciendo especial hincapié en sus palabras—. Creo que los rayos gamma serán lo ideal para hacernos una idea real de qué tiene adentro.

El elfo hizo un mohín de desagrado.

—Mahasiah es una excelente bruja. Me parece que sería mejor oírla en vez de estar arriesgando la vida poniéndose cerca de esa cosa.

—Me parece que en este momento todos deberíamos tener la sangre en la cabeza y no en otro lado —contraatacó.

Lucius cerró el puño.

—Enano idiota.

Mahasiah dejó caer las sábanas alrededor de su espalda sin destaparse los pechos.

Lucius liberó el puño y se la quedó viendo, sonrojado. Ilusión que se acabó tan pronto se llevó la sorpresa (de la que nunca podía acostumbrarse) de ver aquellas alas de murciélago estirarse lentamente hacia arriba, como dos apéndices.

—Nunca sabré cómo hacen los súcubos para tener alas y dormir bien —comentó Ipos, mirándola igual de sorprendido.

Mahasiah sonrió.

Se escuchó el ruido del turboascensor. Todos guardaron un silencio casi

reverencial.

Degauss hizo abanico con el brazo para sacudir el vapor y miró a Mahasiah.

—Es un gusto verte —saludó, con una sonrisa insolente—. Esthelmaría va a hacer rapel espacial.

—Me lo han comentado. Y quiero que sepas que no me gusta nada.

—Da gusto ver que la número dos esté a tono con su shah delante del resto de la tripulación.

—Es en serio —lo reprendió—. No veo que haya necesidad de eso. Vi el oráculo. Y ya sé lo que hay dentro, pero son inalcanzables. No lo vas a poder entender.

—Yo también sé lo que hay dentro —contestó Degauss— y no te preocupes por Esthelmaría. Pero necesitamos toda la información científica posible. Quiero adelantar trabajo para cuando llegue la otra nave. Si tu magia y tu oráculo son tan acertados como siempre, sabrás que a este mundo no le queda mucho tiempo.

Mahasiah no pudo rebatir ese argumento.

—¿Esthelmaría va a estar segura?

—Sí. La muchachita que podría aplastarte con sus manos va a estar segura. Yo mismo no la pondría en peligro jamás —repuso—, pero mientras más cerca consiga tomar las fotos con la cámara gamma, mejores serán nuestras posibilidades de aprender cosas importantes.

Las alas de murciélago empezaron a recogerse delicadamente, hasta quedar como dos elegantes protuberancias que parecían vainas de espada.

—No quiero arrojar ideas en vano —entonó, con su voz profunda y dulce— pero si ya se me ocurrió que podríamos resolver esto con una maldición y lo has desestimado, ¿podrías decirme entonces a qué nos enfrentamos?

Degauss cruzó los brazos y suspiró, viéndola a ella, luego a Lucius, Farouk, a Ipos, y finalmente de vuelta al súcubo, con un respeto intrínseco mucho mayor que el que tenía por los demás (y en su justa medida, para quien era la equivalente de Meinkherdt en su tripulación).

—Si lo que me comunicó Hathor es cierto, una maldición tuya no funcionaría. Ya lo han intentado en el planeta. A sus habitantes no le son desconocidas las artes bajas, pero aunque sospecho que tu magia es mucho más fuerte, me temo que igualmente sería en vano.

—Pero si no le hace daño la magia, ¿qué es entonces, Degauss? ¿Otro brujo? Dínoslo —pidió Ipos.

—Es un ser pandimensional.

Lucius hizo un mohín acalorado, se dio media vuelta y empezó a caminar llevándose los brazos detrás de la cabeza, como quien no quiere saber nada del asunto. El brownie frunció el ceño, bajando la mirada y moviendo sus asustados ojos a un lado y a otro. Farouk se volvió a llevar las manos a la boca.

Degauss observó al súcubo y ambos intercambiaron miradas. No le agradó darse cuenta de que la demonio se hallaba perturbada.

—Si es así —dijo ella—, entonces admito que concuerda muy bien con los sueños que he tenido. Aunque lamento que dicha concordancia resida en el hecho de que mis visiones sobre la existencia del enemigo eran muy confusas. No tenía idea de que un ser pandimensional podía cruzar a este lado, Degauss, ni que tampoco utilizaran naves espaciales de ningún tipo o forma.

—Escuchen: todo lo que sé es que responde al nombre de Pumo y que, por algún motivo, está decidido a destrozarse ese planeta. Del resto, tanto aquí arriba como allá abajo sabemos lo mismo. Obviamente es una situación bizarra. El shah de la Sobek-Set me ha pedido ayuda, a pesar de la enorme violación que esto supone a las reglas de la Hermandad de Planetas Unidos. Sé que el nombre de Hathor no le es extraño a nadie y es seguro que todos han oído hablar de él en mayor o menor medida. Yo tengo que darle una mano por la historia que nos une, historia que ustedes conocen también. A ti te la enseñaron en la escuela, Lucius. ¿No es así? No voy a darle la espalda.

—¿Y nuestro salvavidas, amo? —preguntó Ipos, con la cabeza gacha, entrelazando sus dedos.

—Nuestro salvavidas es que Hathor nos hipnotizó y nos hizo venir. Y como eso es perfectamente posible, no nos van a poder decir nada cuando nos interroguen. Que sospechen si quieren, pero no llegarán lejos si no tienen pruebas. No sé cuál será la ganancia en esta misión, pero aun si no hay ninguna, les pido que lo hagan por mí. Es importante.

Ipos levantó la cabeza. Lucius asintió firmemente, a la vez que Farouk lo tomaba del pantalón mientras miraba a los ojos de Degauss, con solemnidad.

—Que así sea entonces —selló Mahasiah.

• • •

Esthelmaría se hallaba de pie como si estuviera frente al espejo del vestidor

de una tienda. Ipos se hallaba en una escalera, ayudándola a calzarse los guantes.

—Lo haría yo misma, pero me temo que los dedos de estas cosas son muy gruesos...

—No te preocupes —musitó él.

Tenía el trasero apoyado en el último escalón, con las piernitas colgándole, maniobrando con sus brazos alrededor de las muñecas de la niña. Esthelmaría era la única persona ante la que Ipos se mostraba como la criatura sensible que realmente era y que no quería revelar ante los demás.

—Lo bueno es que puedo ponerme yo misma el casco. Me alegra que no tengas que cargar esa cosa.

—Y a mí —respondió, con cansancio en la voz.

—Lo que me preocupa es la pistola de rayos gamma.

—¿Te refieres a la cámara?

—La cámara —corrigió—. Tiene forma de arma y lo agradezco.

—Claro, es más fácil de agarrar así.

Ipos se bajó de la escalera. De pie ante ella, apenas podía verse la nariz frente a sus rodillas.

—Una pregunta, ¿la pistola almacena las fotografías o las manda directamente a la nave?

—Las manda directamente.

—Me alegra mucho.

—¿Tienes miedo de soltarla? —preguntó, hundiendo los bordes del pantalón dentro de sus enormes botas.

—Tengo miedo de que algo me pase y que la misión fracase.

Ipos levantó la cabeza.

—¿Algo así como que ocurra un accidente?

—Sí.

El brownie se limpió la frente con el brazo y se sentó en el segundo peldaño, con los brazos cayendo entre sus piernas, viendo hacia arriba, con admiración.

—A los ogros los siguen educando como si fuera la guerra...

Esthelmaría intentó ver hacia abajo, pero el cuello de tortuga del traje se lo impidió. Estaba acostumbrada a que Ipos expresara sus pensamientos en voz alta.

—Sí. Y mejor que sea así.

—¿De veras?

—Pues claro. Hay que estar preparados, nunca se sabe lo que pueda pasar...

—Eso es muy cierto, chicos.

Degauss apareció, cargando una enorme escafandra por una perilla, como un maletín. La musculatura rocosa alrededor de su brazo revelaba que el objeto pesaba.

—Vamos a ver...

Esthelmaría tomó el casco y se lo calzó lentamente, como si fuera una coronación.

Una vez cubierta, empezó a girarlo como una tapa, hasta que se escuchó un firme ruido de rosca, y las lucecitas azules arriba y a los lados se encendieron. Otros dos pequeños faros en su cuello brillaron, también.

—Éxito. ¿Estás preparada?

La niña subió la mano y levantó el pulgar.

—Nosotros vamos a despejar la bahía de carga, tú mientras tanto dirígete al muelle. Vamos, Ipos.

Ipos levantó el brazo y saludó a Esthelmaría.

Ambos desaparecieron a través de las compuertas del turboascensor.

Caminó en dirección al enorme pasadizo del final del muelle y acarició suavemente la cámara de rayos gamma que se hallaba sujeta a su cintura.

Presionó un botón en la pared y una pesada lámina de metal se apartó. Los inmensos portales cerrados uno sobre otro como una I invertida la esperaban, precedidos por sendas garrafas de cristal que brillaban con alarmantes luces doradas.

Esthelmaría se dio media vuelta, presionó otro botón, y la compuerta tras ella se selló. Abrió un panel de seguridad en la pared, tiró de un enorme carrete con cordón hecho de mithril, y tanteó un rato hasta que consiguió engancharlo a la espalda del traje.

Se detuvo frente al portal y suspiró, en silencio.

Las luces intermitentes se reflejaron sobre el cristal oscuro de la escafandra.

Miró hacia arriba y a los lados. Finalmente, se tomó un par de segundos para recordar el rostro de su padre.

—Estoy lista —dijo finalmente, en voz alta.

La apabullante alarma empezó a chillar y los labios pesados de las compuertas a separarse. El rugido voraz del universo la envolvió, y con ella, el panorama inquietante del vacío perlado de estrellas.

La luz del planeta envolvió a la niña, creando una larga sombra tras su espalda; la profunda y apaciguada voz del gran cuerpo celeste la saludó.

Una vez que el silencio inocuo se hubo apoderado del muelle de la nave, Esthelmaría caminó lentamente hasta el borde y miró hacia abajo. Podía ver la línea horizontal del polo norte de Yóvedi. Podía mirar su mellado casquete polar.

En medio de todo eso, interrumpiéndola, había una gigantesca línea, que le provocó un vacío en el estómago debido a su enormidad, porque desaparecía del otro lado de la cabeza del planeta y se unía a ella después: el aro, la extraña nave espacial del enemigo.

Empezó a sacar una serie de conclusiones, en gran parte ayudada por su imaginación, y todas eran correctas, como que por ejemplo esa cosa debía tener la capacidad de estirarse a voluntad. Podría envolver en un gran anillo a ese mundo, igual que los aros a Saturno.

Se preguntó si alguna vez había adquirido un tamaño mucho más pequeño y descendido sobre el planeta, y de ser así, supuso en una de esas reflexiones que es hermoso ver en alguien de su edad, que la gente de aquel planeta elemental debió haberse confundido y asustado mucho.

Fue justo después de pensar esas últimas dos palabras que la niña se puso en cuclillas y saltó al vacío.

En el más absoluto silencio, se la podía ver cayendo suavemente en picada. La Apollyon parecía un halcón gigante y negro, con sus colosales alerones lleno de turbinas siderales sobresaliendo a cada lado. La nave, sin embargo, era diminuta frente al vórtice brillante que actuaba como un halo de muerte sobre Yóvedi.

Cuando el cordón de mithril se agotó, y Esthelmaría quedó balanceándose suavemente en la nada, se hallaba a un kilómetro del objetivo. Para cualquier persona que haya tenido experiencia en el espacio, un kilómetro es el equivalente más humilde a un centímetro.

Ahí, boca abajo, tomó la cámara de rayos gamma y presionó el gatillo.

La bombilla alargada que sobresalía de la extremidad del tubo empezó a brillar, titilante.

• • •

Degauss y Mahasiah miraban el monitor de Lucius, inclinados y apoyando sus manos en el respaldo de la silla del joven, que tecleaba velozmente sobre

el panel holográfico, organizando las imágenes tridimensionales que llegaban con rapidez y se acoplaban en filas frente a la pantalla.

—Agranda la foto, Lucius.

El elfo obedeció, con la frente gacha y los ojos mirando adelante.

A medida que varias imágenes en diferentes perspectivas de la misma foto emergían del holograma, girando, a uno y otro lado y haciéndose cada vez más grandes y nítidas, se vio que el aro espacial parecía una conjunción de vapores luminosos contenidos entre sí.

—Pero hay algo en el fondo —observó Mahasiah.

Cuando Lucius amplió más y más la fotografía, hasta el punto que todo el marco de la pantalla era abarcado por el espectro purpúreo del aro, comenzaron a emerger una serie de figuras que, al principio, no entendieron muy bien, hasta que poco a poco cobraron forma...

Lucius dio un respingo en la silla y se llevó las manos a la boca.

—¡Dios mío!

Se veía una cadena oscura de sombras humanoides, tomadas entre sí, abrazadas como niños en el vientre de la madre, formando un infinito rompecabezas.

—Son ellos.

Degauss había musitado esa última frase sin saber que levantaría miradas de interrogación. El elfo silvestre no necesitó quitar su extenuada mirada de la imagen para verlos sobre el reflejo.

—Hathor me dijo que había ocurrido esto. Son habitantes de ese mundo. Por Dios. Los tiene hacinados ahí, en una cadena enorme.

—Son millones, shah.

—Lo sé. Acerca más la cámara, Lucius. Quiero saber más.

—Ya... Ya lo he hecho, shah. Esto no puede ser verdad.

El joven elfo estaba visiblemente asustado. Su rostro enrojecía de vergüenza de solo pensar que Mahasiah lo estaba viendo así...

—Lo que estamos viendo es una imagen a distancia.

Tragó saliva y levantó la mirada a sus superiores.

—No están ahí realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Solo leo lo que me dice el sistema. Supongan que alguien sea capaz de estirar el brazo allá adentro: no lograría tocar a nadie. Esos seres no están ahí realmente, es como si los estuviéramos viendo a través de un telescopio, pero si estiraras el brazo para tratar de tocar lo que ves en el visor sería una

tontería, ¿verdad? Es lo mismo.

—¿Entonces dónde están realmente?

—Todo lo que la Apollyon dice es que... están a diez millones de pársecs de aquí. (5)

Mahasiah levantó la mirada y observó a Degauss.

—Tiene que ser una brecha dimensional.

—Recuerden que los datos de la Apollyon no son precisos —informó Lucius, casi tartamudeando—. Esa distancia es simplemente todo lo que puede calcular en su radar. Deben estar en realidad más lejos, mucho más lejos...

Degauss se irguió.

—Ya tenemos todo lo que necesitábamos. Recoge todo y saca inmediatamente a Esthelmaría de ahí.

5. Trescientos veintiséis millones de años luz de distancia.

LA APOLLYON DESCIEENDE SOBRE EL NYHM

—¿Ya conseguiste la señal de la Sobek-Set?

—Sí —informó Ipos, con sus manos alrededor de los complejos mandos de la nave, que descendía con velocidad a través de un manto de nubes grises —, el problema es que no va a estar a la vista.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que está dentro de una base militar yovediana —informó Degauss en su lugar.

—¿Desea que mande una señal, shah?

El elfo meneó la cabeza suavemente.

—Hathor ya sabe que estamos aquí. Lo sabe muy bien.

• • •

El coronel Backlava observaba el radar atentamente, luego giró el cuello para echar un vistazo arriba, a lo que desde ahí se veía como un pequeño ojo hueco desde dentro de la montaña.

—Debe tener el tamaño de un portaaviones y eso por la longitud nada más... Habría que ver cómo es a los lados.

—No va a caber por la entrada, lástima. ¿Hay forma de que les enviemos una señal?

—No —repuso Bastet—. Seshat lo tiene todo cubierto y Hathor también. El lobo asintió.

—¿Cómo se encuentra Hathor?

El vampiro bajó la cabeza y se inclinó frente al radar, ayudando al oso que operaba desde la silla con una secuencia de mandos sobre el teclado.

—Está bien —murmuró—. Lamento mucho que haya estado ausente durante las últimas horas.

—Lo entiendo.

Dicho esto, Backlava volvió a mirar hacia arriba.

—Pero me alegraría informarle que ya el campo de fuerza dimensional está listo y puede utilizarse a discreción. Sin embargo, tendremos que sacar a un soldado de su puesto de trabajo y ponerlo en este. Como no tenemos la infraestructura tecnológica necesaria, el campo solo podrá usarse en un área, incluyendo cuartos privados, y deberá pedirse por radio al puesto de mando de dicho operador para que él lo despache por medio de su computadora al lugar requerido. Solo tendrá que dibujarlo en el mapa holográfico que hemos sacado de la Sobek-Set y listo. Nadie podrá escuchar absolutamente nada.

Backlava vio al vampiro, divertido. Sus últimas doce palabras parecían un reto lanzado al aire con toda la intención de ser oído, más que una afirmación. Esa era la oportunidad ideal para hacer una pregunta necesaria que no podía ser retrasada:

—¿Quién se va a reunir con los nuevos visitantes?

—Hathor.

—¿Se le ha informado algo?

—Él sabe que están aquí. Descuide, bajará en el momento oportuno.

Bastet sacó un pañuelo del bolsillo de su ancho y áspero pantalón de trabajo y se limpió la frente perlada de sangre. La mancha roja quedó impregnada sobre la suave tela como una figura borrosa.

«Maldición, cómo desearía que Meinkherdt estuviera aquí».

Miró con consternación la Sobek-Set. Sus ojos amarillos parecían dos candelas brillantes.

Ocupar el lugar de Meinkherdt no era fácil, pero ¿qué importaba ahora? El mejor reemplazo posible estaba cruzando la estratósfera a velocidad vertiginosa y conocía a Hathor tanto o mejor que el hapalokiano. Pero no lo pensaba por eso.

¿Era acaso su falta de humanidad, la pérdida de ese lazo con todas las criaturas vivas, desde hacía solo Dios sabe cuánto, lo que le había hecho lamentar pero al mismo tiempo permanecer lo suficientemente a salvo sentimentalmente de la catástrofe que había sufrido Yóvedi? Sí.

Con la ausencia de Meinkherdt, el vampiro estaba empezando a saborear lo amarga que se había tornado toda esa maldita misión. Tan corta y con tan pocas probabilidades de lograr nada.

Observó a Backlava, que ahora tenía la vista dirigida al radar. Sentía respeto por el lobo porque era un guerrero, sabía reconocerlos. De toda la tripulación de la Sobek-Set, era el mejor juez de carácter. ¿Quién si no? El

vampiro había sido amante, compañero, confidente, amigo, soldado y secretamente padre de los vivos. Habían pasado a través de su vida como una pequeña ola en el tiempo. Y habían dejado sus marcas. A diferencia de la joven Seshat, del joven Lucius, a diferencia incluso del mismísimo Hathor o del mismísimo Degauss, Bastet no estaba ahí desempeñando su cargo de pirata del espacio en un gesto de rebeldía levantando su puño contra la autoridad. Por fuera se veía joven, pero por dentro él ya no estaba para esas cosas.

Bastet era pirata espacial porque esa era su forma de retirarse de la vida.

Boltar, el líder supremo del Nyhm, y el representante del planeta, se caracterizaba por saber leer perfectamente a Hathor. Y eso le agradaba de él. Boltar también podía leer a Seshat y podía leer a Neftis todavía mejor que el mismísimo shah, su novio, quien ahora estaba en la nave desesperado por lo de Meinkherdt.

Pero ahí se terminaba la sabiduría del líder yovediano, hasta ahí llegaba su frontera y si pretendiese ir más allá le esperaba un abismo insondable aun para su poder paterno y vena sabia. A Meinkherdt no lo podía leer porque era demasiado pragmático, «porque después de todo, Meinkherdt era Meinkherdt, ¿verdad?»

Lo interesante estaba en Bastet: Boltar no podía leerlo a él porque el orden de la vida y de las cosas se lo prohibía. Así como un hijo es quien debe enterrar a su padre y no al revés, era Bastet quien estaba en armonía con el universo al leer a Boltar. Porque por más imposible que pareciera, por fuera él no era el mismo que por dentro. Era un rebelde, y lo que era más, lo demostraba (porque por algo fue que había elegido convertirse en vampiro, alguna vez). La danza del Mundo Bajo podía engañar a la biología de la vida, pero no el alma: Bastet en realidad era un anciano. Y como era un anciano, le pesaba ser él quien llevara el fardo de esperanzas inútiles.

En todos y cada uno de los yovedianos la llegada del Apollyon se había transformado en la última candela de esperanza. Era mucho más grande que la Sobek-Set y eso engañaba a todos. Lo veía en Backlava, lo veía en Boltar, lo veía incluso en Seshat. Lo veía, con pesar, en todo el maldito mundo.

Menos él.

Él no.

Y le dolía enormemente. Le dolía verlo así, pero no había alternativa, porque lo que él miraba estaba mucho más próximo a la realidad de lo que juzgaban los demás. Desde que Meinkherdt se había ido, Bastet había

quedado completamente solo frente a retos siniestros que el hapalokiano jamás afrontó, pues no le había dado tiempo de verlo hasta que fue demasiado tarde.

Le pesaba porque, maldita sea: la llegada de la Apollyon no iba a hacer diferencia alguna.

Le pesaba porque nadie sabía tan bien lo que estaba sucediendo en Yóvedi como él. A excepción de Hathor. Pero Hathor se dejaría seducir por la presencia de Degauss, quien alguna vez fue cercano a su padrastro. Bastet no.

Y «Bastet no» no porque el vampiro fuera pesimista.

Era «Bastet no» porque él veía las cosas como realmente eran.

Estaban perdiendo la pelea.

—Mire...

El vampiro observó a Backlava como si estuviera despertando de un sueño.

—¿Sí?

—Allá.

Le señaló la Sobek-Set.

De los escalones descendían Hathor y Boltar.

—Parece que ya se preparan para partir.

Bastet hizo un pequeño asentimiento.

—Acompáñelos.

El lobo observó al vampiro dubitativamente.

—¿No le gusta que ande merodeando por aquí?

Su suspicacia lo hizo sonreír.

—No. Pienso que su presencia cerrará el círculo. Dese más aires, coronel, no se deje desanimar por el desastre jerárquico que tienen aquí. Usted ya está básicamente ascendido a general. ¿Lo sabe, verdad?

Backlava lo miró con un rictus en su alargada boca. Sus ojos parecían dos témpanos.

—Me importa poco. Mi espíritu está puesto en ganar esta guerra.

Bastet levantó su mirada y lo observó. En ese momento, como subiendo un telón, dejó de ser quien era para transformarse en una versión suya del pasado. Una versión diplomática, que alguna vez desarrolló un sentido de la agudeza extraordinario que le permitió merodear entre la realeza.

—Pues ya ve. La esperanza más grande para ganar esta guerra se acerca y está a bordo de la Apollyon. Vaya usted y conózcalos, que aun de cara a su complicada tarea, curiosidad debe tener. Escuche lo que se diga, pues sus

orejas son tan importantes como las de Boltar. Acorte la cadena de mando y ahorre tiempo. Será un alivio para su shah. Vaya e involúcrese de primera mano, Backlava.

Para cerrar su exposición, le dedicó una sonrisa. Gesto que sus labios no realizaban desde hacía años.

El lobo lo miró dubitativamente, pero acabó por ponerse la gorra.

—¿Y usted, no va a venir?

—No. Soy un ingeniero y mi misión es fortificar la base lo más que se pueda. Es como un juego de estrategia. No quiero alejarme de aquí.

Rato después, el vampiro seguiría ahí, de pie, reflexivo, sin decir ni pensar nada, con el paño manchado de sangre colgando de su hombro, viendo partir al lobo.

Hasta que giró la cabeza y entonces miró al general Argos, que estaba sentado por allá, con sus dos manos apoyadas sobre el bastón, observándolo con una mórbida sonrisa dibujada en su cara replegada.

El vampiro se inclinó nuevamente para ayudar al oso con una contraseña. Cuando se irguió, descubrió que el anciano lo seguía observando. Se detuvo y dirigió sus temibles ojos vampíricos hacia él.

Ambos intercambiaron miradas por un momento lo suficientemente largo como para devenir en una situación tensa.

Hasta ese momento, Bastet estaba convencido de que los yovedianos no tenían idea de que un vampiro era capaz de leer mentes... Pero aquel pensamiento era demasiado claro y demasiado personal:

«Lo veo en tu cara. Yo también sé que no van a ganar, mono afeitado».

• • •

Hathor observó frente a sí, a la abismal boca de túnel de concreto cuyas delgadas luces azules se perdían en la lejanía de un intrincado sistema subterráneo. Se hallaba ante el jeep que los esperaba para conducirlos rumbo a la pista de aterrizaje.

Levantó la cabeza y cerró los ojos, reflexivo. Entonces se dio media vuelta.

—Llamé a Seshat y también me permití llamar a Ysaak. Quiero que vengan todos.

Boltar asintió. Pero el elfo se vio en la necesidad de dar más explicaciones:

—Lo aclararé todo cuando estemos allá. Tengo una noticia que dar.

La esfera robótica se hallaba tras él, con todos los monitores señalando sus ojos. Unas marcadas bolsas oscuras se estaban formando en sus antepárpados, su piel estaba más blanca.

—Veo que uno de los míos ha decidido unirse.

Backlava se acercaba a ellos.

El elfo observó a Boltar y Boltar lo miró a él también, sorprendiéndose ambos al buscar la aprobación del otro. No hicieron falta más palabras.

—Súbase, coronel.

• • •

Seshat se hallaba sentada en medio de la pista, mirando hacia arriba. Ysaak estaba acostado al lado de ella con los brazos tras la cabeza, viendo las nubes. Su motocicleta reposaba estacionada a un costado.

—¿Es en verdad más impresionante que la Sobek-Set?

—¿La Apollyon? Sí.

El tigre giró la cabeza y la miró.

—Estoy loca porque la veas. También vas a conocer un poco más de la «fauna» del sistema solar. De hecho, habrá alguien en especial que te va a sorprender bastante.

No pudo evitar sonreír. El chico la miró con una ceja enarcada.

—¿Qué es?

La pregunta casi sonaba despectiva. Seshat frunció el ceño y puso cara de gato.

—Es «quién», bestia.

—Lo que sea. La confianza ya empieza a dar asco —repuso, mostrándole sus colmillos con una sonrisa maligna.

—Vas a descubrir que no eres tan grandote como piensas.

—Eso lo veremos.

—Vaya que lo verás...

El tigre se miraba las garras, de forma arrogante.

—¿Y qué más voy a ver?

—Vas a conocer una variedad élfica distinta: el elfo silvestre.

—¿Qué diferencia tiene con ustedes?

—Su piel es más oscura, aunque todo lo demás es idéntico, incluso los rasgos de la cara. Sus ojos son verdes u oscuros, raramente azules (a menos

que sea una mezcla). Se llama Degauss y es una persona importante para Hathor. Él está ligado a la historia que te conté en el ala de la Sobek-Set.

El chico asintió.

—Casi se me había olvidado. Quiero que me lo cuentes todo.

Seshat dibujaba una carita sonriente en el polvo acumulado sobre el pavimento.

—Lo haré. Oye, también vas a conocer a mi hermano.

—¿Cómo se llama?

—Lucius. Es el ingeniero de la Apollyon y tiene dos años más que yo. Le puedes patear el trasero, si quieres.

—Lo tendré en cuenta.

Se puso de pie con esfuerzo y se sacudió.

—Estoy loca por cambiarme este traje. Dios, ya me siento terrible.

—¿No tienes ningún otro a bordo?

—Solo ropa para dormir. Y es totalmente inapropiado andar con eso afuera. Por lo general esto es lo que me pongo todos los días para andar por la nave, porque es ropa de trabajo, ¡pero no me he cambiado desde que llegué!

Ysaak se la quedó viendo...

—Oye, oye —exclamó—. Estas prendas son impermeables, ¿bien? Y se limpian solas de cuando en cuando.

—No es eso. Estaba pensando si te gustaría probar ropa de aquí.

La chica relajó los hombros y bajó la cabeza.

—Ah...

—¿Y bien? ¿Te gustaría?

—Bueno, el abrigo que usas me parece genial, así que estoy segura de que me agrada todo lo demás.

—Si conseguimos llegar hasta mi casa, te daré lo que tengo.

—¿Tu antiguo hogar, dices?

—Sí.

—¿Tienes... ropa femenina?

—De mi ex novia.

Seshat se puso en cuclillas, volviendo a hacer dibujos en la arena.

—¿Cómo se llamaba?

—Tabi.

—Entiendo... Supongo que la conservas de recuerdo, ¿no?

—Sí. Son cosas que dejó olvidadas en mi cuarto.

—Ahm.

Ysaak pestañeó varias veces.

—Demonios.

—¿Qué?

—¿Esa es?

La elfa subió la cabeza y observó el estridente lucero azulado.

—Sí. Es la Apollyon.

La nave espacial se acercaba para aterrizar como un avión. Sus terribles alerones negros comenzaron a descender hasta quedar derechos. Las luces brillantes y los faros que titilaban a los lados le conferían un aura magnética.

El rostro del chico se vio sacudido por el poderoso viento que generaban las turbinas, Seshat tuvo que sentarse para no caer de espaldas.

La Apollyon sobrevolaba el concreto con la gracilidad de una mantarraya. Se dio media vuelta en plena pista, de modo que su gigantesco pico los encaró.

A Ysaak lo enardeció ver los movimientos elegantes de la nave. Debía haber algo majestuoso en pilotear una cosa así.

—¡Ha sido un tiempo perfecto!

A pesar de que hubiera oído la voz de la elfa aun con ese viento incesante, no pudo dejar de responder con un «¿QUÉ?»

—¡Mira! ¡Han llegado! —explicó ella, señalando el jeep que se acercaba rápidamente fuera de la boca del túnel.

Cuando la nave estaba tan cerca como para empezar a asustarse (Ysaak no se movió porque confiaba plenamente en el criterio de Seshat, que permanecía quieta), la Apollyon descendió un poco más y se acomodó en el suelo. El aire caliente y huracanado terminó repentinamente.

De un costado se formó una franja naranja resplandeciente (como si algo estuviera cortando el metal), acto seguido se desplazó y luego descendió un metal de aspecto blando que no tardó en transformarse en unas escaleras.

Degauss asomó su cabeza a través del portal. La brisa yovediana acarició su melena. El zellas Farouk se apoyaba en su cintura para sacar la cabeza también y olisquear el aire.

—¡Eh! ¡DEGAUSS!

El elfo miró hacia abajo. Seshat batía los brazos, sonriendo.

—¡Nena! —gritó—. ¡Un gusto verte! ¿Quién es tu amigo?

—¡Es Ysaak!

—Bien. Ya vamos para abajo.

El jeep estacionó cerca de la motocicleta. Hathor miraba para arriba, con

una sonrisa en los labios. Seshat sintió que era la primera que sonreía en varios días.

Por el hueco que antes había ocupado Degauss, salió la mucho más modesta figura de Lucius, viendo con los ojos entrecerrados hacia afuera, como temeroso de respirar el aire del planeta. Bajó la cabeza en dirección a su hermana.

—Qué tonta, ahí estás.

Seshat le hizo un gesto grosero con el dedo medio que Ysaak supo entender muy bien.

DIO flotaba detrás de Hathor, mostrando imágenes de toda la tripulación de la Apollyon, mostrándolos por jerarquía. Backlava y Boltar se valieron de ello para conocer de antemano un poco más de sus nuevos amigos, aunque a ambos les costaba despegar la vista de la nave espacial.

—¡Eh! ¿Y por qué tardan tanto? —gritó Hathor.

—¡Los turboascensores de las naves élficas no están hechos para los ogros, shah! —chilló Ipos, desde dentro.

La compuerta trasera de la Apollyon no tardó en abrirse. Se escuchaban voces quejándose.

Degauss y Mahasiah empezaron a descender por la escalerilla principal. La brisa ondeaba su cabello rojo y largo. Boltar y Backlava intercambiaron miradas.

—¿Y eso? —preguntó Ysaak, con visible interés.

—Es un súcubo. Pertenecen a la orden de las criaturas bajas, pero que el término no te confunda: son muy poderosas. Sin embargo, su arma más letal radica en su encanto. Si se propone hacerte daño, pueden pasar dos cosas: que te parta en dos o, sin dudas la peor y verdaderamente peligrosa, que te seque en vida, hasta que no seas más que una cáscara, un pellejo. Es muy patético...

—Qué bueno —murmuró, distraído.

Seshat arqueó las cejas y giró la cabeza para verla.

Hathor se adelantó a los demás y se encontró con Degauss al pie de las escaleras. Mahasiah le dio un beso en la mejilla.

—Shah, es un placer verte.

—Es un placer verte a ti también.

—Hathor.

Los elfos se miraron por un momento. Ambos hicieron una sentida reverencia inclinando sus cabezas.

Vistos aparte, ambos, con la brisa tocando sus rostros, parecían unidos por

una amistad más grande que la vida.

—Mil gracias por venir. No les voy a poder pagar esto. Nunca nada será suficiente.

—Basta ya. Cuéntame, ¿qué pasó con Meinkherdt? ¿Cómo está?

En ese instante Seshat se dio media vuelta y no pudo evitar derramar una lágrima.

—Está en coma. Se halla dentro de la Sobek-Set en este instante, pero...

Hathor trató de tomar aire.

—¿Has revisado su mente tú mismo?

—Está completamente paralizado —afirmó el elfo, echando mano a su temple—. Muerto en vida.

Mahasiah levantó su brazo para apretar el hombro de Hathor. Susurró algo a su oído. Seshat no pudo distinguirlo pero Ysaak sí:

«Voy a poner todas mis fuerzas en recuperarlo, donde sea que esté».

El tigre comprendió que tal vez había más de una razón por la que el elfo había decidido llamar a aquellas personas. Se había propuesto salvar al planeta, pero también lo estaba haciendo por los suyos. Necesitaba a esa gente.

Hathor se dio media vuelta y señaló a Boltar.

—Por favor, shah.

El lobo se adelantó. Seshat lo miró sorprendida y hasta con un poco de celos. Hathor tenía a Boltar como alguien muy cercano, casi como parte de su tripulación. Este se saludó con Degauss, uniendo, una vez más, la historia de dos mundos.

La chica pensaba en el significado de ese momento. Por su cabeza pasaban muchas emociones, que subían y bajaban a una velocidad vertiginosa. No sabía mucho, pero de algo estaba segura: aquellas escenas, aquellas imágenes, quedarían por siempre en su memoria. Pasarían los años, y aun durante su último día, habría tiempo para recordarlas.

Todos miraron hacia el horizonte. En realidad, solo veían la cola del Apollyon; el resto de su tripulación se aproximaba lentamente.

El rostro de Hathor cambió. Su cara aún joven, pero surcada por una profunda emoción, se volvió gris. Ysaak descubrió que había algo que lo afectaba profundamente de aquella enorme persona que se acercaba, cuyo nombre sabría después que era Esthelfmaría (y entendería la broma de Seshat).

Supuso que al elfo no le desagradaba, pero había algo que le movía el suelo al ver a la niña ogro.

El elfo se dirigió entonces a Seshat y a Ysaak.

—Acérquense.

No pasó mucho tiempo antes de que todos hicieran un círculo. Diez personas en torno suyo lo escuchaban en silencio, con la brisa que acariciaba sus rostros.

—No tenemos tiempo que perder —comenzó.

El pequeño Farouk lo veía a los ojos, con una manito peluda tomada del cinturón de Lucius. A pesar de los visitantes, Ysaak sintió que las palabras del elfo estaban dirigidas especialmente a él, y así tenía que ser, porque lo que estaba por decir le incumbía más que a nadie:

—DIO ha terminado su análisis. La máquina de los antiguos, de mi padre Amén, lo ha conseguido: revisó el espacio y sus ojos han visto más allá del universo. Ya sabe quién es exactamente nuestro enemigo. Quiero que oigamos lo que DIO nos diga, porque hoy sabremos por fin a qué nos enfrentamos.

• • •

Todos estaban sentados en la sala de situaciones de la Apollyon. Era con diferencia mucho más grande y magnífica que la de la Sobek-Set.

El pabellón se hallaba a oscuras y estaba cruzado por una panorámica, un cielo cada vez más rojo y oscuro que mostraba, sobre la larga cadena montañosa de aspecto inhóspito.

DIO se hallaba en el centro de la larga mesa. Todos levantaban sus miradas para ver la esfera con especial atención.

—Hemos decidido por precaución y para favorecer a nuestras estrategias a futuro, sellar esta comunidad con un campo de fuerza dimensional. Neftis y Bastet han rechazado acompañarnos en este momento. Sin embargo, este último nos ha dicho qué hacer. ¿Lucius?

El elfo se puso de pie.

—Shah. Ya he alterado los patrones. El campo dimensional que nos rodea es seguro, he copiado al dedillo las instrucciones que Bastet me dio por radio.

—Bien. Toma asiento.

Hathor miró a Ysaak.

—Tal vez sea inapropiado decirlo, pero lo haré de todos modos, para estar en paz: escuchen muy bien todo lo que DIO les diga. Escuchen con atención. Que nada se les olvide. Porque lo que se expondrá aquí será vital para vencer.

Sé que algunos están confundidos, como tú, Ysaak, y como tú, Backlava. Pero el shah Boltar lo entiende muy bien. En los ratos que hemos hablado, le he explicado quién soy yo, de dónde provengo y lo que me diferencia del resto. Me apena decir que lo más cercano a mí, el único legado que se me ha dejado es DIO, la máquina de los antiguos. Aquella que tiene un alcance infinitamente mayor que la Sobek-Set, la Apollyon, y cualquier maravilla tecnológica conocida en el sistema solar. DIO ha barrido el universo y se siente satisfecha con lo que ha encontrado.

El lobo entrecerró los ojos. Ysaak miraba con una expresión casi igual a DIO. Hoy sabría quién le había arrebatado a su otosa.

Hathor lo miró fijamente, y cuando vio lo que había dentro de los ojos del chico, supo que todo lo que se dijera a partir de ese punto estaría de más.

—Si alguien no está preparado, o tiene algo que decir, que hable en este momento.

Cuando cundió el silencio, Hathor posó su mirada sobre la esfera flotante.

—DIO, puedes empezar.

LO QUE MORA TRAS EL HOYO NEGRO (I)

**SISTEMA: ACOMPAÑANTE PERSONAL NÚMERO 00039211 —
DIO—**

**ESTATUS DE LA MISIÓN: CUMPLIDA. INFORMACIÓN:
RECOPILADA**

ARCHIVO NÚMERO 700.012.883.721.233.455.321

CÓDIGO: PUMO

FUENTES ENCONTRADAS: 300

**TIEMPO QUE DURÓ LA TAREA: cuatro días, cinco horas,
veintitrés minutos, cincuenta y seis segundos.**

**Detalles adicionales: 877621 habitantes con el nombre «Pumo»
encontrados en el universo.**

Ítems utilizados para reducir patrón de búsqueda:

–Acontecimientos en planeta: Yóvedi.

–Datos: dibujo de Ysaak.

**–Datos: copia de la conversación con el sujeto en «Domo de las
Naciones» (Yóvedi).**

–Datos: adicionales escritos por Hathor.

–Datos: «anillo espacial».

–Datos: «cápsula espacial».

–Datos: Patrón de ataque.

–Datos: «Cubos obreros».

–Datos: Edificación fuera de Solares (nación del Nyhm, Yóvedi).

SUJETOS DESCARTADOS EN LA BÚSQUEDA: 877620, 99.9%

**CARACTERÍSTICA DE LOS DATOS CONSEGUIDOS:
GRABACIONES, TEXTOS, MATERIAL HOLOGRÁFICO,
VIDEOS (testimonios).**

SUJETO: PUMO.

¿EMPEZAR?

Sí.

ÍNDICE

- Pumo el que viaja (*Los arfetuba. La Biblia de los arfetuba*)**
- Pumo el transgresor (*Los cabalarians. Días finales*)**
- Pumo el traspasador (*Los ofiura. Datos de los viajes por el Universo*)**
- Pumo, el que jamás duerme (*Los tenazians. Viajes por el Universo*)**
- Pumo, el morador del abismo (*Los orquiz. La Biblia espacial de los orquiz*)**
- Pumo, el que no descansa (*Los trabucans. Las cosas que habitan más allá de los tiempos. Libro prohibido de Stixx Ahimm.*)**

SUBÍNDICE

- Orígenes**
- Acontecimientos**
- Testimonios**
- Motivos**
- Material adicional**

CONCLUSIÓN

—Pumo.

—Empieza con los orígenes, DIO, y después con los testimonios.

Las luces de la sala comenzaron a apagarse por obra de la tecnología superior de DIO. Una pantalla holográfica que salía de la esfera emitió un resplandor blanco.

CORRECTO

ORÍGENES

Pumo viene de un agujero negro. Dentro de ellos existe una dimensión alternativa, otra realidad, donde todas las reglas y las leyes físicas se rompen, y nada que se conciba tanto en el universo como en sus planos (altos o bajos) ni en su infinita cantidad de versiones (realidades paralelas) ni en sus versiones excepcionales (dimensiones paralelas) se le parece.

Más allá, dentro de la devastadora fuerza gravitacional del agujero negro (tanto por los remanentes de esta fuerza como por elementos ajenos a la Creación) existe un «no lugar», una «no existencia».

Como viene desde fuera del universo, puede decirse que Pumo es un visitante para el universo. Hoy día puede viajar por propia voluntad.

Gran parte de la información que obtiene Pumo viene de los hoyos negros. A menudo recolecta los fragmentos que quedan flotando en el Horizonte de Sucesos, porque a partir de esos fragmentos, con su tecnología, puede reconstruir todo. Incluso planetas.

—Información de Milhtrin Bramar, de los arfetuba.

TESTIMONIOS

«Me temo que nuestro mundo está en el último rincón habitado de la galaxia antes del gran hoyo negro».

—Milthrin Bramar, de los arfetuba.

«Lo vimos por primera vez en el 716 antes de los Tiempos de Vaharak, cruzando el cosmos».

—Alperthem Ahremir, de los arfetuba.

«Pumo nos estudia y nosotros lo estudiamos a él. Algo me dice que nunca en su existencia (si a su forma de vida, a su modo de existir o a su no existencia se le puede llamar “existencia” en primer lugar) ha visto a criaturas como nosotros. Le producimos curiosidad. Sé que es un turista. Un turista del universo»

—Milthrin Bramar, de los arfetuba.

«Nos observa cada vez más de cerca. Si es hostil o no, no lo sabemos. Los arfetuba hemos establecido contacto con otras razas. Pero esto es distinto, esto nos asusta».

—Harhietar Kihskoum, de los arfetuba.

—O—

«Pumo no pertenece a una raza o especie. Pumo es único, no hay otro como él».

—«No interpretable», de los ofiura.

«Esto me indica una cosa: su forma de ver la vida y de vernos a nosotros es distinta de cómo nosotros mismos o las demás especies vemos. Es un hallazgo único».

—«No interpretable», de los ofiura.

«Su tecnología está en constante evolución. Cada vez descubre

nuevas formas de viajar más eficazmente por el universo. Cosa que es por cierto admirable, teniendo en cuenta que su puerta de salida es un agujero negro».

—«No interpretable», (sujeto 2)», de los ofiura.

«Lo hemos observado por años. Entra y sale. “Nos visita” constantemente. Y no se detiene. Una vez estuvo tres meses seguidos en el universo y por tres meses no le quitamos el ojo de encima. Pumo no duerme, no descansa, no come, no bebe. Solo trabaja. Vive para trabajar».

—«No interpretable», de los ofiura.

«Se trata de un ser que no puede llevar una vida sin propósito».

—«No interpretable», (sujeto 3) de los ofiura.

«Nosotros somos una forma de vida vegetal. Pumo es una forma de vida indeterminada. No sabemos de qué está compuesto. No aplica la química. No aplica la física. No aplica lo mucho que entendemos de los tantos planos que tiene el universo. No parece real, no parece ni siquiera como si lo pudiéramos tocar, como si fuera sólido o al menos palpable. Parece un espejismo, una ilusión óptica. ¿Qué es realmente? ¿Dónde almacena su privilegiada inteligencia? Es como si hubiésemos descubierto a alguien mucho, mucho antes de lo que debimos haberlo hecho. No estamos capacitados para estudiarlo».

—«No-interpretable», (sujeto 2) de los ofiura.

—O—

«Cariño, lamento mucho tener que escribirte esto, porque por

las estrellas, ¡cuánto te amo! Y quiero decir tanto, y quiero expresar tanto más, y hablar sobre lo mucho que he estado pensando en ti. Pero no puedo, porque no sé si desde esta distancia el mensaje llegará completo. No tienes idea de dónde estamos... Algo ha surgido. Hemos descubierto una especie nueva y parece ser que no es nada como lo que hemos visto hasta ahora. ¿Puedes creerlo? ¡Vamos a hacer historia, amor!»

—Armitánn, de los tenazians.

«Me equivoqué. No es una especie nueva: es un sujeto nuevo. Es la primera vez que algo como esto sucede, y no es por jactarme ni nada, pero que los tenazians, viajeros espaciales por excelencia, no hayamos tenido contacto nunca con algo así, ya es mucho decir. Es único en el universo, no hay otro como “él”. Esto es oro en polvo. Nuestro regreso a casa se va a retrasar indefinidamente, pero se retrasará en pos de algo que vale la pena (¡más le vale!)»

—Armitánn, de los tenazians.

«Durante semanas, lo estuve llamando “Coco” de cariño (jaja), pero resulta que esta mañana Frevann descubrió que tiene un nombre, y es Pumo. Pumo está excepcionalmente avanzado tecnológicamente (y cuando digo excepcionalmente avanzado, me refiero a que hoy puede estar más avanzado que ayer), a pesar de que el universo es una enorme masa desconocida para él.

Este no es un lugar que él pueda llamar hogar, como el resto de nosotros. Frevann ha confirmado ya sin atisbo de dudas que no hay otros “pumos”. Él es único.

Por Los Grandes, ¿cómo verá el universo, qué percepción tendrá de la vida una criatura tan avanzada que no tiene igual, que está sola, que nació sin nadie?»

—Armitánn, de los tenazians.

«Creo que Coco nos ha visto...»

—Armitánn, de los tenazians.

«No le molesta que lo espiemos (¡¡alivio!!) a cambio, él también nos mira. Le producimos curiosidad, aunque no tanta.

Supongo que a estas alturas ha debido ver otras razas, y me pregunto cuáles...

También me pregunto si le pareceremos tan interesantes como él a nosotros. Harvenn dice que sí, que es obvio que sí, pero que ya debe estar acostumbrado a ver formas de vida basadas en carbón (¡¡¡la gran mayoría en el universo, oh sí nene, carne y hueso, representando!!!)»

—Armitánn, de los tenazians.

«Maldita sea, qué susto. No había justicia si eso pasaba: había desaparecido, le perdimos el rastro. No es por nada, pero si hay algo difícil, es hacerme perder el rastro. Resulta que se había metido dentro de un agujero negro (el pobre Frevann creyó que Pumo se estaba suicidando). Resulta que no: parece ser que dentro está su casa.

Si no fuera porque hemos tomado registro de todo, sé que no nos creerían al llegar a la base.

Sí: esta cosa puede cruzar el agujero negro a voluntad. Mi capacidad de sorprenderme ha tenido que abrir nuevos espacios...»

—Armitánn, de los tenazians.

«Amor...

Aunque nos hemos dado libertad, y aunque nuestro amor es a prueba de balas, no puedo dejar de pensar, cuando estoy con otra persona, que lo puedes sentir, aun a millares de años luz, y que te duele, y que lo tratas de ocultar, porque quieres que quede claro que no quieres limitarme, porque quieres que disfrute mi vida.

Sé que te duele que tenga a una persona con quien divertirme tan cerca, aquí, en la nave, pero contigo descubrí la diferencia entre el sexo y el amor.

Te amo, eres la única persona a la que amo. Y siempre te amaré».

—Armitánn, de los tenazians.

«Vaya forma de desquitarse. Esta mañana recibí la noticia de que Coco nos estaba espiando anoche. Y hay que admitir que lo hemos descubierto apenas por una coincidencia.

El caso es que, si nos estudió anoche, entonces me vio teniendo relaciones. Y parece ser que eso le ha ocasionado cierta curiosidad. Me imagino que habrá pensado algo así como: “¿Qué hacen estos bichos saltando uno arriba del otro?” Desde entonces no le quita los ojos de encima a la nave. Las bromas que nos hace el resto de la tripulación se están haciendo insoportables... Muchas gracias, Coco».

—Armitánn, de los tenazians.

«Cada vez que veo a Pumo, no puedo evitar creer que sé lo que está pensando...

Anoche hubo una reunión social en la sala. Bebimos, comimos, charlamos. Pumo ve con atención todo eso, y en la mañana, el resultado que arroja la computadora es invariablemente el mismo: nos observa. Ha dejado de trabajar y ha abierto una agenda para vernos.

No sé, pero a veces tengo la impresión de que me ve especialmente a mí. Me estudia, estudia lo que hago todos los días.

Creo que ha trabajado en algo que le permite ver qué estoy soñando cuando duermo, porque me he sentido mal por las noches. Me da temor contar esto a Frevann».

—Armitánn, de los tenazians.

«Me parece que Pumo se ha dado cuenta por primera vez de ciertos elementos de su existencia.

Es inevitable. Al salir de un lugar donde posiblemente no exista absolutamente nada salvo él, dos elementos se le vienen encima: el del universo de conocimientos, y el de las dudas existenciales y el maremoto de sensaciones y experiencias que eso conlleva. Creo que por más distinto que sea de nosotros, por más diferente que sea el modo en que trabaja su mente, por más alejados que estén nuestros tipos de existencia, él se está dando cuenta por sí mismo lo que significa estar solo. Creo que él no solo nos ha estado viendo... Sino que se está viendo a sí mismo.

Sé que cuando lo hace, se da cuenta de que está solo. Hoy lo observé y por primera vez no lo vi trabajando. Estaba flotando fuera de su nave, viendo una pared... Siento mucha pena por él».

—Armitánn, de los tenazians.

«Hoy es el día final de nuestra investigación. No tenemos la tecnología suficiente para ver más allá de lo que Pumo nos permite (o de lo que realmente podemos ver, de lo que estamos capacitados para entender).

Por más que Frevann le eche la culpa a él, yo estoy convencido de que mi teoría es la correcta, la más acertada: no podemos ver más allá no porque no nos deja, sino porque no entendemos su compleja tecnología. El primer día el sistema nos dijo que estaba evolucionando, hoy nos indica que no está en condiciones de decirnos nada porque ha llegado a un nivel que a nuestra computadora maestra “se le escapa”. En pocas palabras: ya no tiene caso seguir con esto.

Durante la última semana, Pumo, cómo deseé que tocaras la puerta de nuestra nave y te presentaras, y sé que hubieras preguntado por mí. Cómo deseé que vinieras a conocerme, tú que podías.

Vienes de un lugar donde no existen las estrellas, por eso ojalá viajes por el universo y conozcas muchas cosas, y veas otras

tantas. Y ojalá hubiera alguien parecido a ti, con quien pudieras compartir. Aunque fuera solo los detalles más pequeños de la vida.

Anoche dimos una fiesta de despedida en tu honor, Coco.

Cómo deseo que lo hayas visto.

Hasta siempre, el universo es tuyo también».

—Armitánn, de los tenazians. Diario final.

• • •

DIO dejó de proyectar imágenes. Las luces en la sala se volvieron a encender. El silencio era total. La gente comenzó, lentamente, a verse las caras.

—DIO, reproduce los motivos, por favor.

CORRECTO

• • •

MOTIVOS

AVISO: Hathor, esta sección se conecta con los testimonios restantes.

«¿Qué hemos hecho, Señores de la Creación, para terminar así? ¿Dónde están? ¿Por qué se han olvidado de nosotros? No los sentimos, no los vemos en las estrellas. ¿Qué ha pasado? Por el Señor, ¿qué ha pasado?»

—Los cabalarians. Días finales.

«Desconocemos sus propósitos. Pero está dispuesto a destruirnos. Él mismo lo ha dicho. No acepta mediación, no acepta razones. Va a acabar con nosotros. Cuando le preguntamos por qué, nos habló de una forma incomprensible. Nos lo comunicó de un modo que no estábamos preparados

para interpretar en poco tiempo. Pumo utiliza un lenguaje matemático con el que reemplaza las palabras, lo que él piensa es el lenguaje universal de nuestro universo. Pero cuando le pedimos una explicación más concreta, más simple, todo lo que dijo fue “Aquí ha caído un fragmento de Pimpollo”».

—Arthax de los cabalarians. Días finales.

Boltar interrumpió la exposición. No pudo evitar dar un manotazo sobre la mesa, ensimismado.

—¿Pero qué ha dicho? ¿Puede ser ese el motivo por el que esté aquí?

Todos volvieron sus miradas hacia el líder de los yovedianos. Nadie pudo articular palabra. El horrible momento de silencio que sobrevino fue lo suficientemente crudo para cristalizarse en un largo recuerdo que los perseguiría mucho más allá de aquella reunión.

—¿DIO sabe qué es Pimpollo? ¿Lo ha conseguido averiguar? —preguntó por fin Degauss.

Hathor observó la esfera flotante con algo de vergüenza. Por momentos, se sentía el único responsable de los éxitos o fracasos de su investigación.

—Lo siento, Hathor.

Todos volvieron a mirar al lobo.

—No es lo correcto, debemos dejar que la exposición siga —repuso, frotándose los ojos.

El elfo lo vio unos momentos e hizo una afirmación.

—Descuide, shah. Yo también espero que DIO pueda satisfacer nuestra curiosidad.

Dicho esto, pronunció la orden:

—DIO, continúa.

Las luces volvieron a apagarse...

cambiarían nada: estaba dispuesto a acabar con nosotros para alcanzar su fin».

—Jarjitham, de los cabalarians. Días finales.

«Lo hemos intentado todo, pero no podemos destruirlo. Hoy el cielo amaneció rojo, y con él, nuestra especie pende del abismo. No podemos hacer nada para obligarlo a retroceder. El fin se acerca.

He lanzado una sonda con la esperanza de que otras razas lejanas la encuentren, la vean y sepan quiénes fuimos, qué representamos mientras existimos y qué tan grande brilló nuestra estrella en el universo.

**A todas las especies que lean esto: ¡CUIDADO! ¡CUIDADO!
¡No somos los primeros y seguro no seremos los últimos! ¡No existe en el cosmos criatura más artera, egoísta y abominable!
Huyan, huyan tan pronto lo presientan, huyan si saben que hay partes de su aberrante capricho en su mundo».**

—Jarjitham, de los cabalarians. Días finales.

«¡Nos vamos en nombre de los que debían heredar este mundo, nuestros hijos! ¡Nos vamos por nuestros amigos! ¡Nos vamos por quienes amamos! ¡Nos vamos con nuestra historia, nuestras huellas! ¡Nos vamos con los que nos hicieron grandes en el corazón!

¡Recuerden nuestros rostros, nuestra cultura, nuestras historias, nuestra sinfonía, nuestras enseñanzas, nuestra raza, NUESTRA LUZ!

**¡Por nosotros, los cabalarians!
Por favor, no nos olviden.
Hasta siempre».**

—Arthax de los cabalarians. Grabación final. Día final.

• • •

La luz volvió al pabellón. Por segundos que fueron dolorosamente eternos, nadie dijo absolutamente nada, nadie profirió palabra alguna. Las grandes vitrinas panorámicas de la Apollyon se hallaban empañadas, afuera hacía frío.

Seshat tomaba con fuerza el brazo derecho de Ysaak, su rostro era un amasijo nublado de horror. Ipos, cuya pequeña cabeza apenas se asomaba por el borde de la mesa, se había llevado las manos a la boca y con ellas cubrió también su nariz, como si fuera a estornudar, usando todas las fuerzas que le quedaban para no llorar de la impresión. Mahasiah, a su lado, cubría sus labios con los nudillos, apoyando la cabeza en la mano, observando aún a DIO, como si la exposición no hubiera acabado.

—DIO —dijo Hathor, por fin—, ¿cómo era el mundo cabalarian?

El monitor holográfico mostró una serie de planetas girando en torno a un mundo mucho más grande. Todos eran verdes. Arriba, la imagen estaba coronada por la frase «REPRESENTACIÓN APROXIMADA», mientras que en la esquina aparecía una columna de datos, entre los que destacaba la frase: «Era una cadena de mundos».

—¿Todos sus planetas quedaron destruidos, DIO?

«Todos», contestó la máquina.

—DIO, ¿cuántos habitantes tenía la raza de los cabalarians?

Las luces en la esfera se ausentaron por pocos segundos, buscando la información.

«Más de cuatrocientos mil millones».

Esta vez nadie pudo permanecer impasible. Todos esbozaron un resoplido, un gemido de impresión. Incluso Degauss apoyó los codos sobre la mesa y meneó la cabeza, como si no diera crédito a la información.

—Por Dios...

Backlava alzó su mirada nuevamente al número que reflejaba el holograma:

«400.000.000.000».

—Eso es más del doble de lo que hay en todo el sistema solar —observó Esthelfmaría, quien de lejos era la que mejor mantenía la calma.

Seshat miraba a Ysaak. El joven tigre seguía viendo al frente, con el ceño claramente fruncido y la boca entreabierta. Sus manos temblaban. La chica bajó la cabeza.

—Todo eso para recuperar ¿qué? ¡Por el Gran Arión! —gritó Boltar—. ¡¿Qué demonios es Pimpollo?!

Hathor hizo la misma pregunta:

—DIO, ¿qué es Pimpollo?

«Lo siento, Hathor. No lo sé. Nunca nadie lo supo».

—Maldita sea —gruñó—. ¡No podemos salir de un misterio para entrar en otro!

Se llevó una mano a la frente y encaró de nuevo a DIO:

—¿Hay forma de que nosotros podamos recuperar la parte de Pimpollo que está en Yóvedi? ¿Hay forma que la podamos extraer?

«Negativo. Lo siento, Hathor».

—¿Por qué?

«Es una transacción dimensional. El fragmento de Pimpollo es en realidad información que dejó de existir en su totalidad. Pumo necesita esta información para rearmarlo de vuelta. Es tecnología compleja».

—DIO, ¿por qué un mundo se destruye cuando Pumo recupera un fragmento?

«Porque el fragmento se encuentra en Yóvedi, no aquí».

Poco faltó para que el elfo perdiera la paciencia:

—DIO, estamos EN Yóvedi.

«Lo sé».

—Entonces elabora tu explicación.

«El portal para conseguir el fragmento de Pimpollo es Yóvedi, pero no se encuentra en la versión terrenal de este planeta. Se encuentra en una dimensión subalterna. Para extraer lo que necesita, hay que abrir la puerta y volcar esa dimensión especial hacia esta realidad».

—¿Qué sucede cuando eso pasa?

«Cuando se abre la puerta se cruzan los panoramas; se alteran las dimensiones, se arruina la línea espacio-tiempo. El planeta como lo conoces dejará de existir y la vida va a quedar expuesta a condiciones imposibles de sostener. El mundo será una masa fría y enrarecida, como era durante la era de antes del tiempo».

Hathor se llevó la mano a la frente y bajó la cabeza.

—DIO, quiero saber algo: eso que está construyendo Pumo, a las afueras de una ciudad que se llama Solares y que intentamos destruir hace pocos días a bordo de la Sobek-Set... Esa enorme torre hundida en la capa de la tierra, ¿tiene algo que ver con esto?

«Sí. Esa es una puerta».

Degauss se puso de pie.

—Hathor, pregúntale por qué no ha destruido todavía a Yóvedi.
Pregúntale por qué Pumo no puede reciclar una puerta que haya usado en algún otro lugar para también utilizarla aquí. Quiero saber cuánto tiempo queda.

—DIO, ¿por qué Pumo no puede utilizar una puerta ya creada?

La computadora antigua lo explicó como si aquello fuera incluso elemental:

«Porque en cada mundo se debe construir una puerta diferente. Todos los fragmentos se encuentran en el seno de las dimensiones subalternas del espacio-tiempo de los lugares donde han caído, pero no todas las dimensiones subalternas son las mismas. Es como una huella dactilar».

—DIO, ¿puedes calcular cuánto tiempo queda antes de que complete su trabajo?

«Si el período es el mismo que en el mundo de los cabalarians, quedan tres semanas».

En una pantalla inferior, apareció un cronómetro con dígitos grandes y negros, corriendo en cuenta regresiva por horas, minutos y segundos:

503 : 54 : 13

LA RESOLUCIÓN DE HATHOR

La reunión había sido llevada a la sala de carga de la Apollyon. La boca mecánica se hallaba abierta y a través de ella entraba una helada brisa y se podía contemplar el complejo entrelazado de pistas de la enorme base militar acariciadas por sus luces parpadeantes.

Boltar conversaba con Mahasiah. Ysaak y Seshat estaban sentados allá a lo lejos, en uno de los largos rectángulos de grama que había entre pista y pista, dándole la espalda a los demás. Lucius veía a su hermana pensativo y Farouk, el zellas, no se despegaba de su lado.

Esthelfmaría iba con Ipos, quien a su vez, tenía un manojo de fotografías impresas de la cámara gamma. Compartía el material con el coronel Backlava, que en un principio se había mostrado reacio a tocar el material holográfico porque le parecía que si lo hacía, sus dedos se hundirían a través de un portal.

El general Argos se hallaba también en la escena. El anciano lamentó no haber estado a tiempo para escuchar el testimonio de DIO. Por ello hablaba afanosamente con Ipos. El hombre no parecía mostrarse en lo absoluto sorprendido por la presencia de extraterrestres (salvo por la niña ogro, que inevitablemente arrancaba miradas de sorpresa). Cuando consiguió retener la atención del pequeño brownie, que se mostró gustoso de ofrecerle las fotos que el coronel no parecía apreciar tanto, cualquier persona hábil hubiera podido notar que no prestaba mucha atención a Ipos y en cambio intentaba oír lo que el presidente y el súcubo hablaban a pocos pasos de él.

Hathor y Degauss, por su parte, eran los grandes ausentes. Ambos se habían quedado atrás, en la sala de situaciones de la Apollyon...

DIO flotaba justo en el lugar de la última vez: sobre la mesa, como un anfitrión. Su amo se hallaba sentado con la cabeza gacha y las manos alrededor de sus sienes, y el elfo silvestre caminaba lentamente alrededor de él, como un maestro.

—Hathor...

—¿Sí?



—Corrígeme si me equivoco, pero...

Degauss se dio media vuelta y observó a través de la ventana, con las manos tomadas en la espalda.

—...Tú me llamaste para que te ayudara y también para que te diera mi orientación. Al menos, eso creo haber entendido. Quiero volver a escucharlo, pero esta vez de tu voz.

—Te llamé para que me ayudaras, pero sobre todo para que me orientaras, Degauss. Así es y así lo oyes, aquí y ahora.

—No vas a ganar esta pelea.

Hubo silencio.

El suave zumbido del campo dimensional cubría las paredes alrededor de ellos.

—Y cuando venga la nave de Euronyme, y aun si luego yo convocara de urgencia a todo el gremio de piratas y les pidiera su ayuda, no haría ninguna diferencia. Él va a ganar.

Hathor miró al elfo silvestre con dolor.

—Y da las gracias a tu padre Amén que a ninguno de los yovedianos se le ocurrió hacer la pregunta que Mahasiah sí hizo y que te traspasó mentalmente, motivo por el que te pusiste de mal humor.

Hubo un tenso silencio.

—Pídele a DIO que me obedezca.

—DIO, obedece a Degauss.

«Sí, Hathor».

Degauss encaró a la esfera:

—Respóndeme: ¿qué tan avanzada era la raza de los cabalarians?

«Casi tan avanzada como la raza élfica, los ogros, los fuegos fatuos, y el triunvirato de Porcia. E igual de avanzada que el resto de las otras razas del sistema solar».

—DIO, ¿qué quedó del mundo cabalarian?

«Nada. Fue arrasado. Cuatrocientas mil millones trescientas veinte mil personas perecieron».

—¿Te das cuenta siquiera en qué te estás metiendo?

Hathor volvió a bajar la cabeza. Apoyó los codos sobre la mesa y se frotó los párpados con el pulpejo de las manos.

—Y llorar no te va a servir tampoco.

—No los voy a dejar, Degauss...

—DIO, danos más datos sobre Pumo.

MATERIAL ADICIONAL

Es un ser único, no hay otro como él. No pertenece a una especie.

Ha destruido dieciséis mundos buscando a Pimpollo. Yóvedi será el decimoséptimo.

Seis de esos mundos estaban habitados. Yóvedi será el séptimo.

Le faltan seis mundos más para completar a Pimpollo. Eso hará un total de veintitrés mundos.

Dos de ellos están habitados.

Al final de su búsqueda, Pumo habrá destruido nueve mundos habitados.

Viene de dentro de un agujero negro y puede salir por cualquiera de ellos.

Es considerado una de las Siete Potencias en la Biblia Espacial Orquiz.

Nadie sabe qué o quién es Pimpollo. Sin embargo, Pumo se refiere a «él» como un objeto.

Pumo recolecta información de lo que queda en el Horizonte de Sucesos de los hoyos negros. Puede reconstruir a partir de los fragmentos microscópicos que quedan girando en su borde. Posiblemente fue así como conoció la existencia del universo.

Puede trabajar durante meses sin descansar.

Nadie ha podido calcular su edad, ni saber a ciencia cierta si es joven o viejo.

Está usando el 0,000,000,000,000,000,000,000,000,001% de sus recursos reales.

—DIO, detente ahí.

«Sí, Degauss».

—Elabora eso último.

«Pumo ha basado su existencia en crear y producir. Una de las primeras teorías de Arthax de los tenazians es que al no tener pares ni medio de procreación y contando posiblemente con poca información sobre sí mismo, Pumo crea fundamentalmente para suplir muchas carencias existenciales, entre ellas, dejar huella para el día en que se marche, pues no sabe cuándo va a morir.

Pumo ha tenido tiempo de crear muchas cosas».

—¿Pero cómo calculaste semejante porcentaje? Ni siquiera tú puedes ver dentro de un agujero negro. ¿Cómo sabes que sus recursos son tan grandes?

DIO pensó largamente.

«Por la tecnología que ha utilizado en otros mundos. Por las puertas. Por la selección de energía y recursos materiales. Por testimonio de Stixx Ahimm, de los trabucans, y por cálculo propio (sistema acompañante DIO)».

—DIO, ¿quién fue Stixx Ahimm?

«Nigromante y reverenciado ocultista de la raza mística trabucan».

—DIO, ¿qué tecnología tienen los trabucans?

«En estos momentos está aproximadamente cincuenta años adelantada a la yovediana. Pero han tardado ocho siglos más en llegar a ese punto de lo que hubieran tardado los yovedianos. Stixx

Ahimm no está vivo en la actualidad».

—¿Qué tiempos corrían durante la existencia de Stixx Ahimm?

«Era el equivalente a la Edad Media de los trabucans».

—DIO, eso no tiene lógica. ¿Cómo sabía este sujeto sobre Pumo si hasta donde te he entendido, no has dicho que cayeron fragmentos de Pimpollo en el mundo trabucan? ¿Cómo sabían sobre estas cosas durante una era tan primitiva, en la que seguramente no sabían qué cuerpo celeste giraba alrededor de cuál?

«Stixx Ahimm era ocultista. La magia no es rara en la física trabucan. Tampoco lo son los viajes astrales. Stixx Ahimm afirma haber observado dentro de lo que él describe en su entendimiento primitivo de las ciencias como un hoyo negro.

Durante uno de sus tantos viajes astrales, consiguió ver a Pumo. Estoy tomando los testimonios de Stixx Ahimm como verídicos porque describe coherentemente lo que más tarde vieron otras especies mucho más avanzadas, pero fuera del agujero negro. Stixx Ahimm escribió sobre Pumo en un libro de ciencias prohibidas.

Stixx Ahimm fue condenado por ello.

Las cosas que habitan más allá de los tiempos fue quemado poco después, de acuerdo a registros en los tiempos actuales de los trabucans».

Degauss miró a Hathor, con una expresión severa.

—¿Y bien?

Hathor permaneció en silencio y, después, dirigió su mirada a DIO.

—DIO, ¿qué dijo exactamente Stixx Ahimm? ¿Qué vio?

«Sus testimonios están perdidos. Pero de acuerdo a los rumores del supremo sacerdote trabucan de la época, amigo cercano (quien luego transcribió varias conversaciones), Stixx Ahimm describió un mundo vasto, lleno de luces extrañas, en constante cambio».

—DIO, cuando te refieres a «recursos» y al alto porcentaje que Pumo no está utilizando, ¿te refieres a armamento pesado?

«No necesariamente».

—DIO, calcula lo siguiente: si tomamos a la Sobek-Set y a la Apollyon en comparación: ¿cuántos de nuestros recursos estamos utilizando con respecto a todo lo que hay en la armada del sistema solar?

«0,000,000,000,000,000,000,000,000,000, 000, 000, 000, 000,

000, 000, 000, 000, 000, 000, 000, 000, 00 1/2%».

Degauss resopló.

—Ven conmigo.

—¿Qué sucede?

—Si empezamos a pelear ahora, lo más probable es que nos escuchen abajo. Vamos a mi camarote.

Se levantó de la silla y lo siguió. No tardaron mucho en salir de la sala. Al rato, una puerta ovalada y grande se abrió de par en par. Hathor se adelantó por orden de Degauss. Tan pronto este último puso los pies adentro y presionó la pared holográfica para quedar aislados del mundo, la discusión prosiguió:

—Ahora las cosas no se ven tan malas ¿no es así? —exclamó Hathor—. Eso es un número considerablemente mayor que el que DIO arrojó con respecto a los recursos generales de Pumo. Los elfos podrían ser más que un rival para él.

—Lo estás calculando todo como si fueras un novato, un niño —lo reprendió—. ¡Basta ya!

—¡Degauss, solo estoy tratando de demostrar que no es invencible!

—Cállate. ¿Es que acaso no has oído? Ese no es el punto: es lo que se va a perder en el camino.

—¡Esta gente lo vale! —repuso, con vehemencia—. Los yovedianos podrían tener un futuro todavía más brillante que el nuestro; nosotros no habíamos alcanzado la paz del mundo cuando estábamos en su era. ¡No teníamos un mundo tan grande y poblado, y todavía nos faltaba mucho antes de alcanzar una sociedad en la que no hubiera gente pobre, como aquí! ¡Nosotros, que tanto nos vanagloriamos de nuestra historia superior, de nuestra cultura, no habíamos encontrado todavía la cura a casi todas las enfermedades! ¡El cáncer aún nos mataba!

—¡Hathor!

—¡Los ogros construían bombas que eran capaces de hacer pedazos lunas diez veces más grandes que la suya! ¡Los porcianos...

—¡Basta ya!

—...eran una sociedad devoradora de recursos! ¿Y cuánto han aprendido? ¿Tú crees que en este planeta hubiera nacido un Cadamaren? ¡En esta cultura una persona así sería un paria, un rechazado, ochocientos malditos años antes que nosotros, que casi lo hicimos dueño del sistema solar!

—Por Dios... Eres un estúpido.

—No voy a abandonar este mundo.

—¿No?

—¡No!

—¿Entonces por qué no te liberas y peleas directamente con él?

El elfo selló sus labios y miró a Degauss fríamente.

—¡Vamos! ¿Por qué no te conviertes en otro Amén, resuelves esto tú mismo y dejas en paz a los demás, empezando por tu tripulación; empezando por Meinkherdt, de quien no sabemos si va a estar babeando como un idiota el resto de su vida? ¿Quién va a ser el próximo en pagar las consecuencias?

Hathor seguía observándolo, con los ojos cada vez más humedecidos.

—¡Y escúchame a mí, demonios! ¿Otro Amén? ¡Ingenua afirmación! ¿Acaso DIO no dijo que tú tenías el potencial de ser no mil, sino miles de veces más poderoso que él? ¿Que eras la última herencia de los antiguos? ¿El más grande entre los grandes? ¡Entonces qué diablos quieres de nosotros!

Hizo una pausa, esperando a que Hathor contestara.

—¡Eres un dios! —exclamó—. ¡Libérate y hazlo pedazos, y luego asume las consecuencias! ¡Deja tu vida terrenal atrás y hazlo! Porque te lo advierto, Hathor: ninguno de nosotros quiere ser mártir en esta guerra. ¿Lo serás tú?

Degauss estaba a punto de darse media vuelta y frotar su frente, cuando Hathor rompió el silencio:

—No estoy preparado para la divinidad. No quiero irme de aquí.

—De tal padre, tal hijo —gruñó, meneando la cabeza.

Suspiró y volvió a hablar:

—Pero en cambio, Amén no pedía nada de nosotros. Ni siquiera su desafío y osadía hacia los antiguos es equiparable a lo que tú estás haciendo ahora.

—¿Por qué viniste, Degauss?

—Porque hagas lo que hagas, tengo que ayudarte. Si pides que demos la vida por ti, daremos la vida por ti. Por la historia que nos une y sobre todo, porque eres tú. Pero no me pidas que no solo dé mi vida, sino peor aún, la de los demás, sin decirte lo egoísta que eres, sin decirte lo mucho que te odio por ello ahora.

—No puedo abandonar.

—¿Aun a costa de todos nosotros?

Hathor bajó la cabeza.

—¿Por cobardía?

—No. Por Neftis.

—¿Me vas a salir con eso ahora? ¿Me vas a decir que lo...?

—Está embarazada —lo interrumpió Hathor, viéndolo fijamente.

El elfo silvestre se tambaleó. Se sostuvo bruscamente de la mesa, mientras sus labios temblaban.

—Ella no lo sabe, no todavía. Pero lo he sentido ya. Carga a mi hijo.

Degauss cerró los ojos, tomando aire. Apartó una silla con mano temblorosa y se dejó caer.

—Ha... Has creado... Otro eslabón.

Sin prestarle atención, Hathor se puso de pie y caminó lentamente hasta el centro del camarote. Podía ver su imagen reflejada en el brillante suelo negro, lleno de jeroglíficos élficos que formaban un gran círculo alrededor.

Levantó la cabeza y vio la elegante mesa del fondo, colocada cerca de la ventana, con un acuario largo, alumbrado por pequeños faros de luz, con una medusa azulada y de aspecto anguloso dentro. Un destello eléctrico circuló entre sus tentáculos.

—Por Dios, Hathor.

—¿Knaach te contó alguna vez la historia del tren?

Degauss lo miró como si estuviera despertando del sopor.

—¿Qué?

—El tren aéreo de Plutón. ¿Te la contó?

Se frotó la frente y suspiró.

—Nunca.

—Creo que no habían pasado ni tres horas de haberse conocido... Claudia lo había liberado del zoológico de Cadamaren, en el Jumbo Jumbo. Poco después, decidieron tomar juntos el tren aéreo y se marcharon lejos. En un vagón encontraron una pecera con medusas como esta. Medusas con las que, si asomas la cabeza por el borde y ves tu reflejo en ellas, podrás ver cómo serás cuando seas viejo. Knaach dijo que con él no resultaría, porque su tiempo de vida era muy largo, algo que no pueden decir los ogros, como tú bien sabes... Así que Claudia se animó y se miró. Sin embargo, ella nunca le dijo qué había visto...

Hathor giró la cabeza, con pena.

—Después del reencuentro en Hamil, cuando todo finalmente había terminado, me separé de Pisis y Tepemkau para buscar mis sandalias. Cuando abrí la puerta, vi a Knaach llorando. Estaba recordando ese día. Finalmente comprendió lo que había visto Claudia en la medusa: un simple espejo, la imagen fiel de sí misma, tal cual era en aquel momento, sin cambios ni

diferencias, una niña. ¿Sabes qué quería decir eso? Quería decir que nunca llegaría a vieja. Que nunca cambiaría. Que moriría antes. Desde entonces, yo mismo nunca tuve el valor de ver mi propio reflejo en una medusa. ¿Tú te has visto en ella, Degauss?

—Lo hice, de chico.

—Si yo me viera y no observara en ella mi rostro anciano, no sé cómo reaccionaría. No sé cómo me alcanzarían las fuerzas para seguir. Claudia, sin embargo, sabiéndolo, siguió adelante.

Cerró los ojos.

—Dio su vida, Degauss, porque yo había quedado inconsciente en la Pegaso. No podía más. Y no podía más no porque era un niño, sino porque no sabía cómo canalizar mi poder. Me hallaba cansado.

—Hathor, por favor...

—No me culpo por lo que sucedió. Pero te confieso que en ese momento, con Knaach, lo hice. Lo hice durante varios años. Hasta que él lo descubrió y me dijo que era un tonto. Que las cosas pasaron porque tenían que pasar. Le contesté que lo entendía. De hecho, me hizo jurarlo. Pero mentí. Nunca lo hice, nunca lo acepté.

Hathor se miró las palmas de las manos.

—No voy a dejar que esta gente perezca, Degauss. No voy a dejar que queden como un recuerdo cósmico.

—Pero tampoco quieres abandonar a tu futuro hijo, ¿no es así? Entonces Hathor, ¿qué harás?

—Voy a llegar hasta las últimas consecuencias, mientras pueda salirme con la mía.

—¿Debo asumir que eso significa que pondrás en riesgo la vida de todos?

—No. Voy a pedir ayuda y voy a usar todos mis recursos para obtener la victoria. No te voy a pedir que formes parte de una batalla que no es tuya, pero haré todo lo posible por conseguir gente que sí esté dispuesta. No voy a convertirme en el Amén de mi hijo, no voy a abandonarlo como hizo él conmigo ni voy a morir antes de que haya nacido. No lo voy a dejar solo nunca...

—Entonces no quieres arriesgar la vida de tus amigos, pero tampoco quieres que tu hijo nazca sin un padre. ¿Qué piensas hacer, entonces?

—Esta noche partiré en la Sobek-Set a buscar ayuda.

—¿Adónde?

Hathor lo miró fijamente.

—Al sistema solar.

PARTE III

EL REGRESO

EL NUEVO VIAJE

—La Naberius llamando a la Sobek-Set. Repito, la Naberius llamando a la Sobek-Set, este es el tercer intento: ¿hay alguien ahí?

—No hay caso. Llama a la Apollyon.

—Nave espacial médica Naberius llamando a la Apollyon. Degauss o alguien, por favor respondan. ¿Están ahí?

—Naberius, un gusto saber de ustedes —contestó la voz de Ipos a través del parlante—. Aquí la Apollyon.

—¡Qué susto nos han dado!

—Disculpen. La Sobek-Set no está disponible en estos momentos. Están haciéndole labores de mantenimiento y, hmm, dudo que el personal que está a bordo sepa cómo contestar un transmisor espacial, aunque aprenden rápido. La preparan para el viaje de regreso.

—¿Viaje de regreso?

—Ustedes aterricen en las coordenadas que les estoy pasando, que la historia es larga. Bienvenida a Yóvedi, shah.

La elfa Euronyme movió con delicadeza sus puntiagudas orejas y se mordió el labio inferior suavemente.

—Entre tú y yo, Ipos, del 1 al 10, ¿qué tan grande es el problema en el que está metido Hathor?

—¿Del 1 al 10?

—Sí.

—Yo diría que 100. Vengan lo antes posible. Las necesitamos con urgencia.

El suave susurro cósmico se cortó, finalizando así la comunicación.

La vampiresa se dio vuelta en la silla y observó a su shah, al igual que el resto de la tripulación en la compleja cabina transparente compuesta de hologramas sólidos en donde todas las sillas y sistemas parecían flotar.

—¿En qué demonios se habrá metido? —dijo, para sí misma.

No pasó mucho tiempo antes de que la joven elfa encargada del sistema de comunicaciones, que llevaba su cabello pintado de negro e impecablemente recortado alrededor de las mejillas, se tomara la libertad de contestar la pregunta:

—Creo que la respuesta está más adelante, señora. En pantalla.

Desde la panorámica se abrió un recuadro en tercera dimensión que mostró una estrella y la agrandó cada vez más hasta convertirla en Yóvedi y luego, en otro acercamiento, el espectro con forma de anillo que se hallaba sobre el planeta...

• • •

Hathor sintió que había recibido la primera buena noticia en mucho tiempo cuando, al toque de la medianoche, Lucius le avisó que la Naberius se había comunicado y que Euronyme se hallaba en camino.

—Shah, la nave médica está por llegar. Su otsune será atendido en las próximas horas.

El lobo asintió con gravedad. Su mirada era optimista, pero no se tomó la noticia como un regalo, pues no había necesidad de ello: confiaba plenamente en Hathor.

El elfo a su vez bajó la cabeza con pesar y echó el bolso de viaje al suelo.

—¿Usted está listo?

Boltar miró tras sí; dos enormes osos lo veían con ansiedad.

—Los caballeros han insistido en llevar mi maleta. A pesar de que les he dicho que no me sigan, insisten en hacerlo. Creo que estamos ante un motín.

Hathor no pudo evitar sonreír, era la primera vez en mucho tiempo que lo hacía con ganas.

—Su shah viajará a través del cosmos a lugares inhóspitos. Deles crédito, están preocupados por usted.

Uno de los osos miró a Hathor con gratitud.

—Les iría mejor si se preocuparan más por sí mismos —gruñó—. Yo voy a estar seguro, ellos no.

—Razón de más para motivarlo...

—Razón de más para poner el alma en esto.

—No espero menos de alguien de su categoría, shah. Tengo, sin embargo, una solicitud muy importante.

El lobo había levantado su maleta y se disponía a subir por la rampa de la

Sobek-Set.

—Háblame, Hathor.

—Quiero que Ysaak venga con nosotros.

Para su asombro, Boltar no lo miró sorprendido.

—Me lo ha pedido Seshat —prosiguió— y creo que con eso nos hace un favor. Tengo un buen presentimiento sobre su visita al sistema solar.

—Sea —concedió.

Hathor hizo un asentimiento respetuoso.

Espesos nubarrones de vapor salían de un lado a otro, el interior de la montaña era un escenario mucho más complejo que antes. Esthelmaría solía adelantársele a las pequeñas grúas mecánicas que levantaban enormes cajas de embalaje, bajo la mirada atónita de los yovedianos.

Un león no podía mantener la mandíbula en su sitio cada vez que abría sus brazos en torno al arcón y daba un tirón despegándolo del suelo con la facilidad que supondría levantar una lonchera. Luego la apoyaba al hombro y se ayudaba con la mano como si fuera una bandeja. Para no perder tiempo, tomaba otro objeto igual de grande por el asa y lo transportaba sin ningún problema. Incluso llegó a pedirle a uno de los oficiales a cargo de una grúa que colocara otra caja encima de la que ya cargaba.

—No somos nada —comentó el felino a un lobo, frotándose la melena.

La sorpresa de ellos no fue precisamente poca cuando la niña comentó que mucho más fuerte era «su papito», a quien solo le llegaba por la cintura (y quien era además poseedor de un mal humor legendario en el sistema solar, en especial con los que se metían con ella).

—Nena, si consigues desatascar ese embrollo de vigas que cayeron por accidente el otro día, te invito un almuerzo —le dijo un gato a través de un altoparlante.

Esthelmaría se dio la media vuelta y miró hacia arriba con seriedad. Los temas de comida eran asunto importante.

—Se va a arrepentir... —comentó Farouk, sentado al borde de una plataforma, con las piernitas colgando al vacío.

Lucius, por su parte, estaba dos plataformas más abajo, acostado sobre su estómago, con los codos apoyados y las manos sosteniendo su cabeza, estudiando con atención a las mujeres de Yóvedi.

Ipos meneaba la cabeza, viéndolo como si fuera un enfermo.

Mientras tanto, Bastet era una historia completamente diferente del resto... Se había transformado en el primer oficial en la historia del ejército

que no era yovediano...

Aquello fue porque se había ganado el respeto de todos más que por su incalculable pericia. Ahora, los soldados lo obedecían no por orden directa de su líder supremo, sino como a un superior.

Para probarlo, una elegante insignia colgaba de su pecho.

El vampiro debatía con Mahasiah un nuevo sistema de seguridad para la base, que ya había sido completamente clausurada por un campo dimensional que funcionaba cambiando patrones cada tres segundos (en comparación a los trece del primer modelo). En cálculos de ella, era completamente infalible.

Por otro lado, tenía otro mérito: era el único que no se sentía semihipnotizado por los encantos del súcubo. El mismísimo Degauss se quedó con ganas de preguntarle si aquello se debía a algún tipo de habilidad vampírica o hechizo... La realidad era que había delicias de la naturaleza que para un ser de su edad ya no guardaban secretos...

En cuanto a Seshat, la elfa acompañaba a Ysaak y se mantenía a su lado mientras hablaba con Vaayu. El cheetah, quien se había puesto muy contento de verlo otra vez, hablaba entusiasmado con él.

Si bien se mostró como un caballero, fue algo elusivo con la elfa. Pero después, y gracias al tigre, no tardó en hablarle como si fueran amigos de toda la vida. Tampoco dejó de mostrarse sorprendido ante el hecho de que Ysaak visitaría otro mundo.

—Estás más allá de lo que podría imaginar. ¡No creo que existan siquiera adjetivos! Ni aun siendo poeta, vamos. ¿Alguna vez pensaste que harías algo así? Tan solo dime eso...

Seshat sonreía ampliamente, Ysaak en cambio fingía hacerlo. La razón era simple: Vaayu no había estado en la Apollyon cuando DIO había rendido cuentas de sus investigaciones sobre Pumo. Y también le resultaba mezquino olvidarse de Sagitta y de Tabi. Detestaba el hecho de que recordarlos fuera como ver a través de un marco antiguo, otros tiempos, otra vida. Y quizá, a la larga, otro Ysaak.

Por fuera era el mismo (casi el mismo, mejor dicho). Pero por dentro, el chico había sufrido una transformación. Alguna vez creyó que había cosas que nunca cambiarían, pero al final cambiaron para siempre. Se lo decía una voz que aparecía muy de vez en cuando, durante los tiempos en que pensaba que iniciaba una nueva etapa y dejaba atrás otra, pero que ahora en cambio escuchaba a cada rato.

La supresión de su capacidad para perdonar era, por ejemplo, uno de los cambios más importantes.

Seshat por su parte estaba dispuesta a hacerle la pregunta que siempre había postergado y que sentía como el equivalente a asomar la cabeza por el abismo.

«Ysaak, si nada saliera bien, ¿te quedarías con nosotros?»

Hathor, por su parte, observaba a Boltar abrazar y besar a Zabari, la tersa felina blanca, al pie de las escaleras en la rampa de la nave.

La forma cómo la rodeaba con sus brazos y le hacía colocar la delicada cara sobre su pecho lo hizo sonrojar. Le hizo recordar a Neftis y lo mucho que había pasado sin estar con ella.

—Shah...

El elfo se dio media vuelta y observó a Bastet con sorpresa.

El vampiro tenía ojeras muy pronunciadas. Hathor le impidió seguir hablando:

—¿Hace cuánto no duermes?

Bastet sabía más cosas que el elfo, cosas que no se limitaban a ese gran artefacto llamado la Sobek-Set, sino a la vida y el todo. Pero no podía mentirle, porque no podía cambiar su aspecto ni sus ojeras, y porque tampoco le gustaba engañar. La madre naturaleza podía ser una reverenda porquería, pero el honor y la virtud no dependían de ella, sino de uno. Eso quedaba a su cargo. Si dejara que se fueran también al traste, no tendría moral ni siquiera para ser un cínico. Dioses, cómo recordaba a su linaje durante esas largas horas...

—Eso no tiene importancia, estoy bien.

A Hathor le costó increpar a Bastet. A sus ojos, ya no era el ingeniero de la Sobek-Set, ahora era inevitablemente «Él», ese que tomaba el lugar de Meinkherdt.

—No me digas eso, por favor. ¿Hace cuánto no lo haces?

—Cuatro días. E insisto en que estoy bien.

Hathor colocó una mano sobre su hombro.

—Vamos a ir a una misión que definirá si todo esto saldrá bien o no. Quiero que te quedes y me representes. Significa mucho para mí, significa mucho el solo hecho de saber que lo harás mejor que yo, porque en definitiva eres un hombre mejor que yo, Bastet. Entiende algo: tus obligaciones tal como las conoces han terminado, y si yo vuelvo a fracasar, y no consigo la ayuda de las potencias del sistema solar, todo habrá terminado y podrás hacer

cuenta de tu destino. Descansa ya. Lo único que te suplico es que reces a tus dioses por mí. ¿Lo harás?

—Lo haré, Hathor.

—Creo que hubieras sido un shah mejor de lo que yo jamás seré.

Bastet bajó la cabeza y tragó saliva.

—¿Qué pasará con Meinkherdt?

—Fue poco lo que Mahasiah pudo hacer. Vendrá con nosotros al sistema solar. Lo llevaré a Amaltea.

La cara del vampiro cambió tan rápido como el blanco y el negro.

—¿Vas a ir a la luna de los hapalokianos?

—Lo haré. Lo voy a llevar con su gente. Con su familia. Con el resto de la tribu Hallyfax.

—Ten mucho cuidado, Hathor.

—Lo tendré. Pero pase lo que pase, ellos merecen saber qué sucedió con Meinkherdt. Se los debo.

—Lo entiendo. Pero hay otro motivo, ¿no es así?

Hathor asintió con firmeza.

—La tripulación de Euronyme tiene el personal médico más formidable que conozco. Pero no pueden tratar con él. Los hapalokianos sabrán qué hacer. Si el mal de Meinkherdt tiene cura, si su coma puede ser revertido, solo ellos pueden lograrlo.

—No quiero saber qué van a pensar de ti cuando vean lo que le sucedió. Insisto: cuídate mucho, Hathor.

—Si tengo que arrodillarme ante el patriarca Hallyfax, lo haré. Mis prioridades son conseguir el apoyo de Titán y devolverle la conciencia a Meinkherdt.

—Sea. Mi corazón está puesto en esta misión.

Hathor asintió.

Cuando el elfo estaba a punto de darse media vuelta, el vampiro habló por última vez:

—Por todos los dioses: salva a este mundo.

El elfo lo vio, conmovido.

—Hasta que el alma se me vaya en ello.

—Hasta que se nos vaya en ello.

—Hasta que se nos vaya en ello, Bastet.

Como llamados por la escena, los dos se volvieron para mirar a Boltar, abrazando a sus protegidos, que intentaban, por todos los medios, no llorar.

Era la segunda vez en ese día que Hathor veía en el lobo un espejo de sí mismo.

Su hijo...

Cada vez que lo recordaba, cada vez que volvía a su mente, el suelo se le movía, y todo lo que podía hacer era perder el tiempo ahí, si es que se podía perder el tiempo pensando en semejante cosa.

—Shah...

Seshat tenía un especial respeto por Hathor, como lo tiene una hija que acaba de recibir un gran favor de su padre. Ysaak estaba a su lado, con un bolso de viaje y su largo y elegante abrigo negro, colocado sobre los hombros.

—¿Están listos para partir?

La elfa decidió hablar por ambos: «Sí, shah».

—Ysaak, ¿estás listo para dejar tu mundo?

El tigre asintió, viéndolo a los ojos.

—Bastet, quiero que le des mis más sentidas disculpas a Euronyme. Dile que lamento mucho no estar aquí. Explícale todo lo que ha sucedido.

—Lo haré. No te preocupes por ello.

—Haz que se pongan manos a la obra, que atiendan a todos los heridos. Estoy seguro de que no hay nada sobre la faz del cosmos que sea de mayor ayuda que ellas.

Bastet asintió.

—Déjanoslo todo a mí, Degauss y Euronyme.

—Y una vez que puedan moverse con libertad por todo Yóvedi, descansa, amigo mío. ¿Bien?

—Será difícil explicarles que quiero un ataúd, pero seguro que no me lo negarán. Ve, Hathor.

El elfo encaró la Sobek-Set.

—Partamos entonces.

RECORDANDO EL PASADO (II)

Toda la junta militar en la base yovediana se había acercado para ver partir la Sobek-Set. Eso incluía a la tripulación de la Apollyon, con Degauss a la cabeza.

La última acción del presidente Boltar había sido ascender a dedo a Backlava.

El alto mando militar del Nyhm y el alto mando militar de los otros países y reinos del mundo, que habían sido apartados durante mucho tiempo de los sucesos actuales, fueron informados de casi todos los acontecimientos post «hecatombe».

Nadie iba a poner ningún pero, nadie iba a reparar en tonterías, no serían yovedianos si lo hicieran: estaba claro que quienes sostenían las riendas del planeta, de ahora en más, eran Bastet y Degauss. Ambos extraterrestres.

Eso, sin dudas, había dado un par de cosas de qué hablar a los noticieros, que después de una ausencia prolongada, habían vuelto al aire, repitiendo reportajes y haciendo muchos otros nuevos, las veinticuatro horas del día.

Esto le había devuelto vida al planeta. Y lo que era más: desde los pequeños televisores en los cubículos de los grandes silos de refugiados, le devolvía también las esperanzas a la gente.

Eso sí, los periodistas no reportaban la noticia más importante: que una de las naves espaciales había partido para buscar ayuda en el confín de la galaxia y (con la gracia del Gran Arión, ¡no nos olvides, Señor!) que regresarían más fuertes.

La razón de esta medida era simple: no querían que Pumo lo supiera. No había que olvidar que, fuera de lo que eran las bases militares (cada vez más abiertas, porque no tenía caso seguir recluyendo a la gente), los campos de protección dimensional no existían.

El plan era redondo dentro de lo que cabía: devolvían el ánimo al mundo. Se daban al colosal mérito de devolver las esperanzas en un momento donde

tal cosa no tenía ningún motivo para subsistir y, además, saturaban a Pumo de información chatarra.

Por supuesto, tanto Bastet, como Degauss, como el ahora general Backlava sabían que esta era un arma de doble filo: sí, nadie (ni siquiera los líderes de las otras potencias) sabía que la Sobek-Set había partido a una misión especial. Sí, de seguro lograrían ocultar la ausencia del presidente Boltar con grabaciones montadas y dobles a lo lejos. Y no, no se le había dicho a la gente que Pumo era capaz de escucharlos para que no dejaran de hablar y no se sintieran preocupados haciéndolo —contribuyendo, sin saberlo, a abarrotarlo de información chatarra—, pero, ¿acaso el enemigo era tonto? ¿Acaso no sabía, de hecho, que una nave espacial había ya partido de Yóvedi? Y lo que era peor: ¿Pumo los habría mandado seguir? ¿Sabía que se habían llevado nada menos que al líder de la primera potencia mundial con ellos? Era casi atrevido pedirle a Dios que no sospechara que algo estaban tramando...

No lo podían garantizar: las tres cabezas que lideraban el mundo pensaban en eso, durante cada minuto. Y lo que es más: de acuerdo a DIO, los cabalarians eran una raza de cuatrocientas mil millones de personas. ¿Acaso los poco más de mil millones que quedaban con vida en Yóvedi serían suficientes para hacer tal proeza como «saturarlo» de información? ¿Acaso no se estaban comportando como un trío de ignorantes? Era posible. Pero eso no quería decir que tenían que dejar de jugar todas las cartas. Además, Yóvedi estaba embelesada, gracias a una idea de Mahasiah...

El súcubo tomó una iniciativa que Bastet, Backlava y Degauss consideraron brillante: reunir a todos los medios de comunicación que quedaran en todos y cada uno de los confines del mundo, llevarlos al Nyhm, y transmitir la llegada de la Naberius. Eso deleitaría a los yovedianos.

Por lo tanto, al momento de su llegada, todos los refugiados de la base militar llenaban no solo los alrededores de las pistas, sino el valle entero. Desde arriba, podían verse columnas de humo que salían de un centenar de chimeneas y tiendas de campaña. El olor a comida, el bullicio, la gente. Adultos y niños, sobrevivientes todos, que se disponían a disfrutar por primera vez en mucho tiempo de algo, y la esperanza de que quienes habían quedado afectados pudieran ser curados, desconociendo, por otro lado, que ya se le había puesto fecha al día de la destrucción de su planeta.

• • •

La Sobek-Set se había alejado lo suficientemente de Yóvedi como para que el planeta fuera una estrella más perdida entre constelaciones. Ysaak se había mantenido cerca de una ventanilla hasta verlo desaparecer.

El chico se hallaba en el camarote de Seshat. Su bolso estaba tirado en el suelo, justo al lado de una colchoneta amplia con sábanas limpias.

Tenía una computadora (que en realidad era un chip acomodado en su cinturón) que levantaba una serie de hologramas sólidos, entre ellos un teclado enorme con forma de sonrisa y un monitor tridimensional.

En pijama, revisaba la bitácora de la nave.

—¿Qué ves? —preguntó Ysaak.

La tomó por sorpresa. No esperaba que el tigre saliera de su mar de pensamientos tan pronto. El intercomunicador general se encendió y la voz de Hathor se dejó escuchar por todos lados:

«Vamos a entrar en el agujero de gusanos en cinco minutos, muchachos. Seshat, cierra tu closet y tus gavetas».

La chica se sonrojó.

—Cuando uno entra por la boca de un agujero de gusanos —explicó— siempre hay turbulencia. Pero se calma después. Y con respecto a tu pregunta, estaba viendo algo que la Sobek-Set encontró cuando salimos del planeta.

—¿Qué es?

—Es... bueno, parece que en Yóvedi han hecho cohetes caseros y los han arrojado al espacio con grabaciones... Grabaciones de despedida.

Se frotó una mano y miró para abajo.

—No te hagas problema, no me afecta.

El hecho es que ella sabía que sí le afectaba...

—¿Qué dicen las grabaciones?

La elfa miró el monitor, presionando un par de botones, como si tecleara en el aire.

—Hablan en detalle de sus protegidos. Sus nombres, sus proezas, sus méritos. Hablan del planeta, de quiénes fueron. De cosas personales... Algunos contienen fotos y videos.

Ysaak alcanzó a ver a un gato vestido con un chaleco. Tenía un ojo entrecerrado gracias a un copo de nieve y estaba en cuclillas abrazando a un pequeño conejo que sostenía un gorro a la altura de su pecho, mirando a la cámara. Al lado, se mostraba otra imagen de un pequeño artefacto gastado y de mal aspecto, con unas letras escritas a mano, flotando en el espacio.

—¿Por qué tiene el nombre TOSEY a un costado?

—Es en memoria del niño. Se llamaba así. Parece que no estaba en una zona segura cuando se acabó el oxígeno...

A Seshat le avergonzaba hacerlo, pero apagó el holograma, sin dar mayores explicaciones.

—¿Quieres comer algo, Ysaak?

—Comimos hace una hora.

Se apartó los cabellos de oro y se rascó suavemente la nuca, nerviosa.

—Cuéntamelo, Seshat... La historia.

—¿La historia?

—De Hathor. Cuéntame lo que dejamos por la mitad en el ala de la nave.

• • •

¿Dónde terminamos, antes de que Bastet nos interrumpiera? Creo que te había dicho la frase «por amar a quien nunca debió haber amado».

Eso describiría a Amén, el padre de Hathor.

El último de los antiguos.

• • •

—Espera un minuto. Si quieres seguir, primero tienes que explicarme quiénes fueron los antiguos...

—Bien...

• • •

Los elfos descienden de los antiguos. Ellos fueron la raza primigenia, los grandes. Los que existieron antes del tiempo, hace millones de años. Gente que conquistó el sistema solar. Sin embargo, para ellos eso no fue sino el punto de partida: hay quienes teorizan que alguna vez fueron primitivos (como lo fuimos nosotros) y que, luego de conquistar el cosmos, apuntaron cada vez a más.

Y a más...

Dominaron la materia, ridiculizaron las distancias imposibles que hay entre galaxias, viajaron por el tiempo, desentrañaron los misterios del universo, crearon vida, y con ello, vieron la cara de Dios.

No, no es comparable... Nuestra mejor tecnología no se equipara aún a la de ellos. ¿Llegaremos hasta ese punto algún día? Quizá sí. Pero eso está por verse.

Ahora bien: trata de usar toda tu imaginación e imagina una raza así, que ha hecho todo lo que te acabo de decir.

Ahora, imagina que pasan mil años dentro de su tiempo...

¿Podrías imaginar las cosas que tendrían para ese entonces? ¿Lo que ellos dominarían? Sus sucesores debían ver el cosmos de manera diferente a como lo vemos nosotros. ¿Cuál es el límite? ¿Y cuál es el límite del límite? ¿Y qué viene después? Ellos ascendieron todos esos escalones.

Y obviamente, Ysaak, vieron el final...

¿Y sabes cuál es ese final? Pues, la evolución.

Se convirtieron en seres superiores y, simplemente, desaparecieron de la faz del universo.

Durante las últimas etapas de la sociedad de los antiguos, ellos podían viajar por sí mismos a través del espacio, sin necesidad de naves espaciales, sus cuerpos de carne y hueso se desintegraron para ser energía pura.

Poderosa, positiva e infinita.

¿Y qué más había que ver o hacer, después? ¿Cuál era la nueva meta?

Nadie se atreve a especular.

Solo hay algo seguro... Si los antiguos existen hoy día, en algún lugar, ellos son dioses. Pero si hay algo que aprendes cuando prestas atención a la voz del universo y a sus grandes historias, es que siempre, siempre, hay excepciones. En este caso fue una oveja negra. Una oveja negra que no se quería marchar, que no quería dar el último paso.

Amén.

Él fue un viajero en el tiempo, un explorador, parte de una serie de científicos, o personas, o investigadores, o como sea que fuera lo que hubiera en aquel entonces, que viajaron al futuro y convivieron entre nosotros.

¿Quiénes fueron esos sujetos? Nunca lo sabremos y, seguramente, tampoco hicieron cosas importantes. Quién sabe, pudieron haberse hecho pasar por campesinos, por vendedores, incluso por sirvientes. Solo querían saber cómo sería todo después de que ellos mismos plantaran la semilla de nuestra creación y se marcharan.

El hecho es que Amén estaba entre ellos.

Y sucedió algo que jamás debió pasar... Se enamoró.

Pero sabía que no lo dejarían quedarse. Se lo prohibirían. Fue en ese

momento cuando comenzó a fraguar su plan.

Al regresar a su tiempo, Amén escapó de ellos. ¿Adónde fue? ¿En qué confines del universo fue a parar? ¿Habrá llegado hasta el final de la onda expansiva, con tal de escapar del todopoderoso brazo de su raza? Sí.

Porque ahí, en ese lugar, se encerró en una cápsula y durmió, por cientos de miles de años.

Hasta que finalmente la cápsula se apagó y Amén despertó, en el tiempo y la era correctos, tal como él lo había planeado.

Un momento en el que su amada lo esperaba ya, en Titán.

Todo esto, por supuesto, lo sabemos gracias a DIO. De no ser por él, la historia no sería más que un montón de tonterías.

En cuanto a lo que a nosotros concierne, sí, Ysaak, Hathor es el fruto de la unión entre Amén y una elfa.

• • •

En ese momento, la conversación fue interrumpida. Se escucharon rugidos y ecos fuera de la nave. Las ventanas alrededor del cuarto de Seshat se inundaron con una lejana luz azul. Habían entrado al agujero de gusanos. Pero ninguno de los dos pareció haberlo notado.

—Por el Gran Arión...

Ysaak miró el techo, abrumado.

—Lo mismo que sentí yo cuando me contaron la historia.

—Pero Hathor, entonces... ¿Es algo así como una «entidad»? Y de ser así, ¿por qué no es energía pura?

—Amén fue de la generación final, un paso antes de la energía absoluta y la desaparición de su raza del universo. Mira: las cosas debían ser muy diferentes a como las ves tú y las veo yo. Ellos ya no se reproducían, simplemente, habían llegado hasta donde podían llegar. Pero Amén tenía la extraña habilidad de contenerlo. No sé, llámame tonta, pero yo creo que fue gracias al amor. El hecho es que, si Hathor no es energía pura (y debería de sobra serlo, puesto que pertenece a una generación posterior a la de Amén), es porque su madre fue una elfa «común», como yo. Pero aun así, mientras más años pasan, le cuesta más y más contenerse en su cuerpo, le cuesta más retener su carne.

—Es como Amén.

—Sí, pero al mismo tiempo, no. Recuerda que Hathor es una generación

antinatural, que nunca existió entre los antiguos. Se dice que él es miles de veces más fuerte de lo que fue Amén... Y si de casualidad supieras lo que hizo Amén con aquella nave espacial llamada la Parca Imperial entonces te podrías hacer idea de lo que era capaz. No consiguió destruirla, pero sí contenerla, y eso ya era decir demasiado. Lo peor es que si Hathor no hubiera sido un niño en esos tiempos, creo que habría hecho una bolita de papel con ella y hubiera acabado con el problema en un minuto. Sin embargo, hubiera matado también a Meinkherdt, que estaba a bordo. Por eso, siempre insisto: el orden del universo es sabio.

Ysaak estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo y miró a otro lado.

—Sé lo que estás pensando.

El tigre la observó, avergonzado.

—¿Por qué Hathor no se transforma, pelea y acaba con Pumo? Si lo hiciera, no podría quedarse más entre nosotros. Se iría por siempre.

—Lo entiendo. Lo siento.

Se hizo el silencio por un largo rato.

—¿Cómo fue que Meinkherdt y Hathor se conocieron?

—Pues, cuando las cápsulas de escape se precipitaron fuera de la Parca Imperial, Meinkherdt no regresó a Amaltea, tampoco fue a Adrastea, su luna gemela. En pocas palabras: no regresó con los hapalokianos. Meinkherdt huyó durante mucho tiempo...

• • •

Sin embargo, varios años después, publicaron una ley de amnistía para todos los tripulantes de la Parca Imperial, bajo la excusa de que la gran mayoría no tenía idea de lo que se proponía hacer el triunvirato Osmehel-Meinhardt-Popstone. Fue entonces cuando muchos salieron de sus huecos y se entregaron.

El caso de Meinkherdt fue mucho más difícil: él no era un simple empleado de Cadamaren, ni siquiera un soldado. Él era ni más ni menos que el hermano del capitán de la Parca Imperial, uno de los principales responsables del incidente de los planetas.

Meinkherdt no apareció ni siquiera cuando se dio a conocer la ley, pero no lo hizo por pensar que no podría sacarle provecho, sino porque creyó que el pecado era demasiado grande como para atreverse siquiera a pedir perdón. Durante todo ese tiempo, trabajó donde no lo echaban. Hasta que un día, hizo

sus maletas y viajó a nuestra luna: Titán. Más precisamente, al pueblo de Hamíl.

Ya te podrás imaginar la cara que puso la gente cuando vio llegar a un hapalokiano que, para colmo, estaba disfrazado y era casi idéntico a Meinhardt Hallyfax. En fin, lo primero que hizo fue ir al Palacio de Hamíl y pedir perdón por lo que había hecho.

A partir de ese punto, Panék, el shah supremo, lo puso a trabajar en el campo. Hubo mucha gente en otras lunas del sistema solar que vieron el asunto con consternación. Panék se las jugó todas, y se preocupó por mantener el bienestar de la alianza con Iapetus, la luna de los ogros, cuyo rey, Metallus, fue a duras penas convencido por sus propios ministros cuando planeaba destruir Amaltea y Adrastea, las lunas hapalokianas. En su furia, él era partidario de borrarlas del mapa y, junto con ellas, a todos los que tuvieran que ver con el incidente de Cadamaren.

Pero eso, y los motivos del regente, son parte de otra historia...

• • •

Ysaak no salía de su impresión.

—Dime algo, Seshat...

—¿Sí?

—¿Cuál crees que será mi rol en esta misión? ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé —contestó, meneando la cabeza—. Los elfos decimos que el momento de uno llega cuando llega.

El chico torció la boca y miró el suelo.

La elfa lo observaba desde su cama, sin saber qué más decir.

Como esos momentos de silencio le desagradaban, hundió el brazo en su conciencia y sacó el primer tema de conversación que pudo conseguir:

—Por cierto, te advierto algo...

Ysaak la miró.

—¿Qué?

—Vas a ver algo que va a desafiar un poco tu concepto del universo y de todas las cosas en las que has creído hasta ahora... Es un secreto que no les habíamos dicho.

El tigre alzó las orejas.

—Cuéntame...

—Pues, es algo que hablé un poco con Bastet, no tanto como yo hubiera

querido —aclaró, con voz misteriosa—. Pero sin dudas es interesantísimo y demuestra que la creación trabaja en formas misteriosas...

Hizo un silencio anticipatorio, intentando crear con ello una suerte de clímax. Ysaak la observaba con fastidio.

—Dilo ya.

—Pues, hay gente parecida a ti en el sistema solar.

—¿Qué?

—A decir verdad, tú eres solo parecido, pero hay otros que son todavía más parecidos en tu planeta: tus primos lejanos, los leones.

—¿Qué hay con ellos?

—En el sistema solar hay leones...

—¿Qué?

—Pero no tan... evolucionados.

El chico la miraba como si fuera una complicada ecuación.

—Es algo así como una cuestión entre los primates y los homo sapiens, bah, al menos eso es lo que creo, pero no me hagas mucho caso: cada vez que escribía lo que yo creía en los exámenes de ciencia, me ponían un cero.

Seshat se mordió el labio inferior.

—Estoy segura de que son idénticos —prosiguió— pero caminan en cuatro patas.

—¿En cuatro patas?

—Sí, bueno... En cuatro patas, ¡como los leones!

—Los leones caminan en dos patas.

—Pues ya verás a los de allá.

—Estás payaseando...

—¡Es en serio! Es posible que con mucha suerte veas a uno. Si no me crees, pregúntale a Hathor.

—Lo haré...

—Ajá, eso quiere decir que no me crees...

—Eh, no, no, claro que creo en ti, pero me parece que tu cordura se fue a dar un paseo. Se quedó en la entrada del agujero de gusanos.

—Oh, por favor.

—En serio, estás borracha. Deben ser criaturas monstruosas y completamente diferentes, y por el hecho de que tienen una especie de melena, las confundes con leones.

—¿Crees que soy así de burra?

—No, pero eres una racista espacial. Si no son elfos, entonces ves al resto

igual.

Seshat torció los labios como un muñeco de ventriloquia. Ysaak hacía un esfuerzo por no reírse.

—Es que vamos, ¡es imposible! ¿Cómo va a ser?

—¿Y qué quieres que te diga? La química del universo es caprichosa. ¿Acaso en Yóvedi no hay una raza de seres sin pelos como yo, o parecidos? Debe haber...

—¡Por el Gran Arión, no!

La elfa se lo quedó viendo venenosamente...

—¿Qué te sucede?

—Lo dijiste... Con asco.

—Epa, párala ahí. Lo dije imaginándome a mí mismo sin pelos.

—Cállate.

Se echó en su cama y se dio media vuelta.

Ysaak la miró sorprendido por unos instantes y después comenzó a sonreír, tomando su almohada por las dos puntas de un extremo

—Te voy a mostrar algo que también existe en ambos mundos...

La chica se mantuvo inmóvil, viendo por la ventana, chupándose el dedo gordo, hasta el momento en que un soberano almohadazo le pegó en la cara.

El sonido que produjo la tela algodónada sobre su piel fue tal, que Ysaak comprendió su terrible error, y se quedó en el sitio, helado.

Seshat se sentó como una muerta viviente y giró lentamente la cabeza hacia él. Su cabello parecía el de un personaje de terror. La mitad de su cara estaba roja.

Levantó un dedo, lo señaló directamente a la cara y empezó a gritar:

—¡Seshat, no! ¡Perdona!

Ysaak miró ansiosamente hacia la puerta y luego de vuelta a ella.

—¡Por Dios, baja la voz! ¡Perdóname! Se me fue la mano, olvidé que...

—¡Eres una bestia inmundada!

—¡Te van a escuchar! ¡Baja la voz!

Empezó a gritar más fuerte.

—¡Perdóname!

El tigre se puso de pie.

—¡Esto es la guerra!

—Haré lo que quieras —dijo, intentando tomarla por los hombros—. ¡Lo lamento!

—Ahora yo te voy a mostrar algo que seguramente existe en ambos

mundos también.

Antes de que pudiera parpadear, Seshat le encajó un rodillazo ahí, donde nadie tenía derecho.

El tigre rugió y cayó de rodillas sobre su colcha.

La elfa le saltó a la espalda y colocó un brazo alrededor de su cuello, tratando de hacerle una llave.

—¿Pica, verdad? ¿A que pica mucho?

—Nena —gruñó—, más vale que te quites de ahí.

—¡Me voy a sentar encima de ti! —gritó en respuesta.

La delantera le duró poco. Ysaak la golpeó entre los ojos con su cola y aprovechó la sorpresa para darse vuelta y llevarla al piso, tomándola de las muñecas.

—Quieta. Ahí te quedas.

—Me voy a hacer un abrigo contigo.

—¡Tregua! ¿Bien? Te ofrezco tregua. Te conviene aceptar.

La chica contestó con un graznido, mostrándole los dientes.

—¡Pero bueno! Ya basta, quédate tranquila.

—Cuando nos enojamos, los elfos nos deformamos, ¿sabías eso, no?

—¿Qué?

—Sufrimos una transformación.

—¿Cómo?

—En algo parecido a una cucaracha...

—Eso no es verdad... —masculló.

—Sí...

Se quedaron mirándose por un rato...

Seshat estiró el cuello para morderle la muñeca, Ysaak se la sacudió lo mejor que pudo.

Los dos estaban hechos un revoltijo cuando se abrió la puerta y apareció Boltar, vestido con una túnica élfica.

Los dos se quedaron congelados, viendo hacia el costado. Ysaak abrazaba una de sus piernas, mientras el otro pie de la chica estaba apoyado sobre su mejilla.

—Solo quería saber si estaban durmiendo. Qué interesante...

El lobo se retiró, sin decir nada más.

CONVERSACIÓN PRIVADA

Neftis se hallaba sentada en su puesto, en la sala de control de la nave, sumergida en el análisis de la computadora.

Sus labios estaban cerrados. Se había acostumbrado a la sensación pasiva del silencio. Hacía días que no hablaba con nadie y no esperaba hacerlo. Su última parada había sido el camarote de Meinkherdt cuando Hathor no estaba allí para despedirse del hapalokiano personalmente, a su manera.

El viaje (su viaje) estaba llegando a su fin y eso hacía que el dolor amainara un poco.

Era como levantar la cabeza y ver el banderín al final de la colina en una foto sin color. Ya estaba cerca, había evitado una situación embarazosa guardando silencio sobre sus planes de abandonar la tripulación para que no se reunieran y la confrontaran. Lamentablemente, lo que había ayudado a ello era la precaria situación por la que atravesaba Yóvedi, acentuada por lo que sea que DIO hubiera dicho en la reunión donde también estuvieron los integrantes de la Apollyon.

Segundo a segundo, mientras la Sobek-Set se precipitaba por el agujero de gusanos rumbo a casa, el banderín amargo de la colina se encontraba más cerca; la oportunidad de conseguir una retirada silenciosa estaba al alcance de sus manos.

Eso claro, hasta que la puerta se abrió y Hathor entró a la cabina...

Cuando notó que él se había quedado de pie, mirándola en silencio, sintió que el banderín se hacía pedazos.

—Neftis.

Nunca su voz había tenido tanto peso. Fue como si cayera una roca sobre sus hombros.

Se dio media vuelta en la silla giratoria y levantó la mirada con su mejor cara de normalidad que, en su caso, no era mucho decir.

—Hola, Hathor. Estoy terminando un trabajo.

Él se quedó mirándola. La elfa volvió a desviar la mirada al holograma. Quizá él sabía lo suficiente para darse cuenta de que lo que hacía era en realidad una tarea muy trivial, pero tal vez tampoco necesitaba conocer su trabajo, porque tenía un arma mucho mejor: la conocía bien.

Neftis tomó el chip del gabinete debajo de su mesa. Se levantó de la silla y se excusó sin que se lo pidieran.

—Discúlpame un momento. Voy a terminar de configurar el mapa espacial.

Intentó salir por la puerta, pero Hathor se interpuso y le cortó el paso.

Levantó la cabeza y lo miró, asustada. No quería encarar esa situación. Él la tomó por los hombros, con fuerza.

—Ven.

—No.

Su negativa fue casi una súplica.

—Ven aquí.

Ella apenas se movió por su propia voluntad, aunque se descubrió a sí misma caminando por donde él la llevaba, de vuelta atrás, abrazando el teclado del holograma con los brazos.

Hathor la hizo dar media vuelta para encararla, le quitó el teclado de las manos y lo arrojó a un costado.

—Mírame a los ojos.

—Hathor, por favor, ahora no puedo, en serio.

—Solo mírame.

Neftis levantó los ojos, anegados en lágrimas.

—Sé que te he tenido descuidada, que apenas he estado contigo. Pero no te he olvidado, pienso siempre en ti.

La elfa hizo un movimiento negativo con la cabeza, los pensamientos se levantaron como columnas, peleándose cada uno por salir de sus labios al mismo tiempo. Las ganas de llorar no ayudaban.

—Entiendo por qué no has estado conmigo —gimió—. Ese no es el problema.

—Sí ha sido un problema.

—No, por Dios. ¿Crees que yo me considero más importante que la gente de Yóvedi? Entiendo lo que estás haciendo.

Una cosa que Neftis siempre había respetado de Hathor era su habilidad casi mágica para darle su momento y lugar a cada cosa. Pero esta no era la ocasión. En verdad sentía ganas de escapar.

—Es solo que no me he sentido útil para esta tripulación —prosiguió—. No he ayudado en nada. No he hecho absolutamente nada y, siendo francos, tampoco soy lo más importante para ti...

—Eso es mentira.

—...y entonces es mejor que abandone la Sobek-Set, quiero quedarme en casa, Hathor. Este va a ser mi último viaje. No vale la pena discutirlo.

Hathor suspiró, sin soltarla, mientras ella intentaba levantar sus suaves manos para secarse las mejillas.

—Es obvio que tienes cosas más importantes que hacer. Y no es un reproche, es la verdad. No voy a ser un obstáculo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué piensas que estorbas? ¿Te vas a ir ahora, cuando más te necesito?

Neftis meneó la cabeza.

—No me necesitas —replicó—. Necesitas a Seshat, a Meinkherdt, a Bastet. A la tripulación de la Apollyon, a Euronome y las chicas, necesitas a la Naberius, y ahora mismo haces este viaje porque estás buscando a otras personas. No me necesitas a mí, Hathor, deja de engañarme.

—Tú te engañas.

—Si voy a estar aquí, sería solo como un adorno, no como un miembro activo. No voy a tolerar estar en ningún lugar como alguien que sobra, que está de más. Ese sitio lo puede ocupar alguien que sea de mayor utilidad. Por ti y por los otros.

—Si lo piensas así, entonces te convertirás en ello, tú misma te estás condenando a ser eso. Será por tu propia mano. Dime, ¿quién decidió recluirse a sí misma por un error que cometió?

—No fue un error. No cometí ninguno. Fui simplemente yo misma, y por mis habilidades, casi nos hacen pedazos.

Se detuvo para sollozar.

—No subestimes mi inteligencia, Hathor, no soy necesaria en esta tripulación. Este va a ser mi último viaje.

—Basta.

—No, Hathor...

—He dicho que basta.

Neftis masculló algo y bajó la cabeza, llevándose las manos al rostro.

—Solo estás diciendo esto porque entraste en pánico, ¿y qué? Estamos vivos. No eres tan buena piloto como Seshat, ¿y qué, también? Eres la mejor ingeniera de sistemas. ¿Es ahora, después de tantos años, cuando se te da por

pensar que no eres útil? ¿Cómo se conjuga eso con tu modo lógico de ver las cosas, Neftis? Explícate.

—Lo he pensado antes.

Hathor frunció el ceño. Hizo la pregunta aunque supiera la respuesta:

—¿Qué has pensado antes?

—Que no sirvo para esta tripulación.

Le hizo levantar la cabeza, tomándola del mentón.

—Habla claro.

La mirada brillante de la elfa apenas dejaba con claridad el color violeta de sus ojos. Las lágrimas volvieron a resbalar.

—No puedo seguir viviendo así. Lo hice durante mucho tiempo, por ti. Pero no puedo continuar viajando. Este no es el futuro que yo quería, no son mis sueños, Hathor. Y además, ha quedado demostrado. No puedo seguir siendo parte de esta tripulación.

—¿Quieres decir que nunca pasaste un buen momento con nosotros, o conmigo al menos?

Ella meneó la cabeza.

—Los pasé. Pero no soy feliz aquí.

Hathor la soltó lentamente, sus brazos cayeron a cada lado de su cintura. La miró con profunda desilusión.

—¿Dices la verdad, Neftis?

—Digo la verdad.

Hubo otro momento de silencio.

Él la inspeccionaba ansiosamente. El rostro demacrado del elfo se estaba volviendo cada vez más triste.

—¿Y por qué hiciste todos estos viajes?

—Porque podría estar contigo. Pero fue en este que me he dado cuenta de que no puedo seguir fingiendo. Mi lugar está en Titán, en casa.

Y antes de que él pudiera replicar, agregó:

—Y sé que en cambio tu lugar está aquí, y no en Titán.

Con eso, sintió que resumía un abismo de palabras.

—¿Y qué sugieres?

—No sugiero nada realmente —contestó—. El que siempre ha tomado las decisiones eres tú. Así ha sido desde el principio.

Hathor acarició su pelo. Sus suaves cabellos dorados se deslizaron entre sus dedos.

—Voy a terminar esto. Y cuando se acabe, iré contigo, a Titán. Y

estaremos juntos.

Neftis levantó la mirada, sorprendida.

—¿Lo harás?

—Lo haré, porque te amo.

—Pero esa no es tu vida, yo...

—Deja que yo decida qué quiero para mi vida y qué no. ¿Tú pasaste mucho tiempo aquí por mí? Yo estaré entonces allá abajo, contigo. Quiero estarlo.

Neftis lo observaba, con una expresión que era una mezcla de esperanza y cautela.

—Has dicho que no te gusta la vida en Titán. Que no quieres eso para tu futuro. Que no te va la gente allá, que no es para ti. Te lo he oído decir yo misma.

—Lo sé.

—No quiero que seas infeliz conmigo, Hathor —dijo, arriesgándose a volver a sollozar.

—¿Tú crees que contigo voy a ser infeliz? ¿Estás convencida de ello?

—No quiero que me digas un par de palabras para complacerme.

Tampoco me hagas esa pregunta. Yo tengo memoria y por eso te estoy diciendo lo que te estoy diciendo.

—Mírame.

Ella se limpió los ojos y lo miró.

—¿Te gusta tanto Hamíl? ¿Necesariamente quieres vivir ahí?

—No necesariamente.

—¿Y en Titán? ¿Necesariamente buscarías tener un hogar ahí? Si tu trabajo y tu futuro estuvieran allá, ¿no podrías vivir conmigo en otra luna y viajar todas las mañanas? ¿Podrías hacer eso por mí?

—Sí. Podría hacer eso por ti, siempre.

—Entonces sí podemos vivir juntos.

—¿Pero te haría feliz? ¿Te haría verdaderamente feliz no viajar, no ser un pirata?

—¿Quieres que te conteste la verdad? ¿La verdad que tanto anhelas y que me pides que te diga para no complacerte? No lo sé. Esa es la respuesta; yo no lo sé. No sé si seré feliz así, pero quiero intentarlo y estoy dispuesto a hacerlo.

Hathor le quitó una lágrima de la mejilla y hundió su mano entre sus cabellos. Neftis sintió deseos de volver a llorar y se tapó los ojos.

—La Sobek-Set puede descansar en el puerto.

Y dicho esto, la rodeó con sus brazos.

—Gracias.

—No me des las gracias —replicó.

—Te ayudaré a intentarlo, a encontrar algo que te llene...

—Olvídate de eso, Neftis. El sistema solar es muy grande. Solo deja que yo me encargue y que siga adelante a mi modo. Mi vocación está contigo.

Ella lo abrazó con mayor fuerza. No quería pensar en nada más. Solo necesitaba una pausa, descansar de esa tormentosa marea que era su mente. Solo por una vez.

—Te amo.

Al oír esto, se avocó a abrazarlo.

—Solo déjame terminar esto. Y después te tocará a ti, después seremos nosotros. No solo porque te amo, sino porque mi mayor compromiso, ahora, es contigo.

—¿Compromiso?

Cuando ella repitió la palabra, Hathor rompió el abrazo y la tomó de las manos.

—Llevas a nuestro hijo.

Neftis lo miró con ansiedad. Su rostro fue palideciendo.

—¿Lo has sentido, también?

Él asintió.

—¿Y lo deseas? —preguntó, casi como una súplica—. ¿Quieres que lo tenga?

—Cada vez más, Neftis.

El abrazo se prolongó durante mucho tiempo, en medio de la sala, bañados en la viva luz boreal del túnel por el cual la Sobek-Set se desplazaba hasta perderse de vista, a través del cosmos.



ENCUENTRO EN LA TIERRA VIEJA

—Ysaak, despierta...

Tan pronto abrió los ojos con dificultad, supo que no había obtenido el suficiente descanso. De no ser porque ella tomaba su mano entre las suyas, se habría quedado dormido de nuevo.

—¿Qué sucede?

—¡Levántate! ¡Mira!

Ysaak se sentó sobre la colcha, haciendo a un lado las sábanas, y se frotó los ojos con el pulpejo de sus manos. Sumergido en la oscuridad del camarote, la elfa era una figura oscura frente a él. Incluso con su mullido pelaje blanco, el chico sentía frío, seguramente gracias al sistema de enfriamiento de la nave, activado para prevenir el calor de alguna zona radiada que seguramente habían dejado atrás.

—Mira...

Seshat se puso de rodillas sobre su cama, y él fue a su lado. Frotó el cristal de la ventana y, tras la empañadura, surgió una bellísima maraña de luces flotando sobre un cuerpo estelar.

Ysaak sintió el ardor del arrebato. No tenía idea que recordaría aquello por el resto de su vida.

Era un planeta oscuro y de aspecto frío, pero una enorme parte de su exterior estaba cubierta de rutas y complejas marañas de luces, como una ciudad vista desde muy arriba, pero era un espectáculo circular mucho más vívido, radiante y grande.

—Es el Jumbo Jumbo.

Los rostros de ambos parecían como de niños leyendo un cuento alrededor de un gran cirio.

El planeta Plutón se veía como un cuerpo con tanto volumen, flotando ahí, eclipsado, acentuando su redondez, que uno podría soñar con poner la mano sobre el cristal y tomarlo.

La telaraña circular y destellante parecía varias ciudades puestas una sobre otra. El chico no sintió ganas de ir hasta allá, ni siquiera permitió que el pensamiento cruzara por su cabeza. Verlo ya lo llenaba...

—Cielo santo —musitó.

—¿Te gusta?

Seshat estaba disfrutando el rostro del tigre más que la visión propia, en medio de lo que parecía una madrugada fría del universo.

—Debe ser veinte veces más grande que Solares —susurró, maravillado.

—Posiblemente aún más.

Jamás, independientemente del lugar o la edad (porque lo mismo daba seguir viviendo sin haber presenciado aquello ahí a los diecinueve que allá a los noventa) había sentido que el tiempo se detenía. Tratándose de un chico que había visto cosas que a cualquier otro le estaban vedadas, comprendía con convicción real lo pequeña que era su raza, el género yovediano...

Había cosas en el universo con las que él jamás podría soñar. Cosas maravillosas.

El planeta Plutón quedó atrás. Escuchó que las turbinas de la nave se encendían; las estrellas empezaron a pasar a mayor velocidad alrededor de la ventana.

El felino sintió que la chica frotaba su espalda.

—Ysaak, es hora de que nos levantemos. No tardaremos mucho en llegar a Saturno... En Hamíl serán las nueve de la mañana y creo que nos espera un día bastante largo.

• • •

Un elfo de piel tostada se hallaba de pie en medio del campo, mirando hacia arriba. El verdor alrededor suyo brotaba hasta donde la vista alcanzara (más allá llegaba el océano, que era pálido y cristalino). La grama parecía agua en sí misma, tan afable y suave que daba la impresión de que podría saciar la sed. Por allá estaba el sembradío de maíz, dorado, apetecible y ordenado. Y del otro lado, después de la colina, tres cabañas. La más grande de ellas con un alto observatorio refaccionado, un telescopio apuntando al cielo y un molino viejo dando vueltas.

El sujeto vio de nuevo su reloj. El aparato era toda una antigüedad (para él y los suyos, por supuesto, no para nosotros... Nadie posee un reloj con seis mil quinientas funciones y la mitad de ellas útiles).

Nada pasaba en el cielo, pero su sonrisa era paciente. Llevaba un pico de aspecto bastante amenazador apoyado al hombro y un sombrero de paja que le tapaba las cejas.

Era muy alto y delgado pero, aun así, sus músculos parecían estar tallados en ladrillos, incluso las venas de aspecto agresivo que surcaban sus antebrazos le daban el aspecto de ser capaz de propinar golpes crueles.

El soplo suave de la brisa movió la hierba, las briznas cantaron empujándose unas a otras. El sonido era dulce.

El cielo estaba limpio. La descomunal silueta del planeta Saturno, transparente pero con una variedad de suaves tonalidades naranjas y blancas, adornaba la bóveda celeste con sus exuberantes aros.

Entonces sucedió, la Sobek-Set por fin apareció. Su sonrisa no podía ser más larga.

Nunca había sido tripulante de ninguna nave. Apenas había viajado como pasajero en vehículos comerciales, obviamente muy diferentes, pero sabía suficiente sobre el «armatoste» de su hermano como para darse cuenta de que estaba siendo conducida por el piloto automático. Tardaría solo un poco en aterrizar, un poquito más...

El descenso fue vertical. Sus turbinas alborotaban el pasto sin quemarlo.

Se acomodó suavemente a casi diez metros de donde se hallaba el elfo (que no se movió de su lugar ni un paso). Sintió el suelo temblar bajo sus botas.

La compuerta trasera se abrió con un sonido mecánico. El lejano murmullo dulce del mar era apenas perceptible para un oído élfico.

En ese momento, Hathor comenzó a bajar por la rampa, con una enorme maleta en su mano izquierda y otra en la derecha, que sin dudas pertenecía a Neftis.

Parpadeó un poco, tratando de acostumbrarse a la luz del sol. Había estado demasiado tiempo metido en su oscuro camarote.

Apenas si le dio tiempo de pestañear cuando el pesado pico pasó volando sobre su cabeza, con la rapidez de una espada y una fuerza de arrojo solo equiparable a la de varios hombres. El instrumento se clavó contra un contenedor de madera que, literalmente, explotó.

Hathor abrió los ojos, asustado, y vio hacia atrás. El pabellón estaba lleno de astillas. Hilos de su propio cabello reposaban ahora alrededor de sus zapatos.

Miró al frente, sonriendo obscenamente.

—¡Tepemkau!

Tepemkau corrió hasta la nave y trotó por la rampa. Hathor soltó las maletas para abrazarlo. Durante un buen rato uno estuvo levantando al otro.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Hathor! ¡Jas! ¡Cuánta alegría que stés aquí! Vamos, deja que te ayude con'so.

El elfo se hizo con una maleta antes de que Hathor pudiera impedírselo.

—No te molestes.

—Nada nada, deja que te ayude. Que ya te veo muy poco para encima no'aserte la vida «fossil»

Hathor se sintió tentado, por fuerza de costumbre, a hablar como Tepemkau. Casi se le había olvidado que durante muchos años él no solo se expresaba de esa manera, sino que había aprendido a hablar así cuando era niño. ¡Cuánto le había costado corregirlo!

—Me ha gustado tu broma —dijo, con la tentación de decir «ma'gustao».

—Sí, y mira'qase un par d'años te la hubiera podido «asar arrojando más cerca de la cabes'a», ¡jas!

—Sí, sí... Pero ahora quiero que veas tú una bromita de las mías.

—¡Ah! ¿Tiene'broma?

—Sí.

—A ver...

—'Enga, ya vas a ver... ¡Ysaak! ¡Ven!

El chico apareció vestido con su ropa yovediana. La correa del bolso cruzaba su hombro.

Tepemkau se lo quedó viendo, frío...

—No...

Hathor lo miró, con una mezcla de tristeza, apelando a su compasión.

—Sí.

—No... Dime que no has hecho lo que yo creo que has hecho.

Ysaak se quedó ahí donde estaba, sin decir ni hacer nada.

—Lo he hecho.

—¡Bastardo! ¿¿Cómo se te ha ocurrido!?

—Ya hablaremos, Tepe.

Hathor levantó la cabeza al escuchar que alguien gritaba su nombre. Tepemkau miró el campo, preocupado.

—Es Pisis.

Una elfa iba riéndose y corriendo a toda máquina en dirección a la nave, con los brazos extendidos y su faldón volando al viento.

Hathor saltó los escalones y salió a recibirla.

La chica se le echó encima como un cohete. Apenas pudo sostenerla en el aire y darle varias vueltas.

—¡Cómo te'h extraño! —gritó.

Boltar y Seshat aparecieron tras la puerta. A la chica se le hacía extraño no ver al lobo con el típico traje de etiqueta yovediano. Vestía con una impecable camisa a cuadros metida bajo la cintura de sus vaqueros.

—¡Hola, Tepemkau! —saludó Seshat—. ¿Cómo va, amigo?

Tepemkau se la quedó viendo con ojos grandes y una semisonrisa. Seshat comprendió inmediatamente lo que pasaba y no pudo evitar echar un vistazo a Ysaak y a Boltar.

—Es una larga historia —replicó nerviosa.

—Ma'vale que sea buena, ¿sabes, no?

La seriedad en su tono de voz le hizo sopesar, en un minuto, lo que no había pensado en dos días de viaje. Sintió un terrible vacío en el estómago.

Boltar descendió sin timidez y pisó tierra, y se quedó viendo sus propios zapatos durante mucho tiempo, pensativo. Ysaak sabía lo que estaba pensando, Tepemkau, un ser de otro rincón de la galaxia, también.

«He puesto pie en otro mundo. En un lugar donde ni siquiera Yóvedi puede verse como una estrella».

Observó el cielo, con una mezcla de solemnidad y asombro. Desde ahí, se veían las otras lunas del sistema saturnino en diferentes relieves.

—Hathor, ¿podríamos comer algo? —pidió Seshat, con voz de pena—. Me resuenan las tripas y por el diíta que vamos a tener, yo diría que...

Se detuvo al notar que el elfo no la escuchaba y Neftis que, sin hacerse notar había bajado también por la rampa, tampoco le estaba prestando atención.

Pronto, la piloto se enteró por qué...

Miraban en silencio hacia la colina, desde donde una silueta muy alta, de cabellos largos y una barba noble, observaba a Hathor.



Tepemkau se puso nervioso de inmediato y no pudo evitar mirar a otro lado. Pisis se notaba confundida, pero cuando notó a Boltar y a Ysaak, su rostro palideció...

Como para confirmarle a Ysaak que no estaba aterrada por su aspecto, como había creído en un principio (había sido arrogante suponerlo, dado que estaría acostumbrada a ver cosas docenas de veces más impresionantes) Pisis subió las escaleras y tomó a Boltar por el brazo; apenas podía ver directamente a los hombros sin tener que levantar la cabeza.

—Por favor —susurró, asustada—. Quédense aquí por el momento.

El problema es que ninguno de los visitantes la entendió. Todo lo que salió de sus labios, para ellos, fue un lenguaje extraño y elaborado.

Sin embargo, Seshat se encargó de traducir y agregar lo siguiente (ahora con visible temor):

—Se nos ha olvidado que tenemos que instalarles un par de traductores. Por favor, quédense donde están.

El lobo tenía su mirada fija en la misma persona que ahora desaparecía poco a poco, de vuelta a la cabaña más alta en la colina.

Pisis bajó las escaleras. Ysaak pudo notar que estaba temblando. Llegó a decirle algo a Hathor en el oído, que él, con su privilegiado sentido de la audición (todavía mayor al élfico), pudo escuchar, pero desde luego, no entender.

«Es mejor que vayas a hablar con él».

Hathor se dio media vuelta y los observó:

—Por favor, Neftis, condúcelos a la cabaña y dales algo de comer. Meinkherdt se puede quedar en la nave, lo he puesto en suspensión.

Neftis y Seshat se prestaron inmediatamente a la labor, pero Pisis se interpuso, sin conseguir arrancar de su rostro ese pavor diluido, mezclado con tristeza:

—Yo cocinaré, no se preocupen por nada. Síganme.

—¿Quién era ese? —preguntó Ysaak en voz baja, mirando a Seshat.

—Es Panék.

—¿El líder de los elfos?

—El shah supremo de Titán y el padrastro de Hathor...

• • •

La enorme puerta de roble se abrió sin ser golpeada antes. Los goznes gimieron en anuncio de su llegada.

Hathor cruzó el umbral, se dio media vuelta de forma compacta y cerró la puerta. Dio un giro y miró al elfo, sentado tras un largo escritorio, con los codos apoyados sobre la madera, estrechando sus propias manos, devolviéndole una mirada ardiente.

Sus cabellos, también dorados, pero más opacos que los de Hathor, caían suavemente por el grueso cuello de su capa, que se cerraba alrededor de sus anchos hombros. La barba le caía suavemente, amarrada por una elegante

cinta.

—Hola, Panék.

Súbitamente —cosa que lo puso de peor humor, por lo sucio que jugaba su propia conciencia a veces— recordó que no lo llamaba papá desde que era un niño. Y mientras el elfo se limitaba a seguir observándolo con esos ojos helados como témpanos, Hathor, que le sostenía la mirada, se sintió culpable de nunca haber deseado tanto que Meinkherdt estuviera ahí.

—¿Y bien? Preferiría que fueras tú el que empezara a hablar.

Panék, sin embargo, no habló.

—Vienen de un planeta llamado Yóvedi, que está en un sistema solar a unos tres millones de años luz de...

—¿Por qué los has traído aquí?

—Como representantes de su mundo, ellos...

—¿Sabes lo que eso significa? Has roto una de las reglas más sagradas de la Hermandad de Planetas —repuso, con voz grave— y, por si eso fuera poco, los has traído aquí, a Titán, y aun no conforme, a mi casa. No los voy a aceptar en esta luna.

—Su mundo está a punto de desaparecer.

El shah supremo contestó dando un golpe sobre la mesa.

—¡No me interesa! —bramó— ¡Llévalos a otro lado!

Hathor no replicó de inmediato. Observó a Panék con sorpresa.

—Necesito tu ayuda —dijo, lentamente—. Es la única forma de salvarlos.

—¿Es que acaso no escuchas lo que te estoy diciendo, estúpido? No quiero saber de ustedes.

—Debes escucharme.

—Esta conversación muere ahora. Váyanse de Titán.

—No...

—Acude al rey Vanadio de los ogros, o mejor aun, a la Hermandad de Planetas. Nosotros los elfos no tenemos nada que ver, ¡fuera de aquí!

—Panék, solo escúchame...

—Eres un irresponsable y un necio. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a manchar el buen nombre de los elfos, quienes somos en mayor parte los responsables de los reglamentos que rigen hoy el sistema solar?

—Es por una causa honorable.

—TU causa honorable, no la de todos. Ya eres grande, defiéndelos tú.

—No entiendes contra qué se enfrentan.

—Y tampoco quiero saberlo.

—Y yo no puedo defenderlos por mí mismo si es que te refieres a lo que pienso que te refieres, no ahora...

—Tampoco me interesa saber la razón por la que no podrías. Asume la responsabilidad de tus caprichos. Tú escogiste tu vida. Ahora ve y vívela.

—¡Esas personas no son piratas!

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡Lárgate ya, Hathor!

—¡NO!

Un violento ventarrón hizo correr las páginas de un antiguo libro abierto sobre la mesa. Los estantes llenos de tomos viejos temblaron y el ventanal que estaba tras Panék crujió.

Se hizo un silencio digno del centro de una tormenta... Lo único que se escuchaba era el gemido del cordón del candelabro, agitándose bruscamente.

Hathor colocó una mano sobre su pecho y empezó a respirar, agitado.

—Lo siento —se disculpó apresuradamente.

Panék lo miraba sin temor, escondiendo pensamientos inescrutables tras su mirada.

—No lo quise hacer —insistió.

—Lo entiendo. Ahora toma tu nave y vete.

Hathor se quedó de piedra, mirando al suelo, mientras Panék acercaba el libro y lo ponía frente a sí, moviendo sus páginas cuidadosamente.

Durante el siguiente minuto, en el que el apenas reunió fuerzas para levantar la mirada, notó que el shah hacía de cuenta que él no estaba. Extrajo la pluma del tarro de tinta y anotó algo sobre el libro. Una pequeña parte de sí se preguntó si escribía sobre él.

—Están siendo invadidos por una fuerza exterior...

Fue ignorado.

—No es como cuando los ogros vinieron a Titán; el atacante tiene una tecnología superior. Yóvedi tiene una civilización que apenas está explorando el espacio y...

Tragó saliva y tomó fuerzas para continuar. Parecía que le estuviera hablando a una pared.

—...y los ha amenazado con desintegrar su mundo. De hecho, ya ha aniquilado el 80% de la vida del planeta. Se trata de un lugar más reducido que Neptuno, y tú sabes que para cualquier civilización en el universo eso es un planeta grande, y aunque estaban lejos de padecer sobrepoblación, hoy día no quedan muchos de ellos, y los van a matar a todos.

Panék volvió a mojar la pluma en la tinta y continuó escribiendo,

indiferente.

—Quien los ataca no es una fuerza militar, no es una raza entera, o una civilización. Se trata de un solo invasor. Es... Lo tienes que escuchar del propio DIO. Es un ser pandimensional, que ha conseguido salirse de su plano y ahora anda aquí, crea su propia tecnología y es muy avanzado. Yo mismo no sabría cómo explicarte...

No obtenía la más mínima atención.

—Y por algún motivo extraño, los quiere eliminar y lo hará arbitrariamente. No es justo...

—El universo no es un lugar justo.

Hathor sintió algo de alivio.

—Tienes razón, no lo es.

Meditó un poco sus palabras y soltó:

—Pero nosotros sí lo somos.

—Nosotros tenemos reglas —contestó, meneando la cabeza, sin quitar la vista de su trabajo—. Has intervenido en una civilización primitiva y con ello, alteraste el curso de su historia, como si de rayar caprichosamente sobre un papel se tratara. Y en cuanto a la justicia, tu justicia es tu justicia y, por sobre todas las cosas, tu problema es tuyo, no nuestro.

—No es lo que pensaste cuando Marion fue asesinada por los ogros, y eso fue un accidente. ¿Qué hiciste tú en aquel entonces?

Casi al instante, se arrepintió de haber usado un argumento tan sucio. Panék dejó la pluma a un costado del libro y lo volvió a mirar.

—No lo voy a repetir una vez más: lárgate de aquí.

—Solo si escuchas al shah de los yovedianos. Entonces no volveré a molestarte nunca más. No me volverás a ver más ni aquí, ni en Titán, o en ninguna otra parte. Te doy mi palabra.

Panék no demostró interés alguno. Tomó la pluma, la volvió a mojar y empezó a escribir otra vez.

—Es una oportunidad única. Yóvedi es un planeta extremadamente rico, mucho más que todas las lunas de Saturno. Mira hasta dónde hemos llegado e imagínate lo que se podría alcanzar si tuviéramos la mitad de esos recursos. Si les hiciéramos un favor, ellos...

—Hemos llegado hasta donde hemos llegado porque tenemos reglas. Ese mundo puede ser el más rico de la galaxia si deseas vendérmelo como tal: pero está habitado y nosotros no tenemos derecho en él. Como negociador, eres un completo tarado, cosa que no me sorprende, tratándose de ti. ¿Podrías

marcharte ya?

—Entonces volvamos al principio: si escuchas al shah de los yovedianos, me marcharé para siempre y no volveré a molestarte nunca jamás. Ni yo ni mi hijo. Tienes mi garantía.

El elfo volvió a soltar la pluma, pero no para colocarla a un costado del libro, sino porque se le resbaló de los dedos.

—¿Qué has dicho?

—Mi hijo.

El rostro de Panék se convirtió en un amasijo de dolor.

—Nunca hubiera esperado que jugaras una carta tan sucia.

—Necesito tu ayuda.

—Así me informas de la existencia de la criatura, para conmoverme, e incluso amenazarme de una forma que piensas que es sutil, pero que en realidad es asquerosa y brutal. Cuánto has cambiado, Hathor.

—Tienes razón, he cambiado, y por ello, no dañaré nunca más nuestra imagen ni tu reputación. No sabrán que el hijastro pirata de Panék ha vuelto para corroer la buena imagen de los elfos. Especialmente yo, el «Antiguo». Pero podrás ver a mi hijo.

—Bastardo. ¿Quién lo carga?

—Neftis. Ella será su madre.

—Entonces debe quedarse.

—Hablemos de Yóvedi.

Panék se puso de pie, enérgicamente.

—¡Suficiente!

—Contestaré todas las preguntas que desees. Pero hablarás con Boltar, de los yovedianos.

El elfo salió detrás del escritorio con una rapidez espeluznante y se colocó frente a él.

Había muchas cosas que no lo ayudaban a olvidar que, alguna vez, Panék había sido lo más cercano que había tenido a una figura paterna. No podría olvidar nunca su rostro tostado por el sol ni tampoco sus ojos. Pero el detalle más importante era que, a pesar de haber crecido mucho, nunca sería más alto que él, y que todavía tenía que levantar la cabeza para verlo a los ojos.

—No puedes chantajearme —siseó.

—No quiero hacerlo. Pero si debo, te prometo por el alma de Amén que cumpliré esta amenaza: nunca en tu vida verás a tu nieto.

Ambos se observaron en silencio por largo rato, sin desviar la mirada del

otro.

—Te desprecio.

—Eso ya lo sabía —contestó Hathor.

EL NUEVO VIAJE DE HATHOR

Tuvo que pasar un tiempo antes de que los chips microscópicos inyectados en la palma de sus manos hicieran efecto.

La elfa les advirtió que comenzarían a funcionar en un par de horas y la propia Pisis se ofreció a hacerle un pequeño examen oral a Boltar antes de que fuera a la cabaña de su padre, Panék.

Ysaak se quedó con las ganas de preguntar si el aparato haría que ellos entendieran la lengua élfica y si les haría hablarla. No pasó mucho tiempo antes de que Neftis informara que el chip haría ambas cosas: el tigre hablaría la lengua élfica creyendo en todo momento que estaba hablando en su idioma natal. Una vez más, sintió una sensación sísmica en su estómago al reflexionar sobre semejantes logros tecnológicos, sin contar con que Seshat olvidó mencionarle que el chip también les permitiría entender y expresarse en otros lenguajes del sistema solar, incluyendo un esperanto antiguo que se usaba para la Hermandad de Planetas Unidos.

Los siguientes minutos se le hicieron al lobo los más largos de su vida, en ocasiones veía a Hathor por largo rato, esperando que los ojos del elfo se encontraran con los suyos, para preguntarle en silencio qué había pasado en la cabaña de Panék y por qué se mostraba afligido. El exceso de gente alrededor se lo impedía.

Cuando finalmente llegó el momento (gracias a que Tepemkau entendió perfectamente una pregunta que Ysaak le formulaba a Seshat), Pisis sostuvo una conversación muy sencilla con Boltar, y luego miró a Hathor, y le dio su visto bueno.

—Ya ha obrado. Ya puede ir a ver a papá.

Hathor asistió. Boltar se aproximó a él y ambos salieron por la puerta, bajo la intensa mirada de los demás.

No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran caminando colina arriba, por de un sendero blanco entre el pasto.

—¿Me está esperando?

—Así es —contestó Hathor, suavemente.

Boltar lo miró, sin detenerse.

—Hathor.

—¿Sí?

—Ya llegará el momento de hacerlo, pero quiero agradecerte con toda la fuerza de nuestras almas.

El elfo miró hacia abajo.

—Solo hazlo cuando...

Pero fue interrumpido:

—Lo digo por lo que has hecho hoy. Por esta audiencia. Sé lo que supone para ti.

Hathor no dijo nada por largo rato, hasta que giró la cabeza para mirar al lobo.

—Explícale todo desde el principio...

—Así lo haré.

Volvió a reinar el silencio. La cabaña estaba cada vez más cerca. Panék había encendido una luz dentro.

—¿Estarás con nosotros?

—No —contestó—. Yo tengo que marcharme.

—¿A dónde irás?

—Al hogar de Meinkherdt.

—Ten mucho cuidado.

No pudo evitar mirar a Boltar fugazmente y sentirse admirado por su extraordinaria sensibilidad y sexto sentido. Le estaba dando exactamente el mismo consejo que Degauss, pero sostenido solamente por sus presentimientos y su escaso conocimiento de Meinkherdt.

—Es curioso —prosiguió el lobo.

El sonido de sus pasos sobre el camino parecía el de dos sujetos que han viajado por mucho tiempo.

—¿Qué?

—Ver que dos personas tan distintas como Meinkherdt y tú se encuentran con la misma situación cuando llegan a su hogar.

Hathor no pudo evitar sonreír, con tristeza.

—Me temo que para él es mil veces peor.

—Lamento mucho escucharlo.

—No sé qué harán cuando sepan que estoy ahí, pero lo que más temo es la

reacción cuando vean su estado.

Observó largamente el símbolo élfico del shah tallado en la puerta y se vovió para encarar a Boltar.

—Haz un buen trabajo, ¿bien?

—Te lo garantizo. Hasta pronto, Hathor.

—Hasta pronto.

• • •

Seshat cargaba un par de bolsos a la Sobek-Set. Arrojó uno dentro de la bahía de carga y, cuando se disponía a soltar el segundo, Hathor la detuvo.

—Para.

—¿Qué sucede?

—Tú no vienes.

El elfo meneó la cabeza con sequedad, impidiéndole replicar.

—Yo llevaré la nave hasta Adrastea y Amaltea. Tú y los demás se quedarán aquí.

Seshat intentó no llorar y se apretó contra Hathor, abrazándolo.

—Cuídate mucho, ¿bien?

—Eso díselo a los hapalokianos, muñeca. Salúdame a Knaach si lo ves.

—Dioses, tiene que estar en el pueblo, se va a sentir ofendidísimo si sabe que estuviste aquí y no fuiste a saludarlo.

Hathor sonrió.

—Ya habrá tiempo para eso.

La abrazó por última vez.

La elfa se limpió los ojos y se alejó colina abajo, en dirección a Ysaak.

El tigre estaba sentado en el pasto, con los brazos alrededor de sus rodillas y el bolso de viaje a su lado. Al verla supo que no partirían de nuevo.

—¿Cuánto tardará su viaje?

—Muy poco —calculó Seshat—. Adrastea y Amaltea son lunas de Júpiter.

Se sentó a su lado y cruzó las piernas.

Ambos observaban las figuras lejanas de Hathor y Neftis con sus brazos en las cinturas del otro, frente a la Sobek-Set.

—¿Será peligroso?

—Mucho. Es como te dije allá, en Yóvedi... Meinkherdt es Meinkherdt, pero el resto de los hapalokianos son una cosa distinta. Nadie sabe mucho de ellos, pero las historias son horribles.

—¿Pero acaso no es injusto que los juzguen por una persona?

—Esto va mucho más atrás que Meinhardt Hallyfax —dijo Seshat, meneando la cabeza—. Los hapalokianos tienen mala fama por sí mismos. Hace un par de siglos hubo una raza entera que inició un éxodo hacia otra luna nada más que porque la suya estaba demasiado cerca de Amaltea y Adrastea. Eso te da una idea.

—Santo cielo.

Seshat bajó la cabeza, arrancó un poco de pasto y dejó que la brisa se lo llevara.

—Como te dije, salvo por Meinhardt y Meinkherdt, nadie ha sabido de los hapalokianos en mucho tiempo. No sé con qué pueda encontrarse Hathor cuando llegue.

El rostro del tigre indicaba que no le agradaba para nada la perspectiva.

Después levantó la cabeza y vio la cabaña más grande, del otro lado de la colina, la que tenía una chimenea que despedía una tenue columna de humo, ahí donde estaba el presidente (o su shah, porque cada vez pensaba más en él con ese término).

—¿Los elfos viven solo en Titán?

—La mayoría sí. Pero poseemos otras lunas.

—¿Como cuáles?

—La más reciente es Caronte, la luna de Plutón. Pasó a ser propiedad de la raza élfica una semana después del incidente Cadamaren. Nadie se opuso.

—¿Qué hay ahí?

Seshat meneó la cabeza.

—No nos dicen. Todos suponemos lo que puede haber, pero no sabemos exactamente qué hay. Eso solo lo saben algunos elfos, incluyendo Panék y Hathor, y también algunos ogros, aunque la mayoría de ellos ya están muertos.

Ysaak levantó la cabeza, observando los anillos de Saturno, más cercanos a Titán que cualquier otra cosa en el firmamento. Seshat lo notó y sonrió.

—Te llaman la atención, ¿verdad?

El chico asintió.

—En mi sistema solar no hay mundos que tengan aros.

—Son típicos de los planetas gaseosos. Están compuestos de muchas cosas. Lo interesante es que en cada estación del año la atmósfera de Titán hace que se vean de un color diferente. Ahora son transparentes, pero cambiarán en verano.

Se escuchó el sonido incesante de las turbinas de la Sobek-Set levantándose suavemente, abriéndose paso hacia el cielo. Neftis permanecía en medio del prado, con su cabello alborotado por la brisa.

Los chicos no le quitaron la vista de encima hasta que desapareció en el firmamento.

• • •

«Pumo...».

«Pumo...».

«Pumo, ¿me oyes?»

«Por favor, necesito que me escuches».

«Que alguna de tus máquinas me escuche».

«Si están ahí, ¡pásenle este mensaje, de inmediato!»

«¡Pronto! ¡Que ya van a conectar el campo dimensional de vuelta!»

«No me queda mucho tiempo».

«Pumo, tienes que hacer algo».

«Están conspirando contra ti».

«Yo estoy de tu parte, Pumo».

«Estoy de tu parte...»

«Te voy a decir lo que están diciendo...»

• • •

Hathor estudiaba un complejo mapa de datos que aparecía en un monitor holográfico. En la imagen del centro se observaba el rostro de Meinkherdt, durmiendo plácido sin su máscara, sobre una cama.

Levantó la mirada; frente a la nariz vidriosa de la Sobek-Set se veía al gran planeta Júpiter, agrandándose lentamente...

Que inhóspita era la nave sin su tripulación... Hathor lo sentía, y lo único que pudo romper ese poderoso sentimiento fueron las alarmas, que se dispararon. Las luces auxiliares alrededor de la enorme cabina se volvieron rojas y empezaron a titilar. A la vista estaba ya su destino: ambas lunas parecían burdas rocas gigantes. Frente a ellas, se deslizaban unas letras brillantes, creadas por el flujo del cristal: PELIGRO. ADRASTEY Y AMALTEA.

El hogar de los hapalokianos...

Hathor desechó las llamadas de advertencia del tráfico de naves espaciales que circundaban el aro más amplio de Júpiter. A la Sobek-Set llegó incluso una advertencia genérica que había venido automáticamente de parte de la Hermandad Federal de Planetas Unidos.

La nave cruzó el camino silenciosamente.

Como las lunas gemelas estaban muy cerca del planeta, en especial Amaltea, que era la tercera más próxima a la atmósfera jupiteriana, la silueta del coloso de gas no tardó en ocupar toda la panorámica. Podía ver la Gran Mancha Roja, girando como un ojo diabólico. Amaltea era un objeto frío y oscuro, que flotaba solitario como un punto allá, apenas perceptible por la mirada del elfo.

Justo en ese momento, ahí, a años luz del planeta que pretendía salvar, lejos también de su casa y virtualmente solo, reflexionó lo lejos que había llegado por todo esto y las consecuencias que habían desatado sus acciones.

Se acordó de la luna de Plutón, de la Parca Imperial y, sin mezclarlo en ningún momento con Meinkherdt (no lo había hecho jamás y no empezaría ahora), pensó también en sus enemigos jurados. Meinhardt Hallyfax, la primera persona con la que Hathor pudo probar qué tan poderoso era, en aquellos angustiosos minutos en los que había estado a punto de destruir el cerebro de Panék y al resto de la tripulación de la Anubis. Recordó a Osmehel Cadamaren, el artífice del conflicto. Y recordó aquello que jugaba mucho con sus sentimientos, sus amigos. Los ganados en aquellos días y los perdidos durante la hora final.

Recordó las largas horas que, de adolescente, pasó en su cama rememorando con detalle viejos recuerdos, mirando las estrellas, fraguando la idea de convertirse en un pirata del espacio. Recordó el miedo que solo puede sentir alguien que ha estado cerca de perder la vida, lo que hubiera sucedido si las cosas hubieran resultado diferentes, cómo habría terminado si la suerte y los buenos oficios de esas personas no lo hubieran acompañado. Y luego, cuando volvía a la realidad, de vuelta en su cama, recordó pensar para sí mismo, aliviado: «nunca más».

Nunca más volvería a suceder algo así de grande. Nunca más volvería a pasar nada tan terrible como lo de la luna de Plutón.

Hathor cerró los ojos. Dios, qué equivocado había estado...

Ahí, en el puesto de Seshat, cayó en cuenta de que estaba cruzando exactamente el mismo infierno, una vez más...

Otra vez un amigo caído, otra vez el qué pasará si nada sale bien, otra vez

la terrible pesadilla ante el futuro incierto y otra vez un enemigo tenebroso...

¿Qué importaba que los incidentes de aquellos días no pudieran ocurrir en el sistema solar actual por consenso, renovada paz y sentido común de sus razas? ¿Qué importaba si, aunque no existieran esos maravillosos tratados de paz, Hathor era un dios y al fin y al cabo podría neutralizar cualquier amenaza llegado el momento?

Importaba porque hasta los dioses pueden ser castigados por el universo.

La suya era una forma bonita de echarle la culpa a algo que no existe, pero a la hora de la verdad, ¿por qué estaba inmiscuido en los problemas de Yóvedi, después de todo? Porque él quería, por supuesto: por su propia voluntad, por su propia necedad, y nada más... Y el resultado era que de nada servía ser un dios... El cosmos le había preparado un enemigo a la medida. Uno que estaba acostumbrado a vencer en su propia historia, que jugaba del otro lado de la mesa en su propia versión de «luna de Plutón» y que en más de una oportunidad se había levantado como el ganador. Los pobres cabalarians sabían muy bien eso...

Sí, el universo podía ser un lugar inhóspito, hasta para un dios. Y el universo, también, podía ser un lugar infinitamente cruel, más de lo que Hathor, hasta el día que pisó Yóvedi, hubiera podido imaginar.

Cuando volvió a levantar la mirada para observar a Meinkherdt a través del monitor, Amaltea ya era un lugar enorme, un esteroide desfigurado y tosco con un horizonte no muy lejano que parecía indicarle de todas las maneras posibles que nadie era bienvenido, pero que tenía otros modos más radicales de demostrarlo si se atrevía a poner un pie ahí.

Un agujero con forma de triángulo se hallaba en medio de un abismo. Era lo único que se asemejaba a un puerto.

La Sobek-Set encendió entonces unos faros de luz radiante y se internó en la cueva.

Ante sus ojos se hallaba un túnel estrecho y demasiado largo, que la nave espacial, a pesar de todo, podía navegar razonablemente bien. Arriba se podía mirar las talladuras oxidadas de una especie de columna vertebral plomiza y larga, único vestigio de civilización alguna en las profundidades abisales de Amaltea.

Hathor observó su mando. No pasó mucho antes de que los controles le indicaran que ya había recorrido cincuenta kilómetros. Una imagen delineaba la silueta de la luna y en el centro un punto brillante y diminuto que representaba a la Sobek-Set indicaba que pronto se aproximaría a la mitad del

satélite.



Antes de que la computadora creara un mapa holográfico tomando datos e información de lo que veía con sus sensores ocultos, el elfo comprobó que la gruta acababa en una plataforma rocosa en lo alto de un precipicio, cuyo fondo se perdía en una ignominiosa negrura que los antiguos faros apostados a cada lado apenas podían llegar a mostrar en todo su esplendor sombrío.

Por si fuera poco la plataforma, que no era otra cosa que un muelle viejo creado como salida para el primitivo orificio rectangular que se hallaba abierto en la pared, no parecía construida para dar albergue a naves espaciales. La Sobek-Set tendría que quedarse flotando en el límite del balcón, encallada en el aire.

—Sobek-Set: modo de espera.

Una voz femenina y angulosa le contestó desde las paredes: «Modo de espera activado, shah».

Hathor se puso de pie. No tardó mucho en llegar hasta el camarote de Meinkherdt.

Sin perder tiempo, deslizó un brazo en su espalda y el otro debajo de sus rodillas, y lo llevó en brazos.

Por razones obvias, no podía abandonar la nave por el pabellón trasero, pero no hacía falta: se encontraba en el sistema solar, y dentro de lo que cabe (aun si más que nunca le sonase a hipocresía), estaba «en casa», no tenía que procurar ahorrar energía como cuando se aventuraban a recorrer los rincones de la galaxia.

—Sobek-Set: teletransportación a la superficie más cercana.

«Teletransportación activada en 1, 2...»

Hathor salió caminando de un portal azulado materializado en medio de la desolada plataforma. Miró a los lados: los faros de luz, que eran simples postes delgados que acababan en esferas lumínicas diminutas, apenas bastaban para ver a su alrededor.

El murmullo del precipicio (se escuchaba similar a la concha de un caracol) era perfectamente audible: era el aliento de Amaltea. El techo de piedra, que debía ser la bóveda de la luna, tampoco alcanzaba a verse desde ahí.

Hathor caminó despacio, dándose tiempo para escuchar sus propios pasos. La cabeza de Meinkherdt reposaba sobre su hombro izquierdo. Los tentáculos caían sobre su pecho y de vez en cuando se movían suavemente.

—Ya falta poco, te van a ayudar —susurró—. Lo quieran o no, te van a ayudar.

Antes de cruzar por el pasadizo en la pared, el elfo se dio media vuelta y observó a DIO rotando suavemente, aproximándose.

—Lárgate. Si algo me sucede, tú regresarás a Titán y te pondrás al servicio de Panék.

La esfera se quedó un rato, como observándolo, antes de describir un

camino lento y circular de vuelta a la nave.

DIO era algo de lo que nunca había podido deshacerse después de la muerte de Amén, salvo cuando llegó a su adolescencia y entonces algo hizo clic con la suficiente fuerza como para que la supercomputadora lo tomara en serio. Eso le hizo recordar que una de las preguntas más vehementes que se hacía sobre su padre, Amén, era cómo podía llegar a tolerar que estuviera detrás suyo todo el tiempo. Tal vez porque se trataba de la única compañía que había tenido durante muchos años.

Hathor atravesó el umbral de la caverna. La ventaja de la luz que entraba tímidamente desde afuera le iba a durar muy poco, quedaría bañado en la oscuridad y tendría que atravesar a ciegas un pasillo de incalculables dimensiones.

Miró por última vez el rostro de Meinkherdt antes de echarse a andar...

CONVERSACIÓN EN EL PASTO

Seshat miró ansiosa hacia la cabaña más grande de la colina. El cielo de Titán oscurecía lentamente, pero lo que marcaba el paso de la noche era el brillo de Saturno. Suponía que el tigre debía hallarse aun más nervioso que ella por saber cómo iría la reunión, pero él se hallaba demasiado maravillado con el entorno como para caminar en círculos dentro de su cabeza.

La chica, además, no sería quien se encargara de hacerle abandonar aquel sano recreo. Ysaak había perdido mucho peso, y lo había notado. Seguía teniendo su aspecto atlético, pero la reducción había hecho que sus músculos se hicieran más fibrosos y su rostro luciera demacrado. Mientras tanto, él trataba de no mostrar ningún cambio en su estado anímico, pero Seshat se había convertido en la mejor persona para leer al chico entre líneas.

Quizá solo somatizaba el cambio, la vuelta de tuerca que había dado su vida desde el «día cero». Acostada cuan larga era sobre el pasto, giró la cabeza para mirarlo, sentado, observando al cielo. Hizo la pregunta acertada:

—¿Estás viendo las constelaciones?

—¿Ustedes ven las constelaciones? —preguntó con avidez—. ¿Buscan figuras en las estrellas?

Seshat no se sorprendió.

—Sí. Supongo que es raro no ver las mismas que aparecen en tu firmamento, ¿verdad?

Asintió suavemente, como si estuviera en un sueño.

—Sí...

Los dos se quedaron un rato en silencio, mirando hacia arriba.

—¿Cómo es Saturno por dentro? ¿Qué hay?

La elfa lo pensó un rato:

—Nubes, amoníaco y elementos químicos que seguramente conocen allá en Yóvedi. Desde aquí se ve muy tranquilo, pero por dentro es un mundo violento.

—¿Alguna vez han entrado?

—Seguro. Yo fui en un viaje de estudios.

Ysaak la miró con asombro.

—¿Es todo de gas?

—No, muy en el fondo hay un núcleo. Pero es demasiado pequeño como para considerárselo planeta. ¿Sabes por qué las nubes de Saturno son así de alargadas y limpias?

—¿Por qué?

—Porque rota muy rápidamente. Un día allá son diez horas, ¿lo puedes creer, tan grande que es?

El chico observó nuevamente al coloso.

—Un día en Yóvedi son veintiséis horas —comparó—. Dado que Saturno es mucho más grande, sí, es sorprendente.

—¿Sabías que si Yóvedi estuviera aquí en el sistema solar, sería por mucho el planeta sólido más grande?

—¿De veras?

La elfa asintió, sonriendo.

—Es apenas más pequeño que Neptuno. Eso equivale doce o catorce veces el tamaño de Venus, nuestro planeta sólido de mayor tamaño. Hubo otro solo un poco más grande alguna vez y descubrieron que estuvo habitado, pero explotó hace cientos de miles de años. Se calcula que todavía mucho antes de que aparecieran los antiguos.

—¿Qué le pasó?

—Quién sabe, creo que se les fue la mano con algo...

—¿Y cómo es Neptuno?

—Azul y enorme. En cierto punto es parecido a Yóvedi, solo que Yóvedi tiene más nubes y es más brillante. Neptuno es demasiado violento por dentro. Un lugar mucho más difícil que Saturno. ¿Sabías que tienen vientos que van a más de mil kilómetros por hora? Terrible...

El tigre sonrió.

—¿No hacen viajes de estudio ahí?

—Todavía no, pero seguro que la generación que viene los hará.

Ysaak se recostó a su lado. En ese momento se le ocurrió una nueva pregunta.

—¿Qué otro planeta hay?

—Está Mercurio, Marte, Júpiter, que es el más grande de todo el sistema solar, Neptuno como bien te he dicho y Urano... pero créeme: a ese último

nadie entrará jamás.

—¿Por lo de los fuegos fatuos?

—Exacto —contestó, contenta de ver que lo recordaba—. Por otro lado, se llegó a una resolución de no interrumpir nunca la reclusión de esos seres. Han sido aislados del resto del sistema solar, aun cuando en su geografía lunar haya varios satélites que pertenecen al Triunvirato de Porcia.

—Creo que eras modesta cuando me escuchabas hablar de mi mundo, en especial con eso de nuestras razas y especies. Ahora veo que lo nuestro no es nada en comparación...

Seshat rio.

—Tampoco es así... Ustedes tienen una variedad hermosa. Pero aquí quizá seamos más distintos unos de otros de lo que son allá. Cuando veas a un porciano, se te van a caer los órganos al piso.

Ysaak se limitó a observarla.

—Digamos que tienen un detalle en la cabeza que es algo... inusual —dijo, con un guiño.

—¿La forma es rara?

—No, no es la forma, es donde la tienen...

Escucharon el trinar de las aves.

—Ysaak, en Yóvedi también hay pájaros, ¿verdad?

—Sí...

—Es increíble, ¿no es así?

—Y son parecidos a los que tú llamas gorrones —repuso.

—Cuando vivía aquí en Titán, con mi padre, solía ir al parque...

Hubo una pausa. Él la observó con atención.

—Me llevaba sin falta todas las mañanas durante las vacaciones —continuó, lentamente—. Un día, encontré un gorrión con las alas rotas, y lo llevé conmigo, a casa.

—¿Para curarlo?

—Era muy niña y muy tonta. Yo pensé que lo podía sanar y mi papá no tuvo el valor para impedírmelo. Durante tres días, le di al animalito lo mejor de mí. Vendé sus alas, le di comida, y lo cuidé tanto... Creo que cada vez que recuerdo esa historia, siento que sé por qué muchas cosas en mi vida cambiaron.

—Creo que puedo entenderte, Seshat.

Los dos se quedaron en silencio, por un pequeño rato.

—¿Y qué pasó?

—¿Hm?

—¿Qué pasó con el gorrión?

—Papá trabaja en una de las torres más altas de Titán. Algo parecido al lugar donde vivías tú. Una mañana busqué la jaula y lo vi alegre, saltando y bebiendo agua, y pensé que ya era el tiempo de dejarlo ir. De darle su libertad.

Seshat tragó saliva.

—Pero estaba equivocada —repuso—. Él no podría volar nunca más. Había zafado de la muerte, pero a cambio viviría faltándole lo más importante. Pero yo... no lo sabía, creía que podía volver a hacerlo, creí que podía volver a volar. Así que abrí la ventana y lo arrojé.

La chica se limpió los ojos, con el reverso del brazo.

—Cayó al vacío.

Suspiró, intentando contenerse, y giró la cabeza para ver a Ysaak. El tigre la miraba ansiosamente, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué sucede?

—Nada.

Miró a otro lado de la forma más sutil que pudo, pero no pasó mucho tiempo antes de que perdiera el control y dejara escapar una risa aplastada. La elfa fruncía el ceño cada vez más.

—Eres un bárbaro, un cara de culo y un maleducado.

La contestación fue una risa a mandíbula batiente.

—¡Lo... lo siento! Pero es que... ¡rayos! ¿Lo tiraste por la ventana?

—¡Sí!

Empezó a reír a carcajadas.

—¡Me voy a sentar encima de ti!

—No... No lo hagas.

Seshat se puso en cuclillas, viéndolo con el rostro cada vez más rojo. El tigre se sentó.

—¿Por qué no me llevas a conocer la playa?

Lejos de replicar, la elfa lo miraba con cara de pocos amigos.

—Vamos, en verdad quisiera conocerla, ya que no me pueden ver en el pueblo, sería lindo al menos estar ahí. Por favor, di que sí.

Sus ojos se entrecerraron, haciéndose más afilados.

Ysaak acarició su frente, peinando el delgado mechón dorado que le caía sobre la nariz.

—¿Sí?

—Está bien, pero no te dirigiré la palabra en una hora.

El chico levantó el pulgar y asintió.

Seshat se puso de pie con un salto, sacudió sus piernas, y luego le ofreció una mano, con dignidad. Ysaak la tomó, sin saber que a medio camino le darían un puñetazo entre las costillas.

Dejó escapar un gemido ronco, mirándola sorprendido.

—Que sea la última vez que te burlas de la memoria de Gerbil.

EL CÓNCLAVE DE AMALTEA

Hathor estuvo caminando por más tiempo del que había tomado en cuenta. Hacía mucho que había dejado de sentir la brisa fría que todavía se aventuraba a deslizarse desde afuera. La entrada, que de vez en cuando miraba dándose media vuelta (y que tomaba como punto de referencia temiendo que, con suficiente tiempo en la negrura, pudiera llegar a confundir conceptos tan simples como atrás y adelante), se veía como una gota de luz antes de desaparecer.

Pero sentía el corazón de Meinkherdt sobre su brazo izquierdo. Podía percibir su débil galope. Y cada vez que volvía de sus ideas y suposiciones y caía en cuenta de ello, su desánimo y preocupaciones se extinguían, y andaba con más rapidez. Hathor conseguiría a quienquiera que pudiera ayudarlo a resolver su estado, así tuviera que caminar por días, y una luna de ciento setenta kilómetros con caminos ensortijados en su interior estaba preparada para ofrecerle tal reto.

Su voluntad se vio satisfecha en una medida tan pequeña que resultaba incluso cruel: percibió una luz distante, que lo hizo sostener a su amigo más cerca suyo y correr. Al final, tal hallazgo terminó siendo la entrada a una recámara perfectamente cuadrada, con dos flameros colocados a la entrada de una nueva caverna.

Había bajorelieves sobre las paredes, pero estaban demasiado viejos y desgastados para que alguien dilucidara qué había tras la morbosa erosión que los carcomía.

Prestando la suficiente atención, podía escuchar cómo el polvo de las rocas resbalaba desde los abisales muros de aquella antipática luna, produciendo un ruido igual a un rechinar de dientes. Hathor sentía movimientos lejanos, quizá ecos persistentes de seísmos.

Más temprano de lo que imaginaba —y temía, porque empezó a suponer que el juego de largos pasillos y recámaras abandonadas se repetiría—,

achinó los ojos para ver una luz rojiza que apareció como una estrella.

No pudo evitar acelerar el paso, a la vez que su corazón latía más de prisa. Se preguntó si de alguna manera Meinkherdt podría sentirlo.

—Ahí vamos, amigo. Ahí vamos —susurró agitadamente—. Tranqui, Meinkherdt, ahí vamos...

La luz pronto se convirtió en un arco alto que conducía a un lugar mucho más amplio que el anterior, con un escenario en el centro.

Dentro, las piedras eran rojas, tal como la arena tras ellas.

Era una especie de sala completamente vacía, con cantidad de bancos alargados haciendo aros expansivos en una torre que se levantaba hasta muy arriba. En las paredes, había ventanales tras los cuales pasaban luces mantecosas de color verde.

En el centro se hallaba una mesa enorme y redonda, de bordes suaves, sin jeroglíficos ni motivos que perturbaran su liso rostro. Hathor se quedó ahí, de pie, viendo a los lados.

Observó un pasadizo más allá; una abertura entre los bancos que conducía a un nuevo túnel.

Gracias a ello descubrió que, en otros tres puntos del círculo había otros caminos, todos precedidos por un túnel que se perdía en la oscuridad.

Se dio vuelta sobre sí mismo, aferrando a Meinkherdt. Desde ahí, y con una gota de sudor corriendo por su sien, al elfo le costó saber por cuál habían entrado.

Rotó, viendo todos los caminos. Sí, sabía por dónde, pero era fácil perderse, y más ahora, que se sentía cada vez más enojado.

Fue así como uno de sus peores enemigos comenzó a obrar: «Te vas a perder... y no solo eso sino que además has venido aquí en vano. ¿Qué, no ves que no hay nadie? ¿Que todo era un engaño? Los hapalokianos ya no existen».

Meneó la cabeza, tratando de deshacerse de una idea tan estúpida.

«¿Se habrán mudado a Adrastea y dejaron este lugar abandonado? ¿Acaso era eso lo que estaba pasando?»

Escuchó un derrumbe rocoso y solitario que ocurría a decenas de millas, lo que ayudaba a confirmar sus peores temores.

—¡Por Dios! —suplicó—. ¡Que alguien aparezca!

• • •

Neftis se hallaba sentada. Pisis recogía los platos y los llevaba al fregadero. El agua caliente caía a la batea donde los cubiertos estaban amontonados, y el mecanismo robótico obraba su trabajo en medio de una pequeña nube de vapor. Pensó que así era como quería su hogar; una hermosa anacronía entre lo moderno y lo antiguo, y por supuesto, la clásica arquitectura élfica: las cabañas, las casas de madera de las colinas, las ciudadelas de los bosques, con sus amplias ventanas y miradores, preparadas para el frío en invierno y bellas como nunca en primavera.

Veía con ensoñación a Pisis, quien activaba el robot que barría el piso. Se fijó en su delantal de cocina y en sus tersas manos obrando con agilidad, acostumbradas a las labores caseras. Ella contemplaba en Seshat la determinación que, a veces, querría para sí misma, pero en Pisis se veía retratada en su nuevo sueño: ser madre.

Sí, sería madre.

Daría a luz, saldría de ella. Su fruto, lo más suyo que una mujer puede tener y cuyo nexo inmortal le es vedado al otro. Neftis, mamá. Todavía se sentía sobrecogida por el cambio tan repentino entre la oscuridad de los últimos días y la nueva luz. Y no importaba cuánto hubiera sufrido ni llorado: el viaje lo valió, valió cada segundo que pasó en la Sobek-Set.

Pisis giró para verle la cara, obviamente le había dicho algo, y Neftis no la había escuchado. La elfa se disculpó.

—¿Quieres otra taza? —preguntó, mirándola extrañada, con una semisonrisa.

—No, muchas gracias.

—Me estás hablando como si fuera la primera vez que vienes y te sientas en mi mesa. Somos amigas. ¿O acaso para ti el tiempo que no nos vimos ha cambiado las cosas?

Se apresuró a sacudir la cabeza.

—Tú sabes que te quiero mucho —contestó—. Es solo que me siento extraña de estar al fin en casa.

—Neftis, ¿pasa algo? ¿Hay algo que me quieras decir?

No pudo evitar tragar saliva y bajar sus largas orejas.

Abrió la boca para contestar, pero la cerró poco después: mentir no sería bueno, y Pisis se podría ofender.

Además, Panék ya sabía la noticia, Hathor le había contado antes de partir, y no era bueno que se enterara por otra persona que no fuera su amiga. Al final la discreción no era por mantener las cosas en secreto, sino porque quizá

ella misma era la menos preparada.

—Pisis, vas a ser tía...

• • •

Hathor lo percibió rápido, incluso antes de sentir un taladro psíquico en la espalda. De momento, era inofensivo, pero si su espina dorsal hubiera tenido la capacidad de hablar, estaría gritando. Su corazón bombeaba con mayor rapidez. Era la reacción inconfundible de cuando a uno lo mira un hapalokiano...

Se dio media vuelta; una silueta lo observaba desde la oscuridad. Lo único visible era la siniestra forma de la cabeza y las sombras de los tentáculos, pero lo que en verdad destacaba eran sus ojos, aquellas pupilas estrelladas, infinitas, que brillaban como dos grandes luciérnagas.

Por la estatura, supuso que se trataba de un hapalokiano joven, de pie en uno de los estrados. Había aparecido tras una de las puertas contiguas.

Estuvo a punto de abrir la boca y hablarle, pero la repentina aparición de muchos ojos que se materializaban en la oscuridad y lo veían desde arriba, como jueces, lo dejó petrificado.

Llegó un punto en que no había un solo espacio vacío entre hapalokiano y hapalokiano. Los contemplaba girando sobre sí.

Entrecerró sus ojos y bajó la cabeza para mirar a su amigo.

Dios, qué diferencia entre todos ellos y él...

Los párpados de Meinkherdt estaban cerrados y tenían aspecto entristecido, semejante a alguien que ha estado demasiado tiempo enfermo.

El elfo se dio cuenta de que los pensamientos se fundían en su alma y se transformaban en algo más. Nunca en su vida había sentido ondas psíquicas tan profundas ni materiales. Era como volver al lugar donde uno había estado antes del vientre de la madre. Un túnel en la nada, una sensación espiritual y ligada a Meinkherdt, pero a la vez confusa. ¿Era el efecto que provocaban los hapalokianos? ¿O era solo él mismo, proyectándose cada vez más hacia ellos?

Levantó el rostro, sujetando a su amigo con renovadas fuerzas, y expandió el anillo de su mente hasta un límite peligroso, mandando un mensaje fuerte y claro:

«Soy Hathor, el elfo, y aquí traigo a mi amigo, Meinkherdt Hallyfax. Está en grave estado, y si hay algo que puedan hacer por él, lo van a hacer, aquí y

ahora».

Las sombras alrededor de la sala se hicieron más grandes y siniestras, como si se pudieran precipitar hacia él. Se sentía como una mano enorme y negra cerrándose en torno a su humanidad, una infinita materia oscura intentando aprisionar su cerebro...

Entonces, cuando ya parecía inminente, todo se calmó. Las ondas desaparecieron, la supernova psíquica se esfumó, y la calma volvió a su mente. Hathor lo sintió como una caricia.

A varios metros frente a él, apareció caminando desde la oscuridad una figura enorme, con una diferencia mucho más alta que la de él. Era el primer hapalokiano que podía ver con absoluta claridad. Sus tentáculos eran más numerosos que los de Meinkherdt y su cabeza, más ancha. Los hombros estaban cubiertos por un traje hapalokiano, que lo distinguía del resto por tener puntas más afiladas y cordones que mantenían en su lugar una capa enorme y amplia que se deslizaba tras él, lamiendo el piso.

El elfo lo miró fijamente, pero en cambio la criatura solo mostraba interés por Meinkherdt. No tardó en reanudar su paso, hasta que estuvieron frente a frente.

Cuando Hathor contempló sus ojos, su agresividad se esfumó; aquel era el dolor y la tristeza más profundos que jamás había visto en su vida.

El hapalokiano extendió los brazos lentamente, en su dirección, pidiendo que le diera el cuerpo.

Era el padre de Meinkherdt.

El suelo se le movió. Se le hizo más humano que cualquier elfo, y más descarnado también. Ya no importaba quiénes eran los antiguos, de dónde venían ni lo que él como su sucesor era capaz de hacer, ahora se sentía indefenso y avergonzado.

Entregó a Meinkherdt suavemente y sus ojos se empezaron a humedecer.

El hapalokiano lo cargó y lo sostuvo junto a sí de una forma que jamás había visto en nadie.

Había estado tan seguro, pero es que tanto, maldita sea, de que su amigo había sido un pionero, una persona destinada a la posteridad, insuperable en casi todo y mejor que muchos en el resto, pero condenado entre los suyos por haber salido de Amaltea. El elfo había engendrado un odio hacia aquel pueblo no por las mismas razones que el resto del sistema solar, sino por aquella razón. Pero resultaba que ahora estaba ahí, parado, temblando, sin excusas, devolviéndoselo muerto en vida a un padre que ya había perdido a

otro hijo, y en ambos casos, él había tenido algo que ver...

No pudo hacer otra cosa más que bajar la cabeza mientras las lágrimas corrían por su cara. El hapalokiano aferraba el cuerpo de su hijo viéndolo con atención, inspeccionándolo, sopesando su colapso, su invalidez, contemplando la sombra de lo que alguna vez había sido una criatura radiante.

Y escuchó su voz, en lo más profundo de su mente:

«¿Qué pasó?»

«La Sobek-Set estaba en un lugar lejano, Meinkherdt intentó atacar a un enemigo pero su poder no surtió efecto, la criatura contestó el ataque y lo dejó así. Ha sido mi culpa, completamente mi culpa...»

«¿Fue un ataque psíquico?»

Las lágrimas del elfo se hicieron más copiosas.

«No. Usó tecnología. Es un enemigo que viene de un plano ajeno, y del que no sabemos mucho.»

Ninguno de los que seguían observándolos desde arriba lo acosaría con preguntas estúpidas. No le iban a pedir detalles, no les ganaría la curiosidad. No eran como el resto de las criaturas.

«Por favor, perdóneme.»

Fue observado nuevamente por los grandes y atribulados ojos del patriarca, antes de que su mirada volviera a la cara de su hijo.

Otro hapalokiano cruzó el umbral, presto a reunirse con ellos. Hathor reconoció, aún con los ojos húmedos, que su rostro tenía facciones femeninas, y los ojos eran más violáceos, más rasgados.

Al llegar y verlos juntos, lo comprendió: era la matriarca.

La madre miró a Hathor con atención, sus ojos eran grandes y lo cuestionaban, lo cuestionaban por todo. Al fin y al cabo, él era quien traía lo que quedaba de su hijo. Sus tentáculos delgados se agitaban nerviosos, mirando a Meinkherdt, interrogando con la vista a su esposo, quien no podía desviar su atención de la cara de su hijo, con pena.

Hathor podía escucharla, podía oírla expresar «¿Por qué ha pasado esto?», «¿Quién es esta criatura?»

Pero él no le podía responder, tenía miedo de hacerlo, como lo tendría él mismo de estar en su lugar; era nada menos que Hathor, uno de los enemigos jurados de Meinhardt...

Apenas pudo resistir que la hapalokiana lo mirase de nuevo. Se secó las lágrimas con el brazo.

«¿Pueden hacer algo por él? ¿Pueden devolverlo? Por lo que más quieran...»

«No lo consigo. No consigo su mente. Es como si se estuviera yendo lentamente, mi hijo...»

Y dicho esto, se dio media vuelta y se lo llevó.

Antes de que desapareciera por el umbral, Hathor miró por última vez un costado del rostro de Meinkherdt, descansando sobre el hombro de su padre y se despidió para siempre de él.

LA PLAYA

Pisis se secaba las lágrimas después de su abrazo efusivo con Neftis. La elfa se sintió sorprendida por su fuerza, pero le había gustado, la hacía sentirse bien, y lo que era más, la hacía sentir que le importaba.

No compartían sangre con Hathor, pero eran sus hermanos. En la familia se hallaba presente algo más importante que aquellos lazos: se amaban de verdad.

Pisis sacó medio cuerpo por la ventana y le gritó a Tepemkau, que se aproximó trotando, asustado.

Poco le faltó al elfo para arrancar la puerta de los goznes.

—¡Hathor y Neftis van a ser padres! —gritó.

Tepemkau se quedó helado, y como un muerto viviente se dio vuelta lentamente, viendo a Neftis.

No tardó en levantarla del suelo y girar con ella. Neftis estuvo a punto de creer que su palidez se debía a que, con su fruto, crearían una nueva descendencia de los antiguos. Pero a Tepemkau aquello no se le cruzó por la cabeza, no aún. Toda la atención estaba dirigida hacia ella y la nueva criatura.

Pisis chascó los dedos y las hornallas de la cocina se encendieron, estaba dispuesta a preparar algo para la ocasión, esa noticia no podía llegar e irse así «na'más».

—¡Que alguien vaya a buscar a Knaach, de inmediato!

Tepemkau no pensaba ir él solo hasta el pueblo. Ya tenía en mente advertirle a Seshat que no se le ocurriera arruinarle el placer de darle él mismo la noticia, a pesar de que la había elegido como la agente designada para ir a buscarlo.

El elfo abrió la puerta de golpe y escrutó el horizonte, pero ni ella ni el tigre estaban a la vista...

• • •

—Esta es la playa.

—Es muy, pero muy parecida a las de Yóvedi —exclamó Ysaak, con sorpresa.

El agua, que parecía cristal fundido, brillaba bajo la tenue luz de las lunas. De no ser por los diminutos destellos, alguien con una visión que no fuera tan aguzada como la de ellos habría creído que se podía tocar la arena pálida que reposaba al fondo sin mojarse la mano.

Un cangrejito ermitaño cavó un hueco y se ocultó, delante de ellos.

—La única diferencia es que los animales allá son más grandes.

—Ahm...

—No te lo tomes como una competencia, lo digo como una ventaja a favor de ustedes. Hay cosas que no son muy agradables de ver cuando te estás bañando.

Seshat se acomodó el cabello, la brisa acariciaba su rostro.

—Una pregunta, ¿en Yóvedi hay ballenas? No sé cómo lo interprete el traductor universal...

—Lo tradujo bien, o al menos, eso asumo: hay ballenas.

—¿De verdad?

—Sí. Aquí en Titán también, ¿no es así?

—Las hay. Algunas pueden crecer hasta los veinte, incluso, treinta metros...

—Nena, en Yóvedi hay ballenas de quinientos metros.

La chica se quedó plantada ahí donde estaba, con cara de no estar dispuesta a que abusaran de su ingenuidad.

—¿Palabra?

—Palabra. Son verdaderos monstruos marinos, pero la realidad es que son inofensivos, o al menos, lo son si no cometes el error de acercarte y ser aplastado por accidente. Comen plancton, algas, kril y camarones. Son...

Ambos dijeron al mismo tiempo: «herbívoras».

—Exacto —corroboró Ysaak.

—Las de aquí siguen el mismo patrón, aunque hay algunas a las que les gusta comer carne.

—Pero son más pequeñas ¿verdad?

—Exacto. Lo malo es que hay muy pocas...

—¿Las cazan?

—¡Por Dios, no! —exclamó, casi ofendida— ¿Allá en Yóvedi cazan ballenas?

—No desde hace trescientos años.

La chica asintió, como si aquel lapso de tiempo le pareciera satisfactorio.

Ambos observaron el horizonte marino, como si esperaran ver una ballena.

—Lo malo —prosiguió Seshat, en voz más baja— es que hay pocas, porque su período reproductivo es algo lento...



—¿Y qué tiene? Nosotros los yovedianos tenemos que cumplir con un ritual de veintiocho meses antes de aparearnos.

La elfa giró la cabeza, con los ojos agrandados.

—¿Veintiocho meses? ¿En serio?

—Es broma...

Se quedó callada, ligeramente sonrojada. Ysaak sonrió suavemente y volvió a mirar al mar.

—Eres un tonto.

—Me lo han dicho antes.

Hubo silencio mientras el colosal Saturno desaparecía por el mar, en un cielo salpicado de estrellas.

La chica estuvo a punto de agregar algo, pero se contuvo al mirar el rostro del tigre; su sonrisa había desaparecido por completo.

Nunca se había atrevido a hacerlo, pero sentía que podía tomarse una libertad en este punto.

—¿En qué piensas?

—En mi otosa, Cha'chat. También pensaba en la conversación de antes. Su voz había perdido todo atisbo de ánimo.

—Pienso también en eso de las ballenas. No creo que queden más en Yóvedi. Me he dado cuenta de que...

Hubo una pausa, la elfa se limitaba a mirarlo en silencio, viendo cómo el chico giraba los ojos y buscaba las palabras adecuadas.

—...que te he estado hablando de lo que fue y no de lo que es. Ahora es un planeta desolado.

—No es cierto. Aún hay mucho que perder. Simplemente no se acaba hasta que se acaba. ¿Entiendes? Quedas tú y mucha gente importantísima.

—¡Ustedes dos!

Ambos giraron la cabeza hacia donde no había más arena y el pasto nacía, y vieron la silueta oscura de Pisis. Su falda se movía por la brisa.

—¡Vengan!

Seshat hizo bocina con las manos y gritó:

—¿Qué sucede?

—¡Es el shah del otro planeta! ¡Ha salido de la reunión con pa', y quiere hablar con Ysaak! ¡Vengan ya!

• • •

Panék estudiaba en silencio un mapa espacial holográfico. Una vela muy grande se hallaba colocada a un costado, iluminando el libro que, de momento, había dejado a un lado. El lobo vio tras el cristal al tigre y a la

chica que se acercaban por el caminito blanco.

Ysaak revivía ansiosamente una sensación que creía muerta: el miedo.

Del shah de los elfos dependía la posible supervivencia de su especie, y sea lo que fuere que Boltar y él hubieran hablado, lo sabría ahora. No esperaba que fuera tan pronto. El chico comprendió que se estaba refugiando en la seguridad del tiempo y sintió vergüenza por ello.

Cuando abrió la puerta y lo vio ahí sentado, informal, con su camisa a cuadros y las piernas cruzadas, siempre altivo y fuerte, sintió algo que (supo de inmediato) le debía desde hacía tiempo: respeto.

—Ysaak —dijo—, siéntate. Seshat, puedes quedarte si eso deseas.

La chica observó a Panék, pero como no levantó la mirada, recurrió a la aprobación de Ysaak, que asintió suavemente.

El chico no se molestó en acercar las sillas que estaban colocadas contra la pared. Simplemente se sentaron, sin decir nada.

Todo eso le recordaba muchísimo a Cha'chat, al último día que lo había visto, esa maldita mañana cuando había llegado a casa intentando deslizarse a su cuarto sin que él lo notara, rumbo al refugio de su cama, sin saber que poco después, en la calle, estaría destinado a ver a su otosa por última vez, así como al resto de sus amigos. Día en que había conocido también a «aquel» que no comprendía, pero que habría de odiar en silencio con toda la fuerza de su alma.

Sí, el primer día del resto de su vida y la razón de su viaje, de por qué ahora estaba ahí, tratando de leer el inescrutable rostro de su shah, que bullía con una extraña expresión de tristeza.

Ysaak se lo quedó viendo fijamente, sin temor a que este lo notara. Boltar no se había derrumbado, pero sí había estado sufriendo mucho, como si aquella conversación con Panék hubiera conseguido por fin que sus emociones se desbordaran, emociones a las que ya no tenía sentido cerrarles las puertas.

—He llegado a un acuerdo con el Shah. Vamos a abandonar Yóvedi.

El rostro de Ysaak se transformó en una expresión de fría sorpresa.

—Los elfos nos ayudarán a evacuar al resto del planeta. Buscaremos otro lugar donde vivir.

EL ÉXODO

Ysaak comprendió entonces la tristeza de Boltar. Esa emoción que no lograba leer, esa sensación tan profunda de creer que había dejado «las puertas abiertas» a sus emociones, no era otra cosa que el tan esperado escape después de la retención. Esa sensación donde todo, por fin, se ha acabado, de que podía volver a respirar otra vez. Pero perdería su planeta. Su mundo. Los yovedianos nunca más estarían en su hogar.

Panék seguía viendo el mapa espacial fríamente, sosteniendo un aparato parecido a un compás.

Ysaak no supo qué decir, pero tampoco se sintió presionado a decir algo. Simplemente bajó la cabeza y sintió lo mismo...

Un alivio enorme, mezclado con tristeza.

—Esperaremos a que llegue Hathor —anunció el shah de pronto.

Todos lo observaron antes de que agregara:

—Hay algunas cosas que quisiera consultar con DIO.

Boltar asintió.

—Como usted lo considere conveniente, shah.

—No es que no confíe en su palabra —repuso lentamente, sin mirarlo— es solo que necesito saber más. Hay cosas que no encajan en la historia que me ha contado y, antes de dar un paso, quiero estar al tanto de los hechos.

—Es justo.

Boltar volvió a mirar a Ysaak y este bajó la cabeza, sintiéndose desconcertado.

El chico tardaría en entender que lo hacía anticipando en él la reacción del resto del pueblo. Seshat, a su modo, también lo contemplaba con atención.

Serían exiliados a la fuerza por el invasor y empezarían otra vez, en un lugar lejano.

—¿Ya tienen idea de qué sitio será? Quisiera que Neftis me lo mostrara en el mapa —dijo Seshat.

—Sí —contestó Boltar—. El shah Panék tiene conocimiento de un mundo que se parece mucho. La información está en el observatorio del pueblo. Ahora mismo busca también otras posibilidades. No es una tarea fácil.

Seshat miró a Panék, quien parecía ajeno a conversaciones inútiles, detallando el complejo revoltijo holográfico de estrellas que flotaban sobre su mesa. Ni siquiera su barba parecía moverse con los diminutos movimientos de su mentón.

—No es una tarea sencilla —susurró al oído de Ysaak—. Que el planeta no esté habitado por una raza dominante, tenga las mismas características que el de ustedes y que esté a la misma distancia de su sol ya es una probabilidad excepcional. Pero lo verdaderamente difícil es que también tenga una luna. Eso influye en muchas cosas.

Seshat no contaba con que Boltar también tuviera un oído desarrollado. El lobo asintió.

—Así es. El shah ha tenido la amabilidad de educarme un poco más sobre el tema.

—Este planeta que tienen en mente, ¿de qué tamaño es? —preguntó Ysaak.

No imaginó que sería Panék quien contestara la pregunta:

—Del tamaño de Venus.

—Es más grande que Titán, con diferencia —le informó Seshat—, pero considerablemente más pequeño que Yóvedi.

Boltar miró en dirección a la ventana.

—Muchas cosas van a tener que cambiar. Pero estamos agradecidos con el shah. Un planeta más pequeño convendrá en nuestra situación actual. Solo iremos los que quedamos con vida. Si vamos a repoblar, necesitamos distancias cortas.

—Quizá les podamos dar una mano con nuestra tecnología.

Tan pronto Seshat acabó de decir aquellas palabras, Panék la miró venenosamente. La elfa se quedó callada, dándose cuenta de su error, viéndolo con temor.

—Con Hathor al mando puede ser perfectamente posible. Ya han roto una regla sagrada. ¿Qué te importa a ti seguir siendo una delincuente, como él?

La elfa bajó la cabeza con respeto. Sintió que Ysaak se revolvía en su silla, pero ella no tardó en tomarlo del brazo, como advertencia.

—La decisión será tomada cuando retorne Hathor, que espero que sea a tiempo. Necesito de él, y de DIO —insistió finalmente—. Mientras tanto, ya

no hay más que hacer. Pueden marcharse. Pisis y Tepemkau los acomodarán en sus cabañas.

• • •

Iban caminando hombro a hombro. La elfa arrastraba los pies, mirando el caminito blanco, a pesar de la oscuridad.

Así como había tenido consideraciones de sobra con Ysaak, demostrando una sensibilidad extraordinaria a la hora de qué temas tocar y qué temas no, el tigre, a su vez, decidió pagarle con la misma moneda: no iba a mencionar nada de lo ocurrido atrás y, aunque sentía curiosidad por ello, tampoco intentaría indagar de qué forma había conseguido Hathor la ayuda de semejante sujeto.

Giró la cabeza sin detenerse, para mirar a Boltar. Su shah seguía conversando con el elfo, en la puerta de la cabaña. Desde ahí, no podía escuchar lo que se decían, pero no tenía importancia.

Había un remolino de cosas surcando su mente a una velocidad vertiginosa. Por un lado iban a cambiar de hogar. Todo lo que conocía (como lo conocía) se había acabado. Las cosas cambiarían en una dimensión extraordinariamente mayor a como él lo había sentido cuando lo evacuaron de Solares.

—Oye, Seshat...

—¿Sí?

—¿Crees que nos dejen llevarnos a algunos animales de Yóvedi?

—Eso dalo por hecho. Sus animales son una buena forma de ayudarlos a que, en cierta medida, se sientan en casa. Pero te adelanto que va a ser una selección a las apuradas. Van a tener que decir adiós a muchas especies.

—¿Por qué? ¿No las podemos clonar?

—No. Olvídate de las ballenas de quinientos metros. Si terminan en el sitio que ha seleccionado Panék, animales tan grandes no tendrán lugar en un planeta del tamaño de Venus. Sería peligroso para el ecosistema.

Ysaak asintió, sin replicar.

—Solo míralo como si fuera una balanza. Hay que mantener las cosas equilibradas, no puedes dejar que un plato esté muy por encima del otro.

—Lo comprendo.

Caminaron otro rato, sin decirse nada. El tigre parecía hipnotizado por una súbita melancolía y el lejano sonido del océano.

—Pero también tiene algo bueno —dijo ella de pronto—. Por ejemplo, van a tener muchas nuevas especies que estudiar. Si es un planeta parecido, es seguro que también tiene animales.

—No había pensado en eso.

—Solo espero que tengan un aspecto mínimamente aguantable para ustedes.

Seshat esperó que el chico hiciera al menos una mueca, pero se quedó callado.

—Al menos... podré ir a verte de vez en cuando.

Ysaak la miró, mientras ella apartaba los ojos, apenada.

En ese momento, escucharon un rugido dinámico que se les hizo familiar: la Sobek-Set descendía desde el cielo.

La nave espacial dio una vuelta alrededor de las colinas, sobre el horizonte lleno de luces doradas que venían del pueblo, y se acercó suavemente al campo, posándose en la colina tras la cabaña de Pisis.

—¡Hathor ha llegado! ¡Vamos!

Trotaron. Panék seguía al pie de su puerta, observando en dirección a la nave espacial. Boltar continuaba al lado suyo.

La compuerta trasera no tardó en abrirse. Seshat saltó dentro.

—¡Hathor! ¿Cómo te fue? ¿Dónde está Meinkherdt?

Tan pronto las puertas del turboascensor se abrieron y miró la cara del elfo, supo la respuesta a su pregunta.

Ysaak estaba por ascender la rampa, pero al ver que Hathor la abrazaba, decidió que era mejor dejarlos solos. Tepemkau se acercó con sigilo y optó por hacer lo mismo.

Hathor seguía presionando a Seshat, mientras ella hundía el rostro en su hombro, llorando.

Neftis atravesó el umbral de la puerta y desde ahí vio la escena. La elfa soltó los platos que llevaba en la mano y empezó a correr.

• • •

Cuando Seshat regresó a la cabaña de Pisis, el único que estaba despierto, esperándola, era Ysaak.

La elfa cruzó el umbral de la puerta en silencio y observó al tigre. No deseaba estar sola, pero tampoco sentía ánimos de hablar. Ysaak lo comprendía, por lo que sencillamente se acercó.

Neftis se había marchado también, y seguía esperando a Hathor, que había cruzado el camino rumbo a la cabaña de Panék.

Quizá él, aun más que la tripulación de la Sobek-Set, era quien más derecho tenía de saber qué había pasado con Meinkherdt, pues en un tiempo, el shah no solo había sido su mentor, sino además el eslabón que lo había unido con Hathor.

La conversación entre ambos no duró mucho tiempo, sin embargo, cuando Hathor cruzó la puerta, lo hizo sin la compañía de DIO.

Seshat lo veía a través de la ventana; a medio camino se encontró con una figura enorme, tapada por la oscuridad. Era un ser cuadrúpedo que venía andando desde hacía rato por el sendero del pueblo.

—Es Knaach —susurró Seshat.

—¿Él es de quien me hablaste?

—Sí.

Hathor y Knaach se dirigieron juntos a la cabaña de Tepemkau. Había algo entre el elfo y el animal de cola larga y lenta, que a Ysaak le parecía noble.

—Si me acuesto ahora, dudo que pueda dormir, y francamente no quiero estar aquí, ¿querrías venir conmigo?

BAJO LAS LUNAS

Mientras caminaban rumbo al mar, Seshat miró la cabaña de Tepemkau. Las luces estaban apagadas. Sospechó que todos se habrían ido a dormir. Mañana, celebrarían una ceremonia en honor a Meinkherdt. La elfa estaba segura de que Panék también asistiría.

Bajó la cabeza. Pensar en eso le haría llorar otra vez y no quería, no delante de Ysaak.

El chico se mantenía muy cerca de ella, mirando el firmamento. Saturno no se veía, pero eso no quería decir que el cielo de Titán no se convirtiera en un espectáculo nocturno; casi treinta lunas salpicaban al cielo con colores radiantes y melosos.

Cuando volvió en sí, prestó atención al montón de luces brillantes que se asomaban al costado de la bahía.

—¿Crees que, antes de que nos marchemos, podremos bajar al pueblo?

—Mañana quizá. Créeme que la evacuación de tu gente no es un evento que pueda pasar desapercibido. Cuando Panék lo anuncie en el Palacio de Hamíl, la noticia no tardará ni tres minutos en regarse por Titán, y de ahí por todo el sistema solar, sin contar con que la Hermandad de Planetas seguro tendrá algo que decir al respecto.

El tigre optó por un silencio reflexivo. Quizá era parte de su madurez manifestándose y diciéndole que, después de todo, al shah de los elfos había que rendirle respeto.

Empezó a sentir la arena bajo sus botas.

—Seshat...

—¿Sí?

—¿No irás a ver a tu familia mientras estés aquí?

—Mi familia son únicamente mi hermano y mi padre.

—Pero esa no ha sido mi pregunta, ¿no irás a ver a tu padre?

—Vive lejos...

Ysaak no quería abusar de su confianza, pero no estaba dispuesto a dejar que le dijeran una mentira tan grande.

—Eso sería un problema en mi mundo de aviones y trenes, en el tuyo de transportes cósmicos no me parece.

—Bien, me has descubierto. Es solo que... —guardó un instante de silencio—, ver cómo han sido las cosas entre Hathor y Panék me ha quitado las ganas de saludar a papá.

—Lo siento.

—No pasa nada, no me importa que lo sepas. Es solo que me cuesta hablar de eso. Él tampoco es un sujeto fácil.

Se acercaron a la orilla. La luz de las lunas hacía brillar el océano. Ysaak sintió que el aroma del aire era dulce y no salado. Sus sentidos no descansaban y seguían enviándole señales que evocaban recuerdos lejanos.

Se dio cuenta de que la elfa se quitaba las botas y luego los calcetines. Pronto, se estaría arremangando los pantalones. No tardó mucho en entender lo que deseaba hacer.

—¿Cómo es el agua aquí?

—Tibia, por fortuna.

—Algo me hizo pensar que podía ser fría.

—Lo es, pero en una estación distinta del año, ¿quieres probar?

—¿Que si quiero?

Ysaak arrojó su camisa. Se ayudó con los pies para quitarse las botas y, en poco tiempo, se echó al mar.

Seshat comenzó a reír, deshaciéndose de su blusa, y apresurándose en seguirlo.

—¡Es llano!

La elfa emergió delante de él y se limpió los ojos.

—Podrías caminar mucho antes de que el agua te tape. Titán no tiene océanos profundos.

Usó sus delgadas manos para peinar sus cabellos, mirando al cielo.

—Me pregunto cómo serán los mares en tu futuro mundo.

—Habrà que ver. Espero que bañarse se sienta tan bien como aquí.

—¿Estoy invitada?

—No tienes ni que preguntarlo. Me encantaría que estés. Ojalá Hathor decida hacerlo un lugar de visita frecuente.

Seshat le dedicó su mejor sonrisa y miró hacia un claro del mar iluminado por un astro blanquinegro.

—¿Qué ves?

—Las lunas —contestó—. Me encanta cómo cada una ilumina una parte del mar con un color diferente.

—¿Cómo se llama la que estabas viendo?

—Iapetus, es donde viven los ogros.

—¿Y aquella?

—Aquella es Rhea. Es un satélite mixto. A su lado se encuentra Calipso, que es pequeñito, como ves.

—¿Cuál es la luna más grande de Saturno?

—Es en la que estás parado ahora mismo, nene.

—¿Titán?

—Así es.

—Vaya, pensé que esa es la que le tocaría a los ogros. Es una forma de pensar algo simplista, pero el tamaño de aquella chica me hizo imaginar que había nacido en un lugar grande.

—Los ogros tienen varias lunas, lo que pasa es que Iapetus es la matriz. Ahí es donde vive su rey.

El chico asintió.

—¿Y qué hay con ese asunto que te distrajo antes?

—¿No ves los colores, a lo lejos?

—Sí.

—De niña, cada vez que veía el mar, siempre quería nadar y estar en el centro del claro de cada luna. Ya sabes, cosas de chiquilla.

—¿Y por qué no vamos ahora?



—¿Quieres intentarlo?

—Ven.

Ysaak le extendió la mano. Cuando ella la tomó, la condujo adelante y se pusieron a nadar, dejando tras de sí la costa y la silueta nocturna de Hamíl.

Cuando Seshat se detenía, el tigre la instaba a continuar un rato más. Pero cuando el tiempo la venció y se hallaba demasiado cansada, el chico hizo que colocara los brazos alrededor de su cuello, para que descansara sobre su espalda.

Seshat recostó su cabeza cerca de la nuca, y así se quedó, aferrándolo, con

los ojos cerrados, sintiendo el agua deslizándose a su alrededor, y el color de las luces diluido en su rostro mojado.

Imaginó la Sobek-Set como el epicentro de su vida, aquella puerta a esos mundos que había visto durante los viajes, y al infinito número de constelaciones que el universo guardaba celosamente para sus ojos. No comprendía por qué su conciencia se hallaba súbitamente diluida en un horizonte dulce de memorias. Era como si su espíritu hubiera tomado asiento y evaluara los resultados del camino recorrido. Allá tras la ventana, mirando anhelante el mundo cuando era una niña, y ahora, finalmente aquí... No todos tenían el valor de cumplir su sueño, ni en Titán ni en ningún otro mundo. No todos podían vivirlo, porque se equivocaban en ser jueces de sus fantasías, y terminaban siendo presas de un agrio desengaño. Pero para ella seguía siendo una fantasía que había valido la pena el riesgo.

—Seshat.

La elfa abrió lentamente los ojos, asomó su cabeza sobre el hombro de Ysaak, y miró adelante.

—Mira.

—No se pueden alcanzar, ¿verdad?

El chico miró las lunas.

—Nunca podrás estar en el centro —dijo—. Creo que durante mucho tiempo estuvimos nadando en el claro, sin darnos cuenta.

Soltó a Ysaak y se colocó junto a él.

—No lo había notado.

—Quizá para alguien que nos mira desde atrás, nosotros estamos en el claro de la luna. Quizá uno simplemente no lo nota una vez que está ahí.

—Es como cuando pasas tus mejores momentos. Se van sin que te des cuenta, ¿verdad?

El chico asintió.

—Quizá la vida es así. Cuando Solares quedó devastada, yo nunca pensé que volvería a tener un momento feliz. Pensé que el resto de mi vida sería un camino solitario. Pero no puedo decir que haya sido así —afirmó, meneando suavemente la cabeza—. Todavía quiero vivir. Queremos vivir.

—E iremos por allá de vez en cuando, para ayudarlos con eso de la reconstrucción.

—Y veremos cómo es el mar.

—Sí, también visitaremos nuevos planetas. Los verás de cerca, en la Sobek-Set. Espero que sea un sistema solar grande, espero que tengan

mundos gigantes y que se puedan ver fácilmente en el nuevo cielo.

—Estaré contento con solo poder ver dos cosas, aunque sea como estrellas lejanas.

La elfa lo miró atentamente.

—El antiguo sol de Yóvedi y tu luna.

—Los verás, de un modo u otro.

Ysaak se restregó los ojos con el pulpejo de las manos.

—¿Regresamos?

—¿Crees que pueda hacerlo sin ayuda?

—Haremos lo mismo si te cansas.

Ambos se pusieron en marcha sin mediar más palabras.

Nadó lentamente, sumergiéndose a veces en el agua. Ysaak la seguía al mismo ritmo, ayudándola a veces, vigilándola, bajo la mirada atenta del cielo. Dejaban un surco en el agua, que desaparecía poco después detrás de ellos.

Cuando finalmente alcanzaron la orilla y la elfa pudo ponerse de pie sobre la arena, trastabilló hasta donde estaba su ropa y se dejó caer, cansada. Ysaak se sentó a su lado.

Luego de secarse la cara con una prenda, sonrió y recostó la cabeza en su hombro, intentando decir algo, recuperando todavía el aliento. La mano del chico tocó su mejilla y, tras su caricia, se recostó en la arena mientras él se tendía sobre ella, besándola suavemente, con sus manos ávidas explorándose mutuamente, a la luz de las lunas.

EL ÚLTIMO MENSAJE

Cuando amaneció, el cielo estaba gris y la brisa soplaba sobre el pasto. Hathor se hallaba durmiendo en un sofá con los brazos cruzados y la ropa aún puesta. Frente a él se hallaba una alfombra, donde la noche anterior había estado recostado su amigo, el león. Todo evidenciaba que habían estado charlando hasta bien entrada la madrugada.

Neftis salió cuidadosamente del cuarto de huéspedes. La elfa llevaba puesta una bata de seda. Se acercó hasta la sala y arrojó al elfo con su propia sábana. Después se aproximó a la ventana y miró a través de ella, apartando la cortina con los dedos.

Le costó un buen rato recordar lo que estaba observando, pero cuando lo logró, su expresión cambió lentamente.

Allá afuera se hallaba una nave espacial angosta y alta, con forma triangular y unas patas delgadas alrededor de los vértices que se apoyaban como tenazas sobre el pasto. Su cabeza estrecha y afilada miraba al cielo de Titán.

Y ahí estaba Panék, de pie ante dos sujetos que le resultaban extrañamente nostálgicos y familiares.

Neftis casi cayó cuando, al darse la vuelta, se precipitó sobre el sofá.

—¡Hathor! ¡Hathor! ¡Despierta! —exclamó.

El elfo abrió los ojos, frunció el ceño, y colocó el antebrazo sobre las cejas.

—Tienes que ver esto, ¡y tienes que hacerlo ahora!

Se sentó, restregándose la cara, pero no pasó mucho antes de que Neftis lo tomara del brazo.

Antes de que pasara por el mismo proceso que ella y recordara lentamente donde había visto esa extraña nave espacial, que seguramente habría contemplado en algún museo del Palacio de las Razas en Prometeo, o en el libro de historia de la escuela, Neftis decidió allanarle el camino:

—Es una nave hapalokiana.

El elfo se despabiló, se separó de ella, salió por la puerta y empezó a correr en dirección al campo.

Su corazón latía violentamente, una andanada de dolor cruzó su mente. Vio que Panék, a lo lejos, daba la espalda a los hapalokianos para verlo llegar.

Hathor reconoció al primer individuo. Enorme y de espaldas anchas, llevaba una máscara sin cabellos, con sienes hundidas y una barba espesa y blanca (parecía papá Dios); era el padre de Meinkherdt.

La mujer, también calva, de facciones hermosas y tan afiladas como las de una serpiente, nariz pequeña y altiva y labios rojos, era su madre. No hicieron falta mayores presentaciones, él lo sentía. Y ambos estaban en Titán. ¡Los primeros hapalokianos que habían viajado en una nave propia en decenios, quizá siglos!

Sintió el sudor bajar por sus sienes. No era el calor lo que lo provocaba, sino la fuerza de su desconsuelo.

El padre miró con atención a Hathor. Llevaban, desde luego, anteojos circulares y negros, iguales a los de Meinkherdt. Aquella visión le rompía el corazón.

Se detuvo en seco, a la vez que Panék se corrió a un costado, para hacerle espacio.



Neftis lo observaba a lo lejos, de pie ante la puerta de la cabaña, con las manos tomadas frente a su pecho.

No quería llorar ahí, no delante de Panék, pero no pudo evitar que sus ojos se humedecieran.

—Meinkherdt murió esta mañana.

Hathor no se molestó en girar la cabeza, pero el shah agregó más:

—Estos son Benertnasch y Alcyone Hallyfax, sus padres, y han venido hasta acá porque deben hablar contigo, Hathor. Tienen un mensaje importante que darte.

Se secó los ojos y levantó la cabeza.

—Mi hijo dejó algo para ti —le informó, con una voz fuerte y profunda— y su última voluntad ha sido que te lo entregáramos, a cualquier precio.

• • •

—Cuando recibí una tonelada de data en forma de advertencias luminosas e informes militares de más de quince lunas de Saturno, yo ya estaba preocupado —contó Tepemkau, mientras se desprendía de su complejo uniforme de mithril, con la diadema guerrera todavía en la mano— pero cuando enfocaron las imágenes de la nave hapalokiana aproximándose a Titán, supe que la cosa iba a ser grande. Me da alegría que haya sucedido durante mi turno y no después, aunque lo mismo da, porque habrían llamado a papá de todas formas.

Pisis le quitó la diadema y la colocó sobre un elegante busto élfico.

—Pero la sorpresa habrá sido mayor cuando les ordenó que los dejaran entrar —repuso ella—. Toda Titán está convulsionada. Los elfos y habitantes más jóvenes de aquí y otras lunas no sabían que los hapalokianos tenían naves.

—Naves exploradoras —confirmó Neftis—, lo que hace todavía más difícil de creer para todos, supongo. Nadie imaginaría que hubo una época en que los hapalokianos exploraban.

—¿Pero dónde están ahora?

—En la cabaña del shah. Están hablando.

—¿Están 'onde papá? Me gustaría saber de qué hablan...

Neftis bajó la cabeza, pensativa.

—¿Dónde están Ysaak y Seshat?

—No lo sé —se extrañó Tepemkau—. Creo que salieron de paseo anoche y no han regresado.

—Deben estar en la playa. Seshat no sería tan irresponsable como para llevar a Ysaak al pueblo y dejar que lo vieran, por lo menos no hasta que se oficialice la noticia. Ay ay, esto le va a dar muchos problemas a pa' en la Hermandad, y sumado a lo de los hapalokianos, ¡pouf!

—No ha habido noticias de este calibre desde...

Tepemkau guardó silencio e hizo ovillos con los dedos.

—Desde lo de la luna de Plutón, sí... —prosiguió Pisis—. No sé qué estará pasando en ese planeta que ustedes llaman Yóvedi, Neftis, pero presiento que algo muy grande está por venir.

La elfa no dijo nada.

Empujó la silla y se levantó suavemente para apartar la cortina de la ventana y mirar de nuevo la nave espacial.

Pisis se colocó tras ella y apoyó el mentón sobre su hombro.

—Conociendo a los hapalokianos, me sorprende que no hayan enviado

solo un mensaje y ya, incluso eso de por sí es impensable... pero han venido, ni más ni menos —susurró—. ¿Qué los habrá impulsado a hacer semejante cosa?

• • •

Cuando golpearon la puerta de la cabaña más baja en la colina, fue Boltar quien abrió... Se encontró con Panék del otro lado de la puerta.

—Buen día, shah.

El lobo hizo una reverencia.

—Buen día.

—¿Está usted disponible?

—Lo estoy.

—Pues bien, porque necesitamos que nos acompañe. Hathor y los padres de Meinkherdt lo esperan, si está dispuesto.

Las orejas de Boltar se levantaron, atentas.

«¿Los padres de Meinkherdt?»

Panék se dio media vuelta y observó la nave hapalokiana por un rato, en la planicie colina arriba.

A Panék no le extrañó su cara de confusión, ni que no estuviera al tanto de nada, dado que Boltar no conocía de naves espaciales y, por lo tanto, no podía saber a dónde pertenecía una con solo mirarla.

—Meinkherdt ha muerto y sus padres están aquí para dar la noticia y traerles otra. Quieren que usted esté presente, porque me parece que no solo le concierne a Hathor, sino también a usted.

El lobo cerró los ojos, con pesar.

—Que Arión lo tenga presente en la inmortalidad y la Gloria, Meinkherdt Hallyfax.

El elfo guardó silencio.

• • •

Hathor se hallaba sentado, con las manos sujetas entre sí. Las sillas no estaban colocadas en arco frente al escritorio de Panék, sino en círculo alrededor de un altar de piedra oscura, que terminaba en una gran copa con forma de cáliz. Alcyone Hallyfax se hallaba con los dedos apoyados alrededor de la bandeja, observando un fluido negro con aspecto de miel que

se revolvía en círculos en el fondo. El padre de Meinkherdt estaba del otro lado, con los dedos muy cerca de los de su esposa, mirando, como ella, al fondo.

Hathor no les había hecho ninguna pregunta, solo los miraba de vez en cuando, deseando hablarles, y viendo recurrentemente por la ventana que se hallaba detrás de la silla de Panék. Deseaba tiempo y privacidad, privacidad para poder decir lo que necesitaba decir. Sabía que jamás hallaría la paz hasta que lo hiciera.

Benertnasch había declinado el ofrecimiento de ayuda de los elfos para sacar aquel artefacto de apariencia ancestral. Sea como fuere que estos le comunicaran a Hathor el mensaje de Meinkherdt, lo harían por medio de ese objeto. Los hapalokianos no se habían separado de él ni un minuto, y ahora cuidaban de lo que realmente parecía importante: la sustancia depositada en el plato.

—¿Qué puedo hacer para compensar lo que he hecho?

La madre de Meinkherdt fue la primera en levantar la cabeza. El padre la imitó poco después. Ambos lo miraron en silencio.

—Meinkherdt nos dijo que la responsabilidad no había sido tuya, sino suya.

Dicho esto, Benertnasch volvió a bajar la cabeza al cáliz, pero la madre tardó un poco más en despegar la mirada. Aquella respuesta no era suficiente para saciar su corazón. Estaba seguro de que ella pensaba así, que veía las cosas del mismo modo que él: el shah de la nave no era Meinkherdt, y quien daba las órdenes y autorizaba los permisos tampoco era él...

Sintió que las emociones saturaban su garganta.

—¿Cómo fue todo? ¿Cómo se los dijo? ¿Por medio de eso?

Benertnasch volvió a mirarlo. La madre no hizo lo mismo, solo se mantuvo trabajando con sus fuerzas mentales enfocadas en el cáliz, tratando de ignorar al elfo.

—Meinkherdt resistió hasta que lo trajiste, entonces se dejó morir. Tocamos su mente antes de que eso sucediera y hablamos con él por última vez. Nos dejó un encargo importante para ti y luego se despidió de nosotros.

Se reclinó sobre la silla hasta que los codos tocaron los muslos y se restregó la cara.

—Les doy las gracias.

No dijeron palabra.

—Y les pido perdón.

Nuevamente, ninguno dijo nada.

—Le pido perdón, Alcyone. Si me tuviera que arrodillar en el suelo, lo haría. Lo haría si me lo pidiera. Su hijo fue...

En ese momento, sintió que tras él, la puerta se abría.

—...de lejos mi mejor amigo.

Panék cruzó el umbral y observó a Hathor, que ignoró su presencia. Tampoco le interesó saber si lo había escuchado.

Boltar se colocó tras él, de pie, mirando a los hapalokianos. Estos dejaron a un lado su tarea para erguirse y observar al desconocido de vuelta.

El lobo se inclinó, haciendo una profunda reverencia ante ellos.

Acto seguido, tomó asiento al lado de Hathor, y le aferró el hombro con una mano.

Benertnasch extendió una mano a su mujer, ella entrelazó los dedos con los suyos y lo acompañó al centro de la estancia.

—Todo está listo —anunció.

Panék tomó entonces su silla y observó ahora a la hapalokiana, quien prosiguió, con su mesmerizante y potente voz:

—Lo que están por ver no son palabras. Son imágenes. Imágenes recopiladas por nuestro hijo Meinkherdt y grabadas en el Liquen. El Liquen ha sido, desde tiempos inmemoriales, el método hapalokiano para grabar nuestros recuerdos, nuestros sueños y nuestra historia. Para que jamás quienes nos quedamos olvidemos a los que parten, o bien para dejar una herencia sin la que, quienes se marchan, hubieran podido proseguir su sendero hasta la inmortalidad en paz. Esta es la herencia que nuestro hijo Meinkherdt Hallyfax ha dejado a Hathor de los elfos y sus amigos.

—Hathor de los elfos, ¿decides compartir las últimas memorias de nuestro hijo con nosotros también?

Hathor se puso de pie.

—Sí —contestó—. Deseo compartir las últimas memorias de Meinkherdt, mi mejor amigo y su hijo.

Los hapalokianos volvieron al cáliz, lo rodearon con los brazos.

—El Liquen entrará en sus mentes. Cuando lo haga, cierren los ojos —explicó la madre—. No le teman, dejen que obre. Meinkherdt comunicará su memoria, oirán su voz.

—Antes de despedirse de nosotros, nos dijo que esto era una advertencia, Hathor de los elfos, y que con ello completaba el círculo, que te daría las respuestas que DIO no te había podido dar. ¿Sabes a qué se refería mi hijo?

Hathor observó a DIO, que se hallaba flotando, semioculto, tras el escritorio de Panék.

—Lo sé —respondió.

—Dijo que sabrías por fin qué busca tu enemigo.

Benertnasch observó a Boltar fijamente.

—Y por qué está en su planeta. Habló de Pimpollo, a quien yo desconozco, pero que ustedes han oído nombrar. Te pregunto otra vez, Hathor de los elfos, ¿tienes conciencia de lo que mi hijo dice?

—La tengo, Mente Maestra (6), Venerable de los Hallyfax.

—Todas esas respuestas le fueron reveladas durante su agonía, y él las conservó celosamente para ti. ¿Estás preparado para verlo?

—Lo estoy, Venerable.

Entonces, ambos pusieron las manos alrededor del cáliz, con los dedos atenazados.

Boltar y Panék se sintieron perplejos, las ondas psíquicas empezaron a flotar como mareas fantasmales sobre el despacho. Hathor veía al frente, con atención, mientras su rostro se iluminaba.

El Liquen ascendió entre las manos de los hapalokianos y empezó a pulsar.

Todos cerraron los ojos y se sumergieron en las memorias de Meinkherdt...

6. Líder absoluto de los hapalokianos.

LO QUE MORA TRAS EL HOYO NEGRO (II)

La creación es una cosa peculiar, ¿verdad? No pensamos a menudo en ello y no lo hacemos porque desconocemos demasiado y no tenemos un punto de partida para comenzar a usar la imaginación. Pero ¿qué importancia tiene? La creación y todo lo que esconde escapa a las fantasías más salvajes de todos los seres del universo.

Hay quienes han tenido la suerte de ver cosas sorprendentes, por ejemplo los elfos, cuya comprensión del cosmos es enorme... Sin embargo, hasta ellos tienen limitaciones, pues no lo conocen todo, o mejor dicho, no conocen todo lo que contiene la creación. ¿Tal cosa es siquiera posible, de hecho? Quizá «la creación» (sea lo que sea) hizo el universo, un lugar que se nos escapa, que es infinito y que nuestra mente no está preparada para comprender.

Algunos piensan que, a pesar de no poder decir qué es exactamente el espacio sideral, sí pueden enumerar las tres normas básicas que lo definen: lógica, coherencia y orden cuántico. Ellos no saben que, a pesar de todo, hubo, en algún lado, excepciones a esas normas. Y sea lo que sea que haya pasado cuando «todo» comenzó, aparecieron elementos que se diferenciaron del resto. Partes en que eso que llamamos «la creación» decidió ser peculiar.

Así fue que un señor llamado Pumo empezó a existir...

• • •

Al principio, por supuesto, él no se llamaba Pumo, de hecho, no sabía ni siquiera lo que quería decir un nombre. ¿Nombre? ¿Para qué? Después de todo, Pumo había pasado mucho tiempo creyendo que él era la única cosa que existía.

De hecho, ni siquiera pensaba en eso, pero estaba latente en su mente, porque él desarrolló el concepto del «yo» en algún momento.

¿Te lo puedes imaginar?

La respuesta es sencilla: no, no puedes.

No había otros iguales a él, siempre estuvo solo... pero solo de una manera que hace que sea muy difícil que veas el cuadro completo, pues lo dicho no es más que la punta del iceberg: de donde Pumo viene no hay plantas, animales, paredes, signos, escrituras, estrellas, formas de vida... nada.

Solo él.

¿Qué puede pensar una criatura así? ¿Y cómo nació? Ni él lo sabe...

Pero el hecho es que existe, y ahí está, en un lugar que se puede denominar «el ojo de la tormenta», un sitio muy pequeño ¿o quizá infinito? Dentro del hoyo negro... Un lugar donde todo era calma.

En el hoyo no había ningún otro ser, y fuera de él tampoco, a un equivalente aproximado de catorce mil sistemas solares. Al contrario de lo que se podría creer, las criaturas que habitan en el «más allá dimensional» no son abundantes, ni hacen gigantescas ollas de espagueti moviendo tentáculos en rincones oscuros del cosmos.

Pumo estaba condenado a la soledad, y por lo tanto, pasó buena parte de su existencia pensando que él era la única cosa *viva* en la creación (según su parámetro de la palabra «vida»). Y como una criatura activa y consciente y pensante, Pumo salía de un objeto de aspecto rocoso y oscuro, que era su casita (uno de esos despojos que alguna vez fueron un planeta y que lograron sobrevivir al inflexible trituramiento del caníbal del universo). Había quedado hueco, y tenía una extraña forma que recordaba al caparazón de un cangrejo ermitaño, alargado en un extremo hasta hacerse puntiagudo.

Pumo acostumbraba, en un momento del día que ordinariamente uno podría traducir como «por las tardes», salir a dar un paseo. Y es que realmente, además de pensar mucho, no había otra cosa que pudiera hacer...

Se iba, se alejaba, describía una órbita circular, y al cabo de un rato, estaba de vuelta en casa.

Se metía dentro y se quedaba viendo la pared. Después de cierto tiempo (que nosotros podríamos traducir como «al día siguiente»), salía otra vez y hacía exactamente lo mismo. A veces se sentía osado y hacía recorridos más largos, pero lamentablemente no eran del todo interesantes porque, bueno, como ya se ha explicado, todo era negro y no había nada...

• • •

¿Cuántos años habrá pasado haciendo siempre lo mismo?

Nadie lo sabe.

Lo cierto, es que un día sucedió algo distinto, algo que dio un traumatizante vuelco a todo, a las dos únicas cosas que para Pumo conformaban la vida: sus paseos y su casita.

Fue algo que encontró...

Pero no en uno de los recorridos que solía hacer, sino cuando volvía de una de sus salidas. Lo detectó en la lejanía.

Así que, brillando suavemente en la oscuridad, se acercó, curioso. Fue un momento en que todo adquirió una atmósfera melancólica, porque empezó a nevar...

Estaba en medio de un campo, con polvo blanco brillando en torno suyo. Pero la realidad muchas veces no es tan dulce, y este era al caso, porque esos bellos copos luminosos no eran nieve, sino restos de una fortaleza espacial atrapada por el hoyo negro.

Y Pumo veía a su alrededor, impresionado...

Hasta que, frente a él, como si fuera un regalo, cayó lentamente una esfera muy magullada y con los polos aplastados. Una cosa incluso más resistente que su casita, y hecho nada menos que por una especie extraterrestre, no gracias a la ingeniería del universo.

Pero Pumo no pensaba nada de esto, él solo veía «un objeto».

Para alguien que cree que está solo y que ha pasado toda su vida flotando en un vacío oscuro, «un objeto» es un hallazgo de incalculables proporciones.

Una de esas cosas que, para él, ameritaría tomar la agenda y llamar por teléfono a todos sus contactos de haberlos tenido, o de haber existido otros como él...

Este objeto, evidentemente construido a partir de una amalgama de metales, se encontraba torpemente abierto por un extremo, como una lata.

Pumo debía estar teniendo uno de esos momentos que se conocen vulgarmente como «quince minutos de fama» y que lamentablemente se viven una vez en la vida... Porque no tardó en darse cuenta de que, dentro de esa seudoesfera, estaba rebotando suavemente, por la falta de gravedad, otro objeto mucho más frágil.

Con eso sumaban dos «cosas», y todo en un día. Era demasiado. Pumo estaba ebrio de sorpresas.

Era la primera vez en su vida que veía algo así. No en balde: los agujeros negros no comen todos los días, y pueden pasar cientos, tal vez miles, quizá

millones de años sin atrapar nada. Durante la última nevada, Pumo todavía no existía, o quizá no estaba viviendo ahí... Su memoria tenía un límite.

Con respecto a eso que todavía se hallaba flotando dentro de la pseudoesfera, nosotros podríamos imaginarnos qué era exactamente, pero él no.

Era algo que había pertenecido alguna vez a una joven princesa, hija de una raza de sobrevivientes que, sin que él lo supiera, se había extinguido pocos minutos atrás.

Pumo lo extrajo lentamente con su pequeña onda telequinésica.

Primero lo observó de arriba y abajo, pero después lo tomó y lo puso a flotar frente a sí, como si hubiera estado destinado a ello. Y, de una forma muy cálida e íntima, lo abrió por la mitad.

Vio dibujos... Algunos estaban coloreados, otros solo esperaban ser tocados por los crayones. Había paisajes, estrellas, ¡planetas! ¡soles! ¿Qué era todo eso? Y la revelación mayor: ¡seres!

Estaba dibujada la princesa, entre el rey y su reina. Aparecía el palacio, las naves espaciales. Las nubes, el día y la noche...

Pumo no daba crédito a sus ojos.

No entendía absolutamente nada, pero se hacía ideas. Por todos los cielos, un solo vistazo no era suficiente... y cada vez sentía mayor curiosidad. No podía saciarse. Le tomó pocos segundos aprender a usar algo que nunca había visto, así que empezó a pasar las páginas...

Huelga decir que por primera vez en la historia del universo, alguien dentro de un hoyo negro pensó en el concepto de señalador (para marcar los dibujos que más le interesaban y volver a ellos más tarde cuando hubiera visto el resto).

La cosa fue tal, que al día siguiente, a la hora del paseo, cuando el libro estaba celosamente guardado en su casita, Pumo, por primera vez en mucho, mucho tiempo, había cortado con la tradición: no se hallaba dando un paseo, esta vez, simplemente, estaba flotando fuera de su casa, mirando hacia arriba...

• • •

Se dio a la tarea de buscar el resto de las cosas que habían caído. La mayoría era solo polvo estelar, difuminándose cada vez más en el precipicio infinito que lo rodeaba. Pero resulta que a lo lejos había otras esferas, y algunas

todavía guardaban cierto contenido.

Logró abrir una compuerta semiderruida valiéndose de su limitado poder de telequinesis, que era el equivalente de sus brazos y piernas.

Afortunadamente, la agresividad del agujero negro le facilitó mucho el trabajo en la mayoría de los casos. En una ocasión, salió volando con una tapa enorme, y del compartimento salieron un montón de joyas y piedras preciosas de muchos colores.

Pumo las observó de cerca, pero no eran de su interés. Esperaba ver otro libro.

Aun así, todo lo que podía ser rescatado fue rescatado. Se podía decir que detrás de su casita había una especie de garaje (la esfera en mejor estado) donde almacenaba joyas, pedazos de tela malograda y un montón de objetos rotos y sin importancia.

Y luego se hallaba viendo, por quincuagésima vez, el libro. Consumiendo todos los detalles de cada ilustración, confundido y maravillado por las sombras en las ilustraciones (algo que jamás había visto) y la anatomía de seres humanoides. Seres que, de algún modo muy lejano, debían ser, quizá, iguales a él en algo. Finalmente, cuando ya llevaba demasiadas horas viendo cada página (y eso no era suficiente para satisfacerlo, pues había mucho en qué pensar), Pumo observó la tapa, y notó algo que le causó curiosidad...

Parece ser que aquel objeto lleno de imágenes, portador de tantas maravillas, estaba por darle otra sorpresa.

Había algo circular y no muy grande, incrustado en la portada. Era de cristal pulido (Pumo no sabía qué era esto, simplemente le parecía diferente del resto). Sobre esta superficie se hallaba reflejado algo que le era familiar: la parte de arriba de su casita...

Se dio media vuelta y miró hacia arriba: sí, eso era.

Volvió a ver el libro, y luego de moverlo un poco, le mostró esta vez un lugar diferente: la pared de atrás. Volvió a cerciorarse. Parecía ser que adonde fuera que lo apuntara, aquel objeto le mostraba exactamente lo mismo.

Llevó el libro afuera y probó la misma cosa una vez más: con su propia casita. Le mostró exactamente lo que esperaba ver: una versión algo distorsionada de su hogar, reflejada ahí. Pumo comprendió...

Y entonces se le ocurrió el último experimento; colocarlo frente a sí.

El sencillo espejo le mostró, poco a poco, lo que jamás había visto:

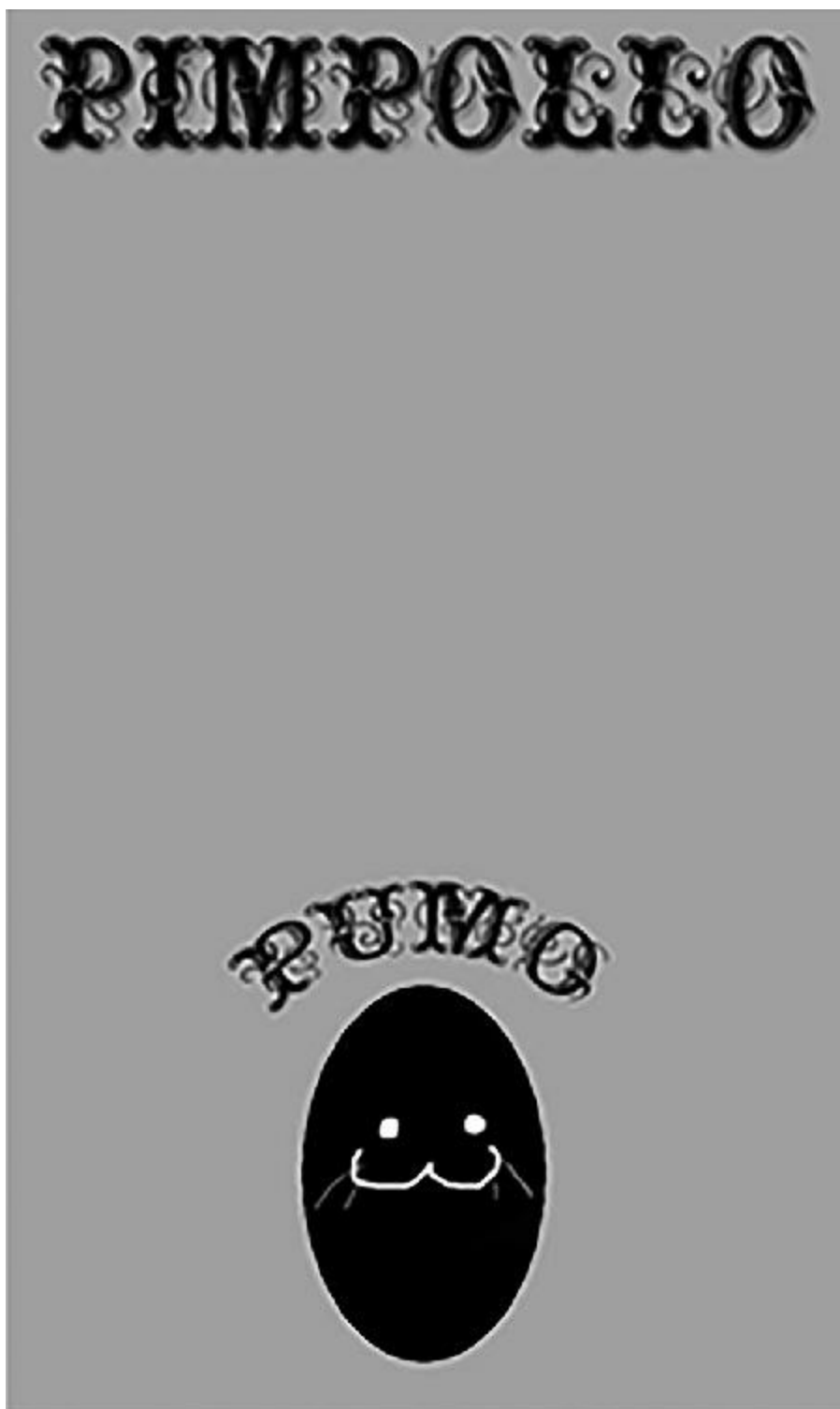


Entonces, por primera vez, a su modo y sin palabras, él pensó algo muy humano: «soy yo».

Subió la vista y vio las letras cursivas que coronaban al cristal, en un grabado especial que debía ser la firma de un artista de otro mundo, pero que para él tenía un significado completamente diferente:



Contempló esa imagen durante horas, viéndose en ocasiones a sí mismo, viendo las letras de desconocido significado, en el centro de la nada, oculto ante el universo, frente a él, el hijo extraño de la creación.



• • •

Boltar rompió con el flujo cuando abrió los ojos y se sobresaltó. El líquido

cayó dentro del cáliz y, gracias a esto, todas las pesquisas de Meinkherdt se borraron momentáneamente.

—¡Es una estupidez! —rugió.

Panék consiguió levantarse de la silla aun antes que Hathor, que todavía era presa de la impresión.

—Shah, cálmese.

—¡Es una idiotez! ¡Maldita sea!

El lobo había perdido la compostura. Los pelos de su cabeza se hallaban erizados y sus ojos verdes poseían un aura aterradorizante. Los hapalokianos lo veían en silencio.

—¿Está haciendo todo esto por un maldito libro? —aulló, como si le reclamara a un dios—. ¡No lo consiento!

—¿Co... cómo es posible? ¿Cómo puede hacer semejante trabajo por algo como esto?

Panék miró con hosquedad a Hathor.

—¿Es que acaso no has visto todo lo que Meinkherdt te ha mostrado, tonto? ¿Tanto te cuesta entenderlo? Es muy importante para él. Es...

El elfo cerró los ojos, intentando visualizar en su memoria la portada del libro. El espejo con forma de O tenía que ver con la letra O en PimpollO y PumO. Panék lo supo, lo supo muy dentro suyo: en aquella cultura que vio su trágico final lo que valía era la última letra de cada nombre, no la primera. No era difícil de concebir en lo absoluto, dado que otras razas del sistema solar poseían alfabetos que se basaban en representaciones de objetos que se debían armar como un rompecabezas.

El espejo con forma de O era solo un tributo a la letra más importante del nombre de su autor, pero para Pumo, el cuadro entero había significado algo completamente diferente.

La criatura habría comprendido mucho después la verdad, o quizá lo supuso de alguna manera desde antes de salir del agujero negro, pero no tenía ninguna importancia; lo que valía era lo que él sintió en ese momento, y el nombre con el que decidió bautizarse tan pronto averiguó la manera de interpretar aquellas letras.

Panék se colocó ambas manos a cada lado de la sien, intentando recordar todas las visiones presenciadas hasta ese momento.

—Shah, ¿se ha calmado?

Boltar se hallaba a un costado de la habitación, con el brazo apoyado en la pared, dándole la espalda a todos. Tenía los ojos cerrados.

—Vamos a perder Yóvedi, nuestro mundo, por un símbolo barato.
Panék cerró los ojos y asintió suavemente.

—Shah, por favor, vuelva. Tiene que ver el resto, más de lo que lo tenemos que ver nosotros. Más que los Hallyfax, que han perdido a un hijo, más que Hathor, que lo da todo por su causa y, por supuesto, más que yo, que solo me mueve la curiosidad. Sin usted, no tiene sentido en proseguir.

• • •

Si alguien más hubiera estado ahí para observar a Pumo, no habría sabido cuáles eran sus planes, pero sí habría visto que seguía dándose a la tarea de hacer inspecciones, con la intención de rescatar algo más de la destruida fortaleza espacial. Desafortunadamente, no quedaba más que polvo, y un que otro pedazo de metal flotando ocasionalmente.

Basándose en las ilustraciones que aparecían en Pimpollo, él estaba seguro de algo: allá arriba, de algún modo, la gente viajaba en vehículos espaciales.

Pero lo sorprendente no eran sus acertadas conclusiones; lo sorprendente era que él estaba dispuesto a averiguar más. Esto ya no tenía vuelta atrás.

Así que lo primero que hizo fue improvisarse un vehículo con la esfera que había quedado en mejor estado y aprovecharse de las corrientes del agujero negro para mandarse a volar lejos, en busca de otras cosas que hubieran caído en puntos más calmos dentro del caos dimensional. Su idea instintiva era acertada, ya que todos los hoyos negros están conectados entre sí.

Tuvo la teoría de que, fuera donde cayera el resto del material que no había sido desintegrado, todo iría a parar al mismo lugar si se lo dejaba caer lo suficiente. Los residuos se juntaban como lo hace el polvo en las casas.

Ahora bien, había un problema: las corrientes no lo tocarían, ya que Pumo no era sólido. Podía aumentar su densidad si él lo deseaba, pero sería una forma muy caótica de viajar. Entonces la solución sería estar él mismo dentro de algo compacto que le sirviera de embarcación.

Así que colocándose una puerta que había sobrevivido de otra esfera, Pumo navegó hasta una pared de tamaño infinito donde fluían los remanentes de las últimas y más débiles corrientes que venían de arriba. Cuando se estaba acercando, cerró bien la compuerta y se preparó para el viaje...

Fue arrastrado durante horas, tal vez días. Cuando finalmente sintió que la turbulencia disminuía, y que el movimiento de la «cápsula» (por tomarse una

licencia no muy honesta) ya no era como el de una licuadora, se animó a abrir con esfuerzo el improvisado portillo, y echar un vistazo afuera.

No había nada.

Era lo mismo que en su casa, pero sin su casa. Pumo continuó navegando, y no se sabe cuánto tiempo estuvo así.

Quizá pasaron años...

La esfera metálica jamás dejaba de moverse. En ocasiones cerraba la tapa, pero la mayoría de las veces la mantenía abierta para que le sirviera como vela. Al asomarse, la visión siempre era igual: flotaba en un océano de nada.

Y así, continuó desplazándose.

Había un detalle curioso, y es que él no tenía ni lápiz ni papel. Esas cosas eran conceptos improbables hasta que había visto a Pimpollo por primera vez, la Guía Definitiva del Universo ante sus ojos, así que hacía este viaje de memoria, y cada vez que miraba afuera y dejaba mucho camino detrás, memorizaba las características de la corriente, con la intención de regresar algún día a casa.

Es posible que el recorrido en la cápsula que hizo Pumo por el complejo universo del hoyo negro haya sido más largo que el de algunos exploradores en naves espaciales.

Cuando estaba seguro de que un sector estaba completamente vacío y, por lo tanto, no había nada que hacer, aprovechaba las corrientes para encaminar la esfera y darse un empujón que lo mandaría hacia adelante otra vez, en ocasiones a una velocidad terrible.

Ni bien el artilugio se detenía de nuevo, repetía la acción: se asomaba, esperando encontrar algo. Pero solo había más negrura.

Un día aprendió algo que pasó a formar parte de su banco de memoria y que tal vez fue el primer dato de navegación que obtuvo aparte de las corrientes; ayudado por la vela, podía ir en cualquier dirección que él escogiera, salvo para arriba. Si intentaba subir, se encontraba con que la presión era definitivamente más alta y, por lo tanto, el material del que estaba hecha la esfera, a pesar de haber sobrevivido la primera vez a semejante huracán de gravedad, seguramente no lo haría la segunda. Pumo no sabía a dónde ir, pero sí sabía a donde no debía ir.

Volvió a aprovechar una corriente para que lo llevara hasta una distancia insondable, rumbo a los horizontes misteriosos de la nada.

Luego de muchísimo tiempo, se asomó de vuelta, para ver si su suerte había cambiado.

Pero otra vez, había puro vacío...

• • •

Un día, sin embargo, las cosas cambiaron: se asomó y vio una enorme estela de polvo cósmico con forma de autopista, que formaba un camino luminoso, que se perdía mucho más lejos de lo que se hubiera atrevido a llegar si hubiera estado dando un paseo en casa.

Supo una cosa: el polvo cósmico quería decir que se estaba acercando a algo sólido, ¡finalmente su búsqueda daba frutos!

Sin embargo, al seguir la ruta y adentrarse cada vez más en ella, se dio cuenta de algo que contribuyó mucho a aumentar su caudal de conocimientos: no siempre encontraría piezas de metal o cosas hechas por extraterrestres... aquello era distinto, y todavía conservaba cierto calor. No era en nada parecido a Pimpollo.

No en balde, lo que estaba viendo eran los restos de una estrella devorada. Y lo que era más: las partes que ya se habían enfriado se transformaron en metal líquido gracias al núcleo del inmenso cuerpo que, poco a poco, se iba solidificando.

Obviamente, tomó toda la materia que pudo, dándose cuenta de inmediato de que el tamaño de su vehículo no era en absoluto suficiente para llevárselo todo.

El viaje se detenía forzosamente en ese momento: había que acampar.

Lo que vendría a continuación es una historia muy, muy larga, pero que se puede resumir a su mínima expresión en esto: Pumo usó el metal blando no solo para devolverle el aspecto esférico a su primer prototipo de «nave», sino además, para crearle apéndices y, válgame Dios, aumentar su tamaño. Capa tras capa, cuidaba siempre de no atirar la entrada (que ahora se había transformado en un túnel).

Luego de un tiempo, aquello había llegado a cobrar un tamaño tal, que incluso ante una nave espacial de verdad, hubiera resultado una mole temible. Por dentro tenía muchos espacios huecos y otras secciones destinadas a pabellones primitivos de carga. Pero toda ella estaba llena de alerones enormes que el propio Pumo se había dedicado a construir ayudándose con un rodillo improvisado (lo que antes había sido la vela y puerta de su nave). Debido a sus limitaciones, Pumo iba muy despacio, pero sabía lo que estaba haciendo, y las ilustraciones de Pimpollo eran su inspiración.

Para solidificar el metal, ya que era blando y muy maleable, tomaba la pieza y se alejaba de la fuente de calor (o la tomaba y hacía una carrera rumbo a su construcción para adherirla antes de que se enfriara).

Fue un proceso penoso, pero poco a poco su trabajo cobraba forma. Cada vez que terminaba, Pumo viajaba de vuelta rumbo a la autopista estelar a buscar más partes.

Volvió a construir un inmenso mazacote circular de igual tamaño que el primero, con velas y todo. Y lo volvía a alejar de la fuente de calor aprovechándose de las brisas cálidas producto de la energía restante del sol extinto. Después volvía y repetía la operación.

Estas cosas podían alcanzar el tamaño de ciudades. Por primera vez Pumo contaba, hipotéticamente, con todo el material que quisiera. Así que al final, cuando tuvo muchos planetoides circulando, los acercó nuevamente al calor, y el resultado fue como pegar muchas pelotas en una pirámide. El resultado fue una montaña horrenda.

Pumo salió del larguísimo túnel en el núcleo de aquella terrible fortificación para contemplar su obra... Cuando se sintió satisfecho, no tardó ni dos segundos en decidir qué hacer a continuación: lógicamente, construir otro mazacote de esferas gigantes.

Se sentía millonario...

Y no hay forma de saber cuántas veces repitió lo mismo y lo mismo.

Solo que cada vez, aprendía cosas nuevas, y ya sabía lo que era una fuente de energía. Comprendía todas las utilidades que tenía el calor. No solo servía para derretir metal y hacer que las cosas se soldaran entre sí, sino también para lograr que los objetos se movieran.

Total que más temprano que tarde supo que no solo debía llevar material macizo de vuelta a casa, sino además buscar el modo de llevarse la energía.

No había transcurrido un segundo cuando se le ocurrió una idea...

Encerró una de las rocas ígneas más grandes en una gigantesca y abultada esfera de hierro, en cuyo extremo había un túnel por el cual empezó a dejar caer grandes volutas de metal blando. Al llegar al centro, se evaporaban violentamente.

Pumo tenía ahora su propia reserva de gas.

Todo lo que él sabía era que si ese vapor entraba en contacto con el fuego, se prendería de una manera espectacular.

Si uno hubiera tenido el suficiente rollo de película para filmar el día a día de su trabajo, habría visto que la vía estelar de la estrella desaparecía poco a

poco... y las esferas inmensas unidas entre sí aumentaban.

Así fue entonces como, después de varios años, inició el camino de regreso a casa. Solo que esta vez, a bordo de esa colosal cosa que se aproximaba a la negrura, y que no flotaba por medio de la vela original, que había quedado enterrada a muchos kilómetros bajo su superficie, sino impulsada por primitivas bocas a propulsión que hacían fusión con el gas y que la hacían navegar lentamente por la corriente...

Si uno hubiera vivido en casa de Pumo, habría visto, después de mucho tiempo, lo que parecía un monstruoso cuerpo celeste opaco y metálico acercándose lentamente en medio de la nada. Pumo lo dejó varado a cientos de kilómetros y se bajó rápidamente, aproximándose hacia su casita para buscar a Pimpollo.

Se pasó el día hojeando el libro nuevamente.

Cuando finalmente se puso manos a la obra, y con una ingeniosa reserva de gas que hubiera podido estar ardiendo y desperdiciándose por siglos sin ningún problema, Pumo desmontó poco a poco su abominable obra y la fue transformando en lo que después parecería una fortaleza.

• • •

El resto es historia, ¿verdad? Pasó mucho tiempo, pero solito, fue aprendiendo cada vez más cosas. Y lo que era más: después de aplicar simples principios de química que había ido descubriendo conforme hacía experimentos sencillos, dio el siguiente paso lógico y comenzó a producir tecnología básica.

Ahora tenía una nave pequeña con la que podía viajar a altas velocidades y que, por supuesto, lo ayudaba a no tener que hacer él solo el recorrido desde su casita hasta el área de construcción. Tal objeto no tenía luces ni computadoras. Era algo así como un monocarril. Pero no se daba abasto a sí mismo: siempre se le ocurría una nueva idea y llevaba a cabo muchos proyectos al mismo tiempo.

Empezó a fundar órbitas muy largas que no eran otra cosa que caminos que llevaban directamente hasta las corrientes del hoyo negro, para hacer otros viajes. Así, descubrió novedosos principios de energía, materiales diferentes, otros tipos de gases, minerales y elementos que lo llevaron a producir objetos que no necesariamente eran de metal.

Pumo estuvo trabajando cinco años sin parar...

Y cuando digo sin parar, es sin parar siquiera para echarse una siesta o recrearse un rato. Pumo no duerme. Tampoco come o bebe. No se detuvo ni un minuto.

Cuando ese tiempo transcurrió, decidió parar finalmente e ir a su casita.

Y se quedó ahí, viendo la pared, sin hacer absolutamente nada.

Había completado todas sus tareas. Ahora pensaba qué hacer. Al parecer, no se detenía a paladear los logros ni disfrutarlos. Simplemente pensaba de qué modo podría proseguir. Pimpollo reposaba a un lado de la cuevita. La casa contaba ahora con una lámpara que colgaba del techo y que brillaba bastante (una jaula con una piedrita ígnea flotando en el centro). Pumo había descubierto que las ilustraciones cobraban aspectos renovados cuando los miraba bajo la luz (tenían colores).

Cuando se asomó fuera... Oh, el panorama era totalmente diferente. Aquel ya no era un mundo oscuro.

Ahí había una ciudadela flotante, colosal, llena de luces de distintos tipos, faros que iluminaban torres enormes con formas misteriosas, interconectadas unas con otras, por las cuales flotaban infinidad de objetos. Al principio parecía una fortaleza medieval, pero luego fue reacomodándose y cambiando, hasta tener luces vivas que con el tiempo se transformaron en extrañas formas vívidas que se movían atareadas aquí y allá.

Ahora tenía extraños artilugios funcionando en base al principio del movimiento perpetuo, cumpliendo funciones mecánicas y repetitivas, ayudándolo a construir nuevas fortalezas en la lejanía, orbitando por autopistas infinitas.

Y mientras tanto, Pumo miraba hacia arriba, a la boca del hoyo negro...

• • •

Todo esto fue explicado solo desde el punto de vista de Meinkherdt, pero había muchos detalles (quizá demasiados), que él mismo no era capaz de revelar. Era imposible ver más allá.

Obviamente, los primeros pasos que Pumo dio en la química se limitaron únicamente a los que había descubierto a partir de soles, planetas y otras cosas despedazadas.

Dentro del hoyo negro hay otra dimensión, otro plano de existencia, que una mente que viviera del otro lado solo podría ser concebir como una no existencia. ¿Cómo si no puede explicarse que Pumo, una criatura oriunda de

adentro, haya estado trabajando a temperaturas infernales, absorto durante días entre cúmulos venenosos?

De allí la advertencia final del brillante hapalokiano que tanto quería a Hathor. Resonó claro en el cuarto donde cinco escuchaban su testimonio con atención: a Pumo no se lo podía matar.

No con un láser, una bala, radiación o impactos de ningún tipo... No se lo podía atacar de una forma convencional y, para los efectos, el medio no convencional para eliminarlo era desconocido.

No tiene importancia si algunas personas consideran arrogantemente que su entorno lo es todo, ya que sus métodos solo le son naturales al universo mismo... por ello la magia no había sido efectiva contra Pumo, por eso el shogun Bermion y el gran patriarca nada habían podido hacer para detenerlo cuando habían conjurado sus maldiciones. Y en mayor extensión, para un plano de poder muchísimo más alto, ni los hapalokianos ni la nigromancia de Mahasiah hubieran logrado absolutamente nada.

Pumo le es ajeno al universo.

«Y por esto, Hathor, es que la caída de la princesa y su fortaleza al hoyo negro, y el encuentro de Pumo con sus cenizas, no fue un milagro o un acontecimiento maravilloso, no fue un despertar ni un renacer... Fue un accidente. Fue una catástrofe».

• • •

Ahora fue Panék quien interrumpió el sueño. El elfo irguió su cabeza y abrió los ojos. Esperó a que los demás despertaran. Boltar seguía enojado, se podía ver en su agitada y resplandeciente mirada. Benertnasch y Alcyone fueron los últimos en volver en sí, como si no quisieran despegarse de la memoria de su hijo.

El shah los miró compasivamente y formuló una pregunta:

—¿Puedo interactuar con el Liquen? ¿Puedo hablarle y hacer una pregunta, Mente Maestra?

Benertnasch no se molestó en hablar. La respuesta fue mental y decidió hacer que resonara en la mente de todos los presentes:

«Puedes hablar con nuestro hijo por el Liquen, pero será una charla muy limitada. Procura que tu pregunta sea concisa».

Panék asistió con respeto.

Observó el pilar y se concentró en el plato:

«Meinkherdt...»

La materia oscura pulsó, el shah la veía con atención.

«Meinkherdt, quiero saber algo muy puntual. Por favor dime: desde que entró en contacto con Pimpollo y empezó a construir su propia tecnología, pasando por su versión del descubrimiento del metal, la etapa industrial, y más tarde la fisión y la era espacial, ¿cuánto tiempo tardó Pumo en desarrollar la tecnología desde su edad de piedra hasta lo que hemos visto en el presente?»

El Liquen comenzó a revolverse lentamente, hasta que todos sintieron la voz del hapalokiano susurrar la respuesta:

«Cincuenta años».

EL PROPÓSITO. LO QUE MORA TRAS EL HOYO NEGRO (III)

Panék no se había dado vuelta todavía para confrontarlos. Su rostro era un acertijo reservado solo para los hapalokianos, quienes estudiaban su cara atentamente. Hathor se cubrió la frente con las manos, desmoralizado.

—Siento un enorme respeto por su enemigo, shah... Espero que no le importe que lo diga.

El lobo sacudió la cabeza, lentamente.

—Yo también lo siento.

Panék empezó a acariciarse la barba, sin decir ni hacer nada. Benertnasch giró la cabeza, vio a su esposa y alargó el brazo hacia ella. Alcyone tomó sus dedos con ambas manos y los sostuvo en su regazo. Hathor, por su parte, miraba el suelo.

—Es un milagro que no te hayas tenido que desatar —musitó Panék.

El elfo no contestó, simplemente frotó sus párpados. «Ya ha encontrado otro mundo para ellos —pensó— ya no tiene importancia».

Boltar tenía la mirada perdida. Los hapalokianos lo observaban, pero el lobo estaba tan ausente que no lo notaba, o quizá simplemente no le interesaba.

—Meinkherdt...

Todas las miradas se volvieron a Hathor.

—Por favor, cuéntenos todo lo que tengas que decir. Todo lo que has registrado. Y quien no lo quiera escuchar es libre de marcharse.

Alzó la vista a Panék.

—Quiero saberlo todo.

Observó a los padres de su amigo, suplicante, en búsqueda de su aprobación.

—Se los ruego. Solo un poco más.

Los hapalokianos se vieron las caras y cuando pusieron sus manos a cada

lado del tabernáculo y acercaron los dedos al Liquen, Hathor les susurró las gracias y cerró los ojos...

• • •

Hasta este punto, está clara una cosa: Pumo no es parecido a ningún ser que habite en ninguna parte del universo. Ni biológicamente (pues no tiene nada de biológico), ni por los elementos misteriosos que lo componen y lo mantienen existiendo (porque también huelga decir que hay otros seres no físicos como los fuegos fatuos, entre muchos otros).

La mejor forma de expresar la diferencia entre él y el resto es decir que Pumo no va a evolucionar de su forma actual jamás.

En pocas palabras: no le va a pasar lo mismo que a Hathor y los antiguos, quienes a su vez son un espejo de lo que serán algún día los elfos, y de forma parecida pasará también con los ogros, los hapalokianos, los yovedianos...

Por supuesto, la balanza de la creación es justa y rara vez desequilibrada, pues a cambio, Pumo, un ser de inteligencia incalculable, va a seguir incrementando su tecnología hasta niveles insospechados y es posible que tenga una vida inusitadamente larga para hacerlo.

El día que finalmente pudo salir del hoyo negro (y en ese departamento se las vio mucho más canutas que cualquier raza que lo único que tenía que hacer era atravesar la atmósfera de su planeta) hubo una gran conmoción. Lo venía planeando desde hacía mucho tiempo y, después de enviar varias sondas exitosamente, que desde luego le reportaron infinidad de fotos e imágenes del otro lado, decidió que había llegado la hora de enviar la primera nave tripulada al exterior.

El detalle es que la primera nave tripulada sería, de hecho, la única, la que lo llevaría a él...

Era una fortaleza alargada y enorme, como la cabeza de un hongo llevada a dimensiones exageradas. Se le podía ver una línea de horizonte, sobre cuya superficie amanecía gracias a las luces de las muchas fortalezas espaciales flotando aquí y allá unidas entre sí por órbitas macizas que se intercalaban aparatosamente llenando la nada.

La superficie se hallaba perlada de faros redondos con aspecto frío, esterilizado y cruel, como ojos de una araña desafiando la oscuridad del túnel.

La primera hipótesis había sido calculada minuciosamente: la nave, al

igual que las primeras sondas que había enviado afuera, tendría que estar rodeada de infinitud de campos de fuerza mantendrían y restaurarían entre sí, para no ser víctima del impío poder masivo e incalculable regurgitando en los labios del fenómeno cuántico, y prevenir así que se alargase como un fideo y desapareciera en la nada. También abriría un agujero de gusanos tan pronto hiciera contacto con el plano universal (pero sin haber salido todavía del hoyo) para orbitarse hacia arriba tan rápido como le fuera posible. Sin embargo, al poco tiempo, Pumo descubrió un método mucho más fácil de hacerlo y desarrolló la tecnología para lograrlo: apenas entrara a la garganta del agujero, la nave cambiaría súbitamente de dimensión, viajaría debajo de la manta de la materia oscura y, cuando se hubiere alejado lo suficiente del campo de atracción del monstruo, volvería al plano original.

Al principio, el mismo Pumo pensó que tendría que sacar varias naves espaciales con el objeto de traerse cualquier cantidad de cosas que consiguiera de afuera. Pero su propia inventiva y feroz avance tecnológico corrigieron sus propias proyecciones: ahora sacaba polvo que quedaba atrapado del Horizonte de Sucesos del hoyo negro, y lo reconstruía con máquinas complejas allá abajo. De ese modo, él no solo obtenía materiales sino cualquier cantidad de información de afuera, cosas que incluso razas avanzadas creían destruidas para siempre.

Por lo tanto, su salida sería una experiencia, por decirlo de algún modo, personal. Tenía una idea bastante clara de qué había allá, pero quería verlo con sus propios ojos. Quería estar en el lugar de donde había venido Pimpollo.

• • •

La enorme nave espacial flotaba triunfalmente afuera, en el universo, equipada con sistemas de luces que servían para un hoyo negro pero que ahí no tenían ninguna utilidad. Pumo empezó a observar y, desde luego, fue observado...

Cada vez que la computadora le indicaba que había una nave espacial a determinados años luz de distancia, lo primero que hacía era correr hacia Pimpollo y empezar a dar vuelta las páginas en busca de un modelo para hacer comparaciones con las imágenes que le llegaban a la computadora.

Y sucedió algo que bien podría ser visto como un suceso muy gracioso o muy triste: conocía tan poco sobre los seres de afuera que, si alguna vez

alguien intentó establecer contacto con él (de las poquísimas veces que a uno le dan ganas de hacer semejante cosa con un vehículo sideral que no aparece en ningún registro), Pumo jamás recibió la señal y tampoco pudo enviar una, porque a pesar de todo, su nave no estaba equipada para ello. Por lo que muchas veces vio pasar de largo grandes vehículos siderales tras una ventana...

Cuanto más estudiaba a la gente de afuera, más inhóspitos se le hacían, y por una razón sencilla: cada nueva conducta le generaba tres preguntas más. Pumo aprendió a conocerlos, pero no a entenderlos. Supo muy pronto que él era tan diferente de ellos como ellos de él.

El día que llegaron los tenazians, se enteró de que él también producía curiosidad a las personas de afuera. Ninguno iba a establecer contacto directo, pero lo estudiaban, y él sabía que lo estudiaban. Cuanto más mejoraba los mecanismos y computadoras de su nave espacial, más le tiraban del tobillo para avisarle que lo estaban observando con tecnologías de diversa índole, hasta el punto en que sabía incluso a qué horas lo hacían.

Quizá los tenazians no hubiesen estudiado con tanto ahínco a Pumo de saber que los podía ver mejor a ellos que ellos a él. Eso fue exactamente lo que hizo. Cuando creyó haber comprendido un patrón de conductas entre razas que vivían a cientos de miles de años luz entre sí (porque no olvidemos que aunque alguien del planeta C32X fuera irreconciliablemente diferente a nosotros, para Pumo seríamos hermanos) supo cómo era la vida de aquellos que eran muchos, en contraste con la suya, que en cambio estaba solito.

Un día, de casualidad, se le ocurrió mirar a uno de los tripulantes de la nave tenazian cuando este tenía relaciones íntimas.

Eso, por supuesto, lo confundió mucho, tanto, que en determinado momento acarició la idea de tomar el miniovni, conducir hasta allá, infiltrarse dentro, y preguntarles directamente qué estaban haciendo.

Afortunadamente, como se le ocurrió una idea muy interesante poco después, desistió de ello, debido a que a menos que se trate de una cuestión de lógica, Pumo carece de algo como el sexto sentido, y por lo tanto, no es capaz de pensar algo que vaya entre las líneas de «tal vez no sea buena idea».

Pero mientras trabajaba, se le ocurrió que esa debía ser la forma de reproducción de los del otro lado, y entonces supo que él nunca podría estar acompañado, nunca podría reproducirse. Pumo estaba ahí para estar solo.

Y esa fue una idea que se quedó con él y que meditó incluso tiempo después de que terminara de trabajar, cuando se suponía que debía estar

pensando en nuevas cosas.

Cuando regresó al hoyo negro, hubo una diferencia que no se hubiera esperado jamás con respecto a aquella vez que viajó entre las corrientes de los abismos: ya no sentía mucha curiosidad por lo que estaba pasando en el universo, pero todavía le interesaba crear tecnología que fuera más propicia para estar en ese lugar, en caso que algún día pudiera necesitarla. Pumo comprendía muy bien cómo funcionaba ese fenómeno llamado física que dentro del hoyo negro no existía, o al menos, no del mismo modo que afuera.

Una vez que el túnel de los tiempos se abrió dentro del agujero negro, dejó su colosal nave espacial estacionada entre los enormes silos misteriosos de luces lejanas, frente a enormes mundos artificiales y tenebrosos, con pulsos, espectros y espejismos que él había creado, y regresó a su casita, al «caparazón de caracol».

Hizo a Pimpollo a un lado y se puso a mirar la pared.

Sus viajes habían reportado experiencias interesantes e inquietantemente reveladoras: no había otro como él. Jamás lo habría.

Estaba solo, y lo que era más importante: siempre lo estaría.

Siempre.

¿Y qué pasaría entonces? Pasaría que simplemente moriría con el tiempo, y aquí no habría pasado nada...

¿Qué tiempo de vida le quedaba? ¿Un año? ¿Dos? ¿El equivalente a una persona? ¿O más bien miles de años? Lo ignoraba...

Pumo entonces se asomó por la puerta y, desde ahí, miró sus grandes creaciones. Sin siquiera planteárselo, tuvo un nuevo propósito en la vida... Ya no le gustaban ni los planetoides, ni las órbitas, ni las naves, ni los obreros ni los subobrereros robóticos. Ya no le gustaban las torres, los portales, las máquinas de impulso, los recolectores, ni las fuentes de energía. Ya no le parecía bien el modo en que las había creado ni la forma en que trabajaban. Y por sobre todas las cosas, si algún día salía de nuevo del agujero negro, no lo haría en la misma nave espacial: se le habían ocurrido ahí, en ese instante, muchísimas cosas que podrían mejorarla, además de ideas nuevas que harían otra nave mucho mejor.

Pumo flotó por su cuenta en dirección a las grandes luces.

Iba a crear, otra vez...

• • •

Pasó mucho tiempo desde entonces. ¿Cuánto? No se sabe. Dentro del hoyo negro el tiempo no existe, así que ahora mismo no sabemos qué ha sido de Armitánn de los tenazians, ni de aquellos que miraron a Pumo la primera vez que se aventuró en el universo.

En esta oportunidad se hallaba otra vez afuera, a bordo de una nave espacial que en nada se parecía a la anterior, tanto en forma como en materia. Era un gran objeto alargado y difuso, como «algo» construido por miles de hilos de luces que viajaban siempre dentro de un banco de neblina. Era el primer prototipo de un vehículo puramente dimensional, porque de ese modo Pumo podría estar en el universo pero a la vez dentro del hoyo negro. Asimismo, podría alternar con una tercera dimensión: un lugar artificial, de su creación, en el que había puesto mucho empeño pero que valía la pena porque así no tenía que cargar encima con una enorme cantidad de objetos que le podrían hacer falta y que hubieran demandado un tamaño que no era práctico para un vehículo espacial, y que tampoco era bueno tener flotando dentro del hoyo negro, porque era espacio mal utilizado.

En cuanto a viajar, Pumo había descubierto que se podía abrir otro agujero de gusanos dentro de un agujero de gusanos, y aunque eso procuraba un viaje bastante más rápido, era muy turbulento, por lo tanto, su modo de surcar el cosmos había cambiado. Era como tomar un inmenso mapa y trazar un punto A y un punto B, y en vez de arrojar un carrito con ruedas por el medio, él lo doblaba, encaraba a las letras y abría un hoyo en medio para transportarse directamente...

Al menos, podría decirse que «algo así» era lo que hacía Pumo con la materia oscura (aquello de lo que el universo está hecho).

Pero dicen que en toda la creación, hay leyes ineludibles para todas y cada una de las criaturas que existen, y que suelen aplicarse en el momento que ellas menos esperan. Lamentablemente, para Pumo, que ya llevaba mucho tiempo afuera, fue así.

Estaba estacionado en el medio de la nada, revisando una enana blanca que estaba por unirse con una estrella azul formando una singularidad cósmica muy extraña, cuando detectó una cuadrilla de naves espaciales a menos de un año luz de distancia, haciendo algo a lo que Pumo ya estaba acostumbrado: observarlo. De hecho, estuvieron haciéndolo por más de una semana.

Desde los tenazians, nadie se había animado a verlo tan de cerca. Solo que ahora se sumaba una particularidad: cada vez llegaban más flotillas,

amontonándose en un cúmulo inquietante, con las narices de sus fortalezas apuntando directamente hacia él...

La nave le avisó a Pumo de aquello, pero él no le prestó demasiada atención. No en ese momento.

Finalmente la enana blanca y la estrella azul se fusionaron y formaron un nuevo tipo de estrella, que emitía destellos y radiaciones con propiedades completamente nuevas y muy interesantes, y lanzaba chorros de energía estelar. El día que ya no hubo nada nuevo que aprender de ello, Pumo determinó que había llegado la hora de marcharse. Y estuvo a punto de hacerlo, pero le llamó la atención el hecho de que había un escuadrón entero delante suyo. Tanto así, que eran incluso visibles con un telescopio de mediana categoría. Se veían como un enjambre. Esto, por supuesto, le produjo curiosidad. Así que los enfocó de cerca y encontró algo que lo dejó helado...

No era la extraña forma de sus rostros, ni tampoco su modo de vida o sus costumbres. Era eso que estaban construyendo justo en medio de aquellos muelles gigantes, entre complejos silos blanquecinos y un montón de gente en trajes espaciales revoloteando aquí y allá.

Al principio le produjo un TUM TUM muy desagradable en su «corazón». Tomó nota de ello al instante, pero tardó en digerirlo y tuvo que aceptarlo lentamente.

Estaban construyendo una nave espacial...

Una muy parecida a la nave-robot que él había creado fuera del hoyo negro para recoger muestras interesantes con el fin de llevárselas directamente o colarlas por «el tubo» (un agujero de gusanos personalizado) con el que los objetos le llegaban como si fuera correspondencia.

Viéndola bien, decir que se parecía a su modelo no era exacto: era idéntica. Como un dibujo calcado.

La reconoció rápidamente y, lo que era peor, se fijó que ellos estaban viendo en su dirección no solo para seguir estudiando su nave, sino para empezar la construcción de otros objetos que se iban pareciendo muchísimo a su nave dimensional.

En pocas palabras: estaban copiando su trabajo.

La primera reacción de Pumo, tal como se ha dicho ya, fue de sorpresa. Pero poco a poco empezó a florecer una emoción que nunca había sentido, y que en magnitud, rivalizaba con aquel sentimiento de profunda sorpresa que había experimentado al ver a Pimpollo por primera vez, o de reconocimiento

propio cuando se miró en un espejo.

Era enojo.

Y lo que era peor, escalaba cada vez más, no tenía fondo...

Le empezaron a aparecer rayas con forma de V sobre los ojos, a la vez que la materia de la que él estaba compuesto vibraba sin control.

Llegó un punto en el que estaba furioso pero a la vez sorprendido, quería tomar lo que fuera y empezar a hacer registros científicos sobre lo que estaba sucediéndole, pero al mismo tiempo le costaba barbaridades, lo que desembocó en que sintiera todavía más curiosidad.

Así que, al cabo de unas horas, sucedieron varias cosas:

La primera fue que hizo desaparecer su nave de la vista de aquellos pillos. La segunda, es que Pumo no solo inventó su primer sistema de comunicación estelar, sino que además aprendió a hablar la lengua de esos seres en una hora. Fue así como los líderes de la flotilla recibieron una misiva que venía directamente de su base...

Una misiva en su propio idioma que, traducido al lenguaje que hasta ahora le hemos visto usar a Pumo, podría verse algo más o menos así:

De haber intentado atacar la nave de Pumo, se habrían encontrado con lo

obvio: un campo de fuerza. Pero si hubieran logrado debilitar el campo de fuerza (cosa harto difícil, porque este en particular no solo era terriblemente resistente, sino que además era inteligente y podía tomar energía de fuentes que encontraba en el espacio para mantenerse óptimo) detrás había otro campo igual, y después otro.

Pero aun si hubiesen desvanecidos todos, se las habrían visto con otra cosa: un campo de fuerza prototipo que llevaba cualquier impacto directamente a otra dimensión, por lo que dispararle era como tratar de pegarle a un agujero. Y aun en el caso absolutamente improbable de que hubieran conseguido anularlo o hubieran sabido «qué hacer» con eso, habría otro inconveniente: el fuselaje de la nave de Pumo era a prueba del campo gravitacional voraz y casi todopoderoso del agujero negro, por lo que magullarlo no era trabajo ni siquiera para superhéroes, por no contar con que llegar al casco sería un problema ya que la nave estaba en dos dimensiones, y desde el punto de vista de la física que rige nuestro lado del universo, era imposible pegarle así.

Sin embargo, a menos que Pumo se propusiera intentar golpearlos con su propia nave, no habría podido responder en una situación bélica por una sencilla razón: no tenía armas.

Ese fue un día muy especial pero a la vez muy triste.

Pumo no solo descubrió el enojo, sino que, además, se le ocurrió crear armas...

• • •

Él sabía lo que era un arma. Había comprendido el concepto pocos días después de salir por primera vez del hoyo negro, cuando analizaba una nave espacial de la primera raza extraterrestre que no solo había encontrado, sino que lo había encontrado a él: los arfetuba.

Tienes que recordar una cosa, Hathor: Pumo viene de un mundo (si es que podemos llamar mundo a aquello que describe su complejo plano dimensional; ni en este estado me puedo permitir arrojar palabras a la ligera) en el que no existe ninguna otra criatura (si es que se lo puede llamar criatura) salvo él.

Es Pumo y solo Pumo.

Por lo tanto, él pensó, durante toda su vida (hasta el evento que marcó la llegada de Pimpollo) que era la única cosa viva en toda la creación.

Así que no es raro que no supiera lo que era un arma, o tan siquiera acariciara el concepto más básico de semejante cosa. Para crear armas se necesita un propósito y él carecía de los elementos que justificaran ese propósito.

Nadie le dijo para qué servían, pero desde que vio que «aquellas herramientas tubulares y alargadas» no parecían cumplir con una tarea precisamente constructiva, supo inmediatamente por dónde iban los tiros. Todo llegó a él como una revelación. Pumo se había dado cuenta de que si bien la boca del hoyo negro era una de las cosas más hostiles del universo, la paz y calma que se hallaban dentro eran un valor del cual el exterior carecía. Y por ello había sobradas razones para tener sus propias armas. Y lo que era peor: tenía ideas bastante aproximadas de cómo hacerlas.

Lo primero fue crear bombas.

Pumo quería tenerlas porque lo que mejor recordaba de su enemigo era simplemente lo que había visto: aquello había sido un cúmulo, un panal de naves espaciales. Siguiendo la lógica, él sabía que esas naves debían salir de algún sitio... Y si sus sospechas no eran del todo infundadas, había una probabilidad muy alta de que vinieran de esas cosas llamadas planetas: la unidad íntegra de lo que, a menudo, llegaba hecho polvo a los agujeros negros.

Crear armas a gran escala tenía sentido.

Pumo se había enojado, sí, pero ahora estaba pensando lógicamente, como siempre. Y —lógicamente— tenía que estar a la altura de las circunstancias. Ese día se fue de vuelta a su hogar.

Los tenazians, que luego de la primera misión, reanudaron su tarea de mirar a Pumo, se desesperaron por haberlo perdido otra vez. La primera vez habían tenido la suerte de encontrarlo poco después, pero esta vez se había ido por un tiempo indefinido. Había que recurrir al experto en la materia.

Llamaron a un tal Armitánn para que diera sus opiniones al respecto. Nadie sabía absolutamente nada. Los poderosos radares tenazian (algunos adheridos a sondas espaciales que viajaban por agujeros de gusanos y creaban telarañas en sectores de la galaxia) no pudieron conseguir una sola pista de Pumo...

Sin embargo, semanas después, no fue Armitánn quien tuvo el privilegio de volver a avistar su nave (esta vez completamente cambiada, para su infinita sorpresa) sino su compañero más cercano, Frevann.

Quizá lo mejor de todo era que los agradables tenazian, que llevaban un

nombre bastante más amenazador que el aspecto que tenían, habían conocido, por vez primera, a otra especie extraterrestre que también era muy vanguardista y que, además, estaba interesada en Pumo: los ofiura.

Lo observaron atentamente durante varios días y lo que era más, lo estaban siguiendo lentamente con las sondas-radar (los ofiura en cambio tenían otro modo de rastreo: creaban «ventanas» dimensionales que mostraban imágenes a otros sectores de la galaxia).

Armitánn se impresionó mucho al darse cuenta, gracias a una ventana ofiura, de que Pumo había creado robots de diverso tipo.

Quizá no era lo mismo, quizá de hecho jamás lo sería, pero sintió calidez cuando comprobó que, de algún modo, ya no estaba tan solo.

Sin embargo, esa calidez duró muy poco.

Los ánimos se apagaron lentamente cuando escucharon una serie de sonidos extraños y repetitivos que venían de allá, de donde Pumo estaba.

Una vez, y otra vez, y otra, y otra, y otra...

Antes de que ocurriera la infamia, se oyó a uno de los ofiura susurrar: «Es una cuenta regresiva».

Y entonces ocurrió. Un sector del universo se incendió.

Antes de que pudieran darse cuenta de nada, todos cayeron al piso. Casi todas las ventanas espía de los ofiura se cerraron. El suelo comenzó a vibrar y una nave tuvo que retirarse inmediatamente con un solo motor funcionando y un escaso brillo de interferencia eléctrica brotando alrededor de su superficie. Varias de las sondas-radar quedaron hechas añicos y las que no fueron alcanzadas por la monstruosa supernova sencillamente se estropearon.

Al final, solo dos aparatos pudieron captar lo que había pasado, aunque los tenazian no lo necesitaban ni los ofiura tampoco...

Cuando Frevann se irguió, frotándose la cara, alcanzó a ver a Armitánn, de rodillas viendo, desolado y boquiabierto, hacia la pantalla.

Pumo había probado una bomba.

—¡Por el amor de todos los Sagrados, larguémonos de aquí!

Pero él no se movía de su sitio, seguía absorto. Los ofiura habían regresado a sus puestos de trabajo y leían los datos que les llegaban.

—¡Suban inmediatamente los campos de fuerza! ¡Pero por todos los Sagrados!

Todas las pantallas mostraban una lluvia de interferencia y líneas sin forma que surcaban el monitor en una repetición eterna. Al fondo, la esfera blanca seguía creciendo cada vez más.

Sucedió otro temblor todavía más fuerte. Los chasquidos de las paredes se repitieron. Se multiplicaban las personas que trotaban aquí y allá.

—¡Teletransporten a los tenazian ahora!

Frevann tomó a Armitánn del brazo, pero ni se dio cuenta. Su mirada no se despegaba del frente, no daba crédito a sus ojos.

—¡Los teletransportadores no funcionan!

Un ofiura escupió una grosería que ni siquiera el sistema de traducción pudo trasladar a la lengua de sus nuevos amigos. Las naves empezaron a moverse por su cuenta. El jefe estaba explicando al trasbordador de la otra especie que se iban a tener que llevar a sus tripulantes a otro lado y que luego harían contacto para intercambiarlos, pero la flota tenazian ni siquiera contestó el llamado: ya se estaban marchando.

—¡Vámonos ya!

Frevann empujaba violentamente a Armitánn por la puerta. Antes de cruzar el umbral, giró la cabeza y vio por última vez el vitral: la explosión era una llaga en el universo.

Pocos días después, llegaron a una conclusión de lo ocurrido.

Estabilizaron sus máquinas y pudieron analizar la explosión y todo lo que había ocurrido, antes y después de ella.

Como era costumbre, tenían que enviar la información a «casa», su planeta natal, Comando Central de los ofiura, y se apostaron cerca de un sistema planetario enorme para esperar órdenes.

La respuesta llegó en tiempo récord: vuelvan a casa de inmediato. Nunca más volverían a ver a Pumo. La misión se había terminado.

Al momento de despedirse, Armitánn fue el más frío.

Ni siquiera cuando hizo su reverencia final, ni cuando retornó a la nave y vio a los suyos, ni tampoco cuando llegó a casa y vio a esa persona que él tanto amaba, pudo sacarse esa imagen de la mente... Imagen que, como otros grandes descubridores, hizo cambiar su forma de ver al universo.

No fue la visión cegadora. No eran los reflejos de la computadora, ni las letras verdes sobre fondo negro que indicaban que el impacto había tenido una fuerza de diez mil supernovas y una capacidad para destruir una veintena de sistemas solares puestos juntos.

No, ni siquiera eso...

Era el indicador que estaba abajo lo que jamás olvidaría.

Ese que había calculado uno de los radares tenazian antes del estallido, tras un breve vistazo de la cámara...

Pumo había creado miles de millones de bombas.

PIMPOLLO. LO QUE MORA TRAS EL HOYO NEGRO (IV)

Panék detuvo al Liquen una vez más y se disculpó ante los padres de Meinkherdt, levantando la palma de la mano. El elfo dio entonces la espalda a todos y miró por la ventana, con los brazos apoyados sobre su escritorio.

Hathor tenía la cabeza gacha no decía absolutamente nada. Pero por dentro, odiaba lo que sentía otra vez, con todo su corazón.

Se odiaba a sí mismo y odiaba saber en qué estaba pensando Panék. Odiaba que tuviera toda la razón, que estuviera en todo su derecho.

Boltar se hallaba de brazos cruzados, con la espalda apoyada en el respaldo de la silla, viendo hacia un costado. Su mirada salvaje se había esfumado. Él también compartía el mismo sentimiento. Sabía que en ese momento Hathor precisaba su apoyo, pero no era capaz de dárselo, porque estaba demasiado ocupado luchando contra sus propios demonios, y eso era egoísta, sin dudas.

Era como un prisionero sin opciones, que debe tragarse sus razones, su nobleza y su orgullo. Dios, cómo le dolía eso...

Por ello, todo lo que pudo hacer el lobo fue decirlo lo suficientemente alto como para que Panék lo escuchara:

—Hathor, siento que hayas corrido un riesgo tan grande por nosotros. Lo siento mucho.

—DIO...

Todos giraron la cabeza para ver a Panék. La esfera computarizada levitó detrás del escritorio y se colocó frente a él. Sus monitores holográficos comenzaron a girar en torno suyo, mostrando el rostro de los presentes. Fue casi indiscreto que se tomara la libertad de incluir a Meinkherdt entre ellos.

—¿Recuerdas cuando me mostraste los resultados de tus investigaciones acerca de Pumo?

«Sí, Panék».

—Quiero que vuelvas a la parte en la que me hablaste de los tenazians.
«Sí».

—Quiero que me digas cuánto ha pasado desde que tomaron notas sobre Pumo por primera vez.

«81 zikles».

Boltar miró al frente.

—¿81 zikles?

—Es el sistema de años en Iapetus, shah —explicó Panék—, lo usan los ogros y a veces los elfos. Se mide cuando nuestras lunas dan una vuelta alrededor de Saturno.

—Viene a ser treinta y cinco años para ti, Boltar —musitó Hathor, sin dejar de ver al suelo.

—DIO, ¿recuerdas que me hablaste de los ofiura? ¿Recuerdas que me mostraste sus testimonios?

«Sí, Panék».

—No puedo citar el nombre del ser ofiura del que me hablaste, porque dijiste que era «no interpretable», pero era algo respecto a nunca dormir y evolución. ¿Podrías volver a reproducirlo, por favor?

«Su tecnología está en constante evolución. Cada vez descubre nuevas formas de viajar más eficazmente por el universo. Cosa que es por cierto admirable, teniendo en cuenta que su puerta de salida es un hoyo negro».

—«No interpretable (sujeto 2)», de los ofiura.

«Lo hemos observado por años. Entra y sale. “Nos visita” constantemente. Y no se detiene. Una vez estuvo tres meses seguidos en el universo, y por tres meses no le quitamos el ojo de encima. Pumo no duerme, no descansa, no come, no bebe. Solo trabaja. Vive para trabajar».

—«No interpretable», de los ofiura.

Antes de que Hathor comprendiera finalmente lo que estaba sucediendo, Boltar se pasó una mano por la cabeza y decidió desviar su mirada de Panék cuando este se dio media vuelta y los encaró:

—Eso quiere decir que los datos que Meinkherdt nos ha ofrecido en su visión son obsoletos. Él observó memorias antiguas y, por lo tanto, Pumo debe haber cambiado muchas cosas desde entonces. En el tiempo presente, debe tener una capacidad bélica aun más grande.

Meditó en silencio. Benertnasch lo miraba fijamente, su rostro era

inescrutable, pero Panék entendía perfectamente qué significaba, sentía el aura del hapalokiano como una marea, la forma en que únicamente un padre, y más que un padre, un shah, podía mirar a otro shah.

«No has controlado a tu rebaño y eso pudo habernos costado la vida a todos».

Panék bajó la cabeza.

Luego observó a Hathor, quien aún no reunía el valor para encararlo. Boltar, que también era un shah, entendía tan bien como los otros lo que estaba sucediendo. El lobo tenía una profunda mirada de lamento en sus ojos.

—Estas son las últimas palabras de mi hijo —anunció Alcyone.

• • •

Pumo entendió perfectamente por qué ya nadie estaba observándolo...

Pensó sobre ello, pero no por mucho tiempo. Quizá porque no había propósito en ello, quizá porque de hecho no quiso hacerlo.

No le había molestado que los tenazian lo estudiaran. Incluso se había acostumbrado. Y lo que era más, Pumo observaba mucho a su vez a Armitánn. Pero él también se había marchado junto con ellos, y sabía que era para siempre. Desde luego, también sabía por qué...

Estuvieron viendo a Pumo y se acercaban a él cada vez más. El día de su primer contacto con otra raza era inminente, pero ahora habían volado lejos, como si fueran pájaros a los que él hubiera espantado.

Se quedó mirando a la pared durante horas... Y entonces, cuando se movió, lo primero que hizo fue flotar hasta un panel especial tras muchas computadoras que flotaban, rodeando una pequeña esfera que contenía un montón de datos y fotografías que él mismo había tomado.

Lo activó y surgieron un montón de hologramas, cada uno con un mensaje no muy largo que no solo tenía copias en lenguaje tenazian, sino en miles de idiomas más.

Si uno hubiera podido entender alguno, habría visto que, al pie de cada página virtual, se hallaba escrito un título que rezaba así: «Hola, soy Pumo, así soy yo, y de aquí vengo... Les doy la bienvenida».

Pumo borró el mensaje junto con todas sus copias y apagó la esfera, por siempre.

• • •

Pasó mucho tiempo después de eso, y se hallaba de vuelta en el hoyo negro, trabajando. Estaba completamente aislado, se lo pasaba inventando, creando cosas nuevas y mejorando lo que ya había hecho. Esa era su vida.

Un detalle interesante es que Pumo nunca cometía errores. Quizá su único error era que, cada vez que terminaba de hacer una cosa, no estaba satisfecho con ella, pero no sería justo llamar a eso un error. La única diferencia es que en vez de destruir todo y mandarlo al diablo, tenía talento artístico y se le ocurrían formas de rehacerlo.

El único inconveniente era que cuando empezaba de vuelta, se le volvían a ocurrir otras formas de hacerlo mejor, y ahí es cuando el asunto se ponía realmente pesado... Lo bueno era que al menos se le ocurrían nuevas formas de nuevas formas ya cuando iba por la mitad del proyecto y no después. Eso le permitía ahorrar mucho tiempo.

Pero un día, cometió un legítimo error, o más bien, un detalle que no previó.

Probando la resistencia de sus nuevas órbitas artificiales, liberó un impacto que bien podría ser descrito como un pulso. Pumo se enteró de que un hoyo negro podía desaparecer si, de casualidad, chocaba contra otro hoyo negro. Él ya tenía la forma de prever que ni él ni sus trabajos se vieran comprometidos, pero nunca estaba de más ser un poco paranoico y tomar previsiones extra.

Así que construyó una simulación en pequeña escala de qué sucedería si un hoyo negro chocaba contra otro, para poner a prueba la nueva resistencia de los planetoides artificiales y las órbitas.

¡Éxito! La onda expansiva pasó de largo sin comprometer ni la estabilidad ni la integridad física de sus creaciones.

Pumo vio todo con atención, comprobó el resultado y, a continuación, hizo lo que obviamente habría de hacer después de cerciorarse de que la prueba había resultado tan bien luego de innumerables horas de trabajo y esfuerzo: seguir trabajando en otra cosa.

Así que, al final del día (o días, o semanas), cuando regresó de vuelta a su casita para ver un rato la pared, se dio cuenta de algo inquietante.

Ya no estaba...

Tras la sorpresa inicial, no le tomó mucho tiempo averiguar qué había pasado: había quedado hecha añicos gracias a la onda expansiva.

Pero el problema no era tanto su casita, el problema era lo que estaba adentro de ella...

Pumo construyó de vuelta su hogar con el mismo principio que había utilizado para rearmar cosas una vez que caían convertidas en polvo estelar en el Horizonte de Sucesos de los hoyos negros. Pero una vez que su trabajo estuvo terminado, se dio cuenta de algo: Pimpollo no podía ser restaurado.

La razón era sencilla: no conseguía los fragmentos que necesitaba para hacerlo. Tenía en su poder más del 75%, pero le faltaba el resto. Era imposible que no aparecieran...

Sin embargo, poco después, entendió qué había pasado: la onda expansiva había salido volando hacia arriba, a través de la garganta del hoyo negro, y los fragmentos fueron disparados por el Universo.

El problema era que la onda expansiva no es otra cosa que el resultado de dos hoyos negros chocando, lo que se conoce como un barbarismo cósmico, un evento irrealizable.

Entonces, ¿qué pasó cuando la onda, que había atrapado los fragmentos restantes de Pimpollo y su casita, se proyectó hacia afuera?

La respuesta era simple: los fragmentos cambiaron de dimensión.

Lo que quedaba del libro se hallaba flotando ahora en un proyecto de universo, una versión primigenia y estéril, que al mismo tiempo es una realidad alternativa.

Pumo los clasificó como universo positivo y universo negativo.

Pues bien: Pimpollo se hallaba despedazado en varios lugares del universo negativo. Desde ese momento, algo estuvo claro: lo iba a recuperar. Jamás aceptaría perderlo.

Tampoco iba a poner a funcionar una máquina nueva para que le hiciera una reproducción exacta, no era lo mismo. Por primera vez, Pumo se despegó de la afabilidad tecnológica... porque no, nada emularía a su verdadero Pimpollo.

Cuando regresaba a su casa, no solo veía la pared, sino también el libro. No importaba cuántas veces lo hojeara, ni tampoco que conociera perfectamente cada ilustración, cada detalle, cada línea en todas y cada una de sus páginas. Lo necesitaba de vuelta. Era su objeto preferido. Era la cosa más valiosa que había.

Ningún razonamiento lógico importaba... Simplemente lo quería de vuelta.

Podía seguir creando, podía seguir inventando, podía seguir su «vida», o lo que sea que eso significara, pero Pimpollo era algo demasiado valioso como para perderlo. Era su objeto simbólico, era un hito, era la primera cosa

a la que se había apegado jamás.

Era su segunda posesión material.

No, no iba a perderlo por siempre. Ni siquiera era algo que estaba dentro de un criterio de razonamiento, y mientras nosotros debatíamos el significado de estos acontecimientos, Pumo ya estaba creando una puerta que le permitiera acceder al universo negativo...

• • •

Realizó incontables investigaciones y teorías que lo llevaron a descubrir cómo acceder a semejante lugar. Ya tenía el punto de inicio: el suceso eventual. Sabía que el choque de dos agujeros negros abría, allá afuera, una puerta hacia el universo negativo. El problema era que ahora necesitaba hacerlo no cuando se llevaba a cabo una prueba, o cuando sucediera un accidente, sino por voluntad propia.

Descubrió que el universo negativo era completamente diferente a cualquier dimensión, incluyendo la suya: ahí las cosas permanecían inamovibles, cristalizadas. La materia oscura no existía y la gravedad tampoco. Para los efectos, no se podían cruzar planos allá adentro. Se debía acceder de una forma que solo podía ser descrita como un taladro abriéndose camino a través de una esmeralda, y había que recuperar los fragmentos con un cuidado extraordinario porque, además, huelga decir que Pumo se enteró de que lo que quedaba destruido en el universo negativo quedaba destruido para siempre. Dejaba de existir en toda la creación concebida, incluyendo los hoyos negros.

Otro dato: no podía utilizar una puerta portátil para abrirla a su antojo al sitio que necesitara. Pumo debía ir al espejo y/o representación alternativa del lugar exacto en el universo positivo (conocido también como universo real) donde los fragmentos habían quedado atrapados en su representación del universo negativo, y extraerlas desde ese lugar exacto. Necesitaba crear una puerta para la ocasión, dependiendo del sitio donde estuvieran los fragmentos restantes.

Hathor, esto supone un ejercicio mental muy grande para mí porque en nuestro sistema solar nadie conoce los conceptos que intento explicarte, pero confío en que alguien más te ayudará en caso de que tengas una duda. Nosotros nunca supimos que existía un universo negativo. Pero eso no quiere decir que a estas alturas sea difícil atar cabos: ¿recuerdas esa construcción

enorme, al lado de Solares? ¿Lo que pensábamos que iba a ser una fortaleza inmensa y que empezó a construirse desde el fondo de cuatro cráteres? Bueno: fueron abiertos para erigir la puerta. Esa inmensa cosa que atacamos aquel día es una. Y mientras recibes este mensaje, sigue construyéndose.

La dificultad para lidiar con el universo negativo es tal que debemos estar agradecidos: por ello hemos tenido tiempo. Pero se agota, Hathor, y Pumo conseguirá eventualmente completar su trabajo, tal como lo ha hecho siempre.

No sé si has conseguido una solución para este problema, pero te diría lo mismo que te dije cuando viajamos con la Sobek-Set alrededor de Yóvedi: tu oportunidad vuelve a ser la misma, si quieres poner marcha atrás y escapar, hazlo ahora.

Si no lo haces, y como te conozco, sé que no lo harás, te aconsejo algo, tanto por lo que te he dicho, como por lo que estoy por decirte. Necesitas poner toda la atención posible: evita una confrontación directa con Pumo.

Puede parecer una profanación comparar su ciencia maligna con los antiguos y sobre todo contigo, que eres el más poderoso, el último. El absoluto.

Pero Pumo sabe que eres un dios.

Él te ha visto más de lo que tú crees. Si él pensara que corre peligro, estoy seguro de que hubiera abandonado el proyecto y se hubiera marchado, pero no lo ha hecho, y eso solo me lleva a pensar que tiene un plan, que sabe qué hacer si te liberas y te transformas. Hathor, ten cuidado.

Sé que es difícil pedírtelo, pero debes pedir ayuda a Panék. Él sabrá ayudar y, sobre todo, estoy seguro de que en el fondo querrá hacerlo, aun si sus sentimientos hacia ti son encontrados. Él todavía te ama.

Si él y yo pensamos igual, sé que su solución se basará en algo completamente diferente a lo que hasta entonces fueron nuestros planes (nuestra excusa es que no sabíamos nada), pero está claro que una confrontación directa con él es una locura. ¿Quieres saber qué son realmente los cubos obreros que casi destruyeron a la Sobek-Set? «Instrumentos microbios». Herramientas que construyen y hacen lo que sea. Para Pumo, haberlos usado como armas es proporcionalmente igual a haberse puesto a arrojar tuercas. No te imaginas lo que hay más allá.

Estoy llegando rápidamente a la recta final así que, por favor, presta mucha atención. Te voy a hablar sobre los cabalarians, la última raza atacada antes de que llegara el turno de Yóvedi.

LOS DÍAS FINALES. LO QUE MORA TRAS EL HOYO NEGRO (CONCLUSIÓN)

Vivían en una cadena de planetas que hacían una espiral, en cuyo centro se hallaba la fuente de energía, o el Gran Cristal. Este proveía a todos de luz, y hacía los días hermosos en todos y cada uno de los mundos habitados por los cabalarians.

Ver sus cielos era un espectáculo fascinante, porque podían estar flotando millones de vehículos espaciales (literalmente) sin que ninguno chocara. Habían poblado la tierra y el firmamento. A menudo pasaba una nube artificial sobre la que se hallaba construida una edificación hermosa: un castillo, un palacio o una pirámide, con faros de luces bailando a su alrededor. En los mares había cúpulas inmensas sobresaliendo del agua desde donde se observaban cosas que uno esperaría ver no solo en un escenario futurista sino, además, en un cuento de fantasía.

Nacer cabalarian era un privilegio. ¿Quién sabe? Quizá allá volvían al universo las personas que habían tenido una vida bondadosa en mundos menos avanzados. Un chico cabalarian tenía una infancia hermosa. No hay cómo maravillarse lo suficiente ante la libertad que tenían. Podían tomar una moto espacial que los llevara a pasear a otro planeta, o ir donde quisieran.

Tenían incluso bares y discotecas flotando en el vacío, sobre islotes perfectamente contruidos. Algunos se hallaban incluso en los aros de un planeta pequeño vecino de los más grandes. ¿Te imaginas la vista?

Complejas luces de neón, fuegos de artificio resplandeciendo aquí y allá en el espacio exterior, una autopista sideral compleja y libre... Si uno deseaba ir abajo (a los planetas) se encontraba con enormes y hermosas ciudades. Algunas para vivir, otras solo para entretenerse siempre. Los cabalarian habían creado incluso metrópolis exclusivamente nocturnas, ya que habían conseguido controlar las rotaciones de sus planetas.

Las ciudades «del día» o «del crepúsculo» tenían grandes edificios por

donde caían cascadas. Las calles eran de cristal, los trenes volaban y se entrelazaban con las torres hasta llegar a su destino. Los subterráneos eran sitios grandes y huecos, con muchas luces y fiestas, en los que siempre había seres celebrando y bañándose en gigantescos lagos.

Había otros lugares más tranquilos con mesetas y montañas, llenas de niebla y mucho verde, donde no era raro ver personas sobre nubes o plataformas con bibliotecas flotantes, sumergidas en sus proyectos o estudios, o simplemente, retirándose del mundo. Y ahí, en el medio del campo, se hallaban dos niñas sentadas con unos ojos de color violenta intenso, una a espaldas de la otra, recogiendo los cabellos de su amiga con sus finos dedos, y peinando las suaves y blancas alas que tenía a los lados de su cabeza, que eran apenas más cortas que sus brazos, y que se mantenían extendidas. Pero en ese momento la visión de ambas se nubló y cayeron al suelo tras un estruendo pavoroso.

Intentaron cubrirse mutuamente. Una estaba lastimada, el impacto la hubiera hecho volar por el aire de no ser porque su amiga se aferró a ella.

Luego otra sacudida. Ambas tuvieron tiempo de gritar. La repercusión abisal se dejó oír con un largo, profundo y grotesco gemido tectónico. Y poco después otro estruendo, y otro más. Montañas de tierra explotaron en una columna gigantesca llegando hasta el cielo. Todas las cosas crujían, había avalanchas en las montañas. Una de las chicas pensó que eran meteoros. La otra, que era un poco mayor, estaba convencida de que no: hacía siglos tenían sistemas de defensas contra ellos.

Comprobó que tenía razón tan pronto observó que del firmamento comenzaban a descender millones de cosas extrañas y blancas con forma de cubos. Tuvo miedo. Aferraron sus manos. El único consuelo era saber que había muchos más que lo habían notado, sería imposible si no. Tenían la certeza de que se aproximaban rápidamente para auxiliarlas.

Los primeros que se aventuraron a asomarse por el borde y ver qué había adentro del cráter se encontraron con la sorpresa, como una cachetada en el rostro, de que había tecnología extraterrestre operando y construyendo los cimientos de algo.

Muchos lo vieron, pero fueron las niñas quienes atestiguaron lo más importante: una cápsula espacial blanca había aparecido para supervisar el trabajo.

A partir de este punto, la desgracia siguió su curso natural, tal como ocurrió en Yóvedi. De hecho, fue una copia carbón de los acontecimientos,

solo que, lógicamente, a mayor escala.

Los cabalarians se sorprendieron de lo rápido que esa extraña edificación casi irreal, casi paranormal, crecía desde el fondo de los cráteres.

Cuando se cansaron de lo que estaba ocurriendo y decidieron que era hora de contestar la afrenta, el resultado fue una confrontación tecnológica a gran escala en la que se perdieron millones de vidas.

Lucharon ferozmente. Se desató una guerra planetaria.

Cuando la puerta estaba en un estado de construcción avanzado (Pumo tuvo que recurrir a diferentes campos de fuerza y una puerta dimensional con forma circular para que les fuera imposible traspasarla) empezaron a volar las armas de destrucción masiva más grandes que los cabalarians tenían. Armas que no existían hasta entonces, que habían sido inventadas en aquellos días producto de su desesperación. Pero nada pudieron hacer.

La batalla más grande la libró un héroe. Era nada más ni nada menos que un androide avanzado cuya forma humanoide era, por supuesto, igual a la de un joven habitante de su raza. Durante la batalla, fue ayudado con la mejor tecnología posible. Los cabalarians creían que él tenía alma, y quizá así era. Ya había peleado en tiempos remotos muy difíciles, por conflictos suscitados entre ellos, y había ganado todas las peleas y restaurado la paz. Obviamente, el caso ameritaba despertarlo de nuevo.

Peleó fieramente y ganó muchas peleas, y lo que es más: consiguió derrotar a varias máquinas de Pumo, una peor que la otra. Pero el combate se estaba volviendo cada vez más difícil y, eventualmente, fue destruido por una supercomputadora que estaba dentro de la fortaleza que ahora conocemos como la puerta, cuando finalmente se había logrado infiltrar después de una aventura formidable.

Cuando finalmente se supieron derrotados, los cabalarians resistieron hasta el final. Durante las últimas horas, la espiral de planetas había perdido su órbita, y los mundos se hallaban dispersos. Los rostros de todos los mundos (menos el más grande, aquel donde el fragmento de Pimpollo se encontraba) habían cambiado por completo, pues Pumo arrancó sus atmósferas de cuajo, y lo que era peor: se había hecho con el control del cristal del centro de la órbita, fraccionándolo, dejando que funcionara solo una pequeña parte que, como ya es de imaginarse, alimentaba únicamente al mundo que le interesaba.

Esto nos dice algo, Hathor: Pumo tiene mucho cuidado de no malograr demasiado el planeta a atacar (y hay que ver lo poco que significa la palabra

«demasiado», viendo lo que le hizo a Yóvedi). La razón es obvia: si cambia demasiado la versión positiva de dicho mundo, es posible que su espejo en el universo negativo cambie también, y esto podría producir un daño a los fragmentos. Recordemos que, si quedan destruidos ahí, quedarán destruidos para siempre. Ahora entiendes por qué Pumo hizo añicos los otros planetas cabalarians y dejó intacto al del centro.

Pero eso, claro, hasta que abrió la puerta. Lo que sucedió en ese momento, lo dejo a las más grotescas pesadillas de tu imaginación.

El día final, el día en que la fortaleza estaba lista, y había despegado del suelo y empezado a flotar, el cielo estaba envuelto en una enorme espiral roja, y las nubes eran más oscuras aun. Los cabalarians se reunieron por millones, tomados de las manos, mirándolo, justo antes de ser eliminados de la faz del universo.

Pumo recobró el fragmento, hizo las maletas y se marchó por el cosmos, a través de un agujero negro.

Muy poco tiempo después ¿horas, quizá? Repitió la operación. Tú sabes bien quiénes fueron los siguientes...

Es posible que muchos yovedianos se hayan preguntado lo que yo me pregunté cuando el shah Boltar me mostró el video filmado el día que tuvieron una conversación con Pumo en ese sitio, el Domo de las Naciones... Yo también me pregunté por qué él hablaba en una versión tan extraña de la lengua de los yovedianos (lo que hizo pensar a algunos líderes que Pumo ni siquiera era extraterrestre, sino «algo» que venía del mismo planeta).

La razón es sencilla: Pumo estudia los mundos que va a atacar. Es así como sabe qué esperar. En ese caso, estudió algunas conductas yovedianas. Fue una de las tantas cosas que vi justo antes de perder la conciencia.

Hathor, no lo vas a creer, pero Pumo aprendió la lengua viendo a un joven guepardo hablando a través de esa red primitiva de los yovedianos llamada Internet. Lo que él usa no es otra cosa que un lenguaje típico y muy malsonante de esa pequeña red electrónica.

El adolescente se hallaba sentado en su silla, con la brisa matinal de la ventana acariciando su cara, y sus ojos grandes y dorados fijos en el monitor, charlando con una amiga, sin saber que estaba siendo espiado a millones de años luz por un monstruo.

Suena como algo muy tomado de los pelos, quizá incluso cargante, desquiciado, pero te pido que apliques la más cínica de tus lógicas, y lo veas del mismo modo que yo: para Pumo, los yovedianos son (somos, porque así

nos percibe a todos) como hormigas. Como A y B, y de vez en cuando, C. Fue por eso que no se molestó (y lo que es más importante, si has comprendido bien a Pumo, no le vio la utilidad) en aprender más que el lenguaje básico que estudió de aquel chico. Considéralo una morbosa cortesía de turista. Pumo aprendió un lenguaje, sí, pero no uno convencional: aprendió, sin saberlo, la lengua cibernética, creyendo que sería convencional para el resto del planeta.

A veces, ser extremadamente brillante puede provocar errores extraños, y esto es algo que quiero que el shah Boltar sepa: cuando pronunció un «lol» en el Domo, ante aquel general que lo amenazó con arsenal nuclear, Pumo no se estaba burlando de él ni de nadie, sino que, acorde al básico lenguaje cibernético, era la única respuesta que podía ofrecer considerando los hechos. ¿Pumo sabía lo que significaba? Indudablemente, pero solo podía replicar de ese modo. Él únicamente estaba tratando de encajar la réplica más adecuada con el lenguaje que estaba trabajando.

Es así como todo lo bufonesco del asunto queda completamente anulado para dar pie a algo peor: Pumo no tiene absolutamente nada de simpático. Es un ser pandimensional en su peor forma, y entra lo que tú mismo le explicaste al shah durante la primera conversación en la Sobek-Set: la manera de ser de Pumo no es otra cosa que una conducta aprendida a medida para comunicarse con los del «otro lado», los del universo. Obviamente, nosotros tuvimos el infortunio de conocer al Pumo de Yóvedi, o al Pumo «para» Yóvedi. Reluce la fría personalidad que hubo siempre de trasfondo, el ser calculador y ajeno a nosotros, «la araña» cósmica.

Del resto, no hay nada más que decir. He cumplido. Siento un alivio infinito por ello, Hathor, pero me desvanezco, y sé que ahora mismo me estás llevando al sistema solar. Puedo sentir los ruidos de la Sobek-Set aquí, en la oscuridad de mi mente. Puedo sentir que se mueve, puedo escuchar el agujero de gusanos. Y lo que es más: sé cuando estás cerca de mí, y sé cuando estás orando por mí. Lo he sentido, sé que estás conmigo.

Quiero que sepas que tu decisión ha sido buena: gracias por llevarme de vuelta a casa.

Ten cuidado y considera lo que te he dicho sobre Panék.

Mándale mi cariño a Seshat, a Bastet, a Neftis. Diles que hubiera querido enviar un mensaje especial para cada uno, decirles cuánto lo siento y contarles los buenos momentos personales que pasé con ellos. Pero mis energías debían concentrarse en lo más importante, y lo más importante es lo

que te he dicho.

Diles que los quiero mucho, Hathor. Fueron parte de mi vida.

Te mando un abrazo muy grande con la última de mis fuerzas.

Estoy orgulloso de ti y lo estaré hasta que me extinga.

Adiós, Hathor.

Hasta siempre.

El elfo lloraba.

No dijo nada. Se limpió la cara con el brazo.

—Lo siento —se excusó—, pero quiero estar solo.

Sin embargo, apenas intentó levantarse, Panék lo detuvo.

—Quédate aquí.

Hathor le dedicó una mirada de odio.

—He tomado una decisión y es algo que necesitas saber. Después, te puedes marchar.

—¿Qué sucede?

—Tengo una duda y, lamentablemente, el testimonio de Meinkherdt no pudo resolverla. Esto es algo que debe ser dilucidado antes de que nosotros hagamos cualquier cosa en Yóvedi.

—¿Qué necesitas?

—Tengo que hablar con Pumo.

TRIBULACIONES

La reacción más notoria fue la de Boltar. El lobo se puso de pie y confrontó a Panék.

—Shah, me parece sumamente imprudente.

La réplica no se hizo esperar:

—Es necesario. Tengo una duda muy grande y no vamos a hacer nada hasta que esté resuelta. Usaré a DIO para comunicarme con Pumo del mismo modo que usted lo hizo en su día, shah.

Hathor se le acercó con brusquedad y apartó una silla en medio de ambos.

—¿Qué duda tienes? ¿Cómo hacer semejante cosa?

Lejos de discutir, Panék caminó detrás de su escritorio y abrió una gaveta, de donde sacó un fósforo de madera. Benertnasch y Alcyone Hallyfax guardaban el Liquen sobre un cofre haciéndolo flotar con las órdenes de sus dedos, ajenos a la conversación.

—Para empezar, hay que pedirle permiso para transportar a los yovedianos —explicó, encendiendo un cirio—. No vamos a aparecernos frente a Yóvedi con una multitud de fortalezas espaciales sin que él sepa exactamente cuáles son nuestras intenciones.

Hathor apretó los dientes y miró a otro lado.

—Pero usted ha dicho que tiene una duda, shah —objetó Boltar—. ¿Cuál es?

—Cálmese, porque es una duda razonable, yo también me pregunté lo mismo cuando estaba escuchando a mi hijo.

Todos se sorprendieron, al ver a Benertnasch Hallyfax, que selló su acotación con un último comentario:

—Piense bien lo que va a hacer, shah.

Panék no pudo hacer más que asentir solemnemente.

—Prometo que tendré cuidado, Mente Maestra. En cuanto a ustedes, lamento mantenerlos en suspenso, pero no quiero hablar de ello ahora. Shah,

me gustaría que usted estuviera presente. Sin embargo, le ruego que medite bien si podrá controlarse o no. De ser su reacción la última, entonces prefiero prescindir de usted. Será una charla muy delicada, por no decir que de Pumo depende si podremos retirar a su gente en paz o no. No lo quiero tener del lado malo.

Boltar suspiró y bajó la cabeza.

—De acuerdo. Le ruego que me diga si puedo ayudar en algo.

—Únicamente necesito que escuche, que esté al tanto de lo que se hable.

Lo mismo va también para ti, Hathor.

Hathor no tenía tiempo de escoger delicadamente sus palabras, así que las dijo tal como salieron de sus labios:

—Ten cuidado, por favor. No quiero que Pumo sepa que el sistema solar existe.

Panék meneó la cabeza lentamente, con indiferencia.

—Ya lo sabe. Tan pronto decidiste ocasionarle problemas, lo supo.

Dicho esto le dio la espalda y abrió la puerta a los hapalokianos, antes de abandonar la estancia junto con ellos.

Cuando la puerta se cerró, el lobo miró a Hathor, que se había quedado de pie, sin decir nada.

—Sientes que te culpa con cada palabra, ¿no es así?

El elfo asintió.

—Confío en él, Hathor.

—Lo sé, por eso el precio a pagar es poco. Siempre será poco, por más que me duela admitirlo.

Boltar se puso de pie y lo encaró.

—Puedes venir siempre que lo desees. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo haré, créeme.

—¿Seguirás siendo un pirata del espacio?

—No, no es por eso... Es porque pienso que me van a desterrar ni bien todo esto termine.

El lobo giró la cabeza para mirar a través de la ventana con antipatía.

—Panék jamás me habló de ello.

—Estará fuera de sus manos. Todo el mundo se va a enterar de lo que estamos haciendo en el minuto que comience la movilización requerida para tamaña empresa. Los elfos llevarán todas las fortalezas espaciales que tengan y posiblemente pidan prestadas más a otras lunas si quieren hacerlo antes de que el tiempo calculado por DIO se agote. Los ogros nos darán una mano con

toda seguridad, pero la Hermandad de Planetas no será tan permisiva. Van a pedir mi destierro.

—Permíteme que haga algo.

Hathor meneó la cabeza.

—Si te apareces, empeorarás las cosas.

—¿Pero y qué pasará con todo lo que tienes aquí? ¿Neftis te acompañará?

—No. Neftis se quedará, aun si tienen que obligarla. Jamás la dejarían ir y menos cargando a mi hijo. Me iré solo. Pero te ruego que no digas nada. Ella no debe enterarse de esto.

—Hathor, no quiero que esto suceda. Antes no era justo, pero ahora...

—No —lo interrumpió—. Valió cada segundo.

El lobo se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a pagarte?

—Dándome asilo —suspiró, con una sonrisa afectada.

—No digas tonterías. No quiero ni que lo pidas. ¿Qué pasará con tu hijo?

—El mañana será el mañana. Si me quiere conocer, romperá las reglas también, y vendrá al nuevo hogar, al nuevo Yóvedi.

Hathor bajó la cabeza.

—Pero esa será otra historia, shah.

• • •

Cuando Seshat e Ysaak llegaron a la casa de Pisis, intentaron hacer el menor ruido posible deseando de antemano que no hubiera nadie y que, si hubiera, no los escucharan. Lamentablemente no se les dio ni una cosa ni la otra, debido al reducido tamaño de la cabaña. Tampoco ayudó mucho que ninguno de los dos tuviera una excusa preparada en caso de que no pudieran evitar que lo típico sucediera. Neftis, Pisis y Tepemkau interrumpieron su charla alrededor de la mesa para verlos entrar mientras ellos, a su vez, los miraban con inevitable cara de sorpresa.

—¿Y bien? ¿Dónde estaban?

—En la playa —contestó Seshat, escueta.

—¿Y qué tiene de interesante la playa para haberse quedado hasta el mediodía de hoy?

Ysaak quería intervenir, quizá para salir en defensa de Seshat, o quizá para no quedarse de brazos cruzados, con la chaqueta deportiva en la mano y el cuerpo lleno de arena. Pero era Seshat quien pertenecía a esa luna, no de él, y

era prudente dejar que manejara las cosas.

—Estábamos paseando, y se nos fueron las horas en una larga conversación.

Los elfos se vieron las caras.

—Bueno —puntualizó Pisis—, deberían saber una cosa, en especial tú, Seshat: los padres de Meinkherdt han estado aquí.

Los ojos de la chica se abrieron cuan grandes eran.

—Y han dialogado un muy buen rato con papá, Hathor y el shah de Yóvedi. Parece ser que esta noche va a pasar algo importante, y me parece que tu amigo debería saberlo.

Ysaak casi pudo experimentar el dolor en su pecho:

—¿Nos marchamos?

—No —contestó Neftis—, aún no. No sé bien los detalles. Mientras tanto, y en vista del aspecto que traen, ¿no les interesaría bañarse?

Ambos se vieron las caras.

No pasó mucho tiempo antes de que Hathor apareciera por el umbral de la puerta. Seshat e Ysaak se dieron vuelta.

—Chicos, es bueno verlos.

La elfa fue la primera en hablar.

—¿Los padres de Meinkherdt estuvieron aquí?

—Estuvieron, sí.

Una expresión de vergüenza surcó su rostro.

—No te sientas mal —se adelantó—. No hacía falta que tú también hablaras con ellos.

—¿Qué... qué te dijeron?

—Nada. Solo vinieron a traer un mensaje de Meinkherdt. Luego te hablaré de ello, pero ahora, vamos a comer.

Sin mediar palabras, Seshat se marchó a la sala, cabizbaja. El tigre la siguió.

Hubo un rato de silencio en el que los presentes se aseguraron de que los chicos no pudieran escuchar sus palabras.

—¿Cuándo le hablarás sobre lo que dijo Meinkherdt? —preguntó Neftis, suavemente.

—Luego. No quiero verla llorando ahora, este no es el momento.

—Tienes razón. ¿Y lo de la conversación entre Panék y Pumo?

—¿No se los dijiste tú?

—Les mentí —declaró—. Prefiero que lo hagas tú o Boltar. Además, no

estaba segura de que quisieran que ellos se enteraran.

—Ciertamente —prosiguió Tepemkau— quizá no sea prudente que el chico esté presente cuando papá hable con ese canalla del quinto infierno.

—Ysaak es muy inteligente, él no haría una escena.

—Concedo que se ve como un chico bastante listo, pero francamente no lo culparía si hiciera una. ¿Estás seguro de que el nuevo planeta cubrirá las necesidades de esta gente, Hathor?

—Fue Panék quien lo sugirió.

Pisis no pudo evitar una expresión de lamento. Apartó la silla y se levantó, sin decir palabra. Aquello sucedía cada vez que escuchaba a Hathor referirse a Panék como tal. El resto de los hermanos lo llamaba: «papá».

—¿Cómo se comunicarán con él, Hathor? —cuestionó Tepemkau—. ¿Viajarán con la Sobek-Set? ¿O mejor, con la nave de papá?

—DIO.

El elfo se llevó una mano a la frente.

—Siempre se me olvida DIO.

Podía escucharse el tenue sonido de la ducha funcionando desde ahí. Aquello hizo reaccionar a Neftis.

—Deberías llamar a Boltar. Almorzaremos dentro de poco. ¿Panék vendrá?

—Lo dudo —contestó Hathor.

—Debe estar trabajando aún en todo este asunto.

—Puede ser.

«Como también puede ser que yo le arruine el apetito», pensó, con hosquedad.

• • •

Una vez que estuvieron todos sentados en la mesa (Tepemkau había matado un cerdo aquella mañana) los elfos bromearon sobre el enorme apetito de los yovedianos y, como no daba tiempo de cocer más carne, Pisis preparó una abundante cantidad de papas.

Durante la comida, fue Boltar quien informó a Seshat e Ysaak sobre los últimos detalles: entablarían comunicación directa con el enemigo, puesto que Panék tenía una duda que, según él mismo, era razonable y que, visto y considerando la nueva información (les contó vagamente acerca de las visiones de Meinkherdt), había que comprender que el shah tenía razón en no

mover ninguna pieza blanca sobre el tablero hasta estar en conocimiento de la reacción que habría de las piezas negras. Y así como lo de Meinkherdt había afectado visiblemente las ganas de comer de Seshat, el resto había puesto al joven tigre en un estado de ansiedad que, con poco éxito pero razonable estoicismo, consiguió esconder.

—¿Cuándo será esta reunión?

—A la puesta del sol —confirmó Boltar—, Panék necesita tiempo para diseñar una estrategia diplomática. Viendo la forma como trabaja, me hace sentir algo de vergüenza el modo como nosotros abordamos la situación en el Domo de las Naciones.

—Era completamente diferente —objetó Hathor.

—Creo que deberían hablar del nuevo planeta, si me permiten, en especial usted, shah —repuso Tepemkau—. La colonización es un tema complejo.

—No tan complejo si nosotros les prestamos algo de tecnología.

—Eso sería ideal, sí... pero cómo se nota que lo dices porque papá no está aquí, Pisis.

—Un minuto, solo dije «algo»... y tampoco es cuestión de arrojarlos ahí y ya, ¿no?

Mientras el grupo se enfrascaba cada vez más en la discusión, Seshat e Ysaak aprovecharon la oportunidad para escapar. Se sentaron en la escalinata ante la puerta de la cabaña, donde la brisa les acariciaba la cara y podían seguir escuchando el murmullo de las voces conocidas.

—¿Qué piensas respecto a todo esto?

Ysaak tardó más de lo normal en contestar.

—Pienso en que quiero que vengas al nuevo hogar.

Ambos se miraron.

—¿No quisieras estar conmigo, en el sistema solar? Si hay que ir, iría, pero ¿no querías esa alternativa, también?

—También, pero eventualmente querría ambas opciones, y quizá sea imposible. Tampoco me dejarían estar aquí mucho tiempo, ¿verdad?

Seshat bajó la cabeza y empezó a dibujar algo invisible en el suelo, con el dedo.

—Temo lo que ellos decidan cuando el éxodo termine.

—Yo también.

Observaron la silueta de Saturno entre profundos vórtices de nubes anaranjadas.

Ysaak giró la cabeza para corroborar que la puerta permanecía cerrada y

alargó la mano hasta la de Seshat.

• • •

No pasó demasiado antes de que el día se pusiera frío y los demás decidieran dormir una siesta. Habían acordado que un descanso era la mejor forma de dejar pasar el tiempo. Tepemkau regresó a su cabaña y Pisis se instaló en su recámara luego de activar el robot de limpieza, mientras Hathor y Neftis permanecían juntos en el cuarto de huéspedes. Boltar dormitaba sobre el largo sofá de la sala.

Ysaak y Seshat no durmieron, se mantuvieron afuera. Las luces del pueblo, así como también las de la cabaña de Panék, se encendieron cuando se puso el sol.

El shah de los elfos apareció por el camino, aproximándose lentamente. La elfa se puso en pie de un salto y entró a la casa para avisar a los demás.

«Ya es hora», le susurró a Hathor al oído, mientras se hallaba acurrucado en su cama, abrazando desde atrás a Neftis.

Para cuando Panék cruzó el umbral de la puerta, todos estaban preparados, mirándolo.

—DIO ha establecido comunicación con Pumo hace quince minutos — anunció.

Aquella revelación tomó a todos por sorpresa.

—Pensé que estaríamos presentes desde el principio —articuló Boltar, preocupado.

—Temí que no consiguiera establecer contacto estando tan lejano. Una vez más, los antiguos consiguen sorprenderme —declaró—. Por otro lado, era posible que Pumo declinara la conversación. No quería hacerlos ir para nada y, por otro lado, aún no he hablado con él, shah. DIO simplemente informó que el contacto se había establecido. Pienso que Pumo escuchará lo que digamos, de un modo u otro.

Hathor y el lobo se vieron las caras. Sus miradas de complicidad indicaban que no podían estar más de acuerdo con esa última afirmación.

A pesar de que Pisis se había levantado también, y que el único ausente era Tepemkau, tanto ella como Neftis prefirieron hacerse a un lado y permitir a Panék estar con los más interesados. Seshat, sin embargo, no se quedó atrás: quiso acompañar a Ysaak. Nadie objetó, pero cuando caminaban por el sendero, el shah la esperó a un paso de la puerta y la encaró:

—Pase lo que pase, debes mantenerte en silencio.

La chica asintió.

Lo siguiente que oyeron fue el crujido de la puerta abriéndose.

DIO se hallaba flotando a poca altura sobre el escritorio. En la esfera orbitaban luces extrañas. Sus monitores no reflejaban nada.

Al frente no había más que dos sillas para Hathor y Boltar, y una más grande del otro lado, que desde luego pertenecía a Panék. Seshat e Ysaak resolvieron sentarse juntos en el suelo, de espaldas a un antiguo estante de libros.

El elfo observaba con atención a DIO. Había algo siniestro en su mirada, que hizo que la atmósfera se volviera tensa de un segundo a otro. No había sido imaginación de nadie, ni mucho menos de Panék: Boltar colocó una mano en su hombro, y aunque Hathor sintió el significado de ello, nadie fue ajeno a la intimidante vibración que manaba de él.

Panék se lo quedó viendo.

—Hathor, si eres tú quien debe retirarse, hazlo ahora, si tienes a bien.

Pero él lo encaró, con unos ojos más terribles aun que la mirada que él le devolvía.

—Voy a contenerme, no te preocupes.

—Esto no es un asunto personal, ni mucho menos vas a vengar la muerte de Meinkherdt. ¿Eso está claro, verdad?

Ysaak se sintió turbado. Hablarle de ese modo a Hathor, cuando una bestia colosal parecía estar dormida dentro de él, haciendo figuras que en su imaginación se asemejaban a un monstruo moviéndose bajo un mundo de sábanas, parecía un atrevimiento atroz.

—Te he dicho que no te preocupes.

Panék lo observó un rato más, antes de desviar la mirada hacia Boltar.

—¿Está preparado, shah?

El lobo asintió.

—Yo también intentaré mantenerme al margen de la conversación —declaró—. Mi relación con el enemigo es absolutamente banal. Me causa asco tener que ser testigo de esto de nuevo, y si lo hago, es porque preciso saber cuál es la duda que usted tuvo esta mañana.

Panék lo vio con poca convicción. Parecía confiar más en los jóvenes que en los adultos.

Jamás Seshat había sentido un aura que pudiera ser tan penetrante y turbia. Varias veces giró la cabeza para mirar a Ysaak, que se mantenía atento a la

esfera, con rostro digno, pero oscurecido por un sombrío odio.

—DIO, ¿la conexión sigue establecida?

Las letras emergieron de dos pantallas especialmente grandes delante y detrás de la esfera: la que estaba frente a Panék y la que se hallaba frente a Hathor y Boltar.

ESTÁ ESTABLECIDA, PANÉK.

EL VÍNCULO SIGUE ACTIVO.

El shah bajó la mirada y juntó las manos, que emergían desnudas de las largas mangas de su túnica.

—Pumo. ¿Me escuchas?

No hubo respuesta.

—Estoy llamando desde un lugar lejano que quizá ya conoces. Mi nombre es Panék. Soy un elfo, raza de quienes sabrás ya un par de cosas. Si no es posible establecer una comunicación directa, me gustaría dejar un mensaje, que espero te llegue a la brevedad...

De pronto unas letras se materializaron en la pantalla, como una aparición espectral:

Hallo thar.

Su rostro reflejó una gélida sorpresa. Miró al frente; el elfo y el lobo le confirmaron lo que necesitaba saber cuando asintieron.

—Es él —susurró Hathor.

No podía dejar de pensar en el Liquen, en todo lo que había visto y escuchado durante la visión de Meinkherdt... Le causaba malestar saber que se estaba comunicando ahora con aquella criatura.

—Pumo, me alegra conocerte. Te estoy hablando a través de una entidad tecnológica conocida como DIO.

Yez.

—Primero, quiero explicarte quiénes están aquí: Hathor, a quien conoces. Boltar, presidente del Nyhm y representante de Yóvedi, que también conoces. Además...

Panék vio ansiosamente a Ysaak.

—...está Ysaak, quien tampoco es un desconocido para ti, así como Seshat, quien es parte de la tripulación de Hathor.

Yez.

—Pumo, quiero comenzar esta comunicación aclarando que yo no tengo relación alguna con Hathor. No subestimo el alcance de tus estudios ni investigaciones, pero considero importante aclarar lo siguiente: ambos somos

elfos, pero no aliados. Tampoco soy aliado, bajo ningún pretexto, de Boltar, que lo acompaña. Insisto: no somos amigos y no soy partícipe ni simpatizante de sus ideas ni de sus acciones. ¿Comprendes eso?

Yez.

—Habiéndolo aclarado, quiero hacerte una petición: ¿no quieres hablar en nuestra lengua? Podríamos comunicarnos mejor si así fuera.

Sí. Está bien.

Hathor y Boltar se vieron las caras, y luego se fijaron en Panék.

—¿Ha diseñado un traductor de lengua élfica? —preguntó Hathor, en voz muy baja.

—No —contestó Panék, meneando la cabeza, y colocando una mano con la palma abierta frente a DIO—. Lo ha aprendido. Lo ha aprendido de ustedes.

El elfo entrelazó los dedos de las manos y preguntó:

—¿Sabes exactamente quién es Hathor, Pumo?

Sí. Sé exactamente quién es Hathor.

—¿Sabes qué característica especial lo diferencia de los demás elfos?

Sí. Sé qué característica lo diferencia de los demás elfos.

Pumo estuvo investigando.

La expresión en el rostro del shah fue de desaliento.

—Pumo, conversamos con Meinkherdt...

Esperó una respuesta, pero no hubo ninguna. El monitor seguía blanco.

—Sabemos qué es Pimpollo.

Panék decidió esperar un tiempo prudencial. Pero tampoco hubo respuesta.

—Pumo, ¿hay algo que podamos hacer por ti?

No. No hay nada que puedan hacer por mí.

—Te podríamos ofrecer una réplica exacta de Pimpollo. Ni más fea ni más bella, ni con más detalles pero tampoco con menos. Si fueras capaz de explicar sus imágenes, o mostrarnos representaciones a través de tu tecnología, hay personas que lo dibujarían nuevamente para ti, y sería igual al libro que perdiste.

Seshat despegó la espalda del estante de libros, ansiosa. Ysaak no había alterado su rostro, pero sus brazos temblaban.

—Pumo... ¿Estarías interesado en esa oferta?

No. No estaría interesado en esa oferta.

—Yo no estoy aliado con los yovedianos, sé que ya te lo dije. Tampoco

estoy con Hathor ni su tripulación, y sé que también te lo he dicho. Pero te hablo desde el corazón: ¿tienes idea del daño que has causado?

Sí. Tengo idea del daño que he causado.

—¿No te parece que el exterminio de una especie es un hecho injusto?

No. No me parece que el exterminio de una especie sea un hecho injusto.

—¿Tienes conocimiento de hasta qué punto es capaz de sufrir un ser de carne y hueso? ¿No te parece lamentable?

Sí. Sé hasta qué punto es capaz de sufrir un ser de carne y hueso.

No, no me parece lamentable.

—¿Hay forma de que tú y yo podamos negociar?

No. No hay forma de que tú y yo podamos negociar.

Panék se quedó viendo con atención al frente.

Boltar miraba al otro lado de la habitación, con la espalda apoyada en el respaldo de la silla. Hathor se mantenía inmóvil.

—Pumo, entonces quiero pedirte algo.

Formula tu petición.

—Ellos han venido a mí para pedir ayuda, y yo he encontrado una solución que puede favorecer a ambos lados, y que no exigirá ningún sacrificio tuyo ni de tu agenda: queremos migrar a los seres vivos del planeta Yóvedi. Para ello, vamos a necesitar muchas fortalezas cósmicas que llevaremos cerca. Es necesario que lo sepas.

Las palabras no tardaron en emerger:

¿Van a llevarse a los habitantes del planeta?

—Así es, Pumo.

No los voy a dejar hacer eso.

LA DECISIÓN DE PANÉK

El terror inundó los ojos de Hathor y Boltar; Ysaak no pudo evitar ponerse en pie. Seshat lo siguió, tan impresionada como él.

—¿Pero qué demonios?! —gritó Hathor, sin importarle que DIO estuviera comunicando el mensaje.

Panék dio un manotazo sobre el escritorio.

—¡Basta! —rugió—. ¡Si intervienes te irás de mi despacho!

Boltar giró la cabeza y miró a Ysaak, consternado, después desvió la mirada hacia Panék.

Todo se había hecho polvo en segundos. La falsa sensación de seguridad del día anterior desapareció. Súbitamente, los planos estelares que Panék había colocado a un lado del escritorio y que indicaban con complejas líneas trazadas por medio de compases holográficos la estrella pequeña que representaba el nuevo hogar, lucían como basura antigua.

—¿Acaso esta era su duda, shah? —preguntó Boltar.

El elfo asintió, colocando los codos sobre la mesa y las manos a cada lado de sus sienes. Cerró los ojos, respirando profundamente. A diferencia de los demás, no parecía sorprendido.

—Es el mismo motivo por el que no dejaste marcharse a los cabalarians, cuando ellos estaban perdiendo la guerra, ¿no es así, Pumo?

Sí.

Boltar comprendió todo en un segundo. Jamás hubiera pensado que podría tener espacio en aquel maremoto de desesperanza para sentirse tan estúpido. Lo que Panék había visto era exactamente lo mismo que también había sopesado Benertnasch Hallyfax.

—Siempre me pareció extraño que los cabalarians, siendo una raza muy avanzada, no hubieran decidido escapar rumbo al espacio cuando todo estaba perdido, shah —explicó Panék—. Tenía que sacarme esta duda del pecho, y como ve, ha sido prudente hacerlo.

Hathor, sin embargo, no quería dejar las cosas así:

—¿Por qué?

Panék lo miró.

—¿Por qué haces esto, maldito seas? —preguntó a la esfera—. Dinos por qué no vas a dejar que se marchen.

Equivalencia cósmica y paradimensional. Tribulación de planos espaciales que deben encontrar armonía. Revolución de movimiento que afecta niveles superiores de todo lo que existe dentro de la materia oscura. Hecho absoluto. Cambio estelar basado en evento espacial (parte 1).

$$\begin{array}{l} \text{NiT: } \overset{3}{xas} (2.56.43201-234 \times <32> [\text{YuX} \{z32\}-32] \overset{x}{-xif3})^{\overset{T.1}{x}} \\ \text{Ui: } \overset{s}{\text{thif}} (\overset{x}{3.21,000,1} z[z^*ihgt]/1) \overset{3}{x} \\ \text{LTh: } \overset{c}{3jezX} \text{ ESPACIO}^1-3922111'0-d9/2^{\overset{09.2(21)}{c}} \\ \hline 982.229.000.000.000 \overset{32}{<z0r} 390'2.139 (z.3-z.4) \overset{c}{<1.08> (x-32 [-23<_2>\{.00.1\}] -000)} \end{array} \quad \left. \begin{array}{l} \text{NmX} - \text{xe2} \\ + \\ \text{Xnm} + 2\text{ex} \\ ? \end{array} \right\}$$

Antes de que la ecuación continuara haciéndose más larga, Hathor lo interrumpió con un rugido:

—¡NO! ¡Nada de eso! ¡Explícate de una maldita vez y hazlo en términos sencillos!

Las letras se borraron. En un segundo emergió otra respuesta:

Si el planeta cambia de un lado, cambia del otro.

—¿Acaso más de lo que lo has cambiado tú? —se burló Boltar, con veneno en la voz— No tiene sentido.

Los cambios fueron deshechos a tiempo. No hubo transformación definitiva en el planeta. No hubo daño a Pimpollo. Pumo mide consecuencias antes de realizar acciones.

—Maldito hijo de perra, ¿y qué hay con todas las personas que asesinaste? ¿Eso no fue un cambio lo suficientemente grande como para que se registrara en la línea de sucesos?

Pumo tomó medidas. Necesita un número primo de habitantes para que no haya conjunción. El mínimo es 19%.

—¿Y es el 19% el que sobrevive ahora en Yóvedi, Pumo? —preguntó

Panék.

En Yóvedi hay 18.9%.

—Pero necesitas el número exacto, ¿no es así?

Sí.

—No entiendo, entonces ¿cómo...?

Con la respiración entrecortada, Panék se interrumpió y miró a Boltar a los ojos. Lo entendió todo. El lobo abrió los ojos con dolor.

Pumo almacenó gente.

—Necesito que Ysaak se marche del cuarto, Hathor —ordenó Panék.

Hathor levantó la cabeza al sentir una mano sobre su hombro; para su sorpresa, era Ysaak.

—No lo haré.

Pero Panék ni siquiera lo escuchaba:

—Shah Boltar —dijo—, necesito que haga que el chico se marche.

El lobo le hizo saber, con rostro afligido, que sus manos estaban atadas. Giró la cabeza y vio entonces al muchacho, que enfrentaba a Panék con la mirada, y lo tomó del brazo.

—Ysaak, tienes que ser fuerte, ¿bien? Eso es lo que tu otosa hubiera querido.

Las lágrimas empezaron a correr por el rostro del joven tigre.

Panék prosiguió:

—¿No podrías clonar sistemáticamente una y otra vez a esa gente que está en tu poder hasta hacer ese 19% necesario, y dejar ir a los que están en el planeta?

No sería lo mismo. Pumo pensó en eso también.

Hubo silencio.

Panék observaba detenidamente la esfera.

—Pumo...

Cerró los ojos, llevándose los dedos a la sien:

—¿A ti se te ocurre una solución para que los yovedianos puedan ser preservados?

Sí.

—Por favor, dínoslo.

Pumo posee una réplica de la cadena genética completa de cada ser del planeta vivo y muerto. Los elfos pueden cultivarla y hacerlos nacer en otro mundo de condiciones semejantes. Pumo puede ofrecer réplicas.

Panék se dejó caer sobre el respaldo de la silla y se frotó los párpados, mortificado.

—Ellos no pueden aceptar eso, Pumo.

No hubo respuesta.

—¿Podría preguntarte cómo obtuviste toda esa data?

Sí. Pumo la obtuvo haciendo un análisis.

—¿Un análisis al planeta? Por un momento pensé que habías empezado a extraer una muestra de sangre o tejido de cada ser vivo y muerto en Yóvedi.

No. Pumo obtuvo la información genética haciendo un escaneo de su mundo.

—En caso de que hubiera aceptado tu propuesta: ¿qué nos habrías dado exactamente? ¿Datos de información genética?

No. Cultivos. Pumo puede fabricar ADN a partir del agua.

Panék intercambió miradas con Hathor por un buen rato, meneando la cabeza en silencio.

—Me temo entonces... que no hay nada que esté en mi poder hacer para ayudar a quienes se te han opuesto. Quería buscar una solución, pero está más que claro que no es posible y, por lo tanto, mi mediación ha finalizado. Es hora de dejar a los yovedianos a su suerte. Lamento haber interrumpido. Saludos, Pumo.

Saludos.

—DIO fuera.

La esfera dejó de brillar y como manifestación clara de que el nexo con el abismo se había cortado, sus monitores empezaron a girar mecánicamente, reflejando el rostro de todos y cada uno de los presentes en el despacho.

Cuando Panék volvió a hablar, su tono de voz fue tajante:

—DIO, apágate ahora mismo.

La esfera obedeció odiosamente. Descendió sobre el escritorio mientras desaparecían las manifestaciones holográficas en su órbita.

Panék se levantó de la silla, la tomó por los costados y caminó con ella hasta la puerta. Giró el picaporte y la dejó afuera, dando luego un portazo, como si quisiera asegurarse de que no hubiera peligro alguno de que pudiera escuchar sus próximas palabras:

—¿Quieres salvar a esta gente? ¿Quieres cumplir con tu maldita promesa?

—Sí, eso quiero —declaró Hathor, con solemnidad.

—Pues está bien. Busca a Tepemkau, dile que baje al pueblo inmediatamente y que llame a una junta de emergencia.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a la guerra.

EL NUEVO CONCILIO

Panék se hallaba sentado en la mesa del comedor de Pisis, que era considerablemente más larga que su escritorio. Próximo a él estaba un elfo de avanzada edad, gordo, canoso y pálido, con una tupida barba propia de un rey, observando a su shah con preocupación. Del lado opuesto había otro individuo muy alto, de nariz aguileña y ojos rasgados, de cabellos dorados impecablemente peinados hacia atrás. Su perfecta expresión fría se hallaba, sin embargo, desfigurada.

El elfo de la barba se frotó los ojos, meneando la cabeza.

—¿Me estás diciendo que vamos a entrar en guerra por un motivo que viola absolutamente todos y cada uno de los principios más sagrados de la Hermandad de Planetas, encima rompiendo la paz que tantos años ha durado en el sistema solar?

—El sistema solar no está obligado a acompañarnos, Geryon —repuso— y la guerra no será aquí.

—Pero aun así —se permitió agregar el otro, con un tono de voz bastante alto—. Aun si logaras pasar por el ojo de la aguja esta locura que jamás pensé propia de ti, aun si aceptáramos las tonterías que has dicho hasta este minuto, ¿el resultado de la guerra, depende nada más ni nada menos que de tomar a nuestro adversario desprevenido?

Panék suspiró.

Nadie le había hablado jamás en ese tono, ni usado semejantes palabras, por lo menos no en sus largos años al frente de Titán. Pero no necesitaba hacer un examen de conciencia para entender que no quedaba otra más que permitírsele: el elfo Pruflas tenía toda la razón.

El leal Geryon, sin embargo, no apreciaba esto, pero sabía que Panék estaba en posición de ser cuestionado.

—Panék —musitó lentamente el anciano—, empecemos otra vez: ¿por qué estás haciendo esto, en primer lugar? Yo te conozco y una buena razón

debe haber.

—Me atengo al Principio de Solidaridad entre Mundos —sentenció.

Pruflas se rió sarcásticamente y cruzó los brazos. Un mechón de pelo le caía por su frente, dándole apariencia de loco. Intentaba ocultar que respiraba agitadamente.

—Si sales con eso mañana en el Concilio, te comerán vivo, y lo sabes. Te la estás jugando, Panék, te las estás jugando todas, y por algo que francamente no soy capaz de entender.

Lo que hacía todavía más antipática la escena era que, del otro extremo de la mesa, Boltar los observaba, en silencio.

—Vas a perder tu cargo mañana, eso es definitivo —comentó Pruflas, como si tal cosa—. Se elegirá a un nuevo shah, por fin.

Panék no tardó en replicar:

—El planeta Yóvedi es uno entre mil millones. Un mundo enorme y sólido, rico en todos los recursos imaginables. El shah ante ustedes está a la cabeza de una especie brillante, con un futuro prometedor.

—¿Y qué clase de excusa es esa para entrar en una guerra? —gritó Pruflas, con hastío.

—La excusa es que si es requerido, podrán extraer las riquezas que consideren convenientes de nuestro planeta: yo autorizaré personalmente que reciban un generoso porcentaje de sus minerales —intervino Boltar.

Pruflas observó al lobo con un rostro de superioridad que era más parecido al asco que a cualquier otra cosa.

—Exijo que traigas a DIO en este instante.

Panék observó entonces a Geryon. El anciano entrecerró los ojos devolviéndole la mirada:

—No quieres que lo vea, ¿no es así?

—¿Lo quieres ver?

—Sí. Quiero preguntarle quién es nuestro enemigo. Y no me interesa que Hathor sea el único que puede utilizarlo: yo le daré instrucciones.

—Es obvio que no quiere que lo veamos —ladró Pruflas, burlonamente—. Dios sabe qué nos podría decir DIO. Eso te da una idea de hasta qué punto está dispuesto el shah a arriesgarnos.

Hathor escuchaba todo desde la otra sala. A su lado estaban Ysaak, Seshat, Pisis y Tepemkau (quien apretaba los puños cada vez que le alzaban la voz a su padre).

Sabía perfectamente por qué Panék intentaba desviar la atención de la

supercomputadora: si esta les decía la mitad de las cosas que había investigado, la situación empeoraría tres veces más, y eso sin considerar que también había omitido hablar del Liquen y las revelaciones de Meinkherdt.

—No vamos a ir a ninguna guerra y eso es todo. Punto final. Mañana habrá una votación en el concilio que sellará por siempre esta idiotez. Pasado mañana, se conformará una sociedad para elegir a un nuevo shah. Si quieres conservar tu dignidad, renuncia mañana después de la votación. No importa que en tu tiempo hayas sido una figura muy importante; esto prueba que ya no eres el apropiado.

—Eso lo veremos.

El solo hecho de que Panék no perdiera la compostura servía para encender más las llamas de Pruflas, que apretó los puños.

Geryon se aclaró la garganta.

—Pruflas, ¿te importaría volver a tu casa y descansar? Mañana hablaremos de esto. Quisiera conversar a solas con Panék.

—¡Y una porquería! —ladró—. ¡Esto se resuelve ahora!

—Pruflas, por lo mismo: deja que hable con Panék.

—¿Y por qué lo tienes que hacer tú? ¿Acaso no ves hasta dónde han llegado los delirios de este incompetente?

Pisis se abrazó al brazo de Tepemkau...

—Te recuerdo que es tu shah. Tú tampoco estás en condiciones de discutir esto hasta que se te enfríe la boca. Por favor, márchate a casa y prepárate para encarar la situación mañana, que es en lo que deberías estar trabajando ahora.

La tranquilidad de Geryon para encarar la situación provocó una reacción distinta. Los labios de Pruflas temblaron. Las venas alrededor del cuello se movían como si fueran las cuerdas de un instrumento musical.

—Te lo dejo a ti entonces —gruñó.

Apartó la silla y se levantó. Por si su brusquedad no fuera poco, decidió sacudirse los hombros, en un insulto final.

Cruzó el umbral y dio un portazo. Ninguno de los que quedaban en la mesa dijo palabra alguna hasta que escucharon la carroza alejarse.

El general miró con ojos de halcón y una ceja enarcada a Panék.

—Dime una cosa... ¿Esto será extremadamente peligroso, verdad?

—Más de lo que te imaginas —confesó, como si le hubieran quitado un peso de encima.

El anciano suspiró, sobando su mejilla.

—Tan peligroso —prosiguió Panék— que debería ser más una operación

especial que una guerra. Hay que llegar y matar al enemigo lo más rápidamente posible.

Luego de un silencio prolongado, Geryon levantó la cabeza y vociferó:
—¡HATHOR! ¡Ven acá!

Hathor se levantó mecánicamente del sofá y caminó derecho al comedor, convencido de que había cosas de su niñez que jamás cambiarían, sin importar qué tan grande fuera.

—Haz el favor de sentarte —indicó, señalándole una silla—. Quiero que me expliques todo lo que le escuchaste decir a Panék, pero con tus propias palabras. Voy a tener que defender a tu viejo mañana y por esto me estoy jugando el puesto yo también. Y usted... —dijo, apuntando a Boltar con el dedo—. Usted también me va a explicar todo sin omitir nada. ¿Qué está pasando aquí?

• • •

No sería exagerado afirmar que pasaron la noche hablando.

Varias veces, incluso cuando la oscuridad estaba diluida y el amanecer se veía llegar, mencionaron que había que dormir para recobrar fuerzas y afrontar el difícilísimo día que los esperaba, pero fue en vano: siempre había algo más que aclarar. DIO robó un par de horas al relatar, una vez más y para el general Geryon, la información que había reunido sobre Pumo. Luego de eso, Panék no pudo seguir traicionando a su viejo amigo: le contó buena parte del último relato de Meinkherdt y, con él, la información que faltaba para conocer los hechos.

Sobre la mesa había varias tazas vacías, que se acumularon durante la noche. Nadie mostró signos de debilidad, estaban demasiado angustiados o pensativos para ello. No conforme con enfrentar el problema inicial, tenían otro: el canciller supremo Pruflas se había mostrado dispuesto a cargar contra su propio shah.

Cuando el fresco de la mañana impregnó el aire, Pisis sorprendió a Geryon, el único que no se había levantado de la silla, con los ojos cerrados. Cuando se le acercó, la chica descubrió que estaba meditando.

—¿Quiere otra taza, general?

—No, cariño. No te preocupes.

Panék vestía ahora una túnica distinta y mucho más elegante, de hombros anchos con bordados en oro y diamantes y pliegues de seda cayendo tras él,

bastante largos, complejos y señoriales. Se colocaba su sombrero sacerdotal, viendo al frente.

—Puedo retrasar el Concilio hasta bien entrada la tarde —dijo—. Eso les daría tiempo de dormir.

Geryon casi pegó un salto sobre la silla.

—No, no, nada de eso —reclamó, girándose—. Eso solo nos pondría más nerviosos. Vamos a salir de esto ya. No quiero que vean que tenemos algo que ocultar, aunque Dios sabe que así es.

Pisis observó entonces a su padre, asustada. Panék asintió penosamente:

—Hay detalles que ha dicho DIO que preferiría ocultarle al Concilio. Y eso por no decir que básicamente estaremos escondiendo no menos del 70% de los testimonios de Meinkherdt. De no ser porque todos se están preguntando qué hacían Benertnasch Hallyfax y su esposa Alcyone aquí en Titán, lo hubiera omitido por completo. Ahora solo puedo agradecer que sean hapalokianos.

—¿Qué quieres decir, pa’?

—Que esos elfos remilgosos no se irán hasta Amaltea para investigar por sí mismos que la versión de Panék sea verdadera —explicó Geryon—. Ese es nuestro as, hacernos la vida difícil, pero no iría tan lejos como para visitar a los hapalokianos. Y afortunadamente de DIO saben muy poco.

Boltar, quien también había cambiado la ropa por el elegante traje con el que la gente estaba acostumbrada a verlo como shah en su mundo, se estaba anudando la corbata cuando intervino en la conversación:

—¿Hathor se aseguró de borrar las partes desagradables?

—Las partes «más» desagradables, hijo mío —lo corrigió el anciano general—. No hay parte en ese maldito documental que no sea horrenda. Y quiera la gloria que lo que quedó no sea suficiente para alterar a Pruflas y sus seguidores aun más.

Las pisadas de Panék se escucharon cuando caminó hasta la mesa y colocó su mano sobre el hombro del anciano.

—Viejo amigo, muchas gracias.

—Gracias, por nada. Procura que tu plan salga bien cuando llegue el momento de la verdad allá, donde sea que quede el planeta del shah aquí presente.

Hathor cruzó el comedor, con DIO flotando lentamente detrás él. Sus monitores estaban encendidos, más grandes, visibles, e intimidantes que nunca. Escupía luces que formaban haces cónicos.

—General, si de algo le sirve, no iremos solos. Yo voy a ayudar en todo lo que pueda.

—¿Qué quieres decir, muchacho?

—Recurriré a los ogros tan pronto me sea posible. Les pediré ayuda a ellos también.

El anciano meneó la cabeza, lentamente.

—Vanadio del Titanium no te va a ayudar.

—Él es un amigo de la infancia y conozco bien su sentimiento por nosotros —replicó—. Iré con Knaach si es necesario.

Aquellas palabras provocaron un suspiro en el anciano, que meneó la cabeza nuevamente.

—El hermano de Claudia es hoy un rey, Hathor. No es lo mismo. Hay un millón de cosas en las que Vanadio puede asistirte, pero esta no es una de ellas. De todos modos, no hará daño tocar la puerta, y si has de ir, hazlo con cuidado: él no es alguien a quien puedas manipular. Si pudieran traspasar su mente al elfo más diplomático y agudo, nadie notaría la diferencia. Es una mezcla perfecta de ambas cosas.

—Admito que lo de Knaach fue muy sucio —se disculpó— pero quiero que me escuche.

—Y no lo objeto. Si consiguieras su ayuda, sería maravilloso. Es más: significaría una carta muy importante en el Concilio de los Elfos. Pero te sugiero que tengas cuidado de no mencionarlo. Si al final no obtienes nada, lo pueden usar para arruinar nuestros planes.

Hathor asintió.

—Entendido. Iré también al palacio a dejarles claro que, de perderse la más mínima cosa, de salir algo mal, voy a hacerlo finalmente: voy a libe...

—Mantendrás cerrada la boca —lo cortó Panék, enérgicamente.

Reinó un momento de incómodo silencio. Hathor lo miró, enojado. Geryon torció la boca y suspiró en silencio.

—Tengo entendido que alguien más irá, ¿no es así, shah? —preguntó a Boltar, en un obvio intento por salvar la conversación—. ¿Un acompañante suyo?

—Ysaak.

Geryon observó al tigre de arriba abajo. El contraste de su estatura comparada a la de Seshat lo hacía parecer especialmente grande.

—Bueh, es una pena. Con diez años menos, habría sido mucho mejor.

Ysaak observó a Seshat, nervioso, y luego a Hathor, sin saber qué decir.

—Una bola de pelos con mirada triste habría sido sustancialmente mejor ante esos cocodrilos de corazón de piedra. Pero supongo que tenemos que trabajar con lo que tenemos.

Tepemkau traspasó la puerta, más agitado que de costumbre.

—Pá'... general, todo está listo: los... los elfos están llegando al... al Palacio de Hamíl.

Panék hizo un asentimiento y palmeó a Tepemkau en la espalda.

—Hazme el favor de tranquilizarte, ¿bien?

—Bien.

—Ahora ve. Geryon y yo nos adelantaremos, el resto irá en la segunda carroza. La introducción la debo hacer solo. Ustedes entrarán a la sala cuando los llamemos.

—¿Partimos entonces?

—En diez minutos, voy a buscar un par de cosas que debo preparar. Sé que llegaremos tarde, pero si los vamos a hacer enojar, los haremos enojar con estilo. ¿Te parece?

—Dios mío —gimió el anciano.

• • •

Hathor y el general se hallaban fuera de la cabaña, caminando juntos por el pasto, cerca de una enorme carroza élfica tirada por cuatro caballos impecablemente negros con unos cuernos enormes y entrelazados que parecían cornucopias sobre sus frentes.

Geryon suspiró observando al elfo con un ojo entrecerrado, lo que le confería el aspecto de un búho.

—Ha sido difícil, ¿verdad?

Hathor no necesitaba mayores explicaciones.

—Lo ha sido —contestó.

—No es por ser parcial con Panék, pero para él es tan difícil como para ti. Y estoy tomando en consideración la muerte de Meinkherdt, que también le duele.

El elfo no pudo replicar, solo miró hacia abajo.

Geryon observó la cabaña de la colina, como si pudiera ver a Panék detrás de las ventanas.

—Lo tienes que entender a pesar de todo, ¿comprendes?

Pero el silencio que hubo fue contestación suficiente.

—No, no lo entiendes.

—Él fue quien decidió distanciarse de mí, no yo de él.

—Chico, desde que te fuiste, has hecho cosas que son dignas de zurrarte hasta que se le caiga a uno el brazo. Es tu vida y tú haces con ella lo que deseas, como siempre dicen los jóvenes, claro, desde luego... y por tu estrecha y marginal mente no cabrá lo contrario hasta que, obviamente, tengas a tus propios hijos, y veas cómo son las cosas en verdad. Pero dime algo: ¿no te has preguntado por qué Panék ha hecho esto, en primer lugar? ¿Por qué ha accedido a una idea tan descabellada y egoísta que va en contra de su luna y todos los elfos? ¿Por qué te está acompañando en tu último capricho?

Hathor miró fijamente al general con los labios sellados. El elfo le devolvía la mirada con una falsa semisonrisa.

—No lo he pasado por alto y es un tema que voy a tocar con él tan pronto estemos solos. Quiero... quiero preguntárselo.

—Lo ha hecho porque te ama. Porque no quiere perderte. Porque la sola idea le da terror, aun a costa de sus responsabilidades como shah y de su claro y obvio sentido común. Hará lo imposible para evitar que le pase a él lo mismo que a Benertnasch Hallyfax, cabeza hueca.

En ese instante Neftis salió por la puerta, aproximándose a ellos.

Hathor se dio media vuelta para que ella no lo pudiera ver, a la vez que no podía evitar frotarse los ojos.

La elfa se detuvo en seco y en su cara se dibujó un gesto de preocupación. Geryon la vio un instante e hizo un asentimiento leve, que ella entendió y se dio media vuelta.

—Y una última cosa, ten la amabilidad, si eres capaz de contener tu boca, de no volver a decir a viva voz que estás dispuesto a liberarte. Eso lo podría volver loco.

• • •

Nadie objetó la idea de que Seshat acompañara a Ysaak y a Boltar en su carroza designada. Ni siquiera el chico, que por un momento pensó prohibírselo temiendo que fuera condenada por los elfos a raíz de un debate infinitamente más grande que el que había presenciado la noche anterior. Pero el tiempo se agotaba, y no podía tener su primera pelea con ella, no ahora.

Tampoco tomó como un buen augurio que Boltar no dijera palabra durante el recorrido. Su mente era una espiral de tribulaciones demasiado turbias como para poder disfrutar algo tan asombroso como el pueblo de Hamíl.

Gracias a aquel canciller (recordaba su nombre perfectamente: Pruflas), Ysaak sentía miedo del mundo de afuera, de los elfos que transitaban las calles. Olvidó por un momento que para ellos era sobradamente común ver seres de otros mundos. Pero eso sí: no seres que los pudieran meter en un problema de semejante magnitud. ¿Quién pensaría que la ruina de Titán y quizá del sistema solar podría venir gracias a un planeta que estaba siglos atrás tecnológicamente?

El asunto no tenía que ver con el hecho de buscar una manera de agradecer el gesto de todos aquellos que los habían ayudado desde el principio. Poco o nada tenía que ver con la mano que les estaban tendiendo y el volumen de una deuda que jamás podría ser saldada. Ahora tenía que ver con algo que mataba a Boltar por dentro: quedarse callado y dejar que los demás hicieran todo lo que estaba a su alcance para defenderlo. ¿Que eso podría arruinar, encima de todo, la vida de los elfos que le habían dado una mano a Yóvedi? Sí. Lo sabía mejor que cualquiera. Y el sentido común del canciller Pruflas tampoco le era ajeno en lo absoluto.

Lo desesperaba no poder retribuir. Y no solo eso, sino tener que lidiar con algo que casi por error consideró egoísta: que la prioridad, ante todo, era salvar su mundo.

Alguna vez, en las planicies, cerca de las mesetas del gran shogun, había ido a representar a su tribu ante el gran tigre. Y luego su camino había desembocado en aquello que tenía en tanta estima como a sus protegidos: el Nyhm.

Pero ahora era Yóvedi.

Se frotó el rostro, cansado.

Su vida siempre había sido igual, nada había cambiado: mantener el equilibrio al borde del abismo, para proteger a su tribu. Pero ahora era para salvar a la gran tribu. Solo que jamás habría podido imaginar hasta qué punto llegarían las cosas. Y todo por un accidente cósmico.

La carroza se detuvo frente al palacio. Había una enorme fuente en el medio de la plaza, que conducía a la magnífica edificación, en el epicentro del pueblo.

Desde la ventana de Ysaak, podían verse las escalinatas que conducían a

un arco enorme. Las puertas estaban abiertas de par en par, custodiadas por dos guardianes.

Poco después, el conductor se bajó y les abrió la portezuela, inclinándose y haciendo una reverencia, con un brazo extendido en dirección al palacio. Ysaak buscó alguna pista que justificara sus temores en la mirada de aquel sujeto, pero sus modales fueron impecables en todo momento. De todos modos comprendió con mortificación y creciente ansiedad que todo lo que temía lo encontraría dentro de poco, cuando volviera a ver al canciller, esta vez seguramente acompañado por una multitud. Sintió los dedos de Seshat alrededor de su brazo.

—¿Estás listo, Ysaak?

—Sí.

• • •

Tepemkau los recibió en la puerta y los condujo por la escalera principal. Para refrescar una vieja lección de historia, Seshat rompió el silencio con una pregunta:

—¿Fue aquí de donde salió la Anubis aquella noche, verdad?

—Aquella noche en que se enfrentó a la Tungstenio de los ogros, sí.

Ysaak miró con curiosidad a la chica, que lo notó:

—La nave espacial Anubis. El capitán era Panék.

—Más les vale a esa sarta de estúpidos recordarlo —gruñó Tepemkau.

Boltar no dijo nada, pero su malestar tomó renovados ímpetus. Por un momento, se preguntó qué etapa de su vida atravesaba él, allá en Yóvedi, cuando se desarrollaron aquellos acontecimientos en Titán.

No tardaron mucho tiempo en llegar al último piso del palacio. Caminaron por una sala inmensa hasta llegar a la puerta final, que era la antesala a una especie de congreso. Ahí estaba Hathor, con DIO flotando detrás. Tepemkau notó que había estado caminando en círculos por mucho tiempo. Tras las enormes puertas, el Concilio de los Elfos estaba en sesión.

Tomó ventaja adelantándose y abrazó a Hathor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, en voz muy baja.

—Han estado peleando, Tepe. Estoy muy nervioso.

Como para corroborar sus palabras, se escuchó a alguien que alzaba la voz.

Hathor colocó las manos sobre los hombros de su hermano.

—Entra y anuncia a Boltar y a Ysaak.

—¿Entraremos ya? —preguntó el tigre, asustado.

—Posiblemente.

Tepemkau se ajustó la gorra antes de colocar una mano sobre la enorme manija dorada. Giró la cabeza para ver a su hermano, que le hizo un signo de aprobación con el pulgar.

Boltar observó a Hathor y este a su vez lo miró a él, de la misma forma.

—¿Algún consejo que puedas darnos?

—Ninguno. Sencillamente sean ustedes mismos y demuéstrenles que son iguales y tan civilizados como ellos. Sobre todo, recuerda, Ysaak, si te preguntan acerca de Pumo, diles lo básico: lo que sabías antes de conocernos. Los detalles técnicos déjanoslos a nosotros ¿bien?

El chico asintió.

Tepemkau asomó la cabeza por el resquicio y les hizo una seña para que se acercaran.

«Suerte» susurró Seshat, viéndolos entrar a la sala...

• • •

Ninguno se había imaginado que imperaba una atmósfera tan turbia, aun en el más pleno de los silencios. Mientras Ysaak y Boltar caminaban tras Hathor, una multitud de elfos colocados en los estrados a la derecha e izquierda de la sala los seguían con la mirada. Panék se hallaba sentado en una silla muy alta ante un ventanal panorámico entre ambas gradas. Del otro lado el canciller Pruflas los taladraba con la mirada, de pie frente a un podio.

Tepemkau dirigió al grupo hacia el centro, donde había un pedestal con tres sillas detrás. Hizo una reverencia ante los magistrados y su padre y se retiró.

—Pueden sentarse —indicó Panék, en voz alta.

Pruflas sonrió de forma socarrona, viendo a sus seguidores.

—Como ya he dicho al principio de esta reunión —dijo, levantando los brazos y encogiéndose de hombros—, no hay límite para lo inusual que es la situación con la que el shah nos ha castigado. Como ven, aquí hay dos personas que claramente no pertenecen a este lugar, no son del sistema solar. Presencian ustedes entonces la primera violación a una de las reglas clave de la Hermandad de Planetas. Solo una de tantas...

Del extremo contrario, encarando a Pruflas en otro podio, se hallaba otro

elfo considerablemente más joven. Su túnica lisa y blanca era con diferencia menos majestuosa comparada con la de Pruflas, y sus orejas puntiagudas inusualmente más largas que las de los demás, lo que le daba un aspecto casi animal, en contraste con unos ojos atentos que parecían los de un gato.

—Hathor —llamó el chico—. Pasa al frente, por favor.

A Boltar lo sorprendió su voz adolescente.

Hathor hizo lo que le ordenaban, mientras DIO flotaba lentamente tras él, sin separarse un metro de su cabeza. Ysaak notó algo que sirvió para tranquilizarlo: la gran mayoría de los elfos estaba más interesada por la presencia de la esfera flotante que por la suya.

—Dinos exactamente qué te dijo DIO acerca de este tal Pumo.

—Si les parece bien, puedo pedirle a DIO que se los explique por sí mismo.

—Al final, pero ahora, queremos que lo hagas tú.

—Es una criatura pandimensional —repuso—. Al principio, yo estaba tan confundido como el que más...

—Confundido porque el hijo descarriado del shah, que es nada menos que un pirata espacial, visitó un planeta de afuera, rompiendo la mencionada regla —interrumpió Pruflas, hablando para la sala.

—Puse a DIO a investigar —continuó Hathor— y arrojó una serie de datos concisos.

—¿Qué datos?

—Pumo es un criminal espacial.

—¿Un pirata? —interrumpió Pruflas de nuevo.

—Algo mucho peor, él...

—Mucho peor, ¿por qué?

—...destruye mundos, porque está intentando encontrar a Pimpollo.

—¿Y qué más?

—Solo eso. El fin justifica sus medios. Obviamente toma ventaja de especies con tecnología inferior.

—¿Obviamente por qué?

—No entiendo su pregunta, canciller.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Cuántos planetas ha atacado Pumo ya?

—A varios, no los recuerdo todos.

—¿Y no se te ocurrió que tal vez uno cuente con habitantes que tengan tecnología superior a la de los yovedianos? ¿Quizá estás intentando ocultar este hecho para hacer parecer al pirata Pumo como alguien menos

amedrentador y llevarnos a una guerra más peligrosa que la que se nos quiere vender?

—Alto ahí —interrumpió el joven elfo— canciller, es sorprendente como usted saca conclusiones y las trae a la charla como si fueran los hechos. ¿Le importaría esperar que hablara Hathor, por favor?

—No comparto su acusación, secretario Nicor. Lo que es peor: no la entiendo, pero está bien. Declaraciones de más o de menos no van a cambiar esta tontería.

—Gracias. Hathor, ¿nos puedes hablar de algún mundo atacado por Pumo, que obviamente no sea Yóvedi?

—Sí. Están los cabalarians.

—Bien, dinos en términos muy precisos: ¿qué clase de sociedad era?

—Avanzada, pero no tanto como nosotros. De hecho, eso fue exactamente lo que le pregunté a DIO. Me permití ponernos como punto de referencia.

—Creo que esto podrá disminuir algunas dudas del canciller respecto a su anterior afirmación.

Prufas sacudió el dedo índice de la mano en un «no» contundente.

—Pero hay otra cosa que quiero preguntar —prosiguió Nicor—. ¿No sabes exactamente qué tan atrás estaban ellos de nosotros? O si prefieres una reformulación: ¿qué tan avanzados estamos en comparación a ellos?

—DIO nunca lo dijo con detalles, solo anunció que nosotros éramos claramente más avanzados.

—¿DIO dijo «claramente»?

—DIO lo expresó a su modo, usted mismo lo verá y seguramente lo entenderá de la misma forma que yo.

—Secretario Nicor, ¿me permite?

—No he terminado, canciller. Hathor, ¿por qué acudiste a Yóvedi? ¿Por qué rompiste una regla tan grande? No me digas que no la conocías, porque eso sería poco menos que imposible y menos con la tripulación que tenías.

La palabra *tenías* le provocó un nudo en la garganta. La imagen de Meinkherdt cruzó ante sus ojos.

—Recibí una llamada de auxilio.

—¿Una llamada de auxilio?

—Suplicaban ayuda de quien fuera, estaban ante una situación desesperada, tanto así, que no pude evitar girar la nave para ir a investigar. Mi tripulación intentó disuadirme.

—Espera, ¿cómo recibiste una llamada de ayuda de un planeta que se

supone está siglos atrás de nosotros?

—Fue una llamada telepática.

Una tormenta de comentarios y cuchicheos se levantó desde todos los estrados.

—¿Quieres decir que tus dos acompañantes son télépatas?

—No, no todos lo yovedianos lo son, es decir: tienen una mente desarrollada, capaz de la telepatía, pero hay quienes están extraordinariamente más adelante que otros. Recibí un llamado de auxilio de uno de ellos.

—¿Y qué encontraste a tu arribo?

—Que estaba completamente fundamentado: el invasor les había dicho que iba a destruir el planeta.

Nicor arrugó la frente.

—¿Se los refregó en la cara? —Tienen que ver a Pumo como un carnicero. Para él, los yovedianos y todos nosotros somos, hasta cierto punto, animales.

—¿Quieres decir que no distingue el bien del mal?

—Yo creo que sí lo distingue, pero no le importa. Él solo quiere recuperar el objeto de su deseo.

—¿Y este objeto es necesario para su subsistencia?

—En lo absoluto. Es simplemente una posesión material.

—Esto entonces refuta tu afirmación.

—Así es, y...

—Secretario Nicor, ¿ahora sí tendría la amabilidad de permitirme hablar, por favor?

LA DECISIÓN

Cuando el canciller consiguió la palabra, salió de detrás del podio y observó a Hathor como lo haría un cazador.

—Hathor, dime una cosa...

Prufas empezó a caminar en silencio, con los brazos tras la espalda, pensativo, mientras era visto con antipatía. Ysaak, por su parte, se mostraba calmo, pero su corazón bombeaba agitadamente. Llevaba las manos tomadas entre sí.

—Ya que tú eres un pirata espacial y tienes una nave que, según he investigado, no es de guerra pero carga con una capacidad bélica respetable...

Se giró ante el estrado a su derecha y agregó:

—...E introdujo armamento avanzado en un mundo inferior, no se les olvide eso. ¿No se te ocurrió, de casualidad, la idea de atacar al invasor directamente?

—Sí —contestó.

Prufas volvió a colocar los brazos a su espalda, asintiendo con falsa complicidad.

—Le disparaste con armas élficas. Pero considerando que has venido al sistema solar a pedirle «ayuda a papá», me pregunto... ¿qué sucedió entonces? ¿El resultado del ataque no fue el esperado? ¿Pasó algo malo?

—Nos atacó de vuelta.

—¿Y entonces?

—La Sobek-Set sufrió daños.

Prufas arqueó las cejas.

—No es una nave de guerra, ni mucho menos —dijo, mirando a Nicor— pero es del sistema solar. Ahí hay una pista sobre la capacidad que tiene el invasor. ¿Qué más pasó?

Hathor se tomó un momento antes de contestar:

—Suprimió el oxígeno del planeta.

—¿Eh?

El elfo se dio media vuelta y se acercó rápidamente.

—¿Hizo qué?

—Suprimió el oxígeno del planeta.

Nuevamente, empezó un nubarrón de cuchicheos. Panék pestañeó, viendo a Hathor, sin moverse.

—Suprimió... el oxígeno... del planeta... —repitió Pruflas—. Suprimió el oxígeno del planeta, suprimió el oxígeno del... temporalmente, asumo.

—Obviamente.

—¿Y esto cómo lo hizo? ¿Cortó el oxígeno de un minuto para otro?

—Sí.

—¿Y lo restauró de un minuto para otro?

—Sí, canciller.

—¡Sugiero que apartemos a los yovedianos de esta sesión!

—¡Canciller Pruflas! —exclamó Nicor—. ¡Por favor! ¿Qué clase de demostración está dando ante los visitantes? ¡Eso no es necesario!

—¿Los demás qué opinan?

—Canciller Pruflas —insistió el joven elfo—, si su estrategia es interrogar a los yovedianos en otra sesión para ver si consigue una contradicción con las declaraciones de Hathor, puede ahorrársela: ya hemos demostrado que la versión el shah es la misma. Además, utilizaremos a DIO más tarde. Sus intenciones me parecen innecesarias e irrespetuosas.

Pruflas levantó una mano, asintiendo con desgano.

—DIO podría ser manipulado por su dueño —afirmó.

—¡Canciller Pruflas!

—Lo siento, seguiré con el interrogatorio: Hathor, ¿qué pasó cuando se suprimió el oxígeno a estas pobres criaturas?

Hathor carraspeó antes de contestar.

—Se perdió el 80% de la vida en el planeta.

Un coro de expresiones de desagrado estalló en ambas gradas.

—General Geryon, ¿podría ponerse de pie, por favor?

El viejo elfo miró con sorpresa a Pruflas. Sin embargo obedeció. Su figura regordeta empezó a sobresalir sobre los demás.

—Silencio, por favor. general Geryon, ¿tenemos (o tiene alguna otra potencia en el sistema solar) armas capaces de hacer algo así?

Súbitamente, todas las miradas se concentraron en el anciano, que suspiró.

—Nosotros nunca haríamos algo...

—¡ESA NO ES LA PREGUNTA! —vociferó el canciller, dando un golpe con la mano sobre el pedestal de Hathor— ¡No es la pregunta, general! ¡No permitiré que su consabida amistad con el shah desvíe mi investigación de un modo tan burdo! ¡No es la pregunta que le he hecho! La pregunta es si en el vasto arsenal élfico o en algún otro del que usted tenga conocimientos (y lo tiene, porque todos los días da cátedra a los jóvenes de la Academia con temas por el estilo) existe alguna raza que POSEA un arma así! Conteste por FAVOR, general.

—No...

—En una situación HIPOTÉTICA, señor, HIPOTÉTICA, insisto: H I P O T É T I C A, si nosotros quisiéramos, por ejemplo, cortarle el oxígeno a un planeta sólido del tamaño de Neptuno, ¿qué haríamos?

Geryon bajó la mirada, frotándose la barba.

—Atacaríamos su atmósfera. Apuntaríamos flujos masivos de radiación.

—¿En cuánto tiempo calcula usted que algo así podría lograrse con nuestras fuerzas?

—Un día... Máximo dos.

Prufas levantó los brazos:

—Señores, ha hablado uno de los generales de la potencia más grande de nuestro sistema solar. Algunos afirman que los ogros están solo un poquito por detrás nuestro, pero ese ha sido un debate eterno... Somos los más reconocidos. Hathor, ¿en cuánto tiempo sacó Pumo el oxígeno del planeta Yóvedi?

—No sé en cuánto tiempo exactamente.

—Oh, por favor, muchacho... No digas tal estupidez, que aun a ti te queda muy grande. No pretendas hacer ver que no entiendes el momento en que tienes que expresarte concretamente y el momento que se te permite hablar con tecnicismos: dijiste antes que fue de un minuto para otro, eso es lo que importa.

—De un minuto para otro, entonces.

—Supongamos que se tardó un minuto. Con eso, pudo haber acabado con todo el planeta sin usar una sola bomba. Y además, luego lo restauró, usó un mecanismo y ¡ZAS!, «el oxígeno se hizo». ¿No es así?

—Sí.

Prufas se dio media vuelta, se puso las manos en la cintura y encaró al estrado y a Panék.

—Lamento tanto que su punto se haya ido al demonio, secretario Nicor.

En serio, pero al menos lo ha intentado. SEÑORES, estas personas han estado ya una hora intentando convencernos, por medio de las excusas más débiles, de que hay una «teoría», una «visión» de que el invasor de Yóvedi no es tan avanzado como parece, habiendo traído a colación un hecho doloroso, pero digno de una artimaña: la destrucción de los cabalarians, raza «inferior a la nuestra», fabricando así un alivio artificial ante nuestra mirada para una posible guerra, pero ¿qué acabamos de aprender justo ahora?

Prufas miró a Panék, fijamente.

—Acabamos de aprender que, como mínimo, Pumo está tan avanzado como nosotros. Es simple «lógica matemática». ¿No se le hacen conocidas esas palabras de sus días de universitario, secretario? Porque de ser así, quizá debiera regresar a la Gran Casa de Estudios y refrescar su memoria. Lógica matemática es una expresión que no tiene nada que ver con los números, pero se usa cuando se demuestra que algo se ha probado contundentemente solo usando las palabras y es aceptado incluso por la comunidad científica. El enemigo es uno solo y no una raza (si me permiten, eso podría significar algo tanto bueno como lo mismo que algo mucho peor). Queda clara ante nuestros ojos la realidad: como mínimo, el invasor está tan avanzado como nosotros. Hay un 50% de probabilidades de que así sea y el otro 50% no va hacia abajo, va hacia arriba: podría estar aun más avanzado. Y que no les extrañe que así sea, visto y considerando las mentiras inmundas del shah y los caprichos de un hijastro...

—¡Canciller Prufas! ¡No se lo permito!

Esta vez, los murmullos se convirtieron en gritos: los elfos se pusieron de pie, con sus túnicas agitándose, discutiendo y peleando con los de las otras gradas.

—¡Orden! ¡Silencio en la sala! ¡SILENCIO!

Alguien en la grada izquierda vociferó un reclamo a todo pulmón, que fue rápidamente contestado por los oponentes. Ysaak los veía desde abajo. Boltar se mantenía impávido.

—¡...de un padre que piensa poner en juego la estabilidad de la paz y...!

Varios elfos se bajaron de las tribunas y sujetaron a Prufas. Uno lo tomó por las solapas de la túnica y amagó con darle una bofetada. Pero desde detrás de él llegó otro grupo que intentó contener a los de adelante, señalando amenazadoramente a los yovedianos y gritándole a Panék.

En medio del tumulto, el secretario Nicor resbaló y cayó al suelo, aparatosamente. Hathor se bajó del pedestal para ayudarlo. Los monitores

holográficos de DIO giraban rápidamente, mostrando todos los ángulos de la sala.

—...poner en riesgo a todos, por un hijo miserable! ¡De eso se tra...!

Pruflas fue callado bruscamente. Boltar deseó con todas sus fuerzas que no hubiese sido de un golpe.

Panék se cubría la frente con una mano, sus ojos estaban cerrados. Dos elfos estaban cerca de él, intentando hacerlo poner de pie para llevarlo fuera de la sala.

—¡Ese «mentiroso inmundo» fue el que te salvó a ti de ser carbonizado por los ogros cuando eras un niño, bastardo!

Tepemkau abrió las puertas, asustado, viendo el tumulto. Lo primero que hizo fue cerciorarse de que su papá estaba bien. Hathor trotó directamente hacia él.

—¡No tenemos que pagar por los desechos de un viudo! —gritó un simpatizante de Pruflas.

Le tapó los oídos a su hermano y lo hizo dar la vuelta para salir de la sala. Tepemkau intentó gritar algo, pero Hathor finalmente lo obligó, a la vez que giró la cabeza para pedirle a Boltar e Ysaak que salieran de ahí inmediatamente.

• • •

Cerró la puerta tras de sí.

—Vamos, esperaremos fuera del palacio. Y tú vienes también, Tepemkau.

El elfo tenía el uniforme arrugado. Su gorra había quedado tirada en algún lugar dentro. Veía exaltado hacia atrás, mientras Hathor continuaba llevándolo del brazo.

Encontraron a Seshat sentada en las escalinatas, viendo en dirección a la fuente, con los brazos alrededor de las rodillas.

—¿Ya terminó?

—Dista de terminarse —exhaló Boltar—. Hathor, ¿vas a volver allá arriba?

—Sí.

—Entonces no es justo —protestó Tepemkau—. Yo también quiero ir.

—No lo harás. Te vas a quedar con ellos. Den una vuelta por Hamíl.

—¡No quiero dejar a papá solo!

—Papá no está solo y yo iré en tu lugar. Tepe, cualquier cosa que digas o

hagas fuera de tus cabales va a ser usada luego contra él. Tienes que entenderlo. Cuida a los chicos. El shah y yo tenemos que regresar y ver qué podemos hacer.

Tepemkau resopló enojado, pero no objetó más.

Seshat e Ysaak tuvieron que trotar para alcanzar al elfo, que se había ido a caminar alrededor de la fuente, visiblemente malhumorado y hablando solo.

—Por Dios, ¿qué pasó ahí dentro? —le preguntó a Ysaak en voz baja.

—Es como si fuera un juicio, pero peor. Puedo entender por qué Tepemkau está como está.

—No le hablemos de eso.

Por un momento, se preguntó cómo sería todo si su otosa estuviera ahí. Qué pensaría él de haber visto aquella escena y qué tendría que decir al respecto.

—Son unos malagradecidos y unos idiotas —se desahogó.

—No les hagas caso, está claro que se trata de un montón de políticos cobardes.

Ysaak miró a Seshat. No quería que usara esos términos. Los elfos estaban inquietos y no hacían sino sospechar la verdad: que les ocultaban información y que por lo tanto había algo que temer. Rodeó a la chica, colando delicadamente las garras bajo sus cabellos, y le dio un abrazo.

Mientras tanto, varios metros más allá, tras la fuente, estaba sucediendo lo inevitable: un creciente grupo de niños miraba al tigre con curiosidad.

—Que no te hagan sentir extraño —refunfuñó Tepemkau—. Así ven también a los turistas de Porcia.

Sin embargo, Ysaak no mostró interés en replicar porque, allá en el restaurante del boulevard, vio algo que lo cautivó...

Tras una mesa se hallaba sentado un ser colosal, que de hombro a hombro debía medir lo que él tenía de estatura, y comía ávidamente de un plato cuyos bordes superaban la longitud de la mesa. Cada vez que arrancaba un muslo de pollo, la vajilla temblaba peligrosamente como una pelota en una cesta.

—Es un ogro —se adelantó Seshat.

—Yo... yo no, no me lo esperaba. Pensé que... cielos, que con la muchachita de la Apollyon...

—Una niña ogro no te prepara para ver a un ogro adulto.

—Por el amor del Gran Arión, mira eso...

El ogro se metía los muslos de pollo en la boca y, acto seguido, los sacaba limpios de entre sus labios, que hacían la forma de un beso. Sobre el plato se

acumulaba lo que parecía un cementerio de animales. Una elfa joven con delantal llevaba una enorme canasta con piezas de pollo que vaciaba con esfuerzo frente a él, antes de limpiarse la frente con el reverso de la mano, suspirando.

—Y eso me recuerda que te he ganado una apuesta que hicimos hace tiempo sobre quién es más fuerte, tigres u ogros, eso claro, si tu ego no quiere objetar nada.

—No... la verdad es que no.

—Buen chico.

—Y hay otros ogros más grandes que ese —suspiró Tepemkau, sacudiéndose los hombros—. Vienen mucho a Titán.

—¿Se quedan aquí, en el pueblo?

—Algunos, pero se puede decir que en toda Titán hay muchos más viviendo. A decir verdad, casi todos los lugares del sistema solar tienen problemas cuando ellos migran.

—¿Por qué?

—Por el tamaño: no se puede sentar a un niño de dos metros en un pupitre para elfos.

—Por lo que muchos deciden mudarse cuando son adultos —prosiguió Seshat—. Hamíl es solo un pueblo, pero si vas a la gran ciudad, al Distrito Federal de Titán, que está del otro lado de la luna, verás a muchos más. Aunque la verdad sea dicha, ahí verías de todo. Posiblemente ni te notarían, si fueras.

Una criatura peluda y pequeña, con apariencia de gato y orejas de lince, pasó caminando por la calle, tomado de la mano con otro igual a él.

—Mira, son como el de tu hermano.

—Como Farouk, sí. Se llaman zellas.

—Zellas —repitió Ysaak, intentando no olvidarlo.

Echó una mirada a su alrededor.

—Ven, conozcamos el pueblo.

—Lo siento, Seshat, pero a pesar de que Hathor sugirió que demos un paseo, quisiera estar cerca del Concilio.

—Bueno —concedió la elfa, con desánimo.

Tepemkau señaló unas sillas de madera colocadas bajo una hermosa y enorme sombrilla verde, que se meneaba suavemente bajo la brisa.

—Vamos allá. Yo les invito unas bebidas.

—Gracias, Tepe.

—No hay problema, nena.

Cuando se habían puesto en marcha, la chica notó que Ysaak se había quedado atrás, viendo el palacio.

Se excusó con el elfo, quien asintió y siguió de largo, mientras ella dio la media vuelta.

—Oye, ¿te sucede algo?

La miró, sin decir nada.

—Te he notado extraño —insistió—. ¿Qué pasa?

—No te preocupes... Algo me molesta mucho, pero no es el momento de contarlo, no aquí.

• • •

Hathor estaba sentado en la antesala del Concilio. La situación se había calmado, pero de vez en cuando escuchaba uno que otro grito. Tenía los codos apoyados sobre las piernas. De entre sus dedos resbalaban largos mechones de cabello. DIO lo incordiaba, mostrando su rostro desde todos los ángulos posibles a través de sus largas pantallas holográficas.

Miraba las baldosas de mármol, concentrado en las voces tras la puerta. Pruflas seguía haciendo todo lo que estaba a su alcance para dañar a Panék, pero este se estaba defendiendo extraordinariamente.

A veces escuchaba a Boltar, que había cruzado la puerta de vuelta, y a quien mantenían de pie ante el pedernal, para dispararle preguntas que, a todas luces, intentaban hundirlo. Pero el elfo descubrió que un político brillante en un planeta podía seguir siéndolo en otro. Notó también —con gran alivio— que decía cosas que incluso a él mismo no se le hubieran ocurrido, demostrando que tenía una mente extraordinariamente ágil, aun si todo lo que hacía era hablar brevemente cada vez que se lo pedían.

Fue entonces cuando uno de los elfos dijo algo que lo hizo ponerse de pie, asustado:

—Exigimos comunicarnos con Pumo. Podemos negociar con él.

El shah lo miró sin pestañear.

—¿Qué piensas decirle?

Su tono de voz fue tan imperioso que todos se quedaron callados, pero ni él ni Boltar evitaron cruzar una mirada cautelosa.

El elfo, que era un anciano delicado, se acarició el mostacho con los dedos, organizando sus ideas.

—Pues... podemos empezar por decirle la verdad, shah. Podemos intentar asustarlo explicándole que si no se detiene, lo vamos a atacar.

Panék dedicó un momento a cerrar los ojos y pasarse una mano por la frente.

—Haz eso y lo vas a lamentar por toda tu vida.

—¿Qué está suponiendo con eso, shah? —exclamaron con vehemencia desde las gradas.

—¡Sí! ¿Qué implica eso?

—Quiero decir que es un ser pandimensional y que es impredecible. Pérfilas, aprecio tu idea, pero eso significaría que la misión deja de ser una operación especial. La idea es tomarlo desprevenido, no alertarlo.

—¿Qué clase de operación especial requiere la movilización de la Pegaso?! —exclamó alguien—. ¿Me quiere decir, si tiene la amabilidad, shah?

Eso hizo que un coro de vítores estallara súbitamente desde la grada izquierda. El elfo que hizo el cuestionamiento se puso de pie, clamando para todos.

—Y me quiere decir, además, ¿qué clase de operación especial (¡como si la Pegaso fuera poco, por la gloria de Dios!)... requiere la movilización de las dos Vírgenes Blancas? ¿Qué misión es esa, excelencia?!

El general Geryon miró nervioso a Panék.

—Serán usadas por precaución —contestó, a lo que varios elfos produjeron vehementes suspiros de burla e insatisfacción.

—¡Cállense y déjenlo hablar! ¡Qué saben los leguleyos de la milicia! ¡Déjenlo hablar!

Panék levantó la mano antes de proseguir:

—Es la misma razón por la que estoy tomando todas las precauciones para que no se produzca eso que temen. Se trata de tener un as bajo la manga.

—¿Lo ha hablado con un asesor militar? —preguntó otro—. ¿Es esta una idea práctica? ¡Está hablando del grueso de las fuerzas! ¡De...!

—¡El shah fue militar, leguleyo! ¡Que lo dejes hablar!

El canciller Pruflas alzó los brazos pidiendo calma.

—No hace falta ser militar para darse cuenta de que la idea del shah no es en lo absoluto expedita y que algo huele mal.

—Sí: sus ganas de ser shah, su señoría.

—¡Basta ya! —exclamó Panék—. ¡Respeto para el canciller!

Pruflas encaró ambas gradas levantando los brazos.

—¿Cómo vamos a autorizar un movimiento militar en otro lugar fuera del sistema solar, corrompiendo las leyes de la Hermandad, en asuntos de un mundo que no nos compete? Y aun si dejáramos que nos engañaran con la aplicación al Principio de Solidaridad con la Vida a un planeta que NO está suscrito a esa Carta, ¿cómo vamos a ir a la guerra con un enemigo del que no nos quieren decir nada?

—Otra vez está suponiendo que el shah miente —fustigó Nicor—. ¿Hasta cuándo va a seguir con lo mismo?

—¡Pregúntenle al Shah de Yóvedi también! —gritaron— ¡Él ha dicho lo mismo! ¡No hay contradicción!

—¡Oh, por favor! —gritó un elfo muy grande y de rasgos nobles— ¿De dónde te crees que viene esta criatura? ¡Ellos deben confundir cápsulas espaciales con dioses, ángeles y cosas así!

Panék levantó la mano.

—Silencio todos.

Los elfos se callaron poco a poco. Los últimos fueron silenciados a gritos por los adeptos a Panék.

—No han venido esta mañana desde todos los rincones de Titán para sentarse aquí y pelearse ni arrojar calumnias. He escuchado con atención los argumentos de todos los que se oponen y he tomado una decisión.

Los murmullos y exclamaciones de desagrado volvieron a estallar, mientras los gritos de todos los fieles a Panék cundieron de nuevo, demandando silencio.

Prufas bajó los brazos y apoyó con fuerza las palmas sobre sus muslos, con irritación.

—¿Va a usar su decreto de Palabra Absoluta, shah? ¿Hará eso?

—He tomado una decisión —repitió, levantándose de la silla.

Panék miró entonces al frente, tomó el báculo de oro blanco apoyado a un costado de su silla y lo alzó.

—Lo haremos —sentenció—. Llevaremos a cabo esta misión.

Los disconformes lanzaron exigüos suspiros de desilusión y despecho.

—Y si hay que convertir al planeta Yóvedi en el primer mundo fuera de este sistema solar aliado de Titán y sus lunas para que aplique el Principio de Solidaridad con la Vida, pues sea.

Prufas abrió la boca, perturbado, y se dio media vuelta dándole la espalda, en un gesto final de desaprobación.

—Es una decisión adelantada para su tiempo, pero inevitable: los hijos de

nuestros hijos abrirán las puertas de este sistema solar, como nosotros las abrimos a otras lunas cuando nuestros primeros políticos lo creyeron inconcebible. Se nos escapa. No será por nuestras infinitas arcas e inigualable riqueza, ni por nuestro colosal poderío y ejemplar cultura que los elfos serán respetados y venerados en el sistema solar. ¡Nunca olviden que nuestra nobleza, valor y espíritu son las razones por las que buscan nuestro ejemplo! Vamos a dar una mano; no por capricho, política o ingenuidad. Cuando los ogros invadieron Titán lo hicieron con ese propósito. ¿Qué pasó cuando pedimos una mano amiga al Triunvirato de Porcia? Argumentaron muchas de las razones que les he escuchado decir a los elfos hoy. Nosotros vencimos en esa guerra. Hoy, llega a nosotros esta gente, pero a diferencia nuestra, ellos no nos han pedido salvarlos de la esclavitud, del colonialismo ni de la opresión... —Panék miró a los ojos a sus oponentes— sino del exterminio. La aniquilación absoluta. ¡Por nuestra apatía no dejará de brillar una estrella en el universo! ¡Y que quien crea que los grandes, los antiguos que tanto veneran, hubieran dado la espalda a esta gente, que tiren la primera piedra ahora mismo! A quienes ahora se nos oponen les pido por favor: acompáñennos y sean parte de nuestra gloria, respeten el mismo principio que tantos años atrás selló nuestra hermandad con los ogros cuando vencimos a un enemigo en común, hermandad que ha hecho de este sistema solar un lugar mucho mejor que aquel en el que nos tocó crecer. Sean parte de la Historia. Sean partícipes de aquello que nos hace grandes, porque en un futuro ellos levantarán la mirada y nos verán a los ojos —exclamó, señalando a Boltar—. Y cuando eso suceda, todos ustedes habrán querido ser parte de esto.

El lobo hizo una profunda reverencia.

—Daremos parte a nuestras fuerzas hoy y organizaremos todos los detalles esenciales el día de mañana aquí, en el Palacio de Hamíl. Yo encabezaré la misión. El Concilio ha terminado.

Los elfos en ambas gradas se pusieron de pie e inclinaron sus cabezas en dirección a Panék. Pruflas hizo lo mismo desde donde estaba. Hubo un silencio absoluto. Boltar los miraba, impresionado.

—Llamen a Hathor.

Sin necesidad de que alguien acudiera a buscarlo, abrió las puertas y entró. DIO se coló por el resquicio tras él.

Observó a Panék completamente enmudecido y se mantuvo ahí, de piedra, con su mentón temblando y los ojos emocionados.

Ninguno de los dos se quitó la vista de encima.

—Excelencia, ¿puedo sugerir algo?

Las miradas giraron en dirección canciller Pruflas, quien seguía inclinado.

Nicor se mostró sorprendido, a la vez que una súbita expresión de odio surcaba su cara.

Las miradas de los elfos iban de la figura del canciller allá abajo a la del shah, expectantes.

—Por favor, hágalo.

—El canciller desea humildemente ofrecer su primera ayuda en la organización del plan de batalla, si se le permite. Este servidor también está consciente de que no es ni ha pertenecido nunca a las fuerzas de defensa; se trata de un político que está fielmente al servicio de su shah y de su luna. Solo quiere aportar una idea.

—Es libre de hacerlo, canciller. Lo escucha su shah y el Concilio —procedió Panék.

Pruflas volvió a inclinarse.

—Debido a que fue quien trajo el problema de los yovedianos a nuestra atención, su hijo, Hathor, debería ser parte de la misión.

—Hathor lo será.

—Pero no como un acompañante —se adelantó— y tampoco limitándose a ser un guía de Yóvedi, pues para ello, ¿qué mejor que los mismos yovedianos? Sugiero que el excelente Hathor vaya en otras condiciones... Como sabemos tan poco del enemigo y las condiciones en el campo de batalla podrían ser imprevisibles, creo que sería justo que, si la misión encabezada por su excelencia falla, Hathor se libere y dé su vida si es necesario.

Todas las miradas se concentraron sobre Panék.

—Debido a que él es el primer interesado en este asunto y que se pondrán muchas vidas en juego, creo que es una petición justa. ¿No lo cree así, shah?

EL DOLOR DE YSAAK

Panék reaccionó estoicamente. Sin embargo, Hathor fue quien contestó por él, liberándolo así de dar una respuesta que hubiera perjudicado su posición ante el Concilio:

—Si tengo que dar mi vida, la daré. Yo estoy preparado. Eso es bastante obvio, canciller Pruflas.

Dicho esto, acompañó a Boltar a reunirse junto con el grupo de elfos que rodeaba al shah, y que conformaba la mayoría del Concilio.

Panék no dejó de mirar a Hathor ni un instante, visiblemente molesto por aquella última artimaña del político. Hathor, por su parte, intentó restarle importancia, por lo menos hasta que tocara tratar el tema directamente.

Ni Seshat ni Ysaak fueron informados de la noticia hasta que se subieron de nuevo a la carroza y fueron llevados de vuelta a las colinas. La elfa no pudo hacer menos que esbozar un grito de alegría. El rostro de Ysaak, por su parte, expresaba gratitud con suficiente sinceridad.

Una llama se había apagado la noche anterior, pero otra nueva se encendía... Sin embargo, para quienes habían escuchado los últimos testimonios de Meinkherdt a través de las visiones de Liquen, las cosas eran completamente diferentes. Ellos estaban más interesados en escuchar los detalles del plan de Panék que en ponerse a celebrar nada. Lo que era más: había que acudir a la Hermandad de Planetas Unidos, en la luna Ganímedes, de Júpiter.

—Antes, la Hermandad se hallaba en un satélite conocido como Elara, también de Júpiter —explicó Seshat—, pero fue volado en pedazos por la Parca Imperial, en los días del incidente Cadamaren, ¿recuerdas que te lo conté?

Ysaak asintió, impresionado por una maldad de semejante calibre, pero más sorprendido aun al recordar que, uno de los artífices de aquello, había sido el hermano de Meinkherdt.

Por su parte, Hathor, que de cuando en cuando emergía para escuchar la conversación, encontraba retazos en las palabras de Seshat que lo hundían de vuelta en su pozo de tribulaciones. Le habían mentido descaradamente al Concilio, pero los más allegados a Panék en el ala militar (empezando por el general Geryon) se enterarían poco a poco de la verdad: se estaban jugando la cabeza.

Todos tenemos algo que de solo pensar nos puede arruinar cualquier momento, sin importar cuán feliz sea. A veces es doloroso darse cuenta de que hay un balance muy delicado en el universo, que no deja que ninguno de los extremos entre el blanco y el negro triunfe lo suficiente para imponerse completamente sobre el otro. Sin embargo, el elfo pensaba que el lado negro había estado haciendo trampa. Perdió el apetito, el sueño y, lo que era más, las ganas de retribuir siquiera las más mínimas muestras de afecto de Neftis. Pero lo que más le dolía era que tampoco podía sentarse a pensar en Panék y poner un par de cosas en orden dentro de su corazón. Escuchaba demasiadas palabras, palabras que llevaban la voz de Meinkherdt, y una de las cosas que más volvían a su mente eran sus últimos testimonios acerca de Pumo.

Haberlo dicho era una cosa, pero imaginarlo escapaba de su imaginación: tenía el poder de hacer volar el sistema solar miles de veces. Eso manchaba con una horrible incertidumbre cada hora que los acercaba al retorno a Yóvedi. Y pensando las cosas desde un punto de vista ajeno, había algo que podía predecirse, aun si el enemigo era un ser pandimensional: Pumo iba a tener un problema que resolver, y ese problema estaría en Yóvedi. Todo comenzaría con la nave espacial Pegaso en el momento menos esperado, y solo en ese instante se daría cuenta de que lo habían engañado.

Pero si de algún modo los esfuerzos no fueran suficientes, si de algún modo hipotético (y terrorífico) Pumo llegaba a escapárseles, y si solo una célula de su extraño ser comprendía y aceptaba la idea del desquite, de la venganza, entonces todos corrían un grave riesgo. Se había enojado de manera desproporcionada cuando había descubierto que unos desdichados extraterrestres estaban robándole un par de diseños... Su posible reacción ante el intento de privarlo de su posesión más valiosa era insospechada.

¡Y por supuesto que daría la vida si tuviera que darla! Pero Panék, a quien no vio sino hasta bien entrada la noche, ya estaba encargándose de que las cosas salieran como una taza de té. Hathor se sentía culpable y por eso, tenía miedo de volverlo a ver, sobre todo a solas. Tenía miedo de no saber cómo decir lo que quería decir y, lo que era más, tenía miedo de lo que pudiera

decirle él.

Tanto así, que no se dio cuenta de que, a su modo, estaba haciendo exactamente lo mismo que su padrastro: preparaba su propio plan, para que ante una eventual falla, el otro no tuviera que morir.

Sentado sobre el sofá de Pisis, dejó caer la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos. Sentía una onda mental pequeña, dulce y tenue. Hathor estaba acostumbrado, sabía qué significaba.

Un zellas intentaba comunicarse con él.

Neftis lo observó desde la cocina. Como todos podían recibir mensajes psíquicos de los zellas, sabía muy bien lo que estaba pasando.

—¿Qué sucede?

—El general Geryon —dijo, en voz baja—. El Concilio está usando a los zellas.

—Ya ha empezado, ¿verdad? Las comunicaciones secretas. No hay nada más seguro que los zellas para esto.

—Puedo sentirlos, hay miles en este instante, flotando en el aire, por toda Titán.

—¿Qué te han dicho?

—Que no use a DIO para comunicarme con Yóvedi. Los elfos tienen miedo de que Pumo intercepte las comunicaciones.

La elfa tuvo que tragar saliva para ahogar un profundo suspiro.

—Ciertamente, eso no puede pasar ni en chiste.

—Tienes razón. Pero debemos comunicarnos con ellos: tienen que prepararse para lo que va a suceder.

—¿Estás seguro? ¿Eso no alertaría a Pumo? Él los está viendo.

—Nuevamente, tienes razón —concedió—, pero el alto mando tiene que enterarse: Backlava, Bastet y unos cuantos más. Y me las juego todas a que Bastet todavía se está asegurando de que, salvo unas cuantas excepciones, ni los oficiales superiores sepan mucho de nada.

Neftis se frotó un lado de la cara, pensativa.

—No quiero ser pesada, pero quiero insistir en que el ataque sorpresa es lo único que hace factible el plan del shah.

Pisis se hallaba en la cocina fingiendo que tenía algo que hacer, pero cuando la conversación la horrorizó lo suficiente, no pudo evitar que un vaso se le resbalara de las manos.

Neftis y Hathor giraron la cabeza.

Avergonzada, se dispuso a buscar el trapo para recoger los fragmentos. No

pasó mucho antes de que sintiera los dedos de Seshat alrededor de sus hombros. Hathor se había acercado, también.

—Panék es un hombre brillante, Pisis. No va a pasar nada.

Pero la elfa no contestó. Su hermanastro la conocía lo suficiente para saber que estaba echando mano a todas sus fuerzas para no dejar escapar una lágrima. El robot de limpieza rodeaba su falda, intentando que le dejara espacio para hacer su trabajo.

—Vale que te pongas nerviosa como todos —la reprendió Hathor, del modo que solo él podía hacerlo—, pero estás reaccionando de más, muñeca. Ni siquiera un tontilelo lloraría.

Pisis trató de no reírse, pero fue el detonante para que dejara salir sus sollozos.

Hathor la abrazó. Y mientras veía por encima de su hombro y sentía los latidos de su corazón, supo que no permitiría que Tepemkau peleara por Yóvedi, aunque fuera un oficial del ejército élfico. Ante una eventual desgracia, Pisis no podía quedarse sola en la vida, no aún.

• • •

A Hathor se le había ocurrido una idea para que Seshat e Ysaak no se aburrieran en los pesados días que estaban por venir. Sin embargo, su intención no era tanto que no se aburrieran como ayudarlos a detener su ansiedad. La cuenta regresiva de DIO seguía corriendo, y ya casi faltaba una semana (o menos) para que, según su cálculo, la puerta estuviera lista.

El elfo pudo ver la preocupación en Boltar, pero también especialmente en los ojos del felino, que estaba triste nuevamente.

Así que, sin más, bajó la motocicleta de Ysaak del compartimento de carga de la Sobek-Set y la colocó en pleno campo.

—Las reglas son claras —dijo—. Manéjala donde te plazca, menos en el pueblo, y procura que Panék no te escuche si es posible.

Poco después, cuando Ysaak había colocado la caja en neutro y sostenía el vehículo caminando colina abajo. Hathor supo con toda seguridad que los chicos tenían un romance, por lo que con desánimo, supo que tendría que admitir que había perdido su apuesta con Neftis.

Seshat se le acercó.

—¿Crees que sea peligroso llevarla al pueblo, Hathor?

—Sí, sería peligroso.

—¿Las malas lenguas?

—No: el sentido del ridículo. No quiero saber lo que van a decir los niños si los ven conduciendo ese vejestorio cuando tienes un jet-ski que puede volar. Ahora ve con él.

La chica lo miró con una peculiar mala cara y se puso a trotar hacia el tigre.

Ysaak ancló la moto en el terreno más parejo que consiguió, revisando una serie de datos que bajaban como una cascada a través de la pantalla digital.

—¡Eh, Ysaak!

Levantó la cabeza para mirarla y sonrió:

—Ustedes no tienen algo llamado gasolina, ¿verdad?

—¿Es un tipo de pintura?

—Lo imaginaba. Pero no tiene importancia, el tanque sigue lleno.

Podemos salir con esto.

—¡Genial!

—Sep. Con lo que hay aquí me bastaba para un día entero en Solares.

—¿Eso quiere decir que salías poco o mucho?

—Muchísimo. La mayoría de mis amigos se gastaban un tanque en un día o dos.

La chica no entendió inmediatamente por qué esas palabras le habían hecho sentir inseguridad y hasta un poco de enojo. Bajó la cabeza, simulando que estaba interesada en la placa.

—¿Salías... mucho cuando estabas allá?

—Te acabo de decir que sí.

—Llegabas tardísimo a casa, ¿verdad?

—Mi otosa no se opuso nunca.

Se hizo silencio. El tigre notó algo extraño cuando bajó la mirada y la sorprendió de cuclillas, mirándolo fijamente, mientras se mordía la punta del dedo pulgar.

Se quedaron viendo uno al otro.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Segura?

—Sí.

Hundió los dedos en su nuca, rascándose suavemente. Volvió a concentrarse en la moto y se cercioró de que el nivel de aceite fuera el

adecuado.

Cuando quiso presionar el botón de arranque, se interrumpió al sentir de nuevo su mirada; ella continuaba en la misma posición, con los ojos bien abiertos. No quería que una nube de humo saliera disparada directo a su cara.

—Nunca saliste mucho de casa, ¿verdad?

—Epa, ¿qué quieres decir?

Seshat se levantó de un salto, rodeó la moto y se puso cara a cara frente a él.

—Anda, dime qué te pasa.

—A ti también te pasa algo.

—Entonces digámonos qué nos pasa.

—Bien, pero tú primero.

—¿Podríamos ir a la playa de vuelta? Siento que aquí estamos muy cerca de los demás.

La elfa giró la cabeza y miró las figuras tras la ventana del comedor de Pisis. Admitió que él tenía razón.

—Vamos.

No pasó mucho tiempo antes de que se pusieran en marcha. Ysaak supo tomar el camino de cal blanco y evitar la ruta accidentada de las colinas. En cuestión de minutos, marchaban a gran velocidad por una pendiente suave rumbo al mar.

La brisa fresca acariciaba sus rostros. Pensó que era casi irreal conducir su moto ahí, bajo un cielo cuyo astro era un planeta enorme con anillos, en compañía de varias lunas que contrastaban hermosamente con el día.

La motocicleta dejó una huella larga en la arena. Ysaak decidió detenerse en el mismo sitio donde habían estado juntos aquella noche. Se había convertido, sin elegirlo, en su lugar especial.

Detuvo la moto y la desmontó.

—Ahora sí, ¿quieres empezar?

—No, tú primero —se apresuró a decir ella—. Cuéntame qué te ha estado pasando hoy.

Ysaak miró un rato al mar, mientras Seshat se sentaba a su lado, en la arena. Su boca cerrada terminaba, quizá involuntariamente, en una semisonrisa, pero sus ojos decían otra cosa.

—¿Yo alguna vez te conté sobre Cha'chat?

—¿Tu otosa? No me has dicho mucho sobre él.

—Supongo que te has enterado porque te lo han dicho, ¿no es así? Y

porque has preguntado.

La elfa bajó la cabeza, apenada. Era cierto: ella sabía ciertas cosas porque había hecho preguntas cuando él no estaba.

—Sí.

—Es él...

Asintió y empezó a dibujar una línea sobre la arena.

—¿Qué hay con eso?

Cuando el silencio se hizo demasiado prolongado, levantó la cabeza y cambió su expresión al ver que, de sus ojos salvajes, brotaban lágrimas.

—Es que él no está muerto. No ha terminado de morir.

La elfa se llevó una mano a la boca. Nunca había considerado ese detalle.

—¿No recuerdas lo que dijo Pumo? ¿Sobre todos los habitantes de Solares que están atrapados en esa cosa que vuela sobre el planeta? Me dan asco esas palabras, y más asco cuando las relaciono con él «estado de estasis», la «dimensión alterna», cosas que suenan monstruosas... y Cha'chat está vivo, ¿lo entiendes? Está ahí y le están pasando esas cosas.

Ella asintió en silencio, con los ojos humedecidos.

—Y el dolor no termina de sanar. No... yo no...

Cerró sus garras, aplastando la arena.

—Porque él no ha muerto —completó ella—. Te entiendo.

—Y está sufriendo —continuó él.

—No... Eso no lo sabes, Ysaak.

El chico apartó su mirada, con disgusto.

—¿Qué sabemos nosotros? ¿Quién me puede decir que no está consciente, pero incapaz de moverse? ¿Que no sueña con lo que está pasando, sabiéndose atrapado en una colmena viviente? Es una sentencia ¿sabes? —exclamó, levantando cada vez más la voz—. Saber que va a morir y no poder hacer ni una maldita cosa para ayudarlo, para reconfortarlo, ni siquiera para acompañarlo. Y no...

Ysaak se detuvo, cerrando los ojos.

—Y no puedo hacer otra cosa más que... desear... que se muriera... de una vez.

—No digas eso.

—No, tiene que acabarse ya.

—¡Pero pueden intentar salvarlo! ¡A él y al resto!

El tigre se limpió la cara con la mano.

—Si algo entendí del plan, es que van a tratar de descabezar a Pumo tan

pronto lleguen a Yóvedi. Y la verdad sea dicha: no hay otro modo de hacerlo. Algo temen Panék y Hathor... lo puedo oler cuando los veo, puedo oler su miedo, y sea lo que sea creo que tiene que ver con lo que les dijo Meinkherdt.

—El... el Liquen.

—Es obvio que el riesgo que corre tu gente es muy grande.

Ysaak apoyó los codos sobre sus rodillas, frotándose los ojos.

—Voy a hablar con Panék. Si triunfan, quiero que pongan un fin a esto.

—¿Y si cuando todo termine consiguen rescatarlo? —le espetó—. ¿No has considerado esa probabilidad?

—No entienden lo que sucede dentro de la brecha. Dicen que hay un abismo infinito entre el umbral y el fondo.

—¿Pero y si lo logran entender y descubren cómo solucionarlo?

—Escuché hablar a Degauss, Seshat. Yo mismo le pedí explicaciones una vez. Él confesó que no tenían la más mínima idea, que lo único que sacaron fue un montón de hipótesis que según Meinkherdt tenían poco fundamento científico y demasiada conjetura. Escucha, Seshat...

—D... dime.

—No me pidas que me ilusione. No respecto a eso, no ahora ni nunca más. Mi cabeza está ahora en Yóvedi, y todo lo que yo mismo pueda hacer para ayudar en la misión. Quiero saber cuándo se va a acabar el suplicio de mi otosa, de mis amigos, y de la gente que más amo: Tabi y...

Seshat se movió hacia atrás, como si hubiera recibido una bofetada. Las palabras de Ysaak resonaron en su mente como un eco sin forma, arrojadas por un sentimiento de humillación.

Sin pronunciar otra palabra, la elfa se puso de pie y se fue corriendo, sin mirar atrás.

EL PLAN DE ATAQUE

Cuando Panék llegó a las colinas, lo hizo rodeado de las personas que (según corroboró Tepemkau mientras husmeaba a través de la ventana con Hathor) eran sus «grandes allegados», la gente de más confianza del shah. Entre ellos se podía ver la espalda del anciano general Geryon.

«A estos les va a decir la verdad», pensó.

DIO flotaba lentamente tras de él, mostrando a ambos elfos como un par de ladrones acechando.

—¿A dónde vas, Hathor?

—A poner a DIO al servicio de Panék, lo van a necesitar. Es lo más cercano a una fuente de información oficial que hay.

En ese instante supo que se sentiría apenado, apenado de que aquellos señores supieran, ya con certeza, que todo este problema había sido causado por él. Fue entonces cuando temió que la mirada de Panék fuera más difícil que nunca.

Quizá fue por esto que se sorprendió tanto cuando, después de ofrecer a DIO, el shah manifestó que su presencia también sería requerida aquella noche.

• • •

Más tarde Tepemkau y un Ysaak que estaba más silencioso que nunca ayudaron a llevar todas las sillas de la cabaña de Pisis para brindar asiento a los generales del Concilio.

La presencia de Boltar también fue requerida en la reunión.

No hubo mayores discursos ni presentaciones. Un elfo de edad madura con apariencia aristocrática y cabellos pulcros y blancos le habló al lobo sin rodeos:

—¿Es usted hombre de guerras?

Boltar no necesitaba reinterpretar la pregunta: sabía exactamente a qué se refería.

—No lo soy.

—Una lástima. Necesitamos entonces comunicarnos con su mando militar ahora, shah. Hay que prepararlos inmediatamente, a pesar de que algunos no estén de acuerdo con ello.

—El general Nysrogh está al tanto de la capacidad del enemigo para escuchar conversaciones —intervino Geryon—, así que no hace falta entrar en mayores detalles. Está claro que Bastet supervisará las comunicaciones todo el tiempo, para no ser oídos. Tomaremos el riesgo.

—¿Quién es Bastet? —preguntó otro general.

—Es un hombre sabio —informó Panék—, lo conozco; no va a meter la pata.

Hathor intentó no sonreír al escucharle usar esas palabras. En ese momento recordó que había un peso que necesitaba sacarse de encima:

—Panék...

—¿Qué sucede?

—Degauss está también en Yóvedi.

Todos en el cuarto callaron súbitamente.

—¿Degauss? —exclamó Geryon, más como una afirmación que como una pregunta—. ¿Te refieres a Degauss? ¿El mismo que yo creo que es?

—El número dos de papá en la Anubis, sí.

Hubo otro rato de silencio. Panék miraba a Hathor sostenidamente, con esa formidable mezcla de severidad e indiferencia.

—Bueno, después de todo, es otro que se metió a pirata espacial —reflexionó el general, con tristeza.

Cuando Hathor lo miró, el elfo sonrió cándidamente y repuso:

—O al menos así es como lo diría el canciller Pruflas...

—Entonces mejor así —dijo Panék—. Degauss es un buen estratega, será de mucha ayuda desde allá.

Dicho esto, la reunión volvió lentamente a su cauce.

—Hathor, te tengo que pedir un favor.

Esta vez quien le hablaba era una elfa de edad madura, con dos trenzas que caían sobre sus hombros.

—Debemos tener acceso completo a la Sobek-Set. Los ingenieros tienen que inspeccionar tu nave para vaciar todo el banco de datos con el fin de ponerlos a nuestro servicio. No sabemos nada del planeta del shah y

necesitamos hechos concretos.

Hathor asintió.

—Así será. ¿La recolección estaría lista para mañana, generala Beril?

—Tiene que estarlo —afirmó—, el tiempo es oro. Sin embargo, ¿hay alguna razón para tu pregunta?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Se trata de algo que quiero hablar con este Concilio y con el shah, si me lo permite.

—¿Qué es, Hathor? —preguntó Panék.

—Deseo viajar a Ogroroland mañana mismo, temprano si es posible, dado que compartimos un horario muy similar.

Un nuevo silencio de sorpresa se hizo en la sala.

—¿A Iapetus? —preguntó uno de los elfos, asombrado.

—Pensaba viajar esta noche, pero en vista de que lo que dice la generala es muy razonable, lo haré mañana a primera hora.

—¿Con qué intención?

—Pedir ayuda a Vanadio del Titanium.

—¡El rey de los ogros!

—Él y Hathor son amigos de la infancia —informó Geryon, acariciando su barba.

—Quisiera saber qué opinan ustedes.

—Eso sería arriesgarse a que el resto del sistema solar se enterara antes de tiempo de nuestra incursión. No quiero ni imaginar cómo se va a poner la Hermandad de Planetas...

—Pero la ventaja que nos proporcionaría tener a los ogros de nuestro lado es incalculable —sentenció Beril—. Shah, si su hijo puede ganar el favor del rey, sería la mejor carta con la que contaríamos además la asistencia de la Pegaso.

Panék suspiró, asintiendo.

—No puedo negarlo. Está bien, partirás mañana a Iapetus en tu nave, o en otra que te designemos.

—Pienso que sería conveniente usar la Sobek-Set porque tiene un pase especial concedido por el propio Vanadio hace años.

—Sea. Partirás mañana en la Sobek-Set, entonces.

Uno de los elfos levantó la mano. Sus gestos eran impecables, al igual que su presencia. Tenía una barba triangular cuidadosamente recortada sobre el mentón.

—¿Sí, juez?

—Lamento tener que mencionar la cuestión política en esta reunión, pero hay que resolver el tema de la Hermandad, aquí y ahora. ¿Qué haremos? Las consecuencias van a ser inevitables hagamos lo que hagamos, pero eso no quiere decir que no se pueda usar algo de estrategia. La cuestión es así: o les avisamos ahora y nos condenan públicamente y explota el escándalo, o se enteran ellos solitos un día antes de que partamos y debemos afrontar una disputa diez veces mayor cuando regresemos a casa.

—Que esa horda de elfos y vampiros refinados ponga el grito en las nubes me tiene sin cuidado, la pregunta real es, ¿sancionarán a Titán?

—Hay que tener valor para sancionar a su mayor socio económico. No lo harán.

—Pero eso no quiere decir que debamos tentarlos —sopesó el juez, colocando ambas manos al frente para calmar los ánimos—. Hagámoslo lo menos «aparatoso» posible, si tienen a bien, y luego hagamos esfuerzos para suavizar el golpe.

—El juez tiene razón —sentenció Panék—. Anunciaremos nuestra misión a Yóvedi mañana.

Todos los elfos recordarían la escena que estaba por venir como el momento en que el habitante de un planeta con tecnología inferior les hizo sentir vergüenza:

—Alto ahí.

Los elfos dirigieron sus miradas a Boltar.

—¿No han considerado que quizá Pumo esté escuchando lo que se diga en el sistema solar?

Todos se vieron las caras, sumergidos en un silencio sepulcral.

—Su... supongo que es un riesgo que tenemos que tomar. Es imposible organizar todos los preparativos que esta misión necesita, ¡aun con esos campos dimensionales!

Panék sopesó la situación.

—¿Ha habido reportes raros en los últimos días?

—No los ha habido, shah... Salvo por el viaje de la nave hapalokiana, cosa de la que se habló hasta en las minas carcelarias de Marte, pero el resto, todo ha estado en calma.

—¿Porcia ha reportado algo?

—Nada. Tampoco los ogros ni ninguno de los demás y eso incluye a la Hermandad.

—Entonces tendremos que ser confiados y hacer de cuenta que a Pumo no se le ha ocurrido enviar nada al sistema solar para vigilarnos. Aunque mientras más lo pienso, más me turba la idea. Pero es un riesgo, y un riesgo razonable, que no debemos dejar que ocupe mucho de nuestra mente.

Justo después de la última palabra, tocaron la puerta.

—Deben ser los soldados, shah.

—¡Pase!

Todos, incluyendo Boltar, se llevaron una sorpresa al ver que quien pasaba adelante era Ysaak. Hathor tomó control de la situación rápidamente:

—Hola, muchacho, ¿qué sucede?

—Quisiera hablar con el shah.

Boltar lo inspeccionó, silencioso y serio, e intercambió una mirada rápida con el elfo.

—¿Al shah? ¿Con nuestro shah, Panék?

—Sí.

Los generales lo veían con atención, pero Ysaak no bajaba la mirada.

—Habla, Ysaak.

El tigre miró a Panék, sorprendido de que el elfo se dirigiera a él.

—Mi otosa está atrapado dentro de un disco de luz que tiene un pasadizo dimensional. Él fue... él fue secuestrado en un lugar que se llamaba Solares, como muchos otros.

Pensando que podían hacerse una idea equivocada, el chico se apresuró a decir lo siguiente, con claridad:

—Sé que es imposible rescatarlos, y si hubiera un modo, no hay forma de llevarlo a cabo antes de que Pumo se dé cuenta de que han llegado. Comprendo bien el sentido de la misión, y lo que se debe hacer. Algo... algo me dice además que si Pumo muere, no habrá manera de sacarlos, quizá el aro desaparezca, o quizá suceda algo extraño después. No quiero hablar mucho, pues es obvio que ustedes son capaces de entender mejor esas cuestiones.

Hizo una breve pausa en la que no dejó de observar a Panék. El chico reunió todas sus fuerzas:

—Solo quiero pedirle, shah, que una vez que la misión se acabe, destruya el aro dimensional, y se asegure de quitarle la vida a todas las personas encerradas dentro.

Geryon miró lo miró con compasión y bajó la cabeza.

—Ysaak, ¿pides esto por tu otosa? —preguntó Boltar, con severidad—.

Explícate ahora mismo.

—No pueden salvarse, señor —replicó— y no podemos pedirles que los rescaten. La misión es muy peligrosa, ¿no es así? Solo les suplico que una vez que se acabe todo, lo hagan. No pueden estar ahí flotando para siempre.

—Yo nunca lo dije para no infundirte falsas esperanzas, pero quizá lo podamos investigar más adelante —aseguró Hathor—. Quizá temas pedirlo porque piensas erróneamente que han causado muchas molestias, pero considera esto: no hay una sola persona aquí que no esté interesada en la tecnología de Pumo. Si el plan triunfa, entonces podríamos echar un segundo vistazo.

—Escuché lo que dijo Ipos.

Hathor guardó silencio.

—Es una suerte de abismo dimensional creado artificialmente. Por lo menos, eso es lo que él cree. Degauss lo mandó fotografiar de cerca y uno de sus tripulantes dice que los vio bien cuando se acercó. Afirmó que no habría forma de sacar a nadie de ahí abajo. Un general científico en Yóvedi dijo que se parece a una caja fuerte en la que se puede entrar, pero no salir. No lo logran entender.

—¿Quién es Ipos? —preguntó Panék.

—Es el piloto de la Apollyon —contestó Hathor—. Un brownie.

—¿Es un científico?

—No, pero no es nada tonto —replicó, con tristeza— y lo demás es cierto también. Degauss piensa así. Él tampoco es alguien de ciencias, pero tiene noción de lo que sucede.

—¿Meinkherdt llegó a decir algo mientras estuvo?

—Muy poco. Él también estaba confundido cuando la Sobek-Set mostró los primeros análisis, que a decir verdad, no fueron más que una gran pantalla vacía.

Panék se frotó las manos.

—¿Y entonces? ¿No hay nadie aquí interesado en decirle algo al chico? Todos lo miraron, sorprendidos.

—¿A ninguno se le ocurre una idea? —continuó—. De ser así, estamos empezando mal. —Geryon torció la boca, viéndolo con una ceja enarcada, mientras que el general Nysrogh levantó un dedo.

—Está claro que esto lo haríamos luego de deshacernos del invasor, ¿no?

—Claro como el agua.

—Entonces propongo que utilicemos el rayo tractor de la Pegaso.

Podríamos sacarlos poco a poco.

—Me... me temo que la idea no funcionaría, general.

—¿Cómo que no, Hathor? —reclamó, visiblemente disgustado—. ¿Se te olvida que es la nave que heredamos de los antiguos? ¡Su RT sería capaz de sacar de órbita a un planeta!

El general miró a Ysaak, y este a su vez lo observó con profunda simpatía, bajando, sin embargo, la cabeza. A Hathor le daba miedo quedar como el que ponía los peros, pero estaba comunicando solo lo que el chico sabía, y que no se atrevía a decir por temor a pedir más de lo que tenía derecho.

—Están a cientos de millones de kilómetros. Me atrevería a decir que a años luz de distancia.

—No... no tiene sentido, Hathor —objetó la generala—. El chico ha dicho claramente que los de la Apollyon los vieron. ¿Cómo es eso de que ahora están a años luz?

Hathor se encogió de hombros, visiblemente apenado.

—Los ven, pero cuando la computadora hace el análisis, muestra que las imágenes son solo avatares, los verdaderos cuerpos están en algún lugar dentro de un cosmos paralelo, es decir, una dimensión alterna, artificial. Ni siquiera una nave de los antiguos podría extraerlos desde tan lejos.

Panék se acarició la barba, pensativo.

—Teletransportadores —musitó, para sí mismo.

—¿Shah?

—Podemos arrojar unas cien esferas y alinearlas remotamente en dirección vertical, una separada a un año luz de la otra, y empezar a transportarlos por secciones hacia el umbral.

—¡Brillante! Eso funcionaría.

Boltar levantó las orejas, súbitamente emocionado.

—Esperen un minuto...

Las miradas se dirigieron a un personaje que, hasta ahora, había pasado desapercibido: un elfo de baja estatura, anciano, que apretaba un bastón entre sus manos.

—Lamento ser un ave de mal agüero, pero ¿dijiste que la dimensión era artificial, muchacho?

Ysaak sintió un dolor despiadado en el pecho. Asintió, reuniendo fuerzas para no mostrar su desaliento.

—No, shah... Entonces no va a funcionar.

El anciano frotó su frente, con los ojos cerrados.

—Su dimensión, sus reglas —prosiguió, antes de que nadie le pidiera explicaciones.

—¿Quiere decir que aun si lo intentáramos después de completar la misión, aun después de muerto, el enemigo no nos dejaría sacar a esas personas de allá abajo, Sacmis?

El científico meneó la cabeza. Visto así, con sus orejas largas sobresaliendo de debajo de sus cabellos canos y largos, parecía un niño viejo.

—Estoy diciendo que él creó una dimensión propia, y para hacerla, manufacturó todos los elementos que necesitaba. Supón que vas a tejer una alfombra: tú eliges la tela, la aguja, el método de costura y la forma que va a tener... Esto es lo mismo: tú no sabes con qué gravedad te vas a encontrar si te aventuras dentro, o si las sondas del shah quedarán trituradas, o si existen los elementos necesarios para que tan siquiera envíen señales invisibles para controlar a nuestros aparatos desde el otro lado. Y en cuanto a las personas que se encuentran allí: no sabes tampoco en qué condiciones las ha colocado. Su lógica es similar a rescatar a un marino del estómago de una ballena abriéndola luego de varios días, pretendiendo que el marino salga en el mismo estado en el que entró. El único que puede controlar semejante cosa es el invasor y nadie más. La metáfora de la caja fuerte que mencionaron antes citando a un ser de su mundo me pareció brillante. Eso es exactamente de lo que se trata.

Hubo un pesado silencio.

Ysaak entonces alzó el mentón e intercambió miradas con Panék.

—Shah —llamó entonces Panék—, ¿estaría usted de acuerdo con la propuesta de Ysaak?

El lobo miró al chico por un rato.

—Sí —dijo, apartando la mirada con pesar.

—Ysaak: te prometo que vamos a destruir el anillo y a terminar con el suplicio de tu otosa y el resto de la gente.

Ysaak hizo una reverencia respetuosa, que imitó de Boltar.

—Gracias, shah.

Acto seguido, se retiró, en silencio.

• • •

Cuando Hathor entró a la recámara, muy temprano por la mañana (el sol todavía no había salido), vio a Ysaak y Seshat echados en sus camas. El chico

estaba despierto, mirando los cabellos de la elfa, que dormía de espaldas a él.

El joven tigre pensó que el elfo solo pasaba para inspeccionar, pero pronto se dio cuenta de que no: se acercó hasta él y se puso en cuclillas.

—¿Estás despierto, verdad?

Ysaak se sentó.

—Vístete, que vamos a irnos.

—¿A dónde?

—Hoy vas a ver cosas impresionantes.

No tuvo siquiera que hacer la pregunta obvia antes que él agregara:

—Te voy a llevar a un viaje a Iapetus, la luna de los ogros.

—¿Seshat nos puede acompañar?

—Desde luego, levántala y prepárense.

EL REY VANADIO

Abordaron la Sobek-Set sin siquiera llevar mochilas. Hathor les había asegurado que el viaje duraría un día. Cuando el chico se abrochó el cinturón, preguntó cuánto le tomaría a la Sobek-Set llegar a la luna de los ogros.

—Veinte minutos, si vamos lento —contestó el elfo—. Iapetus es otra luna de Saturno.

Ysaak miró algo decepcionado al suelo. Seshat permanecía de espaldas a ellos sentada en su puesto de piloto, sin decir nada. Hubiera deseado que el viaje durase más, y la razón era que necesitaba tiempo para hablar con ella. Ahora estaba más preocupado por tener una oportunidad de hacerlo que por cualquier otra cosa.

Había arreglado un asunto la noche anterior, pero ahora tenía otro pendiente: ella.

Su cabeza bullía de ideas al respecto. Hathor, desde luego, lo notaba, pero haciendo honor al hecho de que él y Neftis sabían más sobre ellos que ellos sobre el resto (una vez más: algunas cosas no cambian, ni siquiera en distintos mundos) decidió dejarlo todo en manos de Ysaak y tener la cortesía de no hacer preguntas.

El único momento en que logró olvidarse de su otosa, de su petición aquella noche en la cabaña de Panék, del anillo dimensional y de la futura e incierta lucha fue cuando la Sobek-Set encendió las turbinas y se embolsó rumbo al cielo, hasta que el azul pasó a ser morado, y el morado un negro perlado de estrellas con la franja de Saturno cubriendo todo el horizonte. El planeta se veía más imponente que nunca.

Si todo salía bien, esa visión a través de la panorámica era una de las cosas que se ocuparía de contarle a sus propios protegidos, si algún día elegía ser otosa...

• • •

El viaje duró lo prometido. Hathor habló en voz alta, para que la conciencia artificial de la nave transmitiera su mensaje a la Fortaleza de Ogroroland.

—¿Fortaleza? —preguntó Ysaak, extrañado.

—Sé que tiene nombre de catacumba, pero no juzgues al libro por la portada —lo tranquilizó—. Créeme que es una de las cosas más impresionantes que vas a ver en tu vida. Me atrevería a decir que hasta Panék se asombró el día que firmó la paz con los ogros, después de lo de la Parca Imperial. Fue el primer elfo en poner pie aquí.

El tigre se quedó viendo a Seshat durante un largo rato. Por lo general, era siempre ella quien aclaraba ese tipo de detalles.

—Ahí está, chicos: Iapetus.

Ysaak sintió vértigo cuando el descenso lo tomó por sorpresa. La luna apareció rápidamente por el casco panorámico; Iapetus tenía un tono oscuro y rojizo por un lado, mientras que la otra mitad era blanca, como si estuviera bañada en azúcar, dividida toda ella en dos como un símbolo. En el enorme horizonte se veían multitudes de naves entrando y saliendo en un tránsito infinito.

Cuando se acercaron más y dejaron el banco de neblina atrás, observaron una vasta tierra que se extendía inconmensurable, llena de luces en filas que enmarcaban el confín del horizonte.

Mientras más se acercaban, más luminosidad podían admirar, parecía ser una sociedad incomparablemente avanzada. Ysaak pensó que ninguna metrópolis de Yóvedi, ni siquiera las más grandes puestas una al lado de la otra, podrían equipararse mínimamente a aquello.

—No entiendo, Seshat me contó que este lugar comparte un horario muy similar al de ustedes. ¿Por qué es de noche, entonces?

—Me temo que Iapetus no tiene una atmósfera como la de Titán o como la de Yóvedi... no existe una capa de ozono que les garantice días azules. He ahí la segunda razón por la que la luna élfica es uno de los lugares que más les gustan (es la comida la primera).

—Es algo así como Plutón, ¿verdad?

—Aprendes rápido. Ese es exactamente el caso: aun si Plutón estuviera más cerca del sol, sería oscuro siempre. La luna de los ogros y Plutón tienen atmósferas similares.

La conversación fue interrumpida por la voz de la Sobek-Set:

PROCEDIMIENTO DE CHEQUEO EN MARCHA.

Hathor levantó la cabeza y luego miró al chico, sintiendo la necesidad de

explicarse:

—Nos revisan desde abajo. Es solo una medida de seguridad para cada nave que se aproxima al palacio, por más entrada libre que se tenga.

—¿Qué pasa si una nave que no tiene permiso se acerca a la Fortaleza de Ogroroland?

—Dudo que quieras saberlo, pero aquí va una pista: no lo vas a sentir.

Ysaak se maravillaba de que las luces rectangulares (que era lo único que le permitía saber qué tan vasta era la ciudad) nunca acabasen. Ahora había formas en espiral. Podía ver algunas luces moviéndose, como si todo fuera parte de un gran aeropuerto. Más abajo alcanzaban a ver sectores atiborrados de torres altísimas. Fue entonces cuando cayó en cuenta de algo:

—¿Dónde está el mar?

(Se animó a preguntarlo en voz un poco más alta, pero Seshat no participó en la conversación).

—Iapetus no tiene mar —contestó Hathor, un poco apenado por el silencio de la chica—. El agua está debajo.

—Ya veo...

—Los ogros procuraron que así fuera hace mucho tiempo, cuando la luna sufrió una devastación ecológica de la que hace apenas cinco de años lograron recuperarse. Hasta entonces yo no hubiera envidiado a nadie que naciera aquí. Sin embargo, vas a ver agua dentro de poco.

Hathor extendió la mano y señaló. Ysaak miró al frente y guardó silencio tan pronto avistó que volaban sobre un extenso manto blanco.

Había un pueblo con cabañas de aspecto navideño sobre una montaña entera, con sus chimeneas y ventanas de luces amarillas y caminos que cubrían valles llenos de pinos extraños que, aun desde arriba, él supuso que eran gigantescos. Más allá de los picos, la tierra se acababa y comenzaba lo que finalmente esperaba ver: agua. Lo supo gracias al brillo de las lunas sobre la vasta superficie cristalina.

—¿Pero acaso eso no es un océano? Acabas de decir que no había.

—Es fácil confundir el cráter más grande de toda Iapetus con el mar —explicó—. Lo que ves es un lago enorme. Los ogros lo llenaron hace poco.

Ysaak no dijo nada más. Miró al frente, apoyando sus manos sobre la barandilla.

Poco a poco, como si estuviera presenciando un nacimiento, comenzó a levantarse desde el horizonte una edificación alta y espectacular, sobre una isla que parecía de metal cromado. Desde la colosal plataforma, había focos

que proyectaban conos de luz dorada hacia arriba y que se movían a uno y otro lado, penetrando el cielo.

—Por el Gran Arión —musitó.

En el centro se erigía una asombrosa torre alargada, repleta de luces pequeñas y circulares (que, vistas de cerca, debían ser ventanales del tamaño de la Sobek-Set). En la base había círculos de autopistas por las que transitaban luces velozmente, cruzando en medio de torreones altos y metálicos, rodeados por paredes de cristal como si fueran bastones navideños. Dentro se podían ver ogros trabajando en oficinas.

—Cada una de esas debe tener al menos diez veces el tamaño del rascacielos donde yo vivía. No puedo creerlo.

—Mira allá...

Hathor le señaló aquello que más lo asombró: globos gigantes, como lunas, flotando alrededor de la fortaleza. Sobre la superficie de cada uno había tantas luces que era como mirar una metrópolis por la noche.

Cada ciudadela esférica tenía debajo una pirámide invertida, en cuya punta brillaba un fulgor blanco. Ysaak pensó debía ser la fuente de energía que las mantenía flotando.

—Estamos llegando al palacio, muchachos. Prepárense para desembarcar.

El elfo presionó una sencilla secuencia sobre un teclado holográfico. Acto seguido, la Sobek-Set comenzó a actuar por sí sola: flotó sobre un puerto de luces brillantes, kilómetros por encima de otra entrada mucho más amplia de luminiscencia verde (designada para el resto de los vehículos celestes que transitaban por el palacio todos los días).

Volaron a través de un muelle gigantesco. El lugar estaba rodeado por columnas a cada lado.

No pasó mucho tiempo antes de que los tres descendieran en silencio por el turboascensor. Una vez en la bahía, la boca mecánica se abrió lentamente. Seshat se tuvo que cubrir por la brisa helada que vino desde afuera.

Vieron frente a ellos el muelle cuan largo era, hasta donde llegaba la vista. Las columnas parecían infinitas y el resplandor de los conos de luz que transitaban lentamente por los cielos se colaba a través de ellas.

Un ogro apareció por un costado de la puerta. Ysaak no pudo evitar dar un respingo.

—¡Bienvenido, Hathor! El rey los espera.

• • •

—Es una suerte que hayas llegado a la hora del desayuno —explicó el ogro, que ahora los escoltaba a través de unas grandes escaleras de caracol, también rodeadas de columnas, desde donde se veía Titán en el cielo—. Media hora más y habrías tenido que esperar hasta la tarde.

—Eso sí que habría sido lamentable: no quiero interrumpir el almuerzo. El ogro soltó una risotada.

—A Vanadio no le hubiera importado y menos si se trata de ti. Ha sido una sorpresa verte llegar.

—Es en serio, lo último que quiero hacer es quedar como un pesado, y sé que hay una buena probabilidad de ello ahora que él es rey. No tienes idea de lo que me costó acostumbrarme a la idea cuando éramos chicos.

—Fue cuando tus visitas se hicieron cada vez menos frecuentes, pero aquí estás, tantos años después. Acepta la palabra de alguien que trabaja aquí y que ha visto al Vanadio reciente que todavía no conoces: a él le agradan este tipo de visitas, y mucho. Ese ogro no ha tenido una vida desde que ascendió al trono.

—¿Trabajo?

—Y muchas responsabilidades. Ser rey no es un cuento de hadas —aseguró, meneando la cabeza—. Vaya que no, mierda-kabús.

Entraron a una sala de escasa iluminación rodeada de espejos que multiplicaban sus reflejos por miles. En las paredes había cuadros antiguos de importantes ogros de épocas inmemoriales.

—Aquí los dejo —anunció, ante la gigantesca puerta de oro.

El ogro tocó tres veces con los nudillos. Cada golpe resonaba como una bola de demolición.

Dos guardias los recibieron abriendo el pórtico en dos.

Hathor, Seshat e Ysaak tenían ante sí una sala con luces brillantes y una larguísima y ancha mesa en el centro con un mantel blanco encima.

—¡OJ OJ OJ! ¡PASEN, PASEN!

Hathor sonrió cándidamente.

—¿Vanadio?

Aquel ogro llevaba una complejísima armadura de platino labrada con elegantes símbolos y unas hombreras que terminaban en unos amenazadores pinchos mezclados con calaveras y sendos diamantes incrustados. Levantó un brazo y los saludó.

—¡AMIGO MÍO, ACÉRCATE! ¡VENGAN TODOS! ¡OJ OJ!

Ysaak no pudo evitar tragar saliva.



Tenía al menos cinco metros de estatura, una cara enorme, recia y blanca, rodeada por una barba espinosa y gris, que se hacía especialmente pronunciada en el mentón. Su piel parecía mucho más dura que la armadura que llevaba, y sus ojos, pequeños y azules, tenían unas pupilas chiquitas que parecían casi eléctricas.

Lo más inquietante era su enorme sonrisa, con una dentadura muy blanca que parecía tener solo dos dientes arriba y dos abajo con forma de arcos, y unos agresivos picos que, por supuesto, eran colmillos. El rey se puso entonces unos anteojitos de medialuna...

—¡HATHOR! —exclamó de tal forma que en las paredes retumbó su voz.

Próximos a él, del lado derecho e izquierdo de la mesa, se hallaban otros dos ogros, vestidos también con sendas armaduras entremezcladas con túnicas rojiazules de aspecto sedoso, que los veían con cara de mal humor.

Vanadio apartó la pesada silla y se puso de pie, Hathor fue sin miedo hacia él y lo abrazó (o al menos rodeó su cintura); el ogro colocó sus dedos alrededor de los hombros del elfo, con cuidado.

—¿A QUIÉNES TRAES CONTIGO?

—A un par de amigos: Seshat e Ysaak.

—YSAAK NO ES DEL SISTEMA SOLAR, ¿VERDAD? LO PUEDO VER...

—No.

—QUÉ HIJO DE PUTA... ESTO NO TIENE NOMBRE.

—Ni apellido, porque además viene de una civilización que no hace mucho comenzó a explorar el espacio...

—¡MIEEERDA! PERO NO IMPORTA: ESTOY FELIZ DE VERTE.

Los ministros se miraron entre sí, incómodos.

—¿Llegamos en mal momento, Vanadio? Veo que tienes compañía.

—NO, ELLOS SON EL PRIMER TRABAJO DEL DÍA, VIENEN A DARMER EL PARTE, NO PUEDO ESTAR TRANQUILO NI MIENTRAS COMO DECISIONES TODO EL TIEMPO, PERO YA HEMOS TERMINADO. YA SE PUEDEN RETIRAR.

Se levantaron ante la voz de su rey, sin decir nada. Cada uno abandonó el lugar por su propia puerta, por costados contrarios de la sala.

El rey miró de un lado a otro, silenciosamente, durante un rato muy prolongado.

—¿YA SE FUERON?

—Sí, Vanadio.

Suspiró profundamente y se sentó en la silla.

—¿Días pesados, verdad?

Hathor le colocó una mano sobre el hombro, ahora que podía alcanzárselo.

—NO ME QUEJO, SIEMPRE FUI DE ESPERAR, PERO MANTENERME A LA ALTURA DE LA LEYENDA DE MI PADRE NO ES FÁCIL...

—Ha pasado mucho tiempo como para darme el lujo de entrar en confianza, así que me excuso por anticipado si no me perdonas que te lo diga, pero esas son patrañas: esta luna está viviendo el momento más próspero que jamás ha tenido. Ni la ciudad ni el palacio eran la mitad de grandes la última vez que vine. Si los elfos se descuidan, los van a alcanzar. De eso se ha estado hablando muchísimo. Le has causado muchos quebraderos de cabeza al shah.

—NO TIENE MUCHO QUE VER CON LA PROSPERIDAD ECONÓMICA. EL PUEBLO QUERÍA MUCHO A PAPÁ. ME PARECE QUE ES UNA CUESTIÓN DE CARISMA... COSA DE LA QUE CAREZCO.

Vanadio se acomodó los lentes.

—Y HABLANDO DE CONFIANZA, ¿SE PUEDE SABER QUÉ DIABLOS TE PROPONES? ¿CÓMO TE HAS ATREVIDO A TRAER A ESA CRIATURA AL SISTEMA SOLAR? MUCHO GUSTO, YSAAK.

Ysaak levantó la mano, apenado.

—Igual.

Vanadio sonrió a Seshat, le hizo una corta reverencia desde donde estaba sentado, que la elfa repitió.

—¿Tendrás tiempo para una larga historia?

—DURANTE LA NOCHE, CUANDO ME LIBRE DE LOS DEBERES. ENTONCES PODREMOS HABLAR TODO LO QUE QUIERAS.

—Te aseguro que lo puedo justificar, Vanadio.

—VETE AL INFIERNO Y CAGA HASTA QUE TU ALMA SE PUDRA, BASTARDO.

—Es en serio —insistió—. Es un asunto de vida o muerte. Tan de vida o muerte que no puedo creer que estemos hablando de esto en vez de ponernos al día.

—PUES TE ESCUCHARÉ A SU DEBIDO MOMENTO. MIENTRAS TANTO, VE Y ROMPE LO QUE QUIERAS.

—Ya le puse el ojo a un par de cuadros en la sala de atrás...

—QUÉ HIJO DE PUTA.

—Y antes de que te marches, ¿qué diablos son esas cosas orbitando tu palacio?

—¿TE REFIERES A LAS LUNAS ARTIFICIALES? —preguntó, preocupado—. ¿NO TE GUSTAN?

—Son espectaculares. ¿Hace cuánto las pusiste?

—UN AÑO. TIENEN MUSEOS DE TODAS LAS VARIEDADES, BIBLIOTECAS INMENSAS SIN GRAVEDAD, PARQUES VERDES CON DÍA ARTIFICIAL, CASAS DE ESTUDIO Y ACUARIOS... UNA DE ELLAS ES UNA UNIVERSIDAD COMPLETA. TIENEN TODO. A DECIR VERDAD, ES UNA DE LAS COSAS DE LAS QUE MÁS ME ENORGULLEZCO.

—Pues qué mal, porque si quieres que te sea sincero son horribles. Deberían cortarte la cabeza.

—¡QUÉ ELFO TAN HIJO DE PUTA!

Los chicos intercambiaron miradas, asustados.

—POR CIERTO, ¿DÓNDE ESTÁ KNAACH?

—No ha venido con nosotros.

Vanadio se acarició la barba, observando a Hathor fijamente. El tigre pensó que aquella mirada taladrante y azul, que parecía capaz de leer el alma, tenía un poder terrible.

—HACE TRES SEMANAS ESTUVO POR AQUÍ.

—¿Knaach?

—SÍ. FUE LA FECHA DEL CUMPLEAÑOS DE CLAUDIA.

Hathor bajó la cabeza.

—Todos los años viene, ¿verdad?

Vanadio asintió.

—Y TODOS LOS AÑOS ME REÚNO CON ÉL Y HABLAMOS. A DECIR VERDAD, YO LE PREGUNTO MUCHAS COSAS. SIEMPRE SE ME OCURRE ALGO NUEVO QUE QUERRÍA SABER DE ELLA.

Hathor se sentía aturdido. Asintió, sin decir nada.

—Ella sería la reina ahora, ¿no es así? —preguntó Seshat, suavemente.

—LO SERÍA —aseguró Vanadio—. HAY UNA SOLA PREGUNTA QUE LE HE REPETIDO CADA AÑO A KNAACH Y ES CÓMO PIENSA QUE SERÍA TODO SI CLAUDIA FUERA REINA. LUEGO VAMOS A SU CUARTO... PAPÁ LO DEJÓ INTACTO.

Observó hacia el estrado final de la sala, donde la escultura de un cuerpo tallado en un diamante gigante llevaba colocada una armadura azul y blanca que, en vida, Hathor le había visto usar al rey Metallus.

—Y POR ALGÚN EXTRAÑO MOTIVO, YO TAMBIÉN LO ESTOY HACIENDO. SUPONGO QUE SERÁ ASÍ POR GENERACIONES.

—Knaach nunca me ha contado eso. Sé que es muy importante para él.

—LO ES —repuso el ogro—. SIN EMBARGO, YO PROCURO QUE NO TODO SEA MELANCOLÍA. TUVO UNA SORPRESA CUANDO LO LLEVÉ A LA UNIVERSIDAD DEL SATÉLITE.

—¿Desde cuándo a Knaach le interesa eso?

—DESDE QUE VIO QUE HERMOSO Y PRECIOSO SON PROFESORES AHÍ.

Hathor no pudo evitar primero una risa involuntaria y después una carcajada.

—EL OTRO DÍA HERMOSO ME LLAMÓ LLORANDO PORQUE SENTÍA QUE NO LO RESPETABAN EN CLASE... PARA QUE VEAS LO QUE UN OGRO TIENE QUE AGUANTAR.

Hathor sintió la necesidad de darle otro abrazo, dando fuertes golpes al pecho de su armadura.

—Pero tú te lo buscaste: eres el «rey próspero». Hace meses, Neftis me mostró en el matutino holográfico de Porcia que se prevé que este año Iapetus sea el primer destino turístico en el sistema solar (después de Plutón, claro)... ¿Sabes cómo tiene eso a los elfos, no?

—¡NEFTIS! ¿QUÉ HA SIDO DE ELLA? ¡AH! SI SIGUES
HABLÁNDOME NO VOY A QUERER MARCHARME. VAYAN POR EL
PALACIO, QUE NOS VEMOS EN LA CENA.

—Suerte, su majestad.

SESHAT

Tan pronto se quedaron solos en el gran comedor, Hathor se dio media vuelta y los encaró.

—Los dejo solos, muchachos.

Seshat se puso nerviosa.

—¿A... adónde vas?

—Voy a tomar un transporte a la Universidad Satélite, tengo que ver a Hermoso dando clases —afirmó, con una sonrisa enorme.

—¿No podemos acompañarte?

—No. Esto es algo personal.

—¡Pero si lo harás para reírte!

—Igual, es personal —repuso, con un brillo de malicia en sus ojos—.

Además, ¿cuál es el problema? Tienen solo un día para ver todo lo que hay en el palacio y no veo que lo estén aprovechando.

Ysaak se mantenía tras ella, viéndola fijamente.

—Pero ¿qué haremos cuando sea la hora de la cena? Nos... nos podemos perder.

—Para eso consultas con cualquier guardia o personal del palacio, nena, es así de fácil. Puede que incluso los teletransporten de vuelta para no tener que hacer la caminata.

La elfa bajó la cabeza, apretando los dientes.

De pronto les llegó el lejano eco del vozarrón de Vanadio. Hathor vio a un costado y volvió a sonreír.

—Hasta luego.

Saltó por un costado de la mesa y se marchó a través de la puerta que había usado uno de los ministros. La elfa lo siguió con la mirada, incluso después del portazo. Se quedó en silencio, sintiéndose acechada. Volverse y encarar a Ysaak sería una de las cosas más difíciles de su vida. Mientras tanto él, con los brazos cruzados, parecía tener todo el tiempo del mundo para

esperarla. Se giró lentamente y confirmó sus temores cuando vio que tenía los ojos puestos sobre los suyos. Hacerse la tonta tampoco sirvió de mucho...

—¿Te parece si vamos a algunas de las esferas flotantes que acaba de mencionar Hathor? Menos a la de la universidad, me parece que no...

—¿Qué te pasa?

Se quedó en silencio.

Aquel comedor gigante rodeado de columnas y banderas de seda colgando entre ellas, con cubiertos, copas y enormes bandejas hechas de metales preciosos rebosantes de vinos y frutos, los hacía parecer, solos y en medio de todo aquello, jóvenes reyes.

—Es algo privado.

—Al diablo con eso. Me lo vas a decir y lo harás ahora.

La chica frunció el ceño y sacó un poco más su labio inferior, visiblemente enojada. Para llevar más lejos su negativa, dio un paso hacia atrás.

—¿Qué vas a hacer?

—Sencillamente no puedo hablar de eso.

—Pues yo demostraré que sí puedes hacerlo.

—Ysaak, por favor, es una cuestión personal.

—Una cuestión personal que tiene que ver conmigo, ¿verdad?

Hubo silencio.

—Entonces me lo vas a decir, Seshat.

Dio otro paso atrás.

—¿Quieres escapar?

—Si me obligas a hacerlo, lo haré.

—¿De verdad? Anda, inténtalo.

Se miraron por un rato, como si fuera un duelo. Cuando retrocedió nuevamente y él no se movió de donde estaba, tuvo la plena certeza de que, sin importar lo ágil o rápida que fuera, el chico le daría alcance si quería.

—¡Pero bueno! ¿No puedo estar sola si lo necesito?

—Hay una diferencia entre querer estar sola y quedarte sola por ser una cobarde.

Eso la hizo quedar en evidencia con una cara que ni a ella misma le hubiera gustado ver, sobre todo por el miedo que le daba que otra persona consiguiera entenderla acertadamente. Fue ese el primer momento en que vio a Ysaak como un extraterrestre; alguien de un mundo lejano que había conseguido detectar sus puntos débiles.

—Ca...cállate.

—¿Es verdad o no?

—No me manipules.

—¿Es verdad o no? —insistió.

—No lo es.

—Entonces habla conmigo y dímelo, para que yo te conteste.

Ella lo veía, desafiante, con la frente baja.

—Si no hablas, voy a empezar yo y será peor.

El silencio fue respuesta suficiente.

—Estás molesta porque estás celosa.

—¡No! —explotó.

—Y estás celosa por lo que dije ayer.

—¡Cállate, Ysaak!

—Entonces explícamelo tú misma.

—¡No tengo por qué hacerlo! ¿No puedes dejar el asunto en paz y ya?

—No, porque desde ayer no me hablas y no has sido tú misma. Sé que algo te ha afectado y quiero resolverlo.

—¡No hay nada que resolver! —chilló.

El chico supo que ese sería el único modo en que ella comenzaría a drenar su dolor.

—Yo también te amo.

Seshat lo vio como una fiera. Ysaak prosiguió:

—¿Qué querías que dijera? ¿Que a ti te amo más?

La elfa apoyó el brazo y le arrojó un puñetazo al pecho, justo al momento que sus ojos comenzaron a anegarse en lágrimas.

—¿No eres capaz de decirlo?

Se dio media vuelta y se dispuso a correr, pero antes de que consiguiera alejarse, él la tomó desde atrás y la obligó a darse la vuelta. Su cuerpo se precipitó contra el suyo.

—Suéltame —gimió.

—¿Por qué te cuesta tanto? ¿Qué intentas proteger de mí? ¿Tu orgullo?

Recostó su frente sobre el pecho del chico, mientras las lágrimas resbalaban lentamente por su cara.

—No quería recurrir a esto, no quería decírtelo, no quería ni mencionarlo, pero el hecho es este: yo me he abierto ante ti, te he hablado, te he descrito mis más profundas emociones, mis miedos y mi dolor. ¿Qué sucede contigo?

—Disculpa, es solo que no estoy acostumbrada a esto, Ysaak —sollozó—.

Yo no tengo amigos.

—¿Por qué no?

—No conozco a nadie de mi edad, ¿entiendes?

Subió las manos a su cara y se limpió los ojos.

—Siempre he estado sola, siempre he sido una *outsider*, y mis viajes con Hathor y la tripulación no han ayudado en nada a ello.

—¿Entonces por qué continuaste viajando?

—Porque tampoco quiero perderlos, estar con ellos y viajar con ellos me hace feliz también.

—Y meterte en problemas también, ¿no? Por eso nos conocimos.

Intentó respirar y subió la cabeza para verlo.

—¿Nunca has tenido a nadie más, Seshat? ¿Algún otro novio?

La pregunta le hizo torcer sus labios, intentaba no volver a sollozar.

—Una vez.

—Así que eso me convierte en el segundo, ¿no?

—Sí —afirmó, secándose la mejilla.

—¿Cómo se llamaba?

—Creo que Zilius.

—¿Crees?

—Fue hace siete años.

Ysaak la aferró por los hombros y la vio a la cara.

—¡Tenías once años, tonta!

—¡Y bueno! ¡Fue un amor de la infancia! ¿Acaso no cuentan también?

El chico suspiró, Seshat se acurrucó en su pecho.

—¿Qué más tienes que decirme?

Cerró los ojos. Cada pregunta la hacía sentir asustada, pero a la vez segura de que él la quería.

—Me sentí insegura cuando hablaste de esa chica.

—¿Tabi?

—¿Significó mucho para ti, verdad?

—Sí... Significó mucho para mí.

—Lo entiendo, Ysaak.

—¿De eso te daba miedo hablar?

—No quería parecer un monstruo. Ella... ella forma parte de las víctimas en tu ciudad, ¿no? No... no quería tocar ese tema, debo parecer una persona horrible.

—Y si eso no hubiera pasado, si ella se hubiera salvado, como yo,

¿también habría sucedido esto? ¿Habrías reaccionado así?

—Sí —confesó.

—No habrías tenido que hacerlo.

Seshat se frotó los ojos, sin saber qué decir.

—No habrías tenido que hacerlo porque aun si ella se hubiera salvado, tú y yo estaríamos juntos.

Su única respuesta fue un abrazo más fuerte.

—Las cosas no hubieran cambiado nada —susurró él.

—Lamento haber estado celosa.

—No lo hagas de nuevo.

—Te prometo que jamás volverá a suceder.

Volvió a levantar una mano para limpiarse el rostro.

—Después de todo, esto no es lo mío... No sé cómo ser a veces, me siento como una novata contigo, como alguien que no tiene experiencia en una relación. Siento que... Dios, no puedo explicarlo.

—No tienes que ser nada ni intentar nada: tú me gustas así.

—Es que solo... Tú eres mi segundo novio, solo he tenido dos, dos en toda mi vida.

—Te adoro, así como eres.

—Gracias —dijo, con una sonrisa débil—. ¿Cuántas novias has tenido tú?

—De veras, te adoro...

—Hey.

—No tienes idea de cuánto...

—¡Responde la pregunta, imbécil!

—De aquí hasta mi planeta, así de mucho te quiero.

La elfa se mordió el labio con el ceño fruncido, mientras él le ponía el rostro sobre su hombro.

—Algún día, nos pondremos al día con nuestras vidas. ¿Te parece? Tú sabrás todo de mí y yo lo sabré todo de ti.

—Me parece bien.

—Antes de seguir adelante, dime: ¿hay algo más que quisieras saber?

Vio hacia un costado, apenada.

—Sí.

—Fuera con eso... Pregúntalo ya.

—¿Cuál era la situación con Tabi antes... antes de lo que pasó?

—Ella y yo fuimos novios, pero cuando sucedió el desastre, ya no lo éramos. Recuerdo que Sagitta y yo hablamos sobre ella aquel día.

—¿Tu mejor amigo?

—Así es —asintió—. Estaban por ser novios.

—Dioses...

—Así que yo me estaba preparando para reconquistarla y pelear de vuelta.

—Sagitta se hubiera enojado, ¿no es así?

—Quizá no, conociéndolo... pero él también pelearía, a su manera.

La chica meditaba, con la cabeza recostada en él.

—¿Puedo hacer una pregunta más?

—Claro.

—Es sobre él, ¿no te importaría?

—No, no voy a tener secretos contigo, solo pregúntalo.

—Este Sagitta... ¿era lindo?

—Eres una tonta de orejas largas, ¿lo sabías, no?

—¿Tendrás fotos de él por ahí?

—No, nena, se aprecia el intento, pero esas cosas no me hacen enojar —afirmó, con tono orgulloso.

—¿Pero tienes fotos tuyas? Me gustaría verlo.

—Lamentablemente no, no las traigo conmigo, se quedaron en casa.

—¿Pero me lo podrías describir? Con detalles, porfa.

Ysaak apretó sus brazos alrededor de ella, con desconsiderada fuerza.

—¿Y me podrías decir c... cómo es... su... cola?

—¿Su qué? Habla bien.

La cabeza se le puso roja. No pasó mucho tiempo antes de que le pidiera tregua.

—¿Ya está? Ahora dame la mano, vamos a pasear.

Cuando ambos estaban por salir de la sala, ella se limpió los ojos por última vez y lo miró.

—Por cierto, una pregunta que jamás te había hecho por vergüenza, más que por cualquier otra cosa, pero siempre tuve curiosidad... Ese cuerpo, ¿es por los deportes y todo eso, verdad?

Ysaak sonrió, nostálgico.

—Es por los entrenamientos y los partidos. Era un pasatiempo. Además, yo te conté sobre los torneos, ¿no?

—Tu cuerpo no, el de Sagitta...

—Mona apestosa.

MEMORIA

Sorpresivamente, el día pasó para todos muy rápido (menos quizá al rey Vanadio). Seshat e Ysaak lograron visitar apenas dos de los satélites artificiales (y ni siquiera vieron la mitad de cada uno). En una de sus caminatas, se toparon con una sala que, curiosamente, atraía a muchos más ogros que turistas: un domo que les permitía entrar a una realidad virtual que simulaba cómo sería Iapetus si existiera el día.

Ysaak mostró especial curiosidad por la Sala de las Estatuas, que mostraba una representación en tamaño real de cada rey que habían tenido los ogros: desde el primero de la dinastía hasta Metallus vön Sugus del Titanium. Si bien le pareció que Vanadio tenía una presencia electrizante y poderosa, Metallus, por su parte, se veía como un ser realmente temible.

Sin embargo, lo que más disfrutaron fue una biblioteca enorme donde no había gravedad, con no menos de mil estanterías tan altas como edificios, todas y cada una de ellas repletas de libros. El inmenso y elegante cartel en arco rezaba con orgullo: «LA BIBLIOTECA MÁS GRANDE DEL SISTEMA SOLAR».

Hathor, por su parte, se sintió emocionado con su encuentro. Gracias a que había estudiantes de todas partes del sistema solar, consiguió colarse a una de las clases y, en medio de ella, levantar la mano para hacer una pregunta, dándole así una sorpresa al profe. Resultaba ser que Hermoso y Precioso eran dos leones cuadrúpedos como su amigo Knaach, que hablaban y se movían con modales tan elegantes y refinados, y escogían un vocabulario tan aburguesado cuando hablaban que, obviamente, resultaba todo un reto no dejar escapar siquiera una risita ocasional. Desde luego, Hathor no reunió valor para decirles la verdad, por lo que Hermoso se pasó media hora hablándole sobre lo grosera que era la generación actual.

El final de la jornada llegó antes de lo esperado y, así, todos fueron auxiliados para llegar hasta el lugar donde Vanadio les concedería el honor de

cenar con él y la corte. Seshat sabía que no podría acostumbrarse a una luna que tenía una noche perenne, pero le agradaban los ogros mucho más que los elfos. Pensó íntimamente que ser una ogro la horrorizaría, pero si hubiera nacido como una, habría tenido una vida bastante feliz.

Fue así como, más temprano que tarde, el mismo Vanadio los condujo a sus aposentos (Ysaak confundió el lugar con una sala enorme que conducía al cuarto real sin darse cuenta de que, de hecho, ya estaban en el cuarto real). Cuando Seshat le señaló una asombrosa cama de sábanas rojas con diamantes del mismo color en cada costura, no pudo evitar mostrarse abiertamente sorprendido.

Más allá se hallaba la salida a un balcón enorme, donde la vista era poco menos que asombrosa: abajo se veían los satélites artificiales flotando y, al frente, las múltiples lunas de Saturno, salpicadas en el cielo.

Se sentaron todos juntos, con tazas de chocolate caliente en la mano (Vanadio había preferido cerveza en un tarro que parecía un barril hecho de cristal y oro).

Cuando el momento fue propicio, Hathor tomó la palabra y le contó todo. Desde su amistad con un niño yovediano llamado Varuuna, hasta su llegada a Yóvedi. En ese momento, instó a Ysaak a hablar, a contar su historia, y el chico lo hizo, tomando la mano de Seshat, sin temer la mirada de Hathor ni tampoco del rey, quien lo escuchó en silencio. El tigre le habló de su otosa, de aquel día con Sagitta en el claro del bosque, de los cráteres, de su estancia en la policía de Solares, de su llegada a casa y su última siesta plácida y después, del horror...

Hathor retomó la historia desde ahí: contó con detalle su relación con los yovedianos, su amistad con Boltar, el shah del Nyhm (a quien dijo que a menudo llamaban «presidente», como si tal cosa fuera una curiosidad), de su ataque a la puerta, del fracaso y la tragedia que sobrevino después, y del gran error con Meinkherdt. El elfo no pudo evitar limpiarse los ojos con el reverso de la mano. Vanadio estaba impactado y sorprendido al saber que Meinkherdt ya no era parte de ellos y que la descendencia Hallyfax había llegado a su fin.

Hizo con Vanadio lo que ni siquiera había hecho con Panék en un principio: decirle toda la verdad sobre Pumo. Todo lo dicho por DIO y, más importante aun, por Meinkherdt.

Las horas transcurrían, y así, con las palabras del elfo, Seshat e Ysaak aprendían cosas que, hasta el momento, no sabían. Hathor hizo un paréntesis en su historia y le dijo a Ysaak que, si hasta ahora ni él ni Boltar habían

hablado con él sobre ello, era para no darle preocupaciones adicionales. Pero la hora de la batalla final se estaba acercando, e Ysaak tenía que estar al tanto no solo de todo lo que se sabía sobre su enemigo, sino además, de lo incierta que sería la pelea.

Asimismo, Hathor aprovechó para contarle a Seshat las últimas palabras de Meinkherdt. La elfa no pudo evitar llorar.

En ese momento, el tiempo se detuvo: dos elfos, un yovediano y un ogro estuvieron en un mundo aparte del resto del universo, donde no notaron el paso del tiempo, ni la sed, el frío, o el hecho de que al día siguiente en la mañana habría nuevas responsabilidades para todos.

Fue así como llegó el punto más importante de la noche: Hathor incluyó en su historia la intención de obtener la ayuda de los ogros y de todo lo que ello significaría para la misión. El elfo estaba relatando los hechos sin pedirle una respuesta a Vanadio, que lo observaba atentamente, con esa mirada eléctrica, que no se movía, que era como la de una estatua. Entonces, todo terminó. Relató el momento en que los tres se subieron a la Sobek-Set y acudieron a la luna de los ogros.

El rey Vanadio reclinó la espalda sobre su silla y suspiró, profundamente, viendo hacia un costado de la habitación. El silencio fue absoluto y no se rompió ni siquiera cuando dirigió sus ojos hacia Ysaak, mirándolo por un rato.

Se puso de pie, quizá fue en ese momento cuando notó que todavía llevaba la armadura puesta, viéndose a sí mismo con sorpresa.

—Voy a salir un momento al balcón, quisiera tomar aire. ¿Quieren venir? Todos lo acompañaron.

Cuando salieron al aire libre y el rey apoyó las manos en la baranda, viendo en dirección a las lunas, Seshat e Ysaak se quedaron detrás. Consideraron que quizá era mejor dejar a Hathor hablar a solas con él.

No importaba qué tan larga fuera la terraza, los chicos pudieron escuchar bien la respuesta del ogro: «Voy a hablarlo mañana con la Asamblea».

No pasó mucho tiempo antes de que mirara tras él; comprendiendo el gesto de los chicos, rompió su cautela y les indicó que podían acercarse.

—Convocaré mañana a una reunión y expondremos el problema ahí.

—Vanadio, no tienes que hacer esto como un favor. Al final, esto no es más que una invitación a meterse en problemas y el único criterio para elegir meterse en esto es si se está completamente loco o si se es o no uno de los chicos malos. Tampoco quiero parecer como si...

—¿CÓMO ES EXACTAMENTE ESO DE QUE NO «QUIERES» PARECER? TRATAS DE TENTARME PARA TOMAR PARTE EN ESTO Y AYUDARLOS, CUANDO ADEMÁS PANÉK ESPERA UNA RESPUESTA POSITIVA DE MI PARTE. SIN CONTAR QUE SOBRE TODO TÚ QUIERES LLEVAR UNA BUENA NOTICIA A TITÁN, DESPUÉS DE TODOS LOS PROBLEMAS QUE ESTÁS CAUSANDO. PUES VAYA FORMA EN QUE INTENTAS HACER PARECER QUE DEJAS LA DECISIÓN ENTERAMENTE A MI ELECCIÓN. Y TU DISCURSO DEL CLUB DE LOS CHICOS MALOS NO AYUDA EN NADA, ESAS PALABRAS ME TIENTAN Y LO SABES.

Hathor no pudo evitar sonreír, y se llevó la mano a la frente.

—Pero aun así, tú entiendes exactamente lo que trato de explicar. El solo hecho de estar aquí después de tantos años para plantearte algo como esto no es propio de un verdadero amigo, tampoco es algo que jamás pensé que haría ni en la peor pesadilla, pero lo estoy haciendo de todos modos, y lo estoy haciendo porque estoy desesperado, desesperado más allá de lo que nunca creí posible, endeudado hasta el cuello con algunas personas.

—OBVIAMENTE.

—Exacto, entonces la cuestión es así: toma parte si quieres hacerlo.

—¿INCLUSO SI PLANTEADO ASÍ SE REDUCE AL MÍNIMO LA POSIBILIDAD DE QUE LOS AYUDE?

—Aun así.

—¿PERO...?

—Pero la posdata es que la ayuda de los ogros sería una bendición, y algo que todo el Concilio de Titán, adeptos y no adeptos a esta misión, está esperando con desesperación. Aun los más pesimistas en el Concilio no pueden dejar de aferrarse a la esperanza de que digas que sí. Y finalmente, te deberé mi vida, Vanadio.

—EN UN LUNES CUALQUIERA ME OFRECEN ALHAJAS QUE TIENEN MÁS VALOR QUE EL CUELLO DE UN PIRATA ESPACIAL, ASÍ QUE TE ACONSEJO QUE NO USES ESA FRASE DE ORO PARA TERMINAR TUS PALABRAS, ELFO. NO BRILLA TANTO COMO CREES.

Hathor suspiró, sentándose sobre la baranda. Su cabello dorado se iluminaba a intervalos en las luces brillantes de los colosales globos satelitales que pasaban un abismo por debajo de él.

—También quería hablarte sobre lo que el shah de Yóvedi me ha

autorizado únicamente a mí a ofrecer en su nombre, como representante designado por él. No me he atrevido a decírtelo, por miedo a ofenderte.

—¿LAS RIQUEZAS DE YÓVEDI?

—Exactamente. Un mundo donde Iapetus y Titán podrían caber miles de veces.

—IBAS BIEN, PERO ESA OFERTA ES OFENSIVA.

—Lo sé, pero es algo que tienes a tu disposición, si eso quisieras.

—COMO SE NOTA QUE SOMOS AMIGOS DE LA INFANCIA, ¿VERDAD?

—Teniendo en consideración cómo fue la guerra entre ogros y elfos, sumado a lo que te acabo de decir, sí. Pero esto es algo muy diferente.

Vanadio meneó la cabeza.

—NO VOY A TOMAR LAS RIQUEZAS DE YÓVEDI EN NINGÚN CASO, EVENTUAL O HIPOTÉTICO. ESE PLANETA ESTÁ AHÍ Y LOS YOVEDIANOS FUERON PUESTOS EN ÉL. EL CURSO DE SU EVOLUCIÓN DEPENDE DE ESO. AUN ASÍ, ENTIENDO LA DECISIÓN DEL SHAH DE YSAAK. ES ESO O ES LA NADA...

—Exacto.

Vanadio volvió a observar a Ysaak atentamente. El chico lo veía apocado, con humildad solemne.

—DIME UNA COSA: ¿ÉL ATACA CUANDO LO ATACAN? PUMO...

—Sí, señor.

—Y POR LO GENERAL, REACCIONA DE FORMA EXAGERADA CUANDO LE OCASIONAN UN PROBLEMA.

Por primera vez en mucho tiempo, Ysaak recordó algo que le había escuchado decir a Backlava: Pumo había destruido el escenario para un concierto en las afueras de Solares

—Sí. Hubo un incidente terrible al principio, que fue mi culpa.

—ESO ES TAN VERDADERO COMO DECIR QUE HATHOR TUVO LA CULPA POR LO DE LA CANCELACIÓN DEL OXÍGENO. NADA DE LO QUE OCASIONE UN INVASOR POR ACCIÓN DE DEFENSA ES CULPA TUYA NI DE NADIE, CHICO, ES DE ÉL.

El tigre asintió con firmeza.

—BÁSICAMENTE, SEGÚN LO QUE ME HAN CONTADO, ÉL TIENE ALGO ASÍ COMO... LLAMÉMOSLO «PODERES DE ADMINISTRADOR» SOBRE TU MUNDO, ¿NO ES ASÍ?

—Es una buena forma de ponerlo, sí.

—¿MEINKHERDT SUPO CÓMO LO HIZO?

—No.

—¿Y PANÉK Y SUS ELFOS?

Hathor meneó la cabeza, lentamente.

—ENTONCES DUDO QUE AQUÍ PUEDAN HALLAR UNA RESPUESTA. ES CIERTO LO QUE DECÍA PANÉK: HAY QUE DESCABEZARLO TAN PRONTO ARRIBEMOS. DE LO CONTRARIO, LA COALICIÓN CORRERÁ PELIGRO.

—Exacto.

—Y SI MÁS TARDE EN PLENO COMBATE NO LO CONSEGUIMOS MATAR, SERÁN NUESTROS PUEBLOS LOS QUE ESTARÁN EN LA LÍNEA ROJA.

Hathor asintió.

—Si se desata un combate, no veo mejor escenario que el que ustedes estén ahí también. Pero si el plan de Panék resulta, los ogros no habrán tenido que disparar un solo rayo.

—RESPETO MUCHO EL CEREBRO DE PANÉK, MÁS POR EL HECHO DE QUE VENCIÓ A MI PADRE EN UN COMBATE ESPACIAL, QUE POR LO POCO QUE HE VISTO Y OÍDO DE ÉL. PERO SU PLAN ES INCIERTO.

Hathor guardó silencio durante un rato que se hizo demasiado largo, hasta el punto que Seshat e Ysaak se vieron las caras, nerviosos.

Volvió en sí, retomando la conversación de la mejor manera que pudo. Pero no se culpaba a sí mismo por haber tenido un momento ajeno al tiempo, ajeno a aquella importantísima charla, pues él estaba satisfecho con su íntima excusa: aquellas palabras del rey le habían hecho recordar, de algún modo, a Claudia. Lo habían impregnado de su aura más que ver a su propio hermano a la cara.

—Panék también sabe que es incierto —repuso— y estoy casi seguro de que lo piensa por las mismas razones que tú. Pero a la vez tenemos una ventaja: Pumo no sabe que lo vamos a atacar.

—¿CREES QUE CONFÍE EN LAS PALABRAS DE PANÉK?

—Quizá sí, quizá no. Es un ser terriblemente objetivo y la única manera de que considerara la idea de una traición sería si consigue conjurarlo dentro de un cuidadoso campo de probabilidades. No voy a decirte que sé cómo piensa Pumo, pero sé que hay algo de lo que he mencionado en esa fórmula. Panék hizo una excelente actuación, ni siquiera nosotros sabíamos si nos

ayudaría o no, y Pumo no estaba lo suficientemente cerca como para analizarlo con detalle.

—ENTONCES SUPONIENDO QUE SÍ LO ENGAÑÓ, SOLO QUEDA ALGO QUE ESPERAR.

—¿Qué?

—QUE LA CÁPSULA ESPACIAL QUE UTILIZA PARA TRANSPORTARSE NO PUEDA CRUZAR DE DIMENSIÓN Y DESAPARECER EN EL AIRE.

Hathor asintió incluso antes que Vanadio acabara de hablar.

—Te comprendo, la idea es encerrarlo en el planeta sin ninguna de sus naves o pasadizos a su disposición.

—Y DESDE AHÍ TODO LO QUE CABE ESPERAR ES QUE NO TENGA NINGÚN TRUCO BAJO LA MANGA O QUE HAGA ALGO EXTRAÑO. CUANTO MÁS LO PIENSO, LAS MALAS PROBABILIDADES PESAN MÁS QUE LAS BUENAS. NO SABEMOS MUCHO DE ÉL, NI AUN CON LO QUE MEINKHERDT TE DEJÓ EN EL LIQUEN.

—Sabemos que ha hecho un trabajo colosal para recuperar a Pimpollo. Dudo que aun en medio de la desesperación, decida hacer volar el planeta con todos nosotros dentro. No se atrevería a destruirlo, ni siquiera a expensas de su propia vida.

Vanadio asintió, firmemente.

—ASÍ ES. ACABAS DE DESCUBRIR OTRA VENTAJA A TU FAVOR. AHORA, HAY UNA MÁS EN CONTRA...

—Dímela.

—SI PUMO SOBREVIVE AL ATAQUE Y SU CÁPSULA RESULTA ESTAR EQUIPADA CON LO SUFICIENTE PARA LLEGAR A SU HOGAR...

—Se acabaría todo para nosotros.

—SABRÍA EXACTAMENTE DE DÓNDE PROVINO LA REBELIÓN, EL ATAQUE.

Hathor se frotó la cara, suspirando.

—Es cierto. Lo sabría.

—Y DE NADA VALE USAR LO QUE SEA PARA DESTRUIR A TIEMPO CUALQUIER BOMBA O ATAQUE REPENTINO A MILES DE AÑOS LUZ DEL SISTEMA SOLAR. SI PUMO UTILIZA DIMENSIONES PARA TRANSPORTARSE, ENTONCES ES LÓGICO PENSAR EN LA

TÁCTICA INTELIGENTE, Y LA TÁCTICA INTELIGENTE SERÍA QUE HABRÁ DOTADO A MÁS DE UNO DE SUS SUPERCOHETES CON LA MALA COSTUMBRE DE APARECERSE EN EL SITIO QUE LE INTERESA Y ¡ZAS!

—Así es.

—LO QUE QUIERE DECIR QUE INCLUSO SI NOS APARECEMOS TORPEMENTE A TRAVÉS DEL AGUJERO DE GUSANOS CERCA DE YÓVEDI, TODAVÍA ESTARÁ A TIEMPO DE VOLARNOS EN PEDAZOS USANDO ESE MISMO PRINCIPIO. SOLO QUE LÓGICAMENTE, CON UNA BOMBA MÁS PEQUEÑA.

—Podría hacer eso, también.

—O lo podríamos amedrentar diciéndole que vamos a destruir el planeta con un segundo batallón si hace algo —propuso Seshat—. De ese modo, no se atrevería a atacar las naves si están lo suficientemente cerca de Yóvedi.

—DESDE QUE EL CHICO NOS HA ACLARADO QUE PUMO POSEE CIERTA SENSIBILIDAD LÓGICA Y POR LO TANTO ES CAPAZ DE ENOJARSE, DUDO MUCHO QUE SEA ACONSEJABLE HACER ESO, PEQUEÑA.

—Él tiene las mismas posibilidades de tenernos agarrados por el cuello que nosotros —repuso Hathor—. Sería la antesala a una situación imprevisible y horrible.

—ASÍ ES. HAY QUE HACERLO TODO SIGUIENDO LA IDEA DE PANÉK: AESTAR UN ZARPAZO RÁPIDO Y LIMPIO, QUE NO LE DÉ TIEMPO NI SIQUIERA DE PREGUNTARSE QUÉ HA PASADO.

Hathor bajó la cabeza, pensativo, para luego levantar la mirada y verlo a los ojos.

—En resumen, así es la situación, Vanadio.

—LO VEO...

—Y nadie te culparía si no quieres tomar parte en esto.

El rey le dedicó una mirada profunda.

—A PESAR DE LOS RIESGOS, AYUDAR A LOS ELFOS EN UNA MISIÓN ASÍ ESTRECHARÍA NUESTROS LAZOS COMO NUNCA ANTES. SERÍA REVIVIR LOS DÍAS DEL TRIUNFO SOBRE CADAMAREN Y LA PARCA IMPERIAL. SERÍA, DE HECHO, FORTALECER NUESTRA ALIANZA.

Seshat e Ysaak se vieron las caras, expectantes.

—POR OTRO LADO —prosiguió—, OCASIONARÍA UN PROBLEMA

GRANDÍSIMO CON LA HERMANDAD DE PLANETAS. SERÍA DESAFIARLOS Y NO SOLO ESO: SERÍA DARLES UNA BOFETADA, ESCUPIR SOBRE LAS REGLAS MÁS SAGRADAS...

—Sería tal como dices. Pero si son dos potencias las que comparten la culpabilidad, dividiríamos entonces el reproche por la mitad. Aun así, es mi deber ser sincero: será terrible.

—ESTÁS INTERPRETANDO MAL MIS PALABRAS, ELFO.

—¿Cómo?

—LO ESTÁS HACIENDO VER COMO SI LAMENTARA SU REACCIÓN, CUANDO DE HECHO, ESTOY SOPESANDO LAS COSAS POSITIVAMENTE: ¿O ACASO HAS COMETIDO EL ERROR DE OLVIDAR QUE YO SOY EL HIJO DE MI PADRE?

—Vanadio...

—¡NO HAY COSA QUE ME GUSTARÍA MÁS QUE HACERLOS ENOJAR!

Hathor no pudo evitar reírse, llevándose las manos a la cara.

—TODAVÍA NO LOS PERDONO Y TÚ LO SABES.

—Lo sé. Ellos tampoco perdonan a tu padre.

—ENTONCES TENDRÉ EL HONOR DE ALIVIAR SU MEMORIA DE ESE PESO Y COLOCARLO SOBRE MÍ.

—Sí y con una suma de intereses negativos. Los vampiros de la Hermandad se van a convertir en demonios de clase cinco cuando les digamos lo que pensamos hacer.

—Y LOS ELFOS EN ORCOS. SERÁ LA PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA QUE SE LOGREN AMBAS COSAS SIN UN CONJURO MÁGICO.

Hathor volvió a reír, esta vez con más ganas.

—Por Dios. Volvamos al carril de la conversación, ¿quieres?

—NUNCA SE HA DESCARRILADO, HABLO EN SERIO. PERO ESO SÍ: NO SÉ SI VOY A ACCEDER A ESTO, HATHOR. LO TENGO QUE CONSULTAR A SOLAS, CON LA ALMOHADA.



El elfo se bajó del barandal.

—Gracias, Vanadio.

—ESTÁ CLARO QUE TENDRÁN QUE DORMIR EN EL PALACIO. ENVIARÉ A ALGUIEN AHORA MISMO PARA QUE DISPONGAN DE ROPAS DE SU TALLE.

—¿A qué hora nos encontraremos mañana?

—A LA TARDE —repuso—. AGRADECE POR LO TANTO QUE NO TENGAN QUE LEVANTARSE TEMPRANO, COMO YO. LOS CONVOCARÉ CUANDO HABLE DE ESTO CON LOS OGROS.

—¿No nos necesitará ahí con usted, su majestad? —preguntó Seshat, nerviosa—. Supongo que será como el shah Panék con el Concilio. No deberíamos dejarlo solo, Hathor.

—El rey tiene potestad absoluta sobre cualquier asunto concerniente a

Iapetus y sus lunas —repuso Hathor—, pero aun así se toma como un gesto de buena voluntad que exponga el asunto ante su Asamblea.

El ogro asintió.

—DESCANSEN YA. CUANDO SEA EL MOMENTO, MANDARÉ POR USTEDES.

Hathor colocó una mano sobre su brazo.

—Te vuelvo a dar las gracias, Vanadio.

—NO ME AGRADEZCAS TODAVÍA, ELFO. MAÑANA TENDRÉ UNA RESPUESTA.

EL LLAMADO DEL REY

Cuando se separaron del rey, no durmieron hasta una hora después. La expectativa era tanta, que los acechó incluso durante el sueño, y no les permitió seguir acostados más allá de las diez. Se prepararon y se vistieron poco después.

Cuál fue su sorpresa cuando, en la antesala a los graderíos del rey, el guardia apostado en la puerta les informó que su majestad estaba tratando un tema secreto de «suma urgencia» con el Estado Mayor. No hicieron falta mayores explicaciones. Hathor agradeció a Vanadio en silencio una vez más.

Las siguientes horas las pasaron caminando en círculos como si estuvieran en un hospital, esperando noticias urgentes.

Cuando llegó la hora del almuerzo, la reunión aún no había acabado ni tampoco se le había puesto una pausa, como solía suceder la mayoría de las veces, por lo que sin dudas el debate debía ser intenso. Era solo respetuoso que Hathor rechazara el ofrecimiento de un secretario de llevarlos a un comedor privado y darles el almuerzo, Seshat e Ysaak estuvieron de acuerdo plenamente.

El único momento en el que se permitieron moverse de la antesala fue cuando estaban saturados de ella, de su ambiente y de sus cuadros oscuros, y decidieron ir a un balcón a tomar aire fresco. Eso hizo que al elfo se le abriera un nuevo mundo de suposiciones en vez de quitar tareas a su atribulada mente: cuando vio las estrellas, y entre ellas, a la bellísima Titán flotando por encima de los aros de Saturno, supo que Panék debía estar en la misma situación que él, pero peor: estaría preguntándose por qué no llegaba aún a casa y si traería buenas noticias cuando lo hiciera. Hathor no pudo evitar sentirse culpable, por eso y por todo, y se sorprendió a sí mismo intentando ocultar sus emociones de Seshat e Ysaak, emociones que no eran nuevas, pero que sin dudas ganaban cada vez mayor terreno. Pronto, se sorprendería a sí mismo con un pensamiento revelador: estaba preparado para aceptar que él

había sido mucho peor hijo de lo que Panék había sido como padre. Se frotaba la cabeza, viendo en silencio el lago bellamente iluminado por el concierto de lunas saturninas, cuando se dio la media vuelta al sentir una gran presencia: el guardia se aclaró la garganta para obtener también la atención de los chicos:

—El rey los espera.

• • •

Fueron escoltados a un salón rectangular, rodeado de ventanales y cortinas, y una mesa extraordinariamente larga con sillas vacías. El rey continuaba sentado solo, y los vio entrar, sin decir nada.

El guardia cerró la puerta tras ellos. Para entonces, Hathor no pudo evitar correr.

Salvo por sus pisadas, el silencio era tal, que Seshat e Ysaak decidieron quedarse de pie ante el umbral. El asunto les concernía tanto como a él, pero sentían que aquella era una cosa íntima entre amigos.

Hathor se detuvo entonces y miró a Vanadio, apartó una silla que le quedaba demasiado grande para sentarse lo más próximo a él. Su mirada fue interrogante suficiente para el rey.

—SOLO FALTA LA CONSULTA DEL PUEBLO. SI LO ACEPTAN, LOS OGROS ACOMPAÑAREMOS A LOS ELFOS A LA GUERRA.

El elfo hizo señas a los chicos para que se acercaran.

—¿Cuándo será la consulta?

—TENIENDO EN CONSIDERACIÓN QUE EL TIEMPO SE LES ESTÁ AGOTANDO A TUS AMIGOS, SE HARÁ ESTA MISMA NOCHE. UNO DE LOS MINISTROS ESTÁ HACIENDO LA CONVOCATORIA MIENTRAS HABLAMOS.

—Dios, Vanadio... ¡Gracias!

—YO TAMBIÉN SACO PROVECHO DE ESTO, ASÍ QUE NO DEJES QUE ESTO TE quite el sueño.

—Es imposible que no me lo quite: gracias, muchas gracias. No puedo esperar para informar a Panék.

—PUEDES HACERLO POR EL COMUNICADOR SI ASÍ LO DESEAS, A MENOS QUE QUIERAS VIAJAR DE VUELTA PARA DAR LA SORPRESA EN PERSONA, COSA QUE TE PIDO EVITAR: TENEMOS QUE PONERNOS AL DÍA EN MUCHAS COSAS Y LO

MEJOR SERÁ QUE NO PERDAMOS EL TIEMPO.

—Tienes razón —asintió.

—HAY ALGO QUE OMITISTE AYER, ¿DÓNDE ESTÁ DIO?

—DIO ha quedado en Titán, ayudando a hacer los preparativos.

Vanadio se frotó la barba, pensativo.

—LO ENTIENDO.

Hathor giró la cabeza:

—Falta consultarlo con el pueblo de Iapetus —informó a Ysaak, aliviado.

No le hizo falta echar un segundo vistazo para comprender que ninguno sabía tanto de los asuntos políticos de los ogros como él.

—A diferencia del shah Panék, el rey tiene absoluta potestad para llamar a una guerra. Sin embargo, una ley reciente dice que la decisión final está sujeta a la voluntad del pueblo de los ogros: si ellos deciden que no quieren hacer esta incursión, no se hará.

Aquellas palabras bastaron para poner nerviosa a Seshat.

—Dios, ¡pero entonces falta la parte más difícil!

—Déjaselo a Vanadio, nena.

—Muchas gracias, su majestad.

Todos giraron la cabeza para mirar a Ysaak, quien pocas veces se había atrevido a hablar ante ellos.

—TODAVÍA NO ME LO AGRADEZCAS —contestó, con la misma cortesía—. FALTA LA PARTE MÁS IMPORTANTE, DESPUÉS DE ESO, PODREMOS APROVECHAR EL TIEMPO.

—¿Qué haremos ahora, rey Vanadio? —preguntó Seshat—. ¿Hay algo en lo que podamos ser de ayuda?

—LOS MINISTROS DE GUERRA SE HAN RETIRADO YA, ESPERANDO CON ANSIAS LA REUNIÓN CON LOS ELFOS. HAY POCO QUE PODAMOS HACER SALVO COMER. ¿COMIERON? YO NO Y TENGO HAMBRE.

No pasó mucho tiempo antes de que el grupo se trasladara a un comedor reducido (o al menos, reducido para las dimensiones habituales que tenían las otras salas del palacio), destinado a visitas especiales.

Ahí, les sirvieron la comida más opípara de sus vidas, que les sirvió de almuerzo y de cena. Ante la tensión, lo único que distrajo la mente de Ysaak, además de Seshat, fue el asado... Al chico no le tomó ni dos bocados afirmar que aquella era la mejor carne que había probado en su vida. Eso le sirvió a la elfa para darse cuenta de qué le esperaba si sus sueños con él se cristalizaban.

En apetito ganaba, por mucho, Vanadio, pero sin dudas la voracidad de un yovediano era considerablemente más grande que la de un elfo.

Cuando la mesa estaba vacía y solo faltaban los postres (los elfos pasaron) decidieron hablar de cualquier otra cosa para distraerse, y lo lograron. Quizá fue por eso que sintieron pesar cuando un guardia interrumpió la charla.

—Su majestad, la consulta ha comenzado. El pueblo ogro está aquí. En una hora se lo espera.

Su tono imperioso infundía respeto y fue recibido con silencio.

—EN UNA HORA SERÁ, ENTONCES. PUEDE RETIRARSE.

El oficial pisoteó el suelo alzando su lanza de oro y rubíes, y se marchó.

—Pensé que viajaríamos a la ciudad —repuso Seshat, sorprendida—.

¿Vendrán aquí?

—No has visto la parte de atrás del palacio, hay una plaza gigante —informó Hathor—. Podrías poner a Hamíl varias veces ahí.

—¿Todos los ogros están obligados a asistir?

—LA VERDAD ES QUE NO —comentó Vanadio, limpiándose la barba con una servilleta—, PERO CADA VEZ QUE HAY UNA CONVOCATORIA, LOS OGROS ACUDEN, Y LOS QUE NO, LO VERÁN POR SUS PANTALLAS, DONDE QUIERA QUE ESTÉN, EN ESTA Y OTRAS LUNAS.

Ysaak se sintió sorprendido por semejante devoción. Algo en ello le hizo recordar a Yóvedi con nostalgia.

—¿Pero cómo será, su majestad? ¿Les explicará usted mismo la situación?

—NO. YO HARÉ LA PREGUNTA. LA SITUACIÓN LA EXPLICARÁ EL MINISTRO QUE HIZO LA CONVOCATORIA. POR ESO EL GUARDIA HA DICHO QUE SE ME ESPERA EN UNA HORA... EN ESTOS MOMENTOS ESTÁN POR HABLAR CON LA MULTITUD.

Seshat se frotó la mejilla, sorprendida.

—¿No... no lo pone nervioso hablar ante tanta gente?

—NO —contestó, con tanta sequedad que incluso fue gracioso—, UN REY OGRO QUE LE TENGA MIEDO A SU PUEBLO MERECE QUE LO ARROJEN AL SOL.

Dicho esto, se puso de pie y fue seguido por los demás.

• • •

Caminaron a paso firme hasta el balcón del palacio, ayudados solo por un

ascensor biónico. Eso les llevó al menos media hora de trayecto. Seshat no tardó mucho en darse cuenta de por qué el rey hacía esto: caminar era la mejor forma de bajar la comida, y quizá, meditar profundamente qué diría cuando encarase a su pueblo para llevarlos una nueva guerra, después de tantos años de paz...

No lo conocía tan bien, pero estaba convencida de que Vanadio se hallaba muy consciente de la magnitud del asunto. Hathor fue el único que caminó a su lado durante todo el recorrido, la mayor parte del tiempo se mantuvieron en silencio.

Seshat e Ysaak se vieron las caras, preocupados. Sabían bien lo difícil que había sido en el Palacio de Hamíl ante el Concilio de los Elfos que aceptaran a regañadientes una misión de semejantes proporciones, una misión que, después de todo, sería injusto decir que realmente fue aceptada, pues Panék se impuso con una mayoría estrecha y un recurso al que solo podía recurrir el shah en ocasiones excepcionales... Una ley escrita en un libro tan antiguo, que hasta último momento ni sus detractores más listos recordaban.

Sí, el shah de los elfos se había jugado el puesto y la reputación con aquella movida que había podido ganar el terriblemente difícil favor del Concilio, pero cuyas repercusiones estaban lejos de terminar.

Que los ogros los acompañaran les bajaría enormemente los humos, pero aquello no quería decir mucho, en especial tratándose de los elfos: seguía habiendo la suficiente oposición como para que en la tumba de Panék se escribieran más condenas que logros y eso hablando del shah más significativo que habían tenido en centurias. Así eran las cosas y así era su política.

A los elfos no les agradaba en lo absoluto la perspectiva de una travesía tan impetuosa. Sin dudas serían más letales que jaguares al juzgar a Hathor por ello. Él era quizá el único elfo en el sistema solar que era todavía más conocido que su shah; el hijo del antiguo, El Último, El Grande... nombres tenía muchos, pero vituperios podría llegar a tener todavía más.

Y ahora, estaban por enfrentarse a la misma situación, pero con los ogros. Seshat sabía muy poco sobre ellos, tan poco que su ignorancia era equiparable a la de Ysaak.

Ahora le tocaría a Vanadio ser juzgado, le tocaría al rey pasar por la misma situación que había hecho que la chica sintiera un renovado respeto por su propio shah, Panék. Respeto que la acompañaba a la madurez, que cambiaría sutilmente su visión de las cosas, y que marcaría un punto y aparte

entre la niña de antes y la elfa de ahora.

Vanadio del Titanium enfrentaría a ese mismo escrutinio, ante su propia versión del Concilio. Y aunque todavía no comprendía las razones por las que había aceptado semejante carga, lo admiraba, y supo que lo respetaría por siempre. Como con todo lo que es importante en la vida, la elfa estaba demasiado ocupada para saber que ahí y ahora estaban sucediendo cosas que recordaría parar siempre.

Después de la antecámara pasaron a una sala a oscuras, llena de ogros en armaduras impresionantes con sus rostros ocultos en la oscuridad. Murmuraban en voz muy baja, esperando a su rey. Más allá, delante de las cortinas e iluminado por las luces, el ministro de Vanadio hablaba al pueblo a través de los micrófonos. Les contaba una versión resumida que Hathor le había relatado anoche.

Desde ese punto, ella podía ver a la multitud reunida allá abajo a través de la seda de las cortinas. La gigantesca ciudadela no solo estaba a rebosar, a tal punto que no se veía el suelo, sino que además, el lago estaba repleto de miles de luces, con más embarcaciones que estrellas tenía el cielo, llenas con ogros que escuchaban en tal silencio, que no pudo evitar temblar.

Lo único que la sacó de sus pensamientos, no solo a ella sino además a Hathor, cuya expresión se tornó de sorpresa, fue ver cómo uno de los ogros colocaba su enorme mano sobre la espalda de Ysaak, y lo obligaba a caminar hacia delante, sin pedir permiso ni preguntar a nadie.

El chico no se resistió, pero fue forzado al balcón para que lo vieran. Hathor miró a Vanadio, pero él no dijo nada, ni siquiera prestó atención al elfo.

El ministro entonces se quedó en silencio, contemplando al chico, que miraba con sus ojos grandes a la multitud.

El ogro lo señaló con las manos abiertas y continuó hablando.

Seshat se aferró al brazo de Hathor.

La brisa acariciaba las orejas del tigre. Se quedó quieto donde estaba, sin siquiera mover la cabeza para pasear la mirada. La voz del ministro retumbaba a través de los altoparlantes esféricos que flotaban por todo el palacio.

Cuando finalmente terminó la historia, guardó silencio. Por momentos, el único sonido que se escuchaba era el de la brisa.

—¡OGROS! —exclamó entonces—. ¡Los dejo ante el rey! ¡Vanadio vön Sugus del Titanium!

No hubo aplausos, vítores ni murmullos.

El ministro bajó la cabeza y colocó su mano en la espalda de Ysaak, conduciéndolo de vuelta a la sala, mientras Vanadio caminaba lentamente y salía al mirador.

«Ha llegado la hora —pensó la elfa— de enfrentarse al juicio más duro. A su propia versión del Concilio de los Elfos».

Como si fuera una visión, recordó al difunto rey Metallus.

Vanadio se quedó firme frente a la baranda, mirándolos fijamente, en silencio. Luego, llenó su pecho de aire...

—¡¡GUERRAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!!

Iapetus estalló en gritos.

Millones de voces se alzaron al unísono rugiendo, con puños tan duros como roca, alzados al cielo.



Seshat y Hathor tuvieron que llevarse las manos a los oídos. Ysaak estaba demasiado sorprendido como para siquiera moverse. El maremoto saturó su cabeza y sintió que las paredes del palacio vibraban.

El rey se dio la media vuelta y caminó hacia Hathor.

—Listo.

LA HERMANDAD DE PLANETAS

Ysaak seguía enfrascado en su silencio, envuelto en aquella experiencia casi espiritual. Seshat lo tomó del brazo, con la adrenalina corriendo por su espíritu.

Los ministros caminaban por un largo pasillo junto a su rey.

—YA ES HORA DE QUE TE COMUNIQUES CON PANÉK —repuso Vanadio—. TENEMOS QUE SENTARNOS LO ANTES POSIBLE.

—Llévame ante un zellas o un comunicador espacial —pidió Hathor— y lo haré ahora mismo.

No hizo falta que Vanadio diera otra orden, un ogro inmenso con una voz terriblemente profunda contestó por él:

—Yo te llevaré.

La herramienta de comunicación elegida fue, sin embargo, un comunicador espacial. Hathor fue conducido a una sala privada donde estableció contacto con Titán y dio las buenas nuevas. Seshat e Ysaak esperaban afuera, impacientes.

Había revoloteo en el palacio. Súbitamente una infinidad de corredores, salas y portales que destacaban por su lúgubre soledad estaban ahora llenos. Las pisadas se escuchaban por todas partes, los guardias y los soldados de mayor rango se movilizaban, comandados por oficiales que se disponían a viajar por toda Iapetus.

Vanadio tuvo que encabezar una nueva reunión privada que afortunadamente duró poco. Todo lo que quedaba esperar era la respuesta de Hathor, quien salió de la cabina con aspecto agotado.

La chica fue la primera en abordarlo, incluso antes que la multitud de ogros que esperaban los detalles.

—¿Qué sucede?

—No hablé con Panék... No está en Titán.

De la preocupación, Seshat bajó las orejas.

—Se encuentra en Ganímedes —prosiguió—, en la Hermandad de Planetas. Ha ido a darles parte. Sin embargo, el general Geryon acaba de dar la orden de movilizarse lo antes posible. Espero que no les importe que la reunión se haga aquí en la Fortaleza.

—CONTÁBAMOS CON QUE ASÍ FUERA —repuso el ogro.

—Entonces los elfos viajarán esta misma noche. Mientras tanto, nosotros debemos marcharnos cuanto antes.

—¿A dónde? —preguntó Ysaak.

—A Ganímedes... Mi padre está ahí y le están dando una paliza.

• • •

No pasaron ni veinte minutos antes de que fueran teletransportados a la bahía. El poco tiempo adicional del que disponían lo invirtió Hathor en despedirse de Vanadio.

La fatiga en el elfo era ahora más evidente, sin embargo, sus energías se renovaban constantemente; lo que más lo motivó fue la actitud de Seshat. Cuando escuchó las palabras de Hathor, se encendió como una antorcha.

No había tiempo para el descanso: tenían en las buenas manos del general Geryon los preparativos restantes.

La Sobek-Set no tardó en dejar atrás el palacio y luego la enorme y hermosa estrella dorada en la vasta planicie oscura que era la ciudad de Ogroroland. La luna blanquinegra quedó poco a poco tras ellos, hasta convertirse en una mancha.

Nadie se quejó de la velocidad: Seshat había tomado el control de la nave sin siquiera preguntarlo.

La cabeza de Ysaak, por su parte, rebosaba de preguntas, pero solo bastaba ver a ambos elfos para convencerse de que no quería interrumpirlos. La única vez que habló, fue animado por una orden súbita del elfo: «ponte el cinturón».

—¿El presidente Boltar también está ahí?

—También —contestó, sin siquiera mirarlo, ocupado en un radar holográfico que mostraba la distancia a la que estaban de Júpiter, con un contador muy largo que se reducía rápidamente—. Ambos están resistiendo lo mejor que pueden.

Todos los comentarios cautelosos que había escuchado sobre la Hermandad hasta ese día no habían sido broma...

La Sobek-Set cruzó el cosmos como una centella, rumbo al punto blanco más grande en el firmamento desde el cielo de Saturno.

• • •

Boltar se frotó la cara, con los codos apoyados sobre las rodillas. No se había dado cuenta de lo demacrado que se veía su rostro hasta que vio su propio reflejo en el suelo.

Se hallaba en un salón blanco, rodeado de columnas. Una antesala a lo que parecía un tribunal, donde había tenido que enfrentar a unos jueces colocados sobre unos estrados tan altos como casas, puestos unos al lado de otro, como los tubos de un órgano.

Panék se hallaba de pie, con los brazos tras la espalda, caminando. Al lado suyo se encontraba el joven secretario Nicor, revisando un grueso manojo de papeles con mano rápida.

El lobo levantó la mirada para ver el enorme reloj sobre la pared. El chip del traductor universal no le permitía ver la hora traducida, pero había aprendido algo del alfabeto élfico y ahora era capaz de usarlo a su favor.

Panék se sentó a su lado, Nicor lo seguía como una niñera, sin dejar de manosear los papeles, siempre en búsqueda de algo.

—Lamento mucho que tenga que estar pasando por todo esto.

El elfo ni siquiera giró la cabeza para mirarlo.

—Si es eso lo que le preocupa, shah, anímese. Yo no lo culpo a usted. El verdadero responsable no está aquí ahora.

—Soy capaz de ver eso, pero quiero que sepa una cosa: Hathor lo ama.

—¿Alguna vez le habló de mí?

—¿Mientras estábamos en Yóvedi? Poco. Lo mencionó solo de pasada, con más temor que cualquier otra cosa. Hablar con usted fue lo más difícil de todo. Pero he visto su rostro y sé que quiere decirle algo.

En ese instante, un elfo vestido con uniforme abrió las puertas de golpe y se precipitó adelante. Nicor no tardó en atajarlo, corriendo también en su dirección. Luego de un pequeño intercambio de palabras se dio la media vuelta como una estrella musical, exclamando:

—¡SHAH! ¡GRANDES NOTICIAS!

Panék se puso de pie, al igual que Boltar.

—¡Contamos con el apoyo de los ogros! ¡El rey Vanadio acaba de hablar!

El elfo cerró los ojos y suspiró con alivio, llevándose los dedos a la frente.

—¿Quién ha dado esa noticia?

—¡Ha sido el general Geryon, shah! ¡Hathor llamó a Titán preguntando por usted pero fue él quien tuvo a bien recibir el mensaje!

—¿Lo ve? —musitó Boltar—. Estoy seguro de que él, más que nadie, quería traerle la noticia.

—En todo lo que puedo pensar ahora es en refregárselo en la cara a los jueces —contestó, sentándose de vuelta—. En cuanto a Hathor, yo estoy esperando algo distinto, algo que jamás va a tener la consideración de dar, porque no está en su espíritu.

El lobo bajó la cabeza, viéndose las manos. Su propio silencio fue desaprobación suficiente.

—¿Usted tiene hijos, Boltar?

—¿Hijos de sangre? Tal vez. Pero en Yóvedi, mis protegidos vendrían a ser lo que para usted son los hijos. Tengo dos: Xaphan y Zagan.

—¿Alguna vez lo han defraudado? ¿Defraudado en serio?

—Me temo que no han crecido lo suficiente para eso. Son adolescentes. Es curioso, pero la situación ha llegado a un punto en el que temo ni siquiera llegar a ver eso.

—Quizá el fin sea preferible a semejante cosa.

Boltar miró fijamente a Panék, sin decir nada.

—Ver que se ha perdido tanto, que han hecho lo impensable, como si fuera su desafío personal hacer sufrir a los demás, a quienes más los quieren.

Hubo un incómodo silencio, el lobo no replicó a sus palabras ni tampoco continuó la conversación. De vez en cuando, Nicor se acercaba para informarles de alguna argucia legal que los podría ayudar ante los jueces, excusas rebuscadas que el elfo sacaba de documentos llenos de complejas letras como si utilizara una pinza. Más temprano que tarde, Panék le pidió que no lo siguiera haciendo. Decidió que la mejor razón que podía dar para justificar que llevarían a cabo la movilización de sus fuerzas era que Titán tomaba las decisiones sobre sus propios asuntos. Sería más difícil arrastrarlo a un debate interminable así.

El portal blanco se abrió lentamente, y un vampiro de cabellos largos y piel pálida como una vela los observó. Podía ser un simple mensajero, pero llevaba consigo la carga de un diplomático y el desprecio intrínseco de los jueces.

—El receso ha terminado. Pasen ustedes al tribunal.

Mantuvo la puerta abierta. Por un momento, pareció un profesor ante sus

alumnos.

El tribunal era un lugar inmenso, como si lo hubieran dotado de suficiente espacio para que toda la gente que cupiera en un estadio pudiera entrar también ahí y ver las sesiones de la Hermandad. Tal derroche no estaba de más, tratándose de la base política más importante del sistema solar.

Muy adelante se hallaban los estrados de los jueces, separados por pocos metros unos de otros, altos e imponentes. Las sombras que proyectaban sobre los palcos de los ponentes (o acusados, en algunos casos) eran tenebrosas y, a pesar de que tenían escaleras y barandales elegantes, eran estrados diminutos en comparación a los de sus enjuiciadores. Panék y Boltar se pusieron hombro a hombro ahí, levantando la cabeza, como si estuvieran viendo a unos dioses.

De espalda a los jueces se hallaba un ventanal enorme, que mostraba un área desértica de la luna Ganímedes, bajo un cielo siempre negro.

El numeroso público observaba al lobo con curiosidad.

—Entra en sesión la corte por el caso número veintitrés millones Alfa B: ruptura de los Fundamentos Básicos y las leyes que rigen el sistema solar, por parte nada menos que de la luna Titán.

Hubo un par de frases gratuitas en aquella introducción, cortesía del vampiro de solapas anchas, pelo plateado y amplia frente que miraba a Panék con desilusión. La criatura no se molestó tampoco en ahogar un profundo suspiro de desaliento mientras meneaba la cabeza.

—Hay una noticia de última hora, que me gustaría compartir con las señorías de la Corte.

La voz de Panék era magnificada a todo el anfiteatro a través de unos micrófonos diminutos y voladores que se mantenían frente a él.

Los jueces se miraron entre sí, sorprendidos.

—Adelante.

—Acabamos de recibir información de Ogroroland. Su majestad, el rey Vanadio vön Sugus del Titanium ha decidido asistir a los elfos en la operación militar.

Los murmullos empezaron a circular por la sala.

El vampiro se llevó la mano a la frente, esgrimiendo una sonrisa venenosa.

—Era de esperarse —dijo—. Una noticia lamentable, sin dudas. Por cierto que es una pena, shah, que sus buenas noticias sean producto del revanchismo del regente de Iapetus para con esta corte.

—Lamento que lo vea así.

—Yo también lamento muchas cosas que le he oído decir el día de hoy. Tal vez sea hora de un cambio de aires en Titán. Estoy seguro de que hay ciertos elfos que estarían de acuerdo con ello.

Boltar miró a Panék, que no respondió nada.

—Hay una pregunta que queda pendiente —empezó a decir otro juez, un anciano elfo, desde un estrado un poco más bajo— y es sobre el enemigo en cuestión. No sabemos mucho de él, shah. Y no quiero arrojar acusaciones sin fundamentos, pero sin dudas he notado que la información que poseen al respecto es... escasa. Esto extraña mucho viniendo de los elfos, sin dudas la luz más grande y privilegiada del sistema solar.

Los jueces de otras especies vieron al anciano con cierto disgusto, mientras se aclaraba la garganta, antes de continuar:

—Más extraño todavía es que se autorice una operación desconociendo tantas cosas. No es el modo élfico de proceder ni en guerras, ni en política, ni en nada. Comprenda usted que muchos pensemos entonces que el shah ha perdido su criterio y, quizá... su lucidez.

—O eso, o nos oculta algo —agregó un juez íncubo de inmejorable aspecto, cuyas alas sobresalían tras sus hombros.

—La información que poseemos sobre nuestro enemigo es suficiente —sentenció Panék—. Si se ha omitido algo ante esta corte, es porque el departamento de inteligencia de Titán lo considera prudente.

—«El departamento de inteligencia» —atajó el vampiro, en tono burlón—. No ha habido declaración más deshonesta el día de hoy. Dudo de un departamento de inteligencia que desafía abiertamente a la Hermandad.

No hubo réplica. Nicor apretaba los puños tras el barandal, sumido en el silencio, disgustado.

—En definitiva, ¿no hay nada que podamos hacer para que cambie de opinión, shah? —preguntó otro juez, desde un estrado lejano—. ¿Para que abandone esta locura y se retracte de las sistemáticas violaciones a las reglas de esta sociedad?

—Me temo que no. No puedo abandonar a su suerte a los yovedianos. Va contra mis principios.

—Sus principios no están en orden, shah —contraatacó el vampiro— y sus prioridades tampoco.

—Concuerdo. Es como si los elfos prefirieran la gracia de un planeta ajeno al sistema solar que la nuestra.

—¿Es eso, shah?

—No, no lo es. Es solidaridad. Ellos han pedido ayuda.

—¡No la hubieran pedido si el criminal de Hathor no hubiese intervenido en primer lugar! ¡Intervenir en los asuntos de un mundo ajeno, y más si es menos desarrollado! ¡Está estrictamente prohibido sin importar cuál sea el caso!

—No grite, su señoría, que a través del parlante lo puedo escuchar suficientemente bien.

—Magnífico, shah, arréglole con sarcasmo —se estremeció el anciano elfo—. Quizá el Panék de hace unos años habría sabido que eso no arreglaría nada.

—Titán y la luna Iapetus están actuando por cuenta propia en este asunto. Si sus señorías niegan el derecho de nuestras lunas a tender la mano a quien lo necesite, hay poco o nada que podamos pactar ante esta tribuna —repuso Panék—. Me parece inútil que sigamos manteniendo esta discusión, que algunos jueces están llevando a un plano demasiado personal para el gusto de la representación élfica.

—Tenga en cuenta, shah, que semejante oposición es más bien una representación de nuestra sorpresa por la participación de nada menos que los elfos en una campaña tan desastrosa.

Panék hizo una reverencia.

—Se agradece. Pero la decisión de Titán se mantiene.

—¿Entonces quizá tengamos que empezar a hablar de las sanciones? —sugirió el vampiro, con una mano apoyada en la barbilla—. Si tan rápido zanja usted el asunto moral, pues bien: pasemos a la siguiente etapa.

Nicor se quedó en silencio, con los ojos bien abiertos, visiblemente nervioso, Panék no dijo nada. Era aparente que ninguno se esperaba semejante acción. Boltar se mantenía viendo hacia el suelo, completamente impotente.

—Cualquier sanción que se tome contra Titán —dijo Panék, lentamente— puede repercutir de forma negativa para la Hermandad. Tengan en cuenta eso.

—¿Lo ven? Semejante trato. No me extraña que Hathor se haya convertido en pirata.

Hubo murmullos a través de las gradas. Panék bajó la cabeza, guardando silencio. Los jueces se revolvieron en sus estrados, para acercarse unos a otros, y hacer comentarios en voz baja.

Nicor se acercó furioso a Panék, pero una vez que lo tuvo enfrente, se dio

cuenta de que no tenía nada que decir o aconsejarle. El joven apretó los puños, temblando.

Boltar, sin embargo, sí sabía qué decir:

—Shah, deje que les ofrezca un porcentaje de Yóvedi.

—¿Qué?

—Deje que lo haga.

Panék meneó la cabeza.

—No. No lo aceptarán.

El elfo se apoyó en el barandal, viendo hacia arriba.

—Ahí donde los ve, esas criaturas en verdad están dispuestas a hacer respetar sus leyes. Usarán cualquier cosa que diga usted para profundizar el escándalo. No tienen manera de prohibirnos hacer esto y es lo que cuenta. Tampoco impondrán sanciones demasiado severas.

En ese momento, otro juez de ojeras enormes tomó el micrófono:

—La corte ha decidido tomar un breve receso.

Los jueces continuaban hablando entre ellos mientras los cuchicheos del público iban en aumento. Ni Panék, Boltar o Nicor se movieron de donde estaban. Los tres miraban hacia arriba, expectantes.

Después de un rato que, desde luego, a unos se les hizo mucho más largo que a otros, los jueces volvieron a reclinar la espalda en sus asientos. Poco a poco, la calma fue restaurada.

El juez del estrado más alto se tomó las manos, con los codos apoyados sobre la tabla, viendo hacia abajo con sus temibles ojos rojos. No había gesto de su cara que no estuviera dedicado a abofetearlos con su ira.

—Es hora de anunciar los votos para el caso número veintitrés millones Alfa B: ruptura de los Fundamentos Básicos que rigen el sistema solar, por parte de la luna Titán y, recientemente la luna Iapetus. Lunas y planetas a favor de la operación propuesta por Titán: Iapetus. Lunas y planetas en contra: el resto.

Arrastró aquellas dos últimas palabras con jactancia.

—Es una pena que los dos mundos más potentes del sistema solar incurran en semejante delito, shah. Esto es algo horrible, sin precedentes, y sin dudas un deleznable ejemplo para el resto. Quizá lo único que queda por decirle es que la Hermandad Federal de Planetas Unidos y el Tribunal Supremo de este sistema solar, no pueden hacer otra cosa más que buscar el apoyo del resto de los gobiernos, imperios, reinos y sociedades, y encontrar una sanción justa para...

El vampiro se detuvo sin decir más, viendo al frente. Los otros jueces lo imitaron, en helado silencio.

Cuando Panék se dio media vuelta, vio a Hathor, Seshat e Ysaak cruzar la puerta principal, caminando por la alfombra roja hacia ellos.

—Interesante —anunció el vampiro, con desgano—. Muy, muy interesante. Damas y caballeros, ante ustedes el perpetrador original del delito.

Hathor hizo caso omiso de sus palabras y se ubicó entre su padre y Boltar.

—Tenemos el completo apoyo de Iapetus —dijo Hathor, en voz muy baja, pero emocionado.

Boltar observó a Panék de tal forma que este no pudo evitar girar la mirada para observarlo.

—¿Lo ve, shah?

—¿Dónde está la comitiva ahora, Hathor?

—En la Fortaleza de Ogroroland, donde ya deben haber llegado Geryon y el resto de los elfos.

El secretario Nicor miró con una placentera sonrisa hacia arriba. Los jueces no solo parecían estar intentando escuchar la conversación, sino que además, se los veía más irritados —si tal cosa era posible—. Aun así, fue su deber colocar una mano sobre el hombro de Panék, para volverlo a la realidad. Este, sin perder el tiempo, encaró al estrado y miró de vuelta hacia arriba:

—Si no hay más nada que acotar, me gustaría despedirme de sus altezas en este momento. Hay mucho que hacer y no tenemos tiempo que perder.

Los magistrados se miraron en el paroxismo de la incredulidad.

—Qué irónico, ¿verdad, shah?

Otro vampiro muy anciano, con las tenebrosas garras que sobresalían de sus dedos cruzados, lo miraba sonriendo.

—Va usted a resolver un conflicto en algún rincón del universo y a crear uno en otro. Lástima que ese otro sea nada menos que su hogar.

—Contrario a lo que las señorías puedan creer, el shah no está contento con esta decisión —rebatía Nicor—. Sin embargo, como ya ha dicho antes, Titán y Iapetus aplican el Principio de Solidaridad con la Vida que contempla la misma Hermandad Federal de Planetas Unidos.

—Principio que es válido solo dentro de los confines de este sistema solar, como bien está escrito —prosiguió otro juez, con hastío—. Secretario, la próxima vez que acuda aquí, mejor profundice su conocimiento del sistema.

De ese modo, quizá un día se restaure la posición de Titán ante esta corte.

Panék colocó una mano en el hombro de Nicor y le hizo un gesto con la cara, meneando suavemente la cabeza.

—Sostengo lo que acabo de decir y, si no hay más nada que acotar, terminar esta sesión.

No estaban terminando de darse media vuelta cuando el juez vampiro se echó hacia adelante y abrió la boca. Sus colmillos parecían más largos que nunca:

—ESPEREN.

Panék se dio vuelta, viendo con indiferencia hacia arriba.

—Entonces, es claro que no podemos detenerlos. ¿Verdad, shah? Conteste.

—No, excelencia.

La criatura se tomó las manos.

—Pero usted también comprende y admite que esto es una falta absoluta a los principios más básicos que rigen el sistema solar, no solo a la Hermandad Federal, ¿no es así? Por favor, no niegue eso.

—No lo he negado nunca y por ello he venido aquí a dar mis excusas ante la Hermandad: es una falta, pero Titán ha tomado una decisión al respecto y es irrevocable.

—Muy bien. ¿Titán hace esto por obtener una ganancia de Yóvedi? ¿O lo hace aplicando (muy a su manera, por desgracia) el Principio de Solidaridad con la Vida?

—Por el Principio de Solidaridad con la Vida.

El vampiro asintió.

—En ese caso, procedan. Esto quedará registrado como una falta muy grande que no será borrada hasta que Titán cambie de shah. Del resto: no habrá sanciones de ningún tipo contra ninguna de ambas lunas.

Nicor suspiró, como si hubiese sobrevivido a una pelea a muerte. Su gesto dramático fue solo superado por Boltar, que se frotó la frente, aliviado.

—Sin embargo... —los detuvo el juez, con un tono en sus palabras que llevaba la firmeza de un zarpazo—. Eso no quiere decir que la Hermandad se inhibirá de imponer una regla que deberá ser respetada, o de lo contrario, la fractura entre ustedes y nosotros será inminente.

Hubo silencio.

—¿Cuál?

—Tan pronto la misión finalice, deberán regresar al sistema solar. Ogros y

elfos...

—Entendido.

—...sin mirar atrás y para no volver allá jamás. Nunca más volverán ellos a saber de ustedes, ni del sistema solar, ni de ninguno de sus habitantes. Le dirán adiós a Yóvedi, para siempre.

Seshat e Ysaak se miraron fugazmente.

—¿Puede hacer que su hijo respete esa norma? ¿ESO al menos, shah?

Panék se dio vuelta y observó a Hathor, que había sido agarrado con la guardia baja. La eléctrica sorpresa lo sacudió como una puñalada.

—¿Lo puedes jurar por tu padre y también por mí? —preguntó Panék, viéndolo a los ojos, con un vacío de silencio alrededor.

Los hombros de Hathor bajaron, lentamente.

—Lo juro.

El juez golpeó el poyete con su martillo.

—Que así sea, entonces.

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS

Hathor no pronunció palabra durante el largo recorrido desde la sala del tribunal hasta la Sobek-Set, anclada en el puerto del gigantesco complejo de la Hermandad Federal. No se atrevió a encarar a Seshat, convencido de que la elfa no lo perdonaría jamás.

Había llegado el momento en que, finalmente, le había tenido que pagar la deuda a Panék, pero no a su manera, sino a la suya. Sin palabras ni gestos, sino con aquellas cosas que en verdad dolían, pero habría sido imperdonable si se hubiera negado.

Todo caía en su lugar, se delineaba un futuro, se hacían cosas que no tenían vuelta atrás, y había llegado el innegable momento de ceder. Boltar se mantuvo a su lado durante la caminata.

El lobo observó a Seshat e Ysaak, que estaban juntos allá, frente a la nave. Ninguno de los dos hablaba.

—Shah, si no le importa, desearía acompañar a Hathor durante el viaje de regreso.

Panék y Nicor se dieron media vuelta, mirándolos.

—Como usted desee.

Los soldados élficos descendieron de una nave espacial azul y negra que parecía un ave de presa y se pusieron en fila, haciendo un gesto altivo y elegante. Ante ella, la Sobek-Set parecía un auto de juguete.

Antes de abordar la rampa, Panék se dio vuelta.

—¡Hathor!

El elfo lo miró, casi de forma mecánica.

—Regresa a Titán. Nosotros acudiremos a Iapetus en este instante. Esperen nuevas instrucciones allá.

Sin decir más, el shah y el secretario desaparecieron por la enorme compuerta, y no pasó mucho antes de que la enorme nave élfica abandonara el puerto.

—Agradezco tu compañía, Boltar —gimió Hathor, en un susurro.

Levantó la mirada para ver a los chicos, que le daban la espalda allá, al final del muelle espacial.

• • •

El viaje de regreso a Hamíl se sintió bastante más lento, quizá por el hecho de que había una viva emoción antes, y un silencio que rayaba en la soledad más cruel después.

Hathor y Boltar estaban en la sala de la cabina, los chicos en cualquier otro lugar, alejados de ellos. El elfo no podía evitar sentir que ellos eran como un animal al que él había dado un tiro mortal y ahora se iba trastabillando a morirse a otro lado, en silencio.

Pensó entonces que había llegado a su fin: la tripulación de la Sobek-Set estaba finalmente acabada.

A lo largo de la historia, todos habían hecho sacrificios muy grandes.

Y él estaba comenzando a sentirlo, otra vez.

• • •

«¡¡Pumo!!»

«¡Pumo, por lo que más quieras, escúchame, ¡ESCÚCHAME!»

«¡NO TENGO MUCHO TIEMPO! ¡Si me ven afuera, sospecharán! ESOS MALDITOS CAMPOS DIMENSIONALES ESTÁN POR TODOS LADOS».

«¡He hecho lo que me has dicho, los he escuchado con atención!»

«¡Acaban de comunicarse! ¡PUMO, VAN A ATACARTE! ¡VENDRÁ UNA ARMADA COMPLETA A HACERLO!»

«¡Se están preparando aquí en la base! ¡Mucha gente anda corriendo!»

«No pude escuchar mucho más... ¡Esos malditos hablan entre ellos y me dejan afuera!»

«¡VAN A LLEGAR EN CUALQUIER MOMENTO, PUMO!»

«¡Lo que te han dicho esos elfos es mentira! ¡TE VAN A ATACAR!»

• • •

La Sobek-Set aterrizó sobre Titán, el cielo estaba pálido, cubierto por un manto de neblina que alcanzaba el horizonte. Desde la escotilla, Boltar consiguió divisar a Pisis, mirando hacia arriba con su falda campesina moviéndose al compás del pasto. A la ecuación no tardó en unirse Tepemkau, que agitaban los brazos. Hathor entendió entonces y trotó hasta la bahía de carga. Fue el primero en bajarse.

—¡Hermanito! ¡Haber llegado veinte minutos antes!

—¿Qué ha pasado?

Pisis subió por los escalones, visiblemente exaltada.

—¡Acaban de llamar de Iapetus! ¡Han utilizado a DIO!

—Papá está con el rey ya, y parece que no han perdido el tiempo: ¡acaban de establecer contacto con Yóvedi!

Tepemkau asintió.

—Hablaron con Bastet. Parece ser que hubo un revuelo cuando escucharon las buenas nuevas...

—Sí, y ya han empezado a prepararse, nos están esperando.

Asintió mecánicamente. Ni Pisis ni Tepemkau tardaron en verse las caras, extrañados ante su apatía.

—De todos modos —prosiguió Tepemkau—, hay otra sorpresa más...

Boltar se puso al lado de Hathor, uniéndose a la conversación.

—Partirán mañana mismo.

Seshat e Ysaak aparecieron tras ellos mientras Tepemkau los atajaba, señalándolos con el dedo

—Así que ya saben, chicos: nada de trasnochar hoy. Todos tienen que guardar sus energías. Hay un planeta que salvar.

—Nunca me esperé que fuera tan rápido —dijo Boltar, asombrado—. Tu padre y el rey deben estar trabajando a toda máquina, como Hathor. Una vez más, muchas gracias por todo.

Se inclinó respetuosamente.

—Bueno, la verdad, es que es lógico que sea así, verás: Yóvedi no está a la vuelta de la esquina, y a través de un agujero de gusanos se tarda un día. No

quiero alarmarlos, muchachos, pero se nota que han olvidado lo más importante: pasado mañana, faltarán solo tres días para que el plazo que ha dado DIO se venza.

—La puerta —musitó Hathor, extenuado—. Por todos los dioses... ya está a punto de ser completada.

Pisis lo rodeó con sus brazos.

—¿Dónde está Neftis?

—Ha partido a Iapetus, trabajará en calidad de secretaria junto con Nicor. Está ayudando en todo lo que puede. Lo que sí sé yo es donde estarás tú: aquí. Vamos a comer y luego a descansar.

Cuando se dio la media vuelta para hablarle a Seshat e Ysaak, vio que ellos ya estaban lejos, caminando juntos rumbo a la colina.

—Déjalos —dijo Hathor, tomando por los hombros a Pisis.

• • •

Almorzaron muy tarde.

Hathor se hallaba taciturno. Los chicos no se aparecieron por la mesa en ningún momento.

Boltar estaba de mejor humor. Sonreía constantemente, pero Pisis notó que lo hacía para subirle los ánimos al elfo y así, acompañarlo del mejor modo posible. Lo notó muy cansado, casi tanto como él.

La charla que sobrevino cuando levantaron los platos y dejaron solo las bebidas fue muy breve. Por lo general, era el momento en que más se conversaba, el que más servía para distraerse, pero todos tenían sus razones para callar. Tepemkau decidió romper el hielo mencionando que eran los nervios que venían justo antes del momento de la verdad. Boltar estuvo de acuerdo. Sin más, se marcharon a la cama. Hathor creyó que lo tendrían que forzar a abandonarla cuando llegase el momento de partir. Sin embargo, eso no se cumplió porque al día siguiente, durante el mediodía y después de un sueño turbio, fue un espantoso ruido lo que lo obligó a tirar las sábanas y mirar a través de la ventana.

Una nave espacial cubrió el cielo e hizo temblar cada estante y vajilla. Escuchó un vaso partiéndose. Sintió incluso un descenso en la temperatura durante los pocos segundos que tapó el sol. Cuando, aún frotándose los ojos, salió por la puerta, descamisado, descubrió que el resto del grupo se le había adelantado; todos estaban reunidos en el pasto, mirando en dirección al

pueblo.

—Es el Golem —musitó Tepemkau, estupefacto.

—Por Dios, ¡es más grande que Hamíl!

La descomunal nave espacial, con dos gigantescas piezas a cada lado que servían de turbinas y terminaban en puños gigantes con espinas en los nudillos, flotaba encima del poblado, girando en el aire lentamente. Arriba y abajo estaba rodeada por una gruesa cinta metálica de agujones, con numerosos agujeros entre cada plaza que el lobo, que tenía la vista más afilada, reconoció inmediatamente como cañones.

—¿E... esa es la nave del rey Vanadio? —gimió Pisis, asustada.

—Así es —contestó Hathor—. No pensé que vinieran.

—Si esa cosa hubiera estado luchando al lado de la Anubis el día que se enfrentaron a la Parca Imperial, otro pájaro hubiera cantado, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta que su capitán era un hapalokiano, lo dudo, pero no te niego que luego del combate a la Parca le hubiera faltado un empujón para caer en pedacitos. Mira, ahí viene la de papá.

La nave atravesó el banco de nubes como si fuese un cazador emergiendo del agua.

—¿Cuál es su nombre?

A todos les tomó por sorpresa que aquella pregunta fuera de Ysaak. Seshat se encargó de contestarle:

—La Horus.

—Si la reunión es en Iapetus, no veo razón para que estén aquí —cuestionó Tepemkau, extrañado.

—Es propaganda política.

El elfo giró la cabeza para mirar a Boltar, sorprendido.

—¿Shah?

—Tu padre tuvo muchos problemas en el Concilio y debió haberle pedido a Vanadio hacer una pasada por Titán antes de partir. Verlas juntas, en el cielo, subirá mucho la moral de los elfos y acallará con sus turbinas a los críticos de Panék.

—Tiene sentido —musitó Pisis.

El viento acarició sus rostros.

—¡Eh! ¡Miren arriba!

El manto nuboso ya había comenzado a despejarse, dejando ver detrás centenares de estrellas que no pertenecían a ninguna constelación; luceros enormes en filas infinitas llenaban la bóveda celeste hasta lo que la vista

alcanzaba.

—Es... la armada, ¡está toda aquí!

Tepemkau miró su reloj, súbitamente apresurado.

—Hathor, chicos, será mejor que los lleve al pueblo, así que empiecen a hacer sus maletas. Me parece que ha llegado la hora de despedirse.

—Ha sido un placer, Pisis —dijo Boltar, haciendo una impecable reverencia élfica ante ella—. Espero que en otra vida nos volvamos a encontrar.

La elfa abrazó al lobo sin decir palabra. Sus ojos no tardaron en humedecerse.

—Mucha, mucha suerte, shah.

Repitió el abrazo con Ysaak y el resto del grupo, sin poder contener las lágrimas cuando llegó el turno de Hathor.

Tepemkau se dio media vuelta, dispuesto a no ser presa de las emociones, caminando cabizbajo.

—Vamos, tienen que buscar sus cosas —farfulló.

Cuando todos empezaron a caminar, dejaron atrás a Hathor, que no se movía.

Pisis lo vio con las manos juntas. Tepemkau la rodeó con un brazo y la hizo entrar en la cabaña mientras meneaba la cabeza, gesto más que suficiente para pedirle que lo dejara solo.

El elfo contempló en silencio el firmamento, repleto de naves de guerra...

Parte final

LA GUERRA DE YSAAK

EL REGRESO A YÓVEDI

Tan pronto salieron de la frontera de Plutón, a cada uno se le fue asignado un camarote dentro de la nave espacial Horus. En el comedor, Hathor veía a través del ventanal al Golem, al comando de la flota de los ogros. Ambas armadas hacían un enjambre tan grande que parecían dos cometas con una cola infinita, volando hombro a hombro a través del universo.

La primera gran diferencia que Ysaak había observado entre la Sobek-Set y la Horus fue la evidente diferencia de tamaños, la segunda, la noto a bordo de ella. El chico no necesitaba mucha cultura en tecnologías superiores para darse cuenta de que había una diferencia abismal en todos los aspectos. Cuando Hathor los guió a la cabina, acompañado a su vez por un elfo muy alto de túnica guerrera, se sintió sobrecogido por todo el personal que trabajaba operando cualquier cantidad de mandos holográficos y panales sumamente largos en salas abiertas a las que se accedía subiendo o bajando unas pocas escalinatas tan anchas como las de un templo. La silla del shah, majestuosa, estaba en el centro, en una palestra muy amplia y circular rodeada de luces moradas, con dos sillas más bajas a los costados, en las que se hallaban sentados el general Geryon y un estratega.

Al frente, en el mirador panorámico, se veía ya el misterioso interior del agujero de gusanos, que se alargaban estrechamente hasta una frontera incalculable.

Hathor prestó atención a un oficial científico que estaba de pie ante una compleja esfera plana que proyectaba una imagen de Yóvedi, usando su propia mano como un compás, dibujando líneas a voluntad, a la vez que la computadora calculaba números complejos que orbitaban alrededor. Ysaak estaba en lo correcto al suponer que aquel sujeto estaba encargado de la labor más importante: elegir el lugar donde se abriría el agujero de gusanos que dejaría salir, para la sorpresa del enemigo, legiones de naves espaciales, lo suficientemente cerca como para iniciar su letal labor segundos después,

impidiendo un contraataque.



Panék giró la silla y los miró. El general Geryon les hizo señas con la mano para que se acercaran. Hathor y los chicos acudieron, como una fila de nietos.

—Apuesto a que te has llevado una sorpresa, ¿verdad?

—No conocía esta nave, es impresionante.

Geryon le dedicó una mirada de desilusión.

—No es de eso de lo que te estoy hablando. ¿No has visto lo que nos escolta?

Hathor se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Me temo que no estábamos cerca de una ventana lo suficientemente grande cuando la Horus apareció sobre Titán.

—Pues me has quitado el placer de hablarlo contigo —se lamentó—, a ver si te avispas más. Tenemos de nuestro lado un par de secretos militares que no te esperabas. De todos modos, creo que lo podrás ver desde el comedor.

—¿Es la Pegaso?

El elfo meneó la cabeza.

—La Pegaso sigue siendo la nave más poderosa por razones obvias: fue creada por los antiguos, después de todo, pero ella está atrás de la fila, cuidando la retaguardia, y la comanda el joven general Yuriken, del cual, como siempre recuerdo a todo el mundo con orgullo, soy mentor.

—Es la nave que habrías comandado tú si la historia hubiera sido otra —dijo Panék.

Geryon observó con afecto al shah y se limpió la garganta, cruzando las manos sobre el estómago.

—Pues resulta que las naves de las que te hablo están siendo comandadas por el general Nysrogh y la generala Beril. Te imaginarás que hubiera dado buena parte de mis riquezas nada más para escuchar el juego de palabras obscenas que habrán ladrado los ogros cuando las vieron. Eso les enseñará a no presumir tanto de su Golem.

—Te estás equivocando de época —objetó Panék, sin dejar de mirar al frente.

—Pues es una sana rivalidad —replicó el anciano, con fastidio.

—Shah, la cuadratura está trazada: desembarcaremos a cincuenta y tres mil kilómetros de Yóvedi a nuestra llegada.

Tras el anuncio, Panék se levantó de su silla y se acercó al grupo de elfos que se hallaba reunido frente al holograma. Ysaak veía nostálgico a su mundo, rodeado de una compleja variedad de trazos matemáticos.

Geryon les echó un vistazo malicioso, como para asegurarse de que estaban lo suficientemente lejos, y giró la silla suavemente, para encarar a Hathor.

—Hablando de otra cosa, ¿qué harán ustedes ahora? Si quieren pegar los ojos, es un buen momento para hacerlo.

—Dudo que podamos —repuso Hathor—. Creo que también hablo por todos cuando digo que lo último que quisiéramos es dormir.

—No hay problema —admitió el anciano—. Al fin y al cabo lo pesado es el viaje, mientras que el momento de la verdad no debería tomar más de cinco minutos. Sonríe con orgullo, muchacho: ese bicho espacial que tanto te ha mortificado tiene una cuenta regresiva corriendo sobre su cabeza. No sabe que le quedan horas de vida.

Ysaak asintió, uniendo ambas manos, haciendo una inclinación élfica.

—Sea —dijo.

—¿Y dónde está DIO?

—A DIO lo tomaron prestado los de estrategia. Lo estamos exprimiendo en todo lo que pueda ser útil, aunque a decir verdad, gran parte del trabajo lo ha recibido la Pegaso. Por poco olvidamos que esa... «entidad omnisciente» es todavía mejor. La Pegaso alimenta constantemente a la Horus y al Golem con datos e información.

Se escuchó un sonido agudo por toda la cabina. Panék levantó la cabeza.
—En pantalla —exclamó.

El túnel ilimitado desapareció de los cristales y en ella se materializó la imagen del rey Vanadio, sentado en una silla gigantesca, rodeado de un enorme hilo de luces verdes y eléctricas que viajaban por todo el comando central de la Golem.

—SHAH, HA LLEGADO EL MOMENTO DE LA REUNIÓN... ¡OH, HATHOR, MUCHACHOS! ¡UN GUSTAZO VERLOS!

Panék subió e hizo una reverencia ante la imagen del rey.

—Su majestad. Estamos listos.

—HEMOS DECIDIDO QUE SE HARÁ UNA CONFERENCIA HOLOGRÁFICA. METEOROLOGÍA ESPACIAL NOS HA INDICADO QUE HAY UNA TORMENTA DE RADIACIÓN UN MILLÓN DE MILLAS DENTRO DEL TÚNEL. LA TELETRANSPORTACIÓN ES INSEGURA EN ESTE PUNTO.

—De acuerdo.

—UNA COSA MÁS... NECESITO QUE YSAAK ESTÉ PRESENTE. LA CHICA PUEDE VENIR, SI QUIERE.

Seshat se sonrojó, bajando la cabeza. El tigre miraba a Vanadio con curiosidad. Este no tardó mucho en dar explicaciones:

—EN LO QUE A NOSOTROS CONCIERNE, ES QUIEN MÁS CERCA HA ESTADO DE LA HAMBURGUESA CON PAPAS Y QUIZÁ PUEDA SERVIRNOS COMO ASESOR. ¿TE INTERESARÍA EL TRABAJO TEMPORAL, MUCHACHO?

Ysaak miró a Hathor nervioso, este ladeó la cabeza, con una sonrisa.

—¿Cerca de quién, Vanadio?

—OH, LE HEMOS DADO EL NOMBRE CÓDIGO DE HAMBURGUESA CON PAPAS. EN NUESTRO ESQUEMA DE BATALLA LOS ELFOS SON LINCES, LOS OGROS, TIBURONES Y PUMO ES HAMBURGUESA CON PAPAS. LE ACONSEJO QUE LO LLAMEN ASÍ PARA EVITAR CONFUSIONES.

—¿Qué dices, Ysaak? ¿Quieres ayudar?

—Por supuesto.

—Pues está hecho, Vanadio.

—¡MUY BIEN! LA REUNIÓN SE HARÁ LUEGO DEL ALMUERZO. ESTAREMOS EN CONTACTO. SHAH.

• • •

Se las arreglaron para conseguir el comedor de la nave; una sala larga y blanca, donde el personal almorzaba por turnos. Seshat, sin embargo, no tenía apetito, por lo que prefirió hacerle una visita a Neftis, que se hallaba trabajando en una sala contigua a la cabina de la nave, trazando estrategias en comunicación directa con la flota de los ogros.

Al verla despidiéndose de Ysaak, así fuera por solo unos momentos, Hathor sintió dolor al ver que ambos sopesaban, a cada instante, que no les quedaba mucho tiempo juntos. Giró la cabeza, apenado.

Luego estaban en una mesa, comiendo en silencio, con una bandeja llena de frutas silvestres y un potaje pastoso que a cada bocado les hacía sentir que tenía el poder de lograr ejercicios físicos imposibles.

El elfo llevaba la mirada del tigre a su plato. Ysaak tenía la vista fija en la mesa, movía la cuchara con desgano. Rebuscaba palabras en su conciencia, y el hecho de que la mayoría de los soldados los vieran fijamente, a él por ser Hathor, y al chico por ser de Yóvedi, no ayudaba mucho.

Cuando vio que ya había pasado mucho tiempo y entendió que después de todo no se iba a repetir una oportunidad como aquella, el elfo se llenó de coraje:

—Ysaak...

El tigre levantó los ojos y lo miró, sin decir nada.

—Siento mucho lo del tribunal, pero no podía decir que no, no podía objetar lo que me pidió Panék. ¿Tú lo comprendes, verdad?

La respuesta de Ysaak fue vaga, pero al menos un alivio:

—Sí, lo comprendo.

—¿Y Seshat lo comprende también?

El chico asintió.

—Es solo que estamos desanimados, Hathor, es todo.

Sabía bien que esa palabra se quedaba corta y que había un millón de frases juntas que podían describirlo mejor, así como también entendió que Ysaak no quería hablar de ello, al menos no con él ni posiblemente con nadie.

—No te culpamos a ti, ni a nadie —agregó, con entereza.

—Me sentí muy mal, al menos tenía que decirte eso, dejarlo claro. Y yo también estoy triste, triste porque no los voy a volver a ver nunca más, ni a ti ni a Boltar.

—Sentimos lo mismo.

Hubo un silencio.

—Ha sido un camino largo, que voy a recordar toda mi vida —musitó el elfo, para sí mismo.

—Yo también lo recordaré durante toda mi vida —repuso Ysaak—. Me alegra haberte conocido, Hathor de los elfos, por más de una razón.

Lo miró con melancolía.

—¿Te importaría decirme una, Ysaak?

—¿Una que no sea la obvia? Que gracias a ti tuve una razón para vivir. No habría querido abandonar la existencia así, después de lo que sucedió en Solares, sin creer en nada, repudiando todo. Si las cosas salen mal y muero, no tiene importancia, porque hasta el último instante, aunque mi cuerpo esté destruido, sabré siempre que di pelea. La di por mi otosa, la di por Seshat y la di por ti también.

—Te agradezco mucho, Ysaak —replicó, con un nudo en la garganta.

—Ahora es cuando comprendo algo que antes no se me hubiera cruzado por la cabeza, Hathor: no habría sido lo mismo morir en la más brutal desolación, que hacerlo ahora. Es una diferencia entre el cielo y la tierra, ¿y sabes por qué? Porque ahora podría irme sabiendo que en el universo no puede haber nada imposible cuando existe la buena voluntad. Tú también me enseñaste eso.

Hathor miró al chico emocionado. Sintió que no hacía falta agregar más, y tuvo una certeza que le permitió respirar tranquilo, y con la que podría cristalizar aquel importante recuerdo ahí, en la mesa con él... si pudiera retroceder en el tiempo, no cambiaría nada.

No lo haría, no lo haría jamás.

Se sintió más cerca que nunca de su verdadero padre, Amén. De su presencia, su rostro, sus ojos. Él era su hijo, él era el digno heredero suyo. Amén tampoco habría cambiado nada y aquello le daba sentido a su vida, a su rebeldía debía su existencia. Y ahora él estaba llevando la antorcha, a su modo que era a la vez tan parecido en espíritu, en más de una cosa. Siempre uno contra el universo.

Cerró los ojos suavemente.

Había sido otro camino largo, pero no lo cambiaría por uno donde los días hubieran sido más tranquilos, y menos ahora, cuando por primera vez tenía la respuesta a una pregunta que se había hecho siempre en la soledad de su memoria: qué habría dicho Amén ante todas y cada una de sus decisiones.

—A eso se refería el general Geryon...

Hathor abrió los ojos. Ysaak parecía estar viéndolo, pero un segundo vistazo lo convenció de que en realidad miraba sobre su hombro.

—A esa cosa enorme —volvió a decir, como si estuviera en un sueño.

El tigre observaba a través del ventanal que se hallaba a espaldas suyas. La colosal cabeza de un monstruo se asomaba lentamente.

Giró la silla y, apenas la pesadilla cruzó por el rabillo de su ojo, se le escapó un manotazo que derribó la bandeja. Por un momento sintió ese sofocamiento que precede al sudor.

Lejos de mirarlo, los soldados se levantaban de sus mesas y se asomaban a través de los ventanales, para contemplarla también...

Era la Parca Imperial.

• • •

Panék se encontraba sentado justo a la mitad de una larga mesa, en una silla más alta que el resto, junto con altos oficiales de la Horus. La pared metálica no tardó en transformarse para mostrar una imagen con tal volumen y profundidad que parecía un espejo, con la diferencia de que quien los miraba del otro lado era el rey Vanadio y sus ogros.

—Hemos recibido las coordenadas, shah, apareceremos justo tras ustedes a la salida del agujero de gusanos. Estaremos ahí para dar apoyo en el momento que se necesite.

Panék hizo una reverencia.

—Gracias, Malek. Apreciamos mucho su asistencia. Nuestro agradecimiento no halla palabras.

—EL AGRADECIMIENTO DÉJENLO PARA DESPUÉS Y DEMUÉSTRENLO EN UNA CELEBRACIÓN —exclamó Vanadio.

Todos asintieron, en acuerdo.

—Cabe decir que los felicito, shah, hoy hemos visto cosas que no nos esperábamos —repuso otro general ogro, de expresión guerrera y barba tupida—. Ha sido una buena idea no echar al trasto los buenos oficios de los fuegos fatuos, ¡de los pocos que han tenido esos miserables!

—Son copias exactas de la Parca Imperial, pero en blanco —asintió otro, pero de barba blanca y escasos cabellos canos cayendo tras su calva cabeza.

El anciano colocó una mano sobre el hombro de Vanadio y acercó la cabeza a la suya:

—Es como la que enfrentó tu padre, ¡pero en blanco! ¡En blanco, mierda!

¿Cómo las llaman? ¿Parcas Blancas?

—Vírgenes Blancas —corrigió Panék.

—Si la copia élfica ha sido fiel a la de esos pedos de Urano, es seguro que entre ambas poseen una fuerza superior a la de la Pegaso.

—¿Y eso qué? ¡La que destruyó a la Parca Imperial fue una Vön Sugus del Titanium, que no se te olvide!

Los elfos empezaron a reír con los ogros. Panék volvió a asentir, profundamente.

—AHORA LLAMA A ESE MUCHACHO, QUE HAY UN PAR DE COSAS QUE QUIEREN PREGUNTARLE AQUÍ.

—Así es —recalcó Malek, dando un bastonazo al suelo.

Una elfa se puso de pie entre el grupo, su rostro no tardó en hacerse familiar.

—Yo iré por él, shah —anunció Neftis.

No tardó en salir de la sala, caminando con presteza.

—¿Hay algo que lo inquiete, su majestad?

—QUIZÁ EL MUCHACHO NOS PUEDA DECIR ALGO MÁS DE UTILIDAD. DESPUÉS DE DIO Y MEINKHERDT, ÉL ES QUIEN MÁS SABE SOBRE HAMBURGUESA CON PAPAS. QUIERO QUE NOS HABLE SOBRE EL APARATO VOLADOR QUE USA PARA TRANSPORTARSE. ES POSIBLE QUE TENGAMOS QUE ABRIR FUEGO DENTRO DEL PLANETA Y HAY QUE HACERLO CON CUIDADO: NO SEREMOS NOSOTROS QUIENES PONGAN LA TORTA.

—Es justo —concedió Panék.

—Otro problema es que Yóvedi es un mundo enorme —acotó un elfo—. Creo que no estaría mal recibir unas clases rápidas de geografía para trabajar mejor con nuestros radares.

—El shah de Yóvedi, Boltar, ha cubierto esa área —explicó otro—. Nos ha ayudado a trazar una guía holográfica bastante fidedigna del mundo y sus continentes.

—HEMOS RECIBIDO ESE MAPA. ESTÁ CLARO QUE EN CIERTAS CUESTIONES EL REGENTE DE YÓVEDI ES MEJOR FUENTE DE INFORMACIÓN, PERO CON YSAAK PODEMOS HACERNOS UNA IDEA MÁS PRECISA DE QUÉ ESPERAR SI PUMO CONSIGUE REACCIONAR Y DAR COMBATE.

—Es también cierto y les puedo adelantar algo: si tal error se llega a cometer, podemos contar con que la entidad pandimensional se enoje, y

mucho.

—Exactamente lo que no queremos ver —acotó Malek—. En esta batalla, todos somos uno, y presumo que a la primera persona que buscará si tal cosa sucede será al shah Panék. Que lo ataque a él es como que nos ataque a todos.

Geryon levantó los brazos para aplaudir aquellas palabras.

—No ha habido mejor manera de cerrar el preludio a un combate. Cosas como estas son las que nos hermanan más. Tenga en cuenta, consejero-general, que los elfos sienten el mismo deber con su majestad. Propongo un brindis antes de que llegue el muchacho. ¡Que sea por la victoria!

Todos repitieron aquellas últimas tres palabras, al unísono.

• • •

Así, Ysaak pasó las siguientes horas contestando las preguntas de los ogros y, de vez en cuando, las de los elfos. Le pidieron que relatara nuevamente aquella noche en Solares, el primer ataque a gran escala, y cómo había conseguido escapar no solo de la suerte que depararon a los pobladores en manos los siniestros cubos obreros, sino además del mismísimo Pumo. Se sorprendió al saber que esa historia seguía fresca, seguía sabiendo a ayer, especialmente durante la parte final: cuando había dejado su moto pocos metros antes del último callejón, ahí en medio de la autopista, y la nave de Pumo había flotado cerca para inspeccionar los restos chispeantes del motor, esperando ver entre ellos a su presa, sin saber que esta le saltaría desde atrás para arrancarle el pequeño cañón con el que, hasta hacía horas, había conseguido someter a las fuerzas militares de Solares.

Luego de conocer los acontecimientos que se precipitaron poco después, cuando Boltar había decidido utilizar, por influencia del león general Belfegor, el arsenal nuclear de punta para destruir el mismo módulo espacial, seguido del ataque de la Sobek-Set a la puerta, terminando con los resultados arrojados por DIO y lo poco que a él le habían contado de esa historia prohibida que Meinkherdt había contado a Hathor gracias a un enlace psíquico, Ysaak admitió que había sido un milagro haberse salvado aquella noche, y que cuando había bajado junto a Sagitta a través del cráter, no tenía idea ante quién estaban...

Sin embargo, el chico entendió la satisfacción de los ogros, que se miraban asintiendo constantemente y estaban de acuerdo que el invasor, en efecto, se había llevado utensilios muy básicos de su arsenal para someter la

resistencia yovediana. Metafóricamente, era como si ahora una enorme pandilla de motorizados viajara más rápido que la velocidad de la luz para emboscar a un asesino que se hallaba aterrorizando a un jardín de infantes con un bate en la mano. La estrategia de Panék se justificaba perfectamente y eso significaba buenas noticias.

La reunión acabó cuando no tuvo más que decir. El joven tigre agradeció la oportunidad y se puso de pie.

Más temprano que tarde, cuando todos se desperdigaban para hacer el último turno (el que precedería la llegada a su hogar y el punto final a esta historia), Ysaak fue sorprendido por Neftis, lo rodeó por el hombro con su brazo y lo condujo hasta los camarotes. Accedieron a una pieza donde se encontró con una agradable sorpresa: lo esperaban Boltar, Hathor y Seshat (con quien el elfo se aseguró de hablar a solas, para hacer las paces).

El elfo se hallaba sentado con las piernas cruzadas sobre la cama y una guitarra sobre su regazo, cantando.

Los recién llegados se acomodaron junto a sus personas más queridas y charlaron por horas. Ninguno, en ningún momento, habló de la invasión, del enemigo, ni de los malos recuerdos.

Parecían amigos...

Amigos de toda la vida.

• • •

La compuerta se abrió súbitamente, el soldado se encontró con que el camarote estaba a oscuras, pero la luz brillante que venía del pasillo era suficiente como para que quienes estaban acostados se pusieran las manos frente a los ojos.

—Perdone que entre sin haber tocado antes, pero parece que no han escuchado la alerta roja. Vamos a llegar a Yóvedi en treinta minutos.

Seshat e Ysaak se abrazaron, acostados donde estaban...

30 minutos

—¡A apurarse, a apurarse, a apurarse! —gritó el ogro, golpeando con un bastón de hierro las paredes de metal con luces verdes y radiantes del pasillo.

A la vez, una multitud de soldados corrían aquí y allá, ocupando sus

puestos de combate.

—¡Avisen al rey que recuerde a los de comando las coordenadas!

—¡Que ya lo saben, que ya lo saben! —gritaron en respuesta desde un corredor seis pisos más abajo, en lo que parecía una intrincada torre de metal.

—¡Que ya lo saben nada! —protestó el primero—. ¡Si nos equivocamos por cuarenta metros chocamos con otra nave! ¡No quiero que nada salga mal!

25 minutos

La generala Beril estaba sentada en su silla de comando, con las manos colocadas sobre las rodillas, viendo fijamente al frente.

—Bancos láser preparados, señora.

—¡Torpedos preparados, señora!

La elfa se puso de pie, viendo la gigantesca ventana circular frente a ella. Su larga capa onduló en el aire.

—Comuníquense con la Horus una vez más, quiero nueva confirmación de que todo está en orden.

—¡Horus confirmando! ¡Todo en orden!

20 minutos

La nave espacial Pegaso, que tenía espectrales alas de fuego que despedían tormentas volcánicas, se adelantó dejando tras de sí una larga estela de cometa, rodeada por un halo brillante e inmaculado, aproximándose agresivamente al final del agujero mientras planeaba debajo de la colosal flota, colocándose a la delantera rápidamente.

El joven elfo de cabellos espinosos, vestido con una armadura dorada y una diadema afilada que cubría sus cejas, observaba el ventanal, ansioso.

15 minutos

Boltar se encontraba tras la silla de Panék, de pie, con los brazos cruzados.

Quince minutos eran suficientes...

Suficientes para recitar en silencio los nombres de sus dolientes, del Nyhm y de Yóvedi.

«Esto va por cada uno de ustedes...»

14 minutos

Hathor se encontraba justo a su lado, mirando con fiereza a la pantalla. Por un momento no supo en qué pensar, pero pronto el fantasma imperecedero de Meinkherdt cruzó su mente.

Era a él a quien quería tener presente. Se sentía correcto.

La imagen, la voz, la memoria, el honor de su amigo serían invocados.

«Por ti, Meinkherdt».

5 minutos...

Ysaak se encontraba a medio camino en las escaleras que conducían al lugar donde se hallaba el shah. El silencio era abrasivo, pero tenía a Seshat, que estaba justo al lado suyo, tomándolo de la mano. Podía sentir el pulso de la elfa, la sangre corriendo detrás de su muñeca.

Cuando llegaran al final del túnel y se dispersara lentamente, lo primero que vería sería su planeta, esa enorme esfera azul y blanca llamada Yóvedi, y después estallarían las luces.

Y cuando se apagaran, todo habría acabado...

Dejaría tras de sí los recuerdos de una pesadilla y empezaría otra vida en los días del mañana.

Se oyó un sonido muy fuerte en toda la cabina, que no tardó en transformarse en una alarma.

—Shah, llaman los ogros.

—¡Eh, un minuto! ¡Un minuto!

Panék pestañeó, viendo hacia un costado.

—¿Qué sucede?

—¡Shah, los ogros disminuyen velocidad! ¡Algo pasa!

—¡Shah, están llamando desde la Golem!

—¡Llaman también desde la Pegaso!

—¡Oh, mierda!

El elfo tiró la silla y poco le faltó para tirar a su vecino, sacándolo de su puesto y apoderándose de su tablero.

—¿Pero qué haces?!

—¡Apártate! ¡Shah, ordene detenernos ahora!

—¡Llaman desde todas las naves! ¡Oh, por Dios!

Panék se puso de pie y caminó bruscamente hasta el barandal.

—¿Qué pasa?! —rugió.

Hathor giró la cabeza como si hubiera despertado de una pesadilla, intercambiando miradas con Boltar.

—¡Pero vamos a ver! —gritó un elfo—. ¡Shah! ¡Los datos eran falsos! ¡Salgamos del agujero de gusanos ahora!

Poco a poco, las naves espaciales que rodeaban a la Horus desaparecieron como haces de luz, penetrando la pared del túnel, y quedándose atrás paulatinamente. Panék no tardó en dar la orden por sí mismo, confundido.

Geryon descendió por las escaleras. El anciano corrió como mejor pudo hacia el radar más cercano. Su rostro se fue convirtiendo en la viva expresión del pánico.

—Hathor —gimió—, ¿cuántas naves dijiste que eran?

El elfo se apoyó en el barandal y lo miró, confundido.

—¡Las del invasor, hijo mío! ¡¿Cuántas dijiste que eran?! ¡Habías dicho que había solo una, flotando sobre el planeta!

—¡Por Dios! ¡¿Qué diablos es eso, shah?!

—¡Es otro planeta!

—¡No es un maldito planeta! —gritó el piloto—. ¡Está justo frente a nosotros!

—¿Pero qué demonios es?! ¡Miren todas esas cosas! ¡Son miles y viajan rápidamente!

—¡Shah! ¡El rey Vanadio está llamando!

Panék volvió a su silla y se sentó.

—¡Abran un canal de comunicaciones a todas las flotas! ¡Digan que el plan ha fracasado! ¡Repito! ¡El plan ha fracasado! ¡El ataque se aborta!

El general Geryon subió de vuelta las escaleras, caminó rengueando hasta Panék, para inclinarse y hablarle rápidamente al oído, sin embargo, los gritos de los oficiales en el piso inferior no guardaban secreto alguno:

—¿Qué demonios son?! ¡¿Nos puedes acabar de decir?! ¡Deja de mirar la maldita pantalla!

—¡¡He dicho que la Horus no consigue descifrar qué es!! ¡Es como si no nos pudiera decir nada!

Hathor se llevó las manos a la boca. Una pesadilla que él conocía muy bien se estaba repitiendo...

Muchas voces comenzaron a escucharse desde todas las máquinas, con un nubarrón de interferencia que hacía imposible pronunciar una frase completa, sin embargo se oía la inconfundible voz de Vanadio entre ellas.

—¡Hay interferencia!

—¡Pasen este mensaje! —gritó Panék—. ¡Por voz y también escrito a todos los aliados! ¡No ataquen al enemigo! ¡REPITO! ¡NO ataquen al enemigo! ¡Haga lo que haga, no abran fuego!

El banco de luces negativas se difuminó por completo y se vio con claridad lo que había al frente: una versión mellada de Yóvedi, que era lo único que se podía ver entre las cordilleras fantasmales que flotaban alrededor de ella. El anillo espectral que coronaba al planeta no era sino un engranaje en un cuerpo de espectros siniestros que poblaban el cosmos.

PELEA EN LA TURBANOUT

Bastet se hallaba con la frente bañada en sangre. No había recibido ningún golpe, sencillamente estaba transpirando, agitado... así sudan los vampiros. Miraba las computadoras y también (nombrando y maldiciendo a todos y cada uno de los demonios que poblaban el inframundo) echaba un vistazo rápido a los soldados que se hallaban afuera, viendo hacia el cielo. Fhil, el zorro naranja de cola rayada, quien desde hacía días probaba ser un chico de extraordinaria inteligencia que le había sido sumamente útil, trataba de graduar un telescopio, mientras un gato miraba por el visor en el otro extremo, tratando de captar algo en el complejo cielo de Yóvedi.

El vampiro volvió a pasarse el brazo por la frente, su traje se hallaba empapado de sangre. El teclado y el monitor hacía rato habían quedado manchados también por gotas espesas que una asistente no tardaba en limpiar con un paño mojado que escurría sobre un tubo lleno de agua enrojecida.

Las razones de su rabia era bien justificadas, cada una peor que la otra: la primera era que desde hacía medio día se habían quedado sin señal. Lo que quería decir que una fuerza superior había irrumpido en la infraestructura tecnológica y la había puesto en su contra: ninguna máquina funcionaba como debía, ningún radar podía leer datos más allá de la ridícula cifra de diez metros, y sufrían cortes de electricidad, pero al poco rato la energía regresaba con una potencia desmedida, lo que quería decir que «ya-todos-saben-quién» se había figurado una manera de fundirles los aparatos sin necesidad de matarlos.

La segunda era que, obviamente, Pumo sabía lo que estaba pasando o mejor dicho: sabía lo que estaba por pasar y se había propuesto dejarlos incomunicados para cuando el momento llegara. La confirmación de tan horrenda sospecha vino cuando, después de los cortes de luz, notaron que en el firmamento comenzaban a aparecer objetos enormes que el vampiro no reconoció como naves del sistema solar.

Tampoco quería utilizar ninguna computadora de repuesto por miedo a que, al conectarlas a la fuente de poder, se fundieran como el resto.

El monitor frente a Bastet se apagó después de una grave interferencia, seguida por un pastoso punto blanco que quedó en medio de la pantalla y fue desapareciendo lentamente, acompañado por un humillo con olor a quemado.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Golpeó con sus dos puños el sistema, que quedó reducido a una enorme lata de porotos. La roedora vestida de guerrillera que había estado ayudando a lavar su frente echó la cabeza a un lado, con sus grandes y expresivos ojos cerrados con tristeza.

Un oso vino corriendo desde la enorme pista y abrió el vidrio corredizo de la puerta.

—¡Los hemos visto, señor! —gritó—. ¡Han llegado sus fuerzas!

Ninguna otra cosa hubiera podido sacar a Bastet de su obstinada tarea.

—¿Hay luces en el cielo?!

El oso arqueó las cejas y giró la cabeza hacia sus compañeros:

—¿Hay luces en el cielo?

Aun con el siniestro sonido de la brisa, la contestación se escuchó clara por parte del grupo de soldados que se hallaba del otro lado de la pista. El oso volvió a ver a Bastet, ansioso:

—No, señor.

El vampiro se pasó la palma de la mano torpemente por la cara, escurriendo su propia sangre.

—Bien. No han entrado en combate. Han sido listos... han sido listos —susurró para sí mismo, respirando con fuerza.

—¡Señor! ¡SEÑOR!

Se giró de nuevo, mareado y observó al lobo que, con desesperación, se apoyó contra el marco de la puerta:

—¡La gente está escapando de los cuarteles!

—Oh, por Dios... No.

• • •

Hathor miraba Yóvedi con ansiedad. Panék estaba sentado, frotándose la barba. Geryon caminaba como un león enjaulado.

—No sabemos qué va a pasar si cruzamos el límite de esas cosas y nos acercamos más al planeta. Hasta ahora se han mantenido ahí, pero nos

pueden atacar si intentamos ingresar a la atmósfera.

—¿Entonces por qué no nos acercamos, con las armas encendidas? — exclamó la voz de un ogro por el comunicador—. ¡Estaremos preparados para encarar la batalla!

—¡Es innecesario! —rugió otro—. Si nos acercamos con las armas encendidas, será literalmente una señal de guerra. ¡Corremos el riesgo de hacer estallar el globo antes de tiempo!

—Y no es sabio dar un paso sin un plan de ataque, menos en nuestra posición, pues hemos sido sorprendidos —dijo Panék—. ¿Hay éxito comunicándose con el planeta?

El elfo tecleaba, veloz, sobre el holograma, una serie de imágenes tridimensionales aparecían como un juego de cartas y se agrandaban frente a él.

—No, no lo hay, los han dejado incomunicados.

—Demonios.

—Estamos enfocando las cámaras sobre ellos. Tendremos una visión de qué está pasando dentro.

Varios oficiales se acercaron, viendo con atención las imágenes.

—Por Dios, pobre gente.

Hathor y Boltar miraron al frente como si recibieran una mala noticia, y no tardaron en correr escaleras abajo.

—Están... están desesperados, han entrado en pánico, shah. Se están matando por salir.

—Por el Gran Arión, no... —gimió Boltar—. Creen que va a volver a suceder. Es el oxígeno, Hathor.

El elfo se dio media vuelta, mirando a Geryon que se hallaba allá arriba, apoyado en la baranda.

—¡Tienen que saber que Pumo no va a matar a más nadie, porque los necesita! ¡Hay que hablarles ahora! ¡Y a Bastet también!

—Pero Hathor, no podemos comunicarnos con ellos, ya has oído lo que han dicho —repuso Geryon, con una voz dolorosa.

—¡Tenemos que bajar!

—No podemos hacerlo: corremos el riesgo de entrar en combate aquí arriba y ahora mismo no estamos en posición de pelear.

—¡No los va a atacar!

—¡No hay garantías de ello! —gritó Panék—. Ya lo he intentado engañar una vez, no voy a llamar nuevamente pidiéndole que confíe en mí.

Hathor se giró viendo nuevamente las mudas imágenes tridimensionales con ríos de gente tapando los silos subterráneos de la base.

—Varuuna. Tengo que enviar el mensaje a Varuuna.

—¿Qué has dicho?

—¡Varuuna! —exclamó—. ¡Él es capaz de establecer un nexo psíquico! ¡Le enviaré el mensaje!

—Un minuto, muchacho: ¿dónde está él ahora? ¿Se halla con Bastet?

—No.

Geryon hizo un gesto de desesperación.

—Pero está cerca de Backlava —voceó Boltar—. ¡El general fue apostado en una base a pocas millas del palacio!

Para cuando el lobo acabó de decir sus palabras, Hathor se hallaba de rodillas, con las palmas de las manos alrededor de su cabeza.

«Varuuna...»

• • •

Varuuna dejó caer el largo bastón portavelas, hecho que llamó la atención del sirviente leopardo que se hallaba delante de él, así como también de los otros a lo largo del corredor, que intentaban vencer la oscuridad como mejor podían.

—¡Sí, Hathor! —gritó el niño, entusiasmado—. ¡Te escucho, Hathor, te escucho!

El chico se llevó una mano a la sien.

—¡Sí, sí!

—Varuuna, ¿qué pasa?

—¡Vengan conmigo! —exclamó.

El pequeño dragón corrió con todas sus fuerzas por el pasillo, haciendo volar tras de sí las partes largas de su traje. Los sirvientes dejaron apoyadas las cosas que tenían entre manos y lo siguieron, viéndose las caras.

Para cuando cruzaron el pórtico y vieron su larga cola desaparecer por las enormes escaleras de caracol, supieron que estaba intentando alcanzar la azotea.

• • •

Backlava se hallaba sentado fuera del pequeño poblado de tiendas de

campaña y complejas maquinarias sobre orugas y ruedas de tractor que formaban un pequeño redondel en medio del valle. Los soldados prendían fogatas como alguna vez lo habían hecho sus ancestros, no solo para protegerse del frío, sino para tener algo de claridad.

Aquí y allá, los subordinados del lobo guerrero intentaban manejar sus cachivaches electrónicos, aunque ya hacía rato que más de uno se había dado por vencido, aceptando que el tenebroso fenómeno global había vuelto a ocurrir, preparándose ahora para lo peor. Cada uno tenía máscaras de oxígeno puestas, con la boquilla colgando en el pecho, y esperaban, ansiosos, el minuto que el aire supiera extraño... el regreso de ese horrible dejo de veneno seco en la garganta que no olvidarían nunca.

La felina se acercó trotando, se desprendió de su bulto y se puso de rodillas, extrayendo un equipo auxiliar, que dejó sobre la mesa plegable.

Backlava la miró, haciendo barrera con una mano para encender un cigarrillo.

—¡No puede estar así tan tranquilo! —le recriminó—. ¿Qué le pasa? ¿Que no ve que sucederá otra vez? ¡Aquí tiene su mascarilla!

—No es por eso que ha quitado la electricidad. Es por otra cosa —contestó con tranquilidad, colocando los pies sobre la mesa.

La gata se levantó, con el ceño fruncido.

—¿De qué habla, señor?

—Debía ser secreto, pero ya no tiene sentido ocultarlo: obviamente se ha arruinado.

—¿Acaso nos han estado escondiendo información? —preguntó, dolida.

Backlava la miró con compasión y meneó la cabeza suavemente, exhalando humo.

—Lo ocultábamos para evitar precisamente esto... Nuestros amigos los elfos iban a venir con toda una armada espacial para pelear. La batalla final se iba a librar en este momento, ahora solo tengo fe en que lograrán evitar que corte el oxígeno de nuevo.

La chica miró al suelo, confundida.

Cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos.

El lobo la acarició entre las orejas.

—No te pongas así, no ahora, que no lo voy a consentir. Falta mucha batalla para eso.

—¡General! ¡General! ¡Alerta!

Backlava se puso de pie, mirando sobre la oruga que se hallaba en el

extremo norte del círculo. Un león lo llamaba, de pie ante ella.

—¡Venga pronto!

El lobo saltó la mesa y corrió, a la vez que varios soldados lo seguían.

Se subió sobre las ruedas y trepó con agilidad espeluznante hasta la torreta.

—¡Señor, en dirección al palacio del shogun! ¡MIRE!

La silueta negra de la fortaleza edificada sobre la montaña se recortaba espectralmente contra el cielo oscuro, lo que ayudaba a ver el juego de luces que tenía lugar sobre ella.

—Es código Felfir, señor. Lo he reconocido al primer vistazo.

Backlava se lo quedó viendo en silencio, hasta que finalmente susurró:

—Está diciendo mi nombre.

El león asintió.

—Lo está llamando... ahí va otra vez, ¿lo ve?

El general saltó al suelo.

—Voy a tomar la Turbanout, díganle al comandante Shokhan y al anciano general Argos que quedan a cargo. Ping y Jerez, vengan conmigo.

• • •

Boltar era demasiado sabio como para caer en el error de ser insistente, pero no había fibra en su cuerpo que le impidiera resistirlo.

—¿Varuuna ha recibido tu mensaje? ¿Lo ha entendido?

—Lo ha hecho —contestó Hathor, comprensivo—. Intenta llamar la atención de Backlava.

Con esas palabras, no solo el lobo sino varios elfos rompieron el círculo, mientras echaban un vistazo a las monstruosidades de aspecto viviente que flotaban allá afuera, frente al muro de naves espaciales.

Se escuchó un timbre meloso y agudo, la imagen de Vanadio se materializó en la panorámica.

—SHAH.

—Hemos puesto un plan en marcha —dijo Panék—, ¿cómo van las cosas por allá?

—LLAMABA PARA PROPONER UNA IDEA. PELIGROSA, PERO UNA IDEA AL FIN Y AL CABO: TENEMOS UNA SONDA QUE PODRÍA LLEGAR ABAJO EN SEGUNDOS, CAPAZ DE CONTENER UN MENSAJE Y TODA LA INFORMACIÓN PERTINENTE QUE

QUERAMOS PASAR. EL APARATO NO TIENE EL TAMAÑO DE UN MICROBIO, SE ACCIONARÍA MOSTRANDO UN HOLOGRAMA ANTE QUIEN ELIJAMOS, Y SE PUEDE HACER INVISIBLE A LA VISTA DE LAS DEMÁS PERSONAS. PERO VIENDO LAS CIRCUNSTANCIAS, CUALQUIER COSA PUEDE PASAR, INCLUSO QUE DETECTEN ESO.

—Hemos encontrado una forma segura: resulta que habíamos olvidado que Hathor puede establecer nexos psíquicos con la criatura que lo llamó al planeta, mientras viajaba en la Sobek-Set.

—¡POR SUPUESTO!

—Sin embargo, todavía no sabemos qué hacer, desconocemos si el enemigo atacaría de acercarnos más.

—ES UN RIESGO QUE SE DEBE TOMAR TARDE O TEMPRANO. PERO A JUZGAR POR LO QUE USTED ME HA CONTADO, EXISTE UNA POSIBILIDAD DE RESOLVER ESA DUDA...

Panék observó con atención al rey.

—¿Cuál posibilidad?

—VA A TENER QUE COMUNICARSE DE NUEVO CON PUMO, SHAH, LE GUSTE O NO.

• • •

Varuuna se hallaba de pie sobre un barandal de concreto, viendo hacia las luces titilantes del campamento en el valle. Un jaguar estaba de pie tras él, tomándolo de la cintura, protegiéndolo de caer al vacío.

El chico se dio media vuelta y fue ayudado a bajar. Frente a él se hallaba una fila de arbustos prendidos en llamas y unos sirvientes repetían aquellos movimientos especiales frente al fuego, cada uno sosteniendo un enorme abanico.

El niño recogió una escoba y se unió a ellos, tapando las llamas por intervalos. La brisa helada soplaba con fuerza, pero los felinos mantenían el fuego ardiendo.

—Tienen que verlo —gimió Varuuna, con vapor blanco saliendo de su boca.

Repitió los movimientos incansablemente. Los sirvientes hacían lo mismo que él.

—¡Una vez más! ¡Hagámoslo!

—¡Joven amo! ¡Mire, allá arriba!

Todos levantaron la cabeza.

El avión, que parecía una enorme nave de combate con dos alas de cada lado descendió, rompiendo el banco de niebla. Sus luces azules los encandilaron.

Varuuna levantó los brazos.

• • •

El general Backlava se hallaba sentado, viendo con ojo clínico al frente, mientras controlaba el mando análogo de la nave. Bajó unas palanquitas que se hallaban en un panel vertical sobre él; el cambio de sonido que provenía de las turbinas fulgurantes se dejó escuchar. Ahora la Turbanout podía planear como un helicóptero. Presionó entonces un botón frente a los relojes a su izquierda y habló en voz alta a través del intercomunicador:

—Vamos a descender. Ping y Jerez, vengan ahora.

Desde el cristal se podía ver el horizonte montañoso recortado por los tejados y las torres del palacio.

Fue cuestión de tiempo antes de que observara la fila de arbustos quemándose y elogiara la astucia del chico. La azotea era lo suficientemente grande como para abarcar la nave. Los sirvientes corrieron juntos hasta formar un grupo grande, protegiéndose de la ráfaga que desprendían los motores. Al frente se hallaba un jaguar y detrás Varuuna, mirando hacia arriba.

La Turbanout se apoyó en el suelo, lentamente. Backlava bajó una leva al costado de su silla.

—Ping y Jerez, ¿no me han escuchado? Les he dicho que...

Un golpe en el cráneo lo cegó y un empujón malicioso le hizo estrellar la cara contra la consola.

Backlava gruñó, sorprendido. Intentó oponer resistencia tan pronto sus reflejos se lo permitieron, pero de nada le sirvió cuando un brazo lo aprisionó por el cuello y lo levantó de la silla, arrastrándolo.

Intentó atinar un codazo al estómago de su enemigo, cuya respiración podía escuchar tras su oreja, pero era demasiado astuto: previó sus intenciones y lo arrojó hacia atrás.

En su aparatosa caída, golpeó la puerta y salió por el pasillo de la aeronave, detenido finalmente por un cuerpo tibio.

Su mente era un caos. Tal cosa era extraña en aquel extraordinario

guerrero, que era capaz de arrancarle la cabeza al que más con una patada voladora. Fue como una sucesión rápida de imágenes, cargadas de atemorizantes pensamientos. Lo primero que pensó fue que Pumo lo había alcanzado de alguna manera. Que había visto lo que estaba haciendo y había mandado por él, y así, el final había llegado. Pero no, no podía ser, claro que no, sus sentidos no estaban de acuerdo: los golpes que había recibido eran de este mundo. El dolor le era conocido... Y eso le hizo sentir más rabia que cualquier cosa: ¿cómo podía ser posible? ¿Quién se atrevía? Y peor aún: «¡POR QUÉ!»

Todo esto iba acompañado de algo más oscuro: a Backlava la adrenalina le bañaba el alma... Pues muy en el fondo, su instinto más salvaje, las reminiscencias de una juventud descarrilada que ahora yacía disciplinada en el fondo del pozo, pero que a veces aullaba recordándole que aún existía, se manifestaba de cuando en cuando y disfrutaba de un combate entre caballeros. Pero ahora no... No con todo esto (su corazón latía con fuerza), ese bulto tibio y blando con heridas de cuchillo era...

Era Jerez.

Y estaba muerto.

Saboreó su propia sangre en su alargada boca. Le habían roto la nariz. Sintió los pasos rápidos del agresor. Una patada en el estómago lo redujo otra vez. Intentó respirar, agitado.

—¿Quién... eres?

—Levanta la cabeza para que te enteres.

Pero la cortesía no era literal: Backlava intentó mirarlo, justo cuando lo agarró por la solapa de su uniforme. Su instinto guerrero asomó colmillos orgullosos, reclamándole devolver la pelea.

Dio un cabezazo a su agresor, se escuchó un gemido, siguió un puñetazo en su misteriosa cara, un giro soberbio acompañado de un codazo en el plexo, un paso atrás y... recibió otro puñetazo en el rostro, que lo tiró para atrás. La sangre salpicó las ventanillas empañadas. Levantó la pierna y arrojó una cosa en los genitales del asaltante. Se elevó un grito sórdido y furioso. Él tenía la técnica, pero su enemigo la fuerza, y en un avión, no había espacio para tomar distancia. No iba a ganar. Era una persona más fuerte que él. El lobo estaba aterrado. Pero no aterrado por la diferencia de fuerza, el Gran Arión y miles más que eran testigos de la leyenda de Backlava daban fe de que se necesitaba mucho más que eso para hacerlo temer. Estaba aterrado porque sabía con quién estaba peleando, estaba aterrado porque creía que se estaba

volviendo loco. Era imposible: reconocía su olor. Reconocía su forma. Reconocía su raza. Era él.



Backlava gritó enfurecido y se le echó encima clavándole las garras en el cuello, gruñendo. El perro lo tomó de la muñeca y separó las pezuñas de su carne. Había conseguido lastimarlo, pero no lo suficiente. Sintió que perdería la conciencia cuando enganchó los dedos en su cuello y lo levantó. Y ahí, al verle la cara, lo supo, y abrazó la locura: claro que era él.

Era él pero sin bastón. Era él pero más alto, aunque eso era una ilusión tonta: no es que era más alto, es que ya no estaba encorvado. El miedo lo volvió a sacudir. Lo soltó, Backlava cayó de rodillas, graznando. Recibió un pisotón en la espalda que lo dejó tendido. Tras ellos había un tercero: un chico que los miraba asustado. No era Ping, era otra persona, él lo supo mejor que si lo hubiera visto, pues su nariz lo ayudó: aquel era un felino.

Intentó agarrarse de sus tobillos y arrojarlo al suelo, pero una vez más, su enemigo supo resolverlo: pisoteó su cabeza, con virulencia.

—¡Señor Backlava! ¡Señor Backlava! —gritaba Varuuna, desde abajo.

El lobo apoyaba la frente sobre su propia sangre, respirando suavemente.

—No puede ser —murmuró, sin aliento—. No... por el Gran Arión...

—Sí puede ser, claro que puede ser. Chico, no te quedes sin hacer nada.

Carga la pistola.

Backlava se apoyó con los codos y levantó la cabeza, con un ojo entrecerrado. Recibió una patada en la oreja y se retorció. Volvió a subir la cabeza tozudamente, para verlo a los ojos... la primera vez en muchos años que podía hacerlo. La última vez que lo había mirado así, había sido antes de que las arrugas dibujaran un mapa incierto sobre su rostro. Era el anciano general Argos. Solo que ahora había una diferencia esencial: su cara, su cuerpo, sus manos y, lo que era más aterrador, la forma en la que se movía. Tenía cuarenta años menos.

—¡Apura eso y deja de mirarlo! ¡No eres un maldito niño! ¡Carga la pistola y cuélgate el rifle, que también tenemos que cargarnos a los de abajo!

Como si aquellas palabras hubieran sido un cruel preludio, la voz de Varuuna volvió a escucharse desde afuera:

—¡General Backlava!

Escuchaba un recital de ruidos extraños en su oreja izquierda, sin embargo, la derecha le envió un sonido real, que cruzó directo hasta su cerebro: el crujido que hace un cargador de doce balas siendo colocado en el arma.

El joven felino respiraba agitado. Estaba asustado.

—Argos, ¿q... qué has hecho?

—Estar en el bando del ganador, eso es lo que he hecho.

Volvió a mirarlo por el rabillo del ojo, respirando pausadamente.

—Apuesto a que ni siquiera logras comprender lo que estás viendo ¿no es así? No puedo culparte.

—¡General Backlava! ¿Qué sucede?

Argos giró la cabeza para mirar por la ventanilla, cautelosamente. Desde afuera, todo lo que se podía ver era su rostro difuso tras el empañado cristal.

—¿Todo por... salvar tu pellejo?

—Eres tan simple que irritas. Tengo casi cien años, a mí difícilmente me importa la vida del mismo modo que al resto. Sé cosas que no serías capaz de entender y pronto veré cosas que jamás nadie en Yóvedi, en el universo —se corrigió—, ha visto. Cosas que no imaginas ni respetas, que no entran en tu llana cabeza.

Argos tocó la frente de Backlava con la suela de su bota.

—Pronto iré donde ningún ser ha viajado. Trascenderé el tiempo y el espacio y, con los años, cuando me canse de mi propio cuerpo y la materia, seré energía pura. El presidente Boltar no ha hecho más que abrir una puerta

y pasar al cuarto de al lado en comparación a lo que será mi viaje.

—Eres...

—¿Soy...?

—Miserable.

—Gracias, por un momento temí que me rogaras venir también. Me ahorras la engorrosa situación de explicarte que esto es una oportunidad con cupo muy limitado, amigo... Los números allá afuera son ajustados y él los necesita a todos.

Backlava cerró los ojos:

—Rata.

Sintió que Argos alargaba el brazo y recibía algo. No tuvo que echar un vistazo para saber que se trataba de un arma.

—No te aflijas, Backlava, la sacas fácil, créeme: no habrías querido estar vivo dentro de un par de días.

—No mates al chico.

—¿A Varuuna? —preguntó, apuntándole a la cabeza—. Aunque a él le debo que todo haya terminado cuando ya se me estaba haciendo imposible seguir fingiendo una enfermedad bochornosa tras la puerta, el mugrosito tiene que irse.

—Es un niño, bastardo...

—Si los elfos son listos, lo usarán de receptor para pasar mensajes al planeta, se me ocurrió justo cuando vi que usaba código Felfir para llamarte. Digamos que lo considero un último favor para congraciarme con el jefe.

—Argos, te vas a ir al infierno.

—Palabras simples de un tipo simple. No esperaba un discurso realmente inspirador.

La repentina luz blanca cubrió el avión y todo pareció desintegrarse en un destello. Una nave espacial apareció flotando.

Argos giró la cabeza, asustado y apretó el gatillo. Se escuchó un grito de dolor seguido de un golpe. La cabina del avión explotó, dejando el techo abierto en un círculo perfecto.

El general caminó hacia atrás, pisando el hombro del lobo. Un láser pequeño y brillante le cercenó la mano y, junto con ella, la pistola cayó al suelo.

Abrió la boca y dejó salir un alarido obsceno.

—¡Alto ahí!

—¡Son dos! —gritó Backlava—. ¡Cuidado, que son dos!

—¡Hijos, ve a atender al general!

—¡Sí, shah!

El elfo Lucius entró con una suerte de arma adherida a su brazo que a Backlava se le hizo imposible entender. Escoltaba al pequeño brownie que corrió a través del estrecho camino, deteniéndose primero frente al cuerpo de Jerez y luego al de Ping.

—¡Hay dos muertos! —chilló.

Cuando el humo se disipó, Esthelmaría apareció agachada a un costado de la compuerta, apuntando aún con su humeante arma en dirección a Argos, con uno de los ojos cerrados.

La Apollyon flotaba frente a la Turbanout. Varuuna miraba el espectáculo desde abajo, asustado, mientras un montón de sirvientes intentaban cubrirlo para protegerlo.

Degauss saltó de nave a nave, ágilmente.

—¿Cómo está Backlava?

—¡Un par de costillas rotas, shah! ¡Le han desencajado la mandíbula de un golpe! —informó el brownie, pasando sobre el lobo un pequeño lector con forma de lápiz, que proyectaba una pantalla holográfica en el aire—. No sé cómo no grita del dolor. Me... me impresionan los yovedianos.

El chico sacó una pequeña pegatina blanca del bolsillo y la colocó sobre su frente, presionándola.

—Esto lo hará sentir mejor.

El elfo caminó al frente y observó a Argos, que estaba recostado sobre una butaca, presionando su brazo y mirándolos con una sonrisa horrorosa formada en un rostro que, segundo a segundo, se iba haciendo más monstruoso.

—¡Alto ahí! —aulló Lucius.

El guepardo alzó instintivamente las manos, viendo, con el más delirante miedo, que había sido descubierto.

Degauss se puso en cuclillas y colocó una mano sobre el hombro de Backlava. Iba seguido por la niña ogro, cuyos pisotones se dejaban sentir.

—Lucius, ayuda a Ipos a sacarlo de aquí y llévenlo al pabellón médico de la nave. Esthelmaría lo tiene todo cubierto. Ese chico no hará nada.

Bajo la nave, Mahasiah abrazaba a Varuuna tiernamente.

«Hiciste bien en recordarme, “Varuu”», le comunicó psíquicamente. «Los has salvado. Será mejor que ese Hathor no vuelva a olvidarse de mí».

Arriba se veía cómo extraían al lobo, cuidadosamente apoyado sobre un

holograma sólido, dirigido por el lápiz de Ipos. Farouk, el zellas, estaba de rodillas frente a los soldados asesinados, rezando una melodía dulce con los ojos cerrados y las manos juntas.

Degauss se incorporó y dedicó una mirada agria a Argos.

—¿Sabes a quién me recuerda esta criatura, Esthelfmaría?

La niña no contestó, pero el sonido que hizo su rifle láser al ser recargado fue respuesta suficiente.

—A un ogro que vivió alguna vez en tu luna, muy cerca del antiguo rey. Los días después de la batalla se habló muy poco de él, aun cuando de los tres involucrados, a mí siempre me pareció el peor. Ni siquiera pasó a la posteridad como un gran canalla, como Cadamaren o Meinhardt Hallyfax. No tuvo ni eso. Después de todo, el destino que sufren los traidores siempre es el peor...

Argos empezó a reírse. Cada movimiento que hacía evidenciaba su dolor.

—Asnos, ¿qué se han creído? Vamos a ver cómo hablas cuando destruyan este planeta. Estás en el lugar equivocado en el momento equivocado, tú y toda esa tropa de monos afeitados que están allá arriba, con sus estúpidas naves y sus estúpidas armas. No son más que mierda. Han firmado su sentencia de muerte. Todas sus leyendas, sus logros y sus mundos van a ser borrados de la historia cósmica como si nada hubiera pasado. Sí, han firmado su sentencia de muerte —profetizó.

—Habla demasiado para ser alguien que no llegará al final para ver cómo resultarán las cosas. Ni siquiera ha conseguido mantenerse completo.

El perro levantó el brazo y mostró la muñeca cercenada.

—¿Te refieres a esto, elfo? No me hagas reír. ¡Cuando me vaya, me darán otra igual! ¡O una mano mejor, si la pido! ¡Por favor! ¡¿Es que acaso no me ves?! ¡¿No sabías que yo era un anciano en las últimas?! ¡¿Es que tú también eres un simplón como Backlava, como la bazofia?!

Estiró el cuello y escupió en sus zapatos. Tragó saliva y sonrió con fuerzas renovadas, abriendo cada vez más los ojos.

—¿No entiendes, no es así? ¡Podría hacerme vivir eternamente si yo se lo pidiera! ¿Qué dices a eso, elfo? Tengo entendido que ustedes envejecen y mueren. ¿Qué? ¿No han descubierto el secreto máximo? ¿El paso último? ¿El insulto más grande que se le puede arrojar al Creador? ¡Aquello que desafía la lógica del universo, el territorio más allá de lo comprensible! ¡Más allá de lo que incluso ustedes se atreven —sí— a soñar! ¿No te das cuenta, en serio? ¡Te has ganado de enemigo a alguien que puede darme la vida eterna! ¡Que

ha desentrañado los misterios más profundos de la EXISTENCIA! ¡Que se burla de LA MUERTE! ¡Anda! ¡Anda y dispárame! ¡Mi alma trascenderá este planeta y será recogida por él, pues es capaz de hacerlo, ya que ha reducido el misticismo a una ciencia! ¿Para qué buscar información con tus estúpidos aparatos, tontos del futuro, niños con trineos en el universo? ¡Anda, quítame la vida! ¡Quítamela, por favor, que estoy ansioso y ya no puedo esperar! ¡Para trascender y poder ir a Él y volver a nacer otra vez, en un cuerpo nuevo, en cualquier lugar que quiera! ¡Puede hacer eso porque yo mismo lo vi, me lo mostró! ¡Es más! ¡ANDA, DESINTÉGRAME! ¡De nada servirá! ¿Entiendes? ¿No te hace sentir impotente no poder castigarme? ¡Es un dios! ¡Han viajado de tan lejos, para luchar contra un dios! ¡Han decidido declararle la guerra a un dios sin saberlo, idiotas! ¡A UN DIOS DE LOS ABISMOS!

Degauss levantó el brazo para apartar a Esthelmaría.

—Regresa —le dijo a Argos.

El elfo sacó un arma de su cintura.

Varuuna y los felinos contemplaban las sombras en la pared desde la grieta del avión, en silencio solemne, mientras se escuchaban los gritos atronadores:

—¡UN DIOS DE LOS ABISMOS! ¡UN DIOS DE LOS ABISMOS! ¡UN DIOS DE...!

Saltó un pequeño chispazo, seguido de un golpe. Los gritos cesaron.

Pronto, todo lo que se escuchó fue un silencio tranquilo, interrumpido únicamente por un llanto agotado y dócil. El joven guepardo se hallaba de rodillas en el piso, con las manos sobre la cabeza. La correa del rifle todavía cruzaba su cuerpo.

—Tenía que hacerlo... —sollozó—. Tenía que hacerlo.

—Levántate —ordenó Degauss.

El chico miró el arma del elfo, temblando.

—No te voy a matar... a ti no. Eso sería muy fácil.

Se colocó de pie lentamente mientras Degauss tomaba su rifle y lo echaba a un costado, como basura.

Pronto, se escuchó un grito:

—¡Degauss! ¡Mira afuera!

El elfo observó tras el cristal y constató que a lo largo del panorama había miles de luces descendiendo del cielo, aclarando la larga línea del horizonte como una cascada de colores brillantes.

Un vendaval se apoderó de la montaña, la cabellera y la túnica de todos comenzaron a moverse agitadamente. La Horus descendió entre las nubes oscuras, describiendo un giro hermoso, para flotar lentamente encima del palacio, como un ave enorme sobre su nido, iluminándolo por completo con lo que parecían luces celestiales.

Se quedaron de piedra cuando un compartimento pequeño se abrió y de él salió un cono de luz, que no tardó en convertirse en una escalera transparente y sólida.

Hathor, Boltar, Ysaak y Seshat descendieron. La cara de Varuuna irradiaba sorpresa.

El elfo fue el primero en saltar los últimos escalones; el chico se precipitó sobre él y lo abrazó con fuerza. Ysaak veía el horizonte, llenándose con el aire de su mundo, enardecido al verlo, mientras la brisa acariciaba su solemne rostro.

Terminado el desembarque, la Horus giró limpiamente y emprendió su camino al sur.

La tripulación de la Apollyon, con la excepción de Ipos, que cumplía con sus labores médicas, hablaba ansiosamente con Hathor, explicándole todo lo que había pasado. Mahasiah había apartado a un lado a Boltar para hablar con él sosegadamente. En determinado punto de la historia, el lobo se mostró terriblemente impactado y, poco después, furioso.

Pronto, Degauss sintió que lo llamaban. Miró hacia afuera y después al guepardo, a los ojos.

—Vamos, camina afuera para que todos te vean.

Boltar levantó la mirada, no tardó mucho tiempo en ser imitado por los demás. Los comentarios se fueron acallando lentamente y el silencio se hizo total.

El guepardo se hallaba de pie, con las manos detrás de la cabeza, y Degauss tras él.

Seshat se llevó las manos a la boca, sorprendida, mientras que Ysaak se adelantó varios pasos, mirándolo desde abajo.

—Vaayu.

• • •

Hathor se hallaba ahora sentado en una silla, en el salón de situaciones de la Apollyon. La nave viajaba rápidamente a través de una cadena montañosa,

siguiendo el manto de naves espaciales que todavía descendían y que habían transformado el cielo en una suerte de autopista espacial.

El elfo silvestre era la única persona ahí, junto con él.

—¿Cómo lograron entrar al planeta? ¿Qué sucedió?

Hathor se frotó la cabeza, apesadumbrado.

—Panék habló con Pumo nuevamente...

—Por Dios. ¿Les dio permiso para entrar? Es... es increíble.

—No exactamente, Degauss.

—¿Qué?

Presionó un dedo sobre la mesa, pronunciando la palabra *holograma*.

—Les pedí que enviaran el mensaje a la Apollyon, lo colocaré en pantalla.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Panék intentó establecer comunicación con la cadena de naves extrañas de allá arriba, con el fin de pedir permiso para acceder al planeta. Al final, Pumo no nos dijo que no podíamos entrar, sin embargo, nos llegó un único aviso suyo...

En la pantalla holográfica fue apareciendo poco a poco:

Si impiden mi trabajo, los voy a destruir a todos.

REAGRUPACIÓN

Muchas naves élficas se ofrecieron para recoger a los yovedianos que se habían desperdigado por todas partes. Consiguieron tranquilizar a la gente haciéndoles saber el mensaje original que Hathor había enviado a Varuuna: el enemigo no les iba a hacer nada, no volvería a cortar el oxígeno del planeta.

El retorno a las bases fue rápido y simple. El plan era tranquilizar a las personas, pero estaba prohibido darles ánimos y esperanzas, razón por la cual incluso los elfos y los ogros se sorprendieron, y empezaron a odiar al invasor. Las órdenes de Panék, sin embargo, eran claras y sus razones, sencillas: Pumo escuchaba.

El reencuentro entre Bastet y el resto de la tripulación original de la Sobek-Set fue sublime. Neftis no pudo evitar llorar al ver el mal aspecto del vampiro que tuvo que alejarse un momento del grupo cuando se enteró de la noticia que más temían comunicarle: Meinkherdt había muerto.

En el fondo, sabía que no podía ser de otro modo, iba a pasar. Era el más viejo y quizá el más pesimista, pero también el más sabio, cosa que tuvo que empezar a demostrar después. Con la noticia oficial de la muerte del hapalokiano, el Bastet que había conocido Seshat había muerto para siempre, quizá porque ahora él sentía la obligación de llenar ese importante lugar que Meinkherdt había dejado.

Si los soldados, que le habían tomado un cariño extraordinario a Esthelfmaría, no podían acostumbrarse a verla, mucho menos pudieron hacerlo cuando vieron a los ogros adultos entrar por la base. Sin embargo, no hubo tiempo para hablar sobre ello, o siquiera disfrutarlo con chistes ni conversaciones: la situación se había vuelto muy tensa y lo que era peor, carecían de tiempo.

El ejército de naves siderales se acomodó a lo largo de todo el país del Nyhm. No hubo momento para comer ni descansar, o por lo menos, no para los grandes líderes de la coalición. Boltar no hizo más que saludar a sus

protegidos brevemente... Para los jóvenes, no hubo peor indicio de que estaban en problemas terribles.

Bastet dispuso de la sala de reuniones bajo la montaña. El shah, el rey, Hathor y su tripulación, la tripulación de la Apollyon, la tripulación de la Naberius y el alto mando del Nyhm, junto con su presidente, entraron a discutir el nuevo plan, con un campo dimensional a su alrededor.

El zellas Farouk tenía miedo y se hallaba acurrucado entre los pies de Lucius. El zellas presentía con su sexto sentido lo que todos sabían: estaban siendo observados desde todas partes. El aire en la base se sentía diferente, era como estar dentro de un gran cuerpo con una enfermedad.

—Si los acontecimientos han sido narrados en forma correcta —expuso Geryon—, entonces hay algo que me confunde: ¿por qué Pumo dio un permiso casi tácito para dejarnos entrar al planeta, si su aliado, el general traidor Argos, estaba operando allá abajo, intentando hacerle un favor? O mejor dicho: ¿por qué no detuvo a Degauss y lo salvó?

—Si lo ve del siguiente modo, es sencillo, lord Geryon: Pumo ya había obtenido de él lo único importante, valioso, que le podía dar —contestó Bastet—. Argos ya había cumplido su misión. Lo que sucediera después de ese punto lo tenía sin cuidado.

—Pero está claro que Argos se ofreció a Pumo. Y está claro que Pumo lo escuchó, porque por algo lo rejuveneció extraordinariamente —objetó la elfa Euronyme.

—¿Quiere decir que Pumo lo traicionó? —preguntó Ipos.

—Eso es algo que nunca vamos a saber.

—Yo sentí su alma...

Varuuna bajó la cabeza tímidamente, con las manos tomadas, y continuó:

—Sentí que ascendía, pero no al sendero natural. Él... él en verdad fue recogido allá arriba, por alguno de los espectros. Su alma ya no pertenece al cosmos.

—Por el Gran Arión...

—Lo que me preocupa es que aquí ha quedado algo muy, muy claro...

Degauss hizo una breve pausa mirando a Panék, meneando la cabeza, mientras todos lo miraban:

—A Pumo parece importarle poco que hayan entrado al planeta y le importa poco que estemos mezclados con los yovedianos. Quizá, a pesar de que no lo dejamos escucharnos, le importe poco también saber que estamos hablando en secreto. Eso solo quiere decir algo...

—QUIERE DECIR QUE ESTÁ SEGURO DE GANAR EN UN HIPOTÉTICO ENFRENTAMIENTO, ¿NO ES ASÍ, PANÉK?

El elfo observó al rey, largamente.

—Me temo que así es, su majestad.

El general Yuriken hizo un mohín de desagrado, con el ceño fruncido.

—O tal vez simplemente nos está subestimando, shah, quizá no nos conoce muy bien. No podemos dejar que desmoralicen a las tropas así, no de ese modo. ¿Qué dices, Malek? ¡Di algo!

El general ogro suspiró.

—Lo siento, elfo. Admito que Pumo es raro y que no ve las cosas como las ves tú ni como las veo yo, aun con nuestras diferencias (que ahora nos enteramos son pequeñas en comparación a las suyas). Pero si hay algo de lo que estoy seguro es que, como nosotros, sabe medir muy bien las fuerzas del enemigo.

—Entonces, quiere decir que ese bastardo lo ha arruinado todo.

Todos se pusieron a ver al general Backlava, quien había pronunciado esas palabras como una afirmación más para sí mismo que para nadie. Se hallaba con una venda sobre el ojo y otra más larga cruzando su hombro.

—¿Qué quería Vaayu? —preguntó Ysaak.

La gente lo miró, en silencio. Degauss no pudo sostenerle la mirada al chico por mucho tiempo y bajó la cabeza.

—El general Argos fue rejuvenecido y se le prometió una nueva vida. ¿Qué pidió Vaayu? —insistió, con firmeza.

La elfa Euronyme decidió tomar al toro por las astas:

—Cuando la Naberius pasó sobre el campamento en el valle del palacio del shogun, para llevar de vuelta al escuadrón del general Backlava a la base, una de las chicas detectó un pequeño claro en el radar, a diez kilómetros al oeste. Al investigarlo, supimos que Argos y Vaayu habían estado ahí previamente. Creemos que fue su lugar de reunión y quizá el sitio donde el general convenció al chico de participar con él. Ysaak, me temo que en el sitio, encontramos a una tercera persona inconsciente. Alguien como tú, un tigre.

—Era Zaar, el otosa de Vaayu —declaró Boltar—, otro de los secuestrados en Solares. Ahora sabes qué fue lo que le pidió el chico a cambio.

Ysaak abrió bien los ojos con sorpresa, sacudido por la rabia.

—De ahí, supongo que serían migrados a algún planeta mixto, que ni

siquiera nosotros conocemos.

—¿LO HAN DESPERTADO? ¿HAN HABLADO CON ÉL?

—Lo hemos hecho —afirmó el coronel puma Zemynon, que hablaba con los codos sobre la mesa, y los dedos entrecruzados—. pero no sabía absolutamente nada. Es como si hubiera estado en coma todo este tiempo. Lo último que recuerda fue, obviamente, lo último que vio. No es capaz de aportar ninguna información valiosa.

—¿Qué van a hacer con Vaayu? —preguntó Ysaak.

—Nada —contestó Boltar.

El presidente suspiró.

—Salió de esta base hace pocas horas, rumbo a la pradera, confundido y sin camino. Los hombres de Backlava han hecho correr la noticia de lo que sucedió y se ha regado como la pólvora. El chico ni siquiera intentó explicarse, y menos le contestaron cuando preguntó dónde habían quedado sus cosas, sus compañeros lo ignoraron. Ha sido desterrado, para siempre.

—¿Qué sucederá con su otosa cuando se entere?

—Ya se ha enterado —repuso Zemynon—. Tuvimos que explicarle brevemente los acontecimientos.

—¿Y qué hizo? —preguntó Seshat—. ¿Cómo reaccionó?

—Abdicó ser protector de Vaayu. El chico ha sido proscrito. Poco después, buscó a su otro protegido y se marcharon hacia el campamento de refugiados, como todo el mundo.

—Hay algo que me preocupa más, si no les importa —dijo Sacmis, el anciano elfo— y es lo siguiente: ¿alguien se ha molestado en ver más a fondo esas cosas que se trajo Pumo de Dios-sabe-dónde, y que todavía están flotando en el espacio?

—Eso es otro punto interesante —declaró Fhil, el zorro, sentado al lado de Bastet—. Cuando la energía fue restablecida, decidí echar un vistazo con el telescopio del planetario. ¿Han dicho que eran varias presencias alrededor del planeta?

Sacmis asintió.

—Pues ahora solo hay dos, pero son enormes. Parecen pequeños planetoides o lunas.

—Se han fusionado...

—Es posible. Parece ser que adentro llevan algo muy, muy grande.

—Eso quiere decir que lo que nos encontramos allá afuera, ¿no era en realidad una fuerza de choque esperándonos?

—Eso sería una vuelta interesante a las cosas —repuso Sacmis—, pero solo empeoraría mucho la situación.

—¿Por qué? ¿Acaso no serían buenas noticias?

—Pumo ha dicho que si interferimos, va a destruirnos. Eso quiere decir que, con o sin ejército, puede hacerlo, ya sea con un as bajo la manga o simplemente porque cuenta con fuerza bruta.

—Me inclino por la fuerza bruta —repuso un ogro—. Él ha demostrado que la tiene, lo que ha dicho DIO lo revela no en una, sino en varias oportunidades.

—Si no les importa que lo diga, esto de todos modos me envalentona un poco —repuso la generala Beril.

—Además, Pumo restableció la energía eléctrica del planeta. Las bases de los yovedianos ya poseen luz —explicó Yuriken— y ha sucedido casualmente cuando nosotros hemos llegado. ¿No es acaso un signo de temor?

—NO, NO LO ES. ES SOLO QUE NO DEJA QUE UN CAMBIO PERSISTA POR MUCHO TIEMPO.

—Exacto —completó Panék—. Si lo hiciera, cambiaría el balance del planeta y las cosas en el universo negativo podrían alterarse.

—Eso quiere decir que debemos tomarnos un tiempo para trazar otro plan.

—Concuerdo.

—Y yo también.

Neftis levantó la mano, tímidamente.

—Disculpen...

—¿Sí?

—Hay un problema con eso —declaró la elfa.

—¿Otro más? ¿Cuál?

—Se nos informó que arribaríamos tres días antes de que el conteo calculado por DIO se terminara, pero hubo un detalle no previsto: hemos llegado a la noche del tercer día... Ya son más de las doce.

—Por Dios —suspiró Geryon, llevándose una mano a la frente.

—Exactamente: el día final es pasado mañana.

Panék se puso de pie y apoyó sus manos sobre la mesa.

—Bien, entonces la cuestión es la siguiente: si la pelea final será dentro del planeta, diseñaremos una estrategia de combate aéreo y concentraremos la mayor cantidad de nuestras fuerzas aquí abajo. Yóvedi va a sufrir indiscutiblemente, pero a esta altura, será el todo por el todo. Nos volcaremos

contra el enemigo. Degauss, ¿estás dispuesto a recibir órdenes mías nuevamente?

El elfo oscuro asintió, con firmeza.

—Lo estoy, shah.

—Entonces quiero que comandes una expedición de exploración con la Pegaso. General Yuriken, recibirá a Degauss con usted: usen la tecnología de la nave y díganme qué demonios hay dentro de esas dos enormes cosas que hay allá arriba. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua, Shah.

—Majestad, si tiene a bien, dejo a su cargo montar vigilancia sobre la superficie del planeta. Creo que así tendremos cubiertos los dos frentes más importantes.

Los ogros se miraron entre sí en concordancia.

Panék se irguió y dejó salir un suspiro reflexivo.

—Será así entonces cuando llegue el momento de la verdad, el todo por el todo.

YSAAK A YÓVEDI

El sol había salido, y la brisa se arremolinaba en torno al rostro de Ysaak. Al lado suyo, Seshat tenía la vista fija en un mapa electrónico colocado sobre sus piernas. Ambos estaban en la parte trasera de un jeep, que iba a toda velocidad por un área desértica, haciendo mucho ruido y levantando tormentas de polvo junto a miles de vehículos que, en una escena majestuosa, llenaban la faja de tierra, como un gran éxodo, dirigiéndose juntos hacia la capital del Nyhm: Marcuss Opuquandi.

La masa de torres gigantescas adornaba el paisaje como si fuera una legión sosteniendo al cielo con lanzas.

Hathor iba en otro vehículo con Boltar, que miraba la metrópolis que, durante muchos años, había sido su hogar y centro de comando. El palacio de gobierno estaba allá adentro, en algún lugar. Ahora la urbe se veía tan gris, tan terriblemente solitaria con la luz del sol apareciendo entre sus rascacielos, que servía como el testimonio más crudo de que sobre el mundo había caído una maldición.

El elfo miró con atención al costado y pudo distinguir a lo lejos a Seshat, a Esthelmaría y a Lucius. Los acompañaban enormes orugas con ruedas y camiones gigantes, vigilados de cerca por naves espaciales que volaban a baja altura sobre la gran migración.

A los elfos no les había hecho falta dar un segundo vistazo al mapa para darse cuenta de que la abandonada ciudad, llamada así por el libertador del Nyhm setecientos años atrás, era el lugar estratégico más adecuado para colocar ahí el brazo más largo de sus fuerzas.

Todos los militares habían abandonado la base como si fuera un hogar viejo, al que se deja atrás por siempre. Mudarían improvisadamente todos los equipos a Marcuss Opuquandi y harían funcionar las luces de la capital por primera vez desde su abandono.

Obviamente, con ellos, iban todos los refugiados no solo de la fortaleza

militar, sino de lo que quedaba en aquel sector del país, entre ellos muchos ciudadanos de Marcus, que regresaban a casa para ayudar en lo que pudieran a las fuerzas espaciales. Eso llenó de admiración a Vanadio, que al ser testigo de semejante predisposición, no necesitó reflexionar ni una sola vez sobre qué hacían él y sus ogros ahí, luchando por un pueblo que hasta entonces no habían oído nombrar.

Varuuna se hallaba con el shogun Bermion, el enorme tigre que, envuelto en una larga túnica, se hallaba aún débil, recuperándose del profundo daño que le había ocasionado la falta de oxígeno y que ahora, gracias al personal de la Naberius, superaba lentamente. El chico estaba sentado al lado, abrazándolo mientras él observaba a su otsune Boltar en un vehículo decenas de metros más allá, con reflexiva admiración. Un solo vistazo a la nariz del chico, que sobresalía de su abrazo, le hizo sentir un pinchazo de dolor, recordando que pudo haber muerto en las manos de un traidor sin corazón, mientras él se hallaba inhabilitado en la enfermería de una nave espacial que constantemente volaba alrededor del planeta.

Como Yóvedi había sido despojada de la mayor parte de su vida, sus habitantes tuvieron que recurrir a las clonaciones aceleradas para seguir contando con ciertos alimentos. Aquellos que decidieran no formar parte de la milicia terrestre ni tomar las armas podían ayudar cocinando (labor bastante grande, teniendo en cuenta que no podían olvidarse de los ogros) o sencillamente ir al volante de los vehículos que llevarían a todos hacia su nuevo destino.

Nadie mejor que un habitante de Marcuss Opuquandi para llevarlos al lugar donde debía concentrarse la coalición: una avenida gigantesca que dividía a la ciudad por el centro.

Todos los camiones se reunieron en las calles contiguas, alrededor de los edificios, mientras que en la avenida, que estaba compuesta por ocho calles a cada lado de la ruta (cuatro de un lado y cuatro del otro, separadas por una ancha isla) empezaron a levantar grandes tiendas de campaña.

Ysaak le dio la mano a Seshat cuando esta saltó del jeep. Una marcha agitada de personas caminaba a través del corredor de torres que desembocaba en la arteria. No pasó mucho tiempo antes de que se encontraran con Lucius, Farouk e Ipos.

El elfo vio a su hermana en silencio, luego a Ysaak por largo rato, y después nuevamente a ella.

—Papá te va a matar cuando se entere...

—Cállate, aliento de morsa.

Lucius levantó el mentón, dedicándole una mirada agria, y luego se pusieron a caminar juntos. No les tomó mucho tiempo saber dónde podría estar el resto del grupo: en una carpa circular tan grande como una casa, que sobresalía, con mucho, sobre todas las demás.

Ahí, se encontraron con un complejo sistema de computadoras y monitores amontonados unos sobre otros, que mostraban imágenes satelitales de Marcuss Opuquandi y del horizonte de Yóvedi, visto desde las naves espaciales que patrullaban el planeta. Hathor estaba sentado a un costado de la mesa junto a Bermion y Boltar. El lobo no tardó en girar la cabeza y darle la bienvenida al grupo.

—¿Dónde está el shah, Hathor? —preguntó Seshat.

—A bordo de la Horus, que junto con la Golem recibirán información de primera mano. Nos la están pasando lo más rápidamente que pueden.

—Esperen un minuto —cuestionó Ipos, nervioso—, ¿y los campos dimensionales? ¿Q... qué pasa con eso? ¿Lo vamos a dejar escucharnos?

—A estas alturas, ya no tiene importancia —repuso Hathor—. Por favor, no hablen más sobre eso.

Lucius colocó una mano sobre el hombro del brownie y cuando este lo miró, el elfo meneó la cabeza lentamente, conminándolo a obedecer, mientras que Ysaak y Seshat se tomaban las manos con mayor fuerza. Entendieron la cruda simpleza de las palabras de Hathor: juntar mucha gente en un mismo lugar no era más que una precaución para obligar a pensar dos veces al invasor antes de intentar un ataque a gran escala que pudiera hacer que perdiera el porcentaje requerido para completar su siniestra misión. Y, además de las naves patrullando el planeta, Pumo tenía otros indicios para suponer que, después de todo, se atreverían a mostrarle los colmillos.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Ysaak.

Hathor intercambió miradas con Boltar.

—Nada, salvo esperar pacientemente.

Se escuchó un pitido repetidas veces. Un soldado elfo corrió hacia la red de computadoras y leyó el mensaje que se materializaba en el monitor.

—Mensaje nuevo, shah Hathor, shah Boltar.

Corrieron las sillas para acercarse.

—¿De dónde es?

Hubo un silencio súbito antes de que la respuesta llegara:

—De parte de la Pegaso. Han apuntado un radar directamente hacia las

dos bolsas etéreas que flotan sobre el planeta.

—¿La Pegaso es la nave de la que me hablaste? —preguntó Varuuna, sorprendido— ¿La supernave de Los Antiguos? ¿La de tu gente, Hathor?

El elfo asintió.

—La misma.

Sin embargo, el soldado no compartía el entusiasmo.

—Han dicho que no ha servido: no logran detectar lo que hay dentro de los planetoides. Dios santo... Es como si una persona normal intentara ver a través de un cubo de ladrillos.

—Sin embargo, no es un arma masiva, no puede serlo —calculó Bermion—. Él no puede arriesgarse ¿no es así? No tendría lógica.

—Exactamente —atajó Boltar—. Si mata a un porcentaje razonable de gente acá abajo, todo se acaba, aun con la reserva que le queda allá arriba. De todos modos, Hathor, por favor, y por seguridad, dile a Panék lo que estamos deliberando. Sé que ellos van a pensar con antelación las cosas mucho mejor que nosotros, pero pienso que el lugar más peligroso para estar ahora mismo es el espacio. No me agrada que el rey Vanadio esté arriba.

Hathor asintió.

—A mí tampoco me agrada. Pero parece ser que una coalición allá es necesaria si pretendemos debilitar al enemigo antes de que llegue a...

Se llevó una mano a la cara, y refregó su frente, cortando la conversación súbitamente, cansado. Todos lo miraban.

—Lo siento.

—Entiendo que te asuste —repuso Boltar—. Si te hace sentir mejor, habla tú mismo con Vanadio. Llámalo y dile lo que pensamos.

El elfo meneó la cabeza, con la mirada perdida.

—Vanadio es el primero que se ofendería si llego a sugerirle semejante cosa.

Varuuna se sentó, en silencio, viéndose las manos.

—La batalla no ha comenzado aún, es imposible predecir cómo será el resultado.

Todos levantaron la vista hacia Ysaak, sorprendidos por su iniciativa de participar en la conversación.

—¡Es cierto! —dijo Lucius, con vehemencia—. Hasta ahora yo me había mantenido callado, ¡pero es cierto!

—¿Callado? ¿Qué quieres decir? —preguntó Ipos, con una ceja enarcada.

—Lo único bueno que le veía al miedo que todos tienen es que, en el

fragor del combate, se darían cuenta de que las cosas no eran tan difíciles como creían. Eso es lo que suele suceder muchas veces y eso es lo quiero que pase.

El zellas miró a su amo, maravillado.

—Me gusta ese modo de ver las cosas —afirmó Hathor, con una sonrisa—. De todos modos, de nada sirve tenerlos aquí, comiéndose las uñas. Les sugiero que salgan ahora y revisen cómo van las cosas afuera. El comité juvenil tiene preparado algo grande para esta noche.

—¿Comité juvenil?

Hathor asintió.

—Es un grupo que se formó en la base de Yóvedi y está destinado a darle ánimos a la gente. Como se podrán imaginar, hoy es su gran día. Darán un mensaje que se escuchará por toda la ciudad. Quizá debieran ir allá.

• • •

Ipos se hallaba enojado porque no lo habían dejado formar parte del grupo de los «adultos» (quienes se habían quedado dentro de la tienda de campaña), se sacudía los hombros con enojo.

—Cruzar este sitio tomará mucho tiempo —sopesó Lucius—. Ysaak, ¿tienes idea de cómo conducirte por aquí?

El tigre se encogió de hombros.

—La verdad, esta no es mi ciudad. Una vez vine con mi otosa, pero era muy chico.

—De todos modos, genio, te informo que es una sola vía para ir y venir por la avenida. Es imposible perderse. Solo tenemos que caminar hacia donde Hathor nos señaló.

—Pues yo hablaba de tomar un atajo por alguna de cualquiera de esas calles y no cruzarse con tanta gente —respondió a su hermana, con desdén—. Si te quieres gastar el día entero, allá tú.

—Puedo llevarlos volando.

Todos se dieron la vuelta para mirar con sorpresa a Esthelmaría. Costaba creer que alguien de su tamaño podía haberseles acercado tanto sin ser notada.

—Estoy a cargo de una pequeña nave espacial, mi papá me la ha dado.

—¿Tu papá está aquí, Esthelmaría? —preguntó Seshat.

—Sí. Ha venido con el comité del rey.

—No olviden que su padre es general —repuso Ipos.
La nena asintió y agregó con orgullo:
—Y me trajo dulces. Degauss no hace eso por mí.
—No, ya lo creo que no... ¿En qué nos llevarás?
—En un mini jet. Entran todos porque es de ogro.
El tigre miró a Seshat, sorprendido.
—¿Qué es eso?
—Como una motocicleta, pero que vuela.
—Lo malo —advirtió Esthelfmaría— es que tendrán que ir agarrados de los alerones.
Lucius se colocó a Farouk sobre los hombros.
—Nosotros pasamos.
—Yo también —dijo Ipos.
La niña ogro se llevó las manos a la cintura y miró a Ysaak y Seshat.
—¿Y ustedes?
Ambos se vieron la cara y no tardaron en sonreír.

• • •

El mini jet describió una curva y se precipitó volando sobre el mar de carpas y gente que levantaba la cabeza para verlos. La ogro conducía sentada con la espalda arqueada y los brazos adelante sobre los mandos del aparato, mientras Ysaak iba de pie sobre un alerón con una turbina que despedía una fulgurante cola azul, agarrado de una argolla enorme que salía de un costado del aparato. Seshat estaba en la otra ala, con sus bellos cabellos de oro volando en el viento.

El tigre extendió el brazo y abrió la mano, como si quisiera poder sentir el tacto del aire colándose entre sus dedos. Pasaron bastante cerca de un puente levadizo que cruzaba la avenida por el medio.

El final estaba a la vista, como un pequeño punto de intersección, que cada vez se hacía más grande allá, donde acababa la ciudad. Una tarima enorme, como la de un concierto, estaba siendo levantada por una serie de personas que se veían como puntos en relieve sobre un fondo desértico con dunas.

El vehículo cruzó una nave ogro que se mantenía en suspensión cerca de un edificio de oficinas. Seshat notó a uno de sus ocupantes mirándolos a través de una ventana.

Esthelfmaría desaceleró y dio un giro. Ysaak sentía aún el fresco de la brisa

impregnada en su rostro.

Descendieron suavemente, frente a la plataforma. Los jóvenes que se hallaban subidos a las tablas bajaron para verlos.



—¡Gracias, Esthelmaría!

La ogro se sacó los lentes oscuros por un momento e hizo un gesto afirmativo con la mano. Presionó los manubrios y remontó vuelo otra vez, alejándose rápidamente.

—Presumido hasta en las malas, ¿verdad?

Seshat e Ysaak se dieron vuelta rápidamente. Hablaba un gato negro que llevaba su cabellera pintada de rojo chillón y un collar estrecho de espinas cubriendo su cuello. Su cola tenía numerosos aros dorados y lucía prendas

negras. En su suéter, se podía apreciar el dibujo de una calavera de ratón.

—¡Loki! —exclamó el tigre.

Ambos se dieron un cabezazo, seguido de un abrazo.

—¿Qué diablos andas haciendo acá?

—¡Pues que me salvé aquel día, como tú! Nunca te vi en la base, pero dijeron que estuviste ocupado... ¡Todo el mundo anda hablando de eso, maldito suertudo! ¿Adónde fuiste? ¡Pensar que al que le gustaba viajar era a mí! Vamos, cuenta.

—Seshat, este es Loki, un compañero de mi escuela. Loki, ella es Seshat, mi novia.

El felino se mostró sorprendido. Seshat se sonrojó.

—¡Hm! No has perdido el tiempo, ¿verdad? Por los cielos. Si todo esto termina bien, vas a salir en un libro...

—Mejor cállate y déjame hablar.

—...como la primera persona que...

—Anda, cállate. No me hagas pegarte.

—Pero si queda tiempo suficiente, quiero que sepas que yo voy a ser el segundo.

—El mundo se podría acabar, ¿sabes? Compórtate acorde.

—¡Precisamente, viejo!

Los dos se rieron como tontos. Atraían a una pequeña multitud que se acercaba y los rodeaba. Al margen de las palabras de Ysaak, Seshat se sentía en una versión paralela del antiguo Yóvedi. Ahí, la rara no era ella, lo raro era verlos reír, hablar como amigos, como si el mañana estuviera asegurado. Eso era lo que llamaba la atención de los demás, y por ello, el hermoso momento atraía a los yovedianos, los llamaba, para ver si podían compartirlo, aun en silencio.

—Ahora bien, ¿dónde estuviste? Es en serio, quiero saberlo todo.

—Puedo contártelo, pero primero lo básico: ¿qué pasa aquí?

—Oh, este es el comité —explicó, rascándose la cabeza—. «El comité juvenil». Estamos organizando un evento para darle ánimo a las tropas. Las esperanzas son grandes gracias a la gente de tu chica.

Loki hizo una reverencia teatral ante ella.

—Pero las personas, Ysaak... Ellos son nuestro problema y tenemos que asumir esa responsabilidad la resistencia tiene pues cosas más importantes que hacer. Todos están muy asustados y, si quieres que te lo diga sin miramientos y con el perdón de la dama, está claro que la situación va muy

mal. Todos lo notan y se huele. Se huele en el ambiente, en sus caras.

—Créeme, van a dar una pelea increíble —repuso, enfático—. He estado en sus naves espaciales. Son poderosos, Loki. Puede que la situación no sea buena, pero no será nada fácil ganarles, ¿verdad, Seshat?

La elfa miró apenada a Ysaak.

—Lo siento, pero no comprendí lo que dijo tu amigo. Y dudo que él comprenda también lo que yo digo.

La miró, confundido por un momento. Loki los veía con naturalidad.

—¡El chip traductor! —exclamó.

El gato meneó la cabeza.

—He oído hablar de ellos, pero como es natural, casi nadie, salvo ustedes y las personas más importantes los tienen. Eres encima la primera persona con nanomáquinas extraterrestres. Vas a dar conferencias de ciencia ficción, ¡tú, el niño deportista!

—Chitón. ¿Viste las naves de los ogros?

—¿Los elfos enormes, peludos y gordotes? Son increíbles.

Ysaak rió a carcajadas.

—Si Seshat te hubiese entendido, creo que te habría dado un puñetazo.

—Mraaaw, ¿te has encontrado con otras personas de la Secundaria del Norte?

—Con nadie.

—Muy pocos lograron escapar esa noche ¿verdad? Y los que lo hicieron, no los he visto. No me gusta hablar de esto, Ysaak, pero, posiblemente no hayan sobrevivido al segundo golpe, ¿entiendes?

El chico se quedó callado, dejando que sobreviniera un momento de silencio.

—Entiendo...

—¿No es cierto eso, verdad? Lo que dijeron ayer.

—¿Qué cosa?

—Que no desaparecerá el oxígeno otra vez.

Ysaak asintió con firmeza.

—Es cierto y todos ustedes deben saberlo —exclamó—. No sucederá otra vez.

Una pregunta no tardó en llegar de una persona entre la gente:

—¿Cómo estás tan seguro?

Ysaak quiso responder, pero sintió como si tuviera una piedra en la garganta, y entonces supo que su cabeza le había mandado una sabia señal:

¿decirles qué? ¿Qué no serían aniquilados porque se los necesitaba para el plan final, donde entonces sí acabarían con ellos? ¿Explicarles la morbosa idea del enemigo y pretender que eso podía ofrecer un alivio?

—Diles que nos teme, Ysaak. Dales confianza.

El tigre miró a Seshat, sorprendido. No le tomó mucho tiempo asentir y tomarla de la mano.

—El invasor tiene miedo a una represalia a gran escala, sabe que nos tiraremos sobre él si intenta hacer algo así. Además, ayer se apartó cuando entramos al planeta: sabe que está en problemas.

La gente empezó a hablar entre sí, no solo como si aquello hubiese sido la noticia más impresionante, sino además, como si les hubieran abierto una ventana a la luz del día. Loki también sonreía. Sin embargo, Ysaak supo que no los podía mirar a los ojos, menos a él.

—¿Podemos hacer algo, Loki? Hemos venido para explorar, pero no nos importaría ayudar.

—¡Pero claro! Mientras más, más felices somos, ese es el lema atrapabobos del comité, pero tiene éxito, y no es que haya mucho de dónde escoger. Mientras cargamos tablas y nos subimos por ahí como monos, me lo vas contando todo, ¿bien?

Una leona muy delgada y de rostro aniñado los escuchaba en cuclillas sobre el escenario, mirando hacia abajo.

—¿Y por qué no nos lo cuentas a todos? ¡Anda!

Como había sucedido una vez en su ciudad de origen, su hogar, un lugar que ningún otro podría reemplazar y que había dejado atrás al perder a su otosa, a su mejor amigo y a quien hasta entonces amaba, durante una noche de horror en la que había tomado la primera decisión de hombre de su vida, Ysaak se sintió ingrátido, pero a la vez, ubicado en el lugar que pisaba, seguro de cada movimiento, cada frase, cada palabra y cada mirada. Era como recuperar su antigua forma de ser, pero mezclada con una nueva fuerza.

El círculo de gente se había transformado en un grupo de respetable tamaño, y más tarde, en una multitud.

Contaría su historia, pero no para satisfacer su joven soberbia, sino por ellos: a través de ella les daría valor.

Lo importante no serían las cosas que él había visto o hecho... lo importante es que esta era una historia de esperanza. Y así, lo hizo, rodeado por los chicos del comité, en silencio, sentados en círculo, abrazando sus propias rodillas, escuchándolo. Cómo habían llegado los elfos, se habían ido

casi derrotados al sistema solar y habían regresado con un gran ejército. No, no podía terminar como temían, no podía terminar mal, y él lo enfatizó.

El día transcurrió y, al ocultarse el sol, se encontraron súbitamente con que el evento no fue un discurso que jamás alcanzaron a redactar, sino una improvisación del destino, como muchas veces llegan las cosas más grandes en la vida. Ysaak vio largamente el micrófono, no sentía miedo, no se lo perdonaría si así fuera. En una historia de esperanza no tiene cabida el miedo.

Seshat lo observaba desde un costado de la tarima, con una sonrisa cálida. Miles esperaban allá abajo, levantando sus miradas hacia él.

Miró al firmamento; las estrellas ya habían aparecido, la noche estaba despejada. No podía ser de otra forma; a su modo, estaba viendo a Cha'chat también.

—Quiero ser breve. Sé que están cansados.

Su voz resonó con eco.

—También sé que muchos de ustedes están asustados y no los culpo: yo también lo estoy, ¿pero saben algo? Esas personas que están aquí, ayudándonos, esos amigos que han venido de otro lado de la galaxia y que se están poniendo en peligro por una guerra que no es suya, están aquí por nosotros. No nos exigen nada a cambio: no quieren nuestro planeta, no quieren lo que nos pertenece, los he oído decirlo varias veces. ¿Qué les dice eso? No tengo que explicárselos, pero por favor, démosles algo más que nuestra cooperación: démosles nuestro apoyo, démosles nuestra fuerza. No podremos pagarlo, pero una vez más, en nombre de todos y cada uno de los habitantes de Yóvedi: gracias, ogros y elfos; si sobrevivimos, si hay un mañana, el placer no será la devolución de nuestro futuro, sino ser parte del mismo cosmos. Es un honor vivir en el mismo universo donde existen ustedes, amigos.

Se levantaron miles de vítores, que ascendieron a través de los rascacielos como un remolino.

—Tenemos a un maravilloso ejército de nuestro lado. Los ogros y los elfos tienen culturas increíbles —sonrió pausadamente, meneando la cabeza—. Si les dijera todo lo que he visto, todas las cosas maravillosas con las que me he encontrado, no lo creerían. Representan todo lo que nosotros aspiramos a ser en el mañana. Las metas que perseguimos, nuestro modelo a seguir, y no solo por su tecnología, sino por su respeto a la vida. Por eso están aquí. Son dos pueblos maravillosos unidos, peleando por nosotros. ¡No les puedo pedir que no estén asustados, pero por lo que más quieran,

demostrémosles que no están aquí por nada! ¡Demostrémosles que lo valemos! ¡No por nuestros hermanos, amigos o dolientes, sino porque no nos dejarnos arrastrar hacia la nada! ¡DEMOSTRÉMOSLES QUE QUEREMOS VIVIR!

La ovación cubrió toda la ciudad. Miles de gritos se alzaron en un solo reclamo, a puños cerrados. Boltar estaba de pie sobre un tanque viendo a la tarima, con Xaphan, Zagan y Zabari en sus brazos. Hathor tomaba la mano de Neftis, y con ella, miraba al frente, como lo hacía Bastet, como lo hacía también Degauss...

Los reflectores de luces lo cubrían en intervalos, como la el resto de los edificios alrededor de la avenida. Los gritos continuaban.

Ysaak acercó el micrófono a su boca de nuevo.

—Solo quiero decir algo más —pidió—. Sé que me estás escuchando y también sé que me recuerdas. Sé también que estás solo, rodeado de tus máquinas, en algún lugar frío. No tengo mucho que decirte, porque también sé que no lo entenderías, así como yo tampoco te entiendo a ti. Tú distas mucho de ser igual, y me refiero no solo a mi gente, sino a todos los que nos acompañan aquí y ahora. No eres igual a nadie. No por lo que eres por fuera, sino por lo que eres por dentro. Solo quiero que sepas una cosa...

Ysaak hizo un frío silencio antes de pronunciar sus últimas palabras:

—Pase lo que pase mañana, al final, vas a morir solo.

Arrojó el micrófono a Loki y caminó hasta Seshat, entre aplausos.

Horas después, luego de que muchos se acercaran a abrazarlo e intercambiar breves palabras, se retiraron paulatinamente a sus tiendas de campaña, bajo el frío de la noche, y se prepararon para lo que podía ser su última noche en Yóvedi.

Antes de acostarse junto a ella, miró el cielo y se tomó un tiempo para cerrar una puerta y despedirse por siempre de quienes nunca más estarían entre él, pero cuyos recuerdos guardaría por siempre en su corazón.

000 : 00 : 01

GUERRA EN EL CIELO

Los primeros rayos del sol entraron a través del colador de nubes que arrojaba el cielo. La gente se hallaba en bolsas de dormir, o bien acostados sobre mantas en las veredas. Otros se reunían en círculos alrededor de sus fogatas. Las lumbres amarillas de sus cigarrillos bailaban en la semioscuridad, los ogros recostaban sus espaldas sobre muros de concreto, charlando con los elfos. Sus susurros eran respetuosos. De pronto, hubo un murmullo.

Alguien preguntaba algo agitadamente. El murmullo se convirtió en una exclamación, y la exclamación se desfiguró en una agria algarabía de miles de voces, todas exclamando lo mismo: había un terremoto.

La gente empezó a despertarse, o a ser despertada apresuradamente por sus amigos. Sin embargo, el suelo no se estaba moviendo, lo que se sacudían eran las torres... Cristales gigantesos empezaron a precipitarse al vacío, el horrendo sonido que producían era como el de la tela rasgándose. El concreto se fracturaba eructando su grave bulla rocosa.

—¿¡QUÉ ES ESO!? ¡MIREN!

Tras la larga fila de edificios se veía ya, sobre las gigantescas dunas, que algo se aproximaba, algo mucho más grande que ellas, envuelto en una tormenta de arena y escombros.

Las personas se quedaron mirando la aparición como ratones asustados, los gritos de desesperación comenzaron cuando aquello, con sus haces de luz, emergió de las nubes y el polvo.

Ysaak lo vio, con los ojos bien abiertos.

Era como una estrella de tres puntas, mucho más grande que la capital. Su brazo superior se perdía en el cielo de tal forma que su límite solo se podía ver como un espejismo en el firmamento.

En el centro tenía un círculo negro rodeado por un aro púrpura, por el que transitaban ríos de luces del mismo color, que venían ordenadamente desde

todos los costados.

Sin embargo, el detalle más horrible, la visión más cruel, era la parte inferior; dos enormes faros de luz cósmica brillaban, enfocándolos con una mirada de maldad infinita.

Desde dentro de la puerta, tras el círculo negro, la ciudad se veía aún a oscuras, con sectores de luces cuadriculadas repartidas por todo el panorama...

Pumo estaba dentro de su cápsula. Tras él, un enorme plano hecho de energía mostraba un mapa del planeta con varias flechas nervudas y rojas que señalaban un par de puntos resaltados con un círculo en la mitad del mundo, la palabra PIMPOLLO estaba escrita sobre ellos.

Hathor miraba horrorizado el planetoide en medio de la calle, mientras la gente se arremolinaba corriendo a su alrededor. Las naves de combate despegaban rápidamente.

El elfo logró entender que lo que habían atacado aquel día, a bordo de la Sobek-Set, era el brazo superior. La torre era solo el fragmento de un todo, que hasta ese día se gestaba bajo sus propias narices, en las entrañas del planeta.

—¡Hathor! —chilló Ipos—. ¡Hathor! ¡Ya es la hora! ¡Las naves en el desierto han despegado y están entrando en formación!

Ysaak corrió con Seshat, tomados de las manos. Todos huían en un caos absoluto. La elfa no podía dejar de mirar hacia atrás; la bóveda gigante se acercaba lentamente...

—¡MIREN! ¡MIREN TODOS!

La gente giró las cabezas hacia el extremo opuesto: el conglomerado de naves espaciales se acercaba, con la Pegaso a la cabeza.

Un buque élfico con forma de libélula descendió rápidamente sobre la avenida, desde sus receptores se escuchó una voz fuerte y clara:

¡REFÚGIENSE RÁPIDAMENTE! ¡REPITO, REFÚGIENSE RÁPIDAMENTE!

Hathor tomó por el hombro a Boltar y a Seshat, quien a su vez tomaba de la mano al chico. El elfo los llevó corriendo hacia una nave élfica que se acercaba, flotando sobre la tienda de campaña más grande.

—¿A dónde iremos, Hathor? —preguntó el lobo.

—A un sitio seguro. Esto va a ser un pandemonio dentro de poco.

Ysaak no pudo evitar ver en dirección a la puerta, una vez más: parecía anclada en el cielo, pero su movimiento era visible: se les venía encima...

—Por Dios —gimió Lucius, mirándolo.

Boltar tomó a Hathor de los hombros y lo apretó con fuerza.

—Vete.

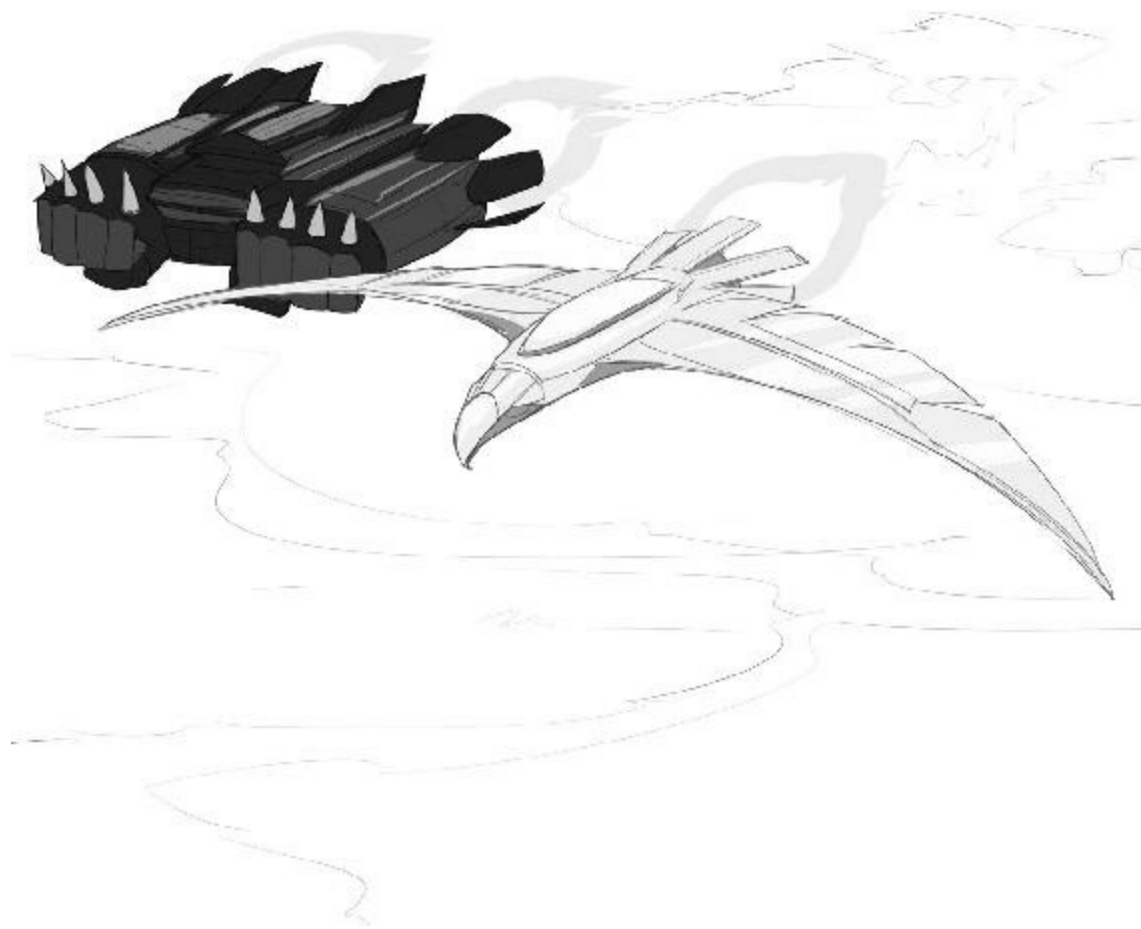
El elfo lo miró, incrédulo.

—Toma a Ysaak y a Seshat, y váyanse de aquí. Yo voy a seguir a Degauss.

—¿Qué pretendes?

—Mi lugar no es acá abajo, sino allá arriba. Voy a acompañar a Panék y al resto, aun si debo hacerlo desde otra nave.

El lobo lo abrazó con fuerza y después lo empujó a la multitud.



• • •

La fortaleza flotante de los ogros comenzó a escupir naves de combate que caían copiosamente desde sus dos enormes alerones, precipitándose sobre la ciudad, en dirección a la puerta. Desde los portaaviones flotantes de los elfos despegaban navíos a miles, sus turbinas se encendían y dejaban estelas azules y fulgurantes, a una velocidad tal que resultaba imposible verlas. Pronto, baluartes espaciales de mayor tamaño se unieron, apareciendo por los costados. Un enjambre gigantesco tapó el sol.

—¡Crucero de combate Monoceros y centurias, preparado! —se oyó gritar a un elfo, a través de la radio.

—¡Crucero de combate Osa Menor y centurias, preparada!

—¡Crucero de combate Osa Mayor y centurias, lista!

—¡Crucero de combate Crux, Musca, Carina y sus centurias, lista!

—¡Crucero de combate Hércules y centurias, listo!

—¡Crucero de combate Draco y sus centurias, listo!

—¡Crucero de combate Heg y centurias, aquí!

—¡Crucero de combate Gryphus y centurias, listo!

—¡Crucero de combate Ahumeniy y centurias, preparado!

—Comando de los ogros reportándose al comando élfico: ¡estamos esperando!

—Adelante, entonces. Démosle la bienvenida al cabrón.

La legión se precipitó al frente, atravesando a la ciudad. No pasó mucho antes de que el cielo se convirtiera en una tormenta colérica de cometas, rayos láser y explosiones turbulentas.

La Horus se hallaba alejada del grupo principal. Desde la sala del shah se podían ver las colosales turbinas de las Vírgenes Blancas escoltando a la Pegaso.

—Las diez primeras tropas han abierto fuego, shah.

—Que vengan las próximas diez —ordenó—, ¡rápido!

Una segunda fortaleza extendió sus alas, dejando caer una cascada de naves.

—¡Colóquense detrás de la base enemiga, lejos de los aliados al frente, y usen los misiles! —ordenó el almirante ogro, desde su trono—. ¡Avisen a las naves élficas que tomen distancia! ¡Es hora de agarrar a este toro por las astas!

No pasó mucho tiempo antes de que las escuadras se retrajeran hasta

sobrevolar la metrópolis, mientras que desde la parte de atrás de la puerta retumbaban colosales bolas de fuego más brillantes que la luz del sol, llenando de blanco el cielo y de sombras la ciudad. La gente gritaba, entre la emoción y el pánico, viendo el combate desde abajo. Los cristales de las torres explotaban y se precipitaban al vacío. El suelo temblaba.

—¡Segunda marcha de misiles biónicos preparada!

—¡FUEGO!

Los estallidos volvieron a resonar, a la vez que los cruceros de combate élficos disparaban cometas de colas largas que surcaban el cielo en filas pulcras y se hundían en el maremoto de fuego para agrandar aún más la explosión. Ninguna de las naves menores dejó de disparar sus balas doradas, que cubrían el cielo como una cascada brillante. Una de ellas atravesó una torre por accidente, dejando un hueco tal que el techo quedó sostenido por cuatro columnillas patéticas, mientras copiosos chorros de acero derretido y concreto hecho magma bajaban alrededor.

La puerta se hallaba rodeada de tormentosas nubes rojas, azuzadas hasta el hartazgo por largos trenes de disparo y relámpagos de energía que estallaban en todas partes. Sin embargo, seguía acercándose, y las naves tenían que retirarse cada vez más. La puerta emergió de entre los vapores mortales sin el menor rasguño.

—Cesen el fuego, va a pasar sobre la ciudad.

—¡Vuelvan ahora!

Panék se puso en pie y caminó hasta la baranda. Geryon se colocó al lado suyo.

—Shah, los ogros están esperando instrucciones.

—¿Reportan actividad fuera del planeta?

El anciano meneó la cabeza.

—El Golem dice que no hay movimiento.

—Por ahora...

—¿Qué hacemos, Panék?

—Abran un canal de comunicaciones con la Pegaso y las Vírgenes Blancas. Díganle al general Yuriken que ha llegado su hora: él destruirá la puerta.

• • •

—¡General Yuriken! —exclamó el comandante.

El elfo asintió. Sabía de qué se trataba. La sala de control del Pegaso era transparente, completamente construida de hologramas reales, que aparecían y desaparecían con el solo pensamiento de quienes la controlaban.

—¿Cuánto falta para que atraviese la ciudad?

—Cinco minutos —reportó el ingeniero.

—Díganles a los cruceros de combate que vuelvan con sus legiones.

Ahora nos haremos cargo nosotros.

El ingeniero obedeció, comunicándose a través de una imagen dividida en la que podía ver a los máximos oficiales élficos.

Yuriken miraba atentamente la puerta, que cubría con su tenebrosa sombra al desierto, como un eclipse.

—Cuatro minutos.

En la ciudad, la gente miraba hacia arriba, absorta. Aquello flotaba sobre los rascacielos, cubriéndolo todo hasta que robó cualquier visión del cielo.

—Tres minutos, general.

Panék observaba la Pegaso y sus monstruosas naves-escolta alejarse en un panorama que estaba casi completamente dominado por la imagen de la fortaleza enemiga.

—¡Dos minutos!

—Empiecen a preparar el cañón principal.

—¡Cañón principal de la Pegaso, cargando!

Del estómago de la nave descendió un cañón plateado que se alargó sobre su cabeza. Los motores comenzaron a brillar. Panék se cubrió los ojos.

—Salgamos de detrás de ellos —ordenó.

La Horus y su comitiva dieron media vuelta y se alejaron en un arco extendido por el horizonte. La Pegaso estaba completamente cubierta por un aura dorada, al punto que ya no se la podía ver directamente.

—¡El enemigo ha salido del rango de la ciudad! ¡Tenemos tiro libre!

El joven general levantó la frente.

—¡Fuego!

Un puño de energía abandonó el cañón, con un ruido ensordecedor y un destello mortífero y casi angelical. El gigantesco meteoro atravesó el cielo y se hundió contra la puerta.

—¡Tiro perfecto! —gritó alguien por radio, en todas las estaciones élficas.

—¡Le ha dado!

—¿Eh? ¡¿Qué diablos es eso?!

Líneas relampagueantes se acumularon alrededor del colosal cuerpo

enemigo, pero luego de varios parpadeos acabaron desapareciendo, a la vez que una compuerta se abría entre sus órbitas de luz, y de ella emergía una cánula de forma puntiaguda, que les apuntó.

—¡General!

Los elfos vislumbraron un círculo brillante en el cañón que se retraía sobre sí mismo hasta ser un punto diminuto. Poco después la realidad se desfiguró y la tela dimensional comenzó a quemarse, convertida en un disco negro y tembloroso.

—¡Alcen los escudos!

La desmesurada energía gravitatoria, expulsada desde orificios pequeños, aplastó el disco anómalo, que restalló, furioso, sometiéndolo hasta transformarlo en una saeta crujiente.

El conducto brilló, disparando a la velocidad de la luz. El tiro atravesó la defensa de las naves, cruzó luego la atmósfera y se perdió en el cosmos. El escudo de defensa de la Pegaso parpadeó varias veces.

Hubo varios segundos de silencio, como si los sonidos del mundo se hubieran consumido. Cuando el gemido de la tierra volvió y el restallido de los motores espaciales llenó el cielo otra vez, devolviendo el sonido al mundo, la visión de pesadilla se cristalizó: la Pegaso comenzó a desarmarse.

Panék se levantó de la silla, presa del horror. Los elfos de la Horus veían la escena en el más agonizante silencio. A través de todas y cada una de las radios se escuchaban los gritos atronadores que venían de la legendaria nave espacial. Al cabo de pocos segundos, solo se oyó el simple sonido de la brisa.

Pronto, las Vírgenes Blancas se fueron de costado contra sí mismas, desintegrándose también, lentamente.

El general Geryon se llevó las manos al corazón, con la boca abierta.

La puerta proseguía su camino, hacia adelante...

LA HORA FINAL

—¡Por el amor de Dios, es indetenible! —exclamó alguien con voz temblorosa, mirando el alargado monitor que tenía enfrente.

Al lado suyo, un operador tecleaba rápidamente en una enorme consola, mientras que los soldados corrían alrededor del centro de comando, agitados.

Boltar observaba la situación de pie ante la silla del capitán, un elfo de pocas palabras que estaba sorprendido por lo que había visto y que, ahora, permanecía con los labios sellados, salvo cuando exclamó:

—¡Abran un canal permanente con la Horus!

El lobo miró al capitán. Este se dio cuenta, pero no le devolvió la mirada.

Desde la frecuencia de radio se escuchaba el alboroto que había en la cabina de la Horus. La puerta había cruzado el lugar donde todavía flotaban los escombros de sus víctimas.

—¡Aquí el general Geryon! ¡Colóquense todos detrás de la fortaleza enemiga! ¡Repito! ¡Colóquense todos tras la fortaleza enemiga! ¡Lejos de su cañón principal!

El capitán resopló, malhumorado. Boltar supo por qué: aquella era una medida de seguridad muy endeble.

—¡Reúnanse todos a 200 kilómetros alrededor del enemigo! —exclamó Panék.

Boltar levantó sus orejas y miró en dirección a las hendidias:

—Un porcentaje de la fuerza de los ogros está descendiendo al planeta para intentar sustituir las pérdidas. Mientras tanto tenemos que mantenernos lo más alejados posible de Pumo.

—Aquí la Monoceros. ¿Hacia dónde se dirige la fortaleza?

—No lo sabemos —contestó Geryon—, pero el tiempo que tarde es oro para nosotros.

—¿Oro? ¡¿Pero con qué demonios lo vamos a atacar?! ¡Es indestructible!

—¿Acaso no nos dijeron que la Sobek-Set había conseguido hacerle un

daño determinado a su torre superior? ¿Qué hay con eso? ¿Acaso no fueron esas las palabras de Hathor?

—¡Obviamente fue antes de que estuviera terminada! ¡No sabemos ni siquiera si tiene un escudo, si absorbe el daño o qué demonios es lo que pasa, pero el hecho es que nadie debe acercársele!

La Apollyon se puso de costado y pasó entre dos cruceros de guerra enormes, adelantándose luego a través de una autopista de naves de combate.

Degauss miraba la imagen en el visor principal, con una mano sobre su boca.

—¿Te esperabas esto, Hathor?

No obtuvo contestación. Ysaak se hallaba de pie, mudo, y con una expresión indefinida en su rostro.

Un batallón de buques ogro apareció en el cielo, cruzando las colosales columnas de humo que aún quedaban del combate previo.

Mahasiah los vio llegar, sin decir nada. Contribuyeron a alimentar el relieve tras la silueta monumental de la puerta.

«Atención todos, atención todos».

Giraron las cabezas hacia el receptor que se hallaba en la consola de Ipos.

—Es Panék.

«Atención todos: los cruceros de combate y sus naves deben adelantarse: vamos a realizar un nuevo ataque. Usaremos cohetes de alto impacto concentrados sobre un mismo punto. La intención es perforar la fortaleza enemiga y tener algo contra qué ceñirnos a partir de ahí. Los batallones mencionados adelántense ahora».

—Deséale suerte, Ysaak —musitó Lucius, sin quitar la mirada de su consola—. En una de esas naves está tu shah.

Los cruceros de guerra, lentos en comparación, se separaron de la fila, mientras sus turbinas se encendían e iniciaban el viaje, dejando a la Horus atrás.

• • •

Boltar prestaba atención a la pantalla holográfica materializada a un lado de la panorámica, que mostraba, con un punto rojo, el lugar elegido por el comando para atacar.

—¡Pilotos, preparen las armas! ¡Fijen el objetivo! ¡Atacaremos de nave en nave! —gritó el capitán— ¡Somos uno de los primeros, así que estén atentos!

El brazo horizontal de ballenas estelares se rompió, del lado extremo izquierdo se adelantó una, seguida desde atrás por la más próxima. Desde ambos lados de sus cascos se dispararon dos centellas, seguidas por una multitud adicional de municiones que salió de las alas y su parte baja, y que formó intrincadísimas columnas blancas, que se alargaron hasta parecer pequeñas en la lejanía.

Al estrellarse sobre la puerta, crearon enormes explosiones y un temblor se extendió por el desierto.

—¡Número dos, al ataque!

El primer buque se desvió, dándose la media vuelta, mientras que el segundo seguía sus pasos, abriendo fuego.

—¡Los próximos somos nosotros! —exclamó el capitán—. ¡Empiecen a...!

El elfo se levantó de su silla, con las cejas arqueadas. Los demás abandonaron también sus puestos, para verlo con atención.

La parte inferior de la puerta empezó a desplazarse lentamente. De adentro, salía una luz séptica y purpúrea. Desde la Horus era como ver al sol directamente, bañando a los buques de guerra y al desierto.

—Por Dios, ¿qué es eso?

—¡Va a atacar nuevamente, capitán!

—No... —dijo Boltar— No es eso.

El elfo miró al lobo y luego al ingeniero de combate.

—¡Capitán! —chilló el piloto, en espera de una respuesta.

El superior colocó su mano sobre el hombro de Boltar.

—Dios, shah, lo siento mucho.

Una aguja emergió del portal, se podía ver un juego venenoso de estrías nerviosas dentro de ella, que no tardaron en brillar. La puerta se detuvo por completo.

—¡Degauss! —gritó Ipos.

La Apollyon se veía pequeña al lado de la Horus, sin embargo, se mantenían hombro a hombro, frente el tenebroso espectáculo. De la aguja emergió un destello brillante, que golpeó el suelo.

—Ha comenzado...

El buque de guerra se adelantaba.

—¡Todo listo, capitán! —exclamó el ingeniero, sudando.

El personal de la nave se cubría los ojos, intentando trabajar de espaldas al visor principal.

—¡Disparen!

—1, 2, 3... ¡Descarga!

Hubo silencio. Se escuchaba al fondo un agudo murmullo, como cuando se frota el borde de una copa: el gemido del portal dimensional.

—¿Qué ha pasado? ¡Vamos, otra vez!

—1, 2, 3... ¡Descarga!

Nuevamente, silencio. Boltar se cubría los ojos con un brazo.

—C... capitán... ¡las armas no reaccionan!

—¡¿Pero qué demonios?! ¡ABRAN UN CANAL CON LOS OTROS NAVÍOS, AHORA!

—¡Nos están preguntando lo mismo! —ladró el copiloto, mirando el panel de comunicaciones—. ¡Todas se han detenido!

En la Horus, el general Geryon tenía el entrecejo fruncido y la frente empapada de sudor.

—¿Por qué no disparan?

El oficial tecleaba rápidamente, leyendo todos los datos holográficos que podía abarcar.

—¡Se han detenido, señor!

Panék abandonó su puesto.

—¡Díganles que regresen!

—¡Horus hablando! ¡El shah ha ordenado que regresen! ¡Repito: regresen!

Sin embargo, la respuesta no tardó mucho. En la Apollyon, Hathor y Degauss se miraron las caras cuando lo escucharon a través del canal abierto. Mahasiah observaba fijamente la luz, sin inmutarse.

—¡NO PODEMOS MOVERNOS! —escupió la radio, con una nube de distorsión cada vez más grande— ¡D##S L#S NA### #O RES##NDE#!

—¿Cómo que no? —se oyó gritar a Panék, con su inconfundible voz.

—#AH, L#S NAVES NO R#####... AU##O N## PRO#####

Otro batallón se adelantó en el extremo este del horizonte. El general Malek de los ogros se hallaba en medio de la sala.

—¡Escuchen esto y escúchenlo bien! ¡Ninguno de nosotros se va a adelantar! Los cruceros élficos han sido atrapados por el radio de distorsión dimensional del enemigo, ¡así que tenemos que ayudarlos! ¡Todos disparen a un mismo punto! ¡Intentaremos sacar de balance la puerta e interrumpir su apertura!

—¿Con qué los atacamos, general?

—¡Maldita sea, con todo! ¡Todo el arsenal! ¡Abran fuego!

Una metralla de misiles y cohetes se precipitó adelante, hundiéndose en el campo de fuerza púrpura.

Boltar miró a un costado del visor. Un proyectil pasó muy cerca, siguiendo su curso hacia la puerta, como si fuera un objeto debajo del agua, ralentizado por la luz.

El capitán se limpió la frente con la man, respirando forzosamente.

—¡No ha pasado nada! —gritó, aterrado.

—¡N... No se preocupen! ¡Están volviendo a disparar!

Arriba, abajo, a los costados e incluso entre los cruceros de guerra élficos, volvieron a penetrar las municiones de los ogros. Sus centelleos ni siquiera se dejaron escuchar.

—E... El campo dimensional se está haciendo cada vez más fuerte, capitán —gimió el ingeniero—. ¡Dios!

—¡Tratemos de dar marcha atrás!

—N... No podemos, ¡No responden los...! ¡MIERDA! ¡MIERDA!

Fueron presas del vértigo: los buques comenzaron a flotar sin control, como objetos en el limbo.

—¿Qué diablos pasa?

Nadie contestó: las computadoras se apagaron por completo y los hologramas desaparecieron en el aire. La cabina quedó a oscuras, salvo por la luz brillante que entraba desde el visor principal, tiñéndolos a todos del enfermizo color violeta.

—Ha... Ha muerto.

—¡¿Cómo?! —rugió el elfo—. ¡Intenten encender las máquinas!
¡Pongan...!

El piloto se puso de pie, con solemnidad.

—Estamos siendo atraídos hacia el centro, es el fin.

Durante el silencio que siguió los elfos miraron, derrotados, cómo los otros buques se adelantaban también hacia el mismo destino. Boltar se dio media vuelta y abandonó la sala.

• • •

En la ciudad de Marcus Opuquandi, los remanentes de gente se habían reunido en un extremo de la avenida, para ver el espectáculo de luces en el lejano horizonte, como un sol poniente. El mediodía se había convertido súbitamente en una noche purpúrea. La gente observaba en el paroxismo del

terror.

—¡Xaphan y Zagan! —gritó un elfo, saliendo de una tienda de campaña semidestrozada— ¡Xaphan y Zagan! ¡¿Dónde están?! ¡Les dije que no se movieran!

Los chicos salieron de entre la multitud, trotando.

—¡Buena hora han escogido para desobedecerme! ¡Su papá los está llamando!

—¿Otosá?

—¡Sí, exacto! ¡Entren ahora, que necesita hablarles!

El lobo y el lince se precipitaron dentro de la carpa. Había una mesita de madera con una computadora élfica que proyectaba un holograma, en él se materializaba un rostro familiar.

—Chic#s... acérq#ense.

Ambos se inclinaron ante la imagen.

—¿Qué sucede, otosá? —preguntó el felino, con inquietud.

—Qued# poca energí# y d#bo ser br#ve.

La imagen bailoteó tras una breve nube de interferencia.

—¿Dónde estás?

—Tie#en que s#r fuer#es...

El lobo abrió los ojos con sorpresa. Sabía lo que precedía siempre a esas palabras: estaba seguro de que algo iba a pasar, solo que esta vez sería peor que nunca. Xaphan apoyó las manos sobre la mesa:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando?

—Quier# que a partir de ah#ra estén muy unid#s. Quiero que si alg# malo p#sa, se abracen.

—¿Y qué hay contigo? ¿Cuándo vas a regresar?

—No voy a volv#r...

Los ojos de Zagan comenzaron a anegarse de lágrimas. Alrededor de Xaphan crecía un aura cada vez más hostil.

—No...

La imagen volvió a interferirse a la vez que se escuchaba un estallido. Boltar giró la cabeza para mirar atrás.

—¡No! ¡No quiero! ¡No puede ser así! ¡Maldita sea! ¡No!

—Escúchenm#.

El lince se dio media vuelta, cerrando los ojos con fuerza, sollozando. Xaphan lo tomó por el hombro suavemente y lo giró.

—Han sido unos ch#cos maravil#osos. #os amo.

Se tomaron de las manos, con los dedos cerrándose en torno a los del otro, con fuerza.

—V#lveremos a estar juntos en otr# vida.

El holograma cedió y la nube de interferencia se apoderó del proyector, con un ruido molesto.

Xaphan y Zagan abandonaron juntos la tienda de campaña. Sus rostros solemnes estaban húmedos. La ciudad se hallaba cubierta por un intenso viento huracanado que venía del desierto. El polvo viajaba a través de los edificios y la luz del sol era reemplazada por un resplandor púrpura. Desde el sur, el horizonte estaba marcado por un gigantesco domo de energía, que brillaba intensamente.

• • •

—La puerta se está abriendo, shah.

El comandante elfo miraba con atención los datos que aparecían a través de la cascada holográfica, que parpadeaba y se hacía difusa.

—¡Hay fallos en las centrales! ¡Debemos alejarnos más!

Geryon encaró a Panék y lo tomó de los hombros.

—¿Qué piensas hacer?

No hubo contestación.

—Panék, se ha acabado. Va a abrir la puerta.

Se sintió una sacudida brusca que sacó a todo el mundo de sus puestos, las alarmas de emergencia de la Horus se encendieron, los canales de comunicación se saturaron, muchas voces se intercalaban a través de la radio.

—Shah...

Panék observó el holograma del ingeniero, agrandado sobre la pared, que mostraba una representación del hemisferio.

—Ya ha perforado la corteza, ahora baja rápidamente por el núcleo del planeta. Cuando alcance el fragmento, dondequiera que esté, se abrirá la puerta al universo negativo.

Se podía ver a la abominable fortaleza cubierta de luz, con su aguja apuntando al suelo, penetrando la capa tectónica.

—¡Shah! ¡Las naves están llamando! —gritó el ingeniero—. ¡Preguntan cuándo empezaremos a marcharnos!

La segunda sacudida hizo que algunos elfos perdieran el equilibrio. Geryon gimió, apoyándose en la baranda. Panék tomó el respaldo de la silla.

—¡Panék! —gritó el anciano—. ¡Responde ahora! ¿Qué diablos quieres que hagamos? ¡Lo que sea, pero dilo ya!

—¡SHAH! ¡SHAH!

El elfo miró al frente.

—¡Es el rey Vanadio! ¡Pide que nos apartemos!

—¿Q... Qué tiene en mente?

—¡El Golem va a entrar al planeta!

• • •

—¡EMPIECEN A CARGAR LA ENERGÍA!

—¡Por el alma de tu padre! ¡Aquí va todo o nada!

—¿Cuántas posibilidades hay de que esto funcione?

—¡¿Con el Dedo del Diablo a la capacidad que el rey pide?! ¡¿De qué posibilidades hablas?!
El oficial científico de los ogros, un anciano calvo con barba larga y tupida, observaba atentamente una representación gráfica de la puerta.

—Creo que va a funcionar —dijo—. Me parece que es el único punto débil.

Vanadio se colocó en la silla y se abrochó el cinturón. Los ogros hacían lo mismo. Por toda la sala se sentían los «clac» asegurándose en torno a sus zócalos. La alarma cíclica y pesada de la nave continuaba retumbando.

—¡ENCIENDAN LOS REACTORES!

—¡Su majestad, para que el Dedo del Diablo funcione al 100% necesitamos apagar todos los motores de la nave! ¡Si vamos a ir en picada, no hay nada que nos garantice que van a volver en línea a tiempo para que podamos levantar la nariz! ¡Quedaremos como bosta! —exclamó el ingeniero, con las manos sobre unas enormes palancas en la pared.

—¡Ya has oído lo que dijo el rey! ¡Dale el 100%, apaguen los reactores y apunten la nariz hacia abajo!

Las imágenes brillaban en la pantalla.

—KRAKON, POR LA GLORIA DE TU MADRE, ¿ESTÁS LISTO?

El ogro se limpiaba el sudor de la frente, giró en su silla y asintió.

—No pierdas el maldito tiro —ladró el comandante.

—No estoy seguro de lograrlo, ¡el Dedo del Diablo no es chiste! ¡No me pueden decir que lo fije a un objetivo tan estrecho y pedir que le dé por el medio —reclamó Krakon, tomando el enorme mando con forma de cuernos

—. ¡Pero pueden estar seguros de que se me irá la vida en ello!

—ESO ES SUFICIENTE PARA MÍ, ¡BAJEN ESCUDOS Y CARGUEN EL DEDO DEL DIABLO!

—¡Energía al máximo, reactores 1, 2 y 3!

—¡Energía al máximo, reactores 4, 5 y 6!

—¡Energía al máximo, reactores 7, 8 y 9!

—¡Energía al máximo por la gloria del rey, reactores 10, 11 y 12!

—¡A LA CARGA, CARAJO!

La Golem se dejó caer a la atmósfera yovediana. La nave no tardó en envolverse en un casco de fuego, que cubrió su cabeza y puños hasta convertirla en un meteoro.

El bólido abandonó el horizonte oscuro para descender sobre el cielo azul; abajo se veían los continentes, el mar y las nubes.

El ingeniero científico de la Horus caminó hasta Panék y lo tomó por los hombros.

—¡Shah, el Golem viene en barrena hacia acá!

—¿Qué demonios?

—¡Las lecturas de la nave indican que está cargada de energía! ¡Podría estallar!

—Por el amor de Dios... ¡Pasen la orden a todas las naves y apártense!

Los ogros se cubrieron los ojos. El rostro de todos quedó bañado en una intensa luz blanca. El piloto bajó la cabeza sin quitar las manos del mando. Krakon mantenía los ojos abiertos, sin dejarse vencer por el dolor en las retinas.

Allá abajo se podía divisar ya el diagrama que representaba a la ciudad y luego el gigantesco trompo dimensional rodeado de luz púrpura.

La cabina del Golem vibraba y temblaba, las alarmas intermitentes se podían escuchar muy al fondo, detrás del rugido de llamas furiosas que envolvían la nave.

El ingeniero miró entonces el indicador de la computadora y empezó a levantar las palancas, intentando no resbalar.

—¡Energía al 40... 60...!

El desierto se veía cada vez más cerca, hasta que ocupó por completo la panorámica.

—80... 90... ¡100%!

Vanadio levantó un brazo y alzó su voz:

—¡FUEGO!

Los puños del Golem se transformaron en dos estrellas que se hicieron rojas e implosionaron, uniéndose en una pequeña nova. Cada una disparó al frente dos robustas columnas de energía que se juntaron en una sola, y cabalgaron restallantes en un arco que se acercó al suelo y luego se levantó hacia la puerta, cayendo sobre la aguja del portal.

El Golem pasó en rasante, dividiendo en dos la arena del desierto, arqueándose milagrosamente rumbo al cielo.

El resplandor purpúreo empezó a sacudirse en intervalos rápidos, hasta desvanecerse. La puerta se movió sin gravedad, levantando una tormenta gigantesca de arena. Torreones enteros comenzaron a desprenderse de su cuerpo, arrojando columnas de fuego.

Los elfos de la Horus soltaron todo lo que tenían en las manos y empezaron a aullar, histéricos. El anciano Geryon perdió la compostura, saltando, mientras zarandeaba a un joven elfo por las solapas del uniforme.

Seshat se arrojó encima de Ysaak, mientras Hathor caía de su silla, cubriéndose el rostro.

—¡Lo ha logrado! —bramó Degauss—. ¡Por Dios! ¡Lo ha logrado!

El Golem ascendió por su propia fuerza, atravesando una espiral de nubes doradas. El rey tomó una bocanada de aire y abrió los ojos, viendo aquella bella silueta entre los cerros, envueltos bajo la luz del sol.

—...Claudia.

La nave cayó sin rumbo hasta que recuperó los motores, planeando torpemente por el aire.

Desde arriba de la ciudad se podían escuchar los rugidos de la gente. La puerta se caía a pedazos, hasta convertirse en una barquilla enterrada en el mundo, envuelta en una nube de escombros.

Zagan y Xaphan se abrazaban, llorando. Loki, el gato negro, estaba sobre un camión levantando los puños al cielo.

Panék se sentó en su silla y cubrió su rostro, agotado.

—Llamen a Hathor...

Sin embargo, nadie lo escuchaba: los elfos seguían celebrando.

Las naves espaciales se movían sobre la ciudad en un remolino tumultuoso. La Apollyon y la Naberius cruzaron la avenida, lentamente.

Bastet se hallaba de pie sobre la tarima del comité de jóvenes, con una expresión de cansancio en el rostro, haciéndoles señas a las naves, junto a Neftis.

El vampiro miró el río de personas allá abajo, el pueblo de los refugiados;

sus ropas sucias, las bandas amarradas alrededor de sus cabezas, la fuerza que demostraban con su alegría contagiosa que llenaba el mundo. Se miraron con la elfa y rieron.

La compuerta de la Apollyon se abrió en pleno aire mientras descendía. Ysaak miraba abajo, tomando la mano de Seshat.

Hathor corrió por el pasillo, a toda velocidad.

—¡Eh! —gritó Degauss—. ¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—Quiero ver a Panék —exclamó.

Mahasiah y el elfo oscuro intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—Me parece maravilloso, me alegra que vayas con él, Hathor.

El elfo intentó darse media vuelta, pero fue abordado nuevamente:

—Sin embargo... hay algo que debes saber. Alguien quiere hablar contigo.

—¿Quién?

—Pues DIO ha recibido la señal... y no creo que debas dejarlo esperando, porque viene del sistema solar: es Knaach. Ha estado enfermo de preocupación por lo que está pasando aquí y dudo que pueda volver a usar alguno de los sistemas del Palacio de Hamíl para hacer esto.

El rostro de Hathor se iluminó.

—¿Dónde está?

—En la sala de situaciones.

Las alarmas de la Apollyon se dispararon. Todos miraron hacia arriba, alarmados.

—¿Qué sucede?

La voz nerviosa de Ipos se dejó escuchar a través de las paredes:

—¡Shah! ¡Venga pronto!

—¿Qué pasa? —exclamó Degauss—. ¡Dilo ahora!

—H... Han llamado de urgencia... ¡Parece que algo está sucediendo fuera del planeta!

• • •

Pumo se había teletransportado al espacio. Desde el cristal de su cápsula se podía contemplar el horizonte de Yóvedi. Del otro lado, se hallaban los satélites dimensionales, con su forma esférica, pulsante y viva.

Los satélites empezaron a distenderse, como si fuera la representación disparatada de un pórtico. La cápsula estaba frente a ellos, como un grano de

arena dirigiendo una orquesta.

Las bocas ovaladas se abrieron hasta hacerse demasiado grandes y desintegrarse sobre sí mismas, revelando, por fin, su secreto: eran dos puertas más.

Una se colocó cerca de Yóvedi, y apuntó su aguja hacia el planeta...

JAQUE MATE

Los tripulantes de la Horus veían derrotados la imagen en sus hologramas, sin aliento, de pie, con las sillas volcadas por el suelo, unos al lado de otros, inmersos en el más doloroso silencio: las puertas se alineaban, pero solo una tomaba la delantera y se preparaba para disparar su mortal luz de vuelta a Yóvedi.

El Golem flotaba a baja altura, con visibles desperfectos alrededor de sus turbinas, de las cuales se levantaban líneas de humo. En la cabina, las máquinas fallaban, y de las paredes caían nubarrones de chispas que rebotaban sobre las armaduras de los ogros, a quienes poco les importaba aquello. Vanadio estaba de pie, con los hombros caídos, pisando su propia capa tirada en el suelo.

Los yovedianos en Marcuss Opuquandi se encontraban sentados o de rodillas en la calle, sin decir absolutamente nada. Algunos tenían los brazos detrás de la cabeza, otros sencillamente se cubrían la cara: se había acabado, finalmente. Y así, se reveló la gran verdad que se había ocultado siempre tras esta historia: nunca había sido una guerra, solo un intento de resistencia.

El rayo púrpura atravesó las nubes y se volvió a hundir en el desierto, frente al maremágnun de despojos y fuego que era la anterior puerta, desbaratada en el horizonte.

Ysaak lo observaba todo, junto a Seshat. Tras ellos, se encontraba Bastet y Mahasiah. Ambos parecían niños, mirando indefensos hacia arriba. La tierra comenzó a crepitar, gritos y exclamaciones se levantaron por todos lados.

El tigre empujó a la elfa, que cayó en los brazos de Degauss, sorprendida.
—Váyanse.

Apenas se incorporó, Ysaak se le adelantó, no para hablar con ella, sino con él:

—Llévatela, por favor.

Se escucharon las grietas producidas por el terremoto, el planeta se abría

en pedazos desde adentro. El cielo se convertía rápidamente en una espiral violácea.

—¡Váyanse de aquí! ¡Lárguense de una vez! —gritó— ¡Fuera!

Las lágrimas resbalaban copiosamente por el rostro de Seshat. Empezó a sollozar y extendió sus brazos hacia él. Degauss la tomó por detrás, forzándola hacia la Apollyon.

Gritó. Pero su llamado fue ahogado por el gemido del planeta. Gritó su nombre. Intentó resistirse, pero no pudo escapar.

Las naves comenzaron a abandonar lentamente, levantándose en el horizonte. Los buques de guerra se elevaban al lado de sus fortalezas.

La Horus volaba dificultosamente de medio lado, entre una tormenta de rayos púrpura. Panék gritó algo, pero su voz fue tapada por una computadora que explotó. Todos los hologramas desaparecieron por segundos. Geryon lo miraba, intentando descifrar qué decía.

Vanadio, por su lado, se hallaba ahora sentado, sin decir nada, con la mano sobre la sien y los labios temblorosos. El Golem se elevaba suavemente, solo una parte de la nave resplandecía, mientras la otra permanecía fundida, a oscuras. Apenas tenían la energía suficiente para marcharse.

Marcuss Opuquandi fue envuelta por una luz brillante, hilos de electricidad viajaban amenazadoramente de torre en torre, lamiéndose entre sí. El pavimento se resquebrajaba como si hubiera monstruos corriendo debajo, lo que provocó que algunos rascacielos se colapsaran sobre sí mismos en una tormenta de escombros.

Bastet corría por la calle, desesperado, viendo a un lado y a otro.

Gritó el nombre de alguien, pero el ruido era demasiado fuerte como para hacerse oír.

Volvió a gritar, con más fuerza, cerrando los puños. No consiguió nada.

Se limpió la frente, desesperado: la Apollyon estaba a punto de marcharse.

De pronto sintió un brazo sobre su hombro... Al final, lo habían encontrado a él.

Tiró con vehemencia de la mano de Hathor, que estaba descamisado. Un yovediano lastimado se cubría una herida en la pierna con su camiseta.

El elfo apretó sus hombros, sonriéndole. El vampiro se quedó sin aliento y abrió los ojos. Cada fibra de su cuerpo se sintió de pronto viva, alegre, encarnando el sentimiento que le había sido vedado tanto en la vida tanto como en la no vida: la paz.

Cerró los ojos, intentando sobreponerse, y cuando los volvió a abrir, lo comprendió: él estaba rodeado por un halo de luz.

—No, por favor, no lo hagas.

«Gracias por todo».

—¡HATHOR!

El elfo se dio media vuelta. Neftis, de pie en la rampa de la Apollyon, lo miraba, con la cara llena de lágrimas.

—¡HATHOR!

Bajó corriendo, Mahasiah trató de detenerla, pero no la alcanzó. La elfa se arrojó sobre sus brazos, llorando, golpeando su pecho.

La abrazó, envolviéndola con su aura.

Miró sobre sus cabellos dorados a Ysaak, que lo observaba emocionado, y le guiñó un ojo.

Recostó su mentón sobre la cabeza de ella y la sostuvo junto a él. La elfa lloraba en su pecho.

«Dile quién fui, cuéntaselo sin temor, no dejes que DIO lo haga. Dile que siempre los voy a estar viendo y que cuando quiera estar conmigo, que vea a esa pequeña estrella junto a Plutón y hable con ella, que cada vez que lo haga, esta le va a decir algo diferente».

Hathor levantó su mentón con los dedos y la besó.

«Te amo, Neftis».

Se separó de ella y acarició sus cabellos.

«Pídele a Panék que me perdone, dile que lo amo también».

Hathor comenzó a volar, envuelto en un resplandor. Sus cabellos se levantaron tras él como los de un dios y su aura devoró la luz violeta.

Seshat, Degauss, Bastet, Neftis, Ysaak; cinco amigos lo observaban formando un círculo, mientras él los dejaba atrás.

«Hasta siempre».

Entonces restalló y ascendió, como un haz de luz.



LA PELEA FINAL

Pumo se hallaba supervisando la puerta a la distancia. Miraba con atención el rayo, que había abierto un agujero entre la compleja espiral de nubes.

Desde una especie de consola lumínica miraba, a través de una especie de pantalla dimensional llena de datos móviles, cómo el fragmento de Pimpollo ascendía lentamente, cubierto por una capa como una red de pescar, que lo empujaba hacia afuera, intercalando una dimensión con la otra.

Poco sabía que alguien lo contemplaba a la distancia, con la frente baja y unos temerarios ojos cósmicos clavados en él.

El último heredero de los antiguos flotaba. La energía que desprendía lo hacía ver como un foco de luz en la oscuridad, de pie ante el mundo.

Extendió sus brazos y los juntó en un aplauso que resonó en el vacío. Las dos puertas se convirtieron en bolas de fuego. El rayo púrpura desapareció casi al instante. Sin embargo, lo que realmente interesaba fue que, en la computadora de Pumo, comenzó a sonar un pitido repetido y una melodía tragicómica, a la vez que los colores en los gráficos de su máquina dimensional se bañaron de rojo, y el punto envuelto entre las complejas capas se desintegró, indicándole que no solo había un problema inesperado, sino que además, el fragmento se hacía trizas: había perdido a Pimpollo, para siempre.

La cápsula se giró muy lentamente, encarando a Hathor...

Cuando por fin se tuvieron frente a frente, el elfo lo enfrentó con su rostro, mientras su aura se hacía más grande y brillante. Pumo lo observaba con un ojo más grande que el otro.

La cápsula comenzó a moverse en su dirección y Hathor fue a su encuentro, volando al ras del planeta.

Bajó los brazos a la cintura y se embolsó, convertido en una centella, pero no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que desembarazarse de su furia ciega para observar que piezas de diferentes tamaños y formas estaban

apareciendo de la nada para rodearlo. Una sobre otra, y sobre otra y sobre otra, muy rápidamente se acomodaron hasta cambiar por completo su aspecto: la cápsula de Pumo se estaba transformando en algo...

Acortaron la distancia, se le venían encima como un tren: ahora no era una cápsula, sino algo muy distinto, un círculo envuelto en horribles pétalos, de los que sobresalían formaciones brillantes. Varias de ellas parecían ser cánulas apuntándolo.

Se detuvo en seco, su cerebro estaba cambiando, sus límites se desintegraban y los parámetros de su mente se expandían insospechadamente, más de lo que incluso él mismo era capaz de entender: se estaba convirtiendo en otra cosa.

Se teletransportó justo cuando nonillones y decillones de proyectiles compactos y crepitantes se precipitaban en su dirección. El rebote tras la nave hizo que todas las nubes alrededor de Yóvedi se dispersaran como un remolino de espuma.

Hathor viajaba a la velocidad de la luz en un plano paralelo del espacio y el tiempo: había sucedido lo inesperado, tenía que llevar la pelea a otra parte, Pumo lo seguía justo detrás.

Su intensa conciencia se expandía: podía escuchar los pensamientos de Panék, de Neftis, de Ysaak, de... de... ¡Incluso de Pisis y de Tepemkau! ¡Sus hermanos pensaban en él! ¡Podía abarcar toda la mente colectiva del sistema solar, de Yóvedi! ¡Podía escuchar a seres que...!

Giró la cabeza: el monstruo mecánico planeaba sobre las capas y estaba acortando distancia, cada vez más, cada vez más, CADA VEZ MÁS, y él lo podía sentir, justo cuando su mente quedó en blanco y un grito lo nubló todo: oía a Pumo dentro de su cápsula.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHH
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHHHHHH
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHH

Giró la cabeza, horrorizado. Se detuvo, escapó del trance espacial, había un enorme planeta sólido al frente, cuya atmósfera resplandecía en un intenso vapor verde y puro. Pumo abrió fuego otra vez, el elfo desapareció: la corriente de disparos atravesó el mundo y este colapsó sobre sí mismo, despedazándose a jirones en un mar de rocas pulverizadas y pedazos de núcleo ardiente.

Hathor viajó en un arco gigantesco, convertido en una brazada que surcaba los tiempos, y regresó sobre su camino girando, envuelto en materia redobladas veces más ardiente que el magma, asestando un golpe más rápido que la luz sobre la grotesca máquina espacial.

El aparato pareció desbaratarse, pero ni bien extrajo su puño de adentro volvió a su estado original, como una película en retroceso.



«DIOS MÍO».

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHH

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHHHHHH
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHH

Entonces vino el horror: otro cañón empezó a escupir objetos pequeños y agusanados, que caían desordenadamente hasta que una estela brilló tras ellos y se amontonaron para perseguirlo.

Esa segunda conciencia, ese poder omnisciente, le dictó el número de proyectiles, eran cifras impronunciabiles, pero que él podía controlar, sumar y calcular sin esfuerzo. Lo importante, sin embargo, y lo único que su ser consciente valoró, fue una advertencia casi dolorosa que le recorrió la espina; la certeza absoluta de que podían explotar. Tenía que alejarse más, ¡MÁS!

Hathor abrió una puerta dimensional. Se coló luego por una realidad alternativa y luego a través de un cosmos primigenio. Eso era suficiente para escapar de la Pegaso, de hecho, de un centenar de Pegasos y mucho más, pero no: Pumo lo encontraba, los gusanos se abalanzaban hambrientos en una búsqueda frenética.

El elfo rugió, rompiendo la tela de la realidad: desapareció, dejó atrás la materia oscura, las estrellas empezaron a transformarse en conjuntos de átomos, el universo parecía blanco, allá dejó los agujeros de gusanos y las dimensiones, y se alejó hasta los confines de la galaxia en un segundo.

Se detuvo en el medio de la nada.

Entonces los escuchó... Las larvas continuaban su expedición rápidamente, abriendo puertas, los podía oír como un tropel tras la pared, acercándose, acercándose más, y más cerca, y más cerca... no podía detenerse ¡aun hasta aquellos límites!

Alternó dimensiones y cuando lo hizo, abrió una ventana y los pudo ver: la turba infinita, que no dejaba espacio para ninguna otra cosa más que su barroca muchedumbre diabólica, el universo cubierto de centenares de millones y millones...

Apareció frente a una gigante roja: la infinita alberca de magma brillaba bajo sus pies, refulgiendo.

La explosión se sintió desde los confines de la vía cósmica como una pelota ovalada y blanca: un proyectil estalló cerca, tragándose la estrella, comiéndose la supernova bajo una manta intensa y pálida. Miles de sistemas solares desaparecieron al instante. Hathor sabía que no había ningún planeta habitado cerca, algún lugar de su vasta, endiosada conciencia pudo dar las gracias.

Se adentró por un túnel cósmico, pero pronto se hizo un ovillo y salió disparado, como arrastrado por las mareas infinitas: otro proyectil desintegró el agujero de gusanos, y después hubo otra explosión más allá, y más allá, y más allá, devorando estrellas, comiéndose a mordiscos la Gran Vía. Hathor se llevó las manos a de la cabeza, gritando.

Dio la media vuelta como un niño tratando de luchar y puso las dos manos al frente: un cohete se detuvo como empujado por una fuerza invisible y estalló. La explosión fue detenida por una barrera de energía que se agrandaba como un arco a su alrededor. Luego vino otra bomba, la nube de veneno y materia refulgente creció y creció. El elfo quedó convertido en una sombra negra, en contraste con la luz mortal.

El dolor había cobrado proporciones insospechadas, ahora era distinto, no lo había dejado atrás, claro que no; podía seguir experimentándolo, pero en su cabeza, en el corazón, a través del miedo. Miró al frente, solo para constatar lo que ya sabía: millones de gusanos proseguían su camino hacia él, como una horda grotesca, haciendo ruido.

Cuando el choque parecía inminente, desapareció: esta vez no se arrojó, la velocidad de la luz no lo salvaría, ni tampoco viajar más rápido que ella.

Traspassó dimensiones y planos alternos, logró dejar tras de sí el ruido que no tardaría en convertirse en llagas sobre el cosmos.

Apareció en un extremo de la galaxia, podía ver la bella espiral alejándose al infinito, rebosante de cuerpos celestes y estrellas.

Bajó los brazos lentamente y arqueó la espalda, cansado. Ahora sus sentidos volvían en sí, podía escuchar voces nuevamente, cientos de millones, y lograba aislarlas entre planetas y naves espaciales... Algunas gemían, asustadas, otras solo perduraban en un eco, y algunas habían desaparecido absurdamente instantes atrás. En ese momento, Hathor tuvo una horrible certeza: podía matarlo. Antes de que abandonara el plano universal y ascendiera a la gloria, Pumo podía matarlo realmente. Sentía el objeto arácnido viajando a través de los confines del infinito, en su búsqueda. Su cuerpo ya no podía sangrar, sus huesos habían desaparecido y sus órganos también: ahora era luz pura.

HATKOR

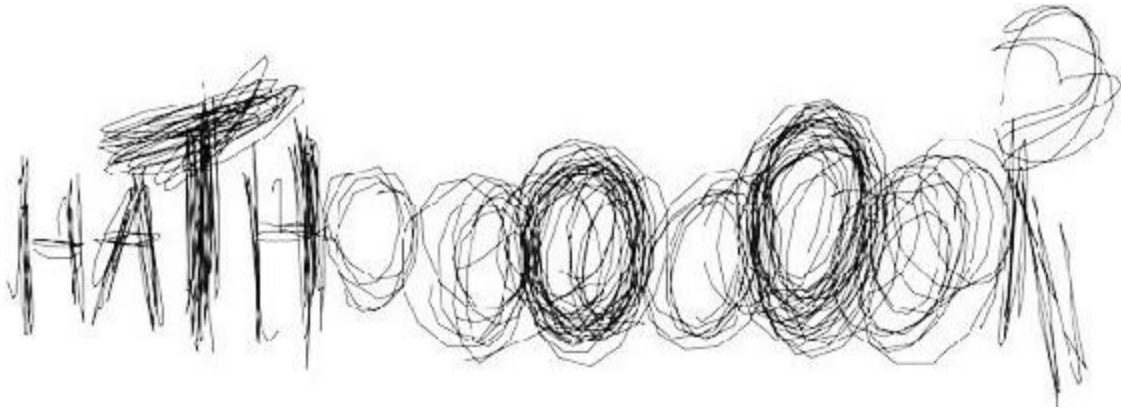
«¡POR FAVOR, MÁS TIEMPO, MÁS TIEMPO, POR SU GLORIA, NO PUEDEN RECLAMARME AHORA, DENME MÁS TIEMPO, DENME MÁS TIEMPO SI ME ESCUCHAN!»

Su cabeza envuelta en luz se levantó, mirando al frente.

HATKOR

Lo supo tan pronto la escuchó. Era Pumo, intentando establecer un nexo con él. Lo estaba llamando...

«Dios... esa voz».



¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía hacerse escuchar? Era capaz de verlo con sus ojos de dios, sí: estaba surcando el espacio sideral como una centella alargada, a uno y otro lado, buscándolo. ¡Su velocidad era espeluznante! Podía incluso ver el abisal alcance de su radar, como una telaraña.

Pero Pumo no había activado ningún dispositivo para comunicarse, simplemente lo estaba llamando, sabía que Hathor lo podía escuchar, porque sabía exactamente en qué se estaba convirtiendo.



La cápsula se lanzó hacia un sector de la galaxia, como si de repente hubiera encontrado algo, pero entonces, sin éxito, se detuvo, y se quedó en su sitio.

VEN CON TÚMO

«¿Qué quieres?»

MIRRA

Entonces apareció en su ilimitada mente una imagen que el extraterrestre pandimensional proyectó a través de su computadora: la fotografía de un vacío carmesí y una bolsa suave, cubriendo dos figuras pequeñas que se abrazaban, una de ellas se chupaba el dedo, tenían sus cabecitas acurrucadas, y sus pequeñas orejas puntiagudas tomaban forma.

La energía en torno suyo se hizo más pálida, lo que quedaba de la figura original de Hathor se estremeció. No era uno... eran dos, y eran suyos, suyos... su semilla, formándose en el vientre de Neftis.

«No».

LOS VOY A ARRANCAR

«Basta».

VEN

Hathor estableció un vínculo directo con Pumo, y en él, empezaron a aparecer montones de imágenes, una tras otra, superpuestas, sórdidas. Pensó que intentaba amedrentarlo, pero no... Pumo no sabía que estaba siendo visto en lo más íntimo de su conciencia: pensaba en un matadero de proporciones planetarias, con millones de ganchos, y carnes humanoides vivas colgando de ellos, retorciéndose, triturando sus extremidades en planchas... pero no se les

dejaba morir, porque había tentáculos filamentosos agarrados de los nervios de sus cuerpos, todos mellados por el dolor, elfos, ogros y yovedianos, con los pies colgando sobre un piso lleno de zapatos y sangre espesa y carnosa; mutilando sus humanidades con objetos calientes, serrando sus columnas vertebrales con cosas que hacían ruido y sacaban humo que provocaba arcadas! Tenían los párpados tirados hacia arriba y clavados con algo ignominioso sobre las cejas, y la corteza de sus ojos penetrados por agujas que se metían en la retina, abriéndose paso, lentamente, mientras el tubo matriz dividido en muchos cables les inyectaba algo azul en reemplazo de la sangre, algo que dolía, algo que les daba enfermedades. Sus cráneos estaban abiertos y el cerebro se hallaba desnudo, con un robot arácnido flotando sobre ellos, pinchando los puntos nerviosos, sacando luego con cuidado la materia para unirla a un gran colectivo encefálico y blando, donde la conciencia de todos estaría atrapada en un mar, y los dotaría de bocas, sí, bocas llenas de pus, para oírlos expresar su agonía. Y les inyectaría pensamientos horribles, terrores cósmicos, pesadillas innombrables, y no los dejaría alcanzar el refugio de la locura, no... Él se encargaría de que se mantuvieran cuerdos, de anular esa posibilidad, y de que pudieran escuchar el grito perenne del ser más amado chillando, suplicando, magnificando todos los dolores conocidos, drogas especiales, haciéndolos más sensibles, siempre quemándose, siempre con la sensación del fuego, la amputación y la asfixia. No los dejaría dormir, no los dejaría perder la conciencia, no los dejaría respirar.

Pudo ver entonces, en su mente, la cápsula. Sus brazos mecánicos se movían como dedos.

El ser conocido como Pumo ya no tenía la forma de siempre... Había regresado a su estado primigenio: el de la presencia, el ente sin aspecto.

TEXCO Nuevos PLANES

«Cállate».

HATHOR

«Yo también te odio».

Hizo refulgir su luz. Tras él, aparecían muchas extremidades enormes con forma de alas.

«Has quitado la vida a incontables seres, has destruido mundos por capricho, y con ellos se esfumaron sus ilusiones, sus sueños, su futuro. Eres ruin, un monstruo, un error, ¡lárgate, lárgate a tu mundo oscuro!»



«¡Lárgate, que ya has hecho suficiente daño! ¡Destruiste las cosas más preciadas de la creación a cambio de bazofia sin valor! Destruiste razas, destruiste sus existencias, destruiste sus grandes logros».

¿QUÉ SABES TÚ DE LOGROS

En ese momento le llegó a la cabeza una tercera voz, proveniente del vacío del espacio:

«Su enojo es irreparable».

El elfo miró al infinito:

«¿Quién eres? ¡TEN CUIDADO!»

«Descuida, él no me puede escuchar, no donde estoy. Debes regresar y enfrentarlo, te queda muy poco tiempo y no lo puedes dejar así...»

«Yo... ¡yo no puedo ganarle! ¡No sé cómo destruirlo! ¡Si lo golpeo él va...»

«Piensa, chico, debe haber otra posibilidad».

«¿Quién eres?».

«Eso no importa ahora, Hathor: el universo reclama cada segundo que sigues aquí, incluso nos los reclama a nosotros... Te vamos a dar más tiempo, pero no podemos hacer mucho».

«¿Antiguos?»

«Hathor, escúchame con atención: mientras más fuerza usas, más te acercas a la gloria, a nuestro lugar. Debes terminarlo todo con un golpe».

«Papá... no puedo hacerlo».

«¡Sí puedes!»



«¡Tú eres el mejor, sé de lo que eres capaz! No podemos ir y ayudarte.
¡Pero eso no importa, porque puedes hacerlo solo!»

Pumo se hallaba de vuelta en Yóvedi, flotando al ras del planeta, con uno de sus cañones apuntando maliciosamente hacia abajo.



Hathor miró hacia las luces del cosmos lejano.

«No, ven tú».

Viajó de regreso a través de las dimensiones y se detuvo cuando Yóvedi era visible como un punto luminoso y pálido tras su estrella madre.

«Ven ahora».

El cuerpo de Hathor comenzaba a desvanecerse.

«¡Ven ahora!»

La nave se adelantó. Había entrado en el campo de visión de su radar. El elfo lo podía sentir.

«¡Que estás esperando! ¡Aquí estoy!».

«Concentra todo tu poder, tú sabes bien qué hacer».

«¡¿QUÉ DIABLOS PASA CONTIGO!? ¡VEN! ¡AQUÍ ESTOY!»

Pero fue en vano: Pumo no se movía. Cada fibra de su ser, de su sola existencia, le decía que él seguía al lado de Yóvedi, cerca de Neftis, de sus hijos...

TE CREEES QUE SOY
ESTÚPIDO

Hathor resplandeció aún más: ya no era lo mismo. Su cuerpo estaba cruzando el siguiente plano. Su luz se hacía cada vez más débil y su nuevo ser inconsistente.

«No, por favor, esto no...»

«¡Muchacho, date prisa! ¡No puedes esperar más!»

«¡PUMO! ¡VEN AQUÍ! ¡VEN AQUÍ, MALDITO SEAS!»

«Hathor, piensa».

«¡PAPÁ, ME DESVANEZCO!»

«Usa su mismo juego contra él».

La cápsula se adelantó, fijando una imagen: Pumo veía a Hathor desintegrarse.

Le pesaba enormemente no haberlo matado él mismo. Seguía exaltado, pero eso no importaba... ya se desquitaría con los de abajo. ¿Acaso el elfo podría verlo desde aquel plano superior al que iría, cuando comenzaran las atrocidades? ¡Hallo THAR, ojalá que sí! Algo haría, algo se le ocurriría. ¿Quizá esperar que los retoños del pedazo de carne femenino nacieran? ¿O sacarlos como fetos y darles una conciencia más terrenal?

¡¡Hmmmmmmmmmmmm!! Eso era un buen inicio. Ahora tenía otro propósito, otra misión, nuevas cosas interesantes que hacer, nuevos estímulos.

Hathor ya no estaba en su visor.

Activó un comando en una computadora que podía leer su mente, para que el radar investigara dónde (DEMONIOOOOOOOOOOOOS) estaba. El análisis arrojó resultados completos. Pumo leyó cientos de millones de datos en un segundo (no fueron miles de millones porque estaba enojado, su mente

ya no trabajaba tan bien...) pero ya se le pasaría el enojo, ¿o tal vez no?

Al parecer se había ido, pero a Pumo le parecía extraño. ¿Había decidido darse por vencido? ¿Era eso?

No...

La procesadora le arrojó un alerta.

Una puerta dimensional se abrió frente a él, Pumo retrocedió, pero fue atajado por el elfo, que salía de otro portal detrás de él.

La cápsula se dio media vuelta para encararlo, pero fue empujado a tiempo. Reaparecieron en un lugar lejano.

Una cánula empezó a escupir un rayo negro de apariencia eléctrica, que rasgaba la tela de la materia oscura y abría una raja blanquecina que pronto se volvía a coser en una cicatriz anómala del espacio/tiempo. Aquello hubiera destruido cualquier cosa, pero a Hathor no, porque se escabulló entre los tentáculos y se introdujo en el receptáculo donde se hallaba Pumo, envuelto en una esfera de luz.

«Mi amigo eres tú, y mis intereses velan por ti».

Comenzó a colapsar...

«Lo ha hecho porque te ama. Porque no quiere perderte. Porque la sola idea le da terror, aun a costa de sus responsabilidades como shah y de su claro y obvio sentido común».

...y dejó escapar toda su energía.

«En el universo, no puede haber nada imposible cuando existe la buena voluntad. Tú también me enseñaste eso. Gracias por todo».

El cristal se llenó de un fulgor blanco, que se fue haciendo cada vez más grande. La nave de Pumo se empezó a fragmentar...

«Siempre les hablaré de ti...».

Entre el cegador centello blanco y el resplandor casi infinito, el espíritu de Hathor se elevaba hacia la bóveda cósmica como una criatura mitológica divina. Y Pumo podía observarlo desde abajo, en medio de su nave, cuyos sistemas primero escupían alertas e inmediatamente dejaban de transmitirlos al desintegrarse. El elfo había dejado atrás su cuerpo, y éste ya había comenzado a consumirse a sí mismo con toda la energía de la que era capaz. Era demasiado tarde.

Y entonces, en ese último y sacro momento antes del final, Pumo, con su privilegiadísima mente que era capaz de calcular en varios niveles con un talento inaudito, se sorprendió a sí mismo no pensando en Pimpollo... sino recordando aquella primera vez que salió del agujero negro. Aquella primera

vez que se cruzó con una nave espacial con la que ni siquiera se pudo comunicar. Aquella primera vez que una especie inteligente lo observaba...

Y él, que podía verlo todo, oírlo todo y conocerlo todo, recordó, palabra por palabra y signo por signo, aquel diario dedicado a él, escrito por alguien, nunca supo realmente si Pumo lo había leído. Pero lo había hecho. No recordó a Pimpollo en el momento final, no... recordó esas palabras: «Durante la última semana, Pumo, cómo deseé que tocaras la puerta de nuestra nave y te presentaras, y sé que hubieras preguntado por mí. Cómo deseé que vinieras a conocerme, tú que podías.

Vienes de un lugar donde no existen las estrellas, por eso ojalá viajes por el universo y conozcas muchas cosas, y veas otras tantas. Y ojalá hubiera alguien parecido a ti, con quien pudieras compartir. Aunque fuera solo los detalles más pequeños de la vida. Anoche dimos una fiesta de despedida en tu honor, Coco. Cómo deseo que lo hayas visto. Hasta siempre, el universo es tuyo también.»

Y entonces, en un suspiro final, Pumo recordó su casita en medio de la nada, flotando. Y escuchó de nuevo las palabras finales de Ysaak: «Pase lo que pase, te vas a morir solo».

La línea, lentamente, se transformó en una gran, brillante hípernova que era visible desde toda la Vía Láctea. Un lunar inmenso y circular en la galaxia. La explosión blanca de proporciones cósmicas cubrió el espacio...

El espíritu de Hathor se alzó a la gloria.

Amén lo recibió en el túnel y lo abrazó. Ambos empezaron a ascender como dos luces al empíreo, donde los esperaban miles de rostros, iluminados por un resplandor blanco.

Adiós a todos.

ARMONÍA

—Nave espía ogro reportándose ¡repito! ¡Nave espía ogro reportándose!

—¿QUÉ DIABLOS HA PASADO ALLÁ ARRIBA?

—¡Una gran explosión! Hay un mensaje que comunicar al planeta, ¡es de suma urgencia!

—¿CUÁL?

—Informen que Pumo ha muerto en combate. Repito: Pumo ha muerto en combate. ¡Hathor se lo ha llevado!

—...

—¿Su majestad?

—EMPIECEN A ABANDONAR YÓVEDI.

—¡Sí, su majestad!

—UNA ÚLTIMA COSA... TODOS USTEDES, OGROS Y ELFOS:
BUEN TRABAJO.

Comenzaron su larga retirada; las naves más dañadas eran auxiliadas por otras gracias a sus rayos tractores.

—¡Shah! —gritó el elfo— ¿Dónde está?

El soldado corrió hacia el otro extremo de la sala, a los pabellones inferiores de la Horus.

—¡Shah! ¡Grandes noticias! ¡Shah!

Sin golpear primero, presionó el botón para abrir la puerta. Panék estaba de espaldas. El general Geryon levantó la vista y, con un gesto, le pidió que se marchara.

Intentó abrir la boca, pero el anciano asintió, levantando la palma:

—Sabemos lo que vienes a decir —dijo—. Vuelve con los demás.

La puerta se cerró suavemente.

Las lágrimas de Panék bajaban por sus mejillas, hundiéndose sobre la suave barba.

Esthelfmaría voló con su jet a través de la ciudad viendo, desde arriba, el

alboroto.

Pasó encima de la nave que hacía el anuncio oficial con la voz de un elfo que exclamaba a viva voz: ¡SON LIBRES!

Los fragmentos de las puertas seguían cayendo al planeta como papeletas. Muchos de ellos llegaron a tierra intactos y cubrieron Marcuss Opuquandi.

El anillo dimensional que rodeaba el polo norte del planeta empezó a desintegrarse lentamente, como llevado por una brisa en el universo. Muchos dirían que se había desvanecido, junto con su creador...

Los yovedianos corrían en un solo sentido por la avenida, clamando, gritando. Sacudían sus brazos despidiéndose de los elfos y los ogros.

Muy lejos de ahí, en el sistema solar, una criatura estaba viéndolo todo desde el Palacio de Hamíl. Gracias a la intervención de DIO, contemplaba a través de una pantalla holográfica la ciudad. Por su parte, la esfera no se despegaba de Neftis, como si fuera el guardián eterno de su vientre. La supercomputadora antigua enfocaba el cielo, aquel resplandor boreal, pulsante y vivo. La misma aurora que aquella criatura, desolada, estaba viendo desde Titán, rememorando suplicios del pasado.

Xaphan y Zagan se acompañaban. En medio de ellos, rodeando con sus brazos los hombros de los chicos, se hallaba el general Backlava. Juntos, miraban las naves alejarse, bajo el cielo naranja y el sol poniente. Varuuna estaba con el shogun Bermion, mirando al cielo. El pequeño tenía un brazo extendido hacia las primeras estrellas del firmamento, como si con ello, pudiera tender su mano a Hathor, por última vez.

La Apollyon se levantaba ya del suelo, mientras Ysaak la contemplaba desde la calle. La compuerta de la nave seguía abierta, y en ella estaba Seshat, de pie. Los bellos cabellos de la elfa ondulaban con el viento.

El chico hundió una mano en su bolsillo y extrajo las llaves de la motocicleta, que había quedado atrás en las colinas del shah. Las arrojó con fuerza al cielo.

Seshat las atajó, sus ojos entonces vieron por última vez al chico, quien la despedía con la mano, hasta que se perdieron de vista.

La Apollyon se integró al resto del éxodo espacial, adentrándose en el agujero de gusanos y viajaron rumbo a las estrellas, a través del infinito.

EPÍLOGO

30 AÑOS DESPUÉS

Una gorra tapaba el rostro de Sagitta, que estaba recostado sobre su motocicleta. A simple vista parecía que estuviera durmiendo, pero sus orejas de lince lo delataban: intentaba escuchar la llegada de su otsune.

Quizá no debiera extrañar que el chico que se aproximaba en una motocicleta imponente, levantando una humareda de polvo en el camino, se llamara Cha'chat, y fuera un tigre. Las rayas negras hacían notar aún más su pelaje naranja bajo el sol.

Sagitta se quitó la gorra y vio (no sin cara de fastidio) que traía a sus amigos consigo. Sin embargo, lo transformaría en una ventaja: su victoria tendría público.

Se sentó mientras Cha'chat se detenía a un costado del camino, viéndolo con ojos grandes. Sabía lo que el lince estaba pensando incluso antes de que este abriera la boca. Cuánta molestia le producía...

—¿Quieres hacer una carrera?

Haber llevado a sus compañeros le impedía decir que no. No quería quedar como una gallina (y especialmente ante ella, que venía también en su propia motocicleta, una hermosa máquina con colores vistosos con una amalgama negra y rosa).

—¿Hasta dónde?

—Hasta la colina.

El tigre meneó la cabeza.

—Sabes que a otosa no le gusta que vayamos para allá.

—Además, ¿la zona no está militarizada?

Sagitta se encogió de hombros.

—Hace tres años que no —informó—. ¡Dejen de poner peros! ¿O acaso son muy cobardes?

Su forma de azuzar era tan sencilla, pero a la vez tan tenaz... quizá era un talento innato en él. Los chicos se miraron las caras, molestos.

—Si otosa se entera...

—Asumo la culpa —repuso el lince—, tranqui.

La silueta gigantesca de Marcuss Opuquandi (ahora mucho más grande, altiva y resplandeciente que nunca) se podía ver a través de las dunas.

Cha'chat sonrió y se vio la cara con su mejor amigo; un chacal muy alto y delgado, que también lo observó con complicidad.

—Bien... a la una...

—¡Hey! —protestó Sagitta, enderezando su moto—. Dos minutos...

—A las dos...

—¡Epa!

Los motores se encendieron y lo dejaron envuelto en una humareda de polvo. El adolescente no iba a tolerar eso (y por supuesto, menos en presencia de una chica). Las ruedas derraparon sobre la arena y con una curva se precipitó hacia adelante. Pronto, cuatro motocicletas transitaban un gran camino alargado a través del desierto, pero no pasó mucho tiempo antes de que los dos hermanos, de lejos los pilotos más hábiles, estuvieran nariz a nariz.

Ascendieron hasta la cabeza de un enorme médano, desde donde contemplaron el valle, con aquella gigantesca edificación extraterrestre destruida alzándose sobre la tierra, y cascadas de arena cayendo desde sus muchos orificios. Las aves negras graznaban volando en círculos alrededor de su torre superior, bajo un cielo naranja, donde se veía el destello boreal del cielo, perenne en el universo.

GUÍA DE PERSONAJES

Ysaak (protagonista)

Edad: 19 años.

Estatura: 1.88 metros (pronto 1.95).

Afiliación: Yóvedi / tigre blanco.

Ocupación: estudiante.

Hathor (protagonista)

Edad: 28 años.

Estatura: 1.91 metros.

Afiliación: ninguna (pirata espacial) / elfo.

Ocupación: shah de la nave espacial Sobek-Set.

Seshat (protagonista)

Edad: 19 años.

Estatura: 1.77 metros.

Afiliación: ninguna (pirata espacial) / elfa.

Ocupación: piloto de la nave espacial Sobek-Set.

Neftis

Edad: 25 años.

Estatura: 1.70 metros.

Afiliación: ninguna (pirata espacial) / elfa.

Ocupación: ingeniera de sistemas de la Sobek-Set.

Bastet

Edad: 300 +.

Estatura: 1.85 metros.

Afiliación: ninguna (pirata espacial, anteriormente cazarrecompensas) / vampiro.

Ocupación actual: ingeniero de la Sobek-Set.

Boltar

Edad: 50 años.

Estatura: 1.94 metros.

Afiliación: Yóvedi / lobo negro.

Ocupación: presidente del Nyhm / representante de Yóvedi.

Meinkherdt Hallyfax

Edad: 40.

Estatura: 1.95 metros.

Afiliación: ninguna (pirata espacial, anteriormente refugiado) / hapalokiano.

Ocupación: segundo al mando de la Sobek-Set.

Pumo

Edad: desconocida.

Estatura: (12 centímetros).

Afiliación: propia / criatura pandimensional /.

Ocupación actual: /.

Degauss

Edad: 90 (salud y aspecto de un hombre de 40 o menos en equivalencia élfica).

Estatura: 1.92 metros.

Afiliación: pirata espacial / elfo.

Ocupación actual: shah de la nave espacial Apollyon.

Panék

Edad: 120 (salud y aspecto de un hombre de 60 o menos en equivalencia élfica).

Estatura: 1.94 metros.

Afiliación: Titán / elfo.

Ocupación actual: shah supremo de Titán.

Mahasiah

Edad: (no la dice...).

Estatura: 1.89 metros.

Afiliación: pirata espacial / súcubo.
Ocupación actual: segunda al mando de la Apollyon.

Ipos

Edad: 18 años.
Estatura: 1.15 metros.
Afiliación: pirata espacial / brownie.
Ocupación actual: piloto de la Apollyon / sirviente de Degauss.

Esthelmaría

Edad: 2 años en edad humana.
Estatura: 2.15 metros.
Afiliación: pirata espacial / ogro.
Ocupación actual: artillera de la Apollyon.

Lucius

Edad: 20 años.
Estatura: 1.83 metros.
Afiliación: pirata espacial / elfo.
Ocupación actual: ingeniero de la Apollyon.

Farouk

Edad: 16 años.
Estatura: 1.3 metros.
Afiliación: sirviente / zellas.
Ocupación actual: /.

Backlava

Edad: 40 años.
Estatura: 1.90 metros.
Afiliación: Yóvedi / lobo ceniza.
Ocupación actual: coronel y general del Nyhm.

Rey Vanadio vön Sugus del Titanium CMXXXIII

Edad: 45 años en equivalencia humana.
Estatura: 4.50 metros.

Afiliación: Iapetus / ogro.

Ocupación actual: regente absoluto de los ogros. Soberano de Iapetus y sus lunas.

Varuuna

Edad: 14 años.

Estatura: 1.65 metros.

Afiliación: Yóvedi / dragón.

Ocupación actual: ninguna / futuro patriarca.

Bermion

Edad: 50 años.

Estatura: 2.05 metros.

Afiliación: Yóvedi / tigre.

Ocupación actual: shogun.

Argos

Edad: 98 años.

Estatura: 1.86 metros.

Afiliación: Pumo / perro sabueso.

Ocupación actual: general del Nyhm. Científico renombrado. Maestro ingeniero de aviación.

Euronyme

Edad: 50 años (salud y apariencia de una mujer de 25).

Estatura: 1.74 metros.

Afiliación: pirata del espacio / elfa.

Ocupación actual: shah de la nave espacial Naberius.

Otros personajes

VAAYU: joven guepardo. Cabo del ejército. Amigo de Ysaak.

CHA'CHAT: pantera negra. Otosa de Ysaak. Asimilado por los cubos obreros de Pumo.

SAGITTA: lince. Mejor amigo de Ysaak. Asimilado por los cubos obreros de

Pumo.

XAPHAN y ZAGAN: un lobo y un lince. Protegidos de Boltar.

LOKI: gato negro. Gran amigo de Ysaak en la Secundaria del Norte.

TABI: ex novia de Ysaak, actual novia de Sagitta. Asimilada por los cubos obreros de Pumo.

EL PATRIARCA: maestro de los shogunes. Abuelo de Varuuna.

CRÍ: zorro niño. Acompañó a Ysaak y Vaayu en el acantilado.

ZEMYNON: puma. Militar del Nyhm.

ZABARI: gata blanca. Amante de Boltar.

BENERTNASCH y ALCYONE HALLYFAX: padres de Meinhardt y Meinkherdt Hallyfax.

BELFEGOR: león general del Nyhm. Asesinado debido al corte de oxígeno sufrido en Yóvedi.

GERYON: general de las fuerzas de Titán. Luna principal de los elfos. Amigo íntimo de Panék.

PISIS y TEPEMKAU: hermanastros de Hathor. Hijos de Panék.

PRUFLAS: canciller supremo de Titán.

NICOR: secretario de Panék. Diputado del Palacio de Hamíl (Titán).

NYSROGH: general de confianza de Panék. Muerto en combate (shah de la Virgen Blanca I).

BERIL: generala de confianza de Panék. Muerta en combate (shah de la Virgen Blanca II).

YURIKEN: talentosísimo y joven general elfo. Muerto en combate (shah de la Pegaso).

EL JUEZ: elfo del alto Concilio de Titán. Político. Amigo de Panék.

SACMIS: oficial científico de mayor rango en Titán. Amigo de Panék.

MALEK: consejero de Vanadio y general de los ogros.

KRAKON: artillero del Golem.

LOS JUECES DE LA HERMANDAD: regentes del Tribunal Supremo del Sistema Solar.

KNAACH: león del sistema solar. Amigo íntimo de Hathor. Mejor amigo de Claudia.

SAGITTA (2): protegido de Ysaak.

CHA'CHAT (2): protegido de Ysaak.

EL GRAN ARIÓN: nombre que se le da a Dios en Yóvedi.

Personajes (de otros mundos)

ARMITÁNN: primera persona que desarrollo un sentimiento de cariño hacia Pumo. Tenazian.

FREVANN: científico y compañero de Armitánn. Tenazian.

STIXX AHMIN: gran nigromante que vivió durante la edad media de su mundo. Su libro, *Las cosas que habitan más allá de los tiempos*, fue prohibido en su planeta y sus copias fueron quemadas. En él, habla de Pumo. Perteneció a la especie trabucan.

MILTHRIN BRAMAR: un observador de los arfetuba. Estudió el cosmos. Primera persona en el universo en avistar a Pumo fuera del hoyo negro.

HARHIETAR KIHSKOUM: observador de los arfetuba. Estudió el cosmos.

Personajes (de los recuerdos)

CLAUDIA: niña ogro. Protagonista de *Luna de Plutón*.

OSMEHEL CADAMAREN: Ultramillonario. Orquestó la toma del sistema solar (Luna de Plutón / villano).

MEINHARDT HALLYFAX: Sujeto que ocultó su identidad hapalokiana hasta que fue descubierto por el rey Metallus von Sugus del Titanium.

Anterior general al servicio del emperador Gargrajo de Io. Capitán de la Parca Imperial.

CALIZO POPSTONE: ogro. Traidor a su reino, aliado de Cadamaren, aspirante al reinado de Ogroroland.

Naves espaciales

La Sobek-Set

Longitud: 60.3 metros.

Altura: 23 metros.

Puede usar cosmo 4, que va 12 veces a la velocidad de la luz.

Puede usar fuerza de arrojo 9, un láser muy poderoso.

Puede abrir agujeros de gusanos.

La Apollyon

Longitud: 121 metros.

Altura: 32 metros.

Puede usar cosmo 4, que va 12 veces a la velocidad de la luz.

Puede abrir agujeros de gusanos.

Puede usar fuerza de arrojo 9.

Tiene 10 bancos de torpedos.

La Naberius

Longitud: 86 metros.

Altura: 15 metros.

Puede usar cosmo 4, que va 12 veces a la velocidad de la luz.

Puede abrir agujeros de gusanos.

Es una nave médica, pero aun así, tiene un potente arsenal de combate.

Lugares

YÓVEDI (planeta un poco más pequeño que Neptuno, un día en él dura veintiséis horas).

DOMO DE LAS NACIONES: algo así como la ONU de Yóvedi.

SISTEMA SOLAR DE YÓVEDI (no tiene planetas gaseosos).

LA SECUNDARIA DEL NORTE (lugar donde Ysaak y Sagitta estudian).

DPS (Departamento de Policía de Solares), tiene el logo de un águila con tres cabezas.

EL NYHM (país, primera potencia mundial de Yóvedi).

TITÁN: hogar de los elfos.

HAMÍL: pueblo de Titán donde vive el shah, líder supremo.

PALACIO DE HAMÍL: lugar donde se reúne el Concilio de los Elfos. A pesar de que Hamíl es un lugar muy pequeño en comparación a las grandes metrópolis que posee Titán, es un sitio destacado por su importancia histórica debido a la Guerra contra los Ogros y el incidente Cadamaren.

FORTALEZA DE OGROROLAND: palacio gigantesco, tan grande o más que una montaña. Lugar donde vive el rey de los ogros.

OGROROLAND: capital de Iapetus.

ADRASTEIA y AMALTHEA: lunas de Júpiter. Hogar de los hapalokianos.

PALACIO DE LAS RAZAS DE LA LUNA PROMETEO, en Saturno.
HERMANDAD FEDERAL DE PLANETAS UNIDOS (la ONU del sistema solar). Está en Ganímedes, Júpiter.
LA GRAN CASA DE ESTUDIOS: universidad de mucho prestigio en Titán.
EL DISTRITO FEDERAL DE TITÁN: la ciudad más grande en Titán.

Razas (fuera del sistema solar)

LOS TENAZIAN: pueblo muy progresista y avanzado. Capaces de viajes interestelares por toda la galaxia. Crearon una misión especial para observar a Pumo, que fue cancelada luego debido a la escalada armamentista del ser pandimensional.

LOS ARFETUBA: raza muy espiritual. Tecnología avanzada (están en pleno apogeo espacial). Fueron los primeros en avistar a Pumo porque su planeta estaba singularmente cerca del hoyo negro.

LOS OFIURA: especie que evolucionó de las plantas. Muy avanzados.

LOS CABALARIANS: una raza muy avanzada que vivió en una cadena de planetas alrededor de una órbita con forma de espiral y un sistema de fuerza central que les servía de sol. Existieron durante muchas eras, hasta que un día, súbitamente, desaparecieron del cosmos. Los cabalarians tenían rostro aniñado y poseían alas cortas a cada lado de la cabeza.

LOS TRABUCANS: raza extraterrestre sumamente conservadora.

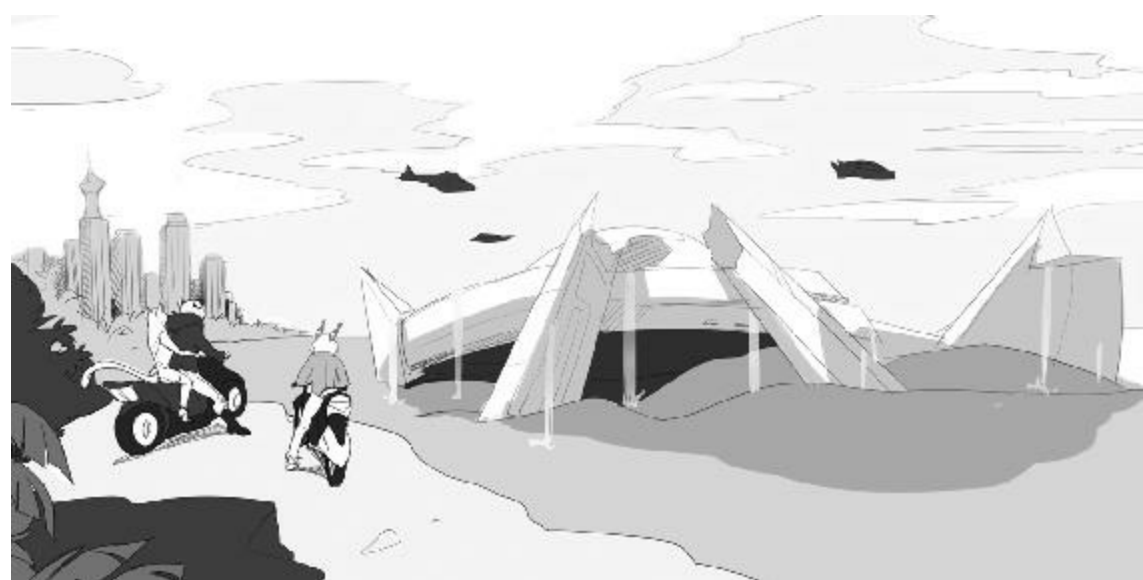
Ligeramente más avanzada que los yovedianos. Sin embargo, su privilegiada magia y nigromancia superavanzada les permitió ver el universo y conocer misterios que al resto de las culturas les son vedados.

Lenguaje yovediano

OTOSA: cuidador.

OTSUNE: hermano.

OKICHI: sobrino.



AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quisiera expresar mi gratitud por todas aquellas personas que, de un modo u otro, aportaron mucho con su gran talento o apoyo a la realización de este libro. No me cabe duda de que, sin su ayuda, nada hubiera sido lo mismo.

En primer lugar a Elías Martínez, por su arte (que me permitió visualizar mucho mejor algunos personajes) y también por su apoyo. A Néstor Enrique Heredia por su constante motivación y a Lucas Maldonado (quien estuvo ahí para echarme una mano con el bloqueo cuando *La Guerra de Ysaak* era solo un proyecto de cuento).

A todos ustedes, una vez más, muchas gracias.